Miguel Ángel Tenreiro

2021 - 1998

Narraciones

yeshaliteratura Ediciones

Miguel Ángel Tenreiro

Miguel Ángel Tenreiro nació en Quilmes, Provincia de Buenos Aires, República Argentina, en 1956. Se recibió de Veterinario en 1982.

Publicó *Obras Incompletas* en 2009, volumen de más de 700 páginas que reunía cuatro libros de cuentos y cuatro nouvelles. Ya había publicado *Historias de Animales y Veterinarios*; *Los Taquígrafos*, y *Puede ser una Oportunidad* que integró cuentos y teatro.

La presente *2021-1998 Narraciones*, reorganiza este material con el agregado de muchos cuentos y *Hombre Solo*, relato largo inicialmente pensado como guión cinematográfico.

Pretende ser su última obra editada.

Tenreiro, Miguel Angel
2021-1998: narraciones / Miguel Angel Tenreiro - 1a ed mejorada - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ayesha Literatura Ediciones, 2021
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-45964-7-5

1. Literatura Argentina. 2. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

© Miguel Angel Tenreiro, 2021
© Arte de tapa y diagramación interior: Adrián Emilio Signorelli
© Imagen de Tapa: *Mi Kenneth Kemble I*, técnica mixta, (0,74 x 1,30 m), Alex Margulis, S.XX / S.XXI

© Ayesha Literatura Ediciones, 2021
www.ayesha.com.ar
E-mail: ayesha@ayesha.com.ar

Libro de edición argentina

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723

No se permite la reproducción total o parcial, el almacenamiento, el alquiler, las transmisión de este libro ni del material incluido, en cualquier formato o por cualquier medio sin el permiso previo y la debida mención del autor y el editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

ISBN 978-987-45964-7-5
9 789874 596475

2021 - 1998

Narraciones

Miguel Ángel Tenreiro

2021 - 1998
Narraciones

yeshaliteraturaEdiciones

En su momento, *Obra incompleta* juntó toda la narrativa del autor. Lo impulsaba una inexplicable intuición de final. Pasaron varios años, hasta que con la argucia de cruzar personajes de viejos cuentos salió uno más, como los de antes. Y luego, a intervalos cada vez más largos, cuentos cada vez más cortos, hasta condensarse en un párrafo. Y luego otros cuentos, breves y nuevamente largos, que también fueron teatro y prospectos de cine. Llegaron, algunos, a ser representados en los escenarios off porteños.

Casi todos forman este libro, acaso el último, con distintas historias pero el mismo estilo y tema: la confusión general que en realidad es la confusión de cada uno.

Por primera vez reunidas en un mismo volúmen, la última forma es este conjunto de Narraciones producidas a lo largo del tiempo. La cronología invertida (2021-1998) es un guiño al lector ávido de indagaciones literarias hacia orígenes predecibles, terroríficos, sórdidos.

Índice

HOMBRE SOLO
(2021 - 2020) 11

Hombre solo 13

PUEDE SER UNA OPORTUNIDAD
y otros relatos y microrrelatos reunidos
(2020-2010) 45

Puede ser una oportunidad..... 47
I 48
II..... 49
III 51
IV 52
V..... 55
VI 56
VII 57
VIII..... 58
IX..... 58
X..... 59
XI 60
XII 62
XIII..... 64
Tarda y tarda en pasar..... 65
Sin nada..... 69
El relato 73
Los cactus y los yuyos..... 76
Larga callada..... 79
Aprender primero 81
Vivir algo 83
Algo grave 85
Jugador precoz..... 87
A ligar..... 89
Doble fondo..... 91
En otro mundo..... 93
Iremos juntos 95
Y encima llueve..... 97
Cosas peores 99
Buena vida 101
Limpieza 103
That's it 105
Un espacio..... 107
Los que no hacen falta..... 109
Se caga de risa 111
Viviendo así..... 113
Un poco más..... 114
Es el segundo 115
Lo que parece..... 116
Demente 117
El silencio de los hombres..... 118
Descansado 119
Volver a alegrarse 120
No pasará..... 121
No decirle 122
Y Dios lo envidió 123
Ser otro 124
Un asco 125
Iba ganando..... 126
Últimos días 127
Cazador..... 128
Para ella 129
Mercenario..... 130

SALVAR A NADIE
(2007) 131

I 133
II 135
III..... 139
IV..... 140
V..... 143

VI 144
VII 146
VIII 149
IX 151
X 152
XI 153
XII 154
XIII 156
XIV 157
XV 159
XVI 160
XVII 163
XVIII 167
XIX 169
XX 172
XXI 173
XXII 174
XXIII 175
XXIV 177
XXV 177
XXVI 179
XXVII 182
XXVIII 185
XXIX 187
XXX 190
XXXI 191
XXXII 195
XXXIII 198
XXXIV 199
XXXV 200
XXXVI 202
XXXVII 204
XXXVIII 206
XXXIX 209
XL 212
XLI 215
XLII 215
XLIII 217
XLIV 220
XLV 222
XLVI 224
XLVII 226
XLVIII 227
XLIX 229
L 230
LI 232
LII 234
LIII 236
LIV 239
LV 239
LVI 240

GUARDIÁN DE LAS CABEZAS
y otros relatos
(2006-2007) 243

Guardián de las cabezas 245
La niña Alicia 255
El duelo 266
Permanencia 272
Jeta fruncida 276
Falta un hoja 284
Bien entendida 294
Temores 303
Hasta dejar de serlo 311
Se venga 322
I 322
II 325
III 326
No importa 327
Un cacho de fenomenología 329
I 329
II 330
III 331
IV 333
V 335
VI 336
VII 337
VIII 338
IX 339
X 340
XI 342
XII 343
XIII 345
XIV 346

XV 347
XVI 347
XVII 348
XVIII 349
XIX 350
El héroe 351

EL SANTITO
y otros relatos
(2004 - 2005) 355

El santito 357
El invencible 371
La habitación 401
Deshacerse de Juancho 413
El contacto 417
Tal para cual 426
I 426
II 431
III 432
IV 433
La solución 437
Pleno pino 442
Valiente 447

EL SEÑOR GABRIEL
(2004) 453

I 455
II 457
III 458
IV 462
V 464
VI 465
VII 466
VIII 468
IX 470
X 471
XI 473
XII 474
XIII 474
XIV 476
XV 477
XVI 479
XVII 481
XVIII 484
XIX 485
XX 486
XXI 487
XXII 494
XXIII 494
XXIV 496
XXV 499
XXVI 500
XXVII 501
XXVIII 504
XXIX 505
XXX 507
XXXI 509
XXXII 510
XXXIII 512
Epílogo 514

LA CONSENTIDA
(2003) 515

Primera parte 517
I 517
II 519
III 520
IV 522
V 528
VI 530
VII 532
VIII 534
IX 537
X 541
XI 542
XII 545
XIII 547
XIV 549
XV 551

XVI 553
XVII 557
XVIII 563
XIX 567
Segunda parte 569
XX 569
XXI 571
XXII 576
XXIII 579
XXIV 585
XXV 587
XXVI 590
XXVII 594
XXVIII 595
Epílogo 599

LOS TAQUÍGRAFOS
y otros relatos
(1999-2002) 601

Los taquígrafos 603
El tirador 614
Un poco de paz conmigo 621
El amigo 636
Siempre es tarde 650
El experto 665
Conocer a ese hombre 684
Privilegio de muerte 698
El fusil 721
El no perseguido 726
En la mira 730
Por fin me muero 732
Hay esperanza 735

EL VIEJO HOMEÓPATA
(1998) 741

I 742
II 743
III 745
IV 746
V 747
VI 751
VII 753
VIII 757
IX 759
X 762
XI 765
XII 767
XIII 770
XIV 773
XV 776
XVI 781
XVII 782
XVIII 785
XIX 788

HISTORIAS DE ANIMALES Y VETERINARIOS
(1998) 791

El hombre del dogo 792
El gato de la bruja 794
El incurable 797
La vieja astuta 799
El gran hombre 802
La mujer de los gatos 805
¡Otro milagro de la ciencia! 808
Perro muerto 811
El enveneador 814
La inter consulta 817
La leyenda 821
Domicilios 824

Hombre solo

(2021 - 2020)

Hombre solo

Descansó durante el viaje. Tuvo su sueño recurrente: joven, centrando las miras con su ojo maestro y diciéndose *Solo los aparatos, solo los aparatos, un disparo una vida*. El aterrizaje, el aeropuerto, la autopista, nada que reconocer ni distinto que en cualquier lugar. Se encontró parado frente a la casa de su infancia en el chato barrio que fue de casas quintas medio siglo atrás. Sintió el hedor a meada seca. Cambió la valija de mano y golpeó fugazmente con los dedos la tráquea del pordiosero que lo amenazaba con un pico de botella. No miró. La vista engaña más que el oído, sabía, así que lo oyó caer en ahogo momentáneo y entró. Lunares de moho en las paredes, pintura descascarada. En el centro del comedor una cama matrimonial y a un costado varias cajas que había encargado. Salió a hacer las compras. Ni siquiera él podía vivir del aire.

Esperaba a que lo atendieran en la verdulería. Cajones apoyados contra la pared y latitas con plantas. Llegó una vieja. Él le miró los raspones y la vieja se estiró el saquito para taparlos.

—¿Se cayó?

La vieja hizo un mohín.

—Me empujaron unos ladrones. Sabe, yo conocí a los que levantaron su casa.

Él miró al cielo y suspiró.

—Mis abuelos, la conservé todos estos años.

Los interrumpió el verdulero. Él pidió dos bananas y dos naranjas.

—Anda pobre —dijo la vieja fingiendo lástima.

—Si llevo más, lo tiro.

—¿Usted no tenía un par de chicos?

—Ya no son chicos, se quedaron afuera.

—¿Y los nietos?

—Extraños —murmuró.

Entonces intervino el verdulero a los gritos:

—¿Y volviste al tercer mundo?

Él no lo escuchó, su atención se había fijado en una de las latitas con un cactus pequeño, redondo, brillante de tenaz vida espinosa.

Encontró un rollo de cinta aisladora y pegó a la pared un póster de un torero matando, y al lado el dibujo de una mariposa a mano alzada en tinta china. Se hizo un café con la justeza de quien prepara una pócima mágica. El televisor metía el ruido de un noticiero para que el barullo desafiara su atención. Lo atrajeron los gritos de una mujer.

Habían asaltado una estación de servicio asesinando a su dueño. La mujer bramaba que les habían robado montones de veces, que así no se podía vivir, que era un buen hombre hijos de puta. En su desesperación las palabras no le alcanzaban.

Él abrió la ventana, agarró el cactus del alféizar y lo regó escupiendo un poco de café. Lo sostuvo ante sus ojos y asintió.

No se saludaron ni se presentaron. Todos en el barrio actuaban como si ella fuera la única abogada del mundo. Él esperaba. Ella hacía girar el sillón estudiándolo.

—No sos del barrio.

—Me fui hace mucho, no soy de ningún lado.

—Yo solo salí del barrio para ir en cana. Estudié en la cárcel.

Él desvió la mirada a la única ventana y luego volvió a ella.

—Ajá. Ayer mataron un tipo en la estación de servicio cerca de la rotonda. Entiendo que la viuda ya no sabe qué hacer.

—¿Y entonces?

—Quiero hacerme cargo.

—Eso, es muy peligroso.

Él le sostuvo la mirada, ella achinó los ojos y se reclinó semblanteándolo.

—¿A qué te dedicás?

—Tiene que parecer legítima defensa. Si no te gusta…

—Conseguí varios fierros legales. Después de un enfrentamiento, tardan en devolverlos o los pierden.

—Necesito un auto.

—Si hay plata lo tenés hoy mismo.

Se miraron sin decir, trataban de leerse. Ella quiso hacerlo hablar.

—Me caen bien los justicieros.

—No explico ni justifico, pero en tu caso puede ser operativo: estoy atento y decido.

—Suena solitario.

—Nada es gratis —dijo levantándose—. Esta mujer, ¿entenderá?

—No creo que sea tonta.

Ya estaba afuera cuando ella le gritó:

—¡No vas a cambiar el mundo!

Él contestó sin darse vuelta:

—No me subestimes.

El papeleo se arregló rápido. Sacó la mercadería, el compresor y las cámaras de seguridad. Antes no le gustaba el olor de la nafta, pero eso había quedado atrás junto con montones de tonterías. Fue a una armería y se hizo traer todos los revólveres .357 de 3 pulgadas, examinando cada uno ritualmente: tentó el empuñe, encaró las miras, escuchó en éxtasis la música del mecanismo, hizo girar el tambor, gatilló en doble y simple acción y examinó a la luz el interior del cañón y los alvéolos. En cada revólver metió un lápiz por la boca del cañón y lo hizo saltar accionando el disparador. Lo atajó en el aire y examinó la marca de la aguja percutora. Al terminar, apartó tres.

El vendedor le informó:

—No puede tener más de siete armas sin armero.

—¿Cuánta munición puedo llevar?

—Quinientas de cada calibre por año, señor.

Eligió cuatro cajas yanquis. Señaló una daga de comando y se quedó mirando lo que parecía ser una pila de camperas negras.

—¿Quiere ver un chaleco antibalas? —le preguntaron.

—No es mi estilo.

El empleado vivía cerca, conocía la zona y sus conflictos, por eso estaba nervioso.

—Sería mejor trabajar de día jefe, tener abierto de noche es suicida jefe.

—Reglas de la casa.

Entró un auto y él sacó unos auriculares del bolsillo y se los puso bien apretados. Bajaron los dos ocupantes empuñando sus armas a

cara descubierta y fueron hacia la oficina. Apenas el empleado se tiró al piso, los dos delincuentes cayeron con un disparo cada uno. Mantuvo unos segundos la posición de tiro de combate empuñando con las dos manos y apuntando por señalamiento. Enfundó el revólver, se sacó los auriculares y los guardó en el bolsillo. El empleado gritaba apretándose los oídos.

—Trauma acústico —se dijo— es un .357 Magnum.

Todo estaba en regla y él muy tranquilo, así que no lo esposaron. Esperó un rato a la abogada en la comisaría. Al llegar se le sentó al lado.

—Ya entramos, hubiera sido mejor tener filmaciones, fue todo muy limpio.

Él asintió.

—Limpio y sin filmaciones —dijo ella, y se arrimó para hablarle al oído —pensé que no querías cámaras por si rematabas a alguno.

Él parecía meditar.

—La filmación, la fotografía, son formas de no estar.

—Yo hablaba de pruebas, escucháme, tratá de no decir esas cosas delante del fiscal.

Él asintió.

Se había hecho de día cuando el fiscal lo dejó ir. Llegó a su casa, abrió uno de los cajones de la cómoda y sacó otro de los revólveres. Lo verificó, lo cargó, trabó en tambor, se sacó la funda vacía del cinturón, enfundó el revólver y dejó todo en un cajón de la cómoda con la precisión coreográfica digna del Colón. Agarró una bolsa y apenas salió, un rengo achacoso de canas amarillentas fue hacia él. Esperó desconfiado.

—Soy Pedro, vivo ahí —le dijo señalando enfrente.

—Pedro, no te había reconocido —y cuando Pedro iba a abrazarlo le tendió la mano.

—Mi vieja me comentó.

—Ah, ¿la asaltaron, no?

—Quedó asustada.

Se hizo un silencio incómodo hasta que Pedro dijo:

—Bueno, sigo camino.

No abrió la estación por un par de días. El empleado no había querido volver, así que tomó a un chico más relajado que no despegaba la vista del celular.

Entró una moto y se puso los auriculares. Llevaban cascos. El acompañante se bajó y abrazó al empleado apoyándole una pistola en la cabeza. Se escuchó un disparo y el chorro cayó. Él permaneció de perfil, en posición de tiro de precisión, con el brazo extendido y la mano de atrás en el bolsillo, como un espadachín de otros tiempos. El chorro que manejaba sacó un arma pero murió antes de encarar. Él permaneció inmóvil unos segundos, bajó lento el brazo, enfundó el revólver, se sacó los auriculares y los guardó.

Tampoco lo esposaron esta vez. La abogada ya lo esperaba sentada en el banco de la comisaría. Se lo sentaron al lado y los dejaron solos.

—Decime, una vieja a la que golpearon esconde sus heridas como si le diera, ¿vergüenza?

—De su indefensión —dijo ella, y se paró de perfil estirando el brazo con la otra mano en el bolsillo de atrás—. ¿Qué es esto?

Él no contestó.

—Tu empleado no para de imitarte, es un testigo, algo vamos a tener que decir.

Él evocó:

—Recuerdos, estética, lujo, arte.

Pedro rengueaba por enfrente con una bolsa. Él le hizo una seña y cruzó de un pique.

—¿Qué hacés che?

Pedro levantó la bolsa, él agregó:

—El otro día…

—Y, una vida sin vernos.

—Cuando tengas tiempo tomamos un café.

—Si querés vamos a casa.

—A tu casa no.

—Mejor, la vieja hoy está atacada con los espíritus familiares.

—Tu casa me hace acordar a cuando me obligaban a visitarte después de la polio.

—¡Tenías un cagazo! —estalló en carcajadas Pedro.

—Querías contagiarme hijo de puta.

—Hice lo que pude.

—Sentado en la cama con todos dándote vueltas alrededor como si fueras un rey.

—En la cama grande —dijo Pedro solemne.

—Y el tazón en el que preparabas tu potaje de galletas.

—Que nunca quisiste probar —completó Pedro riendo—, si tenés tiempo dejo la bolsa y nos encontramos en el kiosco. Tiene un par de mesitas.

Ya sentados se observaron en silencio hasta que Pedro dijo:

—Tuviste problemas en la estación de servicio.

—Solo los muertos no tienen problemas.

—¡Entonces estoy recontravivo! —se rió Pedro, y se sintió cada vez más incómodo, estudiado como un bicho. Se recompuso y razo-

nó: —Demasiado tiempo, ¿no? Te veo bien, pero yo envejecí y vos te añejaste. Yo, ya ves… me rendí.

—Es al revés.

—Al revés, al revés. Da para pensar.

Él negó con un gesto y otra vez se quedaron sin nada que decir.

La abogada estaba en su estudio tratando de sacarse de encima a un indeseable.

—Ya no tomo penales, le voy a recomendar a un colega. —dijo escribiendo en el dorso de una tarjeta.

—Lástima boga, me la habían recomendado tanto.

—Soy la única en el barrio.

—Como conoce el paño del derecho y del revés pensé…

—¿Qué?

—Estuvo en la cárcel, ¿no?

—Ah, es un verso que tiro de vez en cuando. Me da prestigio.

El hombre se fue con su búsqueda y ella se quedó tranquila. Ya de un vistazo sabía que a éste no le iba a sacar un peso. Apoyó las patas sobre el escritorio y prendió uno de sus infames cigarros. Gimió de placer cuando el veneno caliente le entró en los pulmones pensando en la posibilidad de que su execrable colega se ensartara.

El último empleado tampoco quiso volver. Fue fácil conseguir otro y tenía su tercer revólver. Se puso los auriculares y un auto entró como si se fuera a llevar todo por delante. El empleado se paralizó. Un chorro se bajó y corrió hacia la oficina. Él lo abatió en posición de combate y se mantuvo como una estatua. El conductor estaba gordo y bajó con torpeza. Se apoyó en el techo del auto con una escopeta que no llegó a disparar. Él había cambiado a tiro de

precisión y se sostuvo por segundos eternos luego de que el delincuente cayera. Bajó el brazo, enfundó, se sacó los auriculares y los guardó.

Lo demás era rutina, así que se encontró junto a la abogada, sentado en el banco de la comisaría, los dos con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en la pared.

—Se va poniendo espesa la cosa —dijo ella.

—¿Tengo que buscar otro abogado?

—Todavía no.

Él la miró y volvió a la posición inicial.

—Cada uno de los tipos que maté nació inocente, pero llegaron el miedo, el deseo y la violencia. No le tiro al cartón, eso ya no existe.

El Oficial Principal le pidió a la abogada que se reunieran. No le quiso adelantar nada. Hablaron de bueyes perdidos hasta que el Principal, mesándose los bigotes, se refirió a su nuevo cliente. Normalmente la conversación no hubiera avanzado, pero había confianza entre ellos.

—Quieren dejarlo actuar, este tipo soluciona muchos problemas.

—¿Soluciona o elimina? —se le escapó a la abogada.

El Principal hizo una mueca de hartazgo.

—Da igual, él no lo sabe pero tiene mucha banca.

—¿Qué es mucha banca?

El Principal se mesó los bigotes varias veces.

—¿Un juez federal te parece poco?

Ella se inclinó hacia delante con un "quién" escapándosele al aire. El principal miró hacia otro lado.

—El peor, el más hijo de puta.

Entonces hay política de por medio —pensó ella— *y guita y drogas*.

Cuando volvió a mirar al Principal, él la estudiaba.

—Hubiera sido mejor… —empezó, pero el Principal conocía la protesta.

—Al comisario lo fue a ver un secretario y bueno, ellos se manejan así.

Estuvieron callados hasta que el Principal se levantó. Antes de salir le dijo.

—Tené cuidado, che.

Iba a mesarse los bigotes pero se contuvo. Ya lo habían cargado por esa costumbre y ella

parecía esperar la oportunidad.

—Si algo aprendí, es a rajar a tiempo —dijo ella.

Se quedó caminando de pared a pared pitando como un escuerzo. Cuando sonó el timbre se acordó, abrió por el portero eléctrico y sacó dos bolsas transparentes de un cajón del escritorio. Cada una tenía un revólver y cuando él entró las levantó triunfal.

—¿Hicieron alguna pericia?

—No hizo falta. Firmá el recibo.

—¿Y entonces?

—Hay que hacerlo así. Firmá el recibo.

Él firmó e inspeccionó las armas sin sacarlas de las bolsas.

—Todavía tienen los residuos de los disparos.

Ella se encogió de hombros. Él no quitaba la vista de las armas.

Empleado nuevo. Dos hombres pasaron caminando. Él se puso los auriculares y los hombres se detuvieron en la esquina. Uno de ellos volvió y al entrar sacó una pistola. Él lo mató y sostuvo la posición de combate. Su compinche se alejó corriendo. Él salió y lo mató con un disparo de precisión. Bajó el brazo, enfundó el revólver, se sacó los auriculares y los guardó. El empleado se quedó acurrucado en un rincón hasta que llegó la policía.

Esta vez lo llevaron esposado. La abogada lo esperaba sentada en el banco de siempre. Le sacaron las esposas y lo sentaron junto a ella.

—Podríamos pedir que nos armen una piecita acá.

Él se quedó impasible.

—No me vas a festejar un chiste hijo de puta.

Él permaneció impasible, pero con esfuerzo.

—No los estás castigando.

—Me vas conociendo.

—¿Les hacés un favor?

Por un rato pareció que él no iba a contestar.

—Les doy un privilegio.

Durante varios días no pudo abrir la estación por falta de empleado. Cerró con conos el acceso al surtidor para las entrevistas. Entró una chica.

—Es para un playero —le dijo cortante.

Ella asintió vehemente.

—El trabajo es para un hombre.

—¡Necesito trabajar!

—Trabajamos de noche.

—¡Necesito trabajar!

Esa noche, ella lo vio dejando restos de comida en un rincón oscuro. Escuchó a las ratas y con cara de asco le preguntó con un gesto.

—Si tuvieran la cola peluda y los ojos menos saltones serían nuestras mascotas o nuestra comida. Qué quieto está todo.

Ella le hizo señas de quiqui con los dedos, pero le tuvo que explicar que nadie se iba a arrimar después de tantos tiroteos. Él cambió de tema y le contó que mañana venía el camión cisterna. Le preguntó si sabía qué hacer.

—Rutina. Se sacan de servicio los surtidores, se abren las tapas de los tanques, se hace la medición de combustible y se descarga dejando el veinte por ciento del tanque vacío.

—Qué fastidio.
—Es un ratito.
—No me conocen y quieren efectivo.
—Está todo muy tranquilo —dijo ella conteniendo una sonrisa.

Le costaba mantener la atención en la habitación ruinosa, plena de recuerdos acechantes. Intentó leer siguiendo los renglones con la daga. Cansado, dejó el libro y deambuló. No quería hacerse preguntas. Se detuvo ante el póster y fue hacia el toro hasta tocarlo con la daga. Luego hacia atrás vigilando. Miró al cactus en la ventana y lo entró. Se lo acercó a los ojos. Lo dejó en la mesa junto a la daga y fue a hacer café. Estaba en uno de los momentos más difíciles de su guerra personal, sin desafíos.

Por eso a pesar de su disciplina el pasado lo alcanzó. Mucha guita, CEO de una multinacional. Para la mayoría eso era triunfar. Hablaba un inglés fluido pero aprendido, y cuando los chicos entraron en la adolescencia les daba vergüenza su acento. Ellos hasta pensaban en inglés. Además, había sido un padre ausente. Una vez logró captar su atención contándoles que de joven había sido tirador de precisión, que había tenido que leer "El Zen en el tiro con arco", que había arreglado la cacha de la pistola para que se amoldara a su mano, que tenía que esperar a que el disparo "saliera solo" y que no había que querer nada, menos que menos hacer un centro. Que entremedio de los disparos atronaba el silencio, que se buscaba la perfección en una sucesión infinita de pequeñas acciones, y que el resultado era algo que aparecía.

Sus hijos ya no lo necesitaban. No lo iban a extrañar. Le quedaba colaborar con el infinito proceso para recuperar lo que no está en la memoria. No se podía decir pero el cuerpo lo sabía y ya no quería postergarlo.

El guardia golpeó la reja y gritó:

—¡Che, Calito!

Buscó algo en una carpeta y siguió:

—Parece que mataron a tu hermano. Una semana en la morgue sin identificar, ¿es éste?

Desde la oscuridad se arrimó un joven con mirada de viejo y asintió.

El guardia se rió.

—Después de lo que hiciste no te iban a dejar ir al entierro. Igual ya salís, lo visitás pronto.

—Ya no está ahí.

—Vos también tendrías que estar muerto hijo de puta.

—Primero arreglo unos asuntos, cobani de mierda —susurró Calito.

El guardia amagó una respuesta que no fue.

En la oscuridad de la celda se adivinaba a Calito acostado por la brasa del pucho. Rondaba un guardia de su edad que se apoyó contras los barrotes y murmuró:

—Che guacho, ¿qué le dijiste al jefe? Se quedó mal.

—Con qué poco se asusta ese forro.

—No te vayas a creer. En el último motín lo tomaron de rehén, lo cagaron a palos, se lo culearon y está en su puesto.

Sin verse se sabían sonriendo. Calito suspiró.

—¿Qué se dice en el barrio?

—Todos hablan del tipo ese, el de la estación de servicio.

—Lástima mi hermanito. No tuve tiempo de enseñarle.

—Si estuviera Julio…

—No, mejor que lo bajaron. Era demasiado jodido. Lo poco que sé me lo enseñó él, pero es un alivio no volver a verle la jeta.

—Le tenían un miedo.

—¿Tenían? —dijo Calito sentándose, y siguió—. Él era el miedo

de todos. Te miraba torciendo la cabeza y te cagabas encima. Se portó bien con nosotros. La vieja se había ido y el viejo cayó en un choreo de batalla campal. Julio nos cuidó, nunca nos faltó. Me enseñó a tirar. En el primer disparo que hice cerré los ojos y me puso una piña acá— Calito se tocó la ceja—, chorreando sangre tuve que vaciar el cargador, pero aprendí. Cuando ya tiraba bien, le sacó las miras a mi pistola y me mostró que pegaba más rápido. ¿Te acordás cómo hablaba? Al terminar cada frase apretaba los dientes y los mostraba como un perro furioso. A veces le salía un gruñido grave desde dentro del pecho. "No sos un putito de polígono. Es a matar". Qué fiero que era el hijo de puta. No puedo creer hayan matado a Julio.

—No paraban de llegar policías y se plantó.

—Y ahora el pendejo. Si hubiera estado con él.

—Si hubiera hecho esto, si hubiera hecho lo otro. No cambia nada.

—¿No me estarás analizando, turro?

—Algo estoy leyendo. Le quiero arrimar el bochín a la psicóloga, pero no me da un tranco de pollo. Por ahí le mando tu historia.

—Hay un cuentito, de un lobo hecho mierda que se encuentra con un perro lustroso y gordo…

—Metéte el cuentito en el culo, boludo.

Contuvieron la risa como si no tuvieran derecho.

—A mí no me vuelven a enjaular.

—Vas a durar poco.

—En una semana suelto disfruto más que vos en diez años.

—Bueno, cada uno vive como puede.

Calito asintió con la mirada lejos.

En la estación de servicio la empleada, que había estado buscando a lo lejos, se escondió tras la columna externa. Él se puso los auriculares y se escudó tras la columna interna revólver en mano. Llegó un

auto con cuatro encapuchados con chalecos antibala. Estacionaron con cuidado y bajaron tres hacia la oficina con sus pistolas. El cuarto se quedó afuera con un FAL.

Los dos que entraron primero cayeron atontados con un impacto en el chaleco cada uno. El tercero llegó a dispararle varias veces. Él asomaba media cara tras la columna. Le pegaron algunos fragmentos de mampostería pero no les prestó atención y le puso un tiro en la cabeza. Hizo lo mismo con los que intentaban recuperarse y el chorro de afuera cortó la oficina a ráfagas. Se tiró al piso y le puso un tiro en la cara. Estuvo quieto unos instantes, se incorporó, enfundó el revólver, guardó los auriculares y se sacudió la ropa. Miró alrededor. La estación parecía una fábrica de morcillas. Pronto se llenó de patrulleros y policías innecesarios. Le preguntaron antes de llevárselo:

—Eran grosos, ¿había mucha guita?

Él contestó a los gritos, para que lo oyera la empleada:

—Casi nada, se deben haber equivocado.

Y la empleada se mordió los labios.

Sentados en el banco, él y su abogada esperaban. Ella se fingía preocupada.

—Esta vez fue distinto, así se puede complicar, ¿no tenés nada que decir?

—A veces te hablo por cortesía.

Ella se rió.

—Ah bueno, decíme, la empleada…

—La traición no existe.

—Pero es mejor no explicarlo. Por lo menos voy entendiendo que no voy a entender.

—Entendés, aceptarlo es otra cosa.

—Parece que uno de los delincuentes era policía —dijo ella —pero él no contestó y ella siguió:

—Son todos la misma mierda, ¿no?

Él no rompió el silencio. Lo agotaban las preguntas.

Había quedado descentrado desde que estuvo con la abogada temprano. Ella le había recuperado un revólver y al entregárselo lo dejó con la mano en el aire como sortija de calesita.

—¿No querés que te lo limpie primero?

—No seas boluda.

Ella había soltado una brutal carcajada, pero lo que le preocupaba era que su respuesta había sido una reacción de la mente y desde entonces oscilaba del pensamiento al silencio con más frecuencia. Era un retroceso y en su situación era peligroso. De haber mantenido la atención, hubiera sabido que a menos de una cuadra lo vigilaban desde un auto. Calito miraba con binoculares.

—¿Seguro que es ése?

—Sí, ya se cargó como diez perejiles —confirmó uno de sus laderos.

Calito asintió sin bajar los binoculares.

—Pero uno era mi hermanito.

—¿Vamo Calito?

Calito lo miró fastidiado y volvió a los binoculares.

—No me alcanza con ponerlo de una.

Sus laderos se interrogaron con gestos.

Sórdidas penumbras de celofanes azules y rojos. Le aconsejaron hablar con Cuca. Calzas, pelirroja teñida, cicatriz en la boca, el celular en la mano y el cansancio del mundo encima, se sentó sin pedir permiso.

—Cuca —dijo Calito, sacando un sobrecito.

Ella asintió y dijo:

—Calito.

Él se fastidió.

—Carlos.

Cuca se hizo la sorprendida y engrosó la voz.

—Ah, me dijeron "ahí te busca Calito".

—Carlos carajo.

—Qué apellido —lo boludeó— hablá Calito.

Calito metió la nariz en el paquetito, jaló y le ofreció a Cuca que negó. Disfrutó por segundos interminables antes de volver a hablarle.

—¿Perfume importado?

Cuca se encogió de hombros, ladeó la cabeza y esperó.

—Te tengo un encargo, hay mucha guita.

Cuca dio un respingo y se inclinó hacia delante.

—Tenés que hacerle la noviecita a un viejo, vive solo.

Cuca frunció la nariz.

—Busco información pero no le preguntes nada. Hablás tonterías, escuchás y mirás.

—¿Es todo, Calito?

—Si te pido algo más, va a ser fácil.

—¿No será peligroso, no?

Calito negó con la cabeza.

—¿Y si quiere coger?

—No es muy feo, tampoco es tan viejo.

Cuca asintió.

La Negra corría chistando. Cuando Cuca se detuvo a esperar que el semáforo cortara, la negra la alcanzó.

—¡Hey, no das bola!

—¡Negra! Pensé que era algún pelotudo y ya estoy fuera de servicio.

Siguieron caminando juntas.

—Te vi con ese Calito. Tené cuidado, es gatillo.

—Ya sé, pero no es violento.

—¡No me jodas!

—Se caga a tiros pero no pierde el control. Mirá que lo chuceé.

La Negra levantó las cejas. Cuca se reía.

—Te vi cambiando el canal porno por un programa de chismes.

—Cuando no hay nadie aprovecho.

—Son una mierda.

—Los miro para enojarme.

—¿Quééé?

—Y a esa rubia, no sabés cómo la odio.

—¿Y para qué la ves?

—Ya te dije, para enojarme —y siguió— una vez dijo que no entendía cómo una mujer podía venderse y desde entonces… mirá, vivimos entre mierdas pero cuando me juzgan desde la ventaja me pongo loca.

—No te des máquina.

—Yo la querría ver a esa cheta amontonada en una choza, cogida por el padrastro de turno, después por tus hermanos, después se enteran los vecinos y también quieren.

—Ya sé, ya sé. Le cobrás a un extraño y vivís mejor.

—¡Si son más putas que nosotras! Y esa forra —siguió la Negra con rencor— rompiendo las bolas con que no hay que morfar animales y tiene como veinte perros, ¿con qué se cree que hacen el balanceado?

Cuca se rió.

—Los tendrá de sponsors, ¿se dice así, no?

La Negra bufaba. Cuando llegaron a la esquina donde se separaban, la Negra insistió:

—En serio che, tené cuidado con ése.

—No pasa nada. Le averiguo algunas cosas nomás.

Cuando la Negra estaba a media cuadra Cuca le gritó:

—¡Gracias!

La Negra levantó una mano sin darse vuelta y Cuca se quedó sonriéndole a la silueta que se achicaba.

La estación tenía un nuevo empleado, bobo de pelo engrasado y el olor de los que para no bañarse se tiran un frasco de colonia barata encima. Cada tanto largaba una risa que parecía una gárgara de mocos. Él lo tomó como un desafío más. El empleado vio llegar a Cuca y soltó una de sus risas. Ella entró con un bolso y una bicicleta.

—¿Me controlás las gomas?

Él vigilaba el entorno.

—No tenemos compresor.

—¡Que no qué!

El bobo se sobresaltó, se le cayó el celular y ya no levantó la vista de los pedazos.

Él no se inmutó.

—Cargamos nafta nada más.

—¿Y si quiero aceite, y si quiero…

—Refrigerante, líquido de frenos.

—¿Refrigerante, líquido de frenos, y si quiero un helado?

Él negó con la cabeza buscando más allá.

—¿Esperás a alguien?

—Ya no —dijo prestándole atención por primera vez.

—No van a venir de caño, son muy cagones.

—Eso ya lo escuché varias veces.

—Yo no te tengo miedo.

—Estamos por cerrar.

—Si tenés auto me podés llevar a casa.

—¿Dónde vivís?

—Dije a casa.

Él asintió.

Cogían iluminados por el televisor. Cuca miraba por sobre el hombro de él haciendo zapping. Tirados a un costado, el bolso y la bicicleta.

—¡Vamos terminandooo!

Él ralentizó.

—¿Otra vez vas a parar?

—Tardo mucho en recuperarme —jadeó.

—Vamos querido, no vas a terminar nunca. ¡Hey, te hablo a vos!

—Estaría toda la vida dándote pendeja.

—¡Dejáte de joder!

Pero su enojo se hizo extrañeza, luego fastidio. Se le venía el placer.

Él estaba desmayado y ella hacía zapping pensando *Te la estás llevando de arriba viejo choto*. Se sorprendió por algo que pasaba en la tele, pero hablaban en inglés. Lo zamarreó —¿Qué dijo, qué dijo?

Él no reaccionaba.

—¡Que qué están diciendo, la puta madre! —gritó enfurecida.

El habló medio dormido.

—When I dead I wanna Be cremated.

—¿Queeeé?

—¿No sabés leer?

—Van muy rápido los cartelitos.

—Boludeces, como en castellano, solo dicen boludeces.

Ella se le sentó encima.

—¿Vos no sabés reírte?

—Sé soportar el dolor y soportar el placer.

—Yo prefiero la guita y comprarme cosas, eso.

Él la acarició.

Calito fumaba apoyado en la pared. Por la vereda venía Pedro.

—¿Qué tal don Pedro?

—¡Te largaron Calito!

—Sí, ya está, ahora soy un santo.

Cuando pararon de reír Calito preguntó:

—Usted lo conoce al tipo este de la estación de servicio, ¿no?

—Jugábamos de chicos, ¿por?

—Ofrece trabajo.

—Me lo crucé hace unos días, apenas nos saludamos, fue como si… bueno, me tengo que ir.

—Espere, ¿qué iba a decir?

—Nada, cosas de viejos.

—En serio, me interesa mucho don Pedro.

—Fue como si estuviera muerto —dijo, y se quedó ido. Calito lo palmeó hasta que le volvió la sonrisa.

Cuca vigilaba con la puerta entreabierta. Entró Calito.

—No hay nadie y no va a venir nadie —informó Cuca ansiosa— ni siquiera tiene celu, ¡pero lleva auriculares! —señaló la entrada de un pasillo— por allá hay 3 piezas vacías, vive acá —hizo círculos con las manos— la cocina está ahí. Y tiene un cactus chiquitito, chiquitito. Me parece que se comunican con el pensamiento.

Empezó a reír hasta la histeria y Calito tuvo que esperar.

—No creo que se lo esté garchando.

Y Calito volvió a esperar a que Cuca agotara su risa —¿Armas?

—Solo vi la que lleva. La revisa cada vez que la toca. No miré en los cajones.

—No revises, se va a dar cuenta —dijo Calito, y pensó *No le saco la ficha a este hijo de puta*.

—El caño que lleva —le dijo a Cuca sacando dos armas— ¿es así, con cargador acá, o así con este cilindro?

Cuca lo miró enojada.

—Es un revólver, ¿ta?

Calito sonrió y guardó la pistola.

—Cuando se esté bañando revisás el revólver pero antes de tocarlo te fijás, para dejarlo exactamente igual. Esto es muy pero muy importante.

Entonces le mostró:

—Con el cañón hacia abajo y el dedo siempre, siempre, pero siempre fuera del gatillo, volcás el tambor así. Después empujás acá para que asomen las balas. Sacás una, esta parte es la vaina, ¿ves?, y te fijás si es dorada o plateada. Te fijás también cómo es la punta. Esta parte es el culote…

—Eso es un culito —rió Cuca.

Calito le dio la bala.

—El culote tiene marcas, tenés que leerlas.

Cuca resopló.

—Vaina dorada, plomo desnudo, en el culito hay un 3, un 8, un espacio, una S, una P y una L; del otro lado una F, una L y una B larga.

—Hay muchas variantes. Después dejás todo como estaba. Para eso antes de tocar algo te tenés que haber fijado.

—Ta.

—Me va la vida.

—Ta.

—Si sale mal, no va a haber quién te pague.

—¡Ta, ta, taaaa!

Él leía. llegó Cuca de la cocina haciendo malabarismos con una pava, el mate, una taza de café y entre los dientes el celular. En un esfuerzo de concentración y equilibrio llegó a la mesa, distribuyó las cosas, se sentó y se cebó un mate.

—Ni galletitas, ni factura, ni un cacho de pan viejo tenés.

Él preguntó sin levantar la vista.

—Si te dejo plata, ¿te encargás?

Cuca asintió.

—¿Qué leés?

Él le leyó en voz alta *Vanas palabras de sabiduría*.

—¿Y eso?

—Eso es grandioso.

Y cerrando los ojos recitó *Aquel cuya inteligencia no esté enredada, no está atado por sus acciones aunque mate hombres en este mundo*.

Cuca bufó aburrida.

—Che, no soy curiosa, pero ¿a qué te dedicás?

—Vamos, no revisaste los cajones, no tocaste la billetera, ni siquiera abriste el botiquín del baño. Imposible.

—Tuve la intuición de que no correspondía.

—Inventá algo lindo.

Ella lo señaló divertida.

—Vos sos un intelectualoide.

—Qué es eso.

—Alguien que estudió mucho pero no le sirve para nada y cuando puede se hace el importante.

Miró el dibujo de la mariposa y lo interrogó cogoteando.

—Representa la transformación…

—El embole, representa el embole.

—¿Sabés bailar?

Cuca se entusiasmó.

—No pero me encanta, ¿querés bailar?

—Quiero que me bailes.

Apurada prendió la radio, buscó música rítmica y se puso a bailar con entusiasmo. Él la miraba tomando el café.

—Esto es mucho mejor que hablar.

—Para vos que no hacés nada —jadeó ella.

Entonces él buscó música lenta y la guió para bailar pegados, con movimientos mínimos.

Cuca espiaba por la puerta entreabierta hasta que entró Calito.

—¿Recibiste el mensaje?

Calito asintió y le dio una bolsita.

—Seis balas, ¿son iguales?

—Idénticas.

—Mañana, antes de que se vaya le tenés que cambiar las balas. Si no me llamás lo doy por hecho.

—¿Para qué hacemos esto?

—Es munición inerte, no se dispara.

—¿Lo vas a bardear antes de matarlo?

—¿Algún problema?

—Mientras me pagues.

Calito se puso muy serio.

—Es muy importante…

—Sí, sí, que deje todo tal cual. Te digo más, cuando le saque las balas al revólver las escuendo y recién ahí abro la bolsita, porque si se mezclan no vas a poder garparme.

Calito se distendió.

—Si no me llamás…

—¡Dalo por hecho! Escucháme —siguió Cuca— no te enojes che, pero me tendrías que tirar unos mangos más.

Calito la miró feo y Cuca protestó.

—¡Me está recontra cogiendo!

Él escupió café en el cactus y se quedó mirándolo un buen rato. Lo puso con delicadeza en la ventana, abrió uno de los cajones de la cómoda, sacó el revólver enfundado y se lo puso en la cintura. Se puso una campera y desenfundó el revólver, pero al verificarlo notó que el

tambor no estaba trabado. Saludó a Cuca y se fue. En un baldío de camino a la estación de servicio, se tapó el oído derecho con la mano izquierda y gatilló hacia la tierra. Se escuchó un click metálico. Se dejó de tapar el oído y gatilló 5 veces más sin que saliera una bala.

En la casa, la música estaba a todo lo que daba. Cuca bailaba con desenfreno. Él entró y disfrutó observándola, pero ella no lo registraba y le dio un chirlo cuando le pasó cerca.

—¡A mí no me pega nadie! —gritó.

Él apagó la música y sacó el revólver. Cuca se quedó inmóvil como si eso la hiciera invisible.

—Ojalá hubieras tardado más —dijo volcando las municiones inertes al piso. Cargó el revólver, agarró el celular de Cuca y se fue sin que ella se atreviera a mover ni los ojos.

Esperaba en la oficina con los auriculares puestos y el revólver empuñado bajo el mostrador. El bobo estaba apoyado contra el surtidor, hipnotizado por su nuevo celular. Calito entró con sus laderos y se le paró enfrente limpiándose los restos de coca de la nariz —¡Por fin nos encontramos! Te cargaste a mi hermanito, ¿sabés?

Él se quedó impávido. Calito empezó a sacar su arma simulando torpeza y enganchándola en la ropa. Sus laderos reían y el bobo también. Él hizo 3 disparos que sonaron juntos. Los laderos cayeron sin enterarse de lo que había pasado. Calito se desmoronó por etapas. Con la vista perdida y un gesto de sorpresa quedó tendido de espaldas. Él enfundó el revólver, se sacó los auriculares y los guardó. Caminó hasta los laderos, sacó una bolsa que usó como guante y desenfundó sus armas. Guardó la bolsa y fue hasta el cuerpo de Calito, le enderezó la cara con el pie y le hizo un gesto de respeto. Se escuchó la risa mucosa y la sirena de los patrulleros acercándose.

No declaró y se encontró sentado en el banco de la comisaría junto a la abogada. Ella parecía mimetizarse con él y había apoyado la cabeza contra la pared cerrando los ojos.

—¿Trampa?

—Trampa.

—¿Te madrugaron?

—Casi, casi. Me mandaron una pendeja.

Ella se tomó su tiempo.

—Algunas pendejas son irresistibles.

—Sí, claro que sí.

Ella repitió:

—Sí, claro que sí.

Y se miraron para asentir.

Él volvió a cerrar los ojos y le dijo que no quería disolverse en el infinito, que la muerte lo tenía que encontrar alerta, y después de un rato agregó:

—Pero pueden pasar tantas cosas.

Ella lo peinó con los dedos. Él no quiso darse cuenta.

Lo largaron rápido. Todos los muertos eran pesados. En la casa encontró un revoltijo. No estaban ni el bolso ni la bicicleta de Cuca. La TV rota, con un palo de escoba atravesando la pantalla a modo de lanza. La ventana abierta y la ausencia del cactus. Los cajones de la cómoda colgando y la ropa desparramada. Levantó del piso un revólver, lo cargó, se sacó la funda vacía del cinturón, lo enfundó y lo dejó sobre la mesa. Sacó del bolsillo sus auriculares y el celular de Cuca y los dejó sobre la mesa. Levantó del piso una bombacha, se deleitó con su aroma y la depositó sobre el revólver.

Esa noche, él estaba a la entrada de la oficina y el bobo en el mostrador. Otro hombre hubiera estado en su peor momento: perdida Cuca y con un imbécil convertido en su más ferviente admirador. El bobo ya no jugaba con el teléfono. Se dedicaba a observar cada uno de sus movimientos y a festejar con su risa repugnante cada frase que le arrancaba. Se quejó de que no venía nadie.

—¿Querés que me vaya?

El bobo no solo soltó su risa sino que la acompañó pisoteando.

—Hace una semana que no viene nadie —volvió a quejarse, y se quedó mirándolo como si a él correspondiera hacer o decir una genialidad. No quería contestar pero el imbécil no desviaba la mirada: —Mejor para vos, yo te pago igual.

Y tuvo que soportar la risa mucosa y los pisotones.

No lo sorprendió la entrada del rubiecito. Era distinto a los otros chorros, venía empujado por una desesperación ciega. Se le fue encima y le apoyó en la cabeza una pistola susurrando —¡La plata, la plata!

Él trató de hacer contacto visual y encontró ojos que no miraban. El rubiecito gritó —¡La plata o te mato hijo de puta!

Él le manoteó el arma y forcejearon. Se sintió un ruido seco y el rubiecito cayó con el cráneo destrozado. Su empleado, que todavía sostenía el matafuego en alto, gargageó su risa y le preguntó:

—¿Por qué no le tiró?

Pero la expresión de él lo hizo apartarse. Se agachó junto al cadáver sin prestar atención al espeso charco que se expandía y lo palmeó.

Esta vez se llevaron esposado al empleado. Los policías le preguntaron si era verdad que ese boludo le había salvado la vida.

—Es Rin Tin Tin —les dijo.

Los policías le preguntaron qué era eso y él los mandó a googlear.

Apenas entró al estudio la abogada empezó a gritar imitando a un crupier.

—¡No va maaas!

Él esperó.

—Se cerró el ciclo, pibe.

Él esperó. Ella le dijo que había reconocido al último chorro y que por eso no había reaccionado. Él esperó. Ella le dijo, que era el que había matado al dueño de la estación de servicio. Él esperó. Ella agregó que había salido en las grabaciones que la tele había pasado hasta el hartazgo. Él negó con la cabeza, y ella le dijo que igual todo había terminado, que había llamado mucho la atención y que ella estaba afuera. E insistió:

—Te hizo acordar a…

—Calláte.

—No te hagás el rudo.

—¿Alguna vez atropellaste a un perro en la ruta? Tratás de evitarlo y es peor.

Cuca lo esperaba en la puerta, con su bolso en el suelo y la bici contra la pared. Llegando le hizo un gesto de interrogación con la cabeza, que ella respondió de igual manera. Y así varias veces hasta que estuvieron juntos. Ampulosa le explicó que estaba en banda, que se le había caído un negocio importante.

—Le puede pasar a cualquiera —dijo él.

Ella le explicó que había ventajas y que no iba a durar mucho porque él era muy viejo. Y mientras él abría la puerta ella le preguntó por el último muerto, el rubiecito. Él cambió de tema y le preguntó por el cactus. Ella le dijo que lo había revoleado para que no tuviera ni a quien invitarle un café y entró a la casa. Él, desde afuera le reclamó por el televisor. Ella desde adentro le reclamó por el celu. Él le reclamó por seis balas y ella le reclamó por el chirlo.

Una moto picó arando en su dirección. Dos hombres con casco. Pasajero con pistola. Él se alejó de la puerta y tocó su revólver en la funda pero lo dejó. Al pasarle por delante, el pasajero le hizo una venia con la pistola. Desde enfrente Pedro le gritó:

—¡Esos guachos son del barrio!

Él se dijo *Ahora yo también,* y desde adentro le llegó el grito de Cuca.

—¡Entrá, entrá si sos macho!

Se veía su silueta en la penumbra, desnuda y con tacos. Él sintió que perdía el tiempo y entró con la bici.

Descansaban en la cama. Se filtraba luz vieja por la ventana. Ella le dijo que se sentía culpable, y él que la trampa había sido espléndida. Ella le dijo que era por el cactus y él que no importaba.

—Parecías muy encariñado, ¿ése cactus de mierda tenía nombre?

Él tuvo que esforzarse para no sonreír. Ella insistió y él dijo:

—A veces la muerte y la destrucción producen cosas buenas. ¿Cuántos cactus han tenido el privilegio de morir a manos de alguien como vos?

Le señaló el póster de la lidia de toros y ella dijo con desprecio:

—Hacen mierda un bicho para divertirse.

—Tratan de matarse. En vez de ir al matadero en un camión, el toro pelea con alguien que le ofrece respeto y lealtad.

—Para los tipos que mataste eras el torero —él le dedicó su atención y ella siguió: —¿y el que no quisiste matar?

—No me merecía.

—Sos el torero para algunos y para otros…

—No lo digas Cuca, no lo digas que se arruina.

La abogada le dijo que no le devolvían el último revólver. Él no le dio importancia y le tendió un cheque que ella tiró en un cajón del escritorio. Lo acompañó hasta la puerta pero a último momento lo retuvo del brazo y le dijo que estaba pasando algo muy jodido, que muchos se habían hecho los distraídos por orden de un juez que pro-

tegía narcos. Él le restó importancia con un gesto. Ella le contó que al juez lo acusaban de haber tramado la eliminación ilegal de delincuentes para favorecer a sus apoyos políticos y que para lavar su imagen lo había condenado. Él asintió satisfecho y le dijo que tenía el número de documento de Cuca y que quería dejarle la casa.

—¿Volvió la pendeja? —se asombró la abogada, y le pidió que se quedara rato más para firmarle un poder. Pensaba que no iba a llegar muy lejos. Cuando él quiso pagarle, ella le dijo que era por amistad. Se despidieron con el abrazo que se debían.

Se despertó sobresaltado. Había soñado con una corrida de toros y el dolor lo despertó. Se buscó la herida tras el cuello y vio a Cuca durmiendo a su lado. Se vistió, puso el revólver y la daga sobre la mesa y esperó vigilando. Un par de horas después, despertó a Cuca y la mandó por el pasillo hacia el fondo. Con el revólver y la daga, se escondió tras la puerta. Una frenada, un escopetazo en la cerradura y entraron tres tipos. Al que entró último lo ensartó con la daga por la espalda y lo usó como escudo para dispararle a los otros. El que se había quedado afuera esperó un ratito eterno, vació la escopeta contra la entrada y huyó en el auto. Él salió y le hizo un tiro de precisión. Se asombró, y volvió a disparar. Segundos después se escuchó un estruendo. Vio a Cuca a la entrada del pasillo envuelta en una manta:
—¿Tenés donde nos podamos esconder unas horas?

Ella asintió.

Era media mañana. Verificó su revólver y lo enfundó. Cuca estaba petrificada, con los brazos cruzados mirando al piso. Le dio una tarjeta y le pidió que no saliera por un par de días y que después fuera a ver a su abogada.

—Tiene algo para vos —fue lo último que le dijo. Dudó entre darle un beso o abrazarla. Y se fue.

Los tres custodias esperaban en una antesala cuando el oficial recibió un mensaje.

—Ya sale —dijo ajustándose el chaleco antibalas. Sus hombres apuraron los mates. —Después se andan meando —los retó.

Salieron y lo vieron venir a él. El oficial metió al Juez en el edificio y los custodias lo cruzaron. Él les puso un impacto a cada uno en el centro de los chalecos. El oficial salió y le disparó desde atrás. Él se tambaleó, se recompuso y le impactó el chaleco. El oficial se paró desarmado. Él lo empujó al suelo, le apuntó a la cabeza y se miraron. Él se fue a su auto, subió y se puso el revólver bajo el muslo. Miró a los custodias, todos de pie, uno de ellos meado. Ninguno levantaba el arma. Quiso tocarse la herida en la espalda y encontró un borbotón de dolor. Se alejó manejando despacio, tranquilo.

Soñó su sueño de siempre: él en su juventud apuntando con su pistola de competición y repitiéndose *Sólo los aparatos, sólo los aparatos, un disparo una vida*. Despertó sentado en el coche, en el baldío en el que había probado la munición inerte. Imaginó a Cuca espiando por la ventana y fumando un cigarrillo tras otro. Imaginó que en algún momento encontraría el dibujo de la mariposa en su bolso. Y que también la abogada fumaría interminablemente, pero con las patas arriba del escritorio, en penumbras, para que ni la luz pudiera verla llorar. Y que los policías, los sicarios y los buchones lo estarían buscando, todos para el poder, todos tras un final que era solo suyo.

Una mariposa revoloteó frente al parabrisas y se rió por primera vez en muchísimo tiempo. Y al dejar de respirar, cientos de mariposas rodearon el auto como si supieran algo que nadie más sabía.

Se sorprendió la abogada de que Cuca viniera tan pronto. Cuca le contó que lo habían encontrado dentro de su auto y que en el barrio

decían que había muerto sonriendo. La abogada se quedó unos momentos ensimismada, y dijo:

—No me extraña. Te dejó la casa.

—¡Esa casa es una mierda!

La abogada le explicó que el terreno valía más de cien mil dólares y tuvo que presenciar un festejo futbolero interminable. Después del griterío, le sugirió que podría hacer alguna inversión. Las risotadas de Cuca no le dejaron dudas, se lo iba a gastar rapidísimo. Del otro lado de la ventana, montones de mariposas golpeteaban contra el vidrio.

Puede ser una oportunidad

y otros relatos y microrrelatos reunidos

(2020-2010)

Puede ser una oportunidad

I

Ernesto se había tomado un fin de semana en la costa antes de incorporarse al nuevo trabajo. A pesar del frío nadó unos metros mar adentro. Cuando la enorme cabeza asomó, lo fascinaron los reflejos rojizos del agua chorreando por los mechones y creyó que estaba emergiendo del mar una enorme estatua de bronce. El lobo marino abrió los ollares en inspiración y se sumergió. Ernesto nadó despacio hacia atrás. Cuando la cabeza salió lejos, nadó fuerte hasta que hizo pie, dominando el impulso de correr. Desde la playa observó al lobo convertirse en un punto. "Qué lobazo", se dijo, "macho viejo expulsado de la colonia".

Cenó temprano en una pizzería, el micro salía a la mañana. Una chica se sentó a su mesa. "Soy Dora, te estuve mirando, te elegí", le dijo. Sexo rápido, promesas de reencuentros e intercambio de números. El mismo día de su vuelta, empezó a trabajar en la constructora. Le decían que las comisiones eran importantes, y quedaba claro que no le iban a pagar sueldo. Intentó arrimarse a un tipo que, bastante mayor que él, estaba en ese trabajo desde meses atrás.

Bengochea vivía de su taxi, y cuando tenía tiempo trataba de hacer negocios. Él lo ahuyentó un par de veces, contestando su saludo con una sonrisa torcida, de amenaza. Un día en que coincidieron saliendo de las oficinas, vio a Bengochea subir a su taxi e intentó de vuelta.

–¿Salís derecho por ésta?

Bengochea asintió.

–¿Me tirás más adelante?

Bengochea sonrió torcido y abrió la puerta del acompañante. Cuando Ernesto estaba con un pie en el coche y otro en la calle

Bengochea salió arando y Ernesto cayó. Justo antes de la maniobra, le pareció oírlo decir algo. Mojado con el agua del cordón, se mantuvo alerta e inmóvil, esperando otro golpe desde la nada.

II

Esta vez, Bengochea estaba mejor preparado, porque ya había hablado varias veces con Don Omar y sus vecinos. La constructora había comprado y tirado abajo las casas aledañas, con la seguridad de que transaría. Tocó apenas el timbre y esperó. No iba a volver a irritar a Don Omar, que en algún momento asomaría la cara, y desde adentro le llegaría un olor que no podía nombrar pero exigía aguante.

–¿Qué tal Don Omar? El triple de lo que vale, con el tiempo que quiera para mudarse. Yo lo ayudo a encontrar una casa mejor. Le va a quedar un toco para disfrutar.

–No me interesa.

–Si le ofreciéramos diez veces el valor, ¿tampoco?

–Tampoco.

El viejo cerró la puerta y Bengochea escuchó unos ruidos que le hicieron pensar que había puesto una tranca. "Historia repetida", pensó observando la propiedad rodeada de lotes arrasados. Caminó alrededor de la casa, tenía que haber una solución, si no, la constructora revendería los terrenos. Para un productor a comisión, era todo pérdida.

Un chillido agudo lo distrajo. En una depresión tras un arbus-

to vio tres gatitos. Levantó un pedazo de loza, y se la dejó caer. La sangre le salpicó los zapatos. "Viejo de mierda", pensó, "no me vas a cagar". Se sintió observado, y concluyó que la gata andaba cerca. Volvió a la puerta de Don Omar y se pegó al timbre. Cuando el viejo se asomó, Bengochea metió el pie. Entonces Don Omar abrió y le hizo un ademán para que pasara. "Tarde para amabilidades", pensó Bengochea.

Hasta la billetera tenía el cuerpo decapitado que dos días después apareció al otro lado de la ciudad. "Alguien se puso a jugar a la revolución francesa", comentó uno de los cronistas. Solo la de Martínez había visto entrar a Bengochea a esa casa. Ella había sido su fuente de información. Se había ganado una propina, pero más la había impulsado su odio hacia Don Omar. Muchos años atrás, cuando estaba de novia, Don Omar le había dicho un piropo bastante atrevido para la época: "Adiós, corazón de arroz, si me das un besito, me caso con vos", pero le había cambiado el final diciendo: "...te parto en dos". Ella le había hecho jurar a su novio que lo mataría. Su novio se lo había prometido, y siguió haciéndolo durante los 50 años de matrimonio. "¡Cochino hijo de puta!", le había gritado la de Martínez a Don Omar cada vez que lo cruzaba.

En la constructora no sabían si Bengochea había hablado con Don Omar. Mandaron a Ernesto, que incómodo en su saco berreta, se estremeció ante el caserón. "Parece un ataúd gigante", pensó. Cuando Don Omar atendió, le ofreció el triple, y conteniendo la respiración por un tenue olor que traía espanto, veinte veces más, antes de que le cerrara la puerta en la cara.

–Tardaste –le reprochó el Gerente horas más tarde.

–El viejo es una piedra, negocié, negocié y negocié, pero no hubo caso.

–Negociaste.

–Al final, perdido por perdido, ofrecí veinte veces más para ver qué pasaba.

El Gerente sonrió:

–¿Y?

–Imposible.

El Gerente se concentró en sus papeles y dijo:

–Bueno, vendemos, recuperamos y listo.

Ernesto asintió:

–Es lo mejor.

–Tomátelas –dijo el Gerente sin levantar la vista.

Caminando hacia su casa, le salió al encuentro Don Omar y tendiéndole un cuadrito le preguntó:

–¿Le gusta?

Era un cartón viejo, con la burda pintura de un teléfono de disco, con el auricular colgando del cable. Una mierda que no servía ni para quemarla.

–¿Lo pintó usted?

Don Omar asintió. Ernesto siguió:

–No lo puedo creer, no encuentro palabras...

Se concentró tratando de que se le llenaran los ojos de lágrimas.

Don Omar lo interrumpió:

–Son veinte pesos.

–Si tuviera 20 millones, también se los pagaba.

Don Omar le arrebató el billete y se fue. Pasaron los días, y en la constructora no se definía su situación, así que dejó de ir. No había ganado nada, y encima Don Omar le había afanado 20 pesos.

III

Recién juntado con Adelita, tenía que conseguir rápido un laburo. Ella le tendría paciencia mientras no le cantara: "Si Adelita se fuera con otro...", y mucho menos con la entonación del negro. La primera vez que se acostaron, con un pedazo de cable había tren-

zado un barrilito al que los boy scouts llamaban "cabeza de turco". Desde entonces Adelita se lo exigía antes de encamarse y no admitía que los tuviera preparados. Ella metía el dedo usándolo a modo de grotesco anillo, y tenían sexo tranquilo pero bueno. Después lo guardaba, tenía una bolsa llena, que Ernesto no podía tocar. Así que mantenía una provisión de soguines en la mesa de luz. No entendía si esa previa la excitaba o servía para evitar un abordaje directo pero no había vez en que, trenzando, Ernesto no maldijera al scoutismo.

IV

Meses después, al ver que la casa de Don Omar seguía rodeada de baldíos, volvió a hacer un intento. Ya no trabajaba en la constructora, pero si tenía éxito la comisión se la pagarían igual. Por suerte había conservado el cuadrito. De la casa salía un tipo más o menos de su edad junto con el olor.

Ernesto le dijo:

–¿Está Don Omar?

–Murió –dijo el tipo mientras cerraba la puerta.

–¿Sos el nieto?

–No –le contestó alejándose.

Ernesto lo siguió:

–Le compré un cuadro hace un tiempo.

–¿Qué? –se sorprendió el tipo.

Ernesto no desperdició la oportunidad y mostrándole el cuadrito siguió:

–Querría cambiártelo por otro, no me gusta que el auricular esté así, colgando del cable.

El tipo se quedó mirándolo, y Ernesto quiso hacerse el simpático:

–Me llamo Ernesto, pero mi viejo me dijo tantas veces "boludo", que a veces me olvido.

El tipo asintió en vez de reírse, y Ernesto lo apuró:

–Si no me lo podés cambiar, te compro otro.

El tipo le manoteó el cuadrito y entró a la casa. El olor le llegó otra vez. Al rato, asomó un brazo tendiéndole otro cuadrito, y cerró. La pintura era también de un teléfono y tan mala como la anterior, pero el auricular estaba colgado. En casa lo observó de cerca y de lejos, largo rato. Básico, pintado en grises opacos, lo apoyó en un mueble pensando que esa noche lo ponía en la basura. Pero no podía dejar de mirarlo cada vez que pasaba. Lo llevó a la cocina, y lo apoyó detrás del tacho de basura con la imagen hacia la pared. Varias veces se descubrió sosteniendo el cuadrito con el brazo extendido. Iba a la cocina para eso, lo dejaba y volvía a ir.

Lo restituyó sobre el mueble. Volvió a verlo de lejos y de cerca, dejó que la vista se desenfocara sobre la imagen. Apagó la luz y lo observó con una linterna, con una vela, en la oscuridad. Adelita le gritó por algo que había dejado de hacer, y él se dio cuenta de que había estado horas mirándolo. Se le ocurrió que no era la imagen, que tal vez fuera el fondo. Al rato concluyó que no, no estaba allí, pero le llegaba. Le dieron ganas de contarle a Adelita, pero no sabía qué. Quizás no fuera el cuadrito, quizás fuera él. Esa noche, se durmió pensando que el cuadrito lo observaba desde una ausencia. Despertó pensando en el cuadrito del auricular descolgado. No lo había observado como a éste, y se preguntaba si produciría el mismo efecto. Colgado o descolgado, o los dos o ninguno. Adelita estaba enojada:

–¡Boludo! ¿Cuántas horas más vas a mirar esa mierda?

Le sonrió y estuvo a punto de cantarle. Colgó el cuadrito, lo miraba cada tanto, no como antes, unos minutos le bastaban. Pasaron algunos años, hasta que un día, en un impulso descolgó el cuadrito y fue hasta lo de Don Omar. Habían vuelto a construir una casa al lado y también construían en el lote de atrás. Lo atendió el mismo tipo que antes. Mostrándole el cuadrito, le dijo:

–¿Te acordás de mí? Me parece que me equivoqué al cambiártelo. ¿Me venderías el otro? O si no...

–Me llamo Sergio y no vendo cuadros.

Y arrancándole el cuadrito de las manos se metió en la casa, salió segundos después con el otro, se lo entregó y le cerró la puerta en la cara.

En su casa, Ernesto colgó el cuadrito y lo miró. No le encontró cualidades estéticas, pero en su falta de técnica y mal gusto, supo que el pintor había puesto todo de sí, que era auténtico. Mirar el cuadrito, lo tranquilizaba sin atontarlo. Hubiera querido poner los cuadros lado a lado, así que dejó pasar un tiempo y volvió. Apenas Sergio se asomó a la puerta, aguantó la respiración y le pidió que le vendiera el otro cuadrito. Él se negó con la cabeza cerrando los ojos, y no los volvió a abrir.

–Los quisiera juntar –dijo Ernesto.

–No pueden juntarse.

–¿Por?

–No puede estar el teléfono colgado y descolgado al mismo tiempo.

–Son dos imágenes, el teléfono en realidad no está.

–Y si no está, ¿para qué lo querés? –dijo Sergio cerrando la puerta.

Pasó bastante tiempo hasta que Ernesto volvió a cruzarse con Sergio, que caminaba llevando un par de bolsas. Apartando apenas una cortina, los espiaba desde enfrente la de Martínez. Acoplándose a su andar, Ernesto dijo:

–Sergio, ¿podemos hablar?

Él negó con un gesto y siguió caminando.

–Me cambiaste un cuadrito que le había comprado a Don Omar.

Él asintió con un gesto y siguió caminando. Ernesto dijo:

–Me quedé con las ganas de tener los dos cuadritos.

Sergio paró en seco, haciendo seguir de largo a Ernesto y dijo:

–No pueden estar juntos.

Apuró el paso apretando las manijas de las bolsas, y entró a la casa. "Me voy a tener que resignar", pensó Ernesto, "como los de la constructora". Por primera vez sintió aversión hacia él. Pensó que debía salir de la casa solo para hacer las compras, pensó que tendría hábitos inamovibles, y lo confirmó cuando volvió a verlo una semana después, a la misma hora, llevando las dos bolsas. Podía anticiparlo. Lo sintió como una victoria contra su indiferencia y decidió no hacer nada. Se había vuelto serio y los cuadritos lo habían ayudado. Recordaba su pasado como si fuera de otro.

Un día, observando su cuadrito, le pareció que el auricular estaba sobre la horquilla. Se sobresaltó y se acercó para verificar que colgaba del cable. Los grises opacos estaban más tristes, y supo que había dejado de hacerle bien, que le había servido como un bastón que cuando no se necesita, estorba. Durante unos años, observó a Sergio en su caminar apresurado, cada vez más encorvado. Le adivinaba las canas amarillas, el olor de la casa, los ojos en vigilancia mecánica, la conversación imaginaria. "No usa el cuadrito", pensó. "no sabe". Un día, Ernesto dio vuelta el cuadrito, y se dio cuenta de que era lo mismo el anverso que el reverso, o no mirarlo, y lo quemó sintiendo que lo liberaba como si fuera un pájaro. No le prestó más atención a Sergio. No le interesaba un tipo que se gasta encharcándose en la mente, con ese olor a tiempo quieto que ocultaba algo siniestro.

V

Don Omar había sido muy sociable con los vecinos. Juntaba cosas viejas y regalaba sus acuarelas en cartones o maderitas curvadas. Los vecinos las guardaban porque Don Omar revisaba la basura.

Sergio era muy distinto, no pintaba ni regalaba nada, no jun-

taba basura, había limpiado la casa y no se detenía a hablar con nadie. La tranquilidad que necesitaba, la obtenía de hacerse invisible. No podía imaginar que hubiera persona tan estúpida como para pagar por uno de esos cuadritos. La ventana de la sala daba a la calle y ante ella Sergio tenía la impresión de estar afuera. Al pasar, la gente se miraba en el reflejo. Si tenía suerte, alguna chica se detenía unos segundos.

A veces se deprimía, entonces dedicaba horas a bañarse, afeitarse y vestirse bien. Se entretenía, porque no necesitaba trabajar para vivir, no tenía ocupaciones aparte de cuidar la casa. Después de la última conversación con Ernesto, Sergio observó con atención el cuadrito. Don Omar había dejado una pila, pero solo dos tenían un teléfono pintado, uno lo tenía él, y el otro Ernesto. Por un momento se inquietó, pero finalmente desechó todo interés y lo colgó frente a la mesita del teléfono que nunca sonaba. Quedaron frente a frente dos teléfonos, imagen y realidad.

VI

Pasaron los años, y Ernesto se reencontró con Miguel. No sintieron que el tiempo hubiera afectado su amistad y siguieron viéndose cada tanto en el café. Miguel era un hombre de armas y determinaciones. Lo había sido de joven, y como las personas no cambian, así seguía. En una de las charlas le había comentado que había matado a un delincuente que andaba jodiendo por el barrio. Ernesto creyó entender que Miguel tenía miedo de volverse loco, o de convertirse en aquello que quería destruir si entraba en una zaga justiciera.

En las sucesivas charlas, Miguel le contó que lo había superado tomando una decisión. No le dijo cuál, solo que debía estar atento a sus pensamientos porque le darían la señal. Lo interesante era que esa

atención lo había alejado de su insatisfacción con el mundo. A Ernesto le impresionó el paralelismo con su cuadrito, y se lo comentó.

Miguel sonrió:

–¿Pensaste en matar a Sergio?

–No, si soy más inofensivo que una paloma muerta. Me extraña esta distancia que me aísla, pero me da algo a lo que no quiero renunciar.

Quiso decir algo más, pero terminó en un gesto impotente. Miguel asentía.

VII

Cuando Don Omar murió, la de Martínez había visto a Sergio ocupar su lugar, y sabía que no era el nieto. Le había transferido su odio por la afrenta sufrida tantos años atrás, y al ver a Sergio hablando con Ernesto, le había extendido también a éste su odio. Se sentía traicionada, ella había conocido a las madres y abuelas de Sergio y de Ernesto, y con ellas le habían sacado el cuero a todo el barrio. "Así que te parto en dos", pensaba la de Martínez, "marranos, hijos de puta, den gracias a Dios que mi marido no está".

A pesar de que su marido no había sido un santo, ella lo extrañaba. Era un poco bruto. Desde la primera noche, había sido siempre igual: se le tiraba encima, la buscaba con torpeza, bombeaba un poco y se dormía. Entonces ella lo hacía rodar a un costado y podía dormir tranquila. No lo extrañaba porque lo hubiera querido, lo extrañaba porque era lo que correspondía. Que el puerco de Don Omar se la hubiera llevado de arriba, la hizo tomar la iniciativa. Se cruzó, le tocó el timbre a Sergio y le dijo:

–Quiero ponerte sobre aviso, vos sos un buen vecino, no le andás faltando el respeto a la gente como otros que yo sé, en fin, ojo con ese tal Ernesto. Lo vi tratando de treparse por la pared.

Sergio cerró la puerta temblando y la de Martínez gritó:

–¡Si se mete en tu casa matálo, podés matarlo, lo dice la ley!

VIII

Ernesto hacía tiempo en el café, cuando una adolescente se sentó a su mesa mordisqueando un tostado y le dijo:

–Te estuve mirando.

–Me pareceré a algún actor.

Ella negó y siguió comiendo, Ernesto esperó. Ella miró hacia la calle, y alguien se retiró de la vidriera. Ernesto no pudo ver más que un bulto. Ella corrió tras esa persona. Si había sido una estrategia para hacerle pagar, aunque demasiado elaborada era interesante. Si lo había usado para darle celos a otro, halagador.

IX

Ernesto caminaba tranquilo. Una gorda venía por la vereda en un ciclomotor con la suspensión vencida. Vestía un conjunto deportivo blanco, y un casco rojo le ocultaba la cara, como la cereza de una torta gigante. Al pasar le descargó un cadenazo que Ernesto recibió dándose vuelta. La torta gigante escapó sin inconvenientes. Tuvo que contarle a Adelita, inclusive lo de la chica en el café.

Ella interpretó:

–Alguien te vio con la pendeja.

–Pero no hice nada.

–Porque no pudiste.

–Ni la conozco.

–¿Y por qué no me contaste antes?

–Pensé que era una loca.

–¿Y el tipo ése, tan raro?
–¿Quién?
–El que está viviendo en la casa de Don Omar.
–Nada que ver.
–¿Y un novio?
–¿Un novio de quién?
–¡De la pendeja!

Ernesto suspiró entregado. Cuando se produjo el segundo ataque, tuvo que hacer la denuncia. Desde un autito destartalado, le erraron dos veces con una 22. Los policías insistían en que debía tener algún enemigo, un conflicto con un vecino, un amorío. No podían hacer nada sin una hipótesis. Él tampoco. Los policías creían que la cuestión no era tan peligrosa y que Ernesto no decía todo.

Pocos días después, una tuerca en trayectoria tendida rozó la cabeza de Ernesto. No llegó a ver la ventana de la de Martínez cerrándose, y al llegar a su casa, se llevó una asquerosa sorpresa. Le habían embadurnado la cerradura con mierda. Se sintió aliviado, lo reconoció como el recurso de una vieja rencorosa. Tenía la punta del ovillo.

X

Días después, Adelita le dijo que no le importaba lo de la pendeja, que de todas formas su relación ya no daba para más, que patatín, que patatán. Se llevó sus cosas, y le dejó arriba de la cama una gran bolsa llena de "cabezas de turco". Ernesto estuvo tentado de contarlas, pero ató la bolsa y la sacó con la basura. Al salir a la mañana se patinó en el umbral. "Me podría haber desnucado", pensó examinando la prolija extensión de aceite. Al volver del trabajo, le tocó el timbre a la de Martínez. Mientras esperaba miró la casa de Don Omar. No había vuelto a ver a Sergio, pero la camioneta del supermercado bajaba mercadería. "Ya ni sale", pensó.

Tocó varias veces más el timbre, golpeó la puerta y gritó:
–Vamos señora, quiero hablar con usted.
Vió movimiento en la cortina, y se arrimó a la ventana:
–Por favor, hablemos.
Nadie lo atendió.
Más tarde en el café, Ernesto reflexionaba en voz alta:
–No sé qué hacer.
Cuando se le pasó la risa, Miguel le dijo:
–Puede ser una oportunidad.
Pero Ernesto no contestó, y Miguel lo acompañó en el silencio.

XI

Unos días después, Ernesto se encontró con Adelita. Tenían que intercambiar algunas cosas y ella le preguntó:
–¿Cómo anda la pendeja?
–Si la separación fue por eso...
–Nuestra relación estaba desgastada –lo interrumpió Adelita.
–Igual, por si te interesa, con la pendeja nunca pasó nada.
–Qué triste.
–¿Que triste qué?
–La de Martínez me contó todo.
–¡La de Martínez es una vieja chismosa que no tiene nada que hacer! Yo nunca tuve nada que ver con la pendeja, ni siquiera sé quién es.
–Por eso.
–¿Por eso qué?
–No se puede ignorar a una hija... Dale, ya sé que es la hija que tuviste con Dora, me lo contó la de Martínez.
Ernesto recordó su encuentro con Dora en la costa. Le tomó un minuto organizar la información en su cabeza. Adelita lo esperó ese minuto y siguió:

–La de Martínez me dijo que nunca quisiste reconocerla.

–Yo ni siquiera sabía que esa chica existía –dijo Ernesto tratando de dominarse, y enseguida, arrepintiéndose mientras lo decía agregó:

–Y no me consta que sea hija mía.

–Decí lo que quieras, hacé lo que quieras, yo ya no tengo nada que ver con vos.

Ernesto fue hasta la casa de la de Martínez, tocó el timbre y golpeó la puerta:

–Abra, abra que tenemos que hablar.

La de Martínez abrió apenas la ventana, y por la rendija le gritó:

–Vállase o llamo a la policía.

A Ernesto empezaba a pasársele la furia:

–Si me voy sin que hablemos, la voy a llevar ante la Justicia.

La vieja encogió los hombros varias veces sacando el labio inferior para afuera:

–¿Y a mí qué se me importa?

Cerró la ventana, y Ernesto preguntó a los gritos:

–¿De dónde sacó que Dora tiene una hija conmigo?

La de Martínez abrió la ventana un poquito y por la rendija contestó:

–Me lo dijo ella.

Y cerró.

–¿De dónde la conoce? –preguntó Ernesto hacia la ventana cerrada.

Se abrió una rendija:

–Me encargó que lo vigilara.

Y se cerró.

Ernesto se quedó pensando. Se volvió a abrir una rendija:

–Guachos de mierda, son todos iguales, den gracias a Dios que no está mi marido.

Y se cerró.

Ernesto comenzaba a entender y preguntó hacia la ventana:

–Dora, ¿está muy gorda?

La rendija se abrió:

–Un tanque australiano.

Y se cerró.

–¿Tiene un auto muy viejo y chiquito?

Se abrió la rendija:

–Ajá.

Y se cerró.

–¿Por casualidad, tiene también un ciclomotor destruido?

Se abrió la rendija:

–No por casualidad.

Y se cerró.

–Pero la mierda en la cerradura, el aceite en el umbral y el tuercazo, son cosas suyas –afirmó Ernesto.

Se abrió la rendija:

–¿Y a mí qué se me importa?

Y se cerró.

–Dígale a Dora que quiero hablar.

La rendija no se abrió.

–Usted se metió en mis asuntos.

Se abrió la rendija, y la de Martínez le hizo una seña grosera con el dedo.

XII

Pocos días después, en el café, la pendeja volvió a sentarse a la mesa de Ernesto.

–Te estuve mirando –le dijo.

–Y sos la hija de Dora.

Ella asintió.

–Y supongo que creés que sos mi hija.

–¿Es posible?

Él suspiró.

–A ella le gustan las mujeres, pero la de Martínez me contó que...

–¿La de Martínez otra vez?

–Solo tenía curiosidad –la pendeja levantándose.

–Tu vieja...

–Ya le hablé, no te va a molestar más.

Ernesto no estaba ni la milésima parte de nervioso de lo que hubiera esperado, y aunque se había alterado por momentos, se recomponía rápido. Algo relacionado con el cuadrito había sucedido en él. Cuando pensaba en la de Martínez, le daban ganas de matarla, pero enseguida cambiaba y hasta le resultaba simpática. Fue a verla, pero en un impulso cruzó hasta la casa de Don Omar. Apenas llegó, Sergio corrió la cortina y le señaló la puerta. En segundos, asomó medio cuerpo:

–Te quisiste meter en mi casa.

–¿Qué? Estás loco, ¿para qué iba a meterme en tu mugrienta casa?

–Si querés te doy el cuadrito.

–Ya no me interesa.

Sergio se tambaleó:

–La de Martínez te vio trepando la pared.

–Te mintió.

Sergio se quedó ausente. Tenía un tic bajo el ojo izquierdo, y chocolate en las comisuras de la boca. Entonces se despabiló y entró, sin preocuparse ya por ocultar la escopeta. Por la mañana, al salir de su casa Ernesto encontró una notita: "lo espero en la ventana". La firma era muy larga e ilegible, con una "Z" al final. Él fue y dio unos golpecitos en el vidrio. Se abrió la rendija:

–Lo vi con Sergio.

Y se cerró.

–Amenazó con matarme, ¿por qué será?

La de Martínez asomó la cara, le sacó la lengua y cerró.

Ernesto sonrió cansado:

–Bueno, me voy.

Se abrió la rendija:

–¿Quiere la paz?

Y se cerró.

–Sí claro, quiero la paz.

La rendija se abrió y pasó un papelito con la palabra "PAZ". Abajo, la misma firma que en la notita. Ernesto sacó una lapicera y puso su gancho. Mostró el papelito hacia la ventana. La rendija se abrió, Ernesto lo pasó y la rendija se cerró. Esperó un par de minutos, y dio unos golpecitos:

–Quiero una copia.

La rendija se abrió:

–¿Y a mí qué se me importa?

Y se cerró.

XIII

Meses después Ernesto se enteró que la de Martínez había muerto. Con ella había tenido una guerra personal. "Cuando la gente no tiene dramas, se los inventa", le había dicho Miguel al irse del café.

Recordó la tuerca rozándole la cabeza, e imaginó a la vieja enfurruñada, guardando la gomera en el bolsillo del batón. Había sido una contrincante formidable. Entonces, Ernesto vio a la pendeja sentada al otro lado del salón, haciéndose la distraída. Recordó que en algún momento Miguel le había dicho "puede ser una oportunidad". Fue hacia ella, y antes de sentarse le dijo:

–Te estuve mirando.

Tarda y tarda en pasar

Aunque era tiempo de reconstruir o abandonar, quería dilatar sin excusas. El ofrecimiento de ir al pie de la Cordillera llegó justo. No estaba claro para qué me necesitaban, pero me habían acosado amablemente. Plata para ganar, tiempo para perder, y lo más interesante: irme. Sé de caballos y mulas, pero menos que otros. También de armas y no entiendo que les pareciera decisivo. De a miles hay mejores. Puedo ir, abandonar si no me gusta y perder lo que no me importa: dinero, prestigio, tiempo, lealtad. Elegir, nadie elige, pero les avisé y les pareció perfecto. Y ahora aquí, con investigadores del primer mundo, todos tan amables como si yo fuese importante. Cinco días en mula para llegar a un valle, con la raya del culo borrada y el hedor de los animales impregnado. Me habían advertido de lo difícil que se podía poner, del viento brutal y las

interferencias electrostáticas, pero cuando lleguemos a la posta del misterioso Hilario, me vuelvo.

Del francés que hablan entre ellos no entiendo nada. Dos años en el bachillerato para aprender "ferme la bouche". Del inglés que intentan tampoco y no es su culpa. Tantas lecturas técnicas sin preocuparme por la pronunciación son infranqueables. Trajeron una traductora, la única mujer, que cuchichea con los franceses. Se baja los pantalones y en cuclillas mea donde le dan ganas. No la vi mascar tabaco ni coca, y aún así su saliva filante chasquea cada vez que abre la boca. Me molesta lo que no entiendo y aunque me resigno, toda pequeñez suma. Si quiero volver necesitaré ayuda. Calculé mal, siempre atrapado. No vine a atender a los animales, no quisieron que trajera mi maletín. Tampoco vi armas. Yo traigo mi pistola en la mochila, y mi cuchillo, un "companion", de hoja corta de absurdos 6 milímetros de ancho. Lo compré en Buenos Aires importado. Había visto por Internet a los yanquis usarlo de cortafierro.

Llegaremos a la posta en cinco días. No conozco a Hilario. Con ese nombre seguro que es argentino. Toda la expedición depende de él. Los franceses se muestran los teléfonos celulares, les dan golpecitos y gesticulan. Uno de ellos tiene un aparato metálico en una pierna. Nací durante la última epidemia de polio y me trae recuerdos. Encapsulado en mi ropa, me zarandeo durmiendo sobre la mula, que va sola al mismo ritmo que las otras. Conocen. A veces por el polvo no se ve a más de dos metros, a veces la vastedad me ciega. Al llegar no tengo ganas ni de alegrarme. Trago y duermo. Me queda la imagen de Hilario semblanteándome, y la sorpresa de su juventud.

"¿Ya nos vamos?", pregunto al despertar. Me entero de que dormí dos días. La mujer les cuchichea a los franceses que ríen contenidos. Parecen menos, supongo que algunos se volvieron. En la posta no quedará nadie, así que a la mula. No sé si es la misma, para mí todas son las mismas. Delante va Hilario, y cada vez que mira a la mujer, ella les dice algo a los franceses. A la noche no se hace fuego. Nos prote-

gemos en hondonadas y los franceses reparten comida. En la cintura, acaricio el cuchillo que nunca usé. Hilario me dice: "Saque la pistola". Me pregunto si habrán revisado mis cosas. Me pide: "Haga un tiro". No sé qué decirle e insiste: "Haga un tiro". Todos están pendientes. "Uno solito", dice. La saco y la cargo. Él señala hacia la oscuridad. El click me sorprende y para mi vergüenza me sacudo como si me hubiera pateado el retroceso. Hay una bala percutida en la recámara y la expulso. Con la siguiente pasa lo mismo. Miro a Hilario que levanta el índice diciendo "uno". Así sigo con todas las municiones.

"Ahora sabe", dice Hilario. "No sirve", digo yo. "Aquí nada sirve", termina él. Pienso en revolear la pistola pero la guardo. "Ahora sabe", le dice Hilario a la mujer, y ella se pone a cuchichear con los franceses, que me miran tristes. Amanece y seguimos. Me extraña, quedan tres franceses, uno es el del aparato en la pierna. Hilario se detiene, se eleva sobre los estribos y busca. Luego se para sobre la mula y mira con binoculares. Media hora tarda y tarda en pasar. Un punto en el horizonte viene. Media hora más tarda y tarda en pasar. Es una india, la esperamos y al llegar intercambia señas con Hilario. Él se va a los piques. La mujer les susurra a los franceses. "¿Qué pasa?", le pregunto. Sin mirarme ella dice: "Le llevaron al hijo, sabe que está muerto pero quiere el cuerpo". No pregunto, pero ella igual contesta: "Un colmilludo, es lo que la india dice".

Vuelve Hilario con un cuerpito, la india lo agarra y se va. Lejos, espera un indio sobre un petiso ancho y peludo, desarmado como nosotros. Voy a preguntar pero me contengo. De noche hacemos un fuego que no calienta. Solo queda el francés del aparato. Me duermo sentado. A la mañana seguimos. No comemos, no queda nada. A mediodía llegamos a una cañada. Buscan piedras chatas, las examinan y descartan. Hilario grita:

–¡Una!

Tiene la impronta de un caracol. Ya no pregunto para qué me trajeron, no hubiera podido ser de otra manera. Hilario encuentra al-

gunas más. Pasamos la noche en la cañada. No hay con qué hacer fuego. No me importan necesidades ni deseos. A la mañana no está el último francés. "Se lo llevó", dice la mujer. Montamos y la mujer nos despide sin gestos ni palabras. Cabalgamos más que media hora que tarda y tarda en pasar, hasta salir del valle. Encontramos medio francés, le comieron las piernas. Hilario inspecciona el cielo con los binoculares. Me los pasa y más alto que cualquier montaña veo dos puntitos haciendo círculos. "Cóndores", me dice. "¿Bajarán?, le pregunto. "Cuando estemos a 20 kilómetros".

Cabalgamos mucho más que media hora que tarda y tarda en pasar. Oscurece, vamos hacia una mancha en la estepa. Un animal del doble que un toro y colmillos descomunales, jadea inconsciente. Hilario me interroga. Razono en voz alta: "No pudo vomitar el aparato". Luego le explico: "El del francés. Era de acero o titanio, y se clavó". Me quedo inmóvil sin saber qué hacer. "El cuchillo", me dice. Saco mi cuchillo, su hoja es insignificante ante la bestia. Me mira como si lo decepcionara. Voy a cortar la yugular y la carótida de un solo puntazo. No importa la dureza del cuero, el animal está inerte y puedo descargar mi peso. A lo lejos, Hilario desaparece. Apoyo y me tomo unos segundos. La bestia tiene la muerte en la mirada. Y yo también.

Sin nada

Coquito andaba siempre con la cabeza inclinada sosteniendo una radio que no funcionaba pegada a la oreja. Me causó gracia la primera vez que le pregunté: "Cómo van", y él me contestó: "Discúlpeme, pero no es de su incumbencia", y desde entonces no pude dejar de preguntarle: "Cómo van", para que me contestara: "Discúlpeme, pero no es de su incumbencia".

Solo interrumpí nuestra rutina el día en que fui al entierro de su vieja. Al día siguiente no pude resistirme y le tiré mi: "Cómo van", esperando recibir su: "Discúlpeme pero no es de su incumbencia". Pero esta vez su respuesta fue: "cero y uno". La nueva frase no tenía el tono que me había fascinado. De todas formas, cada vez que me lo encontré seguí con mi: "Cómo van", y él con su: "cero y uno".

Hacía varios años que Olga venía a limpiar a casa. Dejaba todo impecable. Rápida y enérgica, su caminar al borde de la carrera, su frotar al de la furia. A veces la miraba con la expectativa de que empezara a rebotar contra las paredes. Cuando se iba giraba la cabeza para sonreírme. Aunque me gustaba, las diferencias entre nosotros eran insalvables. Si me hubiera dado cuenta de las estupideces de mi pensar, no me hubiera desbordado la furia cuando la vi entrar en la casa de Coquito. Temblé como en una crisis de malaria, me estallaron dos muelas, cagué a patadas el ropero y tuve que tranquilizarme cuando empecé a sangrar por la nariz. Con la cabeza hacia atrás, tapones de algodón y tragando entre jadeos, fugazmente comprendí cuánto no me comprendía.

"¡Es divino Coquito!", gritó Olga sin dejar de trabajar cuando le pregunté fingiendo desinterés. No pude disimular mi desprecio: "Divino, ¿qué tiene de divino ese tipo?"

"Es tan amable, tan educado —dijo ella— a mí me viene bien otro trabajo."

Mientras Olga fregaba la mesada como si quisiera hacerle un agujero, le pregunté: "¿Quién te recomendó?"

"Nadie, me esperaba en la vereda cuando salí de acá".

"¡Emboscada, emboscada!", estuve a punto de gritar.

Olga siguió: "Él lo conoce a usted".

"Sí, de vista", dije tratando de aplacarme.

Olga se puso una mano contra la oreja como si sostuviera la radio, inclinó la cabeza, e imitando a la perfección la voz que tantas veces me dijera: "Discúlpeme pero no es de su incumbencia", o el más reciente: "Cero y uno", dijo: "Sé que trabajás en lo de Don Mario".

Si una patada en los huevos puede tener sonido para quien la recibe, a eso me sonó lo de "Don Mario". Nadie me había llamado así antes. Tenía edad para ser el padre de Olga, pero hubiera necesitado la precocidad reproductiva de una rata para ser el de Coquito. Ella interrumpió mi divague sorprendiéndome otra vez: "No le voy a mentir".

"No me vas a mentir", repetí atontado.

"Naaaa — dijo ella sacudiendo la cabeza y dejando la boquita abierta — es más sucio que usted Coquito". Y vi desaparecer su culo por el pasillo. "Ni siquiera dijo Don Coquito", pensé.

En los siguientes días logré sacarle más información a Olga: que no la dejaba entrar en una habitación llena de papeles; que recibía cheques de universidades y laboratorios del exterior; que había empezado a cocinarle para que no viviera de hamburguesas y alfajores; y que usaba la misma ropa una semana y la tiraba. Por los comentarios de su vieja había creído que Coquito era un mantenido, y razoné que en su momento mi vieja habría dicho lo mismo de mí, ya que los antiguos solían mirarme como a un sorete.

Me enteré de muchas cosas por Olga, como del verdadero nombre e impronunciable apellido de Coquito, como que trabajaba sobre algo de un tal Fermat y la conjetura de unos japoneses y relaciones entre curvas elípticas y formas modulares y vaya a saber qué mierdas más. Y también de que sus trabajos se citaban en publicaciones científicas. Por mi cuenta, averigüé que los asuntos a los que Coquito se dedicaba, podían ser entendidos por unas diez personas en la Argentina, y quizás dos mil más en el mundo. Y yo no estaba entre ellas.

Olga dejó de traerme información, empezó a faltar y un día me comunicó que no vendría más: "Me voy a vivir con Coquito", me soltó, y me quedé suspirando. Esa noche dejé de dormir, porque cerraba los ojos y la escuchaba gimiendo de placer. Nunca eran palabras. A veces "Ah, ah", a veces "Au, au", a veces "Mm, mm". Andaba atontado y varias veces en que me crucé con Coquito me perdí de preguntarle: "Cómo van". Y aunque los médicos me dieron pastillas, y probé medicinas alternativas y brujerías, seguí escuchando los "Ah", los "Au", los "Mm", y algunos más que se agregaron.

Aguanté así, hasta que un día una vecina me dijo que Coquito se había suicidado. "¿Sabía que era matemático?", me dijo. Apuré el paso

pero la mujer me siguió: "Le faltaba muy poco para terminar una investigación pero un inglés se le adelantó y se quedó sin nada." Logré meterme en mi casa, pero la mujer desde afuera gritaba una y otra vez: "¡Se quedó sin nada!"

Ese mismo día vino Olga. Nos miramos en silencio hasta que dijo: "Se mató Coquito". No llegué a preguntarle si necesitaba trabajar. "Me dejó un montón de plata", me dijo. Luego me entregó la radio que tenía escrito sobre el dial: "0-1". No supe cuándo se fue, ni cuánto tiempo estuve absorto con la puerta abierta, ni por qué creí que ella no se alejaría. Esa noche me puse la radio contra la oreja, dormí bien y a la mañana la encontré desbaratada a un costado de la cama. Ya no hago preguntas y la gente ni me mira. Pasa el tiempo, Olga no volverá y me retumban en la cabeza ecos lejanos al otro lado de la puerta: "¡Se quedó sin nada!", una y otra vez.

El relato

Tenía claro el relato, y como las mentiras no se pueden construir desde la nada, los fragmentos de realidad ya se ordenaban en mi mente. Varios artesanos me habían ofrecido sus puestos para vender mis láminas. Ya había probado la eficacia del relato con ellos. Ahora quedaba hacer las láminas. Con esponjas y acuarelas, pinté el fondo y tracé líneas. Hice varias y en la feria desplegué una. Un tipo señaló mi lámina y con escaso esfuerzo por ocultar su desdén preguntó "¿Qué significa?". "Nada", contesté. Los artesanos guardaron silencio y su expectación se transmitió los paseantes cercanos. El tipo no decía palabra y tuve que ayudar: "Sirve", le dije. Y por supuesto reaccionó: "¿Para qué sirve?" Gesticulé como si me costara creer lo que había preguntado y agregué: "Es difícil de explicar, y largo…¿no lo ve?

El tipo examinó la lámina, al igual que todos los que nos rodeaban. Algunos artesanos se acercaron, la presión se sentía y me pareció que el tipo se escaparía. "Sale el equivalente a 100 dólares", contesté a la pregunta nunca hecha. El tipo me miró como diciendo "metételo en el culo". Le dije: "Es especial". "Pero difícil de explicar, y largo", agregó burlón. Entonces le cuento: "Los hace una bruja que era hermana de mi bisabuela. Yo sabía de su existencia pero no imaginé que estuviera viva. Se me apareció en casa, me hizo una lámina, y …" Me fastidio como si me estuvieran haciendo perder el tiempo y agrego: "Tiene algo que ver con los estados expandidos de conciencia, con la inteligencia, con el poder. Desde entonces…en fin… — me demoro en las caras de quienes nos rodean, tratando de pasar por los ojos de cada uno — a veces no puedo evitar ver a los demás como si fueran una manada de chimpancés. ¿Me explico?"

Es él quien toma la iniciativa: "¿Siempre estás acá?". Cambio a un tono más mundano: "Cuando la bruja pinta". El tipo se aleja como pidiéndole permiso a un pie para adelantar al otro. Ya no tendré que ocuparme del relato. En minutos vendo todas las láminas y le ofrezco un porcentaje al dueño del puesto: "No hace falta — me propone — cuando vendas algunas más, me dás una". Correspondo a su sonrisa de sandía, estrecho su mano peluda y me voy.

Lo demás voy a contarlo muy rápido: dejé pasar una feria, en la siguiente me aparecí con 15 láminas y expuse una, dejando las demás enrolladas. Había mucha expectativa por mi llegada y comencé a vender. El tipo de la primera vez llegó casi final y pretendió que le reservara una mientras iba a buscar plata. No acepté, terminé de vender y me fui. Camino a casa me di cuenta de que me seguía. Dejé pasar dos ferias más y volví con 20 láminas que vendí en menos de dos horas. El tipo llegó al final y me dijo: "Quiero conocer a la bruja". "Imposible", contesté, y cuando iba a insistir lo corté: "Dejáte de joder". Me volvió a seguir mientras me hacía el distraído y la siguiente vez el tipo me observó de lejos. Estaba demacrado, como malamente enfermo.

Cuando me fui, me llevé sus ojos clavados en la espalda y llegué a casa con la sensación de que había provocado al destino.

Dejé pasar varias semanas antes de volver a la feria, para llevarme la sorpresa de que el tipo estaba vendiendo unas láminas un poco mejor pintadas. Las láminas eran un engaño, pero no podía soportar que me robaran el relato. Me fui tropezando con mi propia furia y decidí que el próximo fin de semana yo lo seguiría. Necesitaba saber más de él para vengarme. Así lo hice, y me di cuenta de que se había dado cuenta, y de que se hacía el distraído con su cara de infeliz rencoroso hijo de puta. Y cuando entró en nuestra casa no nos atrevimos a mirarnos. No habría venganza. Nada podía hacernos más daño que el que nos hacíamos desde siempre.

Los cactus y los yuyos

Doña Cata era viuda desde hacía mucho tiempo. La casa era de ella. Había tenido un hijo que vivió hasta la adolescencia. No le quedaban conocidos en el barrio. Los pisos de madera estaban ondulados por la humedad y con tablas faltantes, rajaduras en las paredes y una letrina al fondo. Usaba un orinal y aunque lo tenía al lado de la cama le costaba tanto levantarse que no llegaba. Unas jaulas oxidadas colgaban vacías en la galería frente a la puerta de calle. El cardenal había sido el último en morir. Baldosas amarillas con guardas negras y decenas de macetas con cactus y yuyos, los únicos que aguantaban sus olvidos.

Rengueaba por una hernia que a veces alcanzaba el tamaño de un melón. Entonces se acostaba de espaldas y presionaba hasta que desaparecía en su vientre. Cuando salía a hacer alguna compra parecía una

tortuga apurada. Tenía un sobrino que no conocía y que se le apareció un día con su mujer y tres mocosos gritones. La mujer inspeccionó la casa, mientras su sobrino decía "qué espaciosa", "deber ser difícil de mantener", "¿no le da miedo estar sola?". Al irse, la esposa señaló los rieles oxidados al costado de la puerta: "¿Se inunda?". Ella asintió a pesar de que la última vez había sido 30 años atrás.

Desde entonces una vez por semana pasaba su sobrino o la esposa. Como el timbre no funcionaba, golpeaban la puerta hasta que no tenía más remedio que atender. No los hacía pasar, no los invitaba a tomar algo, escuchaba sin contestar dos o tres frases referentes a la casa hasta que se iban. La mujer traía a los chicos, que se escurrían hacia adentro para meterse por todos lados. A pesar de su frialdad volvían una y otra vez. Una noche la despertó un estruendo. Estaba acostumbrada a que desde el techo se desprendieran plastrones de revoque. Forcejearon con la persiana y se levantó a espiar. Por la mañana, sacó del ropero la escopeta que fuera de su esposo. Encontró algunos cartuchos enmohecidos y le llevó uno al verdulero para que le dijera cómo conseguirlos. Él preguntó: "¿Necesita muchos?". "Con uno alcanza", dijo ella. Por la tarde le regaló cuatro.

Cada tanto entraban hasta la galería, forcejeaban las persianas y pateaban alguna maceta. Aunque no era creyente fue hasta la parroquia y le planteó al cura que a su muerte quería que su casa quedara para la Iglesia. No le pidieron fe de bautismo. Le mandaron un abogado, la llevaron con un escribano y firmó. Seguían pasando una vez por semana su sobrino o la esposa. Ella una vez le preguntó: "¿Nunca le entró nadie?". Doña Cata le sonrió por primera vez: "Hace mucho". Un día sonó una detonación mientras las mujeres estaban en la puerta. Uno de los chicos tirado, sangre y muchísimos gritos. Más tarde le explicó a la policía que tenía la escopeta cargada por los ladrones. Aunque su sobrino estaba como ausente, la esposa le gritaba: "¿Viste lo que conseguiste?". No volvió a tener visitas, ni

de día ni de noche. Pero estaba segura de que iban a volver cuando el tiempo alejara la tragedia, cuando ella no estuviera. Y sonreía regando los cactus y los yuyos.

Larga callada

–Una sola vez maté. Era un hombre que huía. Después vi un fogonazo y corrí.

Hizo una larga callada, como viendo.

–¿Todavía tiene el arma?

Negó con la cabeza.

–No tengo nada y usted lo sabe.

–¿Se arrepiente?

Sonrió.

–No. Hasta dudo de que haya sido yo.

Larga callada. Me había acostumbrado a hablar por etapas.

–Es la primera vez que lo cuento.

Larga callada antes de seguir.

–El fogonazo es lo que mejor recuerdo, no de ese momento, de toda mi vida es lo que mejor recuerdo.

–Se cagó en las patas.

–Me tocaba buscando sangre.

–Y no le contó a nadie.

–Hasta ahora.

–Quizás no haya sido porque sí.

Desechó mis palabras con un gesto y se mandó otra larga callada.

–¿Y el fogonazo?

–Ese ir y venir frenético, siempre haciendo, de un lado a otro como pollo sin cabeza.

–Viviendo.

–Haciendo nada.

–Viviendo. ¿Por qué llevaba el arma?

–Estupidez, juventud.

Larga callada.

–Qué viejo estoy.

–En tan poco tiempo.

–No podía contarlo.

–Solo a sí mismo.

–Solo a mí mismo.

Larga callada.

Aprender primero

Salí al parque y me extrañó lo limpia que estaba una de las ventanillas del auto, luego vi el capó abierto. Reponer un vidrio, la batería y la radio. Mucha plata. Miré al perrito, tan tranquilo. Habían entrado, y se habían tomado su tiempo. Levanté y mejoré el cerco, y durante días llovieron piedrazos.

"No compres todavía", fue el consejo. "Buscáte un instructor, aprendé primero. Puede que hagas un disparo y no quieras más, puede que seas tirador de pistola y no de revólver. También puede que el instructor te consiga algo bueno y barato, de algún salame que compró antes de tiempo". Demasiado caliente para consejos, compré, tiré un poco y esperé. No iba a tener que encerrarme, ni espiar escondido, ni esperar a la policía media hora para verlos anotar boludeces en una libretita.

Una noche desperté en sobresalto, saqué el 357 y lo verifiqué. Me asomé al hall. La puerta de los chicos estaba cerrada. Desde la ventana vi a alguien en el parque. "No apuntar a nada que no se quiera destruir", recordé. "No poner el dedo en el gatillo hasta el momento de disparar", recordé. Una corrida silenciosa, y disparé. "¡Soy yo, soy yo!", me detuvo la voz de uno de mis hijos. "Llevá estas balas, lo que tocan lo matan", recordé. Él esperaba paralizado e ileso. "Qué boludo", dije. Mi hijo murmuró algo o tal vez me pareció.

"Te van a dar muy poco", me dijo el armero. Asentí viéndolo volcar y cerrar el tambor, apuntar, sopesar. Al final suspiró: "es un fierrazo, ¿seguro?". "Totalmente", dije sabiendo que me cambiaba de bando. Asistí a otra sesión de manoseo que terminó cuando dijo "una obra de arte" y lo puso en la vitrina. "Me lo sacaron de las manos", dijo cuando fui a buscar mi parte, y agregó "llevá uno de éstos", mostrándome una estilizada hacha negra. "Es un tomahawk táctico. A un soldado yanqui se le ocurrió que era más sencillo que el cuchillo. En Estados Unidos los compran los chicos por correo".

"Allá", dije. "Allá compran de éstos, o sables, pero a los 16 piden: a gun dady, please", rió atiplando la voz. "Los de plata", dije. Negó con la cabeza: "clase baja, la gran mayoría. Por eso el mercado es tan grande, allá." Y siguió: "venden un rifle para chicos, 22 monotiro, 120 dólares. Suben a Internet los videos de los nenes abriendo los paquetes: thank you dady, thank you mom". Suspiré y él siguió "hace poco un pibe de 8 años mató a la hermanita de 4". Estuve por decir algo pero me atajó: "vaya a saber qué le hizo la pendeja".

A veces es peor aprender. No quiero estar en contra. Me quedé con las cinco balas que no disparé. No las miro, no las toco, trato de no pensar en ellas. Están.

Vivir algo

Desde que el pendejo estaba en silla de ruedas, pasaba mucho tiempo con su vecino, el viejo Mosca. Lo dejaban unas horas en la vereda, para que viera un poco de calle. El viejo hablaba riendo a carcajadas. "Míremelo Don Mosca", le decía la madre. "Te lo miro desde que tenías doce años", murmuraba el viejo en la oreja del pendejo, que no contestaba ni hacía un gesto. "Yo sé que alguna que otra neurona queda por ahí", reía Mosca. Al menos una vez al día, se hacía el olvidadizo: "¿Cómo fue? Cruzaron en grupo, nadie miró, y ¡pumba!", reía el viejo Mosca. "Y pensar que tenías toda la vida por delante", trataba de suspirar el viejo Mosca entrecortado por la risa. "Ya te vas a acostumbrar pendejo, la gente se acostumbra a todo".

Cuando venían los piqueteros, el viejo Mosca salía con la escopeta y los increpaba: "¡Vayan a laburar hijos de puta!", y volvía junto al pendejo para explicarle: "Entre mi edad y el cangrejo que estoy criando, si mato a alguno me tienen que dar domiciliaria". Cada tanto, le dejaba la escopeta en el regazo y le decía: "No podés jugar al fútbol, no podés garchar, pero podés agarrar una escopeta, ¿ves?, primero dispara éste caño, después éste", reía el viejo Mosca. "Yo me fifaba a tu abuela", le decía buscando un gesto, "pero no te preocupes, no tenemos nada que ver", y seguía: "no va a tener tiempo el tiempo para enseñarte. Qué liberación no tener destino, ¿no? Una buena tenés a favor pendejo, no interrumpís cuando te hablan", reía el viejo Mosca. "Los romanos la tenían clara, se mataban con su espada", y dejándole la escopeta repetía: "este caño primero, después éste", pero el pendejo, con su cara de cera, no decía nada. El viejo se preocupaba: "¿no nos vio nadie?, no quiero que tu vieja piense que soy una mala influencia", y riendo seguía, "¿te conté de una vez que violé a una piba? Sí, con los muchachos se nos fue un poco la mano, era muy chica y se nos murió", reía el viejo.

En uno de esos episodios el pendejo le metió un escopetazo. La vereda se hizo un enjambre. El viejo recuperó la escopeta y dijo riendo: "se me disparó". Cuando se volvieron a ver le dijo: "tengo respuestas tontas para preguntas ausentes: al primer caño le puse un tercio de la carga sin perdigones, se suponía que el segundo era para vos", pero el pendejo ni lo miraba, "de todas formas, simbólicamente me mataste".

Apenas se enteró de que el viejo había muerto, el pendejo quiso verlo. "Me vaciaste, hijo de puta", pensó. Entonces mejoró algo, y vivió un poco.

Algo grave

Fueron los últimos en irse. Las napas subieron, hacía años que los sótanos eran malsanas piletas hundidas en la oscuridad y los vecinos habían abandonado sus propiedades, pero él tuvo la esperanza de que el fenómeno se revirtiera. Ahora el agua brotaba de la tierra. Habían perdido la casa. El gobierno repartió casillas y subsidios a mujeres con chicos. Él, con su mujer, su hijo adolescente y su viejita, no entró. Ni un respiro tenía. Gente de un partido de izquierda, los cargó en un camión y los dejó en un terreno. Les dieron palos, maderas y cartones, que forraron con bolsas de basura para levantar un techo. Su mujer acompañó a la viejita hasta las letrinas. Las preguntas que su hijo ya no le hacía, le surgían como el agua que había tapado su barrio. Los de la parroquia llevaron comida. Fue a la zona bancaria con su último valor, el revólver. Una vieja en

equilibrio sobre los tacos, interceptada lo miró, y la cara se le hizo un fuego.

–¿Se siente bien?

Un policía le apoyó la mano en el hombro, él se tambaleó.

–Siéntese en el suelo que llamo una ambulancia –le dijo. Él pensó: "si me desmayo, van a encontrar el fierro". Sonrió, se fue reponiendo.

–Ya pasó, gracias –dijo alejándose.

–¿Seguro? –preguntó el policía.

–Cuídese –recomendó la vieja.

Al llegar, su mujer le cedió una silla. Su hijo le contó que el dueño del terreno había conseguido el desalojo:

–Los zurdos dicen que hay que resistir, que van a venir militantes y la televisión.

Él asintió:

–Vamos a pelear.

–Yo también –dijo su mujer.

Él miró a su madre:

–Usted viejita, se me queda en la retaguardia.

Sonrieron por primera vez en mucho tiempo. Esa noche en las letrinas, pensó: "Mañana será un descontrol, volarán piedras y palos, quizás nos saquen, quizás no". Y tiró el revólver al pozo, no fuera que en un arrebato pasara algo grave.

Jugador precoz

El niño inquieto que llevaba las negras podía consagrarse Gran Maestro. Si la partida resultaba audaz y vistosa, sería "la inmortal de fulanito". Él, resignada gloria de otros tiempos, acomodó milimétricamente sus piezas por enésima vez. Si el nene terminaba llorando sería incómodo. Tenía un prestigio, esto era su vida.

El ajedrez, tan implacable como el tiempo, requería mucho esfuerzo y él estaba cada vez más débil. Anunciaron la partida, estrecharon manos, el nene activó el reloj y él abrió el juego con la Ruy López. El desarrollo fue maquinal. A este nivel era imposible sacar ventaja en la apertura. Enrocaron y evaluó un sacrificio para abrir una columna. Lo sorprendió la inquietud del Caballo. Su rival le pareció mayor. Trató de disimular.

Rompió el centro y sintió la inquietud de las piezas, pero se forzó a jugar. Le aceptaron un Peón y fue como perder a un camarada. Enfrente, el hombre que jugueteaba con el cadáver desvió la mirada con desdén cortés. La desventaja material se compensaba con desarrollo y espacio. Con miedo creciente rompió enroque negro sacrificando al Caballo. Tardó en recuperarse, era su reloj el que marchaba. Su canoso oponente estudiaba la posición con ferocidad tranquila.

Se estiró para ver mejor. ¿La mesa había subido, la silla había bajado? El Rey negro al descubierto, la torre a dos movimientos, Reina y Alfil en la diagonal mayor y el Caballo del flanco Dama para saltar al centro. Calculó variantes e intercambios. Las piezas se resistían quejosas y al advertir un doble tuvo un sacudón final y un amasijo de arrugas manchadas jadeó sujetándose los temblores frente al precipicio del tablero.

Su papá lo sacó de allí antes del colapso. Después le dieron la partida por ganada. Es frecuente la aparición de jugadores precoces. Pocos saben que siempre son los mismos.

A ligar

–Vos también, la plata.

–Con pistola de plástico no.

Cuando el gordo salió, el ladrón estaba a dos cuadras. Volvió escupiendo los pulmones y le mostré el chocolate por la mitad:

–Cuánto.

El gordo negó y resopló:

–Cómo.

–Esas réplicas son muy buenas, sin tocarla...

Me miró mal.

–Corro tan rápido como aquél –avisé.

Sonrió:

–Ya la vas a ligar.

–Todos la vamos a ligar.

Venganza o coincidencia, plástico o verdad, nada que ver o todo.

Él no me reconoció; yo, cuando estuvo muerto.

Vecina temporaria, tatuada motoquera musculosa, extraña construcción de belleza sonríe, acepta. Su nena desmiente la primera impresión y me ignora con maldad inocente. Su hermano sin réplica finge desconocerme, y yo también. Trampa, trampa, trampa. Qué inauténtico, ella no. Quiero voltearme a esa hembra masculina y ver qué queda.

Interesante, ligado sin poder acusar algo saqué. "Muy peligroso", me doy cuenta al final. "Por las dudas", me dicen sin réplica.

Todos la vamos a ligar.

Doble fondo

Entre la basura, la caja le llamó la atención. Si hubiera estado sucia no la hubiera tocado. Pesaba demasiado. Fue fácil abrirla. Vacía, sin ornamentos, madera barata. La inspeccionó mejor en su casa con la esperanza de que tuviera un doble fondo. No lo encontró y se fue a dormir. Soñó que la caja tenía lingotes. Despertó y en calzoncillos fue hasta ella. No le encontraba la vuelta y pensó en romperla, pero era muy tarde. Soñó que de ella salía un polvillo que lo mataba. Fue hasta la caja y se sobresaltó: había cambiado de posición. Se fijó bien cómo la dejaba y volvió a la cama.

Se levantó varias veces más a mirar la caja, luego de soñar que contenía las cartas perdidas de un prócer, dólares, diamantes, o un genio con sus tres deseos. Agotado a la mañana estuvo por romperla pero su mujer dormía. Al volver del trabajo, faltaba la ropa de ella y

en la mesa de la cocina una nota: "No me busques". En el patio, la caja destrozada y un martillo. Por suerte en la heladera quedaba una cerveza. Armó la parrilla y prendió las astillas. Sin llama, el humo se expandió. Manguereó pidiéndole a los vecinos que no llamaran a los bomberos. Tardó en dejar de humear.

Esa noche no soñó, sin embargo fue varias veces al patio a ver los restos ennegrecidos. Pasó el día siguiente sin saber qué hacer. Intentó tirar todo, pero se descomponía al juntar los pedazos. Así tres veces hasta que supo, y rearmó la caja con clavos y pegamento. Antes de terminar anotó algo en un papel y lo dejó en el doble fondo. No quedó bien, reconstruida pero entera. Fue a trabajar y al volver encontró todo tal cual, excepto la posición de la caja. Asintió. Esa noche la dejó donde la había encontrado. Iba a decirle algo a la caja, pero comprendió que no y se fue.

En otro mundo

Lo incomodaba que su alazán gustara tanto. El rocillo de antes, de pelo un poco largo mezclado como a las apuradas, malacara calzado en una mano, era bueno y a la vez uno de los caballos más feos que se hubieran visto. Lo había reemplazado de a poco, hasta dejarlo pastoreando sus últimos años cerca de las casas. Ahora tenía que guiar a éstos, que habían venido casi de otro mundo. Les tra jeron tungos mansos y uno caracoleó cuando quisieron montarlo por la derecha.

Se hizo seguir para no verlos rebotar, pero había aprendido de chico que la vista engaña más que el oído, y supo cuando alguno se salía de la huella u otro descubría la espuma del sudor. Muchos no usaban sombrero. "Se van a quemar por arriba y por abajo", pensó. Oyó que gritaban "miren el águila", cuando los sobrevoló un chimango,

y decidió darse por cumplido si llegaban ilesos. No eran tontos. Más instruidos, con más plata y cosas, de un mundo de palabras huecas e intolerancia al silencio. Se hizo largo el día.

Una tropilla se apartó de la sombra del monte. Había un tobiano, los demás zainos y gateados. Su compadre lo emparejó.

–Se fueron –le dijo– uno quería llevarse bosta en una bolsa de plástico.

–No me cuente esas cosas.

Pararon en la sombra. Una calandria se posó. "No conocí estos campos sin alambre", pensó. Un potrillo hizo un pique en zigzag y su alazán piafó. Los dos pensaron en la juventud. Se posó otra calandria, la sombra de una garza cruzó hacia la hondonada y el potrillo hizo otra corrida, pero los hombres, que iban despacio, estaban lejos, casi en otro mundo.

Iremos juntos

Recuerdo a medida que me recupero. Aparecieron en la Antártida, dejaron atrás la Patagonia y avanzan. Nada los detiene. La civilización se desmoronó cuando toda actividad eléctrica que no perteneciera al orden de lo biológico se cortó. Sin preparación para la supervivencia la mayoría murió en semanas y comenzaron los enfrentamientos por los recursos.

Compartimos información boca a boca: no llegaron naves interestelares, no funcionaron los satélites, los radares, los misiles, ni los aviones y barcos. Las municiones, inertes. Blandimos herramientas y algún que otro sable o bayoneta. Bellos, esbeltos, sin género y de naturaleza evanescente. Quienes ante ellos se extasiaban, así morían.

Quedamos los sobrevivientes que no nos matamos entre nosotros. Cuando uno de los implacables seres luminosos me hirió,

el miedo se disipó junto a la desazón. Al chocar nuestras armas los movimientos se retardaron, y aunque veía el final de cada iniciativa, no podía cambiarla. Ahora sé que mi percepción era distinta, y otras cosas sé, como que los humanos somos la involución de razas grandiosas y que nuestro tiempo terminó.

Persisto en la batalla y de entre miríadas me sale al encuentro el jefe de las Huestes. Me encuentro donde debo y al enfrentarlo lo reconozco. León XIII le hizo una oración ya olvidada, solo para él. Próximo, con atención le opondré mi valor. Pero después, iremos juntos.

Y encima llueve

Estaba para un 10. La certeza de librarse de una materia tan engorrosa lo hizo levantarse con el entusiasmo de quien va a un picnic, aunque lloviera e hiciera un frío de cagarse. Caminó hacia la parada acurrucado bajo el paraguas, y vio el bulto en la calle. "Un borracho", pensó. "no voy a llegar tarde por un borracho". Lo vio tan quieto, que se inclinó sobre él y reconoció a un vecino. No había nadie. Lo acomodó de espaldas, y de la garganta escuchó un gorgoteo.

Le entró la duda. Pensó en taparlo con su campera e ir a buscar ayuda, pero si venía un auto, se lo iba a llevar puesto. Escuchó una sirena a lo lejos, le giró la cabeza a un costado y salió sangre por la boca.

–Ya viene la ambulancia –le dijo.

Observó que tenía los ojos marrones. La sirena cada vez más

fuerte, y la ambulancia ni se veía. "Qué lentos", pensó. "y encima llueve". Se inclinó sobre él bajo el paraguas, la sirena se hizo estridente, llegó un patrullero y bajó un policía que le tomó el pulso en el cuello.

–¿Lo conocés?

–Vive en esa casa –dijo él.

Llegó una ambulancia y bajó un médico que le movió la cara con el pie mirándolo desde arriba. Lo cargaron y se fueron. Se quedó en la vereda, no había nadie, miró el reloj. "A marzo", pensó. "y encima llueve".

Cosas peores

Los últimos meses antes del retiro, el sargento hacía lo menos posible en un precario destacamento bajo la autopista. Yéndose, minutos antes de que terminara su horario, un falopero que pasaba cayó fulminado. Fue fácil, el costado era un pastizal, nadie miraba y conocía las cámaras de seguridad. En otras épocas se divertían tirándose fiambres entre las jurisdicciones. Al irse, una cagada de paloma le estalló en el hombro. Anidaban millares bajo la autopista a diez metros de altura. "Son peores que las ratas", pensó.

De chico le gustaba ir al palomar de un vecino, hasta que lo vio sacar una paloma muerta. "Cuando alguna está herida la pican hasta matarla", le contó. Más tarde supo que eran el símbolo de la paz, pero ya era un cínico. No hubo novedades hasta que cortaron el pasto. Algunas palomas picoteaban justo allí y pensó: "Son peores que los

buitres". Cuando salió a fumar se acercó como quien estira las piernas, pero solo había una paloma boqueando en una depresión. "Todas las pestes", pensó. "son peores que los negros".

Entonces vio una cámara nueva enfocándolo. Un par de días esperó lo peor, hasta que vino un camión hidrolavador y limpiaron a chorrazos bajo la autopista. Caían nidos, palomas muertas, plumas y cataratas de guano disuelto. Un compañero le comentó: "La cámara nueva nunca funcionó por las palomas". Iba a entrar pero se detuvo ante su reflejo oscuro en la puerta vidriada. Las palomas volaban en círculos y escuchó: "Qué bichos de mierda". "Hay cosas peores", pensó el sargento, sin mirar a las palomas.

Buena vida

Al llegar a casa me saqué las zapatillas y las metí en una bolsa de basura junto con los anteojos oscuros y la gorra. Puse a lavar la ropa que había usado y me bañé. Luego desarmé la pistola, franeleé las piezas y la vaina servida. Envolví por separado el cañón y lo demás. Fui hasta la zanja y los tiré en lugares distintos. Volví justo antes de que pasara el camión de la basura.

Durante años no necesité los servicios de la cerrajería de enfrente, salvo cuando le compré una traba para el volante. El cerrajero, 10 o 15 años menor que yo, atlético y bronceado, había colgado del techo dos kayaks.

–Qué buena vida –le dije.

Él escondió una sonrisa. Nos tratamos muy poco. Cuando me quedé encerrado y por cambiar la cerradura me cobró una fortuna, y

cuando le llevé una llave a copiar y tuve que volver para que la retocara. Un día manejé detrás de un ágil autito que esquivaba baches, se adelantaba zigzagueando y encaraba esquinas temerario. Estacioné en el callejón y él en la avenida. Bajó el cerrajero rengueando, y en el parabrisas advertí la calcomanía de estacionamiento para discapacitados. Con el tiempo, lo vi caerse en la calle un par de veces, luego el bastón, las muletas, y al fin la silla de ruedas. Perdido de vista, quise averiguar qué era de él. Todavía vivía. Lo demás ya se sabe.

Limpieza

Con la investigación terminada, era seguro el reconocimiento científico que trae fama mundial. Se tomó unos días para ver cómo iba el mundo. Viajó sin destino por la ciudad, revolvió librerías, caminó las calles. Atravesó los destrozos dejados por un enfrentamiento entre manifestantes y policías. Vio a dos hombres amenazarse, uno de ellos se tomaba los genitales y los sacudía desafiante. Más allá una pareja comía sentada en el cordón. La mujer sostenía un trocito de carne con las dos manos y le daba pequeños mordiscos revoleando los ojos vigilantes. El hombre maniobraba con la cabeza para morder.

Leyó en el diario que los bancos, que se habían quedado con los depósitos de los ahorristas, tendrían grandes ganancias. Vio en la tele la noticia del violador arrestado que había salido de la cárcel una se-

mana atrás gracias a un juez garantista. También vio cómo seguían matando indios para sacarlos de sus tierras. Oyó las frenadas de los autos, se ligó alguna puteada porque sí, respiró el humo negro, vio ausencia en las caras de los mansos, y las fotos en las revistas de los que gastaban fortunas en Miami, Brasil o Punta del Este. Entonces volvió a su laboratorio, vació en el desagüe algunos líquidos, tiró al tacho varios frascos, quemó papeles, borró archivos. "Necesitamos limpieza", pensó.

That's it

Pasan cosas acá, pero ahora el populismo dejó a parte de la sociedad desafiando toda autoridad whit richest indignation, como tendría que decir él. Vivo distanciado, como parte de una nobleza invisible. Él balbucea el castellano con la solvencia de un retardado y yo igual con el inglés. Me habría interesado practicar un poco de conversation, pero él insiste con que io habla spaniol. Pasa el día en el bar. Gusta acá, me dice una y otra vez, con la cara roja, el cuello rojo, y el rojo bajando por su cuerpo. Una noche, la gente se amontona alrededor de un bulto. "Lo mataron", escucho. Sé que no tiene la cara roja, ni el cuello rojo, ni el rojo bajando por su cuerpo. "Quisieron robarle", escucho. Conozco eso. Creemos, entre otras cosas, que podemos pelear como a los 20. ¿No había quien te matara allá? El oficial hace señas para que se lo lleven. "Es todo", dice. That's it, digo.

Visita paientes, me dice un mes después ante mi asombro. La cerveza ya le puso la cara roja, el cuello rojo, y el rojo bajando por su cuerpo. "Volviste", le digo. Gusta acá, insiste. Entonces entiendo: "Cuando estabas allá, allá era acá". El sonríe. That's it, le digo sin saber cómo pronuncio. Soulo eso, acepta. Invita él e invito yo. No hablamos vulgaridades. Acá, that's it.

Un espacio

La ciudad no es tan violenta, yo nunca vi algo así: un tipo de mi edad contra un grupo de jóvenes. Ellos no tuvieron la inteligencia para evitar la pelea, ni la habilidad para ganarla. Torpes manotazos al aire, el mejor, uno mío. Más yo que nunca, defendiendo el Paso de las Termópilas, grité varias veces "vengan por ellas", eso los asustó.

Me agito demasiado. Es la primera vez que lo hago, no estoy loco, no me mires así. Sabía que estaba en la ilusión, lo había decidido y volví solo. Eso no es estar loco, además, no lo voy a volver a hacer, ya te dije: me agito demasiado. Ella tuvo que verme por más rápido que fuera el colectivo. Trabajará en una oficina, habrá resignado sueños, estará sola, si no, para qué verme. Me verá otras veces, o se preguntará qué fue de mí. Reíte, reíte carajo, prefiero que te rías a que me mires así.

Mientras podamos coincidir, aguantaré. ¿Que eso no es vivir? Primero me mirabas así, ahora me decís lo que no es vivir. Eso, eso me gusta más, "suspiro de monja", diría mi vieja. Es mejor que lo otro, deja un espacio y un espacio sirve, a veces salva.

Los que no hacen falta

Con la muerte de su último amigo, la soledad se hizo física. Era común que en su caminar lo siguieran los perros. Él creía que el único valor de ese animal era nuestra habilidad para hacerlo reflejar la estupidez humana.

Dejó su vieja guitarra en el contenedor de basura. Apenas había aprendido a rasgarla. Encontró una carpeta con apuntes, un horario pegado con cinta scotch, adhesivos de viejas bandas de rock y papelitos inocentes. Estaba impregnada de esperanzas sin fundamento. La dejó junto a un árbol viejo y ahuecado, vivo todavía. "La van a mear los perros", pensó al alejarse.

Caminó por la costa. Hubiera querido tener un departamento con vista al mar. Cientos de ventanas y balcones y una persona contemplando. "Es como yo", se dijo. "de los que no hacen falta". Cansado,

se adentró por las calles cortando camino. La bofetada lo hizo mirar. Una mujer le gritaba a su hija: “No servís para nada boluda”. “Menos mal”, se dijo y siguió leve, sutil otra vez.

Se caga de risa

Hace días que la TV está dale que te dale con lo del ministro. Lo llevan esposado, con chaleco antibalas y casco. Se caga de risa. Algunos ya se atreven a despreciarlo.

La estaba pasando como el culo cuando me llamó. No me olvido. El patrón me había sacado el taxi y caí en una remisería trucha. Lo llevaba de fiado a la estación. Después él la pegó. Años lindos, años buenos cerca del poder.

Yo sabía, sí sabía, pero llevaba la vida perdiendo y me importó un carajo. Le había firmado papeles. Saltaron sus chanchullos, me rajaron y llegaron las citaciones. El país está hecho mierda por tipos como él y para los demás, no existo.

Duermo mal y a veces me noquea una puntada ardiente. Envidio y extraño a ese hijo de puta. Lo arrastran de aquí para allá y se caga de

risa. Está en un pabellón especial. Hasta minas le llevan. Seguro. Para zafar, voy a declarar en su contra. "Bien negro, aprendiste." —pensará riendo. Y si la suerte cambia, puede que vuelva a llamarme.

Viviendo así

Me vigila haciendo equilibrio sobre los muñones. Están convencidos de que lo atropelló un tren, pero ningún gato es tan torpe. Nunca pude vacunarlo, ni siquiera tocarlo, porque se anticipaba a los techos.

Me preguntan si le duele, y aunque ya lo saben les digo que no hay solución. Le ofrecen alimento balanceado, olor a carne y grasa de animales con peores destinos. Pongo la reja de la jaula hacia atrás, para que al llevármelo espíe entre bamboleos a la gente y el lugar que hizo suyos, por última vez.

Si yo fuera él, intentaría que no se me escapara ni un rayito de luz de estos instantes. Pero él no intenta. No tuvo que hacerle lugar entre los pensamientos a la atención. Nació viviendo así.

Un poco más

Me cruzó corriendo hacia la estación, oí los gritos, se juntó la gente y un policía preguntó. Mi testimonio no iba a revivir a nadie. Miré hasta que me aburrí y me fui a aburrirme a otro lado. Tras las elecciones habían cambiado las autoridades y mi sueldito de mierda estaba en peligro. Facturas sobre el estante, llegan y llegan. Los mismos que no aumentan mi sueldito de mierda, duplican los impuestos.

Falta poco para la cena frente al televisor, así que comeré entre insultos, falsas lágrimas, pedidos de respeto inmerecido y belleza artificial. Y la larga noche en que ladrarán todos los perros del mundo, gritarán los borrachos, el camión de la basura compactará frente a mi ventana y roncará el espantajo en que se convirtió mi esposa. Necesito un whisky o mejor merca o mejor un tiro. Puedo esperar, es lo peor, siempre puedo esperar un poco más.

Es el segundo

No es el parque más grande de la ciudad, es el segundo. Queda el barullo del tráfico como trasfondo cuando me interno. Moho en las gruesas cortezas, senderos angostos en subidas y bajadas, manto de hojas podridas, arbustos. Oscurece. Oír la vegetación, sentir la sombra. No entiendo cómo los pájaros se quedan pudiendo volar.

Vengo poco, otros no vienen. Con tanto falopero es peligroso. Olor a meo, bancos rotos, puchos, papeles, el reflejo húmedo de un forro usado, miles de hormigas deshaciendo un gorrión. Hace tiempo, cuando el parque y yo éramos otros, era hermoso.

Tres encapuchados hacia mí, silencio al acercarse, torva sonrisa. Con cara de cordero empuño en el bolsillo, borracho de estupideces. Matar no puede ser peor que esperar ni morir que aburrirse. Si queda tiempo, soltar será el mal menor.

Lo que parece

Me pareció que se ponía pesada.

–¿Está seguro? –preguntó una vez más la cajera. Y siguió:– ¿Por qué no lo lleva otro día, por qué no lleva una parte?

–Retiro todo –insistió el jubilado.

La cajera contó la plata mirando cada tanto a un tipo que esperaba atrás. Me pareció entender. Mataron al jubilado en la puerta de su casa. Los asesinos cayeron enseguida. La gente con la que yo trabajo es mucho más cuidadosa. Días después me pareció que me vigilaban. Si me creen buchón, se vengarán. Aunque no estén seguros, alcanza con lo que parece.

Demente

Veo que no hay nada que buscar, que la mente y el yo no son del ahora. "Tengo que silenciarla", pienso. "Sí", me dice. "Tengo que controlarla", pienso. "¿Cómo?", pregunta. Y me enredo con métodos, sistemas, análisis, maestros: estupideces.

"Es una trampa", pienso. "Te ayudo", me dice. Observo. "Vamos", insiste. Te pesqué una vez, una vez, una vez. Apartar la irrealidad trae aburrimiento, soledad, fuerza.

"Sin mí no existirías", dice. Observo. "No vas a funcionar en el mundo", dice. Observo. "No se puede", dice. No acepto desafíos, ni miedos. Observo.

Y cada vez que dice observo y no hay tiempo, ni palabra, ni símbolo, ni imagen. Veo lo que hace. No la culpo, no la combato, no la acepto. Observo, soy así, y así, y así.

El silencio de los hombres

Tendieron una soga al costado del camino. En la largada, sofrenaban a una yegua Pura Sangre y a un Criollo gateado. Los hombres del comisario cubrían las apuestas. Bajo el manto brilloso de la yegua, temblaban los músculos impacientes.

La distancia era escasa y la pista apenas alisada. Largaron, corrieron, y en la meta señalaron hacia el Criollo. No se discutió. Los jinetes volvieron trotando parejo. Mordiéndose los labios, se dispersaron los jornaleros.

El sol estaba lindo. Época amable para estar en el campo, un rato. Escuché la brisa y los trinos. En el silencio de los hombres, no quedaron mentiras.

Descansado

No había controlado la presión. Llegó a los volantazos. En el mar, con el agua al pecho y el anzuelo más grande, esperó hasta enganchar. Luchó para traerlo. Recibió un golpe. Volvió al tira y afloja y estuvo a punto de cortar la línea varias veces. Al bajar la marea vio la viga cubierta de algas bajo la superficie. Cortó y observó su vaivén. Al salir de la playa le dijeron: "¿Está loco?". Él no contestó, y le dijeron: "¿Sabe el trabajo que da sacar un fiambre?". Antes de salir a la ruta vio la mancha de una pérdida bajo el motor. No le importó. Sin controles, manejó descansado.

Volver a alegrarse

Despertó entre los restos. Si estuviera el chico, le hubiera dicho que lo dejara. Ceniza cayendo cual nieve seca. No tuvo que pedir que no lo tocaran y se miró los pies que no sentía. Cuánto caminamos, cuánto. Ya no eran suyos pero le alegró verlos. No estaba el chico y eso era bueno. Nadie había y eso era bueno también. Sin piedad, sin amor, era bueno y mejor. Una mano en el regazo, temblor en un dedo. Se alegró del último movimiento y de que el chico no estuviera. No notó su respiración ni dolor en el silencio del vacío, y se alegró por lo que no decía. Ceniza que nieva, ni calor ni frío. La cabeza le colgó y tuvo un resto para no saber si volvería a alegrarse.

No pasará

No la buscaron hasta que los cronistas hicieron de la desesperación de su mamá, un espectáculo. Se sospechaba de un conocido. La presión hizo que la policía se moviera y la chica apareció deambulando por las cercanías. "Por lo menos no la mataron", dijeron los más.

El padre la interrogó y nada. Igual, encontró al conocido y lo recagó a tiros. Como si todos hubieran cerrado los ojos, nadie lo vio. Luego la hija, sin fuerza ni destreza quiso apuñalarlo. "¿Ves, ves?", decían los policías. Pasó meses internada y al tiempo aceptó hablar con su tío, que se encargó. Ahora, ella, lo único que sabe es que no pasará.

No decirle

Aunque está en un momento de lucidez no quiero decirle, después de tantos años en despierta inconsciencia. No le queda nadie y la mayor parte del tiempo no está, pero en los períodos en que sí, de los que pesco uno cada tanto, no le digo y me justifico pensando que es lo mejor.

Fogonazos de recuerdos remotos. Otros, jóvenes, hermosos y alegres, también llegan. Les pasa como a mí: se quedan sin piso y se desvanecen desde los pies más y más con cada inhalación que falta. Cuando terminemos, será el silencio.

Y Dios lo envidió

Una vez al día abría el cajón del revólver y lo miraba. Cada semana lo descargaba, gatillaba en seco, lo cargaba, giraba libre el tambor y lo guardaba. Cada fin de año, al amparo de los cohetes lo vaciaba en el yuyal de un cantero.

Cuando desapareció, se quedó petrificado ante el cajón abierto. Era solo. Nadie había entrado. Lo vio en el suelo. No tenía herida. Creyó que lloraba pero tampoco. No volvió a tirar. No necesitó ver ni que le cuenten. Y Dios lo envidió.

Ser otro

Desperté por el ruido, me asomé y los vi tratando de levantar la persiana de la farmacia. Huyeron. Al día siguiente, un vago me sonrió. La siguiente vez que lo vi, estaba con otros, y vi también a esos otros con otros, y así. Si los miro me miran.

Ya no soy fuerte, necesito algo más. A los últimos que veo los vuelvo a ver con otros, que también me ven. Son tantos otros que pronto serán todos. Atento, no dejaré pasar la oportunidad de ser otro.

Un asco

Salió abriendo la bolsa de papas fritas, y se encontró con el morochito:

–¿Me da una?

No bajaba la mano mugrienta, exigía sin inocencia. Atrapado por el sentido de la oportunidad, sostuvo la Coca bajo el brazo y se embuchó la mitad de las papas. Entregó el resto y dobló en la esquina. Con la boca llena se mandó un trago, tuvo que escupir la pasta de sal y azúcar. Un asco.

Iba ganando

Su camisa era un pegote caliente. Se apretaba el tajo con una mano y con la otra se agarraba a un poste. "No te metas", le habían dicho siempre. Quiso detener la golpiza y se encontró peleando. Desde atrás la mujer le rebanó el cogote. Se sintió solo y pensó, "ya lo estará curando". Mientras se desvanecía recordó una vez más el "no te metas", y luego pensó con orgullo: "Iba ganando".

Últimos días

Que lo llevaran en una jaula fue duro, pero lo ayudó a rendirse. No le importó que sus libros no estuvieran, y lo cuidó su cariñosa sobrina. En los primeros de sus últimos días, recordaba a Sancho Panza. No intentó hablar de lo que no es alcanzado por las palabras, ni se alteraba su mirada vacua. Su cuerpo sufrió un poco, hasta que la muerte entró en él. Y no necesitó a Rocinante, para ir adonde iba.

Cazador

Un movimiento seco y corto. Tardó la presa en romper el duelo de quietudes. Él apartó los pastos y atenazó la lagartija por detrás de la cabeza. Era chica y la soltó sin tristeza ni alegría. Cazaba en ese baldío desde los seis, con la claridad de los pocos.

Para ella

Se dio cuenta de que la camisa no me gustaba. Al año siguiente me la puse para ella, que disimuló cada cumpleaños, la camisa siempre nueva. Aprendí con ella que hay cosas más importantes que los gustos y las camisas.

Mercenario

Dijo que con distintos nombres su dios era el mismo y rezó para aparentar. Pensó en los suyos como cada vez. Herido se sumó a la carga. El hierro cayó como pluma y sonrió con inocencia recuperada.

Salvar a nadie

(2007)

I

El primer día que estuve allí, lo supe. Con la primera puesta de sol. La inmensa bola roja se hundió en la llanura y me costó soportarlo. No tenía adónde ir, me cuidé mucho de volver a ver un atardecer como ése.

Casado apenas me recibí, acepté instalarme en el pueblo de Irene, de todas formas no tenía planes. Durante el último año de cursada de veterinaria, los profesores nos preguntaban a qué especialidad íbamos a dedicarnos. Yo invariablemente respondía "A lo que pueda". No tenía pretensiones en tanto pudiera ejercer. Me había costado mucho esfuerzo estudiar trabajando al mismo tiempo, cursando de noche, haciendo cola en la biblioteca para conseguir los libros que no podía comprar. No le iba a poner inconvenientes a mi esposa si me daba lo mismo. La diferencia de nivel socio económico entre nosotros era abismal. Ella vestía ropa de marca, tenía coche, nunca había trabajado para vivir ni lo tendría que hacer. Yo no era tan pintón como para justificar que me diera bola y sin embargo no sólo me dio bola, se casó conmigo. Nos presentó un compañero de estudios que luego perdí de vista pero que nunca olvidé por su intrascendente demostración de poder. Nos habían hecho esperar toda la tarde para tomarnos un final y nos comunicaron que se pasa-

ba para el día siguiente. Mi compañero tenía entrenamiento de polo y no iba a faltar por un examen de mierda. Armó un escándalo de la gran puta. Pensé que lo iban a meter en cana porque la facultad estaba llena de milicos, era la época de la dictadura, habían disuelto los centros de estudiantes y reemplazado a los profesores por concurso por otros elegidos a dedo que compartían los objetivos del Proceso de Reorganización Nacional. Nadie tenía derechos en el país por esos tiempos, salvo que estuviera relacionado con el poder. Llegó una de las autoridades, se disculpó por el atraso, lo hizo pasar y en tres o cuatro minutos salió con el examen aprobado. "Ni tiempo para tomarse un café", pensé. Los demás tuvimos que volver al otro día. Antes de abandonar los estudios, me invitó a una fiesta. Yo no quería ir porque sabía que era sapo de otro pozo, pero me puso en un brete con su insistencia. Aunque no nos volvimos a encontrar, no lo perdí de vista. Llegó a tener 10 de handicap, se casó con una modelo y años después solía vérselo de boina y pañuelo de seda al cuello, integrando jurados en las exposiciones de petisos. Fui a su fiesta, conocí a Irene y tuve la sensación de que había ido para eso. Ella vivía en un pueblo de la provincia, pero venía seguido a la Capital y siempre me invitaba a alguna reunión. A veces parecía que me estaba supervisando. No había nada entre nosotros pero me trataba tan bien y me atraía tanto, que no podía dejar de acudir. En el último año de la facultad, todavía no entiendo cómo, nos pusimos de novios. Aguanté todo un año a pesar de que yo no la acompañaba en sus viajes ni en la mayoría de sus diversiones. No podía tolerar que ella pagara todo y tampoco bancar su nivel de vida. Yo la dejaba, pensando que en algún momento se cansaría de mí y seguiría cada uno por su lado. Sabía que ella vivía libremente y que eso incluía el sexo. Lo más duro era cuando me quedaba parado en la vereda viendo alejarse el auto en que se iba con sus amigos. Me parecía que el universo se reía de mi soledad mi estupidez. Aun así, terminamos casándonos y fui tras ella como príncipe consorte.

Su familia me trataba con cortesía, era la elección de su hija, me aceptaban hasta ahí nomás. Cuando se hacían reuniones en la mansión de sus padres, me sentía más cerca del personal de servicio que de mi familia política. Los empleados mantenían conmigo la misma distancia que con sus patrones, ni me miraban a los ojos. Mientras trataba de hacerme un lugar entre los profesionales de la zona, tuvimos dos chicos con poco menos de dos años de diferencia. Ahí cambió todo, como si mi misión hubiese sido cumplida y mi presencia ya no fuera necesaria. Ella y los chicos se quedaron en la casa que sus padres le habían escriturado antes de casarnos. Yo me alquilé una casilla en las afueras. Al principio iba a verlos seguido. No me ponían impedimentos, pero era incómodo, el ambiente muy tenso y los chicos me daban cada vez menos bola. Ellos mismos me fueron alejando poco a poco, hasta que mi presencia se convirtió en un acto fugaz para cumplir ante mí mismo. No nos divorciamos. Estábamos separados y por ahora con eso alcanzaba. No me pedían nada, quedaba registrado que no hacía aportes para el mantenimiento de mis hijos por si pretendía discutir o condicionar la tenencia, pero de todas formas no tenía un mango. Además siempre había pensado que los chicos tienen que estar con la madre. No imaginé que se iban a mimetizar con esa familia al punto de convertirme en un extraño. Nadie me hubiera reprochado que me rajara, pero eran mis hijos y quería estar cerca. Traté de dejarle en claro a Irene que no intentaría nunca separarla de ellos. Ella provenía de una familia poderosa y mis intentos de tranquilizarla debieron parecerle patéticos. Y quedé allí, atascado.

II

Pasé años en ese pueblucho de mierda. Ya había dos veterinarios allí, herederos de la clientela y el negocio de sus padres también veterinarios, igual que sus abuelos. Era así en todos los pueblos pero creí

que con conocimientos, constancia y dedicación podría hacerme un lugar. Me equivoqué, nunca dejé de ser alguien de afuera. Sobrevivía con los peores clientes que ya se habían peleado con mis colegas. Un hijo de mil putas después de esperar si la vaca se arreglaba sola para parir y de meter mano para tratar de arreglar las cosas, me había mandado llamar en mitad de la noche y pretendía que hiciera una cesárea en el barro a un animal moribundo. Típico de los productores que desprecian el conocimiento de los profesionales y después quieren que hagan magia a bajo costo. Discutimos, lo mandé a la mierda y me fui. La lluvia me dejaba sin la compañía de su golpeteo. En el camino me hizo señas un peón de otra estancia. Apenas lo vi en la oscuridad. Subió a la camioneta hablando de la luz mala. Yo sabía que la descomposición de materiales orgánicos ricos en fósforo, producía emanaciones resplandecientes en las noches cerradas. La gente de campo sabía que eran espíritus, apariciones que deambulaban por los campos, de cuyas intenciones convenía mantenerse alejados. Para espanto del hombre me bajé y entré en el montecito por donde el paisano había visto la luz. El caballo lo había tirado y el perro bravo que siempre lo acompañaba había salido con la cola entre las patas. Algunas otras cosas dijo que no llegué a escuchar mientras me alejaba. Me llevé las llaves. Estos tipos no son cagones, pero la luz mala los puede. Quería ver el extraño fenómeno físico más de cerca. El monte era cerrado, oscuro, de unas cuarenta hectáreas. No podía perderme pero me perdí. Anduve horas dando vueltas sin conseguir ningún punto de referencia, hasta que salí del otro lado. El amanecer me permitió distinguir la ruta y como estaba muy cansado y mi casa cerca, me fui caminando. Después buscaría la camioneta, el peón ya sabría como arreglárselas. Me bañé, me acosté y cuando desperté me encontré con que me había convertido en la personalidad en el pueblo, todos querían hablar conmigo. La gente de pueblo no es igual a la de la ciudad y tampoco a la del campo. De pronto la luz mala se había convertido en un ovni y se suponía que yo había desaparecido varios días. Decían que había

entrado al monte bien afeitado y había salido con barba. Cada vez más gente había observado esa noche extrañas luces en el cielo. Yo sonreía y negaba con la cabeza.

No me interesaban sus estupideces y mucho menos dar explicaciones, pero comenzó a interesarme cuando por primera vez me dirigió la palabra Rita. Ella era la esposa del comerciante más importante de la zona. Garrido era un hombre poderoso y todos lo trataban como si también fuera peligroso. Tenía mucha plata y relaciones políticas. Había que estar al tanto de lo que hacía y decía Garrido porque era uno de los hombres más importantes de la provincia. Irene me había contado que cuando Garrido y Rita se conocieron, ambos estaban divorciados y tenían un hijo y una hija respectivamente. El de Rita vivía con ella, la de Garrido se había ido con la madre a la Capital.

Todos en el pueblo conocían las aventuras de Rita, siempre con gente de su nivel social, pero ahora estaba interesada en mí. Estaba bastante fuerte la petisa, por eso dije lo que dije y no me arrepiento, no me arrepiento un carajo. Fue un encuentro casual que de casual no tuvo nada, me encaró de una:

–¿Es cierto lo que dicen, Víctor?

–Se dicen tantas cosas.

Ella puso trompita y me miró de reojo.

–¿Te llevaron?

Suspiré y me mordí el labio fingiendo mortificación. Luego hablé mirando al vacío como si estuviera solo:

–De pronto estuve adentro, las figuras eran difusas, los aparatos me deslumbraban, pero a medida que los días van pasando se hace todo más nítido. –Me vas a contar –afirmó ella.

–No sé, no quiero hablar de eso, la gente del pueblo es muy pavota.

–A mí me vas a contar.

Estaba segura y tenía razones para estarlo, aunque nada es gratis. Pronto descubrió que cuando la acariciaba mi memoria se activaba y mucho más en la cama. Así como Sherezade inventó increíbles historias durante mil y una noches para salvar su vida, yo inventé unas cuantas para cogerme a la esposa de otro. No sé si me salieron buenas o malas, pero las que ella contaba en el pueblo debían ser fabulosas, porque la gente me miraba maravillada o con cara de susto. ¡Y eso que me había prometido no contar nada! Algunos se me cagaban de risa en la cara pero no me importaba, esos incrédulos eran los únicos que me entendían y su complicidad socarrona me sonaba a reconocimiento.

Empezaron a llamarme algunos clientes de los otros profesionales y mi situación mejoró un poco. Supuse que fue por esto que empezaron los problemas. Una ventana rota, una cubierta cortada, el timbre o el teléfono durante la noche. Tolerable mientras siguiera disfrutando con Rita. Me comentaron, medio en broma medio en serio, que algunos de los amantes eran un poco celosos, incluyendo al marido. No sabía desde dónde me atacaban, pero había visto un bulto merodear a la noche cerca de la casa y se me ocurrió podría ser el peón de la luz mala. Todo se mezclaba demasiado y empeoró cuando llegó gente de Buenos Aires buscándome. La historieta de la luz mala u ovni o lo que carajo fuera les había llegado. Eran parte de una organización que investigaba estos fenómenos y estaban más interesados en mí que en lo que había pasado. Mientras yo me entretenía con Rita, la historia había seguido rodando y una foto mía había llegado a sus conferencias. Un integrante de un grupo de investigación sobre vida extraterrestre me había identificado como el maestro a quien se le había hecho "la entrega". Se suponía que muchos años atrás un chileno –cuándo no– había recibido un extraño objeto de manos de habitantes de otro planeta y había viajado a Buenos Aires y encontrándome entre la multitud me había hecho entrega de un objeto. Todo esto –razonaban retrospectivamente– siguiendo infor-

mación inconsciente y precisa. Se había vuelto a Chile sin hacer ninguna pregunta ni averiguación y nadie sabía quién era el misterioso maestro que se había quedado con el objeto, ni para qué. Alguien me había identificado y por supuesto querían saber. Se contactaron con sus pares argentinos que se reunieron conmigo. Pero querían obtener información que yo ignoraba y a su vez no tenían intención de compartir lo que sabían. Quise precisar de qué eran profesores, pero después de escucharlos durante diez minutos estaba tan en ayunas como antes. Tardé muy poco en mandarlos a la mierda. Mientras sucedía todo esto, las agresiones se hacían cada vez más audaces. Ahora estaban entrando a mi casa, revolvían todo, rompían algunas cosas y no se llevaban nada. No repuse los electrodomésticos y dejé de reparar la puerta, cosa que no tuvieran que romperla para entrar. Los policías del pueblo escuchaban en silencio para luego encogerse de hombros y decirme "También usted". Yo no sabía a qué se referían y aunque me iba cada vez mejor, sumaba más y más problemas, nada tan grave hasta que un tiro de fusil entró por la ventana en pleno día haciendo saltar la mampostería de la pared. No me pasó ni cerca pero ya no era joda. Rita se asustó en serio, no porque pudieran matarme sino por quedar complicada en un asesinato, el mío. Cortamos, pero antes de que pudiera empezar a deprimirme surgieron problemas más importantes.

III

No le había molestado que el doctor lo plantara. No le había molestado tampoco que se hubiera internado en el monte como si hubiera algo que descubrir ni que pudiera pensar que él tenía miedo. Los de las ciudades no tienen idea de estas cosas, como él no tenía idea de lo que el doctor tenía en la cabeza. Vienen acá como si lo supieran todo, pero ignoran lo principal, no sienten la tierra –pensaba– no son de

acá, ni los del pueblo ni los dueños de los campos son de acá. Descansó un rato y cuando le pareció que el doctor tardaba mucho, se fue caminando. No le iba a pasar nada, aunque se encontrara de frente con la luz mala su ignorancia doctoral lo protegería. Lo enojaba la falta de respeto, ese husmear despreocupado con que se había metido a las zancadas en la oscuridad. No le gustó tampoco a su mujer ni a su hijo Ramiro. Venían cansados en su familia, con el cansancio pasando de generación en generación, un cansancio del que uno no se recupera, que tan fácil torna en frustración y violencia. Le preocupaba su hijo, sabía que no podría vivir como él, que tendrían que encontrar otra forma y algo innombrable se perdería para siempre, algo que no era de ningún lugar, de ningún tiempo, que haría que por primera vez los que lo sucedieran no tuvieran que ver con él. Llevaba siempre la faca encima y cuando le daba por pensar la empuñaba y pasaba suavemente la yema del pulgar sobre el filo. "Los cuchillos hay que afilarlos una sola vez, después alcanza con asentarlos y hay que saber vigilar para que el filo no se esconda", le había dicho muchos años atrás su padre, mientras pasaba el dedo sobre el filo. No buscaban palpar, buscaban escuchar al filo. Y él, que había aprendido estas cosas esenciales con admiración, se las había enseñado a su hijo Ramiro sin convicción. Devorado por los avances tecnológicos, la rapidez y el estruendo permanente, su mundo desaparecía. El doctor nunca iba a ser de aquí, era un extraño en un mundo de gente que no es de ningún lado y los que quedan en soledad son los de la tierra. "Ellos ya nacen así", concluía escuchando el filo.

IV

Me había acostumbrado a que se metieran en mi casa. Había probado volver a poco de haberme ido y retornar en horarios desusados para mi rutina, siempre pensando en sorprender al intruso. Llevaba el

38 entre el cinto y el pantalón y para manejar me lo ponía bajo la pierna. Me daría respaldo para encarar a quien fuera. Pasé varios días así y me había acostumbrado tanto que entré distraído a la casa. Percibí algo raro y me paré en seco antes de prender la luz. Un resplandor entraba por la ventana y se veía un espeso polvo flotando en el ambiente, como si hubieran tirado un talco muy fino que no se depositaba. Me eché hacia atrás y un silbido cortó el aire. Distinguí el brillo del acero. El que estaba agazapado tiró otros dos golpes en diagonal, ya fuera de distancia. Al tercero le manoteé el brazo torciéndoselo hasta que soltó el cuchillo. Luego corrió hacia fuera y saltó el alambrado con la facilidad de quien no tiene peso. Prendí las luces y me acordé del 38. Lo sentía pero igual lo palpé a través de la ropa. Para qué mierda lo cargo, pensé. Mejor así, pensé después. Al sacarme la campera vi el tajo en la tela y el forro interno. "Carajo", dije. Levanté del piso una pequeña faca, muy afilada y encabada en cuerno tallado a mano. El cabo era triangular, con un apoyo para el pulgar en la cruz. Buen torque y guía para la estocada, pensé, éste sabe. La empuñé, la observé en detalle, la sentí mía. Era lo único que había ganado peleando, lo único que nadie podría discutirme.

Mis inconvenientes y enemistades pasaron a segundo plano el día que encontraron el cadáver de Rita. Se armó un gran escándalo. Desnuda en la cama, atada y cagada a palos, decían también que la habían violado. Todos los que tuvimos que ver con ella nos convertimos en sospechosos y entre esa multitud yo era el menos importante, ideal como cabeza de turco. Para que me descartaran lo antes posible, me presenté voluntariamente a que me sacaran sangre para comparar con la genética de la escena del crimen. Un bochornoso desfile de gente iba para lo mismo, incluyendo Fer, el hijo de Rita, del que también sospechaban a pesar de que era homosexual. El fiscal no se dejó impresionar por el poder y citó a todos, pero cada vez aparecían más tipos y se revelaban a la prensa detalles más escabrosos. La gente me miraba mal, y justo en ese momento me llegaron los papeles para firmar el

divorcio y renunciar a la tenencia de mis hijos.

En la fiscalía me tomaron los datos. Me dijeron que iba a declarar otro día y una tarde el fiscal me sorprendió viniendo a casa.

–Para ganar tiempo –me explicó– podía llamar a mi abogado, aunque por ahora no tenía de qué preocuparme –me volvió a explicar. Yo seguía siendo el chivo expiatorio ideal. Examinó la faca, que había quedado sobre un estante. Quise hacerme el gracioso

–¿Encontró el arma homicida?

–No la cortaron y usted lo sabe –dijo sin mirarme y empuñándola agregó–: Es especial, ¿no?

–Sí, para mí es muy especial.

Parecía perder el interés luego de que le contestara algunas preguntas rutinarias, cuando de pronto se quedó mirando la mesa. Allí solo había un manual de veterinaria, libro de consulta rápida y superficial.

–En qué estado está ese libro –dijo con desagrado.

–Sí –acepté–, lo llevo de aquí para allá, lo uso a veces en el campo.

El fiscal levantó el libro cuyas hojas apenas se mantenían cosidas y examinó las variadas manchas que se distribuían en su tapa y los bordes de las hojas.

–Parecen líquidos orgánicos.

–Soy veterinario –le recordé impaciente y sin medir el tono.

–En qué estado está –se lamentaba el fiscal una y otra vez en voz baja.

–Se edita anualmente, yo lo renuevo cada tres o cuatro años para estar al día –agregué para ver si lo sacaba de su trance y seguí–: Justamente me acaba de llegar el nuevo.

El fiscal de pronto se agitó y levantando el libro ante mi cara preguntó:

–¿Y éste?

Estuve por decirle que lo tiraba pero de pronto tuve miedo.

–¿Lo quiere? –pregunté con incredulidad.

Él se metió el libro bajo el brazo fue hacia la puerta y salió diciendo:

–Si necesito preguntarle algo más, lo mando llamar.

Me quedé con la sensación de que había sido juzgado y sentenciado.

V

Cuando el fiscal llegó a su casa volvió a hojear el manual del veterinario. Miraba las manchas oscuras que habían sido pegajosas, algunas de ellas sanguinolentas, la mugre impregnada en los bordes y la tapa, la costura descuajeringada como un animalito nacido sin esqueleto. Imaginó al doctor interrumpiendo una maniobra para consultar el libro sin sacarse los guantes sucios, e hizo una mueca de desagrado. Cerró los ojos y olió el libro. El aroma del papel y la tinta habían sido reemplazados por enfermedad, sangre y putrefacción. Todavía no se había sacado el abrigo. Humedeció un trapito y limpió de las tapas las manchas más grandes. Algo le llamó la atención. Fue hasta la ventana y examinó la contratapa a trasluz. Apenas perceptible un círculo perfecto denotaba que habían apoyado una taza, probablemente con café. "Qué hijo de puta, qué hijo de puta", repetía consternado. Luego llevó el libro hasta la biblioteca. Allí descansaba uno de cuentos que había comprado de saldo porque se había mojado y se notaban los márgenes de charco en las hojas que se habían retorcido al secarse.

"Cómo permitió esto", había increpado al sorprendido librero en su momento. Un libraco sobre la vida del General Urquiza lucía el orificio de un disparo sobre el lomo. Los libros no cicatrizan, pensaba todos los días al verlo. Algunos largaban un polvillo, secuela del ataque de las polillas que el fiscal limpiaba diariamente. Un enorme diccionario de 1904 de la Real Academia Española era el que más las

había sufrido. En sus hojas abundaban los surcos y las perforaciones de las larvas. Lo había envuelto herméticamente en una bolsa plástica con naftalina pero ya se sabe, los libros no cicatrizan. Algunos se habían quemado parcialmente y exhibían irregularidades negras en los bordes de sus hojas. Le hizo un lugar al manual y lo dejó descansando junto a los demás. "Vos recogés libros en mal estado como si fueran animalitos abandonados", le había dicho un amigo. No es para menos, pensaba él acariciándolos.

VI

Estaba indefenso, si entraban a mi casa cuando querían, bien podían plantarme cualquier prueba. Era objeto del rencor de todos los hombres, del chusmerío de todas las mujeres y de la venganza de alguno. La policía nunca me había tomado una denuncia por escrito y llegado el momento iban a hacer lo que se les ordenara. No podía irme del pueblo y no se me ocurría iniciativa alguna para mejorar mi posición. Siendo uno de los tantos sospechosos, tampoco me convenía portar el 38.

Decidí quedarme todo el tiempo en la casa por lo menos un par de semanas con el arma a mano. Encontré que ya no estaba en el cajón del escritorio. No la había perdido, alguien había entrado y se la había llevado, estaba seguro. No tenía más alternativa que hacer una denuncia justo ahora, que se mezclaba todo. En la comisaría me miraron como si estuviera denunciando mi suicidio. Vino el más bruto de los agentes, famoso por su indiferencia ante cualquier estímulo ajeno a sus instintos y los demás se alternaron para escuchar sus intentos para tomar la denuncia y salir a reírse. Volví a casa, quería acostarme y dormir durante meses, años, para siempre. Sobre la cama me esperaban unas fotos mías con Rita y una bombacha desgarrada. El teléfono me hizo pegar un salto.

–Venga de inmediato a mi oficina –dijo el fiscal. –Me baño y salgo para allá.

–De inmediato –terminó el fiscal.

Me llevé las fotos y la bombacha. A mitad de camino paré junto a una alcantarilla, me bajé y agachándome como si me atara los cordones de los zapatos tiré todo. Llegué a la oficina un poco más tranquilo y pedí pasar al baño.

–No se puede –dijo la secretaria.

–Me estoy meando –grité complacido de poder poner en problemas a alguien, aunque fuera mínimo, aunque desapareciera en un instante. No había baño público y me tuvieron que dejar pasar al de ellos. Me lavé las manos, la cara y me senté sobre la tapa del inodoro para relajarme un poco sin que nadie me mirara. Comencé a imitar ruidos de pedos, exagerando cada vez más al imaginar a la empleada controlándome. Esperé a que se me fuera la sonrisa idiota que no me animaba a mirar en el espejo. Golpearon la puerta una vez, dos veces, tres. No contesté.

–¿Señor, está bien? –preguntó la secretaria. Hice resonar un último y terrible pedo y salí. La secretaria retrocedió hacia su escritorio, yo me sentía fuerte ahora que por primera vez estaba haciendo cosas que no correspondían. Me importa todo un carajo, pensé.

–El fiscal debe estar por llegar –dijo ella con la voz temblando.

–¿No está ese pelotudo? –bramé simulando furia.

–Está en camino –se disculpó ella–. Acabo de hablar con él –mintió.

Suspiré y le pedí mientras me iba:

–Dígale que me cansé de esperarlo.

Tuve que asistir varias veces a la Fiscalía, generalmente para aclarar detalles.

–¿Reconoce esto? –me preguntó el fiscal sosteniendo en alto un disfraz erótico de mucamita. Me tomé mi tiempo, recordé la indignación de Irene y cómo me lo había tirado por la cabeza, recordé la risa

de Rita y cómo me lo arrebató para ponérselo de inmediato e improvisar para mi un número ridículo pero excitante.

–Era de mi mujer, cuando nos separamos me lo llevé. –El fiscal se quedó esperando algo más, su secretaria miraba hacia otro lado perturbada, entonces agregué–: Antes de dárselo a Rita lo lavé.

El fiscal se reacomodó molesto en su sillón.

–No le pregunté eso –dijo.

Entonces, pensando más en la secretaria que en el fiscal inventé:

–Los padres de mi ex esposa me recomendaban estas cosas, no sabe los chiches que usan, harían sonrojar al Marqués de Sade.

–Ya es suficiente –me cortó el fiscal– cuando tenga más preguntas lo mando a llamar.

Después, seguramente le ordenó a su secretaria: "De esto, ni una palabra a nadie".

Al otro día no se hablaba de otra cosa en el pueblo y dos días después el padre de Irene me cruzó el auto para increparme:

–¡Qué carajo andás diciendo de mí!

–Guarda con el tonito viejo de mierda, que no soy uno de tus siervos, contesté. El hombre quedó más descolocado por el tuteo que por el insulto así que aproveché para despedirme.

–Mandale saludos a la yegua de tu hija. Me divertía, ahora que estaba peor que nunca.

VII

Al llegar a mi casa un tipo esperaba en la puerta. Vestía informalmente y lo que más me asombró fue que me miraba con simpatía. Se presentó apenas me acerqué:

–Soy Tomás Lucea.

No tuve más remedio que estrecharle la mano mientras él agregaba:

–Soy de la Fundación de Estudios Extraterrestres.

–¡Otra vez! –grité fastidiado.

Él se rió y me aclaró:

–Sólo es la segunda vez, para ayudarlo.

–¿A mí?

–Podemos ponerle el mejor abogado de la zona y entregarle algún efectivo sin ningún compromiso –dijo– no tiene que firmar nada, devolver nada, ni hacer nada.

–¿Es un regalo?

–Es una apuesta, si ganamos o perdemos es cosa nuestra. Pasamos. Recibí la tarjeta del abogado y dos fajos de 10.000 pesos.

–¿No los tengo que devolver? –me quise asegurar.

–No.

–¿No tengo que hacer nada?

–Nada.

Pero yo lo miraba incrédulo y tuvo que explayarse. –Estuvimos investigando y lo que ocurrió nos parece verosímil.

Yo iba a empezar a protestar pero me hizo un gesto con la mano y siguió hablando:

–Ya ha ocurrido antes que le dejan algo a alguien y no lo recuerda hasta mucho después, no sabemos si usted lo tiene o lo pasó a alguien más, para nosotros es demasiado importante, no podemos dejar pasar la oportunidad. El único compromiso que tiene, es que si llega a recordar algo tenemos que ser los primeros en saberlo –terminó.

–¿Y no van a estar viniendo a cada rato?

–No –dijo negando con la cabeza.

Al otro día el pueblo estaba convulsionado, se decía que habían resuelto el homicidio de Rita, se decía que el asesino había confesado, que se llamaba Ramiro, que era un peón de una estancia vecina. Recibí un llamado urgente del fiscal y me presenté con mi abogado. Cuando nos sentamos en el escritorio, el fiscal nos miró alternativamente hasta que pregunté:

–¿Dejé de ser el señor Joseph K?

El fiscal tuvo que hacer un gran esfuerzo para no sonreír y para mi satisfacción mi abogado intervino:

–Tengo entendido que hay una confesión.

–Sí –aceptó el fiscal– pero hay un problema. Con mi abogado nos miramos, el fiscal siguió:

–No dan los tiempos, cuando mataron a la señora este chico estaba en un baile en otro pueblo, no hay forma en que lo hubiera hecho y sin embargo insiste en inculparse, ¿sabe qué creo yo?

Me encogí de hombros. Mi abogado se había abstraído mirando por la ventana hacia la rama de un árbol, donde un hornero inquieto sostenía un bollito de pasto seco en su pico.

–Creo que –siguió el fiscal– usted podría haberle hecho el encargo al pibe y que le ganaron de mano o quizás tuvo que encargarse personalmente.

–Eso es una estupidez –protesté y miré a mi abogado para descubrir con asombro que se había dormido.

–¿Cómo explica esto? –preguntó el fiscal poniendo mi 38 sobre el escritorio. Lo miré unos segundos para asegurarme que era el mío y le dije:

–Yo denuncié que me lo habían robado.

–Muy conveniente –repitió varias veces el fiscal en voz baja.

–Igual, no la mataron con un arma de fuego, ¿no?

El Fiscal me miraba en silencio y volví a preguntar:

–¿Cómo lo consiguió?

–Acá las preguntas las hago yo –terminó antes de dejarme ir.

Previamente tuve que zamarrear a mi abogado y cuando estuvimos afuera le dije:

–No quiero ofenderlo pero ¿usted es boludo, cómo se duerme en esa situación?

–Me hago, pero no creo que lo haya engañado, me conoce mucho ese fiscal hijo de puta –me comentó en voz baja.

–¿Para qué?

–Estrategias legales que usted no entendería pero acá lo importante es otra cosa –terminó y como no seguía tuve que insistir.

–Bueno, dígame qué es lo importante.

–Lo importante es que confiese.

–¿Que confiese qué? –pregunté juntando presión y seguí–:

¿No le dije que soy inocente?

–Todos dicen que son inocentes.

–Me importa un carajo lo que dicen todos, yo no voy a confesar algo con lo que no tengo nada que ver –dije hablando a mil– si no me va a defender como corresponde, dígamelo de una vez.

–Está bien, está bien, pero no vuelva a decir que es inocente porque nadie es inocente de nada.

Tendría que haber cambiado de abogado pero este me salía muy barato. Pocos días después tuvieron que dejar en libertad a Ramiro. Fue el mismo día en que volvieron a entrar a mi casa a revolver todo y la faca desapareció del estante. Bueno, pensé, empiezo a sacar algunas conclusiones.

VIII

Desperté sentado en el sillón. El timbre volvió a sonar. "Por lo menos tocan", pensé. Mientras me levantaba se prendieron al timbre en un impertinente desafío. Si es el fiscal lo voy a echar a patadas, pensé, va a tener que detenerme o dejarse de joder. Abrí la puerta apretando los dientes y quedé paralizado. Irene, aún con el dedo en el timbre, me miraba con la sonrisita feroz que tanto le conocía. Estaba buena todavía, buenísima. Nunca entendí cómo me eligió. Siempre supe que hacía lo que quería, incluyendo el sexo con sus amigos, pero qué otra cosa podría haber hecho. Ella había dejado de tocar y me miraba.

–¿Vos acá? –pregunté. Me pantalleó de arriba abajo e hizo un

gesto de asco. Miré mi camisa y pantalones arrugados, rocé mi cara sin afeitar y mi pelo engrasado–. Estoy en decadencia –acepté con la seguridad de quien no le importa que lo juzguen. "Qué podrá querer la gran señora con su viejo semental radiado de servicio", pensé y luego le pregunté–: ¿Te gusta lo que ves? –y di una vueltita como si fuera un modelo pasando ropa.

Ella entró a la casa empujándome al tiempo que decía:

–Si querés dar lástima, conmigo vas muerto. –Inspeccionó la casa con un par de cabeceos y luego con tono confidencial empezó–: Eso que dicen…

–No fui yo –la interrumpí– pero a vos sí que te mataría, más de una vez si pudiera.

Ella sonrió complacida. "Con solo un gesto me tiene en sus garras", pensé. Ella dijo:

–Tengo un problema.

Me recuperé exclamando:

–¿Necesitan un riñón?, todo solucionado, en el depósito tengo dos.

Ella hizo un gesto que daba por terminado el chichoneo y dijo:

–Los chicos te quieren ver.

Me quedé en silencio, en verdad no comprendía.

–Te extrañan.

–¿A mí?

Ella, que había estado mirando hacia un lado, hizo un gesto que significaba "no lo entiendo pero es así". Era la primera vez que la veía vulnerable. Y claro, lo hijos, hasta mi madre me había querido un poco. Supongo que esta guacha debía sentir algo por nuestros hijos.

–Decíles que me morí, que estoy loco, que no quiero, decíles cualquier cosa.

Ella negó con la cabeza, se hizo un silencio y repitió:

–Te quieren ver.

"Está acorralada", pensé, "no puede manejarlo", pensé, "ahora es mi turno de hacerla sufrir", pensé, pero ella ordenó:

–Te llamo en un par de días para traerlos, andá limpiando esta pocilga.

Y se fue.

IX

Necesito rápido resolver esto, pensaba el fiscal apoyado sobre el escritorio y agarrándose la cabeza. Si voy sobre el marido me van a hacer mierda, tendría que enganchar al veterinario hasta que se calmen las aguas, razonaba, parecía fácil, pero ya tiene abogado, va a empezar a defenderse. Hubiera querido estar en casa con sus libros y no aquí, agotado de esta Justicia que se mezclaba con la política y los negocios. Si no pasa nada más importante, van a seguir viniendo periodistas de la Capital y voy a quedar en el centro de las críticas, pensaba. Había entrado a Derecho creyendo en la Justicia y ahora era parte de ella, era la Justicia, Justicia cobarde que espera a que los políticos corruptos pierdan su poder antes de investigarlos, que las cuestiones trascendentes se conviertan en abstractas antes de tomar una decisión, que deja en libertad delincuentes para que vuelvan a delinquir, con jueces que ganan fortunas sin pagar impuestos, más difíciles de echar que un presidente y a los que nadie les pide explicaciones. Tienen que inmolarse públicamente para que los echen.

"Un veterinario también sabe matar", le había dicho uno de los viejos profesionales de su pueblo cuando era chico, "y pocos saben tanto de eso como nosotros", había terminado antes de enfrascarse en la eutanasia de Moro, el único perro que había tenido. ¿Sería por eso que estaba tan mal predispuesto con éste, o sería por lo del libro? En menos de 10 años había llegado a ocupar un lugar de poder. No iba a perderlo, necesitaba enganchar a alguien con el crimen por lo menos

por un tiempo. Si se metía con el reciente viudo, arriesgaba lo logrado. Si no había encontrado en la Justicia algo que valiera la pena, no lo encontraría en ningún lado. Tenía que aferrarse a esto, en su pequeña isla estaba a salvo, no iba a volver a mar abierto para nadar sin destino, aunque tuviera que hundir a un inocente.

X

En la entrada del banco me crucé con Fer. Nos vimos cuando estábamos muy cerca y nos paralizamos. Me puse de costado para que pasara, pero él retrocedió caminando hacia atrás sin dejar de mirarme. En vez de pasar hacia las ventanillas, le dije:

–Yo… lamento mucho lo de tu madre.

Él me sonrió y salió del banco. Todo había sido muy raro. Me puse en la cola para pagar servicios, todos me observaban. Me empeciné en quedarme y hacer lo que había ido a hacer pero a los pocos minutos me fui. No podía sacarme de la cabeza la extraña sonrisa de ese muchacho. A unas cuadras de allí lo volví a ver. Hablaba en una esquina con Ramiro, el hijo del peón. Me vieron. Fer se fue para el otro lado y Ramiro hacia mí. Yo estaba molesto con él porque era quien había estado entrando a mi casa y me había robado el arma. Me miraba desafiante.

–¿Qué tenés contra mí, pendejo de mierda? –le dije avanzando hasta pecharlo. Él retrocedió–. ¡Contestá, infeliz! –exigí.

–Usted… –se interrumpió temblando.

–¿Yo qué?

–Usted entró al monte…

–Ah, eso. –No le dije nada más. Me fui dejándolo con los puños cerrados, clavado como una estaca.

Esa tarde Irene trajo a los chicos. Fue todo muy cordial y frío. Estuvieron dos horas, pero me di cuenta de que la relación entre

nosotros no iba a mejorar, que me estaban usando para castigar a su madre, que solo por eso habían forzado esta situación, que eran tan manipuladores como ella. ¿Y por qué no iban a serlo? Seguramente les iría mejor que a mí en la vida. Ya estaban muy lejos. No podía culparlos, no quería. Vendrían algunas veces más y después se irían distanciando, iban a saber hacerlo y la próxima vez buscarían otra cosa para joder a la madre, alguna que los involucrara menos, que no les exigiera poner el cuerpo. Los chicos aprenden rápido y éstos tenían a lamejor maestra. La mañana siguiente, una distracción me costó que un caballo me pateara. No me embocó de lleno, solo el pie de refilón. Hospital, vendaje, anti inflamatorios y reposo. Dormí toda la tarde, hasta que al anochecer me despertó un ruido. Había alguien en la sala. Saqué una cajita de cohetes que había comprado especialmente para la ocasión, raspé uno y me tapé los oídos. Hizo un estruendo importante, luego el intruso atravesó el vidrio de una de las ventanas y corrió. Qué cagazo te pegaste, pensé. El piso quedó regado de esquirlas y entre ellas un pañuelito de mujer hecho un bollo acartonado. Los líquidos biológicos que tanto le gustan al fiscal, pensé. Lo embebí en alcohol y le prendí fuego en la pileta de la cocina. "Andá a analizarte el culo", dije.

XI

Fer le curaba los cortes de la cara a Ramiro con la concentración de quien restaura un cuadro. Ramiro temblaba y Fer interrumpía su labor cada tanto repitiendo:

–Qué hijo de puta, te disparó, te disparó.

Ramiro se encogía de hombros y ponía cara de "y, sí", como si fuera lo más normal de mundo.

–Qué hijo de puta –repetía Fer.

–Bueno, nosotros tampoco somos santos.

–Qué hijo de puta.

–¿Tanto lo odiás?

Fer se sorprendió, luego dijo:

–Lo odio hasta el límite de lo posible y entonces lo odio un poco más.

–Te fallé –dijo Ramiro.

–Sos el único que nunca me falló, vos no tenés idea de lo que es eso.

Con palabras simples y sabiduría campera, Ramiro le había dado a entender que es más eficiente matar sin odio, pero Fer no lo podía evitar.

XII

Desde el asesinato de Rita, al sargento lo tenían de acá para allá. Le faltaban varios años para el retiro y no le daban bola con el traslado. Mientras no pasaba nada estaba cómodo en el pueblo pero si tenía que trabajar no le convenía, prefería ir a la Capital para hacer la diferencia. Allí los jefes entraban becados en la escuela de oficiales con una mano atrás y otra adelante y se retiraban millonarios. Un suboficial podía cuadruplicar su sueldo trabajando para ellos. En el país no había mafias gracias a que los negocios que requerían organización e infraestructura los manejaba la policía. A cambio garantizaban cierto control del delito. Hasta la dictadura había tranzado con ellos. Los políticos y los jueces no los importunaban, sabían demasiado de sus chanchullos. La última vez que habían querido meter un comisario honesto en uno de los barrios de la Capital, hubo una ola de asesinatos y asaltos. Parecía una guerra. Tuvieron que reponer al comisario anterior por órdenes directas del presidente y renunció el ministro de seguridad. Había sido una formidable demostración del poder dentro del poder, nadie les iba a escupir el asado a esos

tipos y después de todo se lo habían ganado como se ganan las cosas que valen, por la fuerza. En el pueblo no había negocios. Cuando mandaban un comisario, era porque no quería entrar en la tranza o lo estaban castigando.

Con este crimen, el fiscal pretendía que ellos investigaran y el sargento tenía que esforzarse para no cagársele de risa en la cara. Cuando iban tras algún delincuente era más por orgullo que por deber. Tenían que pedir permiso y pagar comisión, entonces era posible hasta que liberaran la zona.

El sistema existía desde antes de que él entrara a la Fuerza y no se imaginaba que pudiera funcionar de otra manera. Había seguido el consejo de su viejo de entrar a la Policía, o en su defecto a cualquier dependencia estatal. "Enquistate ahí, no te compliqués con nada, llevate bien con los jefes, el más inútil y haragán hace carrera", le decía. Menos mal que le había hecho caso, cuando cumpliera 50 años se retiraba con el cien por ciento. En la Capital bajaban a algún policía de vez en cuando y los querían hacer pasar como caídos en el cumplimiento del deber cuando a la mayoría los mataban al robarles sus coches. Nadie parecía darse cuenta de que un oficial de los primeros escalafones no podía tener un coche de 60.000 dólares con su sueldo. Todos se hacen los tontos, pensaba el sargento. Y ahora tenía que hacerle un allanamiento al veterinario. Era increíble, hacía más de 10 años que no hacía uno. El juez le había encargado encontrar un pañuelo de mujer con las iniciales R. G. bordadas, el fiscal no tenía que enterarse. Le iban a hacer una cama al veterinario, se lo merecía por zurdito. Para él todos los universitarios eran zurditos. Algunos, como el juez, se adaptaban al sistema cuando se daban cuenta cómo es la vida real. Pensó en entrar pateando la puerta y divertirse matoneando al veterinario, pero no tenía ganas de sudar. Si me mandaran a la Capital, pensó mientras tocaba el timbre, me haría una linda diferencia antes de retirarme.

Traían orden de allanamiento.

–¿Y el fiscal? –le pregunté al sargento.

–Esto es por orden del juez –me contestó mientras sus hombres buscaban revolviendo sin ningún cuidado. Con los minutos se miraban entre ellos como si no pudieran encontrar explicación a alguna cosa.

–¿Y esa ventana? –me preguntó el jefe del operativo.

–Es una ventana.

–El vidrio –dijo con fastidio– cómo se rompió.

–Rompiéndose.

–¿Cuándo? –dijo subiendo el tono.

–Cuando dejó de estar sano –contesté simulando seriedad y antes de que se pusiera pesado le pregunté–: ¿Estoy arrestado? Ellos se miraron.

–¿No encuentran lo que vinieron a buscar? –insistí. Y se fueron.

Llamé al fiscal.

–Te falló.

–No sé de qué me habla.

–¿Sabés qué estoy haciendo en este momento, boludo? –Las formas –intentó el fiscal– las formas, doctor. –Tengo en mis manos el nuevo manual, el de tapas rojas que reemplazó al que te llevaste; le estoy clavando un punzón en el lomo, lo entierro y palanqueo, oigo romperse las costuras y el pegamento; después voy a quemarle algunas hojas, otras las voy a arrancar una a una, de a poco.

Me cortó y me sentí estúpido pero satisfecho.

XIII

El fiscal no pudo resistir las presiones. Se suponía que si no había un acusado era porque no había llevado bien la investigación. Era cierto, pero lo que no decían era que a esa estructura amorfa e insensible que es el Poder Judicial, no le importa si un acusado es culpable

o inocente. A este fiscal sí, así que tuvo que renunciar. Iba a ser difícil comenzar de cero, hacerse de una clientela, juicios de poca plata, empleados despedidos, la sucesión de alguna propiedad mientras de tanto en tanto llegaba algo para hacer una diferencia. Había perdido el poder y la seguridad de un buen sueldo a fin de mes. Creía haber ganado otras cosas que se harían más nítidas con el tiempo.O quizás se maldijera a sí mismo por haber sido tan estúpido, pero hoy su decisión era esta. El nuevo fiscal no podría hacer más que él pero tendría la excusa perfecta al echarle la culpa. El caso quedaría en la nada. Su esposa no estaba de acuerdo pero igual lo apoyaba. Iba a ser difícil para ella, quizás no tenía derecho a pedirle tanto. Y sus hijos, ¿tienen que sufrir los hijos porque un padre se cree con derecho a tener ética? Si los hijos de los corruptos disfrutan de los frutos mal habidos por sus padres, ¿por qué no se iba a dar lo contrario?

XIV

Yo pensaba que las únicas ciencias exactas eran la geometría y la música, las de las proporciones. La matemática era una simple abstracción imperfecta de la geometría, debido a la intervención del lenguaje de los números, es decir una construcción tan arbitraria como las demás. Mis conocimientos no me permitían abordar la música, pero lo intentaba con la geometría estudiando para obtener los conocimientos que me permitieran visualizar los catalizadores químicos y las enzimas biológicas en acción. Allí, donde todo se acelera, donde no sabemos nada de lo que ocurre, donde se gasta la mayor parte de la energía que se consume, lo inaccesible está allí, donde la ciencia resuelve con desfachatez poniendo una flechita. Lo más importante ocurre allí, en esa flechita de mierda. Ése era el lugar mágico, el salto de órbita de los electrones, la partícula en dos lugares al mismo tiempo, el espacio entre dos pensamientos. Pasaba horas en mis ex-

perimentos mentales y salía de ellos más descansado que si hubiera dormido, recordándolo todo y profundizando cada vez más. Llegué a encontrar una forma geométrica que me permitía alterar el curso de una enfermedad, cambiando la dinámica de los tejidos malignos en un gato al que los otros veterinarios querían sacrificar. Su dueña no se resignaba y aunque yo no era especialista en mascotas sabía que tenían razón. Sin embargo, seguí con mis experimentos teóricos a pesar de que ello me acercaba peligrosamente a la locura, con el respaldo de saber que los más importantes físicos de nuestra civilización trabajaban con la imaginación. A pesar de que nunca había trabajado en un laboratorio logré imaginarme sintetizando los productos necesarios y lo llevé a la práctica en mi consultorio. Quedaba el siguiente paso, dárselo al gato, pero retrasaba el momento. No tenía ningún sentido, no podía darle a un paciente algo que no hubiera sido probado, cuya dosis terapéutica no hubiera sido establecida mediante complejos estudios predeterminados. No conocía tampoco la Dosis Tóxica ni la Dosis Letal 50, ni el tiempo de metabolización y sus mecanismos. Entraba una y otra vez en ese estado de concentración para ratificar mis investigaciones pero retenía la sustancia. Hasta que el gato entró en agonía. La señora se había mantenido en contacto conmigo porque había manifestado cierta comprensión a su apego y le había dado un poco de contención. También era una deferencia de su parte porque todos en el pueblo estaban convencidos de que yo era el asesino de Rita, además de ser degenerado y sexópata, condición esta última que yo creo envidiaban. Finalmente le administré la sustancia al gato y lo controlé cada día hasta que su mejoría fue impresionante. Ahí dejó de interesarme. No pretendía llegar más allá de esta proeza mezquina, pero esta buena señora le llevó parte de la sustancia a una chica que sufría la misma enfermedad. Cuando ella también comenzó a mejorar ante la admiración de sus doctores, la historia de mi sustancia se difundió y tuve que apurar una siniestra idea que me venía rondando desde que mis hijos se habían cansado de su jueguito y no me pasaban bola.

Con una chapa hice un molde de mis pies. Pincelé uno de los lados con un inyectable para estudios diagnósticos, que contenía como marcador un isótopo inofensivo pero detectable. Puse las chapas junto el teléfono con los isótopos hacia abajo y con un soplete calenté la parte superior. Quedaron las quemadas en el piso con trazas de radiactividad. Había empezado a dejarme la barba, había conseguido un coche viejo sin papeles lejos del pueblo, así que después de teñirme el pelo llamé a la Fundación de Investigaciones Extraterrestres y pedí hablar con Tomás.

–Qué grata sorpresa –me dijo con frialdad. –Venga pronto –dije yo fingiendo temor. –¿Se acordó de algo?

–No hay tiempo, venga ya.

–Voy a tardar unas horas.

–No, por favor, no, ¡no! –terminé alejando cada vez más el teléfono de mi boca.

–Hola, ¿está ahí Víctor, está ahí?

Desconecté el teléfono y me fui dejando la puerta abierta, abandonando mi ropa, mi camioneta, mi maletín y hasta mis documentos.

XV

Al otro día Tomás Lucea llegó al pueblo acompañado por técnicos de un canal de cable. Buscando a Víctor entró en la casa. Encontró las huellas, detectó la radiación, se enteró de las curaciones. Víctor no aparecía por ningún lado. Acudió toda la televisión del país, los diarios y las revistas. Tomás explicaba con autoridad su relación con el maestro abducido. Pronto estaría presentando el caso en congresos internacionales y tendría que escribir un libro, por supuesto.

Días más tarde, Fer se fue con Ramiro unos días a la Capital. Al pasar frente a la casa vacía de Víctor, Ramiro le dijo:

–Al final zafó de la justicia.

Fer asintió.

–No sé cómo, pero zafó.

Salieron a la ruta y encararon hacia la gran ciudad.

–¿No te da nada de culpa? –preguntó Ramiro.

Fer negó con la cabeza, luego agregó: –Eso no sirve.

La casa de Víctor se había convertido en una atracción turística y como tal la explotaba Irene en combinación con la Fundación para estudios Extraterrestres. El ex fiscal pagó su entrada como un curioso más. Habían dejado todo tal como estaba, le dijeron. Miró sonriendo las famosas huellas, rodeadas por un corralito. Recorrió la habitación en la que había confrontado por primera vez con Víctor y reconoció el nuevo manual del veterinario abandonado en la biblioteca entre otros libros. El guardia no estaba mirando así que lo levantó y abanicó rápidamente sus hojas. En la primera había algo escrito: "No le hice nada, pero igual va a necesitar alguien que lo cuide". Entraron un par de chicas con uniforme del colegio. Seguro que se hicieron la rata, pensó el ex fiscal. El guardia no les sacaba los ojos de las gambas, así que aprovechó y escondió el manual bajo el saco. Antes de irse preguntó:

–¿No había una faca por acá?

–No.

–¿Y guardada tampoco?

–No hay nada guardado, lo que no está a la vista se lo llevaron.

El fiscal asintió pero el guardián ya miraba para otro lado.

XVI

Había arreglado dónde quedarme en Buenos Aires. Dos o tres meses alcanzarían para que surgiera un mito. El fiscal había sido honesto y valiente. Si los acontecimientos hubieran seguido su curso natural, me habrían inculpado sin que a nadie le importara. Yo no había comprendido ni el principio ni el final de mi relación con Irene,

aunque la había querido. A Rita la había disfrutado, quizás por eso pude soportarle el abandono, debió ser por eso.

Pensando en la sustancia que había sintetizado me vino a la mente una de las frases del fiscal: "Las formas, doctor, las formas por favor". Me llegaba la clave de todos lados. La primera vez imaginé el casco de una embarcación, la segunda una hélice. Eran de metal, de madera, de fibra, todas cumplían su función con distintas prestaciones, duraciones y costos. Yo necesitaba catalizadores y enzimas solo por millonésimas de segundos. Lo importante era la forma, como en el arte en la naturaleza, la forma más importante que el fondo. De dónde había surgido todo esto, cómo no lo hacía todo el mundo. Me toqué la muñeca izquierda y me pareció recordar. Me saqué el reloj que ocultaba una cinta pegada a la piel. La había tenido desde que comencé con las visualizaciones y me resultó incomprensible no haberlo recordado hasta ahora. Esa cinta era la que me daba estas posibilidades de acuerdo a lo que encontraba en mi inteligencia y mi formación académica. Se me ocurrió que quizás quienes habían hecho experimentos imaginarios en otra época, habían tenido una similar. Cuándo me la había puesto, de dónde había salido, cómo no recordaba algo tan trascendente. Entonces me vino la imagen de Irene, siempre Irene y su grupo de ocultismo. El día que fue a decirme que los chicos me extrañaban quedé tan shockeado que podría haber hecho cualquier cosa. Ella se había apoyado de espaldas contra el borde de la mesa donde yo tiraba las llaves de la camioneta y el reloj apenas llegaba. Ese fue el momento en que había pegado la cinta a la parte interna de la malla del reloj para que pasara a mi piel. No era una deducción, la misma cinta me respondía guiando mi inteligencia hasta el momento y lugar precisos. No me atreví a sacármela, era tan tenue, tan sutil que tuve miedo de romperla y perder su poder. Aproveché y me pregunté por qué seguía tolerando a Irene y sus manipulaciones. La respuesta fue demasiado simple, la quería con estupidez adolescente. Si mi vida hubiera dependido de dejar de quererla, no hubiera tenido salvación. Me instalé en un pequeño

departamento que un conocido me alquiló por pocos días. Ya lo tenía apalabrado de antes de salir. Me reencontré con la ciudad y empecé a buscar trabajo, pero las noches se me hacían interminables. Mirando TV por cable me fasciné por la claridad con que hablaba la locutora de la BBC. Yo había estudiado inglés pero nunca lo había llegado a hablar. Leía los artículos y libros técnicos sin dificultad, entendía mucho de lo oído, sobre todo a los locutores, pero a la que hablaba en este momento le entendía absolutamente todo sin el menor esfuerzo. Qué claro pronuncia esta mina, pensé. Me pasó lo mismo cuando habló el hombre y lo mismo cuando pasaron el pronóstico del tiempo hablando a mil por hora. Encontré que podía repetir las frases imitando a la perfección la pronunciación porque me pertenecía tanto como mi lengua materna. Podía decir lo contrario o rebatir o incluso pensar en inglés o en castellano indistintamente. Cambié de canal porque este descubrimiento me aturdía pero lo mismo me pasó con el noticiero en francés. En la RAI había un debate político. Entendía todo y aunque un poco de francés había estudiado en el colegio y un poco de italiano siempre se oía en la Argentina de mi infancia, no se justificaba en absoluto este dominio. Cuando pasé por el canal alemán casi me desmayo. Era la cinta, no había otra explicación y ahora se me hacía perentorio averiguar por qué la llevaba puesta, de dónde había salido y sobre todo para qué la tenía yo. Apagué el televisor y fui al mercadito a comprarme unas cervezas. Cuando iba a pagar los chinos intercambiaron unas palabras entre ellos.

–Nos estamos quedando sin bebida –le dijo la china en su idioma a un chino que acomodaba mercadería cerca.

–Es la tercera vez que me lo decís –contestó él fastidiado.

Estuve tentado de intervenir en la chinesca conversación. Volví al departamento en estado de shock. El conocimiento siempre había sido una de mis obsesiones porque lo relacionaba con el poder. Lo que ahora ignoraba me atormentaba y el esfuerzo por recordar me agotaba. Pensé en llamar otra vez a Tomás Lucea, pero ya lo había

visto por televisión pavoneándose como un imbécil, fraguando historias de ciencia ficción mediante asociaciones tan lógicas como falsas y hablando de mí y de mi vida como si me hubiera parido. Ese tipo no me podía ayudar en nada, estaba dedicado a su negocio y lo bien que hacía.

XVII

Estaba tan absorto en mis pensamientos que no me di cuenta. Mientras llamaba al ascensor me sujetaron de atrás y sentí un puntazo en la espalda. Me incliné un poco hacia delante, levanté los brazos y tomé a mi agresor de los pelos. Sentía la clavada dar vueltas hacia un lado y el otro como un destornillador. Me agaché violentamente hacia delante ladeando un hombro y mi agresor salió despedido. Lo que había aprendido a los 10 años en dos o tres clases de judo, ejecutado a la perfección. El tipo se levantó y huyó. Yo no podía hacer más nada, ni siquiera lo vi bien. Largaba sangre con espuma por la boca y la nariz. Llevé mi mano hacia la espalda para palpar la herida y encontré algo clavado. Lo saqué de un tirón y cuando me recuperé un poco vi la faca que durante tan poco tiempo había sido mía. La luz del pasillo se apagó, me dejé caer, ya dolía menos y me sentí cómodo en la oscuridad. Quizás me hubieran hecho un favor.

Desperté en el hospital. Me habían operado. La herida no solo había interesado un pulmón, había llegado al corazón. Los cirujanos decían con orgullo que era imposible que estuviera vivo. Yo estaba seguro de que era la cinta. Observé que en su lugar había unas marcas como si la cinta se hubiera convertido en un tatuaje un poco más claro que mi piel. Era como si mi piel la hubiera absorbido quedando marcada. La enfermera interrumpió mis pensamientos. “Le sacaron el reloj en la Guardia, está guardado con el resto de sus pertenencias”. Asentí sonriendo, el reloj me importaba un carajo. “La cinta ya no va

a poder sacármela nadie", pensé. Pero tuve una visión, vi a Tomás Lucea cortándome el brazo con un machete. Fue tan real que estuve largo rato tocándome el brazo para verificarlo en su lugar. Voy a tener que cuidarme, pensé. Mejoraba tan rápido que me enteré del revuelo por mi reaparición. Hubo menos presión de la esperada, yo ya era prescindible en una historia que tenía vida propia. Me parecía raro que Tomás Lucea no viniera. Debía estar prevenido contra él. Me interrogó un secretario del Juzgado. Le dije que no había visto nada ni podría reconocer a nadie.

–¿Encontraron la faca?

–¿Qué?

–El arma blanca con la cual me apuñalaron.

–Sí –contestó el funcionario desconcertado.

–Es mía –dije sin pensar– es muy importante para mí. Entonces inventé que me la había regalado mi padre cuando yo era chico, que al mudarme no quise ponerla con el equipaje, que la olvidé en el bolsillo de la campera, que el ataque debió ser un intento de robo porque me revisó los bolsillos, que cuando la encontró intenté resistirme y por eso fui herido por mi propia arma.

–¿Así que no recordaba nada? –dijo el funcionario. Yo insistía en que me devolvieran la faca.

–Vamos a ver –terminó diciéndome para que me tranquilizara. Mi mejoría era tan rápida que empecé a recibir visitas. Irene, apenas entró se me rió en la jeta.

–Vas en picada –me dijo.

–No tanto –le dije yo– hay muchas cosas que no sabés. –Hizo un gesto que quería decir algo así como "está bien, no me interesa" y preguntó–: ¿Necesitás algo? Yo no pude contestar de la sorpresa.

–Algo –repitió.

–Ahora que lo mencionás…

–Me refiero a plata.

Yo me encogí de hombros.

–Es un hospital público. –Luego agregué forzando una sonrisa–: ¿Los chicos?

Ella ladeó la cabeza y me hizo un gesto que quería decir más o menos "si ya sabés cómo es la cosa", luego se despidió desde lejos y se fue. "Y yo que creí que ni a mi entierro iba a venir", pensé. De inmediato entró Tomás Lucea y me sobresalté.

–¿Qué quiere?

Él levantó las manos.

–No tengo nada que contarle.

–Ni me interesa.

–¿Qué quiere entonces?

–Que no me joda la vida. Por primera vez la pegué –siguió– no quiero que me contradiga, no quiero que ratifique ni rectifique nada de lo que dije sobre usted.

–¿No quiere que le arruine el negocio?

Alzó las cejas, se acercó cauteloso y me entregó un cheque por 30.000 pesos.

–¿Y esto?

–Es su parte, lo justo.

–¿Así como así?

–Es lo que corresponde, pero no me joda.

Tuve que pensarlo poco.

–Usted no me jode y yo no lo jodo. Asintió con la cabeza y se fue. Todavía tenía el brazo, volvía a tener plata y a estar sin nada que hacer ni lugar a dónde ir.

Decidí volver al pueblo. De derrota en derrota, por lo menos no estoy en pelotas, pensé. Estaría mejor donde la gente me odiaba que donde me ignoraba. Encontré que estaban usando mi casa como museo.

–Nos hicimos cargo del alquiler, vos largaste todo –se justificó Irene– además fue idea de mi viejo vincularte públicamente con la Fundación de Estudios Extraterrestres para disminuir tu credibilidad, supongo.

–¿Por lo del disfraz de mucamita?

Irene asintió y yo tuve que reírme. Ella recuperó mis cosas personales, yo recuperé mi camioneta y me fui al pequeño y viejo hotel del pueblo. Esa misma tarde vino a verme una chica a agradecerme por su curación. Era la amiga de la del gato.

–Fue una casualidad –le dije.

–Igual acépteme esto –contestó ella extendiéndome un cheque por una pequeña fortuna. Hice amague de negarme y ella dijo:

–Es solo un poco de lo que tengo, no sea boludo che. "Tiene razón", pensé. Con eso me compré un pequeño campo que arrendé para el cultivo de soja, tan rentable últimamente. Tenía un par de habitaciones para un peón y su familia. A mí me servía así que me mudé. La gente comenzó a cambiar su actitud para conmigo. No era porque me creyeran inocente, ni porque me aceptaran como uno de ellos. Era porque ahora tenía un campo, una marca de nobleza por estos pagos. El abogado recuperó mi 38, que tenía los papeles en regla y no había sido usado en ningún ilícito. En realidad lo que más quería era la faca que me habían devuelto justo antes de volver de la ciudad. Ya no me quedaban casi marcas de la cinta en la piel, tampoco podía concentrarme para visualizar como antes y había perdido mis habilidades idiomáticas. Razoné que quizás la cinta tuviera una cantidad de energía que había agotado para recuperarme de las heridas. Lógico, como las pelotudeces de Tomás Lucea. Me iba creciendo un rencor que exigía venganza. Ya estaba harto de bancarme todo con mansedumbre de oveja. Sin saber todavía qué iba a hacer, comencé a tomarle los tiempos a Fer y Ramiro. Me llevó un año de estar atento. A veces se iban una semanita a la costa o a la Capital. Cuando estaban en el pueblo vivían separados, pero Ramiro iba noche por medio a la casa de Fer y se quedaba hasta la mañana. En esas ocasiones, hacían juntos algunas compras para la cena. A veces iba Ramiro, a veces Fer, a veces juntos. Necesitaba engancharlos de a uno. Una noche, esperé tras un árbol la vuelta de Fer a su casa. Venía

con una bolsa en cada mano y apenas tuvo tiempo de reconocerme mientras le enterraba la faca. Lo sostuve unos momentos contra la pared para poder repetir las puñaladas una y otra vez como si él fuera el único culpable de todo lo malo que me había pasado en la vida. Lo dejé con la faca puesta. Otro gran revuelo en el pueblo. Si no fuera por mí, se morirían de aburrimiento, pensé. Me fui enterando de algunas cosas: que Fer estaba muerto antes de llegar al hospital, que la faca era de Ramiro, que era típico de un crimen pasional, que el peoncito ya había confesado el asesinato de Rita y lo habían largado, que eran pareja y muchas otras cosas que yo escuchaba con interés y asombro mal fingido. Había cuestiones que Ramiro no podía aclarar, y se refugió en su silencio. Fue a la cárcel un tiempo. Esto terminó de limpiar mi imagen ante los demás.

XVIII

No le molestó a Irene la vuelta de Víctor al pueblo. Todos hablaban pestes de él pero a ella esas pavadas no le importaban. Lo ayudó en todo lo que pudo, manteniendo su indiferencia afectiva. La verdad, se las estaba arreglando bastante bien y no le había querido aceptar dinero. Empezaba a sentir un poco de respeto y en cierta forma eso la reconfortaba. Ella lo había usado como a una cosa y le importaba un carajo, pero últimamente pensaba que quizás el destino la castigaría haciendo de sus hijos unos petoludos de la estirpe del padre. Víctor también había zafado muy bien de lo de Rita, cuando todos querían echarle la culpa. Y todo sin la mínima ayuda. Notable. Siempre lo había saludado cuando se lo cruzaba, pero ahora agregó un poco de respeto. Sus hijos ya andaban solos por las calles del pueblo y notaron el cambio en su madre. Sin proponérselo se les pegó y ellos también empezaron a saludar a su padre tan brevemente como antes, pero con otra actitud, otra mirada, algo muy sutil que no se le escapaba a nadie.

El ex fiscal sabía que el asesinato de Fer debía estar vinculado al de su madre, así que se mantuvo al tanto. La principal prueba contra Ramiro era la faca, muy particular, cuya descripción circuló en la prensa. Se le encendió una luz de alarma y consiguió que un ex compañero de la Justicia se la mostrara. Era la misma, la faca del veterinario. Hasta la había tenido en sus manos. Todavía recordaba el énfasis que había puesto Víctor al decirle lo importante que era para él. No le podía decir a nadie porque solo serviría para acentuar la fama de inútil con que se había ido de la Justicia. El veterinario solo tenía que negar haberla visto nunca y él quedaría como un imbécil. Ya era un imbécil. Sabía que el juez le había querido plantar pruebas al veterinario, sabía que eran muchos a los que les convenía que el tipo cargara con el crimen para que no se siguiera investigando y salieran a la luz historias de sexo en las que participaban casi todas las personas importantes de la zona, incluyéndolo. Y él se había inmolado profesional y socialmente para salvar a un asesino. Sin duda que era un imbécil. Fue a ver a Víctor al campo. Este lo recibió sin disimular su sorpresa.

–Ya no soy más fiscal, pero igual quería preguntarle algo.

Víctor asintió.

–El arma con la que mataron al hijo de Rita, estoy seguro de que es suya.

–Esas facas son muy comunes en el campo –explicó Víctor y agregó con seguridad–: Además yo nunca tuve una.

–Ya me lo imaginaba.

Los dos sabían de qué hablaban. De pronto Víctor recordó que esa misma faca la había reivindicado como suya en la Capital, que la había reclamado con insistencia. ¿Podría este hombre estar al tanto? ¿Hasta dónde era peligroso? El fiscal se dio cuenta que el veterinario se sentía amenazado. Por algo teme, pensó, ojalá supiera por dónde agarrarlo. Luego se dio media vuelta y se fue sin saludar. Ya no puedo hacerme más el justiciero, pensó. Cuando volvió a su casa hizo un fuego en la parrilla y quemó los manuales del veterinario. Luego fue

sacando de a uno los viejos libros lastimados que protegía y también los quemó. Proteger, dejar, quemar, aquí no hay ninguna cuestión, pensó con el ritmo de Shakespeare.

XIX

Decidí administrar mi campo y dejar la profesión. Vas a tirar tu carrera por la borda, se escandalizó un colega. Qué carrera, qué borda, pensé. Recordé una de las noches de insomnio de mi adolescencia. La ventana de mi pieza daba al techo de chapa del vecino, la radio a válvulas iluminaba el ambiente. Le había tenido que sacar la tapa de atrás para que no recalentara. Me había preguntado dónde estaría dentro de diez años y me había prometido recordarme esa pregunta. Pasaron algunos más, nunca me hubiera imaginado cómo iba a terminar. ¿Terminar, por qué terminar? Creí que siendo veterinario elegía una forma de vida, yendo de un lado a otro por el campo, trabajando con caballos y vacas. En la mitad de la carrera me di cuenta de que me había equivocado, no quería ser veterinario, quería ser hijo de estanciero. Ya era tarde, si no quería desperdiciar tres años de facultad, tenía que terminar. Terminar, otra vez esa palabra. ¿Y si fuera empezar, estaría a tiempo de empezar lo que fuera? Fuera, terminar, mal momento para semejantes palabras. Era la influencia de Irene. Cuando la conocí, me impactó la atención que me ponía. Me halagaba pero después me di cuenta de que en vez de escuchar mis argumentos los disecaba palabra por palabra. Nunca me explicó, intenté prestar más atención a cómo decía las cosas y cómo las decían lo demás, aunque solo conseguí molestarme a mí mismo con los oscuros mensajes que las palabras me ocultaban.

Miraba el campo sembrado, mi campo. Iba a entrar para evitar el atardecer, pero decidí que esta vez lo enfrentaría. Tenía que provocar un cambio en mi vida. Quizás mis errores se justificaran en la falta

de medios en mi juventud y cuando me casé con Irene, en la inercia. Ahora, con una posición económica sólida, tenía que dejarme de joder, encontrar otra forma de vivir, quizás formar otra familia. Me alejé de la puerta buscando la mejor perspectiva para ver al enorme sol rojo hundirse como aquella vez hacía tantos años y sentí un tirón hacia atrás seguido de un estampido con su débil eco. No podía respirar. En el campo no vi nada, hacia abajo, cubierto de sangre, y hacia atrás la pared salpicada. No me moví. A lo lejos un destello mudo.

Entre el sembradío, el ex fiscal dijo para sí, "Por Rita". Desarmó rápidamente el fusil monotiro que le había hecho un artesano a su padre muchísimos años atrás con un caño de Máuser con culata y cierre de escopeta. Los dos estaban muertos y el fusil nunca había sido registrado. Igual tendría que descartarlo. Recogió una vaina del suelo, la otra la dejó en la recámara. Manejó desde el camino interno hasta el arroyo y tiró las partes. Se quedó largo rato allí. No se sentía mejor, se sentía más hombre.

El sargento se paró ante el grueso charco que había salido de la cabeza del veterinario. Brillaba con la poca luz que quedaba. Las moscas revoloteaban por cientos sin posarse. Contra la pared dos impactos con su aureola roja. Lo habían hecho venir con todos sus hombres que esperaban instrucciones. Desde el impacto más alto en la pared trazó una línea recta hasta la profundidad del sembradío. Habían traído alguien de afuera, un tirador. Cuánto le habrían pagado. Se internó entre las plantas 300 metros, no encontró nada. No ibas a dejar una vaina para mí, pensó. Volvió sudado y con los zapatos sucios. Con sus hombres había un joven trajeado dando instrucciones, que le preguntó:

–¿Encontró algo?

El sargento miró hacia sus hombres e hizo un gesto de interrogación casi imperceptible.

–Es el nuevo fiscal, Seace.

–¡Cerace! –lo corrigió en un grito el nuevo fiscal.

El sargento dijo:

–Nada.

–Hay que revisar bien.

–Ya lo hice.

–Organizar una batida con todos los hombres.

–Ya lo hicimos.

Cerace miró a los hombres, frescos y con los zapatos inmaculados y miró al sargento.

–Habrá que hacerlo otra vez.

–Ya lo hicimos otra vez y otra y otra –dijo el sargento. Sus hombres se miraron expectantes.

–Bueno, sigamos –concedió Cerace entrando a la casa para que no se dieran cuenta que se sonrojaba. Sus hombres se miraron como cachorros defendidos por el jefe de la manada. El impacto más alto en la pared estaba tachonado de improntas minúsculas de cerebro. Cuánto conocimiento, cuánto saber y estudio debe haber pasado por ahí –pensaba el sargento– te mataron sin arriesgarse al cara a cara, qué forma de matar –pensaba el sargento– podríamos haber sido amigos zurdito, podría haber sido tu sargento Cruz y plantarme a tu lado contra el poder, menos mal que no tuve oportunidad, un arranque de romanticismo alcanza para terminar con cualquiera, pensaba el sargento. Algunas moscas se posaban en los agujeros de los balazos, pronto se atreverían con el charco que al secarse perdía el brillo que le hacia recordar el del sol cuando se pone en estas tierras malditas.

–Está muy oscuro, seguimos mañana –dijo el sargento, y sus hombres lo siguieron. Al fiscal se le constipó la protesta.

Al entierro de Víctor sólo fueron Irene y el ex fiscal. No hablaron hasta que la fosa estuvo tapada. Él le dio la mano.

–Gracias –dijo ella y siguió– lo más fácil era culpar a Víctor y usted se jugó todo por la Justicia. –Él sonrió apenas y ella agregó–: Cuando usted mantuvo sus principios a pesar de las presiones, empecé a pensar que quizás no sea todo una mierda; usted no se traicionó.

–Fui un imbécil –dijo él.

–No.

–Sí, comprendo que usted no lo haya considerado pero su esposo era un asesino.

–Si estaba tan seguro, ¿por qué no lo acusó?

–Sin pruebas…

–A eso me refiero. –Irene comenzó a alejarse mientras decía–: De todas formas quédese tranquilo, a Rita la maté yo.

El ex fiscal se quedó con la boca abierta e Irene se detuvo y agregó riendo antes de irse:

–Cosas de mujeres.

Todo se le movió al ex fiscal y tuvo que sentarse en la tierra. Esa noche, un grupo de hombres trabajaron en la tumba de Víctor. Unos cavaron, otros vigilaron y Tomás Lucea esperó machete en mano. "Qué suerte que no lo cremaron", pensó.

XX

Tal vez por haber nacido en el campo se le hacían los días interminables a Ramiro. Si no fuera por el encierro la vida sería más que fácil, pensaba, en la cárcel solo había que saber defenderse. También pensaba que esa noche fatídica en que Fer atacó al veterinario tendría que haberle dado otra arma. O haber insistido más para ir él, pero Fer lo tenía decidido. Tal vez porque él ya se había arriesgado muchas veces para complacerlo en su encarnizamiento con el veterinario, tal vez porque pensó que lo creía el asesino de su madre. Por una u otra razón quería hacerlo personalmente, no lo pudo disuadir. Hubiera querido que dejaran las cosas como estaban pero Fer no era de dejar. En la Capital era imposible que lo relacionaran con la faca. Quién iba a pensar que ese hijo de puta… De todas formas no lo vivía como una injusticia. Había fallado en el crimen, eso no

era ser inocente. No le preocupaba tampoco que su vida pasara. Si hubiera sido posible estar preso donde los ojos se perdieran en la distancia, hubiera estado bien. Tan poco necesitaba. Lo doblegaba encontrarse con paredes por todos lados. Si al atardecer cerraba los ojos el suficiente tiempo, podía escuchar el filo aunque no tuviera la faca. Entonces veía el Sol, tan especial en su pueblo, siendo tragado por la tierra. Llegar a ese momento del día desde el encierro, era su única recompensa.

XXI

Garrido ya era un hombre grande cuando conoció a Rita. Su belleza, alegría y desfachatez lo cautivaron. Casarse había sido un intento de tenerla solo para él, pero enseguida reconoció que era imposible. Nunca se sintió cornudo, así que no anduvo averiguando nada, decidió que ella era así y que si la quería, así debía aceptarla. La mayor parte de sus placeres pasaban por los negocios. Podría haberse retirado pero consideraba un acto creativo encontrar buenos negocios donde otros no los veían, resolver problemas y remover obstáculos que para otros eran insalvables. También se daba algunos gustos, como mantener los cascos históricos de las estancias restando tierras a la productividad. Preservaba casas antiguas por su valor arquitectónico y regularmente compraba obras de artistas desconocidos aunque no le gustaran para apoyarlos en su desarrollo.

Cuando mataron a Rita, nadie se atrevió a insinuar que él estuviera complicado. Le dolió, extrañaba a su pendeja casquibana. En cambio lo de Fer no lo había afectado. No tenía nada que ver con ese chico amanerado de sonrisa perversa. No creía que ninguno de los amantes de Rita hubiera podido matarla. Cualquiera que se hubiera acostado con ella una vez, la habría amado para siempre. Se tenía la certeza en el pueblo de que él había hecho justicia, que su inacción

había sido la frialdad con que los implacables esperan su momento. Lo único que le hubiera interesado a Garrido era revivir a Rita y ni él podía.

XXII

Hacía meses que no era fiscal, no entendía las razones por las que Garrido lo había citado en esas instalaciones agropecuarias en el medio del campo. Un lugar ideal para hacer desaparecer a alguien, pensó. Entró a uno de los galpones y lo vio rodeado de empleados. Cuando se acercó se dispersaron dejándolos solos. No se saludaron. Garrido le tendió un mate y él negó con la cabeza.

–¿Quién la mató? –le preguntó de una.

–Si lo supiera seguiría siendo fiscal.

–Lo sabe, lo sabe.

–Hubo un momento en que estuve seguro de que había sido el veterinario.

–Pensé que conocía más a la gente.

El ex fiscal asintió, luego se le ocurrió que aunque fugazmente, él también había sido amante de Rita. Garrido parecía darse cuenta de todo, y le dijo:

–Nunca fue mía, mucho menos suya.

–En un momento estuve seguro de que había sido el veterinario –repitió el ex fiscal.

–Fue peor que un crimen, fue un error –dijo Garrido pronunciando cada palabra con lentitud. El ex fiscal se sobresaltó pero permaneció callado–. Frase jodida, ¿le cuadra?

El ex fiscal no contestó.

–Es de Talleyrand, ministro de Napoleón, a consecuencia de una terrible cagada que se habían mandado –aclaró Garrido sonriendo y siguió–: Le prometo que no voy a hacer nada, dígame quién fue.

–Ahora lo sé, pero no tengo pruebas y no se lo voy a decir a nadie, nunca. –Garrido asintió y el ex fiscal agregó–: Hay algo que sí le quería decir. –Garrido ahora lo miraba con desinterés.

El ex fiscal se arrepintió pero ya había empezado–: Estoy seguro de que Ramiro no fue el que mató a Fer.

Estuvieron un rato en silencio. Garrido lo observaba divertido pero no preguntaba. El ex fiscal tuvo que seguir:

–La faca de Ramiro, hacía mucho tiempo que la tenía… otro.

–Vaya –dijo Garrido señalando la puerta con la cabeza.

XXIII

Cerace quiso repetir las entrevistas, pero le resultó difícil porque todos pretendían que se atuviera a lo que ya habían dicho al fiscal anterior. Le costaba que acudieran a sus citaciones y nadie decía algo que ya no estuviera dicho. Ese tal Garrido no daba pelota y cuando planteó hacerlo comparecer por la fuerza pública todos se le rieron en la cara. El veterinario estaba muerto y los otros amantes de Rita no aportaban nada. Se fue dando cuenta de que a pesar de su cargo y responsabilidades tenía muy poco poder entre esa gente y que de la Capital no podía esperar ayuda. Irene fue la última en acudir. Quiso hacerla esperar pero ella se mandó a la oficina. Se había puesto unos pantalones elastizados que le marcaban el culo y las piernas con la intención de turbarlo, y resultó. Se acercó al escritorio y se sentó de costadito en el borde. Cerace se puso colorado. Era un problema que siempre había tenido por su piel excesivamente clara y su tendencia a sonrojarse ante la más mínima provocación. Se paró y le tendió la mano que ella estrechó como hacen los hombres enérgicos.

–Doctor Cerace, todo con C –se presentó él.

–¿Siempre con C?

–Todo con C –aclaró poniéndose bordó.

–Más te hubiera valido ser morocho.

–¿Qué? –dijo Cerace tratando de ganar tiempo.

–¿Qué te gusta?

Cerace se sentó, no sabía qué decir ni cómo hacer para que su vista no se fijara en ese pantalón que parecía pintado sobre la piel.

–¿El ajedrez, pescar? –dijo ella caminando hacia la biblioteca como si le interesara inspeccionarla, para que Cerase le mirara el culo a gusto. Cerase logró decir:

–Pescar criminales.

Irene le sonrió como si lo hubiera impactado su respuesta. Te gusta hacerte el ingenioso, pensó, sobre todo si te la sirven en bandeja. Luego agregó:

–Seguro que te recibiste con medalla de oro.

–¿Cómo sabe?

–Se nota –dijo Irene, yéndose. Cerace tenía una erección que no le permitía pararse y se quedó sentado un buen rato. "Menos mal que se fue rápido", pensó, "tengo que salir de este pueblo antes de que me empiecen a forrear". Era joven y estúpido, se estaba dando cuenta.

Días después se juntaron el ex fiscal y Cerace en un bar.

–Disculpe que lo moleste, necesito hablar de algunas cuestiones –le dijo Cerace mientras tendía una mano que quedó en el aire.

–Todo está en el expediente –contestó seco el ex fiscal.

–No se trata del expediente.

–No tenemos nada de qué hablar, pendejo de mierda. –Cerace se quedó cortado y el ex fiscal siguió–: Si querés citarme, citame como corresponde en la Fiscalía.

–Pensé que…

–Pensaste que después de echarme la culpa de todo, después de andar hablando cualquier mierda para los medios, ahora que se te complican las cosas te podía tirar un cable. –Miró unos instantes a Cerace que no conseguía reaccionar y estaba colorado como un tomate.– Sólo tengo una cosa que decirte, andate a la puta que te parió.

XXIV

De pronto, las mismas pruebas que habían servido para condenar a Ramiro se volvían circunstanciales. La diferencia era solo la de tener un buen abogado, uno de los hombres de Garrido. Quiso agradecerle pero le mandó decir que no hacía falta. Pensaría como todos los del pueblo, que habían sido pareja con Fer. Fer era un poco amanerado, puto no le constaba. Ellos de sexo no hablaban y era lo único que no se hubiera animado a preguntarle. No es fácil de entender la amistad cuando tanta gente entroniza al sexo como lo más importante en su vida. De todas formas a Garrido era mejor no acercarse. Se decía en el pueblo que había contratado a un profesional para matar al veterinario. Volvería a trabajar en el campo. Lo pasmaba cómo siendo un hombre tan simple, se había enredado en asuntos complejos. Ahora, cuando el Sol se ocultara podría estar ahí, respirar la humedad de la tierra, sentir a los pájaros y el frote de las hojas de los árboles. Le habían dicho que el sonido era similar al de las olas del mar. Tenía que ver el mar aunque fuera una vez en su vida. ¿Por qué no?, pensaba, mientras escuchaba al filo de su nueva faca.

XXV

También al campo tuvo que ir Tomás Lucea para encontrarse con Garrido, pero él ya estaba acostumbrado. Le entregó un estuche alargado. Garrido lo abrió. Allí se extendía la cinta que había usado Víctor.

–Macabra tarea te encargué –dijo sonriendo.

–No hay problema.

–Por supuesto –agregó Garrido cabeceando hacia la puerta para que se fuera. Antes de salir Tomás Lucea dijo:

–Tenía razón, estaban cortados los frenos.

Garrido asintió y Tomás se retiró. Mientras guardaba el estuche

en la caja fuerte pensaba: Irene, Irene, qué boba resultaste. Ella iba a insistir, pero no le pagaría con la misma moneda. La gente se destruye sola, pensaba Garrido y estaba tranquilo, tenía ventajas que los demás no sospechaban. Al día siguiente iba a visitar a su hija que se había reestablecido y a su ex mujer, que se había hecho pasar por la afligida dueña del gato. Lo más difícil de todo había sido conseguir un animal con la misma enfermedad, pero para eso Tomás Lucea era muy eficiente, tipo desagradable pero eficiente. La Fundación para Estudios Extraterrestres iba a mantenerla, era ideal para encubrir sus actividades.

Garrido no tenía chofer. No se había comprado semejante autazo para que lo manejara otro. Cuando lo abría lo sorprendió Irene.

–Me equivoqué –le dijo ella– hay cosas que se deben hacer personalmente –y le apuntó con una pistola.

–Irene, Irene, me extraña, sos de los nuestros, ¿te sentís culpable ahora? –Ella tensó el brazo hasta que vibró.– Ni vos ni tus hijos corren peligro, yo no arreglo las cosas así –dijo Garrido.

–No es por eso.

–Sos tan soberbia.

–Manipulador de mierda –dijo ella llorando.

–Vos te ofreciste para engatusar a Víctor, te casaste para traerlo, le diste dos hijos y cuando lo tuviste bien atornillado lo largaste.

Irene no podía hablar.

–Yo no lo maté –terminó Garrido.

–Podías haberlo participado –dijo ella susurrando.

–¿A uno de afuera, estás loca? –Y le explicó como si hiciera falta–: Con lo difícil que es encontrar alguien tan receptivo y que tenga conocimientos aplicables, si se negaba ya no había oportunidad. Además –siguió él– nadie puede probar ese poder y seguir siendo uno más, ni yo puedo –terminó subiendo al auto. Lo puso en marcha, ella se acercó apuntándole a la cabeza y Garrido se alejó manejando tranquilamente.

Nada de lo logrado por Víctor se había perdido. Habían controlado de cerca la síntesis de la sustancia que él había imaginado. Lo habían seguido cuando compraba los elementos necesarios, lo habían filmado con cámaras ocultas mientras la sintetizaba en su consultorio. Era de ellos, de todos ellos, hasta de Irene. "De la humanidad", pensaba Garrido.

XXVI

Pasaron tiempos felices, de victoria para Garrido, hasta que su hija tuvo una recaída. No era importante. Calcularon que con alguna toma más de la sustancia alcanzaría para curarla definitivamente, pero no hizo efecto y la enfermedad empeoró mucho más rápido que la primera vez, como si ya supiera el camino. Pensaron que la sustancia se había inactivado, que quizás no se conservaba y la sintetizaron otra vez. Tampoco hizo efecto. Revisaron todo el proceso, las anotaciones del veterinario y las filmaciones de su trabajo en el improvisado laboratorio. Resintetizaron la sustancia una y otra vez sin resultados. La hija de Garrido ya estaba mal y no encontraban la falla. A pedido del mismísimo Garrido, Tomás Lucea revisó todo el material. No era científico pero tenía una infinita capacidad de observación. A Garrido cada vez le costaba más pedir su colaboración. A Tomás Lucea le alcanzó ver una vez las filmaciones de Víctor trabajando. Las pasó a una velocidad inferior a la normal y unas décimas de segundos llamaron su atención. Aisló la imagen hasta convertirla en una foto. Al girar la cabeza, Víctor miraba directamente la cámara oculta. Imprimió la foto y le dieron escalofríos, era como mirarlo a los ojos. Cuando lo expuso ante el grupo, algunos pensaron que era una casualidad, otros coincidieron con él, Garrido no tuvo dudas.

–Se dio cuenta, el hijo de puta se dio cuenta y… nos cagó –terminó incrédulo. A partir de allí todos estuvieron de acuerdo.

–Si es así, no tuvimos ningún control sobre la síntesis de la sustancia –dijo Tomás Lucea.

Garrido lo miró como si lo fuera a matar, luego se aflojó y solamente dijo:

–Propuestas.

Nadie abría la boca hasta que por fin Tomás Lucea dijo:

–Hay que hablar con Irene, tal vez sepa algo. –Garrido asintió y Tomás Lucea agregó–: Primero yo y si no consigo nada sigue usted.

Garrido asintió de nuevo. Lo dejaron solo y se quedó observando la foto, la cara de Víctor, sus ojos. Y mientras más la veía más le adivinaba el disimulo de una sonrisa.

–Sin dudas –concluyó.

Irene lo recibió ese mismo día. Tomás Lucea estaba raro, muy serio, sin esa cordialidad artificial con que la había tratado siempre.

–Necesito hacerte unas preguntas, las respuestas son mucho más valiosas si ignorás mis motivaciones.

Irene aceptó con un movimiento de cabeza.

–¿Víctor te dejó algo, cuadernos, papeles, carpetas, cualquier tipo de anotación que no estuviera en su casa?

–No, nada, solo el frasquito.

Tomás Lucea apenas logró aparentar indiferencia. –¿Qué frasquito?

–Eso no es asunto tuyo –dijo Irene.

Tomás se tomó varios segundos.

–Necesitamos saber de qué se trata. Irene sabía que Tomás actuaba por cuenta de Garrido y si Garrido necesitaba algo, no había alternativa.

–Víctor me dijo… –ella dudaba, Tomás la presionaba con la mirada– que era para sus hijos.

Tomás se quedó mirándola en silencio hasta que Irene se sintió intimidada.

–Esperá –dijo yendo a otra habitación. Volvió luego de un par de minutos con un papel en la mano.

–Eso no es un frasquito –quiso distender Tomás. –Anoté algunas palabras sueltas de lo que me dijo Víctor para tratar de retenerlo; ese día estaba muy agitado, hablaba muy rápido, la mayor parte de lo que dijo me parecieron estupideces pero como sabía que ustedes lo usaban para un proyecto muy importante, retuve algunas palabras para anotarlas y rearmar sus dichos.

–¿Ustedes? –dijo Tomás, extrañado.

–¿Qué?

–Nada –dijo él, y tomando el papel leyó en voz alta–: Dosis curativa total-partición-catalizador-enzima-una vez.

–Ya me lo aprendí –dijo Irene–, lo que me explicó es que en el frasquito hay una dosis única curativa total para cualquier enfermedad metabólica, es decir por funcionamiento defectuoso de una enzima o catalizador aunque la enfermedad sea genética, que alcanza para curar totalmente a una persona, que no hay más que esa y que si se fracciona no va a funcionar.

–Y se supone que es para tus hijos.

–Para el primero que se enferme, pero hay que estar seguros de que la ciencia ya no pueda hacer nada para no malgastarla –terminó Irene, sacándole el papel de un tirón.

–Garrido… –dijo Tomás Lucea, pero Irene lo interrumpió.

–Van a tener que matarme.

–Vos no tenés ningún hijo enfermo.

–Puede suceder.

–Irene, no solo vas a morir vos, no seas estúpida.

Ella dudó, caminó pensando por la habitación un par de minutos, luego sacó la pistola que escondía bajo el pulóver y la dejó sobre la mesa. Tomás hizo un gesto como diciéndole "sos grande para estas cosas". Irene se fue y volvió con un tubo de ensayo con tapón de goma y dos centímetros de un líquido espeso y dorado. Tomás Lucea sonrió y lo guardó en el bolsillo interno de su campera.

XXVII

–Qué dilema –dijo Garrido cuando Tomás Lucea lo puso al tanto de todo.

–No, yo no tengo derecho a plantearme dilemas, –se corrigió. Tomás Lucea sonrió. Hicieron venir a uno de los laboratoristas.

–Lo mínimo que necesito es una quinta parte –dijo examinando el tubo a trasluz. "Me quedan cuatro quintos para mi hija", pensó Garrido, "quizás alcance". Tomás Lucea insistió al laboratorista.

–¿Solo eso, seguro?

–Con eso puedo averiguar todo lo necesario.

Garrido asintió mirando a Tomás Lucea y pensando: "Rompebolas, pero eficiente". Se le agotaba la paciencia, su hija se agravaba.

En pocos días estuvieron todos los informes. Garrido los hojeó mientras Tomás Lucea le informaba:

–Es aceite de girasol.

–¿Nos mintió Irene?

Tomás Lucea hizo un gesto de interrogación y dijo:

–Químicamente es solo eso, pero en el laboratorio ocurrieron algunos hechos extraños. –Hizo una pausa, Garrido le dedicaba toda su atención–: Se rajaban los tubos, no podían equilibrar las centrífugas, las temperaturas variaban solas.

–Variaciones físicas inexplicables –dijo Garrido.

–Han ocurrido, incluso a científicos importantes.

–Pauli –dijo Garrido.

Tomás Lucea sonrió.

–Bueno, eso ya era grotesco.

–Entonces no es solo aceite.

–Sí y no –contestó Tomás Lucea– algo le hicieron a ese aceite pero no lo vamos a averiguar en un laboratorio.

Garrido asintió.

Irene acudió a la cita en las oficinas que Garrido tenía en el pueblo.

–Gracias por venir tan rápido –dijo él– ¿sabés lo que está pasando con la sustancia?

Irene asintió.

–¿Es posible que Víctor haya hecho esto solo para jodernos? –Si se dio cuenta… sería una jugada genial –dijo Irene casi riendo, pero Garrido la miraba serio y ella recordó que se le estaba muriendo la hija. Iba a disculparse pero Garrido habló primero:

–Hay algo raro en ese aceite y no nos da la tecnología para averiguarlo.

–¿Qué puedo hacer?

–Necesitamos pistas.

–Víctor trabajaba solo, yo casi no lo veía.

–Pero lo conocías, pensá en algo que pudiera haber hecho.

–No tengo idea –insistió ella.

–Cerrá los ojos, imagínalo trabajando.

Irene inspiró profundo e imaginó a Víctor trabajando y le contó que lo veía reconcentrado, ajeno al mundo como cada vez que hacía algo complicado, yendo de un lado al otro de la mesada con tubos, pipetas, mirando por el microscopio, tiñendo preparados, filtrando sobrenadantes, haciendo anotaciones…

–¿Anotaciones, dónde?

–En el libro –contestó Irene como si fuera lo más natural. –¿Qué libro?

–¡Ah, el manual!, el manual veterinario que renovaba cada tanto… tiene… es muy grueso y… trae muchas hojas en blanco adelante para hacer anotaciones, aunque no le gustaba mucho escribir ahí porque viene impreso en papel biblia.

–¿Papel biblia? –preguntó Garrido conteniendo su irritación.

–Sí, porque es un libro muy…

–Ya sé para qué se usa –la interrumpió Garrido, y siguió– ¿no les enseñé la importancia de la palabra, no te pareció importante la palabra biblia?

Irene estaba como petrificada, con la boca abierta. Garrido se tapó la cara, luego frotó con fuerza el pelo como si intentara sacarse algo de la cabeza.

–Yo no sé dónde está ese libro, cuando compraba la última edición –siguió ella– tiraba la anterior. –Garrido miraba al piso negando con la cabeza. Irene siguió–: El último lo recibió un par de días después de la muerte de Rita, era de tapas rojas.

–¿Era el que tenía en uso al momento de sintetizar la sustancia? –preguntó Garrido como si esa conversación lo hubiera agotado completamente.

–Sí –dijo Irene sin atreverse a agregar más nada.

La secretaria hizo pasar a Tomás Lucea. Irene se alegró. Ese tipo no le gustaba, no era del pueblo, se comportaba muy raro y estaba demasiado cerca de Garrido, pero ahora cualquier cosa que le pudiera sacar un poco la atención de encima, le venía bien. Garrido lo puso al tanto. Tomás Lucea recordó que durante mucho tiempo habían estado entrando en la casa del veterinario, desordenando, rompiendo sus cosas.

–Era el peoncito que andaba con Fer –terminó Tomás Lucea.

Garrido asintió.

–Usted vaya a hablar con Ramiro de mi parte, yo reviso todo lo que haya quedado de Fer.

Tomás Lucea miró a Irene y le hizo señas de que salieran.

Ella había sacado un papel y dudó. Garrido preguntó:

–¿Y eso?

–Unas palabras que anoté cuando Víctor me dio el frasquito, para acordarme de lo que dijo.

Garrido estiró el cogote y fijó su vista en el papel, luego miró a Tomás Lucea, que agarrando el papel dijo:

–Sí, le había comentado, son solo palabras clave para reconstruir un discurso.

–¿Solo palabras clave? –dijo Garrido como si no pudiera creer lo que Tomás Lucea acababa de decir, y se quedó esperando.

Tomás Lucea desdobló el papel y leyó:

–Dosis curativa total-partición-catalizador-enzima-una vez.

–Eso no fue lo que usted me dijo –dijo Garrido, mirando a Tomás Lucea con furia.

–¿A qué se refiere?

–Usted dijo la palabra 'fraccionar', no 'partición'.

–¿Y eso qué importa? –interrumpió Irene, pero se espantó al ver a Tomás Lucea y a Garrido con cara de haber chupado todos los limones del mundo. Luego dijo como para ella–: Partición, participación, participar a Víctor. –Miró a los dos hombres y agregó–: No lo puedo creer.

Tomás Lucea negaba con la cabeza y repetía:

–Qué boludo, qué boludo.

XXVIII

Se asustó un poco Ramiro cuando Tomás Lucea lo fue a buscar, pero no tenía razones. Le contó que con Fer habían estado molestando a Víctor todo lo posible. Fer le pinchaba las gomas de la camioneta y él entraba a la casa para revolverle todo. Le dio a entender que Fer desde la muerte de su madre estaba obsesionado con el veterinario, que quería joderlo a toda costa, matarlo si fuera posible. Tomás Lucea sabía que cuando Víctor fue asesinado Fer estaba muerto y Ramiro en la cárcel. Ramiro quería ayudar a Garrido en todo lo que pudiera, así que soltaba la lengua sin problemas. Le aseguró que no se había llevado nada y que no había tocado ningún libro.

–¿Algo más? –preguntó Tomás Lucea.

Ramiro contestó con seguridad.

–Eso es todo.

Tomás Lucea negó con la cabeza.

–Siempre hay algo más.

Ramiro se quedó callado. Había bajado la cabeza y miraba a Tomás Lucea como si de pronto se hubiera convertido en un peligro. Tomás Lucea se fastidió un poco.

–No me hagas perder el tiempo, es para el señor Garrido. Ramiro se tomó unos minutos antes de seguir, los necesitaba para aflojarse.

–Intentamos matarlo.

–¿Qué?

–Al veterinario, intentamos matarlo.

Tomás Lucea se reclinó hacia atrás e hizo un gesto circular con la mano que claramente quería decir "desenrrollá". Ramiro se quitó la boina y miró en derredor. Luego le contó en voz baja que lo habían seguido hasta la Capital, que lo controlaban, que le tendieron una celada en un zaguán, que Fer había insistido en hacerlo personalmente, que lo hirió y pensaron que no se salvaría pero que allí Fer había perdido su faca.

–¿Se la quedó el veterinario?

–Por segunda vez.

–¿Cómo es eso?

–La primera lo quise achurar en su casa de acá, pero me la quitó y la recuperé otra vez que entré…

–Me dijiste que no te habías llevado nada –le recriminó Tomás Lucea.

–Nada que no fuera mío.

Tomás Lucea de pronto recordó que hablaba con un peón de vocabulario limitado que por su juventud no conocía de la importancia del decir. Le sonrió para hacerle ver que todo estaba bien y dijo:

–Cuando mataron a Fer la faca la tenía el veterinario.

–Sí, lo mató ese hijo de puta.

–¿Y al veterinario quién lo mató?

–Le juro que no sé –contestó Ramiro y agregó–: Si lo supiera, le daría las gracias.

Tomás Lucea asintió con la cabeza y preguntó:

–¿Algo más?

Ramiro iba a decir que no, pero recordó que siempre hay algo más:

–Una vez Fer le hizo un tirito por la ventana. –Tomás Lucea sonrió y Ramiro siguió–: Con un fusil del padrastro, solo para asustarlo. Después me sorprendió una noche adentro y me recagó a tiros, todavía me zumban los oídos.

Tomás Lucea apenas podía contener la risa.

–Le voy a decir al señor Garrido que ayudaste mucho pero vamos a dejarlo acá, esto se está convirtiendo en una novela.

–Una cosa más –dijo Ramiro cuando Tomás Lucea se alejaba– unas chicas me contaron que el fiscal fue a la exposición que hicieron en la casa del veterinario y se robó un libro.

–¿Seguro?

–Ellas lo vieron, seguro.

"Por fin", pensó Tomás Lucea y caminó hacia Ramiro. –¿De qué color eran las tapas? –No sé.

–¿Rojas?

Ramiro hizo un gesto de tristeza.

–No sé.

–¿Y las chicas esas…? –empezó Tomás Lucea luego de pensar unos momentos, pero el gesto de Ramiro había cambiado y se dio cuenta de que hasta ahí habían llegado.

XXIX

Lo levantaron por la fuerza en la calle, lo encapucharon y viajó acostado atrás con una bota aplastándole la cara. Lo arrastraron y lo

ataron sentado. Cuando le sacaron la capucha reconoció el galpón donde se había entrevistado con Garrido. Dos extraños lo miraban de lejos. Vino Tomás Lucea y dijo:

–¿Me conoce?

El ex fiscal asintió, todavía le molestaba la luz. –Necesitamos saber algo –le dijo– pero no alcanza con que nos diga la verdad, tenemos que poder confirmarla objetivamente, si no, vamos a tener que utilizar métodos irreversibles.

Aturdido, el ex fiscal no contestó y Tomás Lucea preguntó:

–¿Tiene algún libro del veterinario?

El ex fiscal sonrió, todo esto le parecía grotesco, no hubiera querido decirle nada pero no iba a hacerse el duro por semejante pavada.

–Sí, un manual viejo, muy maltratado, el veterinario me lo dio, lo iba a tirar.

–Me interesa el otro.

–¿El de tapas rojas?

–Sí, sí, ése.

–Me dio el viejo porque iba a empezar a usar el otro. –¿Para qué quería usted ese libro? El ex fiscal suspiró:

–No lo va a creer.

–No tiene alternativa.

–Bueno, estaba muy hecho mierda… el libro digo, lo iba a tirar a la basura así como así.

–¿Y?

–Yo… recupero libros viejos, los guardo, no sé cómo explicarle.

Tomás Lucea asintió:

–Entiendo, si hasta parece que va a zafar.

El ex fiscal se quedó mirándolo, Tomás Lucea esperaba algo más:

–Lo quemé, hice un fuego en la parrilla y lo quemé. –¿Y el otro?

–También. –Tomás Lucea negó con la cabeza, el ex fiscal agregó–: Me lo afané luego de la muerte del veterinario, me cobraron entrada a la casa pero el guardia era muy distraído.

Tomás Lucea se dio vuelta, no quería que le adivinara el enojo. Era la segunda vez que se equivocaba. Él había insistido para convertir la casa en una atracción turística, le había parecido una buena maniobra de distracción. Recuperado, se dio vuelta y le dijo:

–No me sirve, no lo puedo comprobar.

–Es lo que hay.

Tomás Lucea caminó alrededor unos minutos, luego se acercó al ex fiscal y le dijo:

–Es una cuestión de vida o muerte, en serio. El ex fiscal sonrió por primera vez y dijo: –Mala leche.

Tomás Lucea comenzó a comportarse como un profesor ante sus alumnos, y le explicó que sus colaboradores eran de la opinión de meterle un fierro al rojo por el culo, pero que él iba a hacerle respirar unos vapores. Le explicó que los chamanes siberianos y sudamericanos usan alucinógenos con fines iniciáticos pero que estos se usaban con fines terminales. Que se decía que en la actualidad solo una persona en el mundo había vuelto de semejante prueba. Tomó un pequeño recipiente con un carboncito encendido.

–¿Alguna vez quemó incienso?, esto es parecido. –Sacó una pizca de grumos negros y la sostuvo sobre el carbón.– El cerebro funciona por asociaciones –explicó– miles para la percepción más simple, millones para los sentimientos. Todo va a seguir funcionando a la perfección, pero las sinapsis asociativas se van a desconectar juntas, todas, de inmediato. Eso no implica daño cerebral, solo ausencia. Van a pasar treinta o cuarenta segundos en que me va a contestar en forma directa las siguientes preguntas…

–No voy a contestar nada.

–…si quemó el manual de tapas rojas; si sabe quien mató al veterinario; si sabe quien mató a Rita. –Hizo una pausa y siguió–: Si para contestar una de estas preguntas necesita más de diez palabras, déjela y pase a la siguiente.

Los otros hombres se fueron, Tomás Lucea se puso una máscara antigás y comenzó a quemar los grumos. El ex fiscal contuvo la respiración y cabeceó de lado a lado. Bajo la máscara Tomás Lucea sonreía.

Encontraron al ex fiscal horas después en otro pueblo, caminando como un autómata. No respondía. Tomaba agua y comía si se lo introducían en la boca. No fijaba su mirada en nada. No pudieron encontrarle enfermedades o lesiones. Tuvo una crisis, dijeron unos, un colapso nervioso, dijeron también, un surmenage. Pronto fue olvidado, en el país estaban pasando cosas graves.

XXX

Desde que le llegara una citación para declarar, Ramiro andaba escondiéndose como animal en el monte. No era necesario pero no lo sabía. No quería volver a la cárcel. Se arrimaba por las noches en busca de comida a las casas. Le averiguaron dónde vivía Cerace y a qué hora llegaba. Al primer intento lo embocó. Lo obligó a mirarlo a los ojos con la faca en la garganta

–Déjeme tranquilo, yo no tengo nada que ver.

Cerace no podía hacer el mínimo gesto ni hablar, un poco de sangre corría por la hoja.

–Te voy a degollar como un chancho si te metés conmigo –dijo Ramiro antes de irse.

Cerace cayó al piso agarrándose la garganta. Trató de pedir ayuda pero no pasaba nadie. Aunque no estaba herido de gravedad, no podía pararse. Se había meado encima sin darse cuenta. Pasó más de una hora llorando, acurrucado contra la pared, hasta que recordó que llevaba un celular. No fue a la fiscalía por una semana. Gripe, dijeron.

Tampoco trabajó la semana siguiente. Hizo su valija, redactó su renuncia e iba a salir para la Capital cuando la secretaria de la Fiscalía

lo llamó urgente. Fue por curiosidad, ya no le importaba. Se encontró con un hombre agobiado, que no figuraba en el expediente. Éste le contó que había sido amante de Fer y luego de su madre, Rita. Que Fer se había enterado y enloquecido de furia. Que no era la primera vez que pasaba algo así entre ellos. Que yendo a ver a Rita se cruzó con Fer y al entrar la encontró muerta. Que no quería exponerse pero ya no aguantaba más.

–¿Se da cuenta de que su silencio causó otras muertes? –preguntó Cerace.

–Qué desastre… qué desastre –repetía el pobre tipo. Cerace le tomó declaración, confirmó algunos datos y lo puso a disposición del juez. Todo en el mismo día. De pronto el caso se resolvía y sus problemas y dudas desaparecían. Esto le daría gran prestigio, podría llegar a juez en tiempo récord y salir de ese nido de ratas por la puerta grande. Una victoria total, en la que no tenía mérito. "Es como en el fútbol –razonó– lo que importa es el resultado". Y él acababa de ganar con un gol de último minuto.

XXXI

La hija de Garrido murió en un hospital de la Capital. Cuando Garrido volvió, se reunió con Tomás Lucea que lo puso al tanto del interrogatorio y luego propuso:

–Tendríamos que hablar del nuevo fiscal.

–No es necesario. –Tomás Lucea asintió, Garrido agregó–:

Usted se va del pueblo.

–¿Ahora?

–Ahá.

–Se estaba poniendo interesante –dijo Tomás Lucea. –Sí, pero usted no es de acá, su presencia tanto tiempo no se justifica, no está implicado en nada y además se están empezando a notar los hilos –

terminó imitando con los dedos el manejo de una marioneta.

–Tiene razón, como siempre –aceptó de mala gana Tomás Lucea y recibió instrucciones para cerrar la exposición en la casa del veterinario y limitar las actividades de la Fundación en la Capital a las mínimas. Tomás Lucea se quedó como esperando que Garrido dijera algo más. Él miró en torno y citó:

–Hay cosas de la seriedad de la vida que podemos aprenderlas de charlatanes y bandidos, hay filosofías que nos son suministradas por imbéciles, hay lecciones de firmeza y de ley que provienen del acaso y de los nudos que hilvanan el acaso. Todo está en todo.

–Eso se lo tendría que decir yo a usted.

–¿Leyó a Pessoa? –preguntó Garrido y luego de unos segundos señaló la puerta con la cabeza.

Saliendo, Tomás Lucea contuvo una puteada.

"¿Y ahora qué?", pensó Irene cuando vio bajar del coche a Tomás Lucea. Esperó a que tocara el timbre.

–Me voy –le dijo sonriendo en cuanto ella le abrió– no tengo más nada que hacer aquí.

Irene le habló de otra cosa, como si no hubiera escuchado o no le importara:

–La substancia se perdió para siempre.

–Para siempre, para siempre… solo se perdió. –Hizo una pausa incómoda, raro en él y siguió–: Averigüé otras cosas, no se supone que te diga.

Ella hizo un gesto con las manos como diciendo "hacela corta".

–Fue el fiscal.

–¿El fiscal?

"No es posible", pensó primero, luego recordó que había ido al entierro sin ninguna razón y su reacción cuando le confesó el asesinato de Rita, pero todavía no le cerraba. Tomás Lucea le dijo:

–No hay dudas, lo dijo con los grumos negros. –Luego agregó–: Fue por la frustración de perder el puesto y el prestigio, que un vete-

rinario lo pasara como poste y se la llevara de arriba, no vale la pena hacerle nada –terminó.

–Seguramente sabía algo más.

–Nada más –mintió Tomás Lucea y agregó–: Esto muere conmigo.

"Seguro", pensó Irene.

Se dieron las gracias mutuamente y se despidieron. Ya estaba oscuro. Tomás Lucea manejaba rápido y con seguridad. Estaba un poco triste pero Garrido tenía razón. Hacía mucho que no veía a su hijo, tenía que controlar de cerca a Tomasito. Ya lo habían echado de tres colegios y lo había puesto a trabajar en la Fundación. El pendejo era un tiro al aire pero se daba cuenta de que la Fundación encubría otras actividades. Le había dicho que quería entrar, insinuando que no le molestaba que fueran de la mafia, recordaba Tomás Lucea riendo. Iba a tener más tiempo para estar con él. A un hijo no se lo puede encauzar por la fuerza. En un rato llegaría a casa, estaba impaciente.

Llegando a Buenos Aires el auto de Tomás Lucea se salió de la autopista. Se mató. En el pueblo se enteraron al otro día, Irene fue la única que no se sorprendió. Garrido fue a verla.

–Pasaste todos los límites.

–Le juro que yo no fui.

–Demasiada coincidencia.

–A usted le corté los frenos porque pensaba que había hecho matar a Víctor.

–¿Cambiaste de idea?

–Tomás Lucea me contó.

–¡Qué!

–De salida del pueblo pasó por acá, creí que usted lo había mandado.

–Cometimos muchos errores vos y yo, pero Tomás Lucea cometió uno más –Garrido fue directo–. ¿Sabías que había sido el fiscal cuando le hiciste la falsa confesión?

Irene negó con la cabeza.

–Pensé que se iba a sentir desafiado e investigaría por su cuenta.

–Te salió mejor que eso, te sale bien matar –dijo Garrido yendo hacia la puerta.

–Tomás Lucea se mató solo, me habló de llevarse lo que sabía a su tumba justo antes de salir de viaje. –Se quedó viendo si convencía a Garrido y siguió–: Usted sabe mejor que nadie que no hay que dejar a las palabras zanjar nuestros destinos.

Garrido no disimulaba su cansancio.

–Es lógico que una mujer sea más despiadada que cualquier hombre pero vos sos especial, siendo amoral tu ética es inquebrantable.

–Soy mi estilo –aceptó Irene.

–Matar es un signo de debilidad y falta de control –terminó Garrido.

Irene siempre había estado segura y las recriminaciones de Garrido la reafirmaban. Quién hubiera dicho que lo iba a ver en ese estado, viniendo hasta ella para gimotear boludeces, involucionando. Garrido ya no escuchaba ni miraba. La palabra "partición" en la nota le había llamado la atención pero no la habían descubierto. A ella se le había escapado y delataba que había inventado la nota, que el frasquito con aceite era solo eso, todos inventos de ella para que la muerte de Víctor no quedara impune, herramientas de su accionar. Las manifestaciones paranormales en el laboratorio las habían aportado las expectativas de los mismos investigadores. No era culpa ni venganza. Ella había invertido su tiempo, sus sentimientos y hasta su cuerpo en Víctor. Nadie tenía derecho a matarlo sin su permiso, menos que menos alguien de afuera. Garrido y Tomás Lucea, alumbradas sus vanidades, se encandilaron como Víctor. No tenían derecho a ser tan estúpidos, unos eran sustantivo, otros verbo. A Garrido se le había escapado la tortuga, pero todavía le podía caer la ficha... Antes le hubiera reconocido su brillante operatoria, su paciencia, su precisión. A sus ojos, Garrido se había convertido en un miserable más.

El pibe más chico de Irene, tenía ocho años. Empezó a tener sueños que no lo atemorizaban pero interrumpían su descanso. Iba a la habitación de su mamá a cualquier hora de la noche para contarle lo que su papá le decía. Era siempre lo mismo. "Cuidado con el viejo", nada más.

XXXII

Garrido sospechaba quién había matado a Rita y creía que Irene había matado a Tomás Lucea. No se molestó en disipar ninguna sospecha en torno a él. Se sentía culpable, nunca hubiera podido contener a Rita y de haber podido no lo hubiera hecho. El precio de cambiarla hubiera sido el mismo que el de perderla. En cuanto a Fer, no le había dado ninguna oportunidad, venía adosado a Rita y así lo tomó. Si hubiera hecho un intento de acercamiento, de comprensión, quizás Fer estaría haciendo su vida. En el peor de los casos, hubiera podido anticiparlo. Hizo lo más cómodo y es raro que de ello resulte algo bueno. Muy lejos del "no hacer" que con tanto éxito había sabido practicar. Estaba nublado. Le pidió el auto a un empleado y fue hasta la estación abandonada de trenes. Bajo la galería encontró al linyera del pueblo que había improvisado una fogata en el antiguo andén.

–No soy muy difícil de encontrar –dijo sin mirarlo cuando Garrido se aproximó.

–En un pueblo sólo hay lugar para un linyera, un loco y un millonario.

–Nos falta uno, nene.

–Linyera de mierda –dijo Garrido.

–Hubo un tiempo en que me llamabas maestro.

–Hasta que aprendí –dijo Garrido sentándose frente al fuego del lado opuesto al linyera, y siguió–: Mi tiempo pasó, tengo que salir.

No hubo respuesta. Luego de un rato dijo:

–Vidas vacías, las de los que no hacen nada y los que sí, las de los que no buscan y los que sí, las de los que no intentan y los que sí, estoy desencantado.

–Por fin –dijo el linyera.

–Cometí demasiados errores.

–Vaya a saber uno.

–Voy a necesitar ayuda –dijo Garrido y sacó el estuche. Lo abrió mostrándole la cinta al linyera que fingió un asombro payasesco–. El último que lo usó era un receptivo –le contó Garrido– que obtuvo un logro maravilloso. No quiero que se pierda, terminó.

El linyera pensó un rato y dijo:

–El proceso en un hombre de tu formación se va a acelerar de semanas a minutos, además es posible que no puedas interpretar lo que veas.

–Corro el riesgo, para eso vine.

Garrido volvió al pueblo, dejó dicho que se iba de caza, preparó algunas cosas en una mochila y volvió a la estación. Se sentó nuevamente ante el linyera y su fuego y se puso la cinta. Ésta comenzó a encarnársele en la muñeca hasta perderse de vista y más allá hasta el hueso. Entró en trance. Sabía a qué iba a atarse para no perderse en ensueños inútiles y estaba dispuesto a un esfuerzo sobrehumano para no dormirse. Fue directamente al conocimiento de la sustancia y esta trajo la imagen borrosa de un hombre. Comenzó a ver pequeños puntos apareciendo y desapareciendo millones de veces por segundo. La imagen de Víctor se fue configurando y le señaló con la palma abierta hacia un sector. Se concentró en él hasta notar una densidad mayor de puntos y en ella vio armonía. Víctor señalaba pequeñas zonas. Si retenía en su memoria las millones de variaciones para juntarlas en un momento, tenía ante sí una forma. Sintió la voz de Víctor:

–Ciclo pentano perhidro fenantreno, doble enlace, oxhidrilos.

Víctor señaló un lugar en la periferia de la forma, era su logro, un torbellino minúsculo de puntos anexado a uno de los extremos. La

voz de Víctor daba explicaciones físicas, químicas, teológicas. Él no entendía, no entendería nunca, no tenía la punta del hilo. Podía verlo y comprender sin hacer abstracciones, y así solo le quedaba admirar. No se llevaría nada. Cada vez apreciaba con más nitidez la perfección, hasta que le empezaron a correr las lágrimas. Se vio a sí mismo sentado frente al fuego riendo y vio a Víctor ante la forma riendo. Y sintió que era uno y otro y todo. De pronto Garrido abrió los ojos y estuvo otra vez en la estación ante la fogata. El linyera sostenía un hacha. Por arriba de la muñeca un torniquete de alambre impedía la hemorragia. Su mano estaba en el piso. Garrido miró al linyera, y dijo:

–Puedo ser uno con el dolor.

–Ahora, pero hace unos segundos estabas perdido. –Lo perdido se perdió –dijo Garrido– estamos solos. –No estamos, somos –dijo el linyera mientras con sus dedos mugrosos raspaba el hueso de la mano amputada para sacar la cinta. La limpió, la guardó en el estuche y trajo los grumos negros.

–Seguimos.

–Seguimos.

Garrido aspiró varias veces y despertó al amanecer de un día oscurecido por nubes de tormenta. Quedaban brasas ante él y en ellas las cenizas de su mano.

–Volviste –dijo el linyera.

Garrido se tomó su tiempo.

–No era para tanto.

–Para la mayoría es imposible pero tenés razón, no era para tanto.

–Sin observador ni observado fui Uno.

El linyera se encogió de hombros, como diciendo "qué importa".

–No tengo más nada que hacer.

–Te podrías bañar, estás hecho un asco –dijo el linyera. Garrido estaba sudado, meado, cagado y llorado, con un muñón de hachazo y los ojos hinchados de cansancio. El linyera le dio agua y se rió:

–No estás para levantes.

Amanecer oscuro. El farol frente a su casa apagado. Llegando a la puerta Irene salió del umbral. Guantes de cirugía empuñando un revólver. El fogonazo los iluminó. Lo último que vio Garrido fue el asombro de Irene ante su aspecto. Lo último que vio Irene de Garrido fue el asombro del asombro. Tiró el revólver sobre el cadáver y se llevó los guantes para quemarlos.

XXXIII

El revuelo fue nacional. Trascendió hasta en el exterior. Se decía que habían secuestrado a Garrido, que lo habían torturado, que le habían cortado una mano como prueba para pedir rescate, que aun así se había escapado y lo habían perseguido hasta su casa donde lo habían matado. Eran las sabias deducciones de los investigadores. Estaban ante algo grave, se decían los unos a los otros. El fiscal Cerace no podía creer en su mala suerte, tenía menos tranquilidad en este pueblo que en una villa miseria del conurbano. Le mandaron ayuda sin que la pidiera y lo presionaron del Ministerio. Tuvo suerte, el revólver estaba registrado a nombre del veterinario. Irene declaró que había quedado en la casa que había sido de Víctor, que ya lo habían robado una vez. De todo ello había constancias. Sabían que Ramiro lo había hecho antes. Fueron a la casa del veterinario, encontraron la ventana abierta y un revoltijo. Cerace libró orden de captura contra Ramiro. No lo encontraban aunque lo sabían en los campos cercanos. Organizaron batidas, pero Ramiro era muy escurridizo. Un anochecer le hicieron varios disparos antes de perderlo. Luego no lo volvieron a ver nunca más. Su padre lo enterró profundo en lo más enmarañado del monte de la luz mala. Sobre el túmulo sin marca esparció bosta de vaca y en las entradas del monte kilos de pimienta molida. Al segundo intento los perros no querían ni arrimarse. Pasaron los meses y el crimen quedó impune y quedó también la sensación de que era solo un eslabón

en una cadena. Se descubrió que el supuesto asesino de Rita era un enfermo psiquiátrico que al momento del crimen estaba internado y que venía confesando todo crimen que trascendiera por la televisión y los diarios durante décadas. Cerace perdió el apoyo de sus superiores y renunció. Su carrera en la función pública estaba terminada. No se fue triste, solo le interesaba irse.

Las apariciones de la luz mala se incrementaron en el monte. Ya no espantaban al padre de Ramiro que vuelta a vuelta se internaba con decisión, como lo había visto hacer antes al veterinario. Y era casi seguro que podía verla fugazmente cuando sacaba su faca para escuchar el filo. A veces le parecía oír el filo de Ramiro.

Llegó un nuevo fiscal al pueblo, arrastrando los pies que impulsaban su cuerpo deforme por la gordura, jadeando con la boca abierta ante el menor esfuerzo, empapado por el sudor. La tercera es la vencida, dijeron algunos. El fiscal Cattáneo era mayor que los otros, un hombre que tenía más de veinte años en la Justicia y al que habían ascendido para obligarlo a venir. No le interesaba su carrera, ni la fama, ni la fortuna. Su principal filosofía era el "no me jodan" y siempre hacía lo mínimo que se requería. No le preocupaba resolver los casos anteriores. Si aparecía algo bien y si no también. Se había mudado con su mujer y sus dos hijos. Ella era fea, flaca enfermiza y alcohólica. Apagaba la luz para subírsela encima. Los chicos eran obesos y estaban lejos de ser inteligentes, como él. No tenía de qué quejarse. Consideraba que sobrevivir era su éxito. "Hago lo que quiero, porque quiero lo que puedo", le decía siempre al espantajo de su mujer al empomársela.

XXXIV

El grupo de Garrido se disolvió espontáneamente. No fue necesario acto ni símbolo. Se encontraron uno por uno y coincidieron. Había sido duro para todos ser extranjeros en el mundo del que habían

surgido y ahora quedaban aislados. Muy temprano, Irene fue a ver al linyera. Lo encontró en la estación sentado contra una pared descascarada. Ella no lo conocía más que de vista. De niña había escuchado a Garrido referirse a él con admiración. Se paró a su lado apoyándose contra la pared.

–Sentate –invitó el linyera. Aunque él no la miraba, ella negó con la cabeza.

–Tardaste –dijo el linyera. Aunque él no la miraba, ella asintió con la cabeza.

–Sos peor que una yarará –dijo el linyera. Ella sonrió. –Cuando la gente siente afecto por alguien, suele creer que es mutuo –dijo el linyera. Ella no contestó. En las copas de los inmensos árboles, el estruendo de miles de pájaros.

–Qué quilombo –dijo el linyera. Ella alzó las cejas.

–Es increíble lo que pueden cagar miles de pájaros –dijo el linyera. Ella volvió a alzar las cejas.

–Me vas a matar –dijo el linyera. Ella sonrió. Oyeron juntos a las aves largo rato, luego ella le dio la espalda y se fue. "Precioso", pensó el linyera.

XXXV

Se hizo la sucesión por el campo de Víctor que era exclusivamente para sus hijos. No lo necesitaban pero Irene quería liquidar todo lo que le hubiera pertenecido. Se vendió rápido. Lo compró un apoderado de la Fundación para estudios Extraterrestres al que todos decían Tomasito, el hijo de Tomás Lucea. Tomasito también compró la casa que había ocupado Víctor en el pueblo y allí reabrió la exposición. Cuando Irene se dio cuenta, era tarde. En el campo Tomasito armó una estructura para recibir visitantes, con amplio estacionamiento y un restaurante. Comenzaron a avistarse extraños objetos en el cielo, y

un lugareño tuvo un encuentro con un ser que no era de este mundo. El monte de la luz mala estaba cerca y también lo compró la Fundación. Cada tanto sacaban una nota por la televisión y el negocio fue redondo. Los fines de semana circulaban cientos de autos y miles de extraños. Irene hizo averiguaciones: Tomasito trabajaba en la Fundación hacía unos años, le interesaba solo la plata, sabía muy poco de las actividades de su padre y no parecía ser rival para ella. Se propuso conocerlo y se le apareció sin previo aviso en la casa.

–¿Sos hijo de Tomás Lucea?

–Sí –contestó Tomasito.

–Soy Irene, una amiga de tu papá –dijo ella dándole un beso en la mejilla– me hizo varios favores y yo a él.

–Mucho gusto señora.

–Irene, y no parece muy serio lo que estás haciendo aquí.

–No cree en los extraterrestres.

–Digamos que son muy considerados con tus negocios.

–En este pueblo pasan cosas muy raras.

Irene le dio otro beso y se despidió.

–Tenemos que juntarnos a cenar, vos y tu señora...

–Cuando quiera, cuando quiera –dijo Tomasito sin soltar información. "Perdí el tiempo con un pelotudo", pensaba fastidiada Irene, yendo para su casa.

El padre de Ramiro sabía que Garrido había ayudado a su hijo, sabía que Irene le había tirado a la policía encima, y sabía que su hijo era ajeno al crimen de Garrido. Solo existe la justicia que uno puede darse a sí mismo, pensaba. La otra estaba al servicio de los que mandan, no era para él, no le servía. Ojo por ojo, diente por diente, esa era la única justicia. Irene había provocado la muerte de su hijo, tenía que pagar con un hijo de ella. Esperaba una oportunidad. Si tomaba la iniciativa, esta mujer lo iba a destrozar enseguida. Si se acercaba en silencio quizás coincidieran un momento y un lugar para saldar cuentas. Escuchando el filo de Ramiro en el monte de la luz mala, había encontrado

un objetivo para su vida. Su hijo siempre se había jugado a fondo por lo que quería. El hijo le enseña al padre, pensó. Robó una vaca de una estancia y atravesó de noche varios campos cortando y recomponiendo alambrados. En el monte de la luz mala mató a la vaca y la vació, haciéndole cortes que imitaban mutilaciones atribuidas a estudios que hacían seres de otros planetas. Comentó el hallazgo y se corrió la voz. Identificaron las marcas de propiedad y resultó inexplicable que esa vaca hubiera aparecido allí. Se enteró Tomasito y se enteró también de que para el padre de Ramiro esas eran cosas de todos los días. Lo mandó llamar y lo contrató para encontrar animales extrañamente mutilados y como guía de los turistas en el monte. Trabajaba mucho menos, ganaba más y se acercaba.

XXXVI

Los pueblos de provincia son todos muy parecidos: una plaza central y a cada lado la iglesia, el municipio, la comisaría y una sucursal del Banco Nación. En el medio de la plaza apareció un cadáver en sus últimos estadios de descomposición. Se armó otro revuelo en el pueblo, que ya era famoso en todo el país. La osamenta despojada resultaba irreconocible y era claro que había sido desenterrada. Tenía puesta una medallita de la Virgen de Luján con una cadenita de oro blanco. La madre de Ramiro la reconoció como la que le había dado a su hijo para la primera comunión. Igual sacaron ADN. Los padres estaban desconsolados. A Cattáneo le chupaba un huevo. Sabía que ese tal Ramiro estaba profugado de la Justicia, que probablemente había sido herido en una batida y que había desaparecido durante más de un año. No le debía justicia ni a él ni a los padres. En cuanto al desafío de tirarle un cadáver allí, le parecía más bien divertido. Lo llamaban de la Capital para exigirle resultados. Él se les reía en el teléfono. “Si me van a cagar igual”, decía. De todas formas las cosas se hicieron como

correspondían, más por inercia que por celo. El pueblo y sus "fuerzas vivas" habían acumulado mucha experiencia en crímenes. No pudieron establecer la causa de la muerte. La Fundación trató de llevar agua para su molino y si bien no tuvo éxito igual se benefició con el nuevo enigma y la atención mediática.

En tal despelote, Cattáneo decidió tirarse un lance y citó al padre de Ramiro en su oficina. Se quedó duro el padre de Ramiro ante la propuesta de que declarara que Ramiro le había confesado el asesinato de Fer.

–No le hace daño a nadie y así me anoto un poroto –dijo Cattáneo, pasándose por la cara un pañuelo empapado. El padre de Ramiro no reaccionaba. Cattáneo comenzó a recitar unos versos del Martín Fierro entre jadeos–: Hacéte amigo del juez, no le des de qué quejarse, que siempre es bueno tener, palenque ande ir a rascarse –terminó con una risita, y aclaró–: También es bueno hacerse amigo del fiscal, le voy a deber un favor.

El padre de Ramiro acariciaba el cabo de su faca en la cintura y miraba con ganas el vientre inflado de Cattáneo. Se contuvo y le pidió un par de minutos. Era verdad que no le hacía daño a nadie y que el fiscal le debería un favor de dudosa correspondencia, pero había algo más. Lo pensó, lo pensó hasta que le dolió y luego imaginó a su hijo escuchando el filo y asintiendo. Miró a Cattáneo que había sacado un inmenso sándwich de salame y queso y luego de acumular varias mordidas intentaba masticarlas, y le manifestó sus dudas. Cattáneo se puso eufórico:

–Bien, muy bien –decía

Luego le explicó que ese era el primer paso, que luego necesitarían armar una historia para que su esposa declarara que Ramiro le había confesado el asesinato de Garrido antes de morir. Se quedó esperando la reacción del padre de Ramiro, y como tardaba no pudo evitar pegarle varios mordiscos al sándwich. No hubo recriminaciones, ni ofensas, ni amenazas, solo una pregunta:

–¿No nos complicaría ante la Justicia?

Cattáneo negó enfático con la cabeza y emitió un:

–Mmmm.

–Tá –dijo el padre de Ramiro. Cattáneo terminó de tragar y sin soltar el sándwich le dictó a la secretaria la declaración, el padre de Ramiro la firmó y uno de los crímenes quedó resuelto. Como se sospechara desde un principio, el crimen de Fer había sido pasional, cosa de maricas. Cattáneo obtuvo su primer triunfo profesional, el reconocimiento público, y la ambición comenzó a crecerle como un tumor maligno.

El padre de Ramiro apretó los dientes y calló. Estaba dolido pero conforme. No era la primera vez que buscaba en su mente el consejo de su hijo. Así había determinado desenterrar sus restos y arrojarlos en la plaza. Ahora que veía el porqué, se sentía más fuerte. Muy de lejos, empezó a acechar a los hijos de Irene. Un primogénito por otro, pensaba. Lo secuestraría para enterrarlo en el monte de la luz mala, en el mismo pozo que había ocupado Ramiro. Esperó el momento oportuno, lo siguió y cuando lo tuvo a su merced sin que siquiera se diera cuenta de su presencia, no pudo. Imaginó nuevamente a Ramiro que esta vez escuchaba el filo y negaba con la cabeza. "Un primogénito por otro", dijo el padre de Ramiro. Y su hijo asintió. Se quedó desconcertado, no lograba interpretar el mensaje. Mientras tanto, el hijo menor de Irene seguía soñando con su papá y todas las noches la despertaba con la misma frase "Cuidado con el viejo". Me estoy dejando estar, concluyó Irene.

XXXVII

Al amanecer, Irene fue hasta la estación. Llevaba su pistola. Encontró al linyera donde siempre. Vestía sus harapos inmaculadamente limpios, se había rapado y afeitado. Caminó hasta él y como antes se

apoyó contra la pared a su lado. El linyera no le habló ni la miró. Calentaba café en una lata de tomates. Ella le contó el sueño recurrente de su hijo y al terminar el Linyera preguntó:

–¿Tomaste tu decisión?

Ella estaba desorientada por la actitud del linyera y preguntó:

–¿Te vas a dejar matar así nomás?

–Así nomás, así nomás… tengo un propósito.

Irene sabía que preguntando no iba a llegar a ningún lado, que si pudiera hacer buenas preguntas, en ellas estaría la respuesta. Llevó la mano atrás y empuñó la pistola. El linyera dijo:

–Evidentemente el viejo no era Garrido.

Ella dejó la pistola donde estaba, se deslizó contra la pared hasta quedar en cuclillas y se tomó la cara con las manos. El linyera esperó un rato, luego le tendió el estuche con la cinta:

–Cuidado, es muy peligrosa.

–Ya sé –dijo Irene alejándose mareada.

–¿El viejo de quién puede querer joderte? –le gritó el linyera cuando ya estaba lejos. Ella se encogió de hombros sin darse vuelta. Mientras se alejaba, se dio cuenta.

"Qué mujer", pensaba el linyera. La muerte le había pasado cerca. Tengo un propósito, recordó sonriendo que le había dicho mientras esperaba que la lata se enfriara para agarrarla. No lograba precisar cómo lo había interpretado Irene. Nadie con un propósito terminó su recorrido, lo que no significa que no lo puedan matar. Garrido había terminado adelantándosele. La cinta no quedaba en buenas manos, quedaba en las mejores. El desafío en esta tierra es no involucionar, pensaba, todo lo que está por debajo del hombre viene del hombre, por eso siempre seguirán buscando el eslabón perdido quienes tengan por finalidad buscar. Qué difícil no caer hacia la luz como bichos de Lucifer, siguió pensando, dejar de estar y ser, reconocer tiempo y espacio como uno. Comenzó a saborear su café recalentado que era todo lo que le quedaba del mundo con la nostalgia del que se va por última vez.

Ese mismo día el mayor de los hijos de Irene se descompuso. Comenzaron a atenderlo en el hospital del pueblo, luego lo trasladaron a la Capital. Ella tenía casa allí también así que se llevó con ellos al más chico, que esa misma noche dejó de soñar su advertencia.

XXXVIII

El padre de Ramiro estaba desorientado. Abandonó su trabajo y se internó en el monte de la luz mala. Llevaba provisiones para quedarse unos días. Trataba de imaginar a Ramiro porque luego su imagen se volvía autónoma, entonces pasaba el dedo por el filo y si bien no le hablaba le hacía que sí o que no con la cabeza, siempre y cuando no preguntara demasiado. Pensó que junto a su tumba ahora vacía, sería más fácil. No fue así. Tuvo que esperar varios días, se le acabó la comida pero se resistía a volver. Cuando ya no podía más, Ramiro apareció. Él pensó nuevamente en matar al hijo mayor del veterinario. Ramiro negó. Él pensó: un primogénito por otro. Ramiro asintió. El gritó "¡Carajo, no entiendo nada!". Ramiro lo ignoró. Comenzó a desesperar. Quería encontrar una respuesta antes de que su hijo se difuminara en la bruma del monte. Va a dejar de venir a mí, pensó. Ramiro asintió. Pensó que Irene le tenía que reponer un hijo, que la secuestraría para embarazarla. Menos nítida se adivinaba la imagen de Ramiro que negaba con la cabeza. Se avergonzó. Ramiro apuntó con su dedo índice a un costado de su propio cuerpo y al otro, cruzó los índices frente a su pecho y los separó enérgico. Lo señalo a él y desapareció. Pasaron dos días más y el padre de Ramiro tuvo que volverse. Su hijo le había querido decir algo, lo último. Buscó más provisiones y volvió al monte pero Ramiro ya no estaba. Hizo lo mismo varias veces, luego se rindió. Iba para a su casa cuando la policía lo interceptó. Lo subieron al patrullero y lo llevaron al hospital. Allí se enteró de que los de la Fundación habían denuncia-

do su desaparición. Llegó Tomasito exultante luego de dar notas a varios canales de televisión sobre la abducción de uno de los miembros de la Fundación. Le dio instrucciones para decir vaguedades con la excusa de la pérdida de la memoria y la confusión. El padre de Ramiro no entendía mucho pero aparentemente Tomasito le iba a pagar el mes que no había trabajado más una comisión importante, porque con su desaparición se habían incrementado los ingresos. Le siguió el juego. Días después se enteró de que Irene se había ido del pueblo con sus hijos. Nadie sabía adónde. El padre de Ramiro recurrió a Cattáneo. Él averiguó que Irene estaba en la Capital con sus hijos, que el mayor estaba internado a la espera de un donante porque sus riñones habían dejado de funcionar, que empeoraba rápido. El padre de Ramiro asoció esto con las señales que le hiciera su hijo e hizo su interpretación. Cattáneo se encargó de hablar con las personas necesarias para que estudiaran la compatibilidad con el padre de Ramiro, aduciendo que el abuelo del chico había embarazado a muchas de las chinitas de sus campos, que era muy posible algún parentesco, y por sobre todas las cosas, que Irene no debía enterarse jamás la procedencia del órgano. Así quedó arreglado, y cuando el padre de Ramiro llegó al sanatorio lo estaban esperando. Lo instalaron en una habitación sofocante que compartía con un quejoso sonriente en el piso diecisiete, con TV por cable a ocho pesos diarios. Su compañero de habitación lo tenía tronando todo el día, como si sólo pudiera vivir distraído, incluso hasta altas horas de la noche. "No me molesta", le había mentido el padre de Ramiro. Podría haber matado a ese despojo sin pestañear, pero su cortesía campechana no le permitía contestar mal. El quejoso dejaba el televisor prendido incluso cuando salía a caminar de una punta a otra por el largo pasillo, llevando en una mano una bolsa plástica llena de coágulos flotantes en salsa pardusca que una manguera transparente le conectaba al pecho. Drenaje de tórax –le había aclarado levantando la bolsa como un trofeo. En el horario de visita venía la mujer

con los cuatro hijos y hasta alguno de los hermanos y rodeaban la cama de su compañero. Comían, hablaban estupideces a los gritos, se besaban y manoseaban. Era el padre de Ramiro quien entonces salía al pasillo. "Parecen una familia de perros", le había comentado a uno de los médicos, que riendo gritó: "¡Rimbaud!". No lo afectó el insulto, no podía ser peor que los acostumbrados. Por la noche, la contradictoria ausencia de oscuridad y millones de lucecitas por la ventana El cielo de abajo, el cielo del infierno, pensaba. Grandes luces rojas y naranjas titilaban mecánicamente en la cima de los edificios. El cielo de arriba no se veía. Qué locura, pensaba anonadado. Los médicos se desconcertaron porque la histocompatibilidad con el hijo de Irene era óptima y el parentesco inexistente. Solo el día de la ablación el padre de Ramiro dudó un poco. Indefenso y ridículo, desnudo bajo el camisolín esterilizado, cagándose de frío en la camilla, con un montón de gente a su alrededor disponiendo de él como si fuera una cosa. No estaba seguro de haber interpretado las señas de Ramiro, pero era lo que le quedaba. Lo inquietaba que lo durmieran, no por temor a la muerte sino por quedar en manos de esos extraños.

El médico no quiso operarlo sin anestesia y tuvo que tranzar. No tenían idea del dolor que era capaz de soportar un hombre como él. Despertó entregado a la debilidad. Si le hubieran dicho que moría así, no le hubiera importado. Estaba también desilusionado. Había tenido la esperanza de ver a Ramiro con la anestesia. Se fue del sanatorio al tercer día de la ablación contra la voluntad de los médicos.

–Si a Jesús le alcanzaron tres días para resucitar, me alcanzan a mí para ponerme en pie –les dijo.

Volvió al trabajo en las estancias. Las actividades de la Fundación languidecían desde que uno de sus miembros había sido visto manipulando un reflector láser en las afueras, el padre de Ramiro había dejado de buscar animales mutilados y ni siquiera aparecía la luz mala en el monte. Levantaron todo y se fueron para alivio de los lugare-

ños. Luego, la madre de Ramiro firmó una declaración preparada por Cattáneo: que su hijo había llegado hasta ella mal herido, que le había confesado en su agonía que trabajaba con un grupo de desconocidos que habían secuestrado a Garrido y que cuando éste escapó lo mataron. Aunque quedó mucho en el tintero, fue suficiente para catapultar la carrera de Cattáneo que luego de seis meses de pasearse por el pueblo como si fuera un príncipe, volvió a la Capital para hacerse cargo de un juzgado federal.

XXXIX

Pasaron cuatro años más, en los que el padre de Ramiro envejeció veinte. De vez en cuando se pegaba una vuelta por el pueblo en día de semana para ver de lejos a los hijos de Irene salir del colegio. En los atardeceres se apoyaba en alguno de los postes de la alambrada a presenciar la puesta del inmenso sol rojo de su tierra. En una de ellas se le apareció el hijo mayor del veterinario. Su mujer lo miraba desde el rancho y en el camino un lujoso coche esperaba. Sin verla supo que Irene estaba al volante.

–Difícil aguantarse eso –dijo el muchacho.

–Usted porque no es de acá.

–Solo los del campo son de acá, por lo menos es lo que decía mi viejo.

El padre de Ramiro asintió. El sol se hundía más rápido cuando tocaba el horizonte.

–Mi hermanito tuvo un sueño –dijo el muchacho y agregó–: Hay sueños que son importantes.

–Ya lo creo.

–Soñó con mi viejo.

–El veterinario.

–Sí –confirmó el muchacho, mientras el padre de Ramiro sonreía

recordando cómo lo miró el veterinario cuando se le metió en la camioneta de prepo–. Dijo que usted tenía algo que enseñarme –agregó.

–Qué podría enseñarle a un mocito de ciudad.

–No sé, algo importante, una de esas cosas que se llevan con uno para toda la vida, ¿podrá ayudarme? –terminó el muchacho. Se estaba poniendo oscuro. Observaron juntos los últimos reflejos y con lentitud ritual el viejo peón desenvainó la faca.

Irene ya había quedado con su hijo en que si tardaba más de diez minutos se iba. Podía arreglarse solo y el pueblo había recuperado su tranquilidad. Faltaba un rato para la hora de la cena. Ya no tenía personal doméstico, ahora valoraba más la intimidad que la comodidad. El más chico se había quedado en lo de un amigo a dormir. Improvisó un fuego en el jardín y fue quemando los papeles del grupo, algún libro que le habían dado, y la cinta, que al tocar las llamas se deshizo como tela de araña. Tiró al final el pretensioso estuche y se quedó hasta los rescoldos. Su grupo había durado unas pocas generaciones, no como los de Oriente, que se mantenían por siglos. Ni el suyo ni los de ellos habían estado nunca a la altura de los iniciadores, se iba tergiversando el mensaje. Así se habían convertido las enseñanzas en religiones y éstas en aberraciones.

Estaba preocupada por sus hijos. No lo había estado al engendrarlos ni al parirlos y mucho menos al separarse de Víctor. El más chico, tan parecido a ella, con esa capacidad para operar sobre los demás desde lo oculto. Ya no había un grupo para orientarlo y cultivar sus capacidades y una madre no puede enseñar esas cosas. Y el más grande, que parecía un clon de Víctor tanto en lo aparente como en lo inaparente, con la misma actitud parsimoniosa y confiada que se tornaría resignación al enfrentar el mundo. Imposible que se encuentre con una mujer capaz de hacerle lo que ella a su padre. El mundo lo iba a destruir como a todos los soñadores y ella lo había dejado con quien había sido su enemigo. Esos son los verdaderos aliados, los enemigos, escuchaba en sus recuerdos a Garrido.

Su hijo volvió más temprano de lo esperado.

–¿Te sirvió? –preguntó ella.

–¿Te cuento? –preguntó él.

"Le sirvió", pensó ella negando con la cabeza y le dijo:

–Hay cosas que una madre no puede enseñar y cosas que un hijo no debe contar. –Ella no había preparado la cena.– ¿Comiste? –le preguntó a su hijo, que negó con la cabeza. Le pasó el brazo sobre los hombros y fueron juntos a la cocina–. Algo vamos a encontrar –dijo.

Sin saber para qué, antes del amanecer Irene fue a la estación abandonada. Ni rastros del linyera. En el lugar donde siempre hacía su fueguito, el tiempo y la humedad habían consolidado una costra de cenizas. Miles de pájaros, como si adivinaran el primer rayo del sol, comenzaron a cantar. Escondido a más de doscientos metros el linyera apuntaba a Irene con una rama. "Pum", hizo en voz baja. Irene recordó a Rita, cómo había convertido a Garrido en un viejo baboso y cómo eso afectaba al grupo. Se había cruzado en mal momento con Rita y como con un perro en la ruta tuvo que resistir el impulso de pegar el volantazo, tuvo que sostenerse con fuerza. Su crimen ya estaba esclarecido con una verdad que ella había aportado a quienes se satisfacen con entender. Irene se acercó a los restos del fuego. El linyera apuntó. "Pum", hizo en voz baja. Le vino a la mente la mirada de Víctor cuando ella se iba con sus amigos. "¡Infeliz!", pensó con furia para sacárselo de la cabeza. El linyera apuntó. "Pum", hizo en voz baja. A Irene le pareció ver en la costra un dibujo, una cara. Mientras más la miraba, más se parecía a Garrido. Apoyó el taco en el centro de la costra y le descargó su peso. La costra se partió y ella la pateó con fuerza dispersando lejos los pedazos. Sintió el perfume que usaba Garrido. De pronto se puso alerta y buscó con la mirada girando sobre sí misma. No vio nada. "Qué hijo de puta", pensó al irse.

XL

Irene había elegido los nombres de sus hijos sin consultar a nadie. Víctor lo aceptó como si no tuviera ningún derecho. Al mayor le había puesto Roque. El nombre del menor era letra muerta en un documento, todos le decían Lucho. Los hermanos nunca habían compartido nada, ni habían jugado juntos, ni se habían peleado, ni prestado ni sacado nada. Mantenían distancia como gladiadores que no saben si van a tener que matarse algún día. Roque se mantuvo en contacto con el padre de Ramiro hasta el día de su muerte, cuatro años después. No tenía faca, la madre de Ramiro le entregó la que había pertenecido a su esposo, que nunca había cambiado de manos. Cuando Roque la usó para escuchar el filo, la imagen que se le presentó fue confusa. No sabía si era la del padre de Ramiro o la del suyo pero estaba seguro de que no venían de afuera, que eran solo un recurso de su mente. No le aclaraba las cosas escuchar el filo y mucho menos las historias que ya formaban parte de los mitos del pueblo. Decidió ir a ver al ex fiscal, el primero que el pueblo había tenido con la reforma judicial. Estaba abandonado en un hospicio de la Capital, declarado incapaz y con un curador a su cargo. La esposa había obtenido el divorcio dejándolo atrás. Le advirtieron que no hablaba. Él lo tomó del brazo y lo sacó al patio. Se sentó a su lado y esperó largo rato a que dejaran de ser el centro de atención. Un incidente violento con otro de los internados se produjo lejos de ellos. Roque sacó su faca y haciendo hablar al filo cerca del oído del ex fiscal le preguntó:

–¿Vos mataste al veterinario?

Pasaron varios segundos en que el ex fiscal no dio indicios de haber escuchado, luego dijo:

–Sí.

Era la primera palabra que pronunciaba en años.

–¿Un tiro? –preguntó Roque.

Pasó otro largo rato y el ex fiscal contestó:

–Dos.

Roque sonrió.

–¿Hiciste justicia?

El ex fiscal volvió a tardar, como si los sonidos de las palabras tuvieran que recorrer una gran distancia hasta él y respondió:

–Peor.

Roque intentó hacerle responder otras preguntas pero el ex fiscal no le contestó. Guardó la faca y permaneció un largo rato sentado con él. Estaba satisfecho.

Roque no había querido seguir estudiando, se había quedado con su abuelo para manejar los negocios de la familia. Lucho estaba terminando el secundario. Irene viajaba cada vez más, quería estar lejos. Las cuestiones entre ella, Víctor, Garrido y el ex fiscal, no estaban saldadas y lo que no habían resuelto ellos, lo resolverían sus hijos de la peor manera. No quería tomar partido. Lucho había encontrado por su cuenta la manera de desarrollar sus aptitudes. Un día sin saber por qué, había ido a la estación abandonada. "Te invoqué", le había dicho el linyera y desde entonces lo veía cada tanto para aprender. Roque y Lucho nunca habían hablado de algo importante. Roque tomó la iniciativa y le contó lo que el ex fiscal le había dicho.

–Hay que matarlo –dijo Lucho.

–No queda nada que matar.

–Hay que curarlo, para matarlo.

–No tiene cura.

–Yo sé cómo –terminó Lucho.

Los hermanos se midieron en silencio. Roque volvió a hablar:

–¿Podés hacer que…?

–Que vuelva –interrumpió Lucho– para matarlo.

–Para investigar. –Lucho negaba con la cabeza y sonreía, Roque siguió–: Estamos inmersos en una cadena de muertes que empezó cuando éramos muy chicos. El padre de Ramiro cortó una parte salvándome cuando su único hijo murió por culpa de nuestra madre. –El

gesto se le endureció a Lucho pero no dijo nada–. Si no lo hacemos así, vamos a terminar matándonos vos y yo.

Lucho se aflojó y dijo:

–Quiero pensarlo.

–Y consultar –agregó Roque.

Lucho asintió y dijo:

–Vos ya no tenés a quién.

–Tengo –terminó Roque.

A la semana fueron al hospicio en horario de visita y en el patio se sentaron uno a cada lado del ex fiscal. Lucho sacó un puro y le pidió la faca a su hermano, que dudó y finalmente se la entregó sin disimular su malestar. Lucho cortó la punta del puro y fue hasta una maceta para depositar allí el pequeño resto. Luego sacó un fósforo de cera y lo prendió raspándolo contra el piso de baldosas. Con éste encendió el puro cuidando que la llama no lo tocara. Aspiró con deleite durante unos minutos que a Roque le parecieron interminables. Sacó un papel metalizado, lo desenvolvió y con la faca despegó el grumo negro que contenía y lo sostuvo bajo la nariz del ex fiscal. Entre pitada y pitada lo fue quemando con la brasa del puro. Cuando se consumió el grumo, le tendió la faca y el puro a su hermano, que tomó la faca y quiso declinar la invitación a fumar negando con la mano, pero Lucho insistió sosteniendo el puro ante él. Roque lo tomó y fumó un par de veces como si fuera lo más importante del mundo, como le había visto hacer a su hermano. Él sonrió, luego le puso el puro en la boca al ex fiscal que pitó profundamente una vez. Llevó el puro hasta la maceta y allí lo dejó haciéndole un gesto a su hermano que quería decir más o menos "vámonos, ya no tenemos nada que hacer aquí". Roque sonrió pensando en cuánto se parecían su hermano y su madre y antes de pararse le dijo al ex fiscal:

–Somos los hijos del veterinario.

XLI

Segundos de silencio antes de que cortaran le alcanzaron para saber que era él. A pesar de que no le habían dado esperanzas de recuperación, de que habían pasado años, de que ya no tenían nada que ver. Había hecho todo lo posible pero se sentía culpable a cada instante. Cuando su marido enfermó no tenía cobertura médica ni derecho a pensión. En lúgubres nosocomios estatales, con profesionales relegados y personal indolente, lloró hasta el desmayo cuando lo internó. Ni siquiera era un entierro. Y más cuando al otro día lo encontró enchastrado en sus inmundicias, vestido con harapos que otros habían descartado. Esfuerzos en quejas y gestiones inútiles y luego el día por medio, cada semana y cada mes. Nada que compartir, vacía deserción. Perdido todo, la vuelta a casa de sus padres, sin profesión ni juventud, a imponerles en la vejez la carga. Ahora esta llamada, ese silencio. No se animó a averiguar, a saber qué sabía. Por mucho tiempo el teléfono fue sobresalto.

XLII

Una semana después de la visita de los hermanos, el ex fiscal había completado la recuperación de su memoria. Desde el día en que aspiró los grumos negros hasta esa visita no recordaría nada porque no había estado. Se encontraba viejo, su mujer lo había dejado y su profesión en el punto partida. Los años esfumados eran peores que haber estado preso o abandonado en una isla. Tardó meses en aparecerse por el pueblo. Nadie lo reconoció. Era de mañana, pasaba algo de gente por la plaza central. Fue el primero en llegar al bar y se sentó junto a la ventana. Recordó sus primeras impresiones al llegar, la tranquilidad, el silencio, el aire puro, su familia, su trabajo y sus ambiciones. Llegó Lucho y enseguida Roque. Nadie saludó. Pidieron café.

Los hermanos observaban al ex fiscal y esperaban. Finalmente habló:

–¿Por qué?

–Eso no sirve –dijo Roque.

El ex fiscal suspiró y Lucho dijo:

–Hubo demasiadas muertes.

–Ya me enteré –dijo el ex fiscal, que revolvía el café con su atención en el pequeño remolino que creaba, en el ruido de la cucharita contra la cerámica, en sus suspiros profundos.

–Suspiros de monja –dijo Lucho con desprecio.

El fiscal pareció no escuchar.

–Estaba enfurecido, no con él, conmigo. –Los hermanos esperaron, el ex fiscal siguió–: Había llegado a tenerle aprecio, a respetarlo, mucha gente lo respetaba. –El ex fiscal reafirmaba con la cabeza–: Sus colegas del pueblo ya tenían una posición heredada, al igual que la gente de poder incluyendo a la familia de su esposa. Él se hacía de abajo sin ayuda de nadie, con conocimientos y capacidad –siguió el ex fiscal– mucha gente lo admiraba, sus colegas más que nadie.

Lucho oía con la boca abierta, Roque se había despatarrado en la silla. Eran las primeras palabras respetuosas que escuchaban hacia su padre.

–Yo sabía que no podía ser el asesino, me puse a todos en contra por no acusarlo y al último momento él me mintió. –Los hermanos se recomponían, el ex fiscal se tomó un respiro y siguió–: Cuando había perdido todo mi poder, sostuvo una mentira ridícula mirándome a los ojos.

–Desafío –dijo Lucho.

–Traición –dijo Roque.

Parecía que nada más se diría y el ex fiscal empezó a contar entre largas pausas:

–Varios días esperé acostado entre las mazorcas con los ojos y la nariz llenos de polvo, el calor sofocante y la duda; se metía con cada puesta de sol, un atardecer se quedó y fue una señal para mí; tenía mi-

ras abiertas, aguantó el primer disparo que fue mortal pero no certero, no se movió por no caer, el segundo ni lo debe haber escuchado; me mentí a mí mismo que era por Rita –concluyó. No se dijo más.

XLIII

La relación entre los hermanos no cambió, Irene estaba de viaje, el linyera seguía en un galpón de la estación y cuando alguien se arrimaba por allí se escondía entre las malezas. Así fue que mientras observaba agazapado le apoyaron una filosa hoja en la garganta. Al volverse vio a Roque limpiando la faca. Se tocó, no había sangre.

–Es la primera vez que me sorprenden –dijo volviendo al galpón. Roque lo siguió y se sentaron frente a los rescoldos.

–El enfrentamiento entre ustedes solo existe en la mente de tu vieja, no es necesario que pase nada.

Roque contestó sin sacar los ojos de las brasas:

–Es necesario que Lucho se entere.

Pasó un largo rato hasta que el linyera dijo:

–Me lo llevo a la selva para aprender algunas cosas más, él va a volver, yo no. –Parecía que Roque iba a decir algo, pero siguió el Linyera–: Uno se puede equivocar solo o en grupo, no importa, venimos acá para eso.

Reavivó las llamas y crepitó el resplandor. Iban a pasar tres años antes de que Lucho volviera. Le mandaría una postal a su madre cada seis meses siempre con la misma frase: "Estoy bien".

Que el linyera no era solo eso, Lucho lo supo desde el primer momento. En la selva el Linyera era uno entre los chamanes. Lucho participaba de la recolección de plantas maestras y la preparación de pócimas desalucinadoras. Podría haberse perdido sin que nadie se enterara. Noche tras noche ante las fogatas rituales, sin el ojo su sombra entretejió los humos y en las llamas todos los soles, sin el oído los

icaros atravesaron los reflejos de este mundo. A los tres años el linyera le explicó por primera vez:

–El de esta noche es el último ritual, vos vas a volver, yo no. –Se hizo un largo silencio y el linyera siguió–: Tengo poderes para que cualquier persona haga mi voluntad, incluso que se mate a sí misma con total conciencia. Hace mucho que no hago esas cosas, desde que me encontré con una mujer muy parecida a tu madre, tenía nombre de flor –terminó murmurando.

Lucho esperó, no quería interrumpir el silencio, el linyera continuó–: El que sabe mucho llega a sentir que no sabe nada y el que sabe poco siembra incertidumbres que indican que sabe más de lo que dice, que lo deja para más adelante, para cuando "estés preparado" –dijo el linyera– así mantienen un halo de misterio aprovechando las ansias de imaginería de los tontos que necesitan escapar de sus vidas de dormidos. Como hay mucha gente desesperada –siguió– siempre consiguen quien los siga. –Y terminó–: Ahora sos como yo.

Llegaron otros chamanes, el más joven miró al Linyera y cabeceó hacia Lucho alzando las cejas. El linyera asintió con seguridad y el más joven parpadeó apenas más lento que lo habitual. El Linyera hizo un chasquido torciendo la boca, todo había sido dicho. Se internaron en la selva, los indios dirigieron las prácticas y al despabilarse a la mañana, Lucho se encontró con que el linyera se había momificado en posición fetal. Su cuerpo pesaba muy poco, parecía de papel seco. Lo pusieron sobre los rescoldos y se consumió en minutos. Uno de los indios abrió una bolsita de lona que el Linyera llevaba siempre y de entre cinco piedras eligió una para Lucho.

Al consumirse los despojos de su maestro un humo azulado quedó suspendido sobre el fuego. Lucho ya no estaba bajo los efectos de las pócimas, las había tomado decenas de veces en cantidades cada vez más pequeñas hasta que solo una gota cambiaba su percepción. En adelante le alcanzaría con invocar. Cuando vienen europeos les dan primero otras plantas para quebrarlos –le había contado el Linyera–

sudan, vomitan y tienen diarreas conmovedoras, los purgan antes de recibir la planta sagrada, los hacen sentir que se mueren y aun así no se abandonan. Vienen del otro lado del mundo a resistirse –le decía sonriendo y negando con la cabeza– de todas formas si pasan no van a ningún lado, se dejan llevar por visiones y ensueños al azar. A él nunca lo habían purgado.

–No soy europeo –había razonado Lucho.

–Tampoco indio –le había dicho el Linyera.

–Ni una cosa ni la otra.

–Si fuéramos cosas no podríamos suceder, vas a ser un "como yo" cuando yo no esté –le repetía el Linyera hasta el aburrimiento. Lucho no entendía del todo pero sabía que iba a entender.

Descubría la soledad porque durante el tiempo en la selva con el Linyera habían sido dos. Podía quedarse el tiempo que quisiera entre los indios pero no tenía sentido, eran como radios en distintas sintonías. Volvería al lugar de donde había venido, a vivir entre gente que convierte un diente roto o un grano en la nariz en el centro de su existencia. El chamán más joven iría con él, tenía un objetivo que por supuesto no le contó. Las horas de micro las viajarían de noche para despertar al llegar con la sensación de haber aparecido.

Roque se levantó temprano y, cosa que nunca había hecho, fue hasta la tumba de su padre. Ya había otro hombre allí, que al llegar hasta él le dijo sonriendo:

–Te invoqué.

Recién entonces reconoció a Lucho, que extendió las manos con las palmas hacia la tumba y dijo:

–El viejo anduvo en algo raro, cuestiones de poder, como nosotros.

–¿Nosotros?, yo solo sé escuchar el filo, no es más que una forma simple de meditación.

–Todo lo que es fácil de decir es difícil de hacer –recordó Lucho– no creas que yo hago mucho más.

Roque asentía, luego de un rato dijo:

–Me casé, tengo un pibe.

–¿Cómo se llama?

–Víctor.

–La cara que debe haber puesto la vieja –dijo Lucho riendo. –Lo que me inquieta es que mi esposa le tiene terror, dice que le da la impresión de que en cualquier momento le va a morder el cuello.

–Eso es normal.

–Ella tiene una malformación cardíaca, no es grave pero no tiene cura.

–Igual que el miedo –dijo Lucho.

XLIV

El gran juez Cattáneo volvió al pueblo de visita con su nueva esposa, sin sus hijos, auto importado, varios kilos menos, entretejido rubio y reloj de oro. Aprovechando la feria judicial se había pegado una vuelta. Aquí no había playa, ni montaña, ni restaurantes ni cines, aquí no había un carajo, ni siquiera un amigo, pero el gran juez Cattáneo era tan humilde que no se olvidaba de sus orígenes. Luego de andar paveando de aquí para allá varias horas, fue a visitar a quien había sido su secretaria en la Fiscalía. Ella se había jubilado con dos pesos y la estaba pasando mal. Lo dejó entrar y se paró junto a la madre de Ramiro que sentada lo miró inexpresiva. Cattáneo puso dos paquetes sobre la mesa y dijo:

–Cincuenta mil en cada uno, como arreglamos.

–Está bien –dijo la secretaria, y apoyó sobre la mesa un minicasette empujándolo hasta el otro lado.

Cattáneo lo agarró y preguntó:

–¿Cómo sé que esto termina acá?

–Termina acá –dijo un desconocido que de pronto estaba a sus

espaldas y agregó–: No nos interesa que un juez federal se quede sin nada que perder.

Cattáneo salió. "El que roba a un ladrón, tiene cien años de perdón", pensó la secretaria para sentirse menos culpable.

Viendo la polvareda que dejaba el coche, Roque pensó que ese corrupto, aunque por motivos egoístas, había cumplido un importante papel para salvarlo. Su madre había averiguado todo en su momento, y lo había mandado con el padre de Ramiro. Miró a las mujeres sentadas una al lado de la otra, cada una con su paquete y su depresión. Él podía haberlas ayudado, pero para que aceptaran algo tuvo que organizar que la plata la pusiera Cattáneo. Lo hubiera matado con gusto, no por él sino por el padre de Ramiro que siempre le había tenido ganas. Pero le debía la vida a sus miserias y no quería entrar en una espiral de asesinatos como había sucedido con su madre años atrás.

La secretaria les ofreció unos mates, prefirieron irse. Mejor, pensó ella, porque en cualquier momento le vendrían las lágrimas. Le pasaba a cada rato y prefería estar sola, le hacía peor que alguien la consolara. Tantos años trabajando con dedicación, siendo fiel, postergándose para cumplir siempre y ser desechada al final como un trapo viejo, una herramienta gastada.

Con su único hijo muerto, la madre de Ramiro no tenía ganas de vivir. Roque la ayudaba y la protegía. A ella le había interesado joder a Cattáneo para tener la oportunidad de matar al hijo de puta que había ensuciado el nombre de su hijo. Para ayudar a su marido lo había aguantado. No obstante, quería tenerlo delante para decidir, por eso esperó sentada todo el tiempo con el viejo revólver bajo la pollera. Cuando Cattáneo entró, le pareció tan patético con su riqueza vacía, su falsa melenita y su miedo a perder, que no quiso hacerle el favor. Igual, pensamientos de muerte la rondaban.

El único que estaba contento era el sargento, se iba como custodio del Juez Cattáneo a la Capital. ¡El hijo de puta cumplió!, pensaba. No había tenido que hacer nada, en un primer momento creyó que iba

a tener que matar a la secretaria, pero el juez debió haberlo arreglado de otra manera. Lo habían puesto nervioso los crímenes del pueblo, no por la violencia sino por no saber de dónde venía. Como custodio del juez no iba a poder trabajar para los jefes policiales pero cobraría viáticos. Duró poco el sargento en la Capital. Viajando en colectivo se durmió, subieron asaltantes, se dieron cuenta que era policía y lo ejecutaron. Cattáneo se enojó. Le habían ofrecido un lugar en las listas para diputados y si hubieran matado a su guardaespaldas en un tiroteo, le hubiera sacado rédito diciendo que lo atacaban a él por su lucha contra el delito. También le hubiera venido justo si hubiera hecho matar a la traidora de su secretaria. Le había hecho un favor al sargento por nada y encima le habían sacado un toco. Cattáneo se sentía tan mal que avisó que no iba al juzgado por un par de semanas y se fue a navegar en yate con la minita de turno.

XLV

Irene sabía muchas cosas, otras creía saberlas, otras las sospechaba y otras más las ignoraba. A su vuelta tuvo el primer almuerzo con sus dos hijos en tres años. Estaban su nieto Víctor y su nuera. Cada vez que alguien mencionaba el nombre del chico Irene se tensaba y Lucho contenía la risa.

–Qué te habrán hecho en la selva, volviste muy risueño –le recriminó Irene.

–Hay cosas que un hijo no le cuenta a su madre –le recordó Lucho y luego para cambiar de tema dijo–: El linyera trascendió.

Irene pegó un salto.

–¿Está muerto?

–¡Trascendió, che! –repitió Lucho tratando de ponerse serio.

Su madre lo miró de reojo.

–¿No lo habrás matado vos?

Lucho estuvo por decirle que no se parecía tanto a ella pero se contuvo y negando con la cabeza aclaró:

–Al final de un ritual se quedó seco, en el sentido literal de la palabra –hizo una pausa y terminó– ya me lo había anticipado.

–Tenía más de cien años –dijo Irene, y mirando a Roque agregó–: Vos no lo conociste.

–Sí –dijo Roque para sorpresa de ambos– charlé con él antes de que se fueran a la selva. –Y agregó–: Fue muy interesante.

–¿Cómo es eso? –preguntó Irene.

–¡Víctor! –gritó la esposa de Roque al nene, que trataba de meter los dedos en el enchufe. Roque aprovechó para llenarse la boca de comida. Irene se distraía cada vez que escuchaba ese nombre.

–Nunca me había dado cuenta de cuantas veces por día se pronuncia el nombre de un chico –dijo Lucho riendo.

Roque aprovechó para cambiar de tema:

–Anduvo Cattáneo por el pueblo.

–¿Qué quería? –preguntó Irene con ferocidad.

Lucho interrumpió riendo:

–Está preguntona la abuelita.

Irene lo fulminó con la mirada, pero allí la única persona que le temía era la esposa de Roque, que a pesar de que trataba de pasar inadvertida volvió a gritar:

–¡Víctor, dejá eso!

El nene estaba en el jardín estrujando un sapo. Mientras la mamá corría a sacárselo, Roque dijo con muy mala intención:

–Le gustan los animales.

Lucho estuvo por agregar que por ahí terminaba siendo veterinario, pero prefirió no tensar demasiado.

Lucho se fue a poco de terminar la comida, Irene se quedó un rato más. Al despedirse, Roque la acompañó a través del jardín. Era el momento en que podían llegar a decirse algo importante.

–No hablás nunca de papá –le dijo Roque a su madre. Un nuevo

grito a lo lejos. "¡Víctor!", la hizo alzar los ojos al cielo, luego tomó del brazo a su hijo mayor para que le sostuviera la mirada.

–No se puede salvar a nadie –le dijo.

–Quizás…

–No se puede salvar a nadie –le repitió antes de irse. Roque la observó alejarse. Pocos hubieran creído que esa joven mujer era su madre. No se enojó con ella, sabía que tenía razón pero él no pretendía salvar a nadie, había querido decir otra cosa.

A veces Roque iba a campo abierto para ver la puesta del sol y escuchar el filo. A veces llevaba a su hijo Víctor y mientras con un brazo lo sostenía alzado, escuchaban juntos. Al principio debía mantener la faca lejos para que el chico no la manoteara. Sin que le explicara se iba dando cuenta. Al ponerse el inmenso sol rojo, el nene escondía la cara contra el pecho de su papá.

–Vas a tener que verlo, Víctor –le decía él–, pero no vas a estar tan solo, aunque no se pueda salvar a nadie, no vas a estar tan solo.

En esos momentos el pequeño Víctor sólo quería escuchar el filo para adivinar las formas que dejaban las estelas de infinitos puntos centelleantes, aunque no tuviera las palabras para fracasar al decirlo.

XLVI

Roque fue quien más sintió la muerte del abuelo. Luego del entierro Irene se fue de viaje por Europa. Ordenando papeles, Roque encontró una carta: "Si tu hija se sigue viendo con Fer, la voy a matar". Le vino a la mente la separación de sus padres, el asesinato de Rita y los que habían seguido. Fue a hablar con su abuela.

–Siempre queda algún cabo suelto –dijo ella y agregó–:

Esto no tiene nada que ver con vos.

–Tengo que saber –dijo Roque esperando. Su mirada lo decía todo.

–Hubiera sido un escándalo, además esa Rita era una puta, qué

derecho tenía a venirnos con amenazas. –Roque permaneció en silencio. Su abuela se resignó y siguió–: Tu mamá tenía una aventura con el pendejo, Rita me mandó la carta a mí y cometí el error de mostrársela a tu abuelo.

–¿Fer no era homosexual?

–Tiraba para los dos lados.

–No puedo creer que haya sido amante de mi madre. –A tu madre le gustaba divertirse, nadie le dice lo que tiene que hacer y vos no sos quién para juzgarla.

–¿Se separó por eso?

–No, eso no tuvo nada que ver –dijo la abuela, y luego le contó que el abuelo había perdido el control y había contratado a alguien para que matara a Rita. Roque reaccionó diciendo:

–Siempre pensé que había sido mamá.

–Ella no mata perdices a cañonazos.

–El abuelo la protegía a ella y ella al abuelo.

–Y los dos a su orgullo –dijo la abuela y preguntó–: ¿Qué vas a hacer?

–Nada, no voy a hacer ni decir nada.

–Es lo mejor –dijo la abuela y entre risitas siguió– cuando tu papá le atribuyó en la Fiscalía esa pavada de los disfraces eróticos tu abuelo se enfureció, parecía un perro rabioso y durante un tiempo pensamos que él lo había hecho matar.

–Bueno –dijo Roque– si hay algo más, te agradecería que me lo contaras ya.

La abuela se encogió de hombros y agregó:

–Tu abuelo le pagaba a un peoncito para que molestara a tu papá, ahí se hicieron amigos con Fer.

–Una sucesión de locuras y estupideces.

–Sos igual a tu padre –terminó la abuela haciéndose la ofendida– no te gusta la diversión.

Apenas vuelta de Europa Irene fue con Roque y le dijo:

–Así que ya sabés.

–Encontré la amenaza y saqué conclusiones.

–¿Y Lucho?

Roque negó con la cabeza.

–No era de tu incumbencia –dijo ella.

Roque asintió, pasaron unos segundos en que Irene pareció aplacarse y Roque preguntó:

–¿Podrías haber evitado la muerte de papá?

–No se puede salvar a otro.

–Pero…

–No se puede salvar –dijo Irene, yéndose, no quería que Roque le viera los ojos.

XLVII

La madre de Ramiro estaba entregada. Roque fue a verla con la nueva información y la esperanza de que al involucrarla en preocupaciones mundanas se sintiera mejor, quizás de paso agregara algo.

–Ramiro y Fer eran solo amigos –dijo ella.

–Claro.

–No soy una mojigata, no me escandaliza el sexo, ¿sabés que Ramiro había confesado el asesinato de esa mujer?

–Rita –asintió Roque.

–Tenían un plan –dijo ella, y siguió–: A escondidas de su padre, Ramiro le enseñaba a escuchar el filo.

–No llegó a saber suficiente.

–Ninguno de los dos –dijo la madre de Ramiro. Tomaron unos mates como hacían cada tanto pero un hijo es un hijo, él nunca iba a poder ayudarla. Le vinieron a la mente las palabras de su madre "No se puede salvar a otro", había dicho y luego "No se puede salvar". "Resumiendo", pensó él, "no se salva".

XLVIII

La abuela de los muchachos estaba horrorizada porque Lucho se había traído un indio que le andaba dando vueltas alrededor como un perrito. Lo tenía como ayudante vaya a saber de qué, porque cualquier tarea que le fuera encargada terminaba en un desastre. Era mejor que no hiciera nada, pero Lucho aún así lo retuvo.

–Me da lástima –explicó.

Roque sabía que el indio era un chamán y que hacía las cosas mal para no trabajar. Se lo comentó a Lucho.

–Hay cosas que los indios hacen bien y cosas que hacen mal –dijo Lucho– te sorprendería las que hacen bien.

–No deben ser muchas porque viven como miserables. –Son poco prácticos, por eso este chamán vino conmigo, no le enseño nada pero él dice que está aprendiendo mucho.

Vos le caes bien –terminó Lucho.

–¿Por?

–Supongo que porque te das cuenta.

Fueron juntos a casa de Lucho. El indio los recibió sonriente en el jardín. Estaba sentado bajo el único árbol, con una mantita extendida en el piso y sobre ella varios objetos cuidadosamente ordenados: piedras, plumas, huesos y un par de cuchillos viejos.

–Es su mesa –dijo Lucho– le pedí que me aclarase el sueño que tenía de chico, ¿te acordás?

–Inolvidable –dijo Roque haciéndose el asustado.

El indio largó una carcajada y se concentró en los objetos de su mesa. Tomó una piedra y la sostuvo entre sus palmas cerrando los ojos, apuntó con uno de los cuchillos a Roque, hizo lo mismo a Lucho con una pluma, tomó otra piedra y la sostuvo contra su pecho.

–No podemos tocar nada –explicó Lucho y siguió– que nos deje ver su mesa es un gran honor. –Roque pareció preocuparse, Lucho le aclaró–: No tenés que agradecer, lo hace para sus dioses.

El indio habló en un entrecortado castellano.

–Viejo-advertencia-abuelo. –Lucho pegó un salto y el indio señalando a Roque dijo–: Sabe.

Lucho lo miró y Roque alzó las cejas. Le dieron las gracias al indio y Lucho insistió en acompañar a Roque hasta su casa.

–Cómo puede ser.

–Deberías preguntarme primero si es cierto.

–Cómo puede ser –insistió Lucho.

Roque estaba disfrutando.

–¿Que el peligro era nuestro abuelo o que lo supe antes que vos?

–No jodás.

No había margen y Roque aceptó.

–Está bien, pero después no digan que no me gusta divertirme. –Luego le contó lo que sabía. Fue conciso y directo. Lucho ya no parecía sorprendido y Roque se lo hizo notar–: Lo único que me sorprendió es que fueras menos boludo de lo que parecés. Bueno, igual tengo que estar agradecido, vos me dirigís la palabra y ese indio de mierda me deja ver un montón de basura.

–Está bien, está bien –dijo Lucho– ¿pero por qué no me lo dijiste antes?

–No era de tu incumbencia hasta ahora.

Lucho dio media vuelta y se fue.

–Recién estamos a mitad de camino, ¿no me ibas a acompañar?

Lucho hizo una seña grosera con su mano sin darse vuelta.

–¡La próxima preguntale al indio del segundo sueño! –le gritó Roque. Lucho se paró en seco y volvió. Roque aclaró–: El que te dijo que el padre de Ramiro tenía algo que enseñarme.

–¿De dónde sacaste eso?

–Mamá.

Lucho comenzó a irse otra vez pero se reía tanto que caminaba como un borracho.

"Qué turra es la vieja", pensó Roque.

XLIX

Volvió a aparecer por el pueblo Tomasito. Las propiedades de la Fundación de Estudios Extraterrestres habían sido liquidadas, pero el monte de la luz mala estaba a su nombre y se generó un litigio que mantuvo congelada la cuestión por años. Finalmente llegaron a un acuerdo y Tomasito lo puso en venta. Roque lo compró en nombre de la empresa familiar, se encontraron para firmar el boleto y días después para escriturar. Roque lo invitó a cenar, quería sacarle algunos datos. Lo tenía visto de pasada muchos años atrás. Ahora Tomasito exhibía canas, arrugas y un fingido entusiasmo. No era fácil de manipular pero ese día estaba contento y Roque había pedido el mejor vino. Le contó que ese monte era todo lo que le había quedado luego de trabajar durante años. Roque no quería ahondar en ese tema porque era evidente que Tomasito era un estafador. Por otra parte no era eso lo que le interesaba. Cuando lo tuvo suficientemente tomado le comentó que sus padres se habían conocido.

–El veterinario, sí y también recuerdo a Irene.

–Tu viejo y mi vieja tenían mucho que ver con un tal Garrido.

–Me acuerdo, una especie de prócer era.

–Nunca me contaron bien qué hacían.

–A mí tampoco, mi viejo me mantuvo al margen y me daba bronca. –Roque creyó que no había más, pero Tomasito recordó–: Solo una vez me mezclé en eso, para hacer de chofer. –Roque le hizo un gesto de sorpresa y Tomasito dijo–: Tuve que ir a buscar a un tipo a un psiquiátrico y traerlo hasta la Fiscalía, era importante que nadie supiera de dónde había salido, ni siquiera mi viejo, y pensé que eso me iba a dar entrada al grupo pero no… después mi viejo murió.

–Cuando volvía a la ciudad.

–Ahá.

Roque le siguió tirando de la lengua. Que Tomasito se hubiera referido "al grupo" indicaba que sabía más de lo que reconocía. Logró que siguiera hablando y le contó que la idea había sido de Irene.

–Al grupo le molestaba tanta atención –razonó Roque. –Supongo –dijo Tomasito, que apenas podía hablar. No iba a sacarle más nada ni lo necesitaba. "Otra de las maniobras de mi vieja", pensó.

L

Roque fue con Lucho a recorrer el monte de la luz mala. Le contó del primer encuentro de su padre con el de Ramiro. Le contó que allí se encondía Ramiro y que allí mismo había estado enterrado varios meses. El lugar estaba impregnado de los pequeños espantos de los lugareños y el dolor de la familia de Ramiro.

–Más allá del macaneo de la Fundación, este monte es especial –dijo Lucho– a pesar de que son muchas hectáreas quisiera conservarlo así.

–Eso mismo quería proponerte.

Al indio le encantó para hacer rituales con Lucho. A Roque le gustaba para ir a escuchar el filo, a veces con su hijo, el pequeño Víctor. También era una reserva natural para cientos de especies de la zona. Cuando Roque le contó a la madre de Ramiro, ella se alegró. Estaba con neumonía en el hospital, no comía y se debilitaba. Él la visitaba todos los días y en el último ella le pidió que enterrara sus cenizas en ese monte. El indio le indicó una depresión diciéndole que había sido la tumba de un hombre joven. Allí dejó juntas las cenizas de Ramiro y sus padres. Luego, de acuerdo con Lucho, hizo levantar y cremar los restos de su padre, y también los enterró en un lugar que les eligió el indio.

Roque le comentó a su madre la charla que había tenido con Tomasito sin saber que lo condenaba a muerte. Irene no iba a permitir

que anduviera contando esas cosas, pero sucedió lejos del pueblo y no trascendió. La esposa de Roque se descompuso varias veces. Roque tenía un mal presentimiento pero los médicos le habían dicho que mientras no hiciera grandes esfuerzos, no corría peligro inminente. Podía vivir algunos años más, aunque también podía tener una muerte súbita. Lo único seguro es que no mejoraría. "Las patologías congénitas son así", le habían dicho. Entrando la primavera, el hijo de Roque se perdió, no lo encontraban por ningún lado. Dieron vuelta la casa de ellos y de los vecinos, avisaron a la policía, nadie lo había visto. Caía la noche. A propuesta de Lucho fueron a buscarlo al monte. Era un presentimiento pero no tenían otra cosa. Allí era difícil orientarse de día e imposible de noche, sin embargo fueron hacia el mismo lugar sin dudarlo. Encontraron al pequeño Víctor sentado donde habían enterrado las cenizas del abuelo que no había conocido, el veterinario. Tenía un frasco que parecía sacado de entre las cenizas. No había ninguna nota y el frasco no tenía etiqueta, solo un líquido espeso y dorado. Llevaron a Víctor a casa, su mamá esperaba al borde de la histeria. Cuando terminaron los besos y abrazos, llegó Irene y Roque le mostró el frasco.

–¡Mío! –gritó el nene.

–¿Qué es? –le preguntó Roque.

El chico se encogió de hombros. Irene le preguntó a su nieto:

–¿Para quién?

El chico señaló a su madre. Irene tomó el frasco y lo miró a trasluz, extasiada. Todos esperaron hasta que habló:

–Es una dosis curativa total, existió una hace años, no sabía que existía otra.

Su nieto fue hasta ella y tendió la mano. Irene le entregó el frasco y el chico se lo llevó a su mamá. Irene le dijo:

–Tomátelo todo de un saque y les explico.

LI

Irene se quedó hablando con sus hijos mientras la esposa de Roque bañaba y acostaba a Víctor. Después su marido le contaría lo importante. Quería estar lejos de esa mujer, nunca se habían soportado. "La bobita esa" le decía sin tener cuidado de quien la escuchara. Roque le contó después que su padre había sintetizado una sustancia que decían que curaba cualquier enfermedad, ella no lo creyó pero se sintió cada vez mejor y los médicos no encontraron rastros de las lesiones cardíacas que la habían acompañado toda su vida. Roque se encontró con que su hijo había salvado a la mamá, así como el padre de Ramiro lo había salvado a él. No se engañaba, no era a esto a lo que se refería Irene cuando le dijo que no se puede salvar, su madre no sabía contradecirse. ¿Cómo había aparecido ese frasco; habría enterrado las cenizas justo en el lugar en que previamente estaba el frasco o se habría materializado a partir de ellas? Creerlo era demasiado hasta para él. ¿Y cómo había llegado Víctor allí? La faca le dio la respuesta luego de horas de acariciar el filo. Vio la imagen de su madre en el monte sentando al pequeño junto al pocito.

–Me pescaste –dijo ella con orgullo.

–Pusiste en peligro a mi hijo.

–Estuve con él hasta que llegaron ustedes –dijo Irene, dejándole en claro con su tono que no le iba a tolerar melodramas.

–Nos podías haber avisado.

–Era el precio para que la bobita se salvara. –Roque no atinó a responder e Irene siguió–: La sustancia detonó su poder al combinarse con las las expectativas de quien lo dio y quien lo tomó, el mito que la precedía, su disponibilidad mágica, tu hijo perdido, su búsqueda y el miedo, fueron distracciones imprescindibles. –Roque estaba furioso e Irene le aclaró–: Por mí la bobita esa se podría morir ya mismo, pero hubiera sido terrible para mi nieto, las cosas están mejor así.

Roque estuvo un tiempo distanciado de su madre, todavía estaba enojado cuando ella mandó llamar a los hermanos.

–Voy a venir de visita al pueblo de vez en cuando –les dijo– me voy a vivir a la Capital.

–Si es por lo de Víctor…, –empezó Roque, pero ella lo interrumpió.

–No seas pavo, encontré un grupo parecido al de Garrido, viven todos allá. –Y siguió–: –Yo sé que no nos hace mejores ni más fuertes, que hay otras maneras, pero estas actividades se convierten en un vicio y yo ya lo tengo; no me resigno a vivir sin eso. –Sus hijos no decían nada e Irene continuó–: Ustedes no me necesitan y yo menos, por otra parte me deprime bastante ver cómo envejecen.

Sin despedirse, la vieron alejarse. Le quedaban varias preguntas a Roque, ¿su madre había logrado la complicidad del nene que todavía hoy decía no saber cómo había llegado hasta el monte; lo había llevado bajo algún tipo de inconsciencia; cómo había descubierto el lugar de las cenizas; por qué su hermano y él habían ido precisamente allí? Su madre no respondía preguntas, las respuestas había que ganárselas.

Dejó las preguntas añejarse. Con las emociones decantando y la rutina familiar, comenzaron a responderse solas. Recordó que quien había sugerido ir al monte de la luz mala había sido Lucho y comprendió. Se encontraron para hablar a solas. Roque dijo –Ahora entiendo lo que sentía papá, lo que es sentirse traicionado y callar, que te manejen la vida y dejar, pero yo no soy él. Lucho recibió una tremenda piña en la cara. A pesar de la justeza del golpe, logró pararse. En un cruce frenético dieron y recibieron parejo. Lucho tomó dos pasos de distancia, inspiró profundo y volvió. Esta vez dio sin recibir. Roque se paró por segunda vez con la cara sangrando y al acercarse Lucho le tiró un puntazo. Lucho tomó dos pasos de distancia, agazapado Roque lo esperaba faca en mano. Lucho se fue. De mutuo acuerdo dividieron los bienes en tres partes. La abuela no

quiso participar y se quedó viviendo con Roque. El enfrentamiento que Irene anticipó, se había producido por su accionar y poco había faltado para terminar con uno de sus hijos muerto.

LII

Lucho tomó la pelea con su hermano con naturalidad. Habían sido aliados en el pasado y ahora se habían transformado en enemigos como parte de un proceso inevitable. Le había costado un gran trabajo cargar con energía el contenido del frasco. Varios rituales en el monte de la luz mala junto a las cenizas de su padre y guardar el frasco en su "mesa", envuelto en la mantita que una india le había tejido expresamente, junto a los dos únicos objetos que tenía, dos piedras. Una le había pertenecido al Linyera y se la habían dado los chamanes cuando se quedó seco. La otra la había conseguido junto al océano, luego de examinar cientos de piedras al retirarse una ola la había levantado a pesar de su aspecto ordinario. En su cara oculta un infiltrado dibujaba la figura de un escarabajo. Sentía debilidad por esos insectos. En verano se detenía cada vez que encontraba alguno pataleando panza arriba para ponerlo a salvo. Decidió que si al secarse conservaba el dibujo, sería el segundo objeto de su "mesa". La operatoria la dejó en manos de su madre, que para eso era insuperable. Salvar a la mamá de Víctor le había costado un hermano y tal vez fuera lo mejor. Si hubieran peleado por otra cosa, uno de los dos estaría muerto.

Al dividir los bienes, Roque quiso retener el monte de la luz mala y Lucho no se opuso, no porque no le interesara. Quería verle la jeta lo menos posible a Roque y se había quedado con las ganas de meterle la faca en el culo. Seguía soltero, Lucho, aunque tenía mujeres en varios pueblos e hijos al por mayor. No creía en la familia, las filiaciones ni la herencia. Los indios lo habían influido. De cuando en cuando se cruzaba con su sobrino y se sonreían de lejos. No se hablaban.

Roque no necesitaba al resto de su familia para vivir, nunca había tenido razones para confiar en ninguno de ellos, tampoco en su padre, que no había sido capaz de estar. Ni siquiera en su hijo a pesar de su corta edad, ya que estaba seguro de que no le contaba cosas que había compartido con Lucho e Irene. Que su esposa se curara había sido bueno, para su hijo era extraordinario, pero algo había cambiado, el contacto de ella con algo del orden de lo sagrado la hacía intocable. No volvieron a tener relaciones.

Roque tuvo que internar a su abuela, que un día no reconoció más a ninguno de ellos y al nene trataba de pegarle con una escoba diciendo que era un bicho. No tuvo alternativa, tanto Irene como Lucho le dejaron toda la responsabilidad. La abuela ya no extendería las viejas sábanas de lino en el pasto las noches de luna llena para que el resplandor las blanqueara.

Pasaron algunos años, en los que también Roque tuvo una mujer y un par de hijos más en otro pueblo. Su esposa lo sabía sin necesidad de ninguna prueba. Mientras su hijo estuviera bien, no tenía problema.

Los siguientes años fueron tranquilos, hasta que en la adolescencia Víctor se quedó en blanco, ausente. No reaccionaba a ningún estímulo, en el hospital no le encontraban nada. Para Roque era evidente que el cuadro era el mismo que había visto a consecuencia de los grumos negros en el ex fiscal. Llamó a Irene y muy a su pesar, a Lucho. Ambos le aseguraron que era imposible, Víctor no podía saber de la existencia de los grumos negros, Lucho ni siquiera le había hablado en años. Roque insistió, había visto al ex fiscal reponerse con una segunda exposición y tenía metido en la cabeza que de alguna manera se había encontrado con los malditos grumos. Lucho llevó unos pocos y el mismo Roque quemó uno en la hoja de la faca y se lo hizo aspirar a Víctor tal como lo habían hecho años atrás con el ex fiscal. Esperaron unos días pero no hubo mejoría.

LIII

Irene no podía ayudar, ni pensar podía ante su nieto ausente, con ese nombre que no podía pronunciar, con su hijo Roque dando vueltas desesperado. Volvió a la Capital para buscar la solución. Necesitaba alejarse para buscarla en el único lugar donde podía estar, en ella misma. La reexposición a los grumos negros no había tenido ningún efecto y eso los descartaba como origen –pensaba manejando– hubiera sido más grave y paradójicamente más fácil de solucionar. Miró el tablero, 160 Km. por hora, levantó el pie. No tenía a quien acudir, ni el grupo, ni Garrido ni el Linyera. La encandilaron las luces de otro auto. Contuvo su enojo y volvió a una idea que le estaba por llegar. Otra vez miró el tablero y tuvo que levantar el pie. La idea tomaba forma, lo que le pasaba a su nieto estaba vinculado con lo que su esposo había logrado al sintetizar la dosis curativa total y también con lo que Roque le había enseñado con la faca.

Cuando era chica, Garrido le había contado que en la India algunos maestros materializan pequeños objetos entre sus manos, en la boca o dentro de un recipiente, no para ocultar un truco sino porque son cosas que no se pueden ver sin desestructurar el propio sistema de interpretación. Esa era la idea, su nieto había visto. Un auto la quiso sobrepasar pero no le dio la velocidad y tampoco tenía tiempo para volver a su carril. Ella frenó para que cruzara. Te vas a matar sin mi ayuda, pensó. Le vino a la mente la imagen de Tomás Lucea y la ahuyentó de inmediato. La salida de la ruta era una curva en bajada. Entró muy rápido, tuvo que meter un rebaje y poner la mente en blanco, apenas logró dominar el auto. Siguió despacio hacia su casa. Había una forma accesible para ella de ayudar a su nieto, le vendría la respuesta de un momento a otro y llamaría a Roque por teléfono. Manejaba por las calles desiertas cada vez más despacio, como para darse tiempo antes de llegar. Necesitaba destrabar su razonamiento para dejar de pensar en Víctor, su nieto, y rememoró sus primeros

encuentros con Víctor, su marido. Desde su muerte no había pensado en él y ahora se sorprendía recordándolo con cariño. Sonrió por lo vívido del recuerdo. Su amigo, el jugador de polo, no se había equivocado, no había durado ni en la facultad ni en el grupo, pero con Víctor había hecho un gol de media cancha. Irene sabía que era imposible que un hombre no le diera bola y Víctor no era la excepción, aunque mantenía la cordial distancia del que está fuera de categoría. Y tenía razón, pensaba Irene, ella era demasiado para cualquiera. En fiestas en que ambos eran extraños lo acaparó para hacerlo hablar de sí mismo y cuando no tuvo más remedio habló de ella haciéndose la tonta. En sus idas y venidas entre el pueblo y la Capital, lo analizó con Garrido y decidieron que esperararían a que terminara la carrera y lo llevarían al pueblo con la excusa de un trabajo. A Irene se le ocurrió que lo tendría más controlado si fingía ser su novia, luego se dio cuenta de que los pretendientes de su clase social eran mucho más estúpidos de lo que jamás sería Víctor y decidió quedárselo para ella. Total, sabía que nunca se iba a enamorar. De los mandatos sociales el único que coincidía con sus deseos era el de ser madre y para eso Víctor le alcanzaba. Mataba dos pájaros de un tiro. Garrido no se opuso así que Irene lo siguió viendo e incluso lo avanzó, pero él se hacía el que no se daba cuenta. "Debe pensar que es imposible y tiene razón, quiere evitar el rechazo y tiene razón, debe creer que lo estoy histeriqueando y le sobran razones", calculaba Irene. Una noche lo alcanzó hasta la pensión y se bajó del coche para despedirlo en la puerta. A Víctor lo incomodaban estas actitudes de Irene en que los papeles entre hombre y mujer se invertían, lo solucionaba haciéndose el desentendido y ella se divertía. Sin más, ella le propuso que fueran novios.

–Cuando te recibas nos casamos y te venís al pueblo, allá hacen falta veterinarios –le había dicho.

Él no lo podía creer pero lo único que tenía era ese sueño. Irene lo libraba de los riesgos de tomar la iniciativa y además le solucionaba la vida. Le dijo que sí, como si aceptara una invitación a tomar un he-

lado. Irene se quedaba con la sensación de que faltaba algo y dándose vuelta le había dicho:

–Tocame el culo, es la confirmación de que somos novios. –Luego de unos segundos había empezado a taconear.– Dale –le había dicho con una sonrisa a punto de desaparecer.

Él la acarició.

–Más fuerte –había ordenado ella.

Él la frotó con fuerza, le apretó cada nalga y le pasó la mano hacia delante entre las piernas.

–Bueno, listo –había dicho Irene– voy a volver cada 20 ó 30 días. –Antes de subir a su coche le había preguntado–: ¿Está todo bien?

–Perfecto –había dicho Víctor sin querer despertar de su sueño. Ahora despertaba ella de sus recuerdos con su risa.

Entró a su casa abstraída, vio un movimiento en la oscuridad y se dio cuenta de que alguien se había metido.

–Me estuviste buscando –dijeron desde las sombras. Reconoció la voz, sus ojos comenzaban a acostumbrarse, vio el arma y el fogonazo, no llegó a escuchar. Qué soberbia hija de puta, pensó el ex fiscal sin animarse a bajar el arma.

Los hermanos tuvieron que viajar a la Capital. No podían creer que su madre estuviera muerta. Esa mujer que parecía no envejecer y vivía como quería, que podía incomodar o hasta aterrar con su mirada, que electrizaba el ambiente con su presencia, ¿cómo podía estar muerta? La policía les explicó que la puerta estaba forzada y la señora habría sorprendido al ladrón, que estaban sobre una pista y era posible que pronto lo arrestaran. Roque y Lucho sabían que no iban a encontrar a nadie, que no había ladrón. Hicieron los arreglos del entierro.

–Esto era entre ellos –dijo Roque.

–Eso no lo decidís vos –contestó Lucho.

Volvieron al pueblo como habían partido, cada uno por su lado. Al llegar a su casa Roque se encontró con que su hijo Víctor había despertado esa mañana completamente recuperado.

LIV

Mi viejo pensó que no recordaría estos últimos días, pero yo recordaba todo lo que pasó aquí y lo que pasó en donde fuera que hubiera estado. Nos sentamos a hablar largo, en serio, como hacíamos cuando me enseñaba a escuchar el filo. Le conté que había llegado a ver lo que mi abuelo veterinario había visto; que creía que aquello era la mayor parte del universo, la información que el cerebro bloquea para poder armar su interpretación; que no sabía si no podía ser dicho porque no lo abarcaban las palabras o porque no había quién le pusiera nombre; que quería estudiar física para utilizar esa información y sobre todo, que se creía perdido aquello que no podía perderse. Mi viejo dijo:

–Preferiría que te alejaras de estas cosas y vivieras una vida normal, pero por ahora estoy satisfecho con que estés bien.

–Quedé fascinado hasta que Irene interrumpió mi contemplación –dije.

Mi viejo dudó un rato, se mordió el labio y dijo suspirando:

–Irene está muerta.

Yo le puse la mano en el hombro y le dije algo que él ya sabía:

–Muerta es una forma de decir, solo una forma.

LV

En un pueblo del otro lado del país el ex fiscal salió de su casa. En una terraza a poco menos de cien metros estaba Lucho con una rama. El ex fiscal caminó por la vereda, Lucho le apuntó con la rama. “Pum”, hizo en voz baja. El ex fiscal se dobló y vomitó. Se limpiaba con el pañuelo y Lucho le apuntó con la rama. “Pum”, hizo en voz baja. El ex fiscal tuvo un recuerdo, una mujer joven amamantando dos críos. Abrió y cerró los ojos con fuerza, sacudió la cabeza, no era un

recuerdo que le perteneciera. Lucho le apuntó con la rama. "Pum", hizo en voz baja. El ex fiscal vio una nena en una hamaca, escuchó su risa, vio un nene juntando insectos, corrió hacia su casa y cerró la puerta tras de sí. Lucho apuntó con la rama hacia la puerta. "Pum", hizo en voz baja. El ex fiscal se tomó la cara con las manos, cayó al piso y sintió un olor que sólo había sentido dos veces en su vida, y ya no estuvo.

LVI

Terminé la secundaria y comencé a estudiar física en la Facultad, pero largué a los pocos meses. Me pareció que si estudiaba con un propósito la vida se convertía en obligación. Me pareció que no tenía que cumplir, que no existía nadie con derecho a pedirme cuentas. Me pareció que el lugar que había atisbado en mis meditaciones era del que venía y que estaba aquí para hacer lo que quisiera, y no quise ser de los que quieren lo que no conocen. Mi viejo se alivió, me ofreció la faca pero no la necesitaba. Se alivió más mi viejo, enterró la faca junto a las cenizas de algunos de los muertos que lo habían querido.

Días después, de pasada me vio sentado en el bar con

Lucho. Volvió sobre sus pasos y entró:

–Desde cuándo se ven ustedes.

–Desde que tenemos ganas –le contesté.

Lucho lo invitó a sentarse con una seña. Mi viejo pidió café y le preguntó a su hermano por el ex fiscal.

–Hice algo, pero no le hice nada.

Él suspiró y agregó señalándome con la cabeza.

–¿Te contó?

–Me contó.

–No quiso la faca.

–Es solo un artificio –dije– nada que corte hace falta para escuchar.

Fue la última vez que los tres estuvimos juntos.

Lucho me contó todo lo que sabía antes de irse lejos. Mi padre creía que yo no le quería contar de cuando encontré la dosis curativa total. Tardó en convencerse de que lo único que recordaba era la firmeza con la que apreté ese frasco y cómo lo penetré con la mirada. Creo que le aporté parte de su poder en ese momento. Era muy chico yo. Más adelante me contó lo que él sabía. De ello lo único que me impresionó fue algo que el padre de Ramiro le había contado antes de morir. Ramiro se escondía de la policía en el monte de la luz mala y en una de sus salidas para buscar comida lo hirieron de muerte. Logró volver al monte, donde sus padres lo encontraron entrada la noche. Ante el sufrimiento de Ramiro, su madre tomó la faca, le cortó la gran vena del cuello y esperaron abrazados los tres. El padre de Ramiro salvó al mío poco tiempo después ofrendando su cuerpo. De lo demás, solo vale la pena el recuerdo de la mirada de Irene, la abuela que jamás pronunció mi nombre. Creo que ni a sus hijos los miró con la ternura con la que una vez, durante un segundo, me miró a mí.

Mi viejo enfermó. No tiene tantos años pero el riñón prestado no da más. El pueblo no es el lugar donde yo crecí, mucho menos donde creció él. Vinimos en coche a las afueras para que pueda ver la puesta por última vez. Se adelantó un poco para estar solo. Nuestro sol inmensamente rojo debe ser un efecto visual de la llanura. Me contaron que mi abuelo no podía presenciarlo y que mi padre se acostumbró de chico. A mí no me costó tanto, yo soy de aquí. El monte de la luz mala ya no existe, es un campo más en el que se alternan cultivos. Pocos recuerdan a personas como Garrido, Irene o Tomás Lucea. Los demás entraron fácil en el olvido, no tendrán que esperar que mueran los últimos viejos.

Mi viejo me enseñó a ver y escuchar más allá de lo obvio sin caer en trampas metafísicas ni manipulaciones sectarias. Debe haber

notado mi impotencia para ayudarlo. “No se puede salvar a nadie”, me dijo. Se aleja cada vez más, supongo que se prepara para morir. Mi familia ya no es poderosa. A veces pienso en irme del pueblo pero no creo que el sol se ponga así en ningún otro lado, no se puede vivir de lejos. Mudo sol rojo que no palpita, lento vértigo de lo que no seré, quieta caída.

Guardián de las cabezas

y otros relatos

(2006-2007)

Guardián de las cabezas

La casa de don Don Omar era un depósito de basura ordenada y clasificada. Él sabía dónde encontrar cada cosa por más insignificante que fuera. De vez en cuando vendía algunas y con eso sacaba el suficiente dinero para vivir. Hubiera retenido sus posesiones, a pesar de que todo había sido obtenido mediante el cirujeo en la calle. La casa estaba llena de gatos lo que impedía que se convirtiera en un criadero de ratas. También juntaba madera para quemar durante el invierno. La casa era enorme, tipo chorizo pero de dos plantas. Había sido de las primeras del barrio y siempre había pertenecido a su familia. No salían de ella olores ni ruidos molestos por lo cual los vecinos no tenían problemas con él.

Don Omar pintaba acuarelas sobre cartones y maderas que regalaba a sus vecinos. Eran incolgables pero había que guardarlas, ya que

Don Omar podría revisar la basura. Raquítico, fuerte y encorvado, con sus espesos bigotes amarillentos por el cigarro, pasaba gran parte de su tiempo cirujeando en las cercanías o en la vereda de su casa apoyado contra la pared. A todo el mundo conocía, a todos les caía bien, era un referente del barrio. Pocos se paraban a charlar con él ya que una vez que empezaba a hablar, no daba oportunidad para terminar la conversación con un mínimo de cortesía. A pesar de sus 23 años, Sergio era de los pocos que lo soportaban, por eso se hicieron amigos. Un día nadie vio a Don Omar, pasaron varios días hasta que empezó a salir olor a podrido de la casa. Un vecino avisó en la comisaría, forzaron la puerta y encontraron el cadáver de Don Omar en descomposición. Le había dado un ataque y había muerto, nada del otro mundo.

Sergio nunca supo cómo Don Omar consiguió su número de documento, pero lo cierto es que le dejó la casa. Le alcanzó la plata justo para pagar los trámites y depositar los porcentajes que la ley dispone en estos casos. Era buen negocio, la casa estaba destruida pero el terreno valía mucho. Pensando venderla comenzó a limpiarla un poco y tiró todo lo que Don Omar había juntado por décadas en un par de volquetes. Solo dejó las acuarelas que colgaban por todas las paredes. Cuando estuvo vacía, le pegó una baldeada con lavandina al piso para que no diera asco entrar, aunque su destino fuera la demolición. En la planta alta el agua se escurrió por una rendija y al mirar con atención descubrió que había una trampa en el piso. Era la entrada a un entrepiso, difícil de imaginar desde afuera por la altura de los techos. Tenía 1,20 metros de altura y tuvo que permanecer en cuclillas. Estaba muy oscuro pero parecía limpio y resolvió volver con una linterna al otro día. Así lo hizo y vio con satisfacción que el entrepiso era enorme, abarcaba toda la superficie cubierta de la casa, un rectángulo de 8 metros por 30. Había un olor raro, que no llegaba a ser desagradable, pero todo estaba inmaculadamente limpio. La paredes estaban cubiertas por angostas estanterías del piso al techo, y entre cada estante había apenas el espacio suficiente para que entrara un frasco cuadrado

de grueso vidrio transparente. Había miles, uno pegado al otro, llenos de un líquido en el que flotaba algo del tamaño de una pelota de tenis. Acercó más la luz y examinó una de ellas con detenimiento, luego otra y otra. Eran miniaturas de cabezas, suspendidas en el líquido y en el tiempo, dando la impresión de haber estado siempre ajenas a todo, fascinantes. Observó los detalles de las facciones, su expresión, las tonalidades de la piel en cada una.

¿De dónde habían salido, por qué estaban en ese líquido? De pronto le vino la respuesta y comenzó a tener palpitaciones, no parecían, eran cabezas de personas. Se sentó en el piso tratando de recuperar el ánimo, intentó seguir pero mientras más las miraba, más confirmaba su impresión. Sacó uno de los frascos y desenroscó la tapa metálica, el olor a formol casi lo desmaya. Lo cerró y lo volvió a su lugar tratando de dominar su temblor. Se fue, estaba demasiado nervioso.

Pasó el resto del día callado y pensativo, no sabía qué hacer, si avisar a alguien, a la policía, a algún periodista. Primero tenía que investigar un poco más, no fuera que terminara haciendo un papelón. Al otro día encontró una llave de luz, en el techo había una fila de tubos fluorescentes de un extremo al otro y en minutos todo estuvo iluminado a giorno. Volvió a revisar las cabezas y ya no le quedaron dudas, eran cabezas humanas, estaban miniaturizadas pero eran reales y había miles. En el otro extremo del entrepiso encontró una carpeta tirada en el suelo que en la tapa tenía su nombre escrito con minúsculas: "sergio". La abrió y leyó la primera hoja: "sergio: a esta hora ya te estarás recuperando de la sorpresa. Debés haberte puesto contento cuando te dejé la casa. Es una herencia importante y no hiciste nada para merecerla". Sergio levantó la vista al techo y pensó ¡es una carta que me dejó Don Omar, una carta! Reaccionaba lento, no estaba seguro de que todo lo que le sucedía fuera real. Siguió leyendo: "Si no cometiste la torpeza de llamar a la policía, todavía estarás en libertad. Te digo esto porque no quiero que mi colección caiga en manos de la justicia y mucho menos que se enteren los buitres de los periodistas. Se harían

un festín y tengo que cuidar mi imagen en el barrio." Su imagen, ¿qué imagen viejo puto?, pensó Sergio, y siguió leyendo: "Dejé en manos de un conocido una carta que te incrimina en mis actividades. Si algo de esto trasciende o le pareciera que no cuidás debidamente mi colección, vas a terminar en la cárcel." ¡Era una trampa –se interrumpió Sergio– una trampa de ese viejo de mierda! Trató de seguir leyendo pero le temblaban tanto las manos que no podía, así que apagó la luz y se fue a su casa. No tenía ganas de cenar, le dijo a su madre que le dolía la cabeza y se fue a acostar temprano. Encerrado en su habitación, siguió leyendo: "Esta colección inigualable costó mucho trabajo y tiempo, también grandes sacrificios. La empezó mi bisabuelo, que fue un antropólogo aficionado. Aportó la mayoría de las piezas, ayudado por un equipo de colaboradores que trabajaron con ahínco y lealtad. La siguió mi abuelo y luego mi padre que me la heredó. Cada uno de los que seguimos a mi bisabuelo debió arreglarse con menos ayudantes y dinero. Yo aporté unas pocas. Por fortuna, cuando me tocó a mí faltaba poco para llegar a las nueve mil. Mientras más se moderniza la sociedad, más difícil es conseguir material. No sé por qué mi bisabuelo fijó la cantidad de cabezas en nueve mil, pero le explicó a mi abuelo que al que le tocara terminar sabría qué hacer. Ese fui yo y no lo sé. Cuidé la colección y creo haber cumplido con mi parte. El proceso para reducir las cabezas es un secreto de la familia y como vos no sos de la familia, muere conmigo. Es un proceso muy superior al de los Jíbaros, aunque es costoso y laborioso y las cabezas deben ser mantenidas en solución fisiológica con formol. No pueden ser usadas como colgantes pero duran por siempre. El proceso de reducción incluye al pelo, que ha mantenido su proporción. Verás también que no tienen cosidos los labios y mantienen la expresión de la muerte. Si las estudiás con una lupa, verás que los ojos son los originales, se nota el color del iris e irregularidades de sus fibras. Un par de ellas son de personas del barrio contemporáneas nuestras. Es un detalle para dejarte implicado. Por esta razón también escribí esta carta en la vieja Olivetti

que me prestaste con el papel que me trajiste. Aunque te deshicieras de todo, no podrías probar jamás que esta carta la escribí yo y te verías obligado a mentir, para lo cual te juzgo demasiado estúpido."

Sergio apenas podía asimilar la información de la carta. Por momentos tenía que contener la risa, por momentos se ponía furioso o tenía que contener el llanto. La carta seguía: "Desde ahora sos el Guardián de las Cabezas, estás a cargo de la colección hasta que tengas la certeza de qué hacer. Supongo que algún tipo de inspiración divina vendrá a vos en el momento adecuado. Unas líneas arriba te dije que había dos cabezas de gente del barrio. Tu viejo abandonó a tu mamá y a vos cuando eras muy chico. Nunca más se comunicó con ustedes ni se supo nada de él. Sacá tus conclusiones." ¿Qué es lo que quiere decirme este hijo de mil putas?, pensó Sergio. Tiró los papeles y corrió al entrepiso de la vieja casa, prendió las luces y revisó cada una de las cabezas. Pero eran demasiadas, ninguna le parecía conocida, a veces tenía que volver atrás para mirar una y otra vez alguna de las que ya había revisado, no podía concentrarse, no podía reconocer a nadie, ni siquiera se acordaba de cómo era su padre. Se sentó en el piso vencido por la impresión tremenda que se había llevado. Pensó que tendría que conseguir una foto de su padre y llevarla allí para comparar con cada una de las cabezas, todas tan minuciosamente perfectas. Recordó ese pasaje de Los Viajes de Gulliver, que cuando estaba con los gigantes le parecían horribles porque veía cada defecto de la piel y cuando estaba con los liliputienses le parecían perfectos. Se tranquilizó un poco y recordó que había dejado la luz de la habitación prendida y la carta de Don Omar desparramada. Volvió corriendo, no quería que su madre la encontrara y tenía que retomar la lectura: "¿Creíste que te apreciaba?, solo te estaba usando, ¿llegaste a apreciarme?, tu estupidez no me compete. Pensá bien lo que vas a hacer recordá que te vigilan de cerca." Nada más, ni un saludo, mucho menos una firma. Se quedó mucho tiempo sentado en la cama con los papeles en la mano y la mirada perdida.

No fue a la casa por muchos días, lo único que hizo fue suspender la venta. Pensaba y pensaba pero no sabía cómo resolver la cuestión. Se fue obsesionando con la sugerencia que Don Omar había hecho sobre su padre, así que consiguió un par de fotografías y se sentó por horas a compararlas con cada una de las cabezas. Lo hizo una vez sin resultados y cuando recomenzó, cada vez que agarraba uno de los frascos lo miraba fijo y le preguntaba "¿Vos sos mi papá?". Pero tampoco resultó, ni le contestaron ni pudo encontrar que alguna de ellas fuera parecida a las fotos. Un poco se parecían todas, o eso terminaba creyendo él cuando lo agobiaba el cansancio. Después de varios meses se hizo a la idea de que nunca lo sabría y se fue resignando.

Su madre no comprendió por qué no vendía la casa, pero con el tiempo se acostumbró y dejó de preguntarle. Él iba todos los días a mirar la colección de Don Omar y así lo hizo hasta que la sintió suya. Cuando su madre murió, Sergio se instaló en la casa de Don Omar. Lo único que hacía para mantener la colección era pasar la aspiradora de vez en cuando en el entrepiso y entre los frascos, por lo demás seguía con su vida normal. No llevaba a nadie a la casa porque a pesar de que el lugar estaba bastante bien escondido, no quería correr riesgos. Tampoco podía contarle a nadie, era un secreto imposible de guardar. La trampa para involucrarlo había servido para contenerlo en un primer momento, ahora no podría negar a nadie lo que había callado durante mucho tiempo, pero eso ya no le preocupaba. Lo que le llegaba a quitar el sueño era no saber qué hacer con la colección, cuál era su finalidad. Él ya se había convertido en parte del proyecto aunque no lo comprendiera, la colección era parte de su vida, era única en el mundo, irrepetible, y estaba en sus manos. Además, sólo él podría dar algunas explicaciones de cómo había sido armada. Por Don Omar en su momento había sentido aprecio, luego odio, luego desprecio, y ya no sentía nada. Cuando se dio cuenta de que empezaba a quedar ligado a la colección, pensó en destruirla. No lo podía hacer así como así, tendría que llevar una procesadora, triturar todas las cabezas y

tirarlas. Deshacerse de los frascos sería más fácil y finalmente podría vender la casa y olvidarse del asunto. También podría quemarlas en la estufa, era lo más simple. Si alguien lo vigilaba, sería imposible probar sus acusaciones porque hasta la carta sería destruida. Era muy posible también que lo de la vigilancia fuera una mentira de Don Omar. En realidad, no resultaba tan complicado liberarse de la colección. Liberarse, ¿por qué había pensado en esa palabra, sería que la colección lo tenía atrapado, se había convertido en su prisionero? Uno siempre es prisionero de sus cosas, de sus deseos, hasta en la esclavitud los amos eran a la vez prisioneros, ¡pero ser prisionero de una colección grotesca! No, grotesca no, cada una de las cabezas era una asombrosa obra de arte, con la perfección de sus rasgos miniaturizados y el terror de los últimos momentos congelado para la eternidad. Lo que lo retenía era la posibilidad de que una de ellas fuera de su padre. ¿Sería cierto, hubiera sido capaz Don Omar? Claro que sí, de eso y de mucho más. Aunque si realmente quisiera liberarse, podría haber empezado por seleccionar las 20 ó 30 cabezas que se parecieran más a su padre y tirar el resto, pero no podía, algo lo detenía, por alguna razón se quedaba aferrado a la colección, años y años a su servicio.

Pasaron muchos años más, hasta que él mismo se convirtió en un viejo. No se dedicaba al arte en ninguna de sus expresiones, se había jubilado en un empleo estatal, no andaba por la calle más de lo imprescindible y no tenía amigos, ni siquiera un muchacho idiota a quien encajarle esto. Nada de esto tenía sentido hasta que una mañana despertó sabiendo lo que tenía que hacer, cómo deshacerse de todo, vengarse del viejo y quizás hasta hacer algo en su beneficio. No lo hizo de inmediato, quería meditarlo un poco, no apresurarse ya que la decisión que había tomado no tenía retorno y una vez que le diera la nota a un periodista, la noticia correría por el mundo, se volvería famoso. Iba a quedar en la historia como un loco, como un criminal, sí, pero de una u otra forma iba a quedar en la historia. Luego vendría la policía y la justicia, los interminables interrogatorios, pero igualmente,

por la edad que tenía, no iba a estar mucho tiempo en la cárcel. De todas formas eso no le preocupaba, les retacearía la información, iba a hacerles creer que no quería decir lo que en realidad no sabía, iba a ser el centro de atención hasta el día de su muerte. Se presentaría como el creador de la colección, dada a la luz del mundo ahora por razones que nunca explicaría. Después de todo, el mismísimo Don Omar lo había elegido, él era el elegido. Lo mejor era que dejaría afuera al viejo y sus ancestros como si no hubieran tenido nada que ver con todo esto. Diría que obligó a Don Omar ahacer el entrepiso y heredarle la casa. Se imaginó las notas en los diarios, las revistas, la televisión, el horror de la gente al ver las fotos y filmaciones de las cabecitas. Se imaginó el desconcierto de los investigadores y jueces, disfrutándolo con anticipación. A fuerza de insistir, arregló una entrevista en su casa con el periodista de una revista importante pero cuando lo tuvo delante empezó a dudar. No le había anticipado cuál era la increíble revelación que iba a hacerle y el hombre se mostraba desinteresado, como si hubiera venido solamente a descartar la importancia de lo que tenía que decirle, solo para despejar alguna duda, solo para que otro no terminara levantando una noticia que le hubiera correspondido a él. Mirando al periodista, al que solo le interesaba irse lo antes posible, se dio cuenta de que terminaría siendo usado tal como lo había usado Don Omar años atrás, se dio cuenta de que no iba a manejar nada de lo que sucediera luego de su revelación y cuando el periodista le preguntó por tercera vez sin disimular su desdén qué era eso tan importante que tenía para informarle, Sergio hizo un gesto teatral, agregó una pausa dramática y le susurró:

–Los reyes magos no existen.

Por lo menos la experiencia le sirvió para divertirse durante varios días, recordando la furia del periodista y sus insultos impotentes.

Un día Sergio se descompuso y lo llevaron al hospital. Estuvo casi una semana, había tenido un ataque cardíaco, debería cuidarse, hacerse controles y tomar medicamentos. Apenas volvió a su casa, lo

primero que hizo fue bajar al entrepiso. Cuando los tubos se prendieron se quedó asombrado, más incluso que cuando por primera vez vio la colección. ¡No había nada! Alguien se había llevado todos los frascos con las cabezas. Sintió una puntada terrible en el pecho y apenas pudo salir y llamar a la ambulancia. Esta vez fue muy difícil salvarlo y pasó su recuperación angustiado, sin poder decirle a nadie por qué, sin poder compartir su pérdida. Cuando por fin pudo volver, fue al entrepiso y verificó que no lo había soñado, allí no había nada, solo la hilera de estantes vacíos. Entonces llamó a la policía y quiso denunciar el robo. No le importaba quedar implicado en tan terribles delitos. Le dijo a la policía lo de la colección de nueve mil cabezas y cómo la había adquirido junto con la casa y que posiblemente una de ellas fuera la de su padre. Pero no había el menor rastro de ninguna cabeza ni nada que pudiera sugerir que lo que decía Sergio fuera cierto. La carta no significó nada para ellos y la policía terminó creyendo que estaba loco. Lo obligaron a algunas entrevistas con un psiquiatra que le habló de cuestiones y enfermedades que a él no le interesaban y de que tendría que tomar otros medicamentos.

Estaba cada vez más enfurecido pero por suerte lo dejaron volver a su casa, y lo primero que hizo al entrar fue ir corriendo al entrepiso a ver si aún faltaba la colección. Y así lo hizo, a veces cada dos horas, a veces cada hora o cada tres. Parecía que esperaba que la colección volviera por sí sola a su lugar por arte de magia. Vivió esos días en estado de agitación y finalmente cuando el dolor le atravesó el pecho con más ferocidad que nunca, no llamó a la ambulancia. Se sentó en un sillón de la planta baja y esperó, esperó preguntándose qué había pasado con la colección. ¿Había existido realmente o todo estaba en su mente? Tal vez el que lo vigilaba hubiera pensado que moriría la primera vez que lo llevó la ambulancia y vació el entrepiso para poner a buen recaudo la colección. Era muy posible, pero así lo dejaba afuera, ya no podría volver a verla, tocarla, tenerla, ya no era suya después de haberle dedicado toda su vida. Era una crueldad.

El dolor se puso filoso y le corrieron las lágrimas. Sonó el teléfono, se tambaleó hasta la mesita y levantó el tubo al mismo tiempo que caía al piso. Era la voz de un extraño pero la reconocía porque había hablado con él varias veces, era la voz del policía al que le había explicado la desaparición de la colección luego del primer ataque.

–Hijo de puta, casi lo cagás todo –y le cortó.

Sergio sonrió aliviado, "entonces la tiene él –pensó– entonces no todo está perdido". Giró sobre su espalda para no morir boca abajo y con el último estertor vio con espanto el teléfono descolgado en una de las burdas acuarelas de Don Omar.

La niña Alicia

Nunca me había importado la Niña Alicia, hasta el día en que me enteré que había muerto. Vivía en la casa de en frente, vecina de toda la vida, vaya a saber cuántos años tendría. Compartió el caserón con sus padres y su hermano mayor –el Niño Carlitos– y finalmente cuando todos los suyos murieron de viejos, quedó sola. Había nacido con una deformación en la cabeza similar a un inmenso callo rosado, que ninguna peluca podía disimular. Por eso no salía a la calle, su único contacto con el mundo era espiar la calle entre las rendijas de la persiana francesa. Cuando yo era chico, la había visto asomarse alguna que otra vez para charlar con mi madre y ofrecerme un chocolatín que yo aceptaba por obligación y tiraba al llegar a casa. Ella tenía la mirada inocente que a veces les queda a los hermanos menores. Cuando me enteré de su muerte, tomé conciencia

de hasta qué punto la había ignorado. Ya era grande, lo suficiente para imaginar la soledad en que había vivido la Niña Alicia. La casona se vendió y la demolieron para construir una torre. La terraza de mi casa quedó expuesta a decenas de balcones y ventanas. Pensé que era mejor que seguir viendo las persianas despintadas por las que ya nadie espiaba, pero el edificio era tan impersonal, tan indiferente a la vista, que pronto me quise ir sólo para no verlo. Pocos años antes habían vendido el terreno donde estaba la carbonería que pegada a mi casa vendía leña, carbón, granos, plantas, macetas y balanceados para animales. También construyeron allí un edificio que levantó su murallón sobre un costado de nuestra terraza convirtiéndola en un lugar húmedo y sombrío. Durante los años que siguieron funcionó una pensión en la casa del fondo, que había sido una mansión antes de que yo naciera. En el barrio se decía que cuando uno de los hijos se les ahogó en la piscina, la familia se mudó lejos. En mi casa, cuando algo se perdía o las cosas se caían al piso sin razón, sabíamos que era un desolado espíritu infantil que trataba de llamar la atención. Más tarde la mansión se convirtió en un inquilinato donde se hacinaban familias numerosas en una piecita y más de cien personas compartían el único baño. Todos los fines de semana corrían el vino y la cerveza, los botellazos y las puñaladas. Finalmente también se vendió para construir. Todos pensamos que otro edificio sería para mejor, y quizás así haya sido para los otros vecinos, pero para mí no. Llegué a ver alguna vez el fantasma de un antiguo vecino con la vaguedad de una figura de humo. Hice un rastreo bibliográfico para encontrar una explicación que me cerrara. "Los objetos quedan impregnados con la energía de las personas que los han usado". Eso me gustaba, me permitía pensar que veía reflejos del pasado, chispazos de momentos de lo que había sido alguna vez continuidad. No había nadie y yo podía seguir indiferente.

Pasó demasiado tiempo hasta que pude concretar la mudanza. Me había casado y había tenido dos hijos, la mayor en plena adolescencia y el menor entrando. Lograba mantenerme en un trabajo sin

mayores ambiciones, tenía una familia de mierda pero una familia al fin, cosa que no cualquiera tiene, ¡y me estaba mudando, carajo! Me iba de una casa que había llegado a creer que era parte de mí y dejaba atrás recuerdos que solo servían para angustiarme. No quería quedarme allí por el resto de mi vida, una vida vivida como se debe, ya que había formado una familia, tenía hijos, lograba mantenerme, ¿qué más puede pedir un hombre? No importaba que mi mujer ya no me atrajera, gorda llena de arrugas y más estúpida que de joven. La estupidez era una de las cualidades que más me habían atraído de ella, pero pronto descubrí que lo que a corto plazo en una mujer es una ventaja, a mediano plazo es una tortura. Sin embargo me sentía satisfecho, había cumplido. No importaba que mis hijos no me dieran bola. La mayor iba y venía a su antojo, casi nunca con el mismo muchacho. El menor, próximo a cumplir los catorce, era un reverendo pelotudo, como debe ser todo hijo adolescente. Me daba vergüenza que fuera mi hijo pero eso es bastante normal hoy en día. Comía como un cerdo desquiciado, tragando enormes bocados sin masticar. No me abandonaba la esperanza de que en una de esas maniobras se atragantara y se muriera, pero estaba bien entrenado, lo hacía de chiquito sin ningún esfuerzo, y su garganta… su garganta era una obsesión para mí, una verdadera canaleta por la que desaparecía la comida y la bebida como si desembocara directamente en la infinita red cloacal de su triperío. Nunca dio problemas para comer, el hijo de mil putas se tragaba cualquier cosa de tal forma, que yo había llegado a la conclusión de que tenía las papilas gustativas en el intestino grueso. Y esa precisamente era una de sus habilidades que más me irritaban, su intestino grueso hacía honor a su nombre. Cada vez que cagaba tapaba el inodoro con un bodoque que trabado en el sifón sólo podía ser removido a mano y la mano, era siempre la mía, porque si fuera por los demás el baño podría haber quedado inhabilitado. Como todos los monstruos, mi hijo había sido simpático de chiquito, pero ahora apenas saludaba con un gruñido gutural que

vaya a saber Dios qué carajo significaba. Por lo demás, pasaba horas hipnotizado frente a la pantalla de la computadora con los más estúpidos juegos virtuales que uno pudiera imaginarse. ¡Qué fácil que es matar en la pantalla, cuando no corre ningún riesgo, cuando ni siquiera se siente dolor! Tanta pelotudez me envenenaba la sangre. Por fortuna comenzó a ir al ciber con los compañeros de colegio. Haría incluso algunas idioteces más que en casa pero por lo menos no lo tenía a la vista. También era un pajero empedernido, pero no podría reprocharle lo único que nos identifica. Se podría llegar a pensar que mi querida hijita era mejor que mi querido hijito. Así es, hasta que la reverenda puta aparezca embarazada y nos veamos obligados a criar a un nieto como si fuera un hijo y yo tendré que proveer los medios para que esta familia –célula básica de la sociedad, baluarte de la religión, sagrada familia al fin– salga adelante a mi costa.

Esas fueron las condiciones en que afrontamos la mudanza. Mi hijo que ya tenía el lomo de un estibador, no ayudó en nada. Cualquier cosa que levantaba, la dejaba caer de inmediato. Si entre las manos tenía algo que no fuera su pija, se las arreglaba para romperlo aunque fuera de acero. Lo mejor era que saliera del medio. En cuanto a mi hija, simplemente se borró y apareció dos días después como si nada. Mi mujer aprovechó que me tenía cerca para romperme bien las pelotas y todo transcurrió por los carriles normales. Terminando la mudanza me percaté de un anciano con aspecto desvalido que nos observaba parado en el umbral de al lado, difundiendo la pestilencia de su toscano infame. Cuando se dio cuenta de que había llamado mi atención, se presentó. Era mi nuevo vecino, Don Yaco. Lo saludé con especial consideración, escuché las estupideces que decía como si fueran la palabra revelada, perdí un montón de tiempo mirando su nariz de berenjena apolillada y esa noche cuando me dormía me di cuenta de que había sido víctima del Síndrome de la Niña Alicia, que no era más que la culpa por mi indiferencia hacia esa vida de aislamiento a

la que no había sido capaz de concederle una sonrisa. Eso fue lo que me impidió darle el tratamiento que un viejo choto como Don Yaco merecía. Él tenía la impresión de que nos habíamos hecho amigos y mi familia no podía entender que un sorete como yo fuera tan considerado con un extraño. Así, mientras me contaba compungido la miseria que cobraba de jubilación después de haber trabajado toda la vida como un burro, después de haber hecho este país, yo lo escuchaba con expresión reconcentrada mientras pensaba "Jodete, ¿quién te mandó a romperte la espalda para nada, y después de todo, si hiciste este país, de qué te quejás?". Y cuando me contaba que lo habían operado de cataratas, que se la había roto la prótesis dental, o que le estaba doliendo mucho la cadera, yo me cuidaba de fingir una medida expresión de aflicción mientras pensaba que estaría bueno esparcir su cerebro grasoso de un disparo para que dejara de sufrir. Estuvimos unos meses así, hasta que Don Yaco me mostró su casa. Yo no quería pero tanto insistió que no tuve más remedio que ceder. Pensaba que ver las condiciones en que vivía el pobre viejo, me agravaría el Síndrome de la Niña Alicia, pero no pude zafar. Se me secó la boca y tardé en reaccionar unos segundos. El living-comedor triplicaba largamente la superficie de toda mi casa, cómodos sillones de cuero, un juego de comedor de estilo y un inmenso plasma que valía más que un auto. Don Yaco me sonrío con picardía y susurró:

–Me gusta ver los partidos en directo.

El toilette tenía una cerámica muy llamativa.

–Es artesanal –me aclaró Don Yaco– la hicieron especialmente para mí.

La cocina también era enorme y estaba llena de aparatos que la asemejaban a un laboratorio del primer mundo.

–En una época me dio por hacerme el chef –bromeó Don Yaco.

La sorpresa final me la llevé en el dormitorio alfombrado de pared a pared, con aire acondicionado, espejos en el techo y otros lujitos que no pude apreciar porque mi atención quedó atrapada en la

inmensa cama que reinaba en el centro. Don Yaco tomó un control remoto e hizo que se levantaran alternativamente distintos segmentos de la cama.

–Una ayudita para las posiciones –aclaró. Yo lo miré extrañado y él agregó–: Parece medio mojigato usted.

Tocaron el timbre y Don Yaco me despidió ya que esperaba visitas. En el umbral me crucé con una hermosa joven que vestida provocativamente nos saludó con alegría y desfachatez. "Una prostituta de lujo –pensé– una mujer con la que yo ni siquiera me hubiera atrevido a fantasear –seguí pensando, para concluir– y Don Yaco se la va a coger Viagra mediante." Quedé consternado durante varios días pero al menos me curé del Síndrome de la Niña Alicia.

Estaba enojado con Don Yaco así que entraba y salía de casa tan impetuosamente que no daba más que para un rápido saludo. Por esos días anunciaron un leve incremento en las jubilaciones mínimas. Eran centavos, pero los políticos lo anunciaban con bombos y platillos. Al cruzarme con Don Yaco, no pude evitar hacerme el irónico.

–¿Así que le aumentan la jubilación?

–Limosnas, si no fuera por mis inversiones me estaría cagando de hambre –contestó sin sacarse el repugnante toscano de la boca.

–Me pareció recordar que usted se quejaba de lo poco que le pagan.

–No deja de ser una injusticia.

Asentí para dar por terminada la conversación y cuando me iba el viejo me preguntó:

–Usted tiene coche, ¿no?

–Sí, ¿por? –contesté sin disimular mi desconfianza.

Don Yaco suspiró, luego me miró como si estuviera calculando mi peso. Creí que me iba a pedir que lo alcanzara a algún lado y esperé la oportunidad de mandarlo de una vez por todas a la mierda. Don Yaco me volvió a sorprender proponiéndome un negocio. Debía ir hasta la provincia de Salta y traerle un paquetito de medio kilo de harina.

–¿Harina? –repetí, mientras Don Yaco asentía con la cabeza–. Así que harina –dije una vez más.

–Yo corro con todos los gastos y le doy 50.000 pesos contra entrega.

Me quedé esperando algún gesto que delatara la broma. La cara de Don Yaco, que siempre me había parecido espantosa, era una máscara de piedra. Me miraba con la indiferencia de un cazador profesional que va a rematar una alimaña. Mientras más se alejaba la posibilidad de que fuera una broma, más me resonaba la cifra que me había ofrecido.

–Harina –dije tratando de imitar a Humphrey Bogart. Don Yaco no contestó, de pronto parecía hastiado. Me quise hacer el agudo–: Salta tiene frontera con Bolivia.

Don Yaco sacudió la cabeza como si no pudiera creer que alguien pudiera ser tan boludo, entonces dejé de lado mis defensas y cambiando de tono fui al pie.

–¿No será una broma, Don Yaco? –él negó con la cabeza.

Quise negociar–: 70.000 pesos sería mejor.

–No lo dudo –contestó Don Yaco con desprecio– pero con 50.000 pesos está bien para un viajecito, ¿no? Además, se lo entregan de este lado de la frontera, no hay riesgo.

–Riesgo hay siempre.

–Está bien, olvídese.

–No, espere –me sorprendí suplicando.

Don Yaco me dio los datos, arreglé tres días de licencia en el trabajo y subí para Salta. Fue un viaje agotador, me alojé un día en un hotelucho de cuarta donde antes de retornar me entregaron el paquete. Lo guardé en el bolso con la ropa y emprendí la vuelta. Apenas entré a la ruta me pararon en un retén y sacaron el paquete del bolso, directo a los bifes. Esperé en un calabozo el traslado al Juzgado. Había perdido hasta la libertad, que no sabía que la tenía, me habían entregado. Lo más probable era el conserje del hotel pero no podía sacarme de la cabeza que había sido Don Yaco, que era una trampa desde el

principio. Me lo decía mi instinto, que ya había demostrado no servir para una mierda. Esperé manso mi destino con la curiosidad morbosa de quien se detiene a observar a un accidentado, dos días completos con sus noches, dos días eternos en el calabozo a pan y agua, juntando mugre, meando y cagando en un tacho, hasta que se presentó un tipo diciendo que era el secretario del juez. Soltó una carcajada y dijo:

–La primera vez que veo un porteño personalmente.

Yo no tenía fuerzas ni ánimos para pensar un insulto.

–¡Un kilo de merca! –exclamó el tipo con entusiasmo.

–Medio kilo de harina –rectifiqué en voz baja.

–Tendría que pasar un buen tiempo adentro.

–¿Tendría?

–Podemos evitar el papeleo y tanta pérdida de tiempo, ¿cuánto efectivo puede sacar con la tarjeta?

–Tres mil.

–¿Nada más?

–Si tuviera más no habría hecho esto.

–Bueno, lo van a acompañar al cajero, me saca los tres mil y cuando vuelve me firma la transferencia del coche; le vamos a dar un pasaje para el micro a Buenos Aires; de la harina olvídese, ya hicimos una tortita –terminó riendo.

Se suponía que la vuelta sería atormentadora después de tanto pensar en toda la plata que iba a ganar, en convertirme en un hombre poderoso, dueño de su destino. Volvía a una casa hipotecada a la que me había mudado pensando que con eso cortaba con el pasado. De buena gana me mudaría otra vez solo para no volver a ver a Don Yaco. El viaje fue más liviano de lo previsto, solo me desperté tres veces para ir al baño. Llegando a la terminal me vino a la mente la imagen de la Niña Alicia y me di cuenta de que había soñado con ella. La había visto yendo de un lado a otro como un ratón, el tumor en su cabeza y sus ojitos por entre las rendijas. Entré en mi casa con la sensación de que habían pasado veinte años. Para irme había inventado la historia

de investigar un posible negocio, tuve que inventar una estafa para justificar las pérdidas. A Don Yaco no sabía qué le diría y menos qué consecuencias habría.

–No se caliente –me soltó el viejo con indiferencia. –Pero… no sé…

–Era solo harina, ¿no le había dicho, hombre de poca fe? –Eso había dicho, pero…

–Cuando yo digo lo que digo, es lo que es.

–¿Harina?, nada me convendría más pero no puedo creerle.

–Usted no es quién para saber qué cree y qué no, era solo harina.

Me quedé en silencio como si ya no me importara qué era verdad y qué mentira.

–Vea –siguió Don Yaco– tenía que probarlo, no voy a hacer negocios con el primer imbécil que se me cruza; olvídese de este asunto, no perdió nada.

–Perdí mi coche, tres mil pesos y una semana preso. –No perdió nada mío; sea optimista, considérelo una inversión en su educación.

Las cosas quedaron así, entre Don Yaco y yo no había reclamos. Cuando volvía del trabajo siempre estaba en la puerta. Nos saludábamos pero era notorio su desdén, me despreciaba, ese viejo de mierda me despreciaba. Me había manipulado y hasta el día de hoy yo no sabía si había llevado harina o coca, si me había delatado Don Yaco o el conserje, si me había hecho una prueba o si era una trampa solo para cagarme. Yo soñaba de vez en cuando con la Niña Alicia, pero ella nunca me hablaba y no pasaba nada.

Para mi familia yo existía en la medida en que mantenía la casa. Yo los despreciaba, no por algo que hubieran hecho sino por lo que eran. Sabía que no era mejor que ellos, y eso me revolvía más las tripas. Pasaron varios meses, yo pensaba que si hubiera perdido medio kilo de coca nunca podrían quedar las cosas así nomás y Don Yaco no podría ser quien tomara las decisiones, debía tener un jefe que en algún momento iba a arreglar cuentas conmigo. Y si hubiera sido solo harina,

peor, no podía soportar una humillación que se hacía constante. Don Yaco me siguió dedicando su saludo día tras día como si mi paciencia no tuviera límite, como si no le importara en absoluto nada de lo que yo pudiera pensar ni hacer. Decidí adelantarme, sorprenderlo tomando la iniciativa. Compartíamos la medianera, así que arrimé una escalera y pasé de madrugada. Llevaba un fierro de más de medio metro para aplastarle la cabeza. Me descolgué del otro lado y fui directamente a su habitación. Entré levantando el fierro cual espada justiciera. Había suficiente luz para ver a ese renacuajo inmundo despatarrado en su inmensa cama junto a una joven que también dormía, mi hija. No podía dejar a mi hija como testigo, no podía matarlos a los dos aunque ganas no me faltaran, no podía. Me fui. Apoyé el fierro contra la pared, arrimé un banquito para llegar al borde y volví. Fui al trabajo sin dormir y pasé un día de mierda. Hacía mucho tiempo que todos los días eran de mierda para mí, pero este había sido peor. A la vuelta tuve una breve alegría, Don Yaco no estaba en la puerta de su casa. Hubiera sido terrible soportar su saludo sabiendo que se curtía a mi hija. Contra la puerta de mi casa encontré apoyado el fierro con una notita, "se olvidó esto". Yo estaba más desesperado que nunca, no me daba el cuero para más. Otro lo hubiera matado a fierrazos, otro lo cagaría de un tiro al primer cruce, yo no me atrevía a más, era un cobarde. Ya no quería ni verlo, así que al volver del trabajo me fijaba de lejos si él estaba en la puerta y pasaba horas esperando que entrara. A veces me iba a dar una vuelta o a sentarme en una plaza cercana. Soñé varias noches con la Niña Alicia. No recordaba nada más que alguna imagen, nunca pasaba nada, hasta la última noche en que ella me tendió un chocolatín como cuando era chico y sin esperar las gracias que mi madre me exigía, se metió en su casa. Hubo una diferencia esta vez, en el sueño hice algo que en la realidad no había hecho jamás, me comí el chocolatín. Desperté aliviado, con el recuerdo de algo que no había sucedido, con la sensación de haber pagado una deuda. Luego lo olvidé para sobrellevar otro de mis días. Volví a casa con la cautela

acostumbrada pero Don Yaco no estaba en la puerta. Había varios vecinos asomados cuchicheando y mi mujer también estaba en la vereda.

–Se acaba de ir la morguera –me dijo– se murió Don Yaco. –Yo no lo podía creer, mi mujer siguió contando–: Estaba con una prostituta, se despertó a media mañana gritando que lo perseguía un monstruo y meta correr de aquí para allá hasta que se cayó muerto, hizo tal escándalo que llamé a la policía, por suerte llegaron antes de que la chica se fuera, ella les contó todo.

–¿Un monstruo?

–La chica dijo que gritaba algo de un monstruo de cabeza rosada.

Mi vida se recompuso para transcurrir tediosa e intrascendente. Mi hija se fue con uno de sus machos, el nene se quedará hasta comerse mi cadáver, mi mujer está pero si se fuera no me enteraría. En fin, tengo otra vez una vida normal, una familia como Dios manda. Me hubiera gustado decirle algo a la Niña Alicia, algo que no sé qué es, que no sé cuándo me quedó sin decir, que no sé si se puede decir. Pero no volví a soñar con ella.

El duelo

Sonia tenía los ojos para adentro, protegidos por el balcón de su frente. Vaya a saber su color en esa profundidad de sombras. Lo que mantenía unido su matrimonio no era su belleza sino la admiración que exteriorizaba por su marido y para el gordo Rómulo eso era irresistible. Él siempre había procurado el reconocimiento del mundo, el elogio de los demás, y aunque Sonia era la única persona que se había dignado a darse cuenta de su grandeza, él mantenía esa forma de pararse, de sentarse, de levantar la cabeza como si cada vez que se quedaba quieto estuviera posando para su estatua. Los únicos momentos en que Sonia acallaba su discurso izquierdozo eran para escuchar embelesada las afirmaciones de su marido. Él siempre tenía algo para decir sobre cualquier tema, pero ahora estaba realmente indignado y Sonia era la única persona capaz de recibir su descarga. Por

una discusión entre vecinos, un perro que le había cagado la vereda, Rómulo había sido objeto de una amenaza.

Gordo puto, te voy a romper el clavel –le había dicho el vecino antes de irse.

Así que se vio obligado a elaborar una larga alocución en la que su principal argumento era la calidad de su semen. Testigo presuntamente irrefutable de ello era la propia Sonia, que había parido cinco pibes en poco menos de diez años. Rómulo mencionó incluso algunas estadísticas genéticas para dejar asentado que si uno de sus hijos era mogólico, sólo tenía la culpa el azar.

Finalmente, terminarían como siempre dándose la razón uno al otro sin que el desencadenante de semejante diatriba se enterara jamás de nada. Él siempre contaba que su madre había sido una puta calabresa llegada a parir a la Argentina con el único objeto de privarle ser europeo, y que era analfabeta, mientras él tenía una biblioteca de cuatro mil libros.

A mí no me importan Sonia y Rómulo pero son mis vecinos y a partir del día en que se mudaron la pared que nos separa comenzó a dejar pasar todos los sonidos. Me afecta mucho lo que hacen porque viven interpretando novelones que improvisan sobre la marcha, con peleas a los gritos, objetos que vuelan, amenazas y reconciliaciones feroces. La nueva acústica de estas paredes me impone escuchar hasta los borborigmos de la barriga de Rómulo. Por suerte llegaron con la etapa reproductiva cumplida. A cambio, la quejumbrosa voz de Sonia repite cada tanto:

–Ya no me hacés el amor como antes.

Y la gutural respuesta de Rómulo es inmediata.

–Es que estoy muy cansaaaado.

Escucho eso treinta o cuarenta veces por día, en ayunas, comiendo, durmiendo, cagando o como me agarre. Rómulo es músico, toca el trombón y ahora uno de sus hijos decidió emularlo y practica todo el día.

Yo vivo con mi vieja, mi hermana y mi tío. Mi vieja tiene sus años, ya está aflojando y aprovecha para manipularme como cuando era joven y sana. Su estrategia consiste en sentarse inmóvil a la mesa, apoyar el mentón en un puño cual pensador de Rodín y guardar silencio con cara de culo. Si le pregunto qué le pasa no contesta, a lo sumo se encoge de hombros. Debo insistir con los "¿te sentís bien, necesitás algo, querés que llame al médico, te traigo alguna cosa?" y tal vez obtenga un "Nada". Tengo que adivinar qué carajo quiere y en eso estoy solo. Pueden pasar muchos días hasta que dé en la tecla. No me voy a liberar de esto, hasta que se muera. Mi tío llega tarde. Corretea por los negocios de Buenos Aires con un enorme portafolios lleno hasta reventar de muestras de tela. Camina arqueado siempre hacia el mismo lado por el peso, aun cuando lo ha dejado. Anda con un traje azul arrugado y sudado, usa corbata aun en verano. Conserva una enorme melena canosa y desprolija como debió llevarla en su juventud. Nunca pudo siquiera comprarse un coche. Lo veo sólo a la hora de la cena. Se queda fijo frente a su televisor sin importar lo que estén pasando. No conocí a mi padre. Se supone que mi tío hubiera debido cumplir su función, pero una suposición es solo eso. En casa hay tres televisores. Uno de mi vieja, otro de mi hermana, y el de mi tío. Están los tres en el comedor y cada uno mira el suyo. Yo no tengo, yo los miro a ellos pensando cuándo carajo se irán a morir todos. Así hemos pasado la vida durante muchos años, hasta hoy en que todo cambió: echaron a mi tío de su trabajo. Le faltaban cinco años para jubilarse, así que ni siquiera eso. Pensé que era su final, que por fin se momificaría, pero su permanencia forzada en la casa en horas inusuales, le permitió escuchar la queja de Sonia a través de la pared.

–Ya no me hacés el amor como antes.

No tuvo tiempo de responder Rómulo, el que respondió fue mi tío con una voz potente y guerrera que yo le desconocía.

–¡Nadie te cogerá como yo te he cogido!

Por horas los bramidos de Rómulo retumbaron a través de la pared. Entre su furia y la velocidad a la que hablaba solo pude pescar frases sueltas que ya conocía: "cuatro mil libros", "madre calabresa", "masculinidad en duda" y por supuesto "la calidad de mi semen". Luego todo sonido se cortó abruptamente excepto los sollozos de Sonia. Me figuré que Rómulo se había desvanecido por el sostenido esfuerzo. Nosotros estábamos agotados de escuchar. Pero algo había cambiado en mi tío, su mirada no vagaba perdida, su cuerpo se había enderezado y parecía más alto. Nunca lo había visto así. Una frase a través de la pared había movilizado una situación de años. ¿Cómo podía ser esto, me cambiaba esto también a mí? No pasó más nada hasta el otro día, en que mi tío entró exultante a la casa dando un portazo de entusiasmo.

–Ya lo resolvimos –me dijo sonriendo.

No contesté. Él creyó que no había entendido, pero la sorpresa ante su felicidad me paralizaba.

–Rómulo y yo, ya lo resolvimos –aclaró, y terminó–: Nos vamos a batir a duelo.

–Es una joda –concluí luego de unos segundos.

–Es bien en serio, un duelo a muerte, claro –siguió explicándome– no podíamos ponernos de acuerdo con las armas, así que lo vamos a hacer a escupidas.

No pude contener la risa al ratificar que sí era una joda y mi tío retomó la explicación.

–Es el único campo en el cual podemos medirnos parejo, el primero que recibe una escupida plena, pierde; el pacto implica que el que pierde se tira bajo el tren –terminó, señalando en la dirección hacia la cual estaba el paso a nivel, a dos cuadras de casa.

–¿Y si no cumple?

–¡Somos caballeros! –me cortó el tío indignado, y terminó–: Ni siquiera necesitamos padrinos.

–¿Qué te hace pensar que están parejos, te olvidás que Rómulo toca el trombón?

Mi tío se puso pálido, se tomó la cabeza con las dos manos y se sentó. Tardó en reponerse, no era la inminencia de una muerte segura lo que lo acongojaba, sino el haberse dejado engañar una vez más.

–Ya está hecho –susurró– soy más ágil, trataré de cansarlo hasta poder embocarlo como hizo Héctor con Aquiles.

–Así le fue –le solté sin medir mi crueldad.

Mi vieja y mi hermana vinieron de la cocina, traían un botellón de pico ancho con un líquido espeso y marrón, sonreían, ¡estaban entusiasmadas! El tío me aclaró:

–Vamos a usar gargajos artificiales, cada uno prepara los suyos.

¿Qué puede salir mal de todo esto?, calculé en mis pensamientos, si pierde Rómulo sería excelente, si pierde el tío sería mejor, lástima que no puedan perder los dos. ¿No pueden? Esperanzado se lo pregunté al tío.

–No, va a morir uno de los dos, son hechos.

Asentí resignado, el tío sonrió, debió pensar que lo admiraba. No sé dónde fue el duelo, tampoco se me ocurrió preguntar cuándo. Pensé que pasarían unos días y que se suspendería con cualquier excusa, pero el tío volvió una tarde con un plastrón repugnante pegado en la cara.

–Perdí –me dijo y me aclaró que se tomaría un par de días para arreglar sus cosas.

–¿Qué cosas? –pregunté impaciente.

–Necesito prepararme, entrenarme un poco.

Lo miré desconcertado. Para el duelo no se había entrenado en absoluto y ahora necesitaba entrenarse para suicidarse. Traté de controlar mi irritación, después de todo eran solo dos días más.

El tío fue hasta las vías en varias oportunidades. Se paraba frente al tren y se salía antes de que llegara. Al principio veinte metros, luego quince, luego diez, cinco, y así. Yo había estudiado matemática y recordé que una sucesión de ese tipo es infinita, siempre queda una distancia por más pequeña que sea. El día de su auto ejecución el tío se

salió una y otra vez del paso del tren. Cada vez que lo hacía perdía mucho tiempo porque debía cambiar de lugar. Siempre había alguien que llamaba a la policía o pretendía impedir un segundo intento. Pasaron varios días así. El tío no sabía matemáticas y lo atribuyó a un exceso de entrenamiento. Yo no imaginaba cuánto tiempo más se podría prolongar esto hasta que la voz de Rómulo retornó desde la pared.

–No cumpliste –dijo fuerte pero tranquila.

–Mañana termina todo –prometió el tío con ansiedad de chico en falta.

–Ya no hay pacto, podés volver a ser el muerto en vida que siempre fuiste.

Por lo menos terminaba esta situación tan penosa. Cuando lo miré su aspecto había cambiado nuevamente. No tenía vitalidad, su mirada se perdía y se encorvó hacia el costado. Se refugió en su televisor y volvió a ser el de antes. A veces me quedo observándolo en su inmovilidad. Lo odio. Odio también a mis vecinos, a mi madre y a mi hermana. Odiador, yo, que tampoco hago nada, que no soy mejor que nadie. Aunque se mueran todos no me voy a liberar.

Permanencia

El día de la cirugía pensé que iba a estar más tranquilo. A pesar de que no tengo nada que perder, estoy un poco ansioso. Como tantos otros antes que yo, quiero vivir por siempre. La muerte, esa gran niveladora, no va a poder conmigo. Era muy injusto que con la fortuna que tengo, terminara muriendo como cualquier miserable. Tengo muchos años encima, pero hoy en día eso no es tan raro entre los de mi clase. De todas formas, el cuerpo se convierte en un despojo, pronto no podré controlar la realidad que me rodea. Tenía que tomar una decisión y bueno, ya está, estoy jugado. La clonación no me servía. Aunque existiera un individuo exactamente con mi genética, sería otro, no yo. Ya no estaría más una vez muerto. Quién soy yo, qué soy yo. No soy mis genes, eso lo tengo claro. Un hijo tendría la mitad de mi genética, pero conservaría algo que yo tengo y que me pa-

saron mis padres y a ellos sus padres y así por miles de generaciones. Algo que condiciona mi forma de ser, de actuar, lo que puedo lograr o no. Algo que de todas formas, aunque está dentro de mí no es mío. Para qué querría entonces preservarlo. Quién soy yo, qué soy. Mi vida, en este cuerpo, mucho más no se puede prolongar. Lo ideal hubiera sido un transplante de mi cerebro a otro cuerpo, o mejor dicho, transplantar un cuerpo nuevo a mi cerebro. Con ello permanecería, quizás, porque la mente no siempre existió. Hubo un tiempo en que el habla era la acción, no había escritura, las voces y los impulsos eran de

los dioses, los sentimientos venían de las vísceras. La mente la inventaron después los griegos míticos. No sé si seré mi mente, ni quién soy yo, ni qué soy. Pero no quiero irme, no ahora con todo lo que junté, de un mundo que me ofrece una novedad a cada instante. Debo ser mi memoria, pero no sirve dejarla registrada. Aunque a alguien le interesara yo ya no estaría ahí y yo quiero estar siempre. En todo caso no soy sólo mi memoria, soy la forma en que reacciono, en que siento mi memoria. Los que la pierden no son ellos, aunque vivan y sientan. Tengo mucha plata, muchas influencias. Contacté a un grupo de neuropsicólogos de los que hacen los estudios más avanzados, escaneo cerebral. Los recluté hace años y los financié sólo para este momento. Algunos descubrimientos los hemos mantenido en secreto.

El cerebro, masa palpitante de circuitos vivientes, más difícil y arduo de explorar que el universo. Sus revelaciones parciales quizás me alcancen para seguir existiendo, para dejar de preguntarme quién soy yo, qué soy. Decenas de áreas localizadas e interrelacionadas que serán reemplazadas en el cerebro de un joven voluntario. No usaremos neuronas de mi viejo cerebro, esas no. Usaremos las nuevitas producidas ad hoc en caldos de cultivo, que luego del contacto electroquímico con áreas de mi memoria, serán implantadas en un voluntario. Para eso vaciarán sus áreas de memoria, tapizarán la cavidad con una sustancia gelatinosa que permite la conexión dendrítica e impide la reacción inmunológica, y ahí estaré yo. Por supuesto, no habría un

voluntario si este fuera a morir. Fue difícil convencer a alguien de que me dejara un lugar en su cerebro. Encontré a uno que nada tiene en el mundo, que no sabe para qué vino ni para qué está. La idea nunca fue hacer uno de dos. Eso no me interesa, así que van a cortar el cuerpo calloso y quedará el cerebro dividido como hacen con los epilépticos irreductibles. Así se puede vivir con algunas secuelas aceptables y una vaga sensación de doble identidad. Ocuparé las áreas de memoria de un solo hemisferio, el izquierdo, porque el voluntario tiene ínfulas de artista. Por lo menos eso es lo que cree él, ya que los cirujanos trabajan para mí, los descubrimientos son para mí y el laboratorio es mío. Llegado el momento ocuparé los dos hemisferios. Es más práctico así. De todas formas, el voluntario es un imbécil. Para qué quiere vivir si no sabe quién es, qué es. Piensa como un imbécil, tiene cara de imbécil y un cuerpo que comparado con lo que fue el mío es una verdadera cagada.

No me arrepiento de nada. Mis científicos creyeron que sí cuando pospuse la cirugía, pero no, no me arrepiento de nada. Con tanto poder que tengo no me explico cómo perdí tiempo y esfuerzo en convencer al voluntario. Debe ser mi cerebro claudicante que ya evidencia las lesiones del Alzehimer. Tantas explicaciones, tantas motivaciones, tanto y tanto y tanto que no valía la pena. Fue eliminado e hice secuestrar a un muchacho que elegí en una revista de actualidad, esos que trabajan de modelos. Su cuerpo no necesitará puesta a punto y será el perfecto continente para mi memoria. Espero estar ahí, espero ser eso.

Quién soy yo, qué soy. Ahora no habrá aplazamiento, ahora sí me preparan para la cirugía, me rapan, me desinfectan. Están todos muy contentos. Debe ser porque están haciendo historia, abriendo un nuevo camino para la ciencia. Pero no me gusta que estén contentos y mucho menos que me den ánimos. Quiénes se creerán que son. Me da desconfianza. De todas formas, estoy asegurado. Asegurado por mí mismo, que es la única forma de estar seguro. Si me traicionan o si

muero, no tendrán nada. Mi fortuna está en billetes, bonos, lingotes, que escondí en lugares que nadie podría imaginar. Cuentas secretas con claves alfanuméricas inconcebibles. Además contraté asesinos implacables para que maten a todos mis científicos y destruyan los registros de las investigaciones. Me aseguré bien de que a nadie le convenga mi desaparición y de que lo sepan, que sepan que sin mí no queda nada.

El cerebro no duele, no tiene terminaciones sensitivas, así que no me van a hacer anestesia general. Aunque doliera no me dejaría, quiero estar despierto, controlando cómo va todo, estar ahí. Solo anestesia local para el cuero cabelludo y un relajante para inmovilizarme, sería muy peligroso un movimiento involuntario en un momento clave. Trabajan con eficiencia, saben exactamente qué hacer cada uno. De aquí para allá de allá para aquí. Me muestran dibujos y debo decir qué veo, así me mantienen consciente. Sonríen, sonríen como imbéciles pensando que así me tranquilizan. Gasa ensangrentada, chirrido agudo, olor a quemado, electrodos, pantallas, señales. Dibujos idiotas: casa, vaca, lápiz, árbol. ¿Y ése, quién es ese que entra al quirófano de jean, sonriendo tan imbécil como todos los que me rodean?

–¿Y doc, lo vas a hacer hablar? –pregunta entusiasmado.

Mi cirujano contesta indiferente:

–Solo hay que saber dónde poner los electrodos.

Una voz, no es la mía, una voz de otro contesta de inmediato las preguntas, cada cuenta secreta, cada clave, cada escondite. Es de otro pero sabe cosas que solo yo sabía. El tipo de jean deja de tomar notas y sonríe.

–Está todo.

Alguien acerca una jeringa al chupete de la guía de suero. –No –dice el cirujano– solo hay que saber dónde poner los electrodos.

Cagadores hijos de puta. Hay muchos como yo. Ya nadie me habla, todo se desvanece, estoy dejando de estar. Todavía me pregunto quién soy yo, qué soy. Mi memoria, memoria, me moría, me morí. Quién. Qué.

Jeta fruncida

No era la primera vez que un hiperobeso quedaba postrado en su cama. Allí morían, dejando para los demás los engorros del traslado y del entierro. Una enfermedad más, que en el caso de Tumbado era una decisión porque se había retirado del mundo acostándose con el control remoto de la televisión en una mano y un pucho prendido en la otra, que sostenía entre los dedos meñique y anular mientras usaba los demás como pinzas para comer. Así había pasado los doscientos kilos. Su mujer, Penélope, ya no soportaba su presencia. Quería rehacer su vida, pero no podía volver a equivocarse, por eso había elaborado una lista de cualidades de su hombre ideal y esperaba. Él tenía una pensión y ella había conservado su trabajo, así que contrató al hijo de una conocida del barrio unas horas por día para ayudarlo. Muy importante era el baño de esponja, porque los plie-

gues de piel que formaban los descomunales rollos se infectaban. De allí provenía el olor agrio que saturaba el ambiente. Cuando JF entró, hizo honor a su apodo y frunció la jeta. Lo hacía automáticamente en señal de desdén ante cualquier cosa que viera, escuchara, oliera, degustara o tocara. Si a pesar de su rechazo algún osado pretendía hablarle, JF levantaba exageradamente las cejas y dejaba escapar un "Ahhh", que claramente quería decir no me jodas, y si con esto no alcanzaba añadía un descalificatorio "Bahhh", cortando la posibilidad de comunicación. De nada le sirvió su repertorio con Tumbado, que aceptó sus servicios fascinado por la oportunidad de relacionarse con alguien más sorete que él. Cuando JF se repuso del desconcierto ya se había acostumbrado. El desprecio mutuo, el asco y la aversión que cada uno sentía por el otro, los hicieron inseparables y pronto en vez de dos o tres horas por día, JF pasaba con Tumbado todo el tiempo. Fue un alivio para la futura viuda que cuanta menos relación tuviera con su marido, mejor. Tumbado llevaba esta vida desde hacía tiempo y ya estaba llegando a un punto crítico. A JF lo entusiasmaba estar en contacto con su decadencia, era tan dependiente y su fin tan obvio que se sentía superior.

Semanas después, comenzó visitar a Tumbado su hermana Cosita. JF no sabía su nombre, tampoco quería preguntárselo a Tumbado y mucho menos a Cosita, así que le decía señora y no quería pasar de allí ya que sospechaba que tenía otras intenciones para con él, tal vez intimar, quizás hasta casarse. Pero lo que más molestaba a JF de Cosita, era su interferencia. La salud de Tumbado se deterioraba rápidamente, su muerte se sentía en el ambiente. Creía tener un derecho adquirido en cuanto espectador privilegiado y Cosita podía desplazarlo o decirle que no fuera más. No era justo después de todo el tiempo invertido y tanta expectativa. Por ahora la cosa iba bien, Tumbado se negaba a seguir las indicaciones de los médicos. Por otra parte habían mantenido diálogos de una profundidad que JF no hubiera podido sospechar fueran posibles. Un animal salvaje vive según sus instintos –le había

explicado una vez– pero una mascota se amolda al modo de vida de su dueño, como vos. ¡Admirable! Tumbado hacía estas afirmaciones con tierno desprecio y JF las absorbía desesperadamente para reinterpretarlas según su percepción. Cuando él muriera serían suyas, mientras tanto seguiría captando los conceptos que le soltaba sin que el tonto imaginara su importancia. No tiene idea de lo que sabe, pensaba JF complacido. Iba a transformar esto en un verdadero corpus filosófico.

–Apostaría mi vida a que sos virgen –le había dicho una vez Tumbado.

–Apuesta muy poco –había contestado JF. Le vino a la mente entonces algo que le había dicho un taxista una vez "No hay mujer más cara que una esposa". Él estaba por sobre estas preocupaciones, su mano era más barata que la más regalada de las putas y su mente le ofrecía mujeres ad libitum. Tumbado lo observaba atentamente, sobre todo cuando JF hacía sus silencios gesticulantes que evidenciaban un intenso diálogo interno.

–Si te portás bien –lo interrumpía a veces– voy a dejar que me chupes la pija.

JF fruncía la jeta y lo miraba de soslayo.

Esta hermosa relación duró solo unos meses. Un día Tumbado reemplazó algunas de las hamburguesas que tragaba, por frutas y gelatinas. Cosita lo había convencido de que se cuidara un poco. "Un poco –pensó JF– con eso no hacemos nada." Sin embargo, Tumbado empezó a mejorar tanto que en tres semanas podía ponerse solo de costado para que JF le limpiara el culo. "No irá a recuperarse este hijo de puta", pensó JF y se contestó: "No, de tanto deterioro no se vuelve".

Penélope comenzó a inquietarse porque esto daba por tierra con sus planes para una nueva vida. Necesitaba a Tumbado muerto y lo poco que tenían para ella. Qué era esto de recuperarse. La boluda de Cosita, ella era la culpable. Y JF era apenas una cosa, no demostraba ni alegría ni tristeza, contestaba con gestos o monosílabos, imposible

saber lo que pensaba. Hubiera necesitado un aliado pero no podía contar con él.

Tumbado estaba por concretar la hazaña de sentarse cuando de pronto murió. Unos vómitos, algo de diarrea con sangre y chau. Cosita ocultó su miedo en la supuesta pena por su hermano. Ni Penélope ni JF sospecharon de ella. Ignoraban que compartía una caja de seguridad en la que Tumbado mantenía fuera del alcance de su esposa y en efectivo la mayor parte de sus bienes. Había estado mezclando arsénico en la comida de su hermano. Sabía que administrado en pequeñas cantidades produce síntomas muy vagos que no hacen pensar en envenenamiento sino en enfermedades crónicas consuntivas. Que Tumbado hubiera muerto a menos de cuatro días del comienzo de las tomas, le hacía pensar que quizás hubiera sido una coincidencia y su muerte después de todo se debiera al colapso de su organismo. Sin embargo, era muy probable que descubrieran el arsénico y tendría que pagar como si fuera una asesina y ella era inocente, no la podían culpar por algo que no había logrado concretar. Aún así lo intentarían y no podía soportar la forma en que la iban a mirar. Decidió que lo mejor era implicar a Penélope y plantó en la alacena de la cocina el frasco con arsénico. Nadie sospecharía de ella, JF declararía en su favor ya que había visto su interés por su hermano y el comportamiento de la esposa. Además le tenía ganas, lo disimulaba muy bien pero tenía que tenerle ganas un boludo que lo más cerca que puede estar de una mujer es con una foto. Aunque Penélope zafara, concentraría la atención sobre ella durante un tiempo y eso le alcanzaría.

Se puso temeroso, JF. Él era el único extraño allí, no tenía razones que los demás pudieran entender pero hasta Tumbado sabía que lo quería muerto. Era seguro que lo habría comentado con alguien. Cómo imaginar que todo iba a ser tan rápido, si le había dado arsénico solo un par de días. Temblaba con el paquetito en el bolsillo pensando que tanto Cosita como Penélope lo iban a acusar, sobre todo Cosita, esa reverenda puta que no dejaba de insinuársele y había entorpecido

su relación con Tumbado. Ya tenía clarificados muchos de los razonamientos de su filosofía y eso justificaba la existencia de Tumbado. Había servido de catalizador para su obra personal pero nadie lo entendería hoy. Se dio la oportunidad en que lo dejaron solo y en un impulso metió el paquetito en la cartera de Cosita. Se felicitó a sí mismo por su audacia y ausencia de duda. Se sentía satisfecho, después de todo él se había dedicado a ayudar a Tumbado durante mucho tiempo por unos pocos pesos. La única forma en que lo podían complicar ahora era que lo hicieran hablar y él no hablaría nunca.

Penélope se aterró. Todos sabían que había llegado a odiar a Tumbado, que no lo quería atender, que necesitaba su muerte. Cómo saber que el arsénico actuaría tan rápido. La primera en acusarla iba a ser Cosita, que siempre le había recriminado su actitud. Esa guacha metida de mierda. A menos que le encontraran el arsénico a JF que no iba a saber defenderse, ni siquiera le iba a interesar. Con su actitud provocaría el rechazo de los investigadores y hasta por ahí le estaba haciendo un favor, hablarían de él quizás hasta por televisión si no ocurría algo más interesante. Logró poner el sobrecito plástico en un bolsillo de la campera de JF sin que la vieran, y se sintió reconfortada. Mientras sacaban el cadáver el forense le indicó al fiscal que éste era un claro caso de envenenamiento. Juntaron a Penélope, Cosita y JF en una habitación. Los tres se miraron, los tres se ofendieron, los tres esperaron. El veneno fue apareciendo alternativamente en la alacena, la cartera y la campera.

No la pasó mal JF, sintiéndose importante con la atención de tanta gente. No lo afectó el proceso judicial, los dejó decir y hacer lo que quisieran, se pensaba más allá de todos ellos. Tampoco la celda ni mucho menos el régimen carcelario lo afectaron, todo lo contrario, las rutinas y que nadie esperara nada de él, le facilitaban la vida. Ignoraba a los otros presos y a él lo ignoraba el mundo. No le dio forma a su filosofía. Era más fácil divagar que exponerla en palabras que otros pudieran compartir. Pasaron varios años pero lo comprendió,

su filosofía solo era un revolcarse sobre sí mismo. Se dedicó entonces a disfrutar del aislamiento, esta sociedad era una mierda. Pero ya no tenía la convicción para creer que era demasiado para los otros, que algo se perdía si se perdía él y que los demás eran tan idiotas que ni se enteraban. Él estaba porque lo habían puesto, no había decidido nada. Ni había decidido nacer, ni nada de nada, nadie lo necesitaba ni lo necesitaría nunca. Entonces comenzó a leer. Fue duro, lo peor fue que tuvo que hablar con algunas personas para tener acceso a la biblioteca de la prisión, tuvo que pedir. Eso fue lo peor de todo. Nunca había sido un lector así que al principio le costó. El autor del primer libro llevaba muchos años muerto. Estaba escuchando a una persona que no existía y eso era lo más parecido a una relación que había tenido. Lo que esa persona decía pasaba a formar parte de él para siempre le gustara o no, y aunque le asignara otro significado a lo leído esto ingresaba en él, se mezclaba con él, era él. Comprendió que en algún momento iba a salir de la cárcel, que no estaría ni su madre ni su casa, y comenzó a estudiar.

Empezó también a sentir la soledad, quizás por eso imaginaba que Cosita venía a verlo. No era lo mismo imaginar a cualquier mujer que a Cosita, con ella había cruzado algunas palabras, la había rozado alguna vez. Cada mínimo gesto de simpatía que ella le dedicó, se multiplicó exponencialmente en su mente al punto que terminó cayéndole bien, tanto, que dejaron de verse solo en la celda y comenzaron a encontrarse en otros lugares. A veces ella tomaba la iniciativa pero generalmente se negaba al sexo. Era una negativa blanda, una invitación para que la convenciera. Él entraba en ese juego fascinante. Tenía que trabajar más pero era también más placentero. Lo acompañó mucho Cosita en esos años, se le hizo imprescindible. Llegó a amarla, no solo estaba con ella de noche sino a toda hora, siempre y cuando no hubiera otra persona porque entonces Cosita se desvanecía. Por eso prefería estar solo, para estar con ella. Acariciaba su piel con lentitud, la besaba al principio con suavidad y demoraba el momento de la penetración

no solo para sentir más placer sino porque ella luego se iba, se le hacía inaccesible durante horas.

Cuando salió en libertad condicional tras veinte años, le faltaba una materia para recibirse de abogado. Decidió que no la daría. Él había estudiado para saber y sobre todo por la transformación que estudiar provoca en una persona. No se recibiría nunca y no le diría a nadie que tenía esos estudios. Antes se creía más que todos pero no hacía esto por creerse menos ahora, lo hacía porque era de las pocas decisiones importantes que podía estar seguro le pertenecieran. Lo único que quería ahora era ir hasta la ribera para ver el horizonte después de veinte años de vivir en una cueva.

Había cambiado mucho, nadie lo hubiera reconocido por su aspecto físico y mucho menos por su disposición. No quedaba quien lo conociera de antes y de todas formas era otro. Ahora se mostraba amable, sonreía mirando a los ojos, entraba a cualquier lugar sin atisbo de duda. Había algo exagerado, una sobreactuación en sus actitudes insinceras. Él lo sabía, los demás seguían sin interesarle, pero ahora no le costaba nada esa diplomacia personal que encaraba como un juego de desafíos consigo mismo. Consiguió un trabajo vendiendo panchos en Plaza Once. Había otros muchos que vendían comidas para pobres entre la suciedad y las multitudes pasantes. Después del encierro era un deleite ver tanta gente mientras vendía algún que otro pancho. Observaba la muchedumbre moverse como un animal inconsciente, dispersándose desde la estación de trenes hacia cientos de paradas de colectivos. Los días de calor se formaba una nube de transpiraciones que se condensaba en la mugre del piso tornándola pringosa. Le llegaban las expresiones de tensión en los que aún luchaban inútilmente, la indolencia vacuna en los que se habían entregado, los cuerpos en decadencia temprana, los berridos bestiales de los niños, los olores escondidos bajo colonia barata. Entonces le parecía escuchar una de las frases favoritas de Tumbado:

–Qué gran invento la bomba atómica.

Pasó varios días disfrutando de ese infierno hasta que la vio. Vio pasar a pocos metros a Cosita, no la que había conocido años atrás, era otra, envejecida, arruinada, nada que ver con su Cosita. Se quedó inmovilizado y ella se perdió entre la gente. Siguió en su puesto varios meses que se acumularon en años. Ya no disfrutaba, solo esperaba la reaparición de esa vieja. Estaba solo, ella no venía ahora que la había visto en la realidad compartida. Se fue poniendo irritable pero se contenía. No sabía qué haría de tenerla frente a frente, aunque ese era el único objetivo de su vida. Cuando se le cruzó de vuelta de paso a perderse entre la multitud, algo decidió por él.

Lo sostenían entre varios hombres. Cuatro cuchilladas. Con una hubiera alcanzado, la que le correspondía, pero le había dado una por Tumbado, otra por Penélope y una más por él. Eso lo pensó después, cuando lo dejaron tranquilo con los interrogatorios, cuando no lo torturaban diciendo que esa mujer nada tenía que ver con la que había conocido. No entendió por qué no lo llevaron a la cárcel. Hubiera vuelto con gusto a su antigua celda. Aquí estaba tan incómodo, encerrado en una habitación con los enfermeros husmeando a cada rato. Ahora Cosita, la verdadera, la que él tanto conocía, había vuelto. Era un alivio.

–Ya no come –dijo el enfermero– ni hablar de darle las pastillas, pronto no va a tragar ni el agua; se está quedando duro, antes por lo menos movía los labios como si hablara con alguien; habría que ponerle una sonda.

El doctor negó con la cabeza, suspiró y solo dijo:

–Déjenlo.

Pensó que la única diferencia entre su realidad y la de él era el consenso. "Por lo menos es feliz, quizás el único feliz", siguió pensando. No le dijo nada más al enfermero y se alejó arrastrando los pies por los penumbrosos pasillos interminables.

Falta un hoja

Decían que había quedado mal desde la dictadura, que no había querido hacer la bomba para los milicos, que había soportado la persecución, la desocupación, la amenaza a su vida y a su familia. No me consta, pero no me extrañaría. En la Argentina las primeras centrales atómicas se construyeron hace treinta años, y hay muchos científicos capaces de fabricar armas nucleares, y lo más increíble, capaces de negarse. No me extrañaría nada. Lo que sí sabía con certeza es que ese hombre que vivía en pijama, que nunca salía de la casa, que se apresuraba a esconderse en su habitación arrastrando las pantuflas apenas llegábamos con su hijo de la facultad, había sido un importante científico. Hubiera querido que me aclarase alguna de esas historias que corrían, pero me saludaba con un leve cabezazo que era el colmo de su capacidad para la cortesía, y desaparecía. Era

un raro privilegio que me concedía, seguramente porque yo era el único amigo de su hijo. Cuánta inteligencia tuvo ese hombre, cuánta capacidad tuvo, cuánto éxito tuvo, cómo se fue por el tubo. Algunos días lo admiraba, otras lo despreciaba. Jorge lo despreciaba siempre. Supongo que no podía dejar de pensar en todas las oportunidades que su padre había dejado pasar y de las que él podría estarse beneficiando. La hermana de Jorge entraba en la adolescencia y se babeaba cada vez que me veía, y eso que soy feo. Si yo fuera una mina, no me daría ni cinco de bola, pero Marcelita me revoloteaba alrededor elogiando mi vestir, mi saber y mi decir. Más de una vez al saludarnos me había dicho al oído:

–¿Sabés que todavía soy virgen?

Yo nunca sabía cómo reaccionar. Aunque ganas de cogérmela no me faltaban, era muy chica, realmente muy chica para mí. Además Jorge era mi amigo, no hubiera estado bien. La madre me trataba como a un rey, tanta era su amabilidad que me incomodaba. También era muy amistoso el perro de la familia, al que hubiera pateado la cabeza por su insistencia en olerme los huevos. Nunca descarté el temor de que el violento olisqueo terminara en una mordida. Comencé a cambiarme el calzoncillo diariamente con la esperanza de disminuir su interés, pero no sirvió de nada. En la casa todos adoraban a ese perro de mierda, de manera que yo me limitaba a apartar su cara con la mano fingiendo una sonrisa. Todos estaban complacidos de que el perro me aceptara como si fuera de la familia. En esas ocasiones siempre, pero siempre, me encontraba con la mirada de Marcelita y me parecía que ella se contenía para no imitar a su perro. En la familia de Jorge todos sabían todo de todos, y se amaban y despreciaban con la misma intensidad, excepto al padre, que nunca supe si cayó en el ostracismo antes o después del desprecio permanente. Yo ni siquiera tenía eso. Mis viejos se habían divorciado cuando era chico, mamá era ejecutiva en una empresa y ganaba muy bien, de manera que me criaron sucesivas sirvientas

por relevos. Papá se había casado de vuelta y era el papá de otros. A veces pensaba que era mejor así, mucho más tranquilo que tener una familia como la de Jorge. Otras veces no, otras veces me daba por pensar que era mejor eso que la soledad. Jorge era un poco mayor que yo. Había hecho otra carrera casi hasta la mitad cuando decidió cambiarse de Facultad. Nos quedábamos algunas noches a estudiar antes de algún examen. La madre era la única que aguantaba un par de horas y sentada en un extremo de la mesa del comedor mesaba su pelo. Con un elegante movimiento curvo de la muñeca, se pasaba los mechones bajo la nariz para aspirar su grasitud. El movimiento era inconsciente, repetitivo. Cuando la situación se me hacía insoportable, se levantaba con desgano, me daba un beso en la mejilla mientras yo contenía la respiración, y se iba sin saludar a su hijo. Yo retomaba el estudio con la intención de recuperar el tiempo perdido, pero a Jorge le costaba mucho concentrarse, se ponía a joder con cualquier excusa y se mandaba unas siestitas sentado en el sillón que me dejaban estudiando solo. A través del silencio, me llegaba entonces el olor a plástico del mantel. Siempre tenía ese olor, como si recién lo hubieran sacado del paquete. Siempre, siempre, siempre, siempre. La puta que lo parió, no encontraba paz allí, no comprendía para qué iba, ni siquiera se podía estudiar tranquilo. La última noche que estuve en esa casa fui al baño mientras Jorge dormía y al pasar por la puerta de la habitación del padre, la abrí despacito y asomé la cabeza. Era el único lugar que no conocía. En un extremo un gran escritorio con su lámpara prendida, y en el otro el viejo dormía acurrucado en su cama. Se tapaba la cara con una de sus manos. No hacía ningún ruido al respirar, pero todo su cuerpo se inflaba cada tanto. La pausa era tan larga, que daba la impresión de que no se reanudaría. Fui hacia el escritorio sigilosamente. Bajo la luz varias hojas llenas de fórmulas, ecuaciones y flechas habían sido cuidadosamente desplegadas. El papel era viejo, manoseado. Las junté, las doblé y me las metí en el bolsillo. Volví al comedor y desperté a Jorge.

–Ya me voy –le dije.

–¿Terminamos?

–Estoy muy cansado.

Esa mañana Jorge no se presentó al examen. Era raro. Siempre lo bochaban, él se cagaba de risa, pero nunca dejaba de presentarse, así que desde la Facultad me fui directamente para su casa. Había policías en la puerta. Entré. Mientras trataba de apartar el hocico del maldito perro, Marcelita me abrazó gritando:

–Se ahorcó, mi papá se ahorcó.

La madre se olía el pelo como siempre, sentada, con los ojos muy abiertos sin mirar. Jorge tomaba mate de pie, apoyado contra la mesa, distendido, casi alegre.

–¿Querés verlo? –me sorprendió, y antes de que pudiera reaccionar estaba en el dormitorio del padre. Policías iban y venían. No nos decían nada. En una de las paredes había un gancho empotrado de los que se usan para colgar bicicletas, apenas a un metro y medio de altura. El papá de Jorge colgaba del cuello, con las rodillas a pocos centímetros del suelo.

–Usó su mejor corbata –se quejó Jorge. –¿Por qué no se paró? –pregunté sin pensar. Jorge se encogió de hombros y arriesgó:

–Se empastillaba para dormir el muy boludo.

Me quedé mirando unos instantes, y pensé en voz alta:

–Era muy inteligente.

–La inteligencia y la boludez no son incompatibles –dijo Jorge sonriendo.

Luego me pasó el brazo por los hombros y me sacó. Compartimos unos mates y algún que otro comentario. Olvidé que llevaba el mismo pantalón que el día anterior y cuando buscaba un papel para anotar la dirección del velatorio, saqué las hojas llenas de ecuaciones.

–¡Los papeles de papá! –gritó Marcelita.

Todos se quedaron mirándome, incluyendo los policías que momentos antes pasaban desapercibidos.

–Los tengo hace mucho –dije tratando de fingir desinterés, y ante la expectativa que me rodeaba seguí–: Hace unos días me esperó en la puerta del baño y me pidió que controlara los resultados, supuse que me había confundido con alguno de sus ayudantes de otra época, los guardé y me olvidé. Los vengo pasando de bolsillo en bolsillo y nunca me acuerdo de dejarlos –terminé.

–¿Te habló? –preguntó Jorge con desconfianza.

–Solo eso –mentí– pero me pareció todo tan intrascendente que... no sé, se me fue pasando. ¿Era importante? –agregué luego de unos instantes.

–No –dijo Jorge agarrando las hojas– para nada.

El ambiente se distendió enseguida y me di cuenta de que la clave había sido la palabra "intrascendente". Estuve en el velorio y en el entierro, pero la actitud de Jorge y su familia para conmigo ya no era la misma. Había pasado a ser un extraño. No insistí ni quise averiguar nada, simplemente dejé de ir a la casa, Jorge dejó de ir a la Facultad y perdimos contacto, perro incluido. Era muy probable que el robo de esos papeles hubiera desencadenado el suicidio. Traté de aliviar mi culpa pensando que el viejo venía con depresión desde hacía mucho. Recordaba su cadáver colgando casi de rodillas, de cara a la pared, y ese gancho tan fuera de lugar. Y la historia de un gran científico que perdió todo por su ética, historia de la que nunca pude saber nada. Si por lo menos me hubiera cogido a Marcelita.

Unos meses después desperté atado de pies y manos en el piso de un galpón oscuro. Solo recordaba que me habían empujado al pasar junto a una ambulancia estacionada.

–Se despertó –dijo una sombra, y me rodearon otras más.

Me enfocaban la cara con una linterna.

–Falta una hoja –dijo la sombra. Yo no sabía de qué hablaba y no podía pronunciar una palabra del cagazo que tenía. La sombra agregó–: Entre los papeles que le afanaste el viejo falta una hoja, la más importante.

No pude contestar porque cuando comenzaba a entender me doblaron de una patada. Tardé un buen rato en recuperarme. Las sombras, estáticas.

–No voy a sudar por vos, quiero esa hoja.

–No tengo nada más –balbuceé suplicante.

Me bajaron la ropa hasta las rodillas y comencé a gritar desesperado:

–No sé nada... ni siquiera sé de qué eran esos papeles.

Me dieron náuseas pero no podía vomitar, tampoco hablar.

Brilló ante mis ojos la hoja de una navaja, manos en látex.

Intenté rodar para alejarme, varios pies me inmovilizaron.

–¿Y? –preguntó la sombra.

Me estiraron el prepucio, la hoja cortó la piel de un saque y mis aullidos se mezclaron con las risotadas. Me sacaron los pies de encima para que me revolcara a gusto por el piso mugriento. Cuando por fin me calmé, la sombra preguntó:

–¿Ahora que sos de la colectividad podríamos negociar algo, no?

Hubo unas tenues risas aprobatorias. Ya estaban hastiados de mí.

–No sé nada, no tengo nada, nada, nada... –gemí entrecortadamente.

–Cortemos un poco más arriba entonces –dijo la sombra, fingiendo resignación.

Me pisaron de vuelta, vi el acero manchado con mi sangre y sentí que me tiraban con firmeza de los testículos. No traté de moverme esta vez, solo repetía llorando:

–No sé nada, no sé nada.

Desperté en el hospital y tuve que repetirle a la policía muchas veces más el "no sé nada". En un par de meses me curé, pero quedé medio paranoico. Trataba de no salir de mi casa, vigilaba por la ventana. Con los meses empecé a forzarme cada día un poquito más a moverme con cierta normalidad por el barrio y empecé a hacer las compras en un supermercado cercano. Me sentía más a salvo entre tanta gente.

Vivía en asombro por el rumbo que había tomado mi vida.

Una vez, entre las góndolas, me crucé con Marcelita. Estaba cambiada, parecía mayor que yo pero la reconocí de inmediato. Nos quedamos mirándonos como petrificados. Lo primero que me salió fue:

–Me imagino que ya no sos virgen.

–Tengo la concha como una cacerola –contestó al alejarse.

Elevé la voz a sus espaldas.

–¿Y tu mamá?

Ella, sin darse vuelta señaló al cielo dos veces. "Bueno –pensé– las cosas están claras con papá, con mamá y con Marcelita." No pude dejar de pensar una vez más que pude habérmela cogido cuando estaba buena. Con el tiempo llegué a creer que todo volvía a la normalidad, pero comenzaron los llamados telefónicos. "Falta una hoja", nada más decían, cuatro o cinco veces por año. Un par de años después fui sorprendido otra vez en el supermercado.

–¿Así que te habló? –preguntó la voz de mujer a mis espaldas. Me di vuelta y la vi a Marcelita–. Debe haber sido mágico –siguió– porque papá no pudo hablar desde que le sacaron la laringe por un cáncer. –Y siguió–: Todos supimos que mentías, en cuanto abriste la boca lo supimos, solo una palabra te salvó –terminó mirándome con desprecio.

Luego de vacilar unos momentos salí de allí rápidamente. Me mudé del barrio, cambié de trabajo y el primer día en mi nueva casa recibí el llamado. Ya sabían todo, ¿por qué no me dejaban tranquilo?

Pasé dos años más así hasta que un día, caminando por el centro, me encontré con Jorge. Me sonrió y me invitó a tomar un café. Dudé. En cualquier ciudad de la Argentina eso significa charlar largo y tendido.

–No tengas miedo –añadió riéndose.

Señalé el bar más próximo y entramos. Nos mirábamos, nos medíamos, él contenía la risa. Pedimos el café. Tuve ganas de ponerle una piña pero no era el más indicado para ofenderme.

Al final me preguntó:

–¿Te recibiste?

–No, ¿y vos?

Él negó con la cabeza, y se quedó mirándome. Me empecé a sentir muy incómodo y decidí tomar el toro por las astas:

–Así que se dieron cuenta de inmediato. –Pareció no entender, y le aclaré–: Cuando les dije que había hablado con tu viejo.

–Hubiera sido raro.

–Imposible, no raro.

–Imposible, ¿por?

–Marcelita me dijo de la operación de la laringe y...

El estallido de risa de Jorge me interrumpió. Debí ponerme colorado porque me miraba y reía más y más mientras golpeaba la mesa con la mano abierta. Esa turra me había mentido y ahora yo quería salir corriendo pero no tenía el coraje para huir. Y yo, que ni siquiera me la cogí. Por lealtad, por respeto, por boludo no me cogí a Marcelita. Respiré profundo, me reconocí perdido y traté de relajarme. La risa de Jorge se fue gastando y decidí que podía irse a la puta madre que lo parió. No me importaba, no me importaba ni lo que pudiera pensar de mí ni lo que pudiera decirme o hacer. Mi expresión debió endurecerse porque Jorge dijo:

–No te hagás el machito conmigo, que te oí gritar como un marrano, suplicar, llorar.

Lo miré extrañado y entre los borbotones de su nueva risa pude entender palabras sueltas "revolcabas... no sé nada...

colectividad...". Hice fuerza contra el respaldo de la silla para no caerme, y sin darme cuenta murmuré mi letanía:

–Y ni siquiera me cogí a Marcelita.

Jorge reía con moderación, así que pude entenderle.

–Yo sí, no te imaginás cómo me la garchaba –se inclinó hacia delante y siguió– era rapidita para bajarse la bombacha y lo más importante, no era mi hermana y esa no era mi familia.

–Seguís burlándote –dije sin convicción.

–No, yo los vigilaba, el viejo había hecho no sé qué descubrimiento, algo más importante que cualquier bomba, pero el gobierno estaba rematando el país al mejor postor y él no quiso seguir. No hubo forma de doblegarlo –decía Jorge con admiración– y mirá que lo jodimos.

–Pero... vos eras mi amigo.

–¿Ah, sí?

–Estudiábamos juntos...

–¿Yo?

–Ibas a la Facultad.

–Hacía las dos cosas, vigilaba al viejo en la casa y a los estudiantes en la Facultad –terminó más cansado que serio.

Se me escapaban las lágrimas y gemí:

–Me estás cargando.

–Falta una hoja –contestó amenazante.

–¿Sos vos?

–Falta una hoja.

–¿Qué carajo tengo que hacer para que entiendas, qué carajo tengo que hacer para recuperar mi vida? –exclamé tratando de no levantar la voz.

Él pareció escupirme las palabras.

–No te hagas la víctima, mentiroso de mierda, asesino, cobarde –y se levantó, pero antes de salir me advirtió–: Tu tiempo se termina, o nos das la hoja o usás tu mejor corbata.

Me quedé un rato más en el bar, hasta que entendí la alusión. Era un alivio, ahora tenía una amenaza toda para mí, ahora sabía quién era el enemigo, ahora volvía a ser alguien después de tanto tiempo. Podía intentar matarlo, escapar, cagarme en todo y seguir como si nada, o usar mi mejor corbata. Viví tranquilo varios meses y cuando recibí el llamado no dudé.

–Está bien, vení a buscarla –le contesté.

En el silencio percibí la sorpresa que no era mía, la duda que no era mía, y tuve que contener la risa. Cortaron. No soy el único cobar-

de, pensé. Solo dos días después se repitió el llamado. Yo no estaba ansioso ni preocupado. Le dije:

–Vení cuando quieras que te la doy, no sabés las ganas que tengo de dártela.

Solo hubo silencio del otro lado hasta que cortaron. Comprendí que nunca habían tenido más poder que el que yo les daba, que siempre es así con el miedo, con la furia, con lo peor de uno. Hace mucho que no me llaman, no sé si volverán a hacerlo y me importa un carajo. Ya perdí demasiado tiempo con esto. Tengo que terminarlo. Si por lo menos me hubiera cogido a Marcelita.

Bien entendida

Toda la noche sentado en silencio junto a mi esposa, agonía liberadora. No sé cómo empecé, ella nunca me importó. Sueño, imaginación, ensueño. No pude retenerlo pero me sentí mejor y volví una y otra vez. Hasta que pasó eso y volvió lo otro, el vientito llevador de palabras, escalofriante como la primera vez, con su bruma que no respeta la oscuridad porque no está afuera, porque sólo me nubla a mí.

La primera vez que vi a Teodoro se me mezclaron la ternura y el asco. Me acostumbré pronto al ruido de fuelle con que inspiraba cada tanto como si jugar al ajedrez en el bar le exigiera un esfuerzo atlético. Una mancha se destacaba en la curvatura de su panza sobre el pulóver azul, allí rebotaba la comida que se le escapaba de la boca. Debe haber sido por eso que me cayó simpático. Desde su cuerpo se difundía un

aura odorífica que no podría describir sin sentir náuseas. Jugaba rápido, Teodoro. A veces ganaba a veces perdía. Cuando comía una pieza, la retenía entre sus dedos manoseándola largamente. Me gustaba observar a los jugadores de ajedrez que se encontraban en el bar. Apenas consumían un café de vez en cuando, pero eran varios y generaban sensación de lugar concurrido. Aficionados de plaza en su refugio invernal que por sus limitaciones teóricas producían posiciones interesantes. Teodoro era uno de mis preferidos porque jugaba rápido y hacía que su rival se acoplara a su ritmo. El derrotado se levantaba para que otro ocupara su lugar. Decliné varias veces, no quería tocar esas piezas impregnadas de grasitud, hasta que me pareció grosero persistir en mi negativa y jugué por fin con Teodoro. Cometió un pequeño error en la apertura y luego otro más importante, me abstuve de explotarlos y dejé que la partida avanzara hacia el medio juego. Cometió otro error, muy grosero. Me hice el burro y lo dejé llegar a un final en el que para que no sospechara le gané. Con un aficionado las partidas se ganan en la apertura.

–Es un jugador muy fuerte –le mentí.

Teodoro sonrió. No estaba seguro de que me hubiera creído y tampoco estaba seguro de que no se hubiera dado cuenta de que le había perdonado la vida varias veces. Solo me miró de reojo y sonrió.

Así jugamos muchas más partidas y mientras tanto me contó algunas cosas de su vida y yo le conté de la mía. Estaba jubilado y tenía una hija con parálisis cerebral progresiva que vivía postrada en una silla de ruedas. A la tarde, durante algunas horas, él venía a jugar al ajedrez. Eran los únicos momentos en que no estaba con la hija. Le conté que trabajaba por mi cuenta como vendedor, que a veces me iba muy bien y otras más o menos, pero como no tenía hijos ni mujer, vivía sin sobresaltos, sin angustias.

–Como quien no vive –agregó Teodoro en voz baja.

–¿Cómo dice? –pregunté como si no hubiera escuchado.

–Nada, nada –zafó concentrándose en la partida.

No me afectó su comentario. Desde mi punto de vista, estaba mejor que la mayoría de la gente. No había nada malo en pasar la vida tranquilo, no tener que correr de un lado a otro ni tener que preocuparme por nadie. Sin saber mucho uno del otro llegamos a ser como amigos en solo unas pocas semanas, todo un récord para mí. Teodoro estaba cada vez más flaco. Se lo mencioné un par de veces pero me eludió haciéndose el desentendido y aproveché para hacer lo mismo. Un día, en mitad de una partida, me dijo:

–Siempre me perdonás la dama.

Me di cuenta de que se había dado cuenta desde el principio. ¿Para qué jugábamos entonces? Nunca había tenido claro para qué jugaba con él y ahora no comprendía para qué jugaba él conmigo. Con el antebrazo barrió lentamente las piezas del tablero.

–Siempre me perdonás la dama –repitió como ganando tiempo para pensar un reproche contundente.

No quería humillarlo pero si seguía insistiendo le podía llegar a decir cualquier cosa, inclusive que yo no tenía la culpa de que fuera un boludo. Teodoro agregó:

–Tengo una propuesta que hacerte, una propuesta muy interesante. –Lo miré extrañado, él siguió–: Quiero que te casés con mi hija. –No sé qué cara puse pero siguió hablando como si nada.– Está postrada y ni siquiera puede hablar, pero tiene pleno uso de sus facultades, ya averigüé y es legal.

Hizo una pausa para observar mi reacción, luego terminó de explicarse y todo fue claro para mí. Estaba muy enfermo, el cáncer se le había metido en los huesos, no tenía parientes y no quería que su hija fuera a parar a una institución estatal. Yo me casaría para hacerme cargo de ella. Sería mucho pedir hasta para un amigo, un verdadero amigo, porque después de todo nosotros solo éramos conocidos que jugaban al ajedrez y hablaban sin decirse nada. Lo interesante era que Teodoro tenía muchas propiedades que de otra forma quedarían como herencia vacante. Su hija no duraría mucho más que él y si yo

me encargaba de que siguiera viviendo en la casa bien atendida, al convertirme en viudo sería millonario. La propuesta que al comienzo me sonó a disparate, adquiría sentido. Haciéndole notar mi interés, le pedí un par de días para pensar. Luego hicimos una cita en su casa para conocer a la hija.

Me iba poniendo nervioso a medida que se acercaba la hora. Pensaba en lo difícil que se podía poner la reunión, en que los minutos se harían interminables, en que quizás la hija no estuviera de acuerdo o que hubiera otras personas involucradas o que Teodoro me saliera con otras condiciones. No tenía nada que perder y vencí la creciente tentación de pegar el faltazo. No fue tan difícil, solo unos minutos en la mansión de una de las mejores zonas de la ciudad. Indiferente, la enfermera de la hija apenas me miró y ella ahí, contorsionada por siempre en esa silla, la cara a un costado en gesticulaciones mecánicas que solo se interrumpían cuando con la única mano que apenas manejaba, se limpiaba el babeo con una pequeña toalla que aferraba con fiereza de ave de rapiña como si se le pudiera a escapar. Se le había escapado todo de la vida, todo menos esa toalla húmeda. Ella no podía decir nada, a la enfermera no le importaba, Teodoro parecía seguro y había mucha plata de por medio, muchas propiedades, todo para mí. Teodoro me aseguró que la parte legal estaba arreglada, exhibió escrituras, me paseó por la ciudad mostrándome propiedades y algunos grandes locales con restaurantes, bancos y supermercados instalados que le proporcionaban rentas impresionantes. Nos reunimos un par de veces con su abogado que nos atendió con cortesía empalagosa y trató de explicarme enmarañadas cuestiones legales. Yo estaba cada vez más entusiasmado. Hasta ahora había estado bien con lo que tenía, pero se me abría la posibilidad de convertirme en millonario, de cambiar totalmente de vida, de dedicarme a disfrutar. Las dudas que aún tenía, no las comprendía, así que las sepulté en lo más profundo con la esperanza de olvidarlas. Si no le hacía mal a nadie, si era lo que necesitaba Teodoro para morir tranquilo, si la hija no contaba. Yo me

encargaría de que estuviera bien, de que no le faltara nada y que viviera en la casa. No dejaba de sonar a excusa y sin embargo no encontraba ninguna razón para dejar pasar esta oportunidad.

Teodoro se debilitaba pero se las arregló para manejar todo. El juez de paz vino a la casa, firmé tembloroso, la hija también lo hizo con ayuda de la enfermera y lo más difícil quedó hecho. Me mudé con ellos y ocupé dos de las muchas habitaciones vacías. Vendí mi departamento, no lo necesitaba y hacía falta efectivo para los gastos administrativos de la herencia de la hija, que eran importantes. Vender rápido era mal vender y con mi departamento se perdía menos. Teodoro tenía razón, era lo más práctico. Vivimos un par de meses juntos. Apenas veía a la hija que parecía indiferente a todo. Una sola vez, por un instante, me pareció que me miraba con el intento de una sonrisa. Movía su mano para secarse la boca con la toalla, los ojos hundidos en cuencas de calavera. Pobre mujer –pensaba yo– vivir así toda la vida, sin futuro, sin ambiciones, sin disfrutar, sabiendo que los otros viven vidas que ella nunca tendrá. El médico pasaba diariamente y le reajustaba la medicación para el corazón. No viviría mucho más que el padre, casi siempre tenía la vista perdida en el vacío. La enfermera me miraba como a punto de revelarme algo espantoso, seguramente estaría al tanto. Qué pensaría de mí, que me había vendido, que era un inescrupuloso haciendo un negocio a costa de una familia destrozada, que quería despojar a alguien indefenso, tal vez creería que todo esto había sido mi idea. Tal vez me envidiaba, tal vez quería algo para ella, tal vez ya se lo habían prometido. Demasiados tal veces. Había algo que no me gustaba desde un principio y sin embargo seguí adelante. Faltaba poco para que todo terminara, en realidad, no era tanto sacrificio y sin embargo esa sensación de mierda...

Teodoro murió a los pocos días. Había dejado arreglados desde los gastos del sanatorio hasta el funeral. En ningún momento dejó de recordarme la promesa, tuve que jurar una y mil veces. Apenas enterrado, revolví toda la casa en busca de las escrituras. El abogado

me recibió al otro día, su cordialidad había mutado en desprecio. Me explicó que Teodoro tenía muchas escrituras a su nombre porque era testaferro de poderosos, que había contra documentos firmados desde antes y que ya no tenía ninguno de esos papeles en su poder. Que no me preocupara porque la casa que ocupábamos tenía el alquiler pagado por seis meses más, lo mismo que el sueldo de la enfermera. De pronto se le ablandó el gesto y sonriendo me dijo:

–El trato sigue en pie.

–¿Qué sigue en pie?

–El trato –dijo torciendo la boca. Luego agregó levantando la voz–: No sea pelotudo, ¿quiere hacerme creer que se casó por amor? –Se acomodó la corbata, hizo algunos movimientos de cuello para relajarse y siguió–: Cuando la hija muera usted recibe los cien mil dólares siempre y cuando haya sido bien atendida.

–Ese no era el trato –protesté.

–Es lo que dejó encargado el padre –me comunicó con un gesto grotesco.

¿Cómo había caído en esta trampa –pensé– en qué momento había perdido el control de la situación?

–Entonces todo claro –concluyó el abogado levantándose para acompañarme hasta la puerta.

Yo asentí siguiéndolo a pesar del mareo.

–Tiene que estar bien atendida –añadió el abogado y yo asentí confundido–. Bien atendida –repitió y se quedó esperando mi confirmación.

–Entendida –balbuceé.

–No, entendida no, atendida –repitió sin disimular su impaciencia y poniendo énfasis en la "a". Ya en la puerta me pasó el brazo sobre los hombros y revoleando los ojos dijo–: Es por el sexo, ya sabe –y me empujó afuera cerrando.

Me quedé un rato parado ante la puerta hasta que del otro lado volvió la voz del abogado:

–Y no se haga el vivo porque me voy a enterar.

"Si no puede hablar", objeté más para mí que para él. Es lo último que recuerdo de esa charla.

Caminé hasta el agotamiento, comenzó a llover y me quedé bajo un toldo de chapa. Se había venido la noche y la calle estaba desierta. Nadie que pudiera verme llorar como un maricón. Qué iba a hacer ahora, había perdido mi departamento y en poco tiempo estaría en la calle. ¿La hija podría hablar realmente, estaría al tanto de este plan maquiavélico? ¿Y la enfermera qué papel jugaba, con qué se quedaba? Me habían despojado de todo lo que tenía, que no era mucho pero me alcanzaba. Con lo mío, Teodoro había financiado el final del tratamiento de la hija, el alquiler de la casa y su propio entierro. También le había pagado al abogado, todo a costa mía. Y ahora lo de los cien mil dólares, una promesa, solo una promesa, promesas de mentirosos. Por momentos me daban ganas de matar a la hija, a la enfermera de la hija y al abogado, ése primero. Pero me arruinaba más todavía. Hasta ahora había perdido pertenencias, cosas, solo eso. Me tranquilizó bastante pensarlo.

–Solo eso. Nada más –agregué para sentirme mejor. Volví a la casa. La enfermera estaba en la sala con la hija y el televisor prendido. Al pasar junto a ellas se me metió un vientito helado por el oído. ¿Qué había sido eso, palabras? La enfermera no había movido los labios y seguía tan indiferente como siempre. Unas palabras escondidas en ese vientito escalofriante, ¿qué decían? Volví sobre mis pasos pero ni la enfermera ni la hija parecían percibirme. ¿Qué palabras eran? De pronto me vinieron:

–Prostituto de cuarta.

Eso, en un susurro. ¿La enfermera lo había dicho, la hija, alguien lo había dicho, nadie? Pensé en los cien mil dólares. La enfermera apagó el televisor.

–Deje que la acuesto yo –le indiqué con tono casual, como si fuera lo acostumbrado mientras empuñaba las manijas de la silla. La en-

fermera se fue en silencio, de inmediato. Cuando la puse sobre la cama abierta, la desvestí. Observé el cuerpo huesudo, consumido. La tapé, apagué la luz, pasé una mano bajo las sábanas, le acaricié los muslos, fui subiendo, busqué y metí los dedos pero la sequedad adherente me repelió. Estuve media hora lavándome las manos. Volví, arrimé una silla a su cama y me senté.

Yo no sueño, o por lo menos nunca lo recuerdo, pero esta vez tuve uno del que desperté reteniendo cada detalle. Estaba en un teatro, todas las butacas tapizadas de rosa, enormes, como las de los coches cama. Un grupo de pésimos actores trataba de representar una obra. El escenario estaba desplazado hacia un costado y una pared impedía verlo desde las butacas. Era el único lugar por donde se podía entrar o salir de la sala. Quería irme sin pasar entre los actores, pregunté por otra salida a un hombre de pelo blanco que sostenía paquetes de entradas.

–¡Para qué viene! –me increpó iracundo.

–Traje a mi madre –mentí.

Mientras se iba me dijo:

–Espere al intervalo.

Así lo hice pero cuando cruzaba el escenario el telón se abrió. Seguí mi camino sin mirar a nadie, pasando rápido entre los actores que no me prestaron atención. Me quedó rebotando en la mente ese "Para qué viene". No me parecía casual. La siguiente noche soñé que iba en tren con un amigo que empezaba a achicarse hasta que su cuerpo cabía en la palma de mi mano. Bajé a la orilla de un río, miré el pequeño cuerpo que se achicaba más y más en mi palma y dije:

–Esto tiene que ser un sueño.

Había unas mujeres de piernas peludas tomando sol en la orilla. Sabiendo que estaba en un sueño comencé a manosearlas. Se armó un gran escándalo pero yo les decía que nada importaba porque estábamos en un sueño. Me desperté con la certeza de que había desperdiciado una oportunidad única. La tercera noche apareció la dueña de la

voz. No la veía pero me di cuenta de que era la mujer que había amado y perdido. Llevaba mucho tiempo muerta y ahora me hablaba. No recuerdo qué me dijo pero su voz era la calidez, no vi sus ojos pero su mirada era la dulzura. Charlamos largo. Esa vez no fui consciente de que soñaba ni recordé la charla, solo el bienestar que me producía. La voz me retuvo noche a noche durmiendo sentado junto a la hija, sólo junto a ella escuchaba la voz. No podía precisar si era la misma voz que me había insultado días atrás. La voz se alegraba de que yo llegara cuando me dormía, disfrutaba de hablar conmigo, yo también. Éramos felices, no recuerdo haber sido tan feliz como en esos sueños. Podría haber pasado el resto de mi vida así, pero un amanecer desperté sabiendo que la voz no volvería. Sin tocar su cuerpo, sin mirarla, supe también que la hija había muerto. Le avisé a la enfermera, ella se hizo cargo.

Junté mis cosas. La enfermera de la hija me esperaba en la puerta, me tendió un sobre. Nunca supe qué había en él porque la dejé con la mano tendida. Estaba libre, me iba sin huir. ¿Puede quien ha perdido todos sus bienes ser más rico que antes? A medida que me alejaba, comprendía. La enfermera no solo estaba al tanto, ella había manejado todo. Parte del engaño había sido el supuesto arreglo de su sueldo. No necesitaba un sueldo para hacer lo que hacía, la enfermera de la hija.

Temores

Qué zonzo había sido. No había tenido alternativa, nadie la tiene en la niñez pero igual había sido un zonzo. Mirando hacia atrás, Alfonso veía que se le había pasado zonzamente la niñez, la adolescencia y la madurez. Ahora se veía fácil, pero no desde su zoncera, la misma que había tenido siempre. Le habían quedado imágenes aisladas de sus primeros años, flashes fuera de contexto. Tempranamente lo habían desplazado, su hermano tenía un año y medio menos. Años más tarde se había dado cuenta de lo que había dolido. A los que no les pasan unas cosas, les pasan otras. Él no era la excepción. No le condicionaba la vida ahora, pero una cicatriz es siempre eso, frágil y dura, testimonio que si no está en la carne queda oculto. Su padre trabajaba todo el día y cuando volvía había que tener cuidado con su furia. Los fines de semana era otro,

iban a la plaza, quizá un chocolate o alguna chuchería. A veces lo odiaba, a veces lo quería. Dormían los hermanos en un sofá. Las noches eran largas, con la ropa en el respaldo de la silla, las sombras gestaban monstruos vigilantes que la claridad desvanecería de a poco. Su hermano dormía, el miedo era todo para él. No recordaba su niñez, solo episodios, los peores, las palizas, cada una, en especial la lluvia de golpes cuando su padre irrumpió en el baño y lo encontró parado sobre la tapa del inodoro. Quedó desconcertado cuando su madre le explicó que si no, no llegaba al botón. Cuando sucedían estas cosas su padre lo evitaba durante días. No podía ni mirarlo a la cara,como aquella vez en su fiesta de cumpleaños en que lo agarró de los pelos y le sostuvo la cabeza bajo la canilla. Recordaba también los accidentes, como la vez en que al cerrar la puerta del taxi casi le amputa uno de los dedos.

–Pendejo de mierda, ¿por qué no se fija dónde pone las manos?

Su padre estaba para cosas más importantes, tanto que hoy siendo un montoncito de cenizas todavía le hacía doler. Qué zonzo había sido. Si hubiera sabido distanciar su mirada, si hubiera sabido algo. Pero no se puede, nadie puede. Los jóvenes no deberían ser padres, madres quizás sí, padres no. Pero lo que más le dolió fue una vez en que no quiso la comida. No quiso comer las lentejas y su padre decidió aplicar el método con el cual el abuelo le había enseñado a comer lo que hubiera. A partir de ese momento, al desayuno la merienda la cena o el almuerzo, para él solo hubo siempre el mismo plato de lentejas. Al segundo día las comió humillado ante el regocijo de sus padres, todas, como ellos querían. Su madre esta vez había ayudado aprobatoriamente a aleccionarlo.

–Quién se cree que es este mocoso, rechazar comida cuando tantos niños pasan hambre.

Ahí se dio cuenta por primera vez de que estaba solo. Después se dio cuenta todos los días, pero esa fue la primera. Qué zonzo, ya tenía cuatro años, Alfonso.

Iba y venía, apenas algo más que una molestia. Si hubiese sido en una pierna, en un brazo o incluso en la barriga, pero era en el pecho. Aquel mediodía Alfonso no entró al aula, se sentó en el pasillo, puntazo en el corazón. No quería que nadie se diera cuenta, metió la jeta en la carpeta, el dolor fue cediendo. Volvió a su casa de ánimo fúnebre. Un infarto a los veinte, eso era mala suerte. No dijo nada en su casa, le daba vergüenza, con tantos sacrificios que su familia hacía para que pudiera estudiar y ahora esto. Fue solo al hospital, esperó, lo atendieron bien, con electro y todo. No tenía nada en el corazón, era el estrés, espasmos de esófago. Volvió aliviado, tiró la receta, no necesitaba medicación. Esa experiencia también le sirvió para curarse del temor al tumor. Desde muy chico lo arrastraba. Recordaba el detonante: yendo de la mano con su mamá, se encontraron con la maestra de primero y comentaron la muerte de un compañerito por un tumor cerebral. Desde entonces supo que lo mismo podía pasarle. El momento no llegaba aunque pasaban los años, pero lo que podía pasarle permanecía, hasta que le pasó lo del dolor en el pecho y se llevó junto con él el temor al tumor, con la ventaja de que nunca nadie supo que lo tuvo, el temor al tumor se evaporó de su vida. Si hubiera sabido no ser tan zonzo, cuánto sufrimiento se hubiera evitado. Tantos años viviendo con el temor al tumor, sólo algunas horas harto del infarto, basta de temores para él. Eran como los monstruos que lo aterrorizaron sin existir y como ellos sufridos en silencio.

El cablerío de la casa de departamentos solo podía pasarse por la terraza del frentista. Podría haberse negado Don Luis, pero siempre había tratado de mantener una relación cordial y distante con los demás, así que soportaba cada tanto el cambio de cables de TV y teléfono. Por eso le costó a Alfonso pedirle un nuevo favor. Había contratado el servicio de TV satelital y se encontró con que tenía que renovar el televisor ya que el viejo no admitía la nueva tecnología. Tuvo que tarjetearlo porque no le quedaba un mango y se encontró con que

desde su propiedad la antena no captaba la señal. Don Luis lo dejó poner la antena en su casa y eso que era un servicio que él no tenía. Quizás influyera que Alfonso nunca se había quejado por el perro, un inmenso mestizo de San Bernardo al que llamaban Patroclo. Estaba viejo, nunca había sido ladrador y apenas lo sacaban a la vereda depositaba unos monumentales soretes enrollados sobre sí mismos ante la puerta, que quedaban humeando largamente en los días de frío. Don Luis nunca los levantaba, y si hubiera sido por él la entrada se hubiera tapiado tras una montaña de mierda. El primero de los vecinos que salía, limpiaba. A tal efecto Alfonso había dejado una palita de basura tras la puerta. Favor con favor se paga podría argumentarse, pero lo de la antena había sido muy importante para él, por eso cuando Don Luis le pidió que lo ayudara se sintió aliviado. El viejo perro había muerto súbitamente. Una torsión de estómago, dijo el veterinario. El cadáver era pesado, los servicios de retiro de mascotas le cobraban mucho y el municipio no se hacía cargo. Necesitaba que lo acercara a algún parque para enterrarlo. Era engorroso pero Alfonso accedió puteando por dentro. Estaba embolsado, fue trabajoso meterlo en el baúl, un peso muerto es difícil de agarrar.

–Como llevar una persona –bromeó Alfonso.

Don Luis sonrió de compromiso y Alfonso se dio cuenta de que había metido la pata. Debía querer mucho a este perro de mierda, pensó mientras manejaba.

–El próximo va a ser un pequinés –distendió Don Luis. En el parque sacaron la pala pero apenas comenzaron a cavar pasó un patrullero. No quisieron entender razones, no podían enterrarlo ahí.

–Tómense el buque antes de que pasemos de vuelta –amenazaron.

Don Luis estaba pálido, sudaba a pesar del frío, temblaba. –No se preocupe –le dijo– en el primer baldío que encontremos lo dejamos.

Pero primero tuvo que dejarlo a él en su casa porque se descompuso.

–Si es cuestión de tirarlo por ahí yo me encargo –lo tranquilizó Alfonso.

"Después de esto –pensó– ya no me va a dar vergüenza pedirle nada." Lo dejó para el otro día y se olvidó hasta que el olor que salía del baúl fue insoportable.

–Patroclo y la puta madre que te parió –repetía una y otra vez, arrepentido de haber tomado semejante compromiso.

Le tocó el timbre a Don Luis, parecía no haber nadie. Salió en busca de algún lugar donde dejar el perro. Los vecinos hacían pilas de bolsas frente a los terrenos o las casas abandonadas, como si no soportaran su propia basura frente a ellos unas horas hasta la recolección. En la primera oportunidad estacionó el coche, no pudo bajar el bulto, el olor le producía arcadas y se manchó las manos con sangre y un pestilente líquido marrón. Empezó a sudar y perdió la calma. La gente se paraba a observarlo, algún vecino se asomó. Tuvo ganas de increparlos "¿No tienen nada que hacer?". Cerró el baúl e hizo otros dos intentos fallidos. Lo incomodaba llamar la atención, las miradas acusadoras. Si en esta ciudad a nadie le importa nada, son todos unos sucios, pensó. Tampoco quería que en la maniobra se le rompiera la bolsa. Luego de dar muchas vueltas encontró una casa abandonada. Un cartonero pasaba, le dio unos pesos para que lo ayudara y bajaron la bolsa entre los dos. En frente, una señora se asomó a la ventana y le clavó ojos de furia. Él contestó con un gesto desafiante.

Volvió a su casa aliviado, prometiéndose que no lo volverían a enganchar con semejante encargo. Le contaría a Don Luis para que valorase lo que había hecho. Había cumplido más de lo que era necesario, pero luego de bañarse y descansar un poco, se sintió satisfecho.

Al salir al otro día observó que el departamento de Don Luis tenía todas las persianas bajas. Pasaron varios días, se llevó la palita ya que él la había comprado y todavía servía, pero al otro día había una palita nueva tras la puerta. Alguno de los vecinos no se enteró de la muerte de Patroclo, pensó. Un día, al salir a la calle notó las persianas

abiertas casi al mismo tiempo en que hundía hasta el tobillo uno de sus pies en una montaña de mierda como aquellas que hacía Patroclo, exactamente en el mismo lugar, con el mismo olor, consistencia y color.

–Patroclo y la remil puta que te parió –protestó recordando de inmediato que Patroclo ya no estaba. "Debe tener otro perro –razonó mientras sacudía el pie embadurnado– pero no es un cachorro, por lo menos en lo que al diámetro del culo se refiere."

Entró a su casa a lavarse y cambiarse y al salir de vuelta se encontró con otro vecino que limpiaba.

–Algún boludo pisó la mierda de Patroclo –le comentó irritado.

–Debe tener otro perro, Patroclo se murió hace varios días.

–Las ganas –contestó resignado el vecino– esa bestia inmunda se va a morir justo un día después de que yo me mude.

Alfonso estaba apurado así que se fue sin explicar nada, pero a medida que se alejaba enlenteció el paso, como para que la cuadra hasta la parada del colectivo se le hiciera más larga y le permitiera pensar. Cuando llegó, una idea terminaba de tomar forma en su mente. Trató de tranquilizarse pensando que era solo otro monstruo, como aquellos que le fabricaba la oscuridad en la niñez, como las enfermedades de la juventud. Le tocó el timbre a Don Luis, no salió nadie, el perro no ladró. Pasó varios días tocando cada tanto. A veces se encontraba con las brutales deposiciones, otras veces ya las había levantado algún vecino. Una mañana Don Luis atendió la puerta.

–Mire que es insistente –le recriminó. Alfonso titubeó, y luego le soltó: –¿Ya tiene otro perro?

–El de siempre –contestó Don Luis.

–Cómo, Patroclo se murió.

–¿A usted le consta? –preguntó Don Luis mientras cerraba la puerta.

Alfonso la trabó con el pie y le gritó:

–¿De qué está hablando?

–De nada –dejó escapar Don Luis mientras hacía fuerza contra la puerta.

Por la rendija que quedaba Alfonso gritó:

–¡Fuimos a enterrarlo juntos!

–¿Fuimos?, yo con usted no voy ni a la esquina –cerró Don Luis.

Pasó días difíciles, Alfonso, pensando mucho, lo que generalmente era malo para él. No sabía qué había en la bolsa que desechó con tanto trabajo aquel día. A veces se encontraba con los soretes, a veces ya los habían levantado. Él no limpiaba más. Perdió la señal de televisión, se asomó a la medianera y vio la antena colgando del cable. En ocasiones, a la tardecita, veía venir a Don Luis del almacén, pero él, cuando advertía que Alfonso lo esperaba en la puerta, depositaba la bolsa en el piso y esperaba. El primero en cansarse en este duelo de esperas y miradas era siempre Alfonso. Quería pedirle explicaciones pero por otro lado temía que le confirmara sus sospechas, de modo que no insistía demasiado. Quería y no quería, no sabía qué quería. Vivía sobresaltado, soñaba que iba a la cárcel, los ojos atónitos de sus familiares, la mansedumbre con que pagan los inocentes. Esperaba que insistieran con el timbre antes de atender, abría la puerta con temor de encontrarse con un policía. Algo parecido le pasaba con el teléfono. Tenía los nervios destrozados, se tomó unos días afuera con la familia. Al volver, lo primero que notó fue que la palita no estaba. Luego le comentaron que Don Luis se había mudado. Averiguó que tenía un hijo muy violento que había estado en la cárcel, quizás se hubiera ido con él. Quiso saber si se había llevado al perro, todos le contestaron que suponían que sí.

No consiguió la nueva dirección de Don Luis. Tendría que haber insistido para que le dijera la verdad.

–Era paraguayo –le comentó un vecino.

–¿Era? –se alarmó Alfonso.

–Bueno, era, es, no sé, no lo vi más, pero de que nació en Paraguay, estoy casi seguro.

–¿Casi? –volvió a errar Alfonso, privándose de toda colaboración que el vecino le pudiera dar. A la gente no le gusta que la corrijan. Hablan mal, no saben decir con precisión, se justificaba Alfonso en sus pensamientos. Él era preciso e inoportuno. Cavilando estas cosas mientras manejaba vio la pequeña pirámide en la vereda. Estacionó, corrió hacia ella y la examinó de cerca dando vueltas a su alrededor. Se parecía pero no era de él. Muchas veces más detuvo su camino para examinar un cacho de mierda. Estuvo a punto de tener accidentes por manejar con la atención puesta en su búsqueda. Habían pasado meses desde la mudanza de Don Luis, ya no se sobresaltaba cuando sonaba el timbre ni temblaba al ver un policía. Ahora estaba buscando mierda. Era un niño, igual de indefenso, de crédulo, de débil, el niño que había sido seguía en él. Hay que matar al niño, le había escuchado una vez a uno de esos gurúes que pululan por el mundo.

Pasaron meses en que no hizo nada, ni siquiera pensó en todo esto. Le hizo bien. Cuando fuera viejo recordaría lo zonzo que era ahora, como lo había hecho en su juventud respecto de su niñez, como lo había hecho en su madurez respecto de su juventud, como si juzgara a otro. Tantas vueltas en su mente lo mareaban. Le pareció que habían tocado el timbre, le pareció que habían tocado dos o tres veces. Abrió. Un tipo esperaba con Patroclo de la correa y sin saludarlo Alfonso le preguntó por Don Luis.

–Murió hace unos días –le contestó el tipo dándole la correa– dijo que usted se hacía cargo.

Se le ocurrió que por primera vez tenía a sus monstruos y sus miedos agarrados.

–Patroclo y la puta madre que te parió –le susurró.

El perro movió la cola, olisqueó en círculo y se puso a cagar. “Bueno, ahí está –pensó Alfonso– encontré lo que tanto buscaba.” El perro sacudió la cabeza soltando latigazos de baba contra sus ropas.

–Patroclo y la puta madre que te parió –dijo Alfonso.

Hasta dejar de serlo

Esta es la historia de Aníbal, su papá, su mamá y su hermana, todos rodeados por el mismo mundo. Nunca fue necesario ser cartaginés para llamarse Aníbal, así que se llamaba Aníbal. Se pasaba de un asiento a otro cada vez que alguien se sentaba junto a él. Siempre la misma pesadilla. Viajaba en un micro lleno de chicos. No le gustaban los chicos y además se estaba cagando. Cuando no quedaba ningún asiento al que cambiarse, se cagaba. El alivio era tanto que no le importaba que los chicos se dieran cuenta, dejaba de pensar y eso es bueno, eso es meditación. Hasta que veía sus piernas convertidas en una pasta roja y despertaba gritando. Hay que ser boludo –pensaba después– para asustarse siempre de lo mismo. Nunca, nunca, nunca, nadie, nadie, nadie supo de su pesadilla, ni siquiera su vieja y eso que la tenía de chico. De qué hubiera servido. Ése era Aníbal, por

lo menos hasta que dejó de serlo.

Al papá de Aníbal le decían Cara de Goma, por la forma en que gesticulaba antes de cada frase. Había sido político con cargos de alguna relevancia hasta que se rebeló contra el caudillo local y quedó afuera. Tan decente como inútil, terminó pobre e indignado. Después de todo, si uno no se indigna para qué sirve la dignidad. Hay que saber indignarse completamente, con el pensamiento y con el cuerpo. Los que no se indignan no pueden sentirse superiores a los demás y el papá de Aníbal podía. Ése era el papá de Aníbal, por lo menos hasta que dejó de serlo.

La mamá de Aníbal no tenía apodo. Su misión en la vida era hacer sentir culpable a todo el mundo pero no lo conseguía con todos, solo con su familia.

"Sería mejor que no hubiera familias", le había dicho Aníbal una vez para vengarse por hacerlo sentir culpable. Pero solo le había servido para sentirse más culpable. "En tiempos prehistóricos los humanos vivían en pequeñas tribus, los hijos eran de sus madres y los padres eran todos los hombres o ninguno, que viene a ser lo mismo" iba a seguir Aníbal con la explicación pero no era necesario, el gesto de su madre evidenciaba que había conseguido lo que quería, entonces callaba. Mejor no hablar de más, se terminan diciendo estupideces, pensaba Aníbal después de decir estupideces. Ésa era la madre de Aníbal, por lo menos hasta que dejó de serlo.

La hermana de Aníbal no creía en el amor. No creía en el amor desde que un compañero de trabajo le había explicado que el amor no existía, que era un invento de los románticos del siglo no sé cuánto que asombrosamente eran alemanes. ¿Cuándo alguien antes de ellos se había casado por amor, cuándo alguna mujer antes de ellos había soñado con su príncipe azul, cuántas mujeres habían arruinado sus vidas por culpa de ese príncipe? Y la preñó. Muy hábil el hijo de puta. Su hermana abortó y el cambio de televisor quedó para más adelante. Ésa era la hermana de Aníbal, por lo menos hasta que dejó de serlo.

Aníbal pensaba que si fuera tuerto, Aníbal podría ser su apodo. Los apodos no los ponen los cultos aunque para saber que Aníbal era tuerto no hacía falta ser culto, solo haber visto la película. Sin embargo, no sabía de ningún tuerto al que le dijeran Aníbal por ser tuerto. Tampoco sabía que le dijeran Cervantes a algún manco o Beethoven a algún sordo. Gambini era la excepción, en eso había tenido suerte. No se llamaba Gambini, le decían así porque le faltaban las gambas. Trabajaba en la Municipalidad deslizándose de un lado al otro tras un mostrador en su silla de ruedas. La gente creía que se llamaba así, a él todavía le molestaba que le dijeran Gambini pero más le molestaba no tener piernas, así que se la bancaba. Gambini no conocía a Aníbal, tampoco conocía al papá de Aníbal, ni a la mamá de Aníbal. A la hermana sí. Él era el que la había preñado. La hermana de Aníbal también trabajaba en la Municipalidad y ya se sabe, en la Municipalidad todos se cogen a todos. Pero eso Aníbal no lo sabía, la mamá de Aníbal tampoco y el papá de Aníbal lo sospechaba pero no estaba seguro. Él había estado en la Municipalidad pero nunca se había cogido a nadie, ni siguiera a la mamá de Aníbal. Pero eso Aníbal no lo sabía y la hermana de Aníbal tampoco. Si lo hubieran sabido, habrían comprendido la indiferencia de su papá, hubieran entendido que no era tan despreciable como parecía. Después de todo se había quedado con ellos, les había dado su apellido y había cumplido su función paterna como Freud manda. Pero ellos no lo sabían. Son muchas las cosas que no se saben en una familia, célula básica de la sociedad.

Aníbal era tan inútil como su padre, así que su hermana lo hizo entrar en la Municipalidad. Aníbal no quería que le pusieran un apodo y no estaba dispuesto a sacarse un ojo para hacerles creer a sus compañeros de trabajo que su nombre coincidía con su apodo, así que tuvo una idea que le pareció genial, se puso un apodo a sí mismo. Era una falta de ética, los apodos los deben poner los otros, pero Aníbal estaba decidido a apropiarse de su destino. Les dijo a sus compañeros de trabajo:

–Me llamo Aníbal, pero me dicen Flor de Batata.

Quiso convencerlos de que se lo habían puesto sus novias. Ellos comenzaron a decirle Flor de Boludo, que a los dos días se simplificó en Flor. Con el tiempo, a pesar de sus rezongos, terminó acostumbrándose. Fue la primera vez que Aníbal dejó de ser Aníbal, de ahí en más fue Flor para todos, por lo menos hasta que dejó de serlo.

La hermana era bastante mayor que él y lo ayudó todo lo que pudo mientras vivió. Aunque se llamaba Aída, Flor le decía simplemente hermana, tal cual lo había hecho hasta que dejó de ser Aníbal. Un día, por culpa seguramente de la secta, Aída se suicidó. A Flor nunca le había preocupado lo de la secta ya que Aída parecía contenta de estar con ellos, estudiaba con entusiasmo sus apuntes y los libros que le recomendaban y hacía excursiones que ellos llamaban viajes iniciáticos. Al papá de Aída le era indiferente pero a la mamá se le revolvían las tripas de solo pensar en la secta. En realidad, nada autorizaba a afirmar que fuera una secta. Podía entrar cualquiera cuando una vez al año se hacía el plenario abierto. Aída había intentado que Flor fuera –cuando era Aníbal– pero él no había querido saber nada. Luego de esa reunión, el que se interesaba podía comenzar a concurrir a los plenarios mensuales siempre y cuando pagara una cuota bastante saladita. Nada que valga la pena es gratis, decían ellos. Si avanzaba en su preparación, podía participar de otras actividades que también tenían su costo y eran exclusivas para los iniciados. Aída iba desde hacía años y había avanzado mucho en las sucesivas jerarquías del grupo. Además, profesaba una admiración incondicional por Dirección. Dirección era el jefe de la secta o grupo o lo que fuera. Todos sabían su nombre, pero cuando estaban en actividad le decían Dirección. Dirección dictaba charlas apasionantes en las que relacionaba las enseñanzas religiosas con la historia, las matemáticas, la topología y disciplinas como la lingüística y el psicoanálisis. Ayudaba mucho que la inmensa mayoría de los concurrentes fueran gente de pocos estudios, una vida signada por

fracasos personales sucesivos y necesidad de pertenencia. Dirección había adaptado rituales indígenas y orientales a las necesidades de lo que llamaba La Enseñanza, y además efectuaba personalmente la supervisión de los avances que sus discípulos lograban en sus vidas mediante su aplicación. Aunque Aída parecía estar mejor desde que concurría, a su madre la enfurecía e intentaba en vano poner de su lado al padre y al hermano. Quizás influenciada por su educación religiosa, imaginaba esas reuniones como bacanales de brujos y orgías sexuales. Era indudable que su influencia sobre Aída se había anulado desde que ingresara en La Enseñanza aunque los demás dudaran de que eso fuera malo en sí.

–Quizás sea mejor –se había animado a decirle alguien. Una vez en que no pudo convencer a Aída de que se quedara en casa, fue furiosa hasta la comisaría a hacer una denuncia contra la secta, con tan mala suerte que se cayó en la calle y se fracturó un brazo antes de llegar. Cuando Aída se enteró, lejos de enojarse pareció entrar en éxtasis.

–¡El Universo nos protege! –fue su letanía durante varios meses.

Se suponía que cualquier integrante podía irse de La Enseñanza cuando quisiera, pero resultaba muy traumático para quienes habían pasado dos o tres años en su seno. Cualquier desvío era rápidamente rectificado por Dirección y si alguno se mostraba remiso a someterse, al arrepentirse debía hacer una presentación ante sus compañeros señalando sus errores y cómo éstos podían utilizarse para avanzar en La Enseñanza. Una reconvención pública debía ser aceptada mansamente, con agradecimiento, aunque para cualquier no iniciado pudiera parecer maltrato de psicopateadores. Cuando un integrante permanecía en La Enseñanza varios años, generalmente Dirección iba endureciendo sus exigencias y críticas hasta el límite de lo soportable y provocaba su alejamiento. Flor –cuando era Aníbal, es la última vez que lo aclaro– le había sugerido a su hermana que era una táctica para que no se notara que los fracasados de antes seguían siendo fracasados hoy. Aparte, era muy conveniente que el auditorio se renovara cuando

las exposiciones comenzaban a repetirse. Aída desdeñó siempre esos comentarios suspicaces, ahora su cadáver se pudría y nadie comprendía lo ocurrido.

Ni al velorio ni al entierro fue nadie de La Enseñanza. Flor se sentía raro, nunca había sido muy cercano con su hermana, no la iba a extrañar. Ella estaba muerta y él sabía que algo estaba mal en todo eso, en su indiferencia del pasado y sobre todo en la del presente. Su padre había disfrutado. Decenas de viejos políticos que hacía años no le dirigían la palabra habían acudido a ofrecerle sus condolencias. A Flor le resultaba incomprensible que reaparecieran rodeándolo como cuando tenía poder. La madre estaba perdida en sus pensamientos como si no pudiera creer lo que sucedía. Su hija estaba fuera del alcance de la secta, pero a un precio terrible. En el proceso de ruptura Aída había intercambiado algunos mails con Dirección. Días después del entierro Flor los abrió: "Quién crees que eres para juzgar a La Enseñanza", "Has arruinado la finalidad de tu actual encarnación", "Irás de fracaso en fracaso, repitiéndote por el resto de tus días." "Escapas, y llevarás eso en tus ojos persiguiéndote vayas donde vayas". Cualquier persona vulnerable se puede llegar a suicidar con recriminaciones como éstas, pensó Flor. Aída era precisamente una de esas personas, por eso se había aferrado durante tantos años a La Enseñanza, por eso había llegado a depender de Dirección y sus supervisiones. Hasta que dejó de serles útil, hasta que paradójicamente su presencia mutó en testimonio contra La Enseñanza y se ensañaron con ella para expulsarla. Ese era su lugar, el único grupo al que sentía pertenecer, las únicas personas que podían entenderla. Se había quedado sola y no lo había podido soportar. ¿Quién tenía la culpa, había sido una estúpida su hermana o quizás los manipuladores de la secta con sus habilidades envolventes la habían terminado matando? ¿Debió él ser capaz de ver lo que sucedía, encontrar la forma de ayudarla su padre, su madre o alguien más? ¿Sirve buscar culpas cuando es tarde para hacer, cuando lo peor que podría ocurrir ya ocurrió?

Flor borró los mails, apagó la computadora y se quedó largo rato mirando la gris pantalla.

Catalizados por la conmoción siguieron días de cambios drásticos en la vida de Flor. Renunció a la Municipalidad. Era un lugar donde no se esperaba nada de él, donde iría ascendiendo por antigüedad de puesto en puesto con un sueldo asegurado en un lugar imposible de perder. Lo aterraba convertirse en uno más, sin otra ambición que cobrar a fin de mes, sin crear jamás nada. Durar hasta la jubilación, para durar después todo lo posible, esperando. Renunció y se fue a correr el riesgo de vivir de otra forma. Su padre murió pronto y su madre estaba mejor sola, caminando de un lado al otro de la casa, gesticulando violentamente como si discutiera todavía con Aída. Le costó irse, la culpa lo mataba pero la madre se entusiasmó e insistió en que iba a esta mejor. Aníbal –que por esos tiempos dejó de ser Flor– iba a visitarla al principio todos los días, luego un par de veces por semana. Su madre estaba bien, le pareció que estaba mejor que con él, pero podían ser ideas suyas para sentirse menos culpable. Antes de renunciar a la Municipalidad aprovechó para sacar el registro de conductor profesional. Quería cumplir su sueño de ser chofer de larga distancia. De chiquito había quedado fascinado con los choferes de micros que en época de vacaciones transportaban incesantemente gente entre los centros turísticos y las ciudades. Dos choferes se alternaban, mientras uno manejaba el otro descansaba. Al comenzar el viaje uno de ellos repartía alfajores entre los pasajeros sonrientes. A veces pensaba en su hermana y por supuesto se sentía culpable. Las visitas a su madre se volvieron más esporádicas, pero ella parecía estar muy bien porque en realidad no estaba sola, Aída iba a visitarla con frecuencia.

–Aída está muerta –le señaló Aníbal preocupado.

–Ya sé tonto, ya sé, pero viene igual. –Aníbal la miró con pena, sin saber qué decir y su madre siguió–: Nos amigamos, ahora hablamos mucho. –Él suspiró largo y su mamá siguió hablando–: Viene desde

hace meses, no quería contarte nada para que no pienses que estoy loca pero ahora es imprescindible, tengo que avisarte.

–¿Avisarme?

–Dice Aída que no aceptes el viaje a Entre Ríos.

–¿Qué viaje a Entre Ríos? –preguntó Aníbal molesto.

Su madre se encogió de hombros.

–Yo hago viajes solo a la costa.

Su madre se encogió de hombros y torció la boca.

No pudo evitar en sus siguientes visitas que su madre hiciera permanentes referencias a sus charlas con Aída. No quería recriminarle nada, no quería contradecirla, pero un día se cansó y siguiendo un impulso repentino le dijo que su padre se había puesto en contacto con él. Su madre lo miró enmudecida.

–Me comentó un secreto terrible –susurró Aníbal fingiendo consternación.

Su madre tragó saliva. No se le escapó el gesto a Aníbal. –Algún día te tenías que enterar –dijo su madre luego de un largo silencio.

–¿De qué?

–Aída quería que te lo dijera, pero no pensé que fuera necesario.

–¿A qué te referís?

–A que tu padre no era tu padre, ¿de eso estábamos hablando, no? –se hizo un silencio interminable y Aníbal asintió con la cabeza.

Cada tanto su madre insistía con que no aceptara el viaje a Entre Ríos.

–¿Qué viaje? –contestaba desencajado Aníbal.

–El que dice Aída, el viaje a Entre Ríos –insistía su madre.

Se preguntaba el porqué de esa premonición cuando el supervisor le avisó que lo habían cambiado a un viaje de egresados a Entre Ríos. No objetó ni dijo nada. Fue mansamente hacia su destino como quien acepta la muerte, aunque a cada momento sin convicción se repetía que era imposible. No pudo descansar en su turno y manejaba obnubilado en la noche por la ruta. Las luces aparecían a lo lejos como una

promesa que tardaba uno o dos minutos en cruzar para incumplirse. Un camión se pasó de mano, estaba lejos.

"Es él", pensó Aníbal. Era pesado, le iba a costar rebasar y volver. "Es él –pensó acelerando a fondo– es él."

El techo descascarado del hospital era su mundo, compartía la sala con otros infelices. Conocía ese techo como no había conocido nunca nada, cada mancha de humedad, cada grieta, cada agujero en el revoque. No tenía derecho a estar vivo. El abogado de la empresa, sentado a su lado, le explicaba que en algún momento iba a tener que declarar, que el chofer del camión había muerto en el acto junto con nueve chicos y su compañero, que tenía alcohol en la sangre como para emborrachar a un regimiento, que lo iba a hacer zafar.

–No menciones nada de la velocidad, no des detalles, mostrate confuso, no te acordás –aconsejaba el abogado–. No te olvides de decir que te encandiló, que se pasó a la contramano de golpe, que no te dio tiempo para reaccionar –le decía– y si te piden detalles hablá de lo que sentiste después del accidente, aunque te corrijan volvé una y otra vez a eso, ¿está claro?

Olor a caucho y plástico quemado, alaridos, hierros retorcidos, asientos apilados, cuerpos en pedazos, vidrios, sangre caliente y pegajosa con su tenue aroma dulzón, las ganas incontenibles de cagarse y sus piernas convertidas en una pasta roja hasta que el terror lo despertaba. No le costó mucho que dejaran de hacerle preguntas. Una condena en suspenso. Perdió la licencia de conductor profesional, perdió las piernas, perdió el sueño durante mucho tiempo, perdió a su madre un tiempo después. Le consiguieron un trabajo yendo y viniendo tras un mostrador en una silla de ruedas. A sus compañeros les cayó bien de entrada.

–Me dicen Gambini porque me faltan las gambas –se presentó provocando un estallido de carcajadas. Había dejado de ser Aníbal otra vez, ahora sería Gambini por lo menos hasta dejar de serlo, para durar día tras día tratando de convencer a alguna mujer de que el amor no existe.

Tardó meses en recuperar el sueño y comenzó a tener una extraña experiencia. Antes de despertar veía en la oscuridad los relieves de una cara que se deformaba al hablar. ¡Cara de Goma!, pensó de inmediato, o quizás fuera una sombra de su mente manifestándose. Las primeras veces se asustó. En el ensueño previo al despertar no lograba moverse. Observaba inerme esa boca grotesca tratando de decir algo hasta que se disolvía en la oscuridad circundante y despertaba agotado. Esto se repitió por semanas. Comenzó a entender palabras sueltas, luego algunas frases. No estaba seguro de que fuera Cara de Goma, no podía creer que se le apareciera alguno de sus muertos. Se propuso anotar lo que lograba entender, pero lo olvidaba enseguida. Hizo varios intentos dejando a mano un cuaderno y una birome hasta que una mañana logró rescatar la mayor parte. Tenía cierta cadencia y al pasarlo en limpio, así quedó:

No me lo dio Aída, no podía.

Higo sin su nido, transporto chiquita simpatía. No me dio lo perdido, nunca fue pasta Aída no sabía ni podía.

Estaba yo dando y fui verde sin palabra todo pulpa de hilo, huevo de doble yema empanada de nada no tragada.

No podía darme Aída, él podría haber podido así siempre es con lo dado, perdido. Desampara la sombra de mandarino antes de nacer secado así siempre es con lo dado, perdido.

"¿Tendrá algún sentido –pensó– faltará algo, estará en clave, qué hago con esto?" No pudo agregarle nada más porque Cara de Goma no volvió a aparecérsele. Llevaba el papel consigo y lo leía cada vez que estaba solo. Cuando le pareció que comenzaba a entender se asustó y con una seguridad que se desconocía lo quemó. Con el tiempo olvidaría esos versos, lo que le ofrecían ya no lo quería. ¿Intentaba decirle algo Cara de Goma, se le habría aparecido en verdad Aída a su madre para darle un aviso al igual que el sueño recurrente de su juventud? Más que un aviso, una profecía que él se había encargado de concretar provocando sufrimientos inconcebibles.

Le sugirieron del sindicato que consultara su cobertura médica para ponerse piernas ortopédicas. Tenía suficiente muñón para agarrarlas y pararse. Prefirió seguir siendo Gambini y rodar. No convenció a ninguna mujer de que el amor no existe, la única capaz de aceptarlo ya había muerto. Quizás fue por eso, quizás porque el tiempo no pasó en vano, que cambió de idea y resolvió ponerse las piernas. Así dejó de ser Gambini y volvió a ser Aníbal. Estaba solo, todavía no era viejo y le quedaba poco que perder. Buenas razones para comenzar de nuevo si hicieran falta, pensó de pie Aníbal, imaginando que ya no tendría que dejar de serlo.

Se venga

I

–Cuando Bengoechea venga, se venga.

Ése era el lema de Bengoechea, el único taxista que había salido a trabajar en Nochebuena, y lo decía cada vez que con placer se vengaba una vez más. De vez en cuando levantaba un pasajero pero le importaban más aquellos que dejaba de a pie. La alegría al aproximarse el taxi libre, la seña ampulosa ante la supuesta resolución del problema del caminante cargado, el taxi aminorando antes de alejarse rápidamente dejando al peatón con la mano extendida a la altura de la manija de la puerta. ¡Qué caras, qué barbaridades! Entrecortado por la risa repetía siempre lo mismo.

–Cuando Bengoechea venga, se venga.

Pero este gordo se había enloquecido de furia. Esperaba con dos chicos, su mujer y un par de bolsos. Seguramente había pasado las fiestas con su familia para fastidio de la mujer o viceversa. Lo mismo de siempre. Cargaba dormido a un nene y los bolsos, la mujer a un bebé. El taxi paró, dio marcha atrás y se detuvo a diez metros. El gordo dejó de gritar e hizo señas para que retrocediera un poco más. Esperaron un poco y luego recorrieron con dificultad esos pocos metros. Justo antes de abrir la puerta el taxi salió arando. Gran susto de la mujer y despertar de los chicos. Paró a media cuadra, las puteadas atronaban. Pasaron los minutos, la calle era un desierto, el gordo dejó caer los bolsos, le pasó el nene a la mujer y comenzó a caminar despacio hacia el taxi, midiendo cada paso y ladeando la cabeza amenazante.

–Quedate –le gritó la mujer.

"Boluda de mierda –pensó él– no podíamos quedarnos a dormir en lo de mi vieja e irnos a la mañana tranquilos." A medida que se acercaba caminaba más y más lento.

–Así no va a llegar nunca –susurró ella.

El nene se frotaba los ojos. Bengoechea pegó un par de aceleradas sin moverse y el gordo se paró en seco. Los segundos se alargaban. Un par de pasos más y el taxi se fue. Le volvió el valor al gordo y empezó a correrlo enarbolando el puño y soltando sus peores insultos. Sudado y sin respiración se detuvo y vio a su familia esperando una cuadra y media atrás. Bengoechea retomó por una lateral, dejó el taxi estacionado, caminó hasta la avenida y se paró media cuadra delante de la familia que ya se había reunido. Fingió esperar un taxi y rió oyendo a sus espaldas las puteadas.

–Cuando Bengoechea venga, se venga –decía bajito para él.

Sintió que lo llamaban.

–¡Ey, estamos nosotros primero!

No contestó, se alejó un poco del cordón y oteó a lo lejos. Bamboleándose como un inmenso caracol, toda la familia caminó para ponérsele adelante, Bengoechea comenzó a alejarse al mismo ritmo.

La familia paró, Bengoechea paró. Comenzaron a moverse otra vez, lo mismo Bengoechea.

–¡Ey, pelotudo! –gritó el gordo.

Bengoechea miró sonriendo apenas, torciendo la boca con desdén.

–¡Sí, a vos! –reafirmó el gordo.

No hubo respuesta así que volvió a tirar los bolsos, volvió a pasarle el nene a su mujer y caminó hacia Bengoechea que también caminó alejándose, el gordo comenzó a trotar, Bengoechea también. La distancia entre ellos permanecía fija. El gordo corrió, lo mismo Bengoechea.

–¡Vení para acá, hijo de puta! –se desesperaba el gordo, pero Bengoechea era livianito, calzaba zapatillas, estaba fresco.

El gordo se dobló apoyando las manos en las rodillas, no tenía aire y chorreaba furia. Bengoechea también había parado y lo miraba con su extraña sonrisa. El gordo volvió con su familia, ella le dijo:

–Ya te lo había dicho.

Él alzó al nene y los bolsos. Ni un alma en la calle, el tipo al que había corrido ya no estaba. Recuperaba la respiración cuando un taxi libre dobló desde una lateral y fue hacia ellos despacio. Le hizo señas, contestaron las luces. Suspiró aliviado, su mujer también. "Modelo nuevo –pensó él– debe tener aire acondicionado." Cuando abrió la puerta reconoció la sonrisa y el desdén en la boca a medio torcer. El taxi otra vez salió arando y se detuvo con una frenada brusca a media cuadra. Esta vez el gordo no gritó, no salía la voz de su boca abierta. "Es el mismo –pensó– fue siempre el mismo." Dejó los bolsos y le pasó el nene a la mujer.

–No vayas –suplicó ella.

El taxi dio marcha atrás unos metros y esperó. El gordo levantó una baldosa floja de la vereda. Bengoechea se reía. "Eso no es valor, es miedo –pensó– ya no te quedan ni los gritos." Y se fue.

II

Qué noche de mierda, como todas las Nochebuenas desde que me casé con este boludo de Sebastián. Año nuevo lo pasaremos con mis viejos, pero ya se encargará él de arruinarlo. Siempre toma de más y de un tiempo a esta parte come como un cerdo. Si no fuera por los chicos, el arbolito, los regalos...

Sabía que no iba a haber taxis pero ni loca me quedo a dormir en esa casa. Conté cada minuto hasta la hora de irnos, no soportaba más con ellos. Esa vieja de mierda siempre llenándole la cabeza, lo maneja como si fuera un chico. El padre nunca fue gran cosa, ahora está ido, masticando con la boca abierta y la mirada perdida. Él se impacienta cada vez más, cargando al nene y los bolsos, con 30 kilos de grasa en la barriga, sudando, siempre sudando. Y sus hermanos y los primos y los tíos, comiendo y chupando desde las seis de la tarde hasta las dos de la mañana, como hubieran soñado los tatarabuelos, pero no en el invierno europeo, en el verano en Buenos Aires con treinta grados a la noche: fiambre, lechón, vitel toné, matambre casero, turrón y mantecol, nueces, almendras y garrapiñadas, cerveza, champagne, sidra, y vino del que sea. Kilos de pan, ensaladas varias y lo que venga, que venga. Todo es tragable. Y a discutir, a discutir de política y de fútbol hasta agarrarse a piñas, para luego amigarse y recomenzar. Arreglando el mundo de palabra quienes no pueden hacerse cargo de sí mismos. No me dice nada pero se impacienta cada vez más. Aún con el palillo entre los dientes, puteando por dentro él, atrapada yo. Peor que cuando estaba con mi familia y encima con dos chicos. Por cuántos años más, siempre atrapada, y el gordo pelotudo que no se queda quieto. Qué baile, dos pasos para acá dos pasos para allá, parece un tigre de zoológico. Espera que yo diga algo para explotar, compadrito de entrecasa. Me mira de reojo de vez en cuando, medio embotado. También, no sé cómo se tiene en pie. ¿Podrá ser, será un taxi? Por fin.

Quiero llegar a casa y que termine esta Nochebuena. ¡Dios, qué pasó! A ver si se baja y lo caga a trompadas. No viene. Vamos. ¡Otra vez!

–Quedate.

Pero que inútil, nos dejó solos. Corre y corre, vuelve derrotado. Costumbre. Mejor no digo nada, otra vez a esperar. ¡Uy, ese tipo ahora, justo delante nuestro! Vamos.

–Pará Seba, no grités más, no vayas, pará.

Otra vez correr y volver derrotado, no me escucha. Espero que con esto no le queden ganas de joder. Otro taxi, ¿qué pasa?, es el mismo, fue siempre el mismo, es un loco, esto viene mal.

–¡Quedáte Seba!

Una piedra, nadie en la calle, ni un policía. La puta madre, da marcha atrás, ah, se paró.

–No vayas.

Parece que me escuchó, o se cagó. Cómo estará para haberme escuchado. Se va, nos deja en paz.

–Caminemos, Seba, cambiemos de lugar, no sea que vuelva.

Me escuchó, debe estar cagado. Mañana se cuenta una de vaqueros.

III

Despertó en brazos de mamá junto a su hermanita, se frotó los ojos. Miedo en papá. Sonrisa torcida. Se durmió. Despertó con sed. Vaso en el borde. Papá lo zamarreó. Mamá gritos. Salió en él un gesto, sonrisa torcida. Y no lloró.

No importa

Es la primera vez que quiero que se rían de mí. Aplasté al mosquito contra la pared y quedó una inconmensurable mancha de sangre que sé que es mía, que lo maté tarde, que ya tengo el virus, ese que vine a ayudar a contener y que ahora circula de a millones en mi torrente sanguíneo igualándome a los miserables que vine a ayudar. Sé que estoy perdido, que la ciencia con su soberbia no podrá contra esa cadena de ácidos nucleicos que va a utilizar los aparatos internos de mis células para replicarse hasta matarme. Sé que todo terminó, aunque me queden algunos meses de tristeza, decadencia, agonía. A menos que... a menos que sea una broma de los otros científicos y sea un mosquito falso, inflado con una falsa gota de sangre y puesto allí para que yo lo aplaste y crea que... pero nadie ríe, nadie está pendiente de mí. Cada uno en lo suyo, como yo hace unos segundos.

Es la primera vez que quiero que se rían de mí.

Me mató, tan chiquito y me mató, no es consciente de mi vida ni de la suya y me mató a mí, él, que cuando yo lo maté ya me había matado, tan chiquito. Ahora entiendo la soledad que no es del cuerpo. La mirada de los que se cortan o pinchan atendiendo a un paciente con alguna peste transmisible, tan parecida a la de los que han consumido sus años y miran como extraños a sus parientes. Es la soledad definitiva, la simple palabra no la contiene, no puede ser dicha. Nadie me mira, nadie se da cuenta. Cuando lo sepan igual no van a saber, no se puede compartir. Es mucha la gente que prefiere morir a hacer el ridículo pero desde hace unos pocos segundos, quiero con desesperación que se rían de mí. Cualquier cosa menos lo ineludible ante mi muerte.

–Buen día eñó –me mira desde la puerta el jornalero sosteniendo el chambergo frente al pecho.

Sus ojos escapan de los míos en esa costra agrietada que hace miles de soles fue cara.

–Doctor –lo corrijo en mi automatismo.

–Dotor –aún sin preguntar.

Entonces digo lo más importante que jamás dije, porque es la primera vez que no son palabras vanas:

–No importa.

Un cacho de fenomenología

I

Era un día importante para Cachito, él se sentía importante. Después de meses haciendo palotes con el lápiz, iba a empezar a escribir con tinta. Su mamá le había dado la pluma cucharita, el tintero y algunos secantes que habían quedado de cuando su hermana iba al colegio. En el pupitre de madera por el cual ya habían pasado generaciones de alumnos, el encastre para el tintero por fin cumpliría con su misión. El gesto severo de Sarmiento, que lo intimidaba desde el cuadro en el frente, le daba hoy la bienvenida al mundo de los que saben. Vendrían años de dedos entintados, hojas goteadas y desafíos para las madres que competían por qué hijo lucía más inmaculado. Todos de guardapolvo blanco que les daba el Estado una vez por

año para igualarlos, al que su madre almidonaba el cuello hasta dejarlo como tabla aunque lo lastimara. Los varones con el pelo cortado media americana y engominado. Las nenas con tablillas y el pelo atado con colitas, trenzas o rodetes. La goma de borrar solo serviría para agujerear el papel. Había algo definitivo en la tinta. Su madre lo despidió emocionada, su padre no se enteró, su hermana no ocultó el fastidio. Las severas maestras le irían enseñando paso a paso, con la autoridad de quien te salva la vida todos los días, de quien te da algo que muy pocos pueden dar.

–En el mundo de hoy, el que no sabe leer ni escribir es un esclavo –les habían dicho al comienzo de clases.

Rara vez una sonrisa, un reglazo de vez en cuando y vigilancia de águila. Solo se escuchaba el suave arañar sobre las hojas. Qué bien le enseñaron, si no lo usó mejor no fue por culpa de ellas. Dejaba la calidez de la casa muy temprano, el olor a kerosén de la estufa, el sabor a mate cocido con pan. Caminaba muchas cuadras con los puños cerrados para proteger los dedos del frío. Valía la pena, no quería ser esclavo.

II

Comenzó en la adolescencia y siguió toda la vida. Durante los primeros diez minutos, no podía reconocer a una persona si se la encontraba en otro ámbito del que la trataba habitualmente. Pasaba por mal educado o por tímido hasta la estupidez. Intentó fingir, saludar a cualquiera que le pareciera que hacía el mínimo gesto de reconocimiento, pero metió la pata muchas veces, era más la gente que no conocía que la que sí. Se tuvo que acostumbrar.

III

A los dieciséis consiguió su primer trabajo. Hasta ahora sólo había ayudado a cargar cajones, pesados soportes de bronce y coronas. Ahora le habían pedido que se quedara toda la noche. De la 1 hasta la 6 de la mañana sería el único empleado del velatorio. Sólo tenía que estar, para que los familiares del muerto vieran a alguien de la empresa de vez en cuando. Los empleados rotaban en las guardias nocturnas y a tan poco tiempo de haber comenzado lo habían incluido. Era fácil, buena plata por poco tiempo. Esa noche había un solo velatorio, todo estaba hecho y muy poca gente se iba a quedar, un par de hombres silenciosos que iban y venían de la calle al salón. Él se pegaba una vuelta cada 15 minutos. Cerca de las 3 de la madrugada se cruzó con el dueño del bufete que le dijo:

–No se puede creer, se van todos y vuelven a la mañana para el entierro, no se puede creer. –Cacho se encogió de hombros y el hombre siguió–: Cómo cambiaron los tiempos, esto hubiera sido impensable hace unos años.

Cacho asintió solidario pero a él le convenía, podría pasar la noche durmiendo.

–Ya cerré, yo también me voy a la mierda –terminó el buffetero.

Cacho comprendía, era un día de trabajo perdido. Se dio una vuelta por el salón, solo quedaba el cadáver maquillado. "Viene del hospital –recordó– lleno de antibióticos, va a tardar en dar olor." Fue hacia la oficina, había poca luz y total silencio. Miró los cómodos sillones de cuero marrón.

–Habrá que sacrificarse.

Tiró un diario viejo sobre una silla, levantó las patas y se acomodó.

–Como que te arrulle una negra inmensa y querendona. Un lejano ruido. "A veces un grupo muscular se contrae y parece que el cadáver se mueve", le habían explicado el primer día. Fue una vez más al salón

y se sorprendió al ver a una vieja vestida de negro sentada frente al cajón, ¿de dónde había salido?

–Buenas noches –le dijo, pero no hubo respuesta, ni siquiera abrió los ojos. No había nadie más–. Buenas noches –repitió más fuerte, pero nada.

Volvió a la oficina y se acomodó otra vez en los brazos de su negra. Cuando se dormía una idea lo incomodó, la quietud de la vieja era demasiada. Fue al salón, todo estaba igual. La observó, no lograba detectar ni un mínimo movimiento respiratorio.

–Buenas noches –pero nada–. ¡Señora! –ninguna respuesta. La cara del cadáver asomaba del cajón, se acercó, el torso se había levantado unos centímetros. "Los músculos", recordó. Miró a la vieja que parecía más una estatua de cera que una persona. "Si abre los ojos y lo ve así, como levantándose..." Para bajarlo tuvo que empujar sobre los hombros. Los labios del cadáver se despegaron y salió un eructo. No pudo evitar vomitarle encima y estuvo un rato haciendo arcadas junto al cajón, cubierto de sudor recordó a la vieja que seguía allí como congelada en el tiempo. Puso sobre el muerto una tela gruesa y sobre esta otra mortaja. "Yo no limpio nada –decidió– lo primero que van a hacer mañana es cerrarlo." Fue al toillete del salón, se lavó e hizo buches. Miró a la vieja sentada en la misma posición. Decidió irse a la oficina, pero se arrimó al muerto para echarle una última mirada a sus arreglos. El sobresalto fue brutal cuando le tocaron el culo. Casi tira el cajón, a duras penas logró estabilizarlo sobre los soportes. Miró a la vieja inmóvil, no había nadie más.

–Señora, ¡señora! –pero nada.

Fue hasta ella y le quiso tocar el hombro, justo antes de hacer contacto la vieja pegó un alarido agudo que hizo a Cacho saltar para atrás contra el cajón. Los primeros golpes de la madera contra el piso sonaron a cañonazos y el cadáver vomitado rodó hasta la otra pared. Se repuso y vio a la vieja en la misma posición de siempre. Lo único que le interesaba ahora, era irse. No pudo abrir la puerta de calle, for-

cejeó una y otra vez, golpeó, no hubo forma. Era muy raro, esa puerta estaba abierta a toda hora. Volvió a la oficina, el teléfono no tenía tono. Estuvo un rato oprimiendo teclas, zamarreando y golpeando el aparato. Se tranquilizó pensando que ya faltaba poco, miró el reloj pero antes de que pudiera ver la hora se cortó la luz. Quedó paralizado en la oscuridad, no sabía si el corte era general, dónde estaba la térmica, si había linterna, velas o fósforos. Manoteó para orientarse, su mano se topó con el escritorio, lo bordeó hasta el sillón, metió la mano en un gran agujero pegajoso e imaginó a la vieja con la boca abierta. Manoteó desesperado la pared, se guió hasta la puerta de la oficina, siguió así por el pasillo hasta la salida, golpeó un rato, luego recorrió el pasillo hasta el salón y siempre siguiendo la pared encontró la entrada del toillete. Allí se encerró sentándose en el piso con la espalda contra la puerta y los pies apoyados en la pared opuesta. Ni entre diez iban a poder abrir. Esperó y esperó. Comenzaron a golpear tratando de abrir y él hacía fuerza con todo su cuerpo hasta que distinguió la voz de su jefe.

–¡Abrí boludo!

Se paró y dejó que abriera. Su jefe lo miró asombrado. –¿Qué paso?

Cacho salió corriendo.

La única persona que se enteró de todo fue su mujer muchos años después. Un hombre grande que duerme con la luz prendida, que no va a ningún lado en penumbras, que tiene la casa llena de candelabros y velas, que lleva siempre una linterna en el bolsillo.

–Los colecciono –le decía al principio. Hasta para coger necesitaba luz. Después tuvo que explicarle, ella se hizo la que entendía.

IV

Cuando terminó la secundaria, un amigo de su viejo lo hizo entrar al Banco. Aprendió rápido, pero nunca se pudo acostumbrar a trabajar

con la plata de otros. En la caja cualquier zaparrastroso sacaba terribles fajos de los bolsillos para hacer depósitos. Así con jubilados por los que uno no hubiera dado dos mangos y rentistas que no habían trabajado en su vida.

Se le fueron acumulando los años, atendía personas menores que él manejando sumas fuera de su alcance, y se empezó a sentir cada vez peor. Algunos de sus compañeros ascendían y mejoraban un poco, incluso los que habían entrado después. Era comprensible cuando se trataba de una minita que se encamaba con el jefe, pero cuando lo pasaba por arriba un tipo más joven y ostensiblemente más inútil, tenía que hacer esfuerzos para comportarse y mantener el trabajo.

Durante una de las tantas crisis financieras del país, ordenaron que todos los empleados de todas las sucursales se quedaran durante la noche. Debían reorganizar cierta información sobre los clientes. Durante la noche no, pensó temeroso Cacho. Si algo sobraba en el banco era iluminación, pero la idea de que avanzaran las horas, los demás se fueran yendo, apagaran las luces que no se usaban y un silencio similar al del velatorio se impusiera en la sucursal no le hacía ninguna gracia. Se le ocurrió entonces que el trabajo podía hacerse mediante una modificación en los programas de las computadoras. Le explicó a su jefe cómo hacerlo y el banco ahorró un montón de tiempo y dinero. Su jefe recibió efusivas felicitaciones y él quedó como siempre, existiendo sólo para los errores. Nunca volvió a aportar más allá de lo mínimo que se esperaba de él y se resignó a la postergación. Esta actitud le permitió relajarse, tomarse todo con más tranquilidad y hasta divertirse. Su trabajo ya no ocupaba un lugar central en su vida.

Como en todos los bancos, se producían largas colas en las ventanillas. Cuando se juntaban vencimientos, trabajaban a la vez cuatro o cinco cajas, pero los clientes esperaban lo mismo cuando eran pocos porque reducían las cajas abiertas. Los empleados se iban rotando para ir a comer, para ir al baño, pero sobre todo para que los clientes se jodieran. A Cacho lo divertía ver la impaciencia de los gestos, los

movimientos, alguna voz airada de vez en cuando. "¿Estás apuradito?", pensaba mientras ponía cara de "hago lo que puedo". "Yo me jodo, tú te jodes, él se jode, nosotros nos jodemos, vosotros os jodeis, ellos se joden –pensaba– en definitiva todos nos jodemos pero yo solo me jodo en mi trabajo, durante el tiempo en que me pagan para joderme; ¿estoy tardando mucho?, ¡a joderse! –y pensaba– después, si cometo un error, me lo cobran a mí; las sonrisitas y agradecimientos se los meten en el culo."

V

Rosa siempre había estado enamorada de otro hombre. Lo había perseguido, había salido muchas veces con él y se había entregado a pesar de que le dejaba en claro que no la quería. Era tan lindo, deslumbrante para ella. El Bonito le decían en el barrio. Él había aprovechado lo posible, sin despreciarla ni amarla. Los años le hicieron comprender a Rosa que estaba perdiendo el tiempo. Se ponía vieja y no formaría una familia ni tendría hijos. Se desgarró de dolor cuando rompió con El Bonito, ya no tenía vida social, no la invitaban a fiestas, iba a ser difícil conocer a alguien. Trabajaba haciendo trámites para una empresa inmobiliaria e iba al banco con pilas de boletas. Estaba por lo menos 30 minutos en la caja y prefería que la atendiera Cacho porque no se inquietaba por las protestas de la gente, incluso le parecía que muchas veces tardaba más para retenerla. Fueron entrando en confianza y salieron algunas veces hasta que se engancharon. Ella se sentía culpable porque nunca pudo sacarse de la cabeza a El Bonito a pesar de los años que pasaron, a pesar del hijo que ella insistió que tuvieran. Durante los nueve meses ella le había preguntado cada día sin falta "¿Querés el hijo?". Y él había contestado cada vez que sí, que ya se lo había dicho mil veces, que no se lo preguntara más. Tuvo que seguir contestando hasta que

nació.

Ella había conseguido todo lo que quería pero igual se sentía culpable. Por eso le toleraba su manía con la luz, su falta de ambición, su desconcierto ante la vida. ¿Si El Bonito reapareciera se iría con él, dejaría a Cacho? No podía negárselo a sí misma, se iría con él y se llevaría a su hijo, por supuesto. Pero eso era imposible. Pobre Cacho, no iba a ser traicionado solo por falta de oportunidad.

VI

Cacho no alzó a su hijo hasta que tuvo varios meses, tan frágil lo veía. A veces le acariciaba un bracito pensando "A qué mundo te traje". La crisis económica había descargado desesperados de todo el país a dormir en las calles de la ciudad y comer los desperdicios. Cacho los veía con rabia e impotencia. En un semáforo, a mitad de camino al Banco, varios chicos pedían una moneda a los conductores, los más grandes limpiaban vidrios. Un poco más lejos un adulto los controlaba. Cacho evitaba mirarlos, no bajaba la ventanilla y esperaba puteando. Esos chicos crecieron a la par de su hijo, especialmente un morochito de rulos al que no le dio nunca nada a pesar de su sonrisa contagiosa. Pedían cuando los coches paraban y jugaban entre ellos cuando pasaban. "Parecen disfrutar de la vida –pensaba Cacho– parecen disfrutar más que yo." A veces se sentía tentado a darle alguna moneda a Rulito pero no, si le daba una vez le iba a tener que dar siempre y además se lo quitarían los más grandes. Le reventaba que estuvieran organizados para pedir, con estrategias y controles. "Deben ganar más que yo" concluía Cacho para quedarse más tranquilo. Cuando veía a su hijo bien alimentado y vestido, se acordaba de Rulito a la intemperie. Cuando veía a Rulito en riesgo y con privaciones, se acordaba de su hijo. En sus pasadas por ese semáforo llegó a verlo compartiendo un cartón de vino, un pucho o

pegamento de una bolsa. "Ya empezó a jalar –pensaba Cacho–, ahora sí que se terminó." Con el tiempo Rulito dejó de pedir monedas y pasó a limpiar vidrios. Iban de a dos o de a tres hasta los primeros coches que paraban y a Cacho le parecía que algunos conductores les daban plata porque se sentían intimidados, especialmente las mujeres. Rulito no había perdido su sonrisa inocente y esperanzada. Cacho le evitaba los ojos y lo ahuyentaba con un gesto. A veces había nenas de diez u once años con ellos, alguna con panza de embarazo. "¿Será de Rulito? –se preguntaba, contestándose enseguida–: Y a mí que me importa." Su hijo ya iba al secundario y le prestaba más atención a sus amigos que a él. "Es normal, está bien –se decía Cacho– lo único que importa es que tiene futuro, va a poder elegir." Un día dejó de ver a Rulito en el semáforo. Aunque fue un alivio, durante meses lo buscó cada vez que pasaba. Cuando volvió a verlo le faltaba un brazo desde el hombro, estaba muy flaco, pero corría a limpiar con su sonrisa de siempre. Se contuvo para no darle nada y manejó temblando hasta el Banco. Así estuvo todo ese día, temblando. Luego lo perdió de vista por mucho tiempo.

VII

Cacho soñó que su hijo trataba de estrangularlo. No podía sacarse de la cabeza que ya estaba muerto. Nadie le avisaba nada. Milicos sádicos cagones, a ellos lo había entregado, ahora esperaba. Para qué lo querían, había suficientes profesionales y más de cien voluntarios por cada conscripto. Dejó que se lo llevaran. La guerra. En la guerra solo se trata de seguir viviendo, es lo mismo que en la paz pero simplificado puede verse lo único que importa, no hay tantas distracciones. Quedarán enmudecidos los que pelearon y mataron, los charlatanes hablarán y la mayoría de los que consiguieron vivir con el tiempo volverán a envolverse en irrelevancias. Qué iba a hacer aquí cuando él no volviera.

De puño y letra de su hijo, entre sus cosas:

"La ciencia es la religión más flexible. Tiene verdades que no pueden ser discutidas si no es por sus sacerdotes con sus reglas, es dogmática, el que las viola está por fuera de la ciencia. Un estudio científico determina como antes lo hacía la palabra de Dios. La diferencia con las otras religiones es su flexibilidad, en pocos años puede contradecirse, por estudios recientes, profundizaciones o nuevas evidencias. Nuestro sistema de interpretación es el más refinado que se conoce, por cada onda electromagnética que utiliza, filtra millones. Es mucho más lo que no deja pasar que lo que interpreta. Lo inaccesible para el hombre es la mayor parte de lo que ocurre en el universo."

"A la pelotita con el pendejo", pensó.

No volvió, el día de su muerte fue cuando se cansó de tener esperanzas. Nunca supo dónde quedó, nunca supo cómo fue, sólo que fue. No supo si sufrió, no supo si tuvo tiempo de saber que moría, ni qué pudo haber pensado. Sólo que fue. Dejó de dormir con luz, lo peor que podía pasar, pasó, él quedó.

VIII

El mejor amigo de su hijo lo mandó llamar. Habían ido juntos a la guerra. No pudo contarle mucho, perdidos de vista en el desbande. Con los pies congelados, en el hospital militar hicieron lo imprescindible y se lo sacaron de encima. Para que no subiera las escaleras le pusieron un sofá en el comedor donde pasaba el tiempo sentado con las piernas en alto. Conocía los apuntes que Cacho le mostró, resumen de charlas y lecturas. No les dio importancia. Le importaban a Cacho solo porque eran de su hijo, porque señalaban algo de lo mucho que ignoraba de él.

–Cómo te sentís –le preguntaba a veces al amigo. –Estúpido –

respondía invariablemente y Cacho asentía, invariablemente. Con la mejoría llegó el distanciamiento.

–Así tendrá que ser –aceptó Cacho.

Tiempo después se enteró de que habían encontrado al amigo de su hijo acurrucado en un charco, con los ojos abiertos y una expresión indescriptible.

IX

Se refugió en la distracción televisada. Un perro había atacado a su dueña, una anciana, destrozándole la cara y el cuello. Hablaban de prohibir la raza. No decían si ya habían matado al perro, lo presentaban como si las cosas pudieran ocurrir de pronto, así como así. Como si no pudieran suponer que el animal se volvió cada vez más gruñón, más desafiante, que tiró varios tarascones en los últimos meses. Que no era un clic sino un proceso ignorado. Las cosas no pasan así entre las personas, ni siquiera entre los perros. Siempre daban mal la información, incompleta e interpretada para el orto.

En la madrugada un auto que corría una picada había matado a un chico a la salida de un baile. Una cámara de seguridad filmó el accidente y por TV lo pasaban una y otra vez. Pensó en los padres al recibir la noticia. Lo sabrían de una vez, sabrían que no sufrió, podrían intentar justicia, tenían algo que enterrar. "Les pasó algo terrible y sin embargo les fue mucho mejor que a mí" concluyó.

Por esos días también hubo una matanza en una universidad norteamericana. Ya había pasado muchas veces. Los muertos eran más de 30. En las noticias no aclaraban si el asesino se había suicidado o lo había matado la policía. Decían que era un loco. Previamente había enviado a los medios una película en la que hacía gestos violentos, exhibía armas y repetía una y otra vez "Ustedes me llevaron a esto". Inentendible, inexplicable, incomprensible decían en la televisión y

los diarios. Él entendía la furia de la frustración total. Aunque nunca hubiera matado, él sabía qué se sentía. Le parecía raro que no pasara más seguido, en todos lados. Se hacen los tontos porque son parte del problema –pensaba– todo el mundo lo tiene que haber sentido alguna vez.

X

Había creído que la ruptura con el resto de su familia era definitiva. Su hermana era mucho mayor que él y su hermano mucho menor. Entre ellos tenían una relación madre-hijo que lo excluía. Ella era la hija de la adolescencia y su hermanito el de la vejez. Cacho se consideraba el único normal, se había ido de la casa para formar su familia. Sus hermanos se habían quedado y hecho cargo de sus padres con el tiempo. Papá murió rápido. Se agarró el pecho, al hospital y adiós. Mamá se fue deteriorando lento, hasta quedar incapacitada. Duró mucho, requirió cuidados intensivos y gastos. Él ayudó un poco, pero el desgaste emocional le pasó por al lado como a un torero. Nunca se lo recriminaron y él nunca les pidió su parte de la casa, aunque últimamente pensaba que le vendría bien disponer de ese dinero. Cuando se enteró de que su hermano menor había muerto, no lo afectó. No habían convivido, casi no lo conocía. Tanta borrachera, al final el hígado dijo basta. La casa no tenía mantenimiento y estaba convertida en un basural. Su hermana no quería moverse de allí. Cada tanto un vecino le avisaba a Cacho que hacía días que no la veían. La encontraba tirada en el baño, la cocina o alguna habitación. La llevaba al hospital, luego de unos días a la casa y así hasta la nueva emergencia. Cacho no tenía ganas de jugar ese juego que presuponía reconstruir afectos con esa extraña que ahora quería depender de él. El terreno valía pero ella no admitía la menor insinuación.

–Va a estar mejor que viviendo en la inmundicia –le decía Cacho a su mujer, que se hacía la que comprendía– va a estar limpia, cuidada, va a comer a horario.

Su hermana lo acusó de lo único que podía, de querer quitarle la casa. Los hechos no corroboraban esto, pero su hermana tenía un as en la manga.

–Un boludo, siempre fuiste un boludo –le soltó fingiendo lástima.

Él contestó indiferente:

–Puede ser, pero a vos te conviene.

Ella lo observó un rato.

–Nunca supiste defenderte.

Cacho se encogió de hombros como diciendo "Qué te importa".

–Todos te usaron siempre, tu esposa, tu hijo –agregó ella buscando una reacción.

Cacho sonrió pensando "Vos también, vos también".

Ella le dijo:

–Yo estoy mejor que vos –pero no obtuvo respuesta.

Lejos de molestarlo su hermana le facilitaba desentenderse.

Ella pareció darse cuenta y logró sorprenderlo:

–Una vez traté de ayudarte.

–¿No me digas?

–Cuando trabajabas en el velatorio les dije que estabas preparando un juicio por explotadores.

"¿Con qué derecho había hecho eso?", pensó Cacho. Todos allí lo habían tratado muy bien y cuando hubiera una vacante seguramente se la iban a ofrecer, encima antes de irse había hecho un desastre, qué impresión debió haber dejado. Luego recordó que había pasado mucho tiempo. Ella lo miraba satisfecha, pareció que iba a decir algo más pero Cacho se paró y se fue. No estaba enojado, no escuchó si dijo algo, sólo se fue. Cuando lo llamaron otra vez los vecinos, les contestó que no le importaba, que no lo llamaran más. Días después lo fue a buscar la policía para que reconociera el cuerpo y pudo empezar los trámites para vender.

Fue a ver la casa por última vez. Allí había nacido y vivido hasta adulto. Los pisos hundidos, las paredes rajadas y con moho, los techos llovidos. En la habitación que fuera de su hermanito, cientos de botellas vacías y una montaña de puchos. Junto a la cabecera de la cama el tacho para vomitar y un silencio agobiante que la misma casa condensaba. "A qué hemos llegado", pensó. Salió al parque cubierto de malezas. Recordó cómo cuidaba su madre el jardín, la pequeña huerta de su padre con la estructura de cañas para que treparan los tomates. Acarició el tronco seco del limonero en el que tantas veces había sido "Bomba, el niño de la selva" y le pareció oír a su madre rogándole que se bajara:

–¡Cachito, que te vas a caer!

XI

Tanto tiempo sin verse y ahora lo tenía en la ventanilla pagando la tarjeta. No había reconocido al ex compañero de trabajo.

–Fueron pocos días –se justificó Cacho.

–Pero qué días –agregó su ex compañero entre risotadas y siguió– en el velatorio siempre nos acordamos de vos, sos una leyenda.

–Qué quilombo armé –recordó Cacho con tristeza.

–No volviste a pasar ni de visita.

–Qué querés, después de semejante julepe –se justificó otra vez Cacho, apurando el vuelto mientras en la cola comenzaban a protestar.

Su ex compañero en vez de irse se quedó mirándolo. Cacho se sintió incómodo.

–Nos vemos –le dijo, pero él no se iba.

En la cola ya protestaban en voz alta, hasta que su ex compañero agregó sin perder la sonrisa:

–Sabés que te lo merecías, por hijo de puta digo.

Cacho se desconcertó unos segundos, luego recordó.

–Ah sí, por lo del juicio decís.

–Por lo del juicio –repitió asintiendo su ex compañero– y no fue fácil –agregó– no sabés lo incómodo que era el disfraz de vieja.

Horas después, Cacho reflexionaba en su casa que tal vez se lo merecía, por boludo, por cagón, por conformista. Tal vez hasta se merecía que hubieran matado a su hijo. Y ahora había perdido el trabajo sin indemnización, a esta edad y después de haber pasado tanto tiempo solo para mantenerse a flote.

–Cómo vas a hacer eso –le recriminaba suavemente Rosa.

–No me di cuenta.

–Podías haber terminado en la cárcel.

–No me di cuenta –repetía Cacho con el movimiento de los labios.

Ella se hizo la que entendía.

XII

Su matrimonio no aguantó. Le dejó la casa a Rosa, vendió la de sus padres y compró otra para alquilar. Se fue a vivir a una pieza de hotel. No necesitaba cocina ni baño privado, solo una cueva donde cobijarse cuando el cansancio lo obligara. Meses y meses perdiendo el tiempo como si se pudiera perder, como si hubiera diferencia con los que corren de aquí para allá.

No tenía radio ni TV, pero estaba igual de aislado cuando salía a caminar, aunque hubiera una multitud. Miraba a los jóvenes, sus gestos ampulosos, sus risotadas, su soberbia ignorante. Más jóvenes de lo que sería hoy su hijo, de lo que él jamás había sido. La única diferencia con ellos era que él tenía menos tiempo para no ir a ningún lado. A veces miraba en el espejo sus arrugas, las manchas cobrizas, y se espantaba por lo viejo que se ponía. Otras veces pensaba que no estaba tan mal, que todavía tenía algo que hacer, que dar. Se fue sintiendo cada

vez más fuerte y consiguió un trabajo en una agencia de autos usados.

Silencioso, atento, eficiente, al mes todos sus compañeros lo habían aceptado. Estaba claro que hacía su parte y no competía. Su manejo del papeleo bancario fue un alivio para las chicas de administración, así como su destreza para contar grandes sumas en efectivo, detectar billetes falsos y errores en los cheques. Una de las chicas le sonreía más de lo necesario. Morocha aindiada, había venido años atrás de las provincias del norte. No era linda pero se arreglaba mucho. Cuando Cacho estuvo seguro de que no iba a generar conflictos, se fue dejando envolver. Una mujer no le iba a venir mal. El dueño del negocio tenía unos diez años menos que él. Trataba a todos con arrogancia bien disimulada. La agencia era lo único de su herencia que no había malgastado. Todas las empleadas fantaseaban engancharlo, él parecía indiferente hasta que Paula y Cacho empezaron a llegar e irse juntos. Ahí le tiró los galgos y Paula se decidió por él, que después de todo había sido su primera opción. Cacho no tomó a mal la ruptura, entendía perfectamente. El jefe lo vigiló un tiempo, luego aflojó. "Sabe hasta dónde le da el cuero", pensó satisfecho. Paula estaba exultante, mantenía el mismo puesto pero estaba a un paso de ser la patrona.

El accidente fue terrible. No había clientes, estaban cerrando, Cacho tardaba en irse. Sentado en su escritorio garabateaba en un papel "Un cacho de vida cacho a cacho. Una mujer con vida. Un cerdo, dos cerdos, tres cerdos. Cuatro, cinco, seis cerdos. Siempre el ser, siempre el dos." La goma del pedal estaba engrasada, el embrague se le patinó al que acomodaba los coches y se metió en la oficina aplastando al dueño contra la pared. Entre el horror y la sorpresa de todos Cacho fue tranquilamente hasta el moribundo y le sonrió. La ambulancia se llevó el cadáver, Paula lloraba desconsolada. "Te quedaste sin el pan y sin la torta", pensó Cacho. Tres días cerrado y vino el hermano del dueño, tenía que decidir qué hacer con el negocio. El que mejor podía explicarle los números era Cacho, que salió de la reunión siendo el ge-

rente. Los demás empleados exhibieron sumisión. No se le subió a la cabeza, a Cacho. Sabía que si uno se distrae, se la puede dar cualquiera. Paula siguió como empleada y él se consiguió una minita más joven, para disfrutarla y como trofeo. Pasó algún tiempo tranquilo, recuperó una vida más normal hasta que una noche a la salida del teatro, un viejo linyera le mangueó unas monedas. Un solo brazo, el pelo grisáceo enrulado y la sonrisa inconfundible. Se repuso y le dio un billete de cien, que Rulito apretó en la mano. Cacho pensó en preguntarle su nombre, en sentarse un rato con él, quizás contarle que lo conocía de mucho tiempo atrás. Pero estaba acompañado, Rulito no entendería su interés y no sabía cómo empezar, tenía sentimientos indescifrables y se fue. Al otro día, estuvo horas ante el pretencioso monumento que el gobierno había levantado recordando a los caídos en la guerra. Lo acarició como si fuera su hijo y se despidió.

XIII

Por la TV, decían que un tipo había entrado en una casa velatoria disparando contra los empleados. Varios muertos y heridos. Incomprensible, inentendible decían y analizaban y repetían. No informaban si se había matado o lo había matado la policía. En sus bolsillos, un viejo papel escrito con pluma cucharita y trabajosa letra infantil: "No seré un esclavo" . Más abajo, agregado con birome: "Alguien comprenderá". Lo alivió su sueño, le disipó un poco la rabia.

Recuerdos fugaces lo atormentaban, no provenían de su memoria. Oscuridad olor fogonazo temblor. Incertidumbre de una cara desconocida y otra y otra. Necesitaba asociar, reconocer. Pasaron meses de acumulación. Pozos agua frío hambre caras armas cascos mugre. Ni un sonido. Se lo tomó con tranquilidad. Aunque se estuviera volviendo loco, ¿para qué alterarse? Hasta que reconoció una de esas caras, que era la que más se repetía, la más cercana siempre, la del amigo de

su hijo. Razonó que tenía recuerdos de un hijo muerto, compartidos, heredados, desechados. Quizás fuera la respuesta a su pregunta, una respuesta que no sabía de dónde venía, si respondía o si inventaba. Un día supo que moría pero no cómo. Supo qué. Al ver el horror en la cara del amigo de su hijo luego de un deslumbramiento y fragmentos dispersándose en la periferia. "La cadena se cortó, dejó su marca igual, yo sé que algo quedó y aún así no importa. Hubo dolor, no sé, desesperación, no sé, y la ilusión de morir por vos, junto a vos, y aun así no importa", pensó.

XIV

Llegó la enfermedad y lo fue alejando del trabajo. El cansancio lo volteó, centellas pinchudas explotaron desde el centro de sus huesos, ganglios engordando. Caminar en círculos como perro ciego, buscar una sombra donde refugiarse.

"Hay que empezar la quimio", sentenció el saber. "Con qué derecho yo –dudaba– que no tengo para qué. A dónde voy, qué hago cada vez peor con el miedo creciendo –dudaba–. Siempre hay tiempo para matarse –se consoló–. Para recuperar el humor", se justificó, si se curaba justo él que no creía, que no le importaba lo que tenía ni lo que perdía, era para cagarse de risa. El engorro de los trámites y el tedio de las esperas. "Averiguar dónde retumban los truenos. Silencios, suspiros, jadeos, algún quejido lejano. Intercambio de sufrimientos. El final de algo que nunca supe. Va yendo, goteo hacia las venas, entrega silenciosa. Escribiré mi nombre en el agua del retrete", pensó. Los análisis dieron bien, remitió por ahora. Quizás vuelva en un año, en dos, o nunca. Por un lado el alivio de postergar la muerte, por el otro la culpa de quien sobrevive.

XV

El encuentro con ella fue casual. Rosa le contó que trabajaba como voluntaria en un comedor popular. La gente iba a almorzar y se llevaba la cena. A algunos los hacían bañarse antes, también les daban ropa y de vez en cuando los ubicaban en algún trabajo. Estaba contenta, Rosa, se sentía útil. Lo invitó a ayudar, le iba a hacer bien, le decía.

–Eso no es para mí –agradeció Cacho.

Rosa se hizo la que entendía.

XVI

No trabajó más en la concesionaria. Compraba y vendía coches por su cuenta. Con tres o cuatro por año, estaba hecho para complementar hasta que se jubilara. De vez en cuando iba al centro a hacer trámites. No evitaba el tren en las horas pico aunque se viajara peor que ganado. Aprovechaba para buscar, el tiempo le pasaba rápido y salía reconfortado. Años atrás, en esos mismos vagones se había preguntado si se cambiaría por alguna de las personas que veía. Desde entonces buscaba entre expresiones abrumadas, indiferentes, impacientes o ausentes. A veces, al ver a alguien con diez años más que él, pensaba que no querría ser así en el futuro. Pero lo mismo pensaba de la gente mucho más joven, con sus pearcings, sus ropas grotescas, la mugre para el rechazo, o la domesticación y mimetización completas como si hubieran nacido siendo oficinistas. Por allí un hombre mayor no se quedaba quieto un segundo, cruzando y descruzando los pies, sacudiéndolos, tocándose la nariz o la boca o una oreja, mirando para aquí y de inmediato para allá. Otro un poco menor, concentrado en hurgarse la nariz como si no hubiera nadie más en el mundo. Otro durmiendo. Una mujer haciendo malabarismos con el lápiz delineador para no metérselo en un ojo mientras se maquillaba. Otra, más

allá, parada cerca de la puerta tragaba el desayuno comprado. Otro leyendo, culta manera de no estar entre la multitud. El que viaja con la vista fija en algún culo, la que manda mensajes de texto, el que va sacándose pelusas imaginarias de la ropa, el que mira por la ventanilla con ojos de ciego. Por ninguno de ellos. Probablemente la gente por la cual sí se cambiaría viajaba en sus coches importados. Pero no creía mucho tiempo su engaño, era solo una imagen. Si en verdad los pudiera conocer más allá de las apariencias, encontraría que tampoco valen la pena. Podía viajar más tarde, menos apretado, pero en esos horarios venían los artistas callejeros con sus mediocridades. Le molestaba la imposición de tener que presenciar sus rutinas más que éstas mismas. Instrumentos del altiplano, malabarismos, guitarras, hasta algún teclado. Luego lo peor, el sermoncito previo al mangazo, mezcla de reivindicación romántica de sus supuestas vocaciones y extorsión invocando la dignidad de quien se supone debe hacer el aporte. Para que no resultara tan chocante, al final se ponían comprensivos:

–Si alguno no quiere o no puede está bien, si molestamos a alguien le pedimos mil disculpas.

"Andá a la puta que te parió –pensaba Cacho– no voy a darles nada, mientras haya imbéciles que les den, van a seguir estando. ¿Por qué, por qué, por qué? No hay nadie que conteste, solo palabras". Esto sucedía a su alrededor.

XVII

En fugaces episodios del pasado podía encontrar consuelo. Era cada vez más libre de las cosas, tenía tiempo pero no sabía qué hacer con él y se sentía culpable por estar al pedo. Llegó a la terminal al comienzo de los disturbios. Habían incendiado la oficina de informes y la policía tuvo que huir. Le gente enardecida arrancó las máquinas expendedoras de boletos y los teléfonos públicos. Muchos recogie-

ron piedras de entre los durmientes, y cuando llegó la Guardia de Infantería hubo batalla. Piedrazos contra cartuchos de goma. Miles de golpes perdiéndose en el aire con los gritos. Habitualmente en estos brotes había militantes de izquierda azuzando. Esta vez era espontáneo, no había habido tiempo para los buitres de la política, eran solo usuarios hastiados de tanto abuso. A pesar de que los trenes recibían subsidios millonarios para prestar un buen servicio a bajo costo, los empresarios se quedaban con la plata y prestaban un servicio desastroso. Así durante años, sin ningún control, como si su propósito fuera hacer sufrir a la gente. En lo peor del improvisado combate, Cacho se sorprendió de su tranquilidad. Siempre se enfurecía al ver estas cosas por TV. Hubiera creído que de estar presente se uniría a la lucha, sin embargo observaba con indiferencia, como si se tratara de una manada de monos amenazándose en un documental, inmune al napalm de las emociones. A él también lo ignoraban los dos bandos. No lo veían. Observó un rato más disfrutando de su distancia, luego se fue.

XVIII

Recordó cómo buscaba entre esa misma gente en el tren, cada uno con su encadenamiento personal de frustraciones. Tantas y tan dolorosas, imposible imaginar más que las propias. Cualquiera de su pasado, aislada y aquí, resultaba irrelevante. Recordó el primer berrinche de su hijo. Era por una pavada pero de inmediato se dio cuenta de que experimentaba el sufrimiento total. Se recordó consolando y conteniéndolo. No había sido mal padre, su hijo nunca le había temido. Se había despedido de él mucho tiempo atrás, ahora necesitaba despedirse del que había sido.

XIX

Estaba mejor con el trabajo porque rumiaba menos los pensamientos. Trataba de evitarlos, pero cuando se tornó una lucha desgastante los dejó romper el dique y que lo inundaran. Descubrió que unos tenían la fuerza para desplazar a otros. Así fue que Bomba empezó a trepar otra vez al limonero para llenarse de su fragancia. Así fue que volvió a oír raspar el papel a la pluma cucharita. Así fue que volvió a ir al colegio con los puños cerrados para proteger los dedos del frío. Y así fue que, por última vez, se dio vuelta para saludar a su madre que lo miraba alejarse desde el umbral. Chau, se decían con la mano, chau.

El héroe

No lo juzgo mal, pero nunca creí que fuera un héroe ese despojo vuelto de la guerra, ni que fuera mejor que nadie. Ésta es la última historia que contaré, pero antes voy a hacer algunos comentarios autoreferenciales para que vean que no soy tan hijo de puta como pronto voy a parecerles. Yo también tuve madre y una vida con sus particularidades. Ya que el centro del habla se desarrolla en los primeros años, sé que mi madre nada tuvo que ver con eso. Nunca me habló y no porque no pudiera. De chica era muy charlatana, hasta que su tío le dijo que cada palabra pronunciada acortaba un poco la vida. No habló más, mi madre. No sé cómo hizo para enganchar a mi padre, supongo que tendría un buen culo. De una forma u otra aprendí a hablar y no creo que mi madre enmudecida me haya provocado algún trauma psicológico ni ninguna de esas pelotudeces.

Así que ya ven, les expongo alguna fracción de mi humanidad porque sé que está muy mal visto por la sociedad que se cuestione al héroe, que se lo rebaje a condición humana, aunque solo sea una víctima más, otro idiota útil o carne de cañón si se ha dignado a interpretar su papel hasta el final. Nada que reverenciar, pero como gustan repetir los imbéciles de los medios de comunicación, decirlo es políticamente incorrecto. Quiero aclarar que no es por algún encono personal que no creo que él sea un héroe.

En fin, la cuestión es que yo nunca creí en los héroes que mis contemporáneos tanto admiraron e imitaron. Cuando tenía un año, mi hogar fue de los primeros en tener TV en la Argentina.

Por la pantalla de esa enorme caja de madera llena de válvulas entraron a mi casa Superman, Cisco Kid, el Llanero Solitario, Tarzán y muchos más. Me entretenía viéndolos aunque fueran una manga de nabos. Después, con el insoportable de Batman, todos los chicos desaparecían en su horario dejando el potrero desierto. No compartí el entusiasmo hasta que llegó Kato, el chofer de esa torpe masa de músculos que era el Avispón Verde y si bien tiré algunas patadas y trompadas al aire, nunca quise ser uno de ellos. O quizás sí, uno de ellos sí. En un período muy corto de mi vida, recuerdo que me hubiera gustado ser Rin Tin Tin. El perro del cabo Rostie definía el final de cada capítulo atacando al villano cuando todo estaba perdido. El cabo Rostie levantaba su bracito y bajándolo hacia el objetivo con firmeza gritaba:

–¡Ahoooora Rinti!

El perro se abalanzaba hecho una furia y mordía rugiendo como mil leones. Entonces llegaba a hacerse cargo el sargento O'Hara o el teniente, que no me acuerdo cómo se llamaba. Rostie ordenaba:

–¡Suelta Rinti, suelta!

Rinti volvía jadeando, Rostie lo abrazaba pegando su carita al cogote del animal, y decía:

–¡Bravo Rinti, bravo!

Esa era la parte que más me gustaba.

Esto que les comento es una excepción en mi vida. Voy a dejar de suceder, así que quiero que estas cuestiones queden claras porque sé que no tienen importancia. En fin, el tema era el imbécil del héroe del pueblo. La verdad que joder, no jode. No hace nada. Para que no haga nada le otorgaron una pensión bastante jugosa y él aprovecha, claro, para no hacer nada. Excepto los días de tormenta, en época de furibundas tormentas eléctricas, con ráfagas que aúllan como si los relámpagos las encandilaran, como si los truenos las ensordecieran hasta la desesperación. De noche, especialmente de noche, el pelotudo del héroe va al montecito de las afueras. Dice que vendrán por ahí, les sale al encuentro. Se tira al piso con la luz de cada relámpago, corre en la oscuridad, se queda inmóvil en alguna zanja, vuelta a correr con un palo apuntando aquí y allá. Realmente lo cree y si lo cree hay que reconocerle que tiene bien puestos los huevos. Pero no jode porque nadie lo sabe. Solo su familia, que ya está resignada y no trata de impedir su regreso a la batalla. Cómo impedirle algo a un héroe, cómo decirle lo que es mejor para él. Los héroes no necesitan ayuda, ni siquiera los que saben que no lo son, que aceptan los honores y prebendas, retornos por ser un útil. Para eso los inventamos.

Pero yo sé lo que va a pasar, cualquiera podría saberlo si quisiera pero soy el único. Van a encontrar el cuerpo acurrucado en un charco con los ojos abiertos y la expresión que te da el amargor insoportable en tu saliva. Se lamentarán entonces y entonces volverán a usarlo y yo, no podré decir más, con la boca amarga, sin suceder, ido.

El santito

y otros relatos

(2004 - 2005)

El santito

El revuelo duró en el barrio, en la noche un ejército de uniformados invadió las calles de tierra, tornando psicodélica su habitual penumbra con balizas azules y rojas. Sirenas de un ir y venir frenético metieron en las casillas precarias su aullido, helicópteros en vuelos rasantes levantaron las chapas de los techos mientras iluminaban con reflectores desde las alturas.

–¡Adentro carajo, adentro! –ordenaron prepotentes aferrados a sus armas.

"Qué malos recuerdos –pensó Quique– parece la época de la dictadura". Más de un vecino tiró su revólver en el pozo ciego por temor a las requisas. A media mañana Quique se pegó una vuelta por la verdulería de la esquina en busca de comentarios. Las viejas del barrio novelarían los hechos con sus pareceres, pero el despelote había sido

inmenso y nada se decía en la radio así que esta vez tendría que prestarles atención. El verdulero lo miró extrañado cuando Quique aflojó el paso y le habló:

–Qué revuelo el de anoche, ¿no? –Eso dicen –dijo el verdulero. –¿Y qué más dicen?

–¿Desde cuándo te interesa hablar conmigo? –dijo el verdulero, y siguió despachando como si él no estuviera.

Era el precio de no darle pelota a nadie, como si le avergonzara vivir entre gente humilde. Algo importante había pasado a metros de su casa, y los medios de comunicación no lo mencionaban. Caminó hasta la estación para simular que estaba de paso, curioseó los titulares en el kiosco y se resignó a volver desinformado. Un tipo llegó agitado y preguntó:

–¿Lo agarraron?

–A pocas cuadras porque iba herido –dijo el diarero.

–Entonces fue el único que se salvó.

–Lo fusilaron ahí nomás, no te podés meter con uno de ellos.

"¿Con quién, qué pasó?", pensaba Quique. El tipo agregó:

–A los otros dos ya los había matado el Ñoño.

–¿El cana? –se le escapó a Quique.

Le confirmaron que sí, que lo habían intentado asaltar tres tipos, que a dos los había matado y el tercero se había escapado. Que como el Ñoño estaba en la custodia del Ministro de Seguridad, había pedido ayuda por radio. El tipo comentó que el Ñoño tendría que estar muerto porque había sido una refriega a quemarropa uno contra tres.

–¡Si no fuera por el Santito! –agregó el diariero mientras el tipo asentía.

–¿Qué Santito? –preguntó Quique desconcertado.

El tipo se fue y el diarero se puso a acomodar la pila. Quique volvió maldiciendo no poder mudarse a un lugar más acorde con su posición. Igual, hasta que volviera a pasar algo interesante en el barrio podía írsele la vida. ¡Que se fueran todos a la mierda!

Los episodios de esa noche fueron quedando en el olvido. De esos sucesos uno se fortaleció día a día en la mente de Quique, el Santito. Le había quedado picando el asunto y su esposa no supo qué era. Le preguntó a su hijo ese domingo, tampoco él supo, pero la abuela de ella se santiguó al escucharlos. No le pudieron sacar más información. Cada vez que nombraban al Santito ella hacía la señal de la cruz y los increpaba "¡No hablen de esas cosas, herejes, Dios los va a castigar!". Tuvieron que dejarla tranquila y cambiar de tema, y si bien a los presentes les causó gracia la reacción, en Quique no hizo más que acrecentar su curiosidad. Pasaban los días y no conseguía averiguar nada, así que le pidió a su nuera, no sin vergüenza, que le pasara la dirección de una bruja. Muchas de las mujeres de la zona iban a que les tiraran las cartas, les curaran el empacho a los familiares, o que les cortaran el mal de ojo. No le gustaban esas cosas, no había ido nunca, pero más de una vez lo habían curado a distancia por intercesión de alguna de las mujeres de la casa. Le cobraría algunos pesos pero así era mejor porque la bruja no iba a poder esquivar darle alguna respuesta. La bruja trabajaba en una santería. Lo hicieron pasar atrás, entre cientos de estatuillas de santos y de diablos, de crucifijos, estampas, velas de todos los colores y humo de inciensos. Quique tenía la intuición de que el Santito era importante para él. Se sentó ante la mujer que barajaba un mazo de cartas con símbolos desconocidos, ella dijo:

–Qué raro, la primera vez en mucho tiempo que me preguntan eso.

–¿Pero sabe o no sabe qué es el Santito? –preguntó Quique.

–Poca gente lo sabe.

–Me interesa saber qué es eso del Santito, por eso estoy aquí.

–Es de naturaleza práctica, la gente no viene a preguntar qué es el Santito, viene a hacerlo y usted no sabe de qué se trata, ¿no será un periodista?

Quique sonrió comprendiendo la reticencia de la mujer. Le contó

del intento de asalto al Ñoño, y también el comentario que había escuchado. La bruja pareció comprender.

–Debe haber algo en su destino, peligros que hagan que usted sienta la necesidad de hacerse del Santito aún sin saber qué es, ¿no quiere que le tire las cartas?

–No –contestó Quique con una calma que delataba enojo contenido. Y siguió en el mismo tono, casi en voz baja–: Quiero saber de una puta vez, qué carajo es el Santito.

La mujer comenzó a explicarle que el Santito era un muñeco muy chiquito, que se tallaba en hueso y se usaba al cuello colgado de una cadenita o cordel.

–¿Eso nada más? –exclamó Quique decepcionado.

La bruja le explicó que no, que el Santito era especial, que daba protección absoluta contra la muerte violenta, que no se podía matar a quien tuviera al Santito encima.

–¡Por favor, qué huevada! –gritó Quique, pero la bruja siguió:

–Está hecho de hueso pero no cualquier hueso, tiene que ser de una persona.

–¿De una persona?

–Si el Santito lo va a usar usted, tiene que ser de una persona que usted haya matado.

–Es una locura.

–Lo que se hace es lo siguiente: si usted mata a alguien en pelea, tiene que cortarle un dedo y dejar que los gusanos y el tiempo lo limpien de carne; tallar una figura en uno de los huesitos y hacer lo necesario para que exprese su poder. –La bruja hizo una pausa y agregó–: Se hace un colgante para tenerlo encima.

–¿Y se supone que el Ñoño hizo todas esas cosas?

–Lo que hizo el Ñono es cosa de él, la cuestión es que una vez hecho funciona solo para usted.

–¿Cuánto duraría ese poder?

–Para siempre, por eso es invalorable –dijo sonriendodo la

bruja– es difícil que un hombre de paz pueda entender su significado.

Quique iba a decir algo, pero la mujer lo interrumpió antes de que empezara.

–Le advierto que no es barato.

Al menos se había sacado la duda. Recordó cuando su padre le decía con tono ceremonioso "Un Fernández, nunca se queda con la duda", y lo mandaba a rastrear la información en la enciclopedia, verdadero tesoro que encerraba la sabiduría de la humanidad. Luego debía explicarle lo que había encontrado. Era una forma que tenía el viejo de enseñarle a arreglarse solo y de paso zafar cuando no sabía qué responder. Siguió con su vida hasta una tarde en que recordó de pronto la historia del Santito ante el cadáver despedazado del hombre que acababa de matar. Caminaba por el andén de la estación y un ratero le arrebató el portafolio a un distraído y huyó. Quique se hizo el desentendido, no era de meterse en problemas y menos en una pelea de otro, pero cuando el ladrón se cruzó con él, lo empujó a las vías y cayó bajo el tren que llegaba. Entre el griterío y la confusión, el hombre del portafolios lo recuperó de entre las ruedas de acero y al sacarlo un pedazo de dedo cayó a los pies de Quique, que lo recogió y se lo metió en el bolsillo. La policía y los bomberos iban a tardar un rato en llegar y no encontrarían testigos. Quique apuró el paso, quería poner su trofeo a resguardo, ya tenía lo más difícil para hacerse con el Santito. No sabía para qué lo quería pero era suyo, a ese tipo lo había matado él. Lo peló de tejidos blandos, lo metió en un frasco con la tapa agujereada y lo dejó en una maceta. Quería que entraran las moscas y otros insectos, pero que no se lo llevara algún gato. Ahí quedó semanas, detrás de una planta. Verificaba tres o cuatro veces por día que nadie lo hubiera tocado. Pronto perdió todo aspecto que lo hubiera podido relacionar con su origen, y eso lo tranquilizó, no tendría que dar explicaciones imposibles de entender a su esposa. Un par de meses después lo raspó con un cuchillito, y fue a ver a la bruja que lo recibió con una sonrisa y una duda.

–No me diga que quiere que le haga el Santito.

Quique asintió con la cabeza y a la bruja se le fue la sonrisa. Luego de examinar el diminuto segmento de hueso, la mujer le indicó a Quique que le marcara con un punzón los rasgos de una cara en el extremo más grueso, y a los costados otras marcas como si tuviera los brazos pegados al cuerpo. Así lo hizo en el momento, siguiendo las instrucciones con esmero. Culminado este trabajo tuvo que dejárselo una semana. Tenía que pagar trescientos pesos contra la entrega del Santito.

No esperó con ansiedad esos días ya que en verdad no necesitaba tenerlo. Si él fuera un chorro o un policía, muy distinta hubiese sido la cosa. Cuando la bruja se lo devolvió, el talismán tenía atravesado un cordel en la cabeza y se notaba que lo habían lustrado con algún material desconocido que le otorgaba un color amarillo opaco. Se lo colgó cuello y se fue. Había notado la duda en la cara de la mujer, que ya le había dado a entender que un hombre como él no tenía nada que hacer con semejante objeto. Él mismo no terminaba de comprender qué lo había motivado a hacer todo lo que había hecho esos últimos días. No tenía sentido para él que nunca había creído en esas cosas. ¿Para qué tanto esfuerzo, gastos, tiempo, por qué se lo había colgado al cuello apenas le echó mano? En esas cosas estaba pensado cuando se dio cuenta de que se le había ido el micro. Había pasado delante de él, varias personas habían bajado y subido y no se había dado cuenta hasta que lo vio alejarse. Esta línea de transporte tenía una frecuencia muy espaciada, así que esperó media hora con mal humor creciente. No le duró mucho, se tornó en exaltación cuando al llegar a la barrera vio el accidente. El tren había atropellado al micro que había perdido, un desastre con muchos muertos y heridos graves. El Santito ya lo estaba cuidando, ahora sí creía, era indiscutible, ¡y lo tenía él!

Lo guardó como un secreto precioso y se sintió más fuerte, como nunca había sido, dueño de un poder grandioso. Todos los que regularmente trataban con él notaron un cambio de actitud, aunque eso no

alcanzó para mejorarle la vida que no era mala pero ya no le alcanzaba, le quedaba chica. Razonó luego de varios meses que el tiempo se lo tragaría igual que a los demás y que si no usaba al Santito sería como si no lo tuviera. Las situaciones de peligro no venían al oficinista de una empresa pequeña. Y mientras buscaba alternativas, la situación llegó. Una de las secretarias entró asustada a la oficina de administración. Detrás iba un hombre armado gritando que se tiraran al piso. Los asaltantes habían tomado la empresa. La mayoría estaría en Contaduría ya que era día de pago, y éste había venido para controlar al personal y retenerlo aquí. Los gritos furiosos del delincuente lo volvieron a la realidad, todos sus compañeros estaban acostados en el piso con las manos en la nuca y el asaltante avanzaba hacia él apuntándole mientras le gritaba:

–¡Al suelo o te mato puto de mierda! –No me tiro al suelo un carajo –contestó. –¡Te mato, te mato hijo de puta!

–De aburrimiento me vas a matar si seguís repitiendo lo mismo.

El asaltante ya llegaba hasta él y levantó la pistola para dársela por la cabeza, pero Quique le agarró el brazo y le metió una trompada que lo dejó inconsciente. Sus compañeros de trabajo lo miraban asombrados, mientras Quique empuñaba el arma preguntándose si sería muy difícil de disparar. No debía ser, porque se le disparó sin querer. Por suerte no lastimó a nadie y los otros ladrones, que ya tenían la plata, al oír el tiro huyeron rápidamente del lugar sin verificar qué había pasado. Al llegar la policía, el detenido les dio datos suficientes para que en dos días estuvieran todos presos. Algunos de los compañeros de trabajo de Quique lo vieron como un héroe, otros como un temerario que había puesto en peligro sus vidas inútilmente y otros pensaron que se había vuelto loco.

Era la primera vez que pasaba algo así en la empresa, y él no podía esperar la siguiente ocasión. En una esquina se juntaba una barra de muchachos a tomar cerveza y fumar marihuana. Algunos de ellos –eran ocho, a veces doce– ya habían cometido delitos me-

nores. Quizás se convirtieran en delincuentes, quizás en borrachos o drogadictos, o quizás se pudieran reencaminar. Decían groserías a las mujeres que pasaban, pedían alguna moneda y así transcurrían el día. A Quique le desagradaba verlos siempre ahí y que la policía no hiciera nada, pero ahora estaba contento porque estos vagos le iban a servir para poner a trabajar al Santito, por una vez en sus vidas iban a servir para algo. Quique ignoraba hasta qué punto la historia del asalto en la empresa se había corrido por el barrio. Tampoco sabía que la bruja era una terrible chismosa y todos estaban al tanto de que él tenía el Santito. El momento no fue premeditado, aunque seguramente estaba resuelto en su interior porque una tarde al volver a su casa se detuvo mirándolos con desprecio, hasta que la atención de cada uno de ellos se concentró en él. Entonces habló.

–¿No tienen otra cosa que hacer, manga de inútiles? –no reaccionaban y Quique siguió–: ¡Vamos carajo, rajen de acá antes de que les rompa el culo a patadas!

Lentamente se fueron poniendo de pie, apenas intercambiaron alguna palabra en voz baja y así se fueron yendo de a poco, algunos porque sabían que Quique tenía el Santito, otros porque razonaron que solo un hombre que ocultara un arma y esperara una excusa para usarla podía exhibir un comportamiento tan temerario, los más porque eran cobardes. Fue el mayor momento de gloria en la vida de Quique. Siguió sus días como si fuera un semidiós de incógnito entre los mortales. Pasaron un par de meses antes de que el poder del Santito fuera puesto a prueba otra vez. Fue al bajar en la terminal del tren, en la inmensa estación de Retiro de la desmesurada Ciudad de Buenos Aires. Allí se cruzó con una pareja en el hall principal, que discutía acaloradamente. Se paró a metros de ellos y se quedó observándolos con la despreocupación de quien mira una película. De pronto el hombre reparó en Quique y le preguntó:

–¿Qué estás mirando vos?

–Estoy esperando que le levantes la mano a la señorita, para darte la lección de tu vida –contestó Quique con la calma de un monje zen.

El hombre se le fue encima más desencajado que antes. Inútiles fueron los intentos de la mujer por sujetarlo, llegó en dos segundos hasta Quique que lo esperaba imperturbable.

Una sirena le perforaba los tímpanos. Quique se dio cuenta de que estaba acostado, en una ambulancia, luego se dio cuenta de que lo trasladaban a él. Al verlo recuperar la conciencia, el médico que iba a su lado le explicó que lo llevaban al hospital, que había estado inconsciente más de media hora, que tenía varias fracturas y que no tratara de moverse. Recién cuando llegaron al hospital el médico se distendió y le comentó:

–Sos la peor paliza que vi en mi vida.

Quique pasó obnubilado los siguientes tres días, luego le entró una depresión que le duró solo unas horas. No trataba de explicarse ni razonar nada, estaba en silencio. De madrugada le vino la respuesta sin buscarla: de no tener el Santito lo hubieran matado. Su euforia se trocó de pronto en desesperación cuando se buscó el Santito al cuello y no lo encontró. Se sentó en la cama y buscó en una mesita que había a su lado y recién cuando abrió el cajoncito lo vio, ahí estaba el Santito junto a su reloj aplastado y la billetera vacía. Lo sacó con devoción, lo observó largo rato y se lo colgó al cuello. Tardó en recuperarse pero como su orgullo permanecía intacto y su fe acrecentada, no fue penoso. Tuvo que soportar los reproches de su mujer, los parientes y amigos pensaban que estaba loco pero no le importaba, debía pagar un precio por ser diferente y se daba por conforme. Decidió que no buscaría más camorra porque aunque el Santito lo protegiera de la muerte no lo hacía invulnerable y era posible que el poder del Santito tuviera un límite, después de todo hasta a Aquiles lo habían matado. Siempre aparece alguien que te la da, no era cuestión de forzar al destino. Vivía en las afueras y a pesar de la inseguridad creciente que producía el derrumbe de la economía en el país, aceptó trabajar de noche.

Los autos no paraban en los semáforos por temor a los robos y él iba y venía en las horas más peligrosas, con despreocupación.

En los últimos días había habido un asalto en la estación, de esos que terminan con un asesinato. Las noches siguientes un par de agentes permanecerían de guardia hasta que la gente se olvidara. A él lo tenía sin cuidado. La última noche solo había uno y le avisó que al otro día no vendría.

–¿Te mandan a otro lado? –preguntó Quique.

–Hasta que vuelva a pasar algo grave.

–Gracias por avisar, pero no importa.

–¿Sos de los que no tienen miedo?, sólo un inconsciente tiene miedo –preguntó y contestó a la vez el policía.

–O un fanático religioso.

–O quien no tiene qué perder.

–O un... iba a decir suicida, pero no va.

El agente divertido agregó:

–Esos se escapan.

Pasaron varias noches, esta vez sin la protección desganada de un uniformado mal pago y peor predispuesto, pero Quique no estaba inquieto. No buscaba situaciones de riesgo ya que su relación con el Santito había decantado. Cuando vio a los tres jóvenes los tenía encima. Venían pasados de droga y alcohol. El que iba adelante siguió de largo, otro se colocó al borde del andén y otro por detrás de él. Este último fue el primero en sacar un arma pero Quique con la tranquilidad que le prestaba el Santito se abalanzó sujetándo la pistola hacia arriba. Giraron en un baile grotesco con la música de una seguidilla de disparos al aire. El movimiento protegió a Quique del puntazo que quería ponerle el delincuente que había vuelto sobre sus pasos. El otro miraba desconcertado de espaldas a las vías sin haber atinado siquiera a sacar el revólver que asomaba en su cintura. Quique sostuvo hacia arriba la mano armada de su compañero de baile mortal, lo tomó de la nuca con la otra mano para acercarle la cara y lo mordió llevándose

un pedazo. El ladrón cayó hacia atrás aferrándose la herida con las dos manos y gritando. Quique se había quedado con la pistola pero ya recibía una estocada desde atrás. Se dio vuelta y recibió una más de frente mientras apoyaba el caño en el cuello del segundo ladrón y disparaba. El último que quedaba aún en el borde del andén, observaba paralizado. Quique lo miró unos segundos a los ojos, luego le apuntó con cuidado aunque estaba a menos de tres metros, y disparó pegándole en el medio del pecho. Cayó en las vías. Las pocas personas que esperaban el tren se habían alejado, así que Quique se encontró solo, enchastrado de sangre entre un herido que no dejaba de revolcarse y dos muertos que no joderían más a nadie. "Cuánto material para hacerme otro Santito", pensó. Despertó en el hospital y le pareció natural. El médico le dijo:

–Si creyera en Dios diría que estoy viendo un milagro. –Si alguien pudiera matarme, yo también –fue la críptica respuesta de Quique dada como quien habla para sí.

Había sido similar al episodio que le ocurriera años atrás al Ñoño, el vecino policía, con la diferencia de que él no iba armado ni tenía entrenamiento. Lo habían herido, pero ya estaba bien a pesar de que la situación había sido letal. Era evidente que el Santito mantenía todo su poder, no obstante, tenía la sensación de que un ciclo se había cerrado. Pensó que si fuera por el Santito jamás se hubiera resistido de esa manera, pensó que los tres ladrones eran muy jóvenes e inexpertos, que solo querían algo de plata, que era muy posible que de habérselas dado no hubiera habido ni heridos ni muertos. Pensó en el último que había matado, que ni siquiera había atinado a sacar el arma, vio otra vez sus ojos. No tuvo problemas legales. Al principio habían caratulado la causa como "homicidio en riña", pero antes de salir del hospital ya la habían pasado a "homicidio en legítima defensa". Las declaraciones de un par de supuestos testigos, los antecedentes de los muchachos y caso cerrado. Se lo habían buscado.

Quique se fue poniendo taciturno. Tenía la impresión de que perdía el tiempo igual cuando trabajaba que cuando no hacía nada. Evitaba cualquier acción o movimiento que no fuera una necesidad inmediata o una obligación impostergable. Seguía trabajando de noche, le gustaba. Poca gente, más silencio, más espacios. Una de esas noches vio en el andén a un hombre que no era habitué. Lo tenía visto de algún lado, claro, era el Ñoño muy envejecido. Si bien nunca habían cruzado más que algún cabezazo a modo de saludo entre vecinos indiferentes pero educados, Quique se acercó resueltamente

–¿Usted es el Ñoño, no?

–Sí, ¿qué tal?

–Bien, ¿todavía está en la Policía?

–Me retiré hace años –contestó el Ñoño con desgano. –Ah, siempre me acuerdo de esa noche que lo quisieron asaltar –dijo Quique, sin temor a despertar malos recuerdos.

–Fue bravo, usted también tuvo sus problemas.

–Ahá, pero ahora está más tranquila la cosa, por lo menos por aquí.

–Un poco mejor, sí.

–De todas formas no me preocupa.

–¿No?

–Siempre les fue peor a los delincuentes que a mí.

–Eso supe.

–Con usted pasó lo mismo.

–Suelo estar atento, eso y un poco de suerte.

–¿Para qué suerte?

–Nunca se sabe cómo termina una pelea, ¡he visto caer cada machazo!

Quique sonrió y miró al piso en silencio, luego fijó la vista en las vías, luego en el cielo y de pronto le soltó:

–Yo también lo tengo.

–¿Qué cosa?

–El Santito.

–¿Qué?

–El Santito –dijo Quique con énfasis, esperando una respuesta que ya sabía cuál debía ser. Pero no fue la que le dio el Ñoño.

–¿Y eso qué es, una medallita?

–No, no, El Santito –repitió Quique impaciente.

El Ñoño asintió apenas y se asomó a ver si venía el tren.

Quique quiso retomar la conversación.

–Se dice que usted también tiene uno.

–No soy religioso.

–No tiene nada que ver con ninguna religión –contestó Quique irritado.

–Bueno, no sé y la verdad que tampoco me interesa. –¿No tiene el Santito?

El Ñoño negó con la cabeza sin ocultar su fastidio, era evidente que Quique lo estaba molestando.

–¿No lo tuvo nunca?

–No me rompás las pelotas –dijo el Ñoño mientras se alejaba unos pasos.

–¡Es importante!

–Cortala –gritó el Ñoño.

Quique buscó por debajo de la ropa y sacó al Santito.

–¡De esto hablo, de esto!

–¿Qué es esa mierda?

–¡El Santito, usted lo sabe bien, no se haga el boludo! –A ver si entendés, dejame de joder –dijo el Ñoño mientras llevaba su mano derecha a la espalda.

Quique se quedó sin saber qué decir. Estaba tan sorprendido por las respuestas del Ñoño, que ni siquiera había notado el movimiento. El Ñoño se relajó y empezó a alejarse hacia el extremo del andén. En la curva se vio la luz del tren y enseguida se escuchó su mugido metálico a la distancia, entonces Quique reaccionó y gritó:

–¡No puede ser, vos tenés uno igual! –y avanzó hacia el Ñoño que esta vez sacó su pistola de servicio y la amartilló. Quique se le rió en la cara–: ¡No me podés hacer nada, negro de mierda, yo también tengo el Santito! –y siguió avanzando hacia el Ñoño sosteniendo el muñequito por delante.

Cuando el tren paró no había nadie que subiera. El Ñoño se había ido y aunque el cuerpo de Quique había quedado boca abajo, se podía ver la seguridad en su sonrisa.

El invencible

Sabía aferrarse a la vida, lo había hecho desde el primer momento, por eso no se le hubiera cruzado jamás por la cabeza hacerse una cirugía estética para borrarse las cicatrices de la cara o al menos disimularlas un poco. Después de todo, a los hombres les suelen sentar bien las cicatrices, o por lo menos antes se creía eso, cuando para ser macho había que poner el cuerpo. Cada vez que se miraba al espejo, fijaba su atención en ellas unos segundos. Lo hacía con admiración, con orgullo. Se había aferrado a la vida, aun antes de tener conciencia, desde que la mujer que lo concibió trató de hacerse un aborto pero él se resistió, con una ferocidad inimaginable se resistió moviéndose y retorciéndose, provocando una hemorragia en ese útero egoísta cuando la aguja de tejer que la curandera insertó por el cérvix fue en su busca. Soltó hormonas a la sangre que desencadenaron

una violenta convulsión en ese cuerpo de hembra que lo trataba como a un parásito. Tuvieron que interrumpir las manipulaciones cuando temieron por la vida de ella, tuvieron que volver sobre sus pasos cuando él les dejó en claro que si lo mataban iba a ser una victoria pírrica, de esas en las que el vencedor paga el mismo precio que el derrotado. Por supuesto que él no lo supo nunca, pero lo sospechó siempre y así imaginó su gestación. También imaginaba que le habían dicho a esa mujer que igual no nacería, que lo habían lastimado tanto que era solo cuestión de unos días para que el aborto se completara solo. Pero él se resistió, se recompuso y por fin nació, contra todo y contra todos nació parido por una mujer ignorante y estúpida que no tenía la culpa de nada. Fácilmente parido, rápidamente parido en un callejón oscuro y en cuclillas, más como si lo hubieran cagado que dado a la luz del mundo. Así lo imaginaba, porque acordarse no podía.

No lo habían querido nunca, por eso la mujer apenas él estuvo afuera lo tiró en un tacho de basura que había en el mismo callejón. Allí fue donde las ratas comenzaron a comérselo. Por suerte lo mordieron primero en la cara, si no, no tendría esas hermosas cicatrices en el pómulo izquierdo, y por sobre la ceja y la sien del mismo lado. No imaginaba ningún dolor. Lo rescataron a tiempo. ¡Un poco más de suerte! Creció en un orfanato, en forma anónima, siendo sólo una parte infinitesimal de las estadísticas de abandono. En ese hormiguero bullicioso se enteró de una parte de su historia y la otra se la figuró. Se fue haciendo grande y aprendió todo lo que pudo, más fuerte no se hizo, desde antes de nacer ya era invencible. En esa época, a los huérfanos les elegían un nombre y apellido los mismos empleados del orfanato. Generalmente se guiaban por el santoral para el nombre de pila, y como apellido el de algún prócer según la fecha patria más cercana o el nombre de la calle en que lo hubieran encontrado. Alguno propuso que lo apellidaran Desper, por desperdicio. Debió haber causado gracia, como cuando a alguien le ponen un sobrenombre, y así quedó. En cuanto al nombre, no deben haber tenido ganas de

consultar el almanaque y como estaban en el mes de agosto, le pusieron Augusto, creando así una paradoja que ninguno de ellos estaba en condiciones de comprender. Augusto Desper todavía no había aprendido a ofenderse y nunca se tomaría ese trabajo. Su nombre también lo enorgullecía, le recordaba que no era nadie, que no era nada, y eso convertía cada una de sus respiraciones en un triunfo. Cada parpadeo, cada latido, cada pensamiento, todo acto voluntario o involuntario que de él provenía daba testimonio de su victoria sobre el mundo. Nunca le contó a nadie sobre origen de su nombre y el de sus cicatrices. No podía decirse que los primeros años de la vida de Augusto Desper se correspondían con un melodrama de Dickens por el simple hecho de que él no sufría, no se lamentaba, y si bien lo habían dejado marcado no solo en la cara, estos sucesos constituían parte de su ser tan naturalmente como si hubieran pertenecido a su genética. De la primera infancia entre imaginada y referida, conservaba esos recuerdos. Lo demás permanecía aún más velado. Años de institución, tejiendo relaciones aparentes con gente para la cual él era parte del trabajo y con chicos que sólo esperaban tener la suficiente edad para irse y no verse más. Fue un transcurrir del que quedaba el sedimento de algunas impresiones aisladas. Sólo pudo evocarlas en parte cuando muchos años después, al pasar casualmente ante el edificio se detuvo. El frente le era totalmente ajeno y era lógico, su interior lo había mantenido enclaustrado todos esos años, siempre había mirado desde adentro. Espió por entre las rejas el mismo patio que durante tanto tiempo había sido el inmenso afuera, y se asombró de lo pequeño que le parecía ahora. Las diferencias entre niños y adultos no justificaban la imagen irreal que conservaba del lugar. Recordó la noche en que se escapó de los dormitorios para tocar la reja. Teniendo tan poco en su pasado digno de ser recordado, ¿cómo había podido olvidar esa noche durante tanto tiempo? Esa reja de hierro pintada de negro, con sus puntas de lanza hacia el cielo. Nunca había comprendido si estaban ahí para evitar que se escaparan o para que no entraran extraños.

Se había corrido con rapidez la historia del chico nuevo que al querer fugar trepando, había resbalado enterrándose la lanza entre las mandíbulas para dejar su punta sobresaliendo por el cráneo y el cuerpo colgando con el relajo de un muñeco de trapo. Habían limpiado y no se hablaba más del asunto aunque no habían pasado más de un par de días, como para que no quedara rastro de que ese pobre infeliz del que ni siquiera se había podido enterar cómo se llamaba, había existido alguna vez. Él fue esa noche a tocar ese hierro. Necesitaba que no lo interrumpieran, que no le preguntaran ni lo observaran, necesitaba la intimidad porque era como una ceremonia ir y tocar ese frío metal inerte que de alguna forma ahora estaba relacionado con la muerte igual que él, que a tan temprana edad estaba seguro de ser amigo íntimo de la que tantos temían al punto de evitar hablar y hasta pensar en ella. Varias noches más cada tantos meses, Augusto se escabulló sin importar el frío ni la lluvia, a tomar ese hierro entre sus manos y sentir lo que le pudiera transmitir. ¿Le transmitía algo, o lo había imaginado? Ahora no lo sabía. La reja estaba ahí, tan ajena e intemporal instalada en su memoria. Le pareció entrever en la bruma de sus olvidos las largas esperas del segundo turno para comer, las filas disciplinadas, los guardapolvos marrones, los pequeños grupos de cuatro o cinco chicos que se formaban para ayudarse y protegerse de los abusos de los más grandes. La unión hace la fuerza, decía el refrán. Ahora no recordaba a esos chicos, no recordaba sus rostros, ni sus nombres. Tampoco los de los preceptores y maestros. Eran solo bultos en su memoria, cosas que se movían y habían ocupado un espacio pero no tenían personalidad. No recordaba tampoco haber sufrido mucho allí, la soledad ya era costumbre. Él había llegado de muy joven, desde siempre. No otros chicos que quedaban huérfanos a una edad en la que podían sentirse desamparados y su dolor inconmensurable los desgarraba. Esos la pasaban mal, a veces no se recuperaban nunca. Él no podía comprenderlos. El mundo estaba afuera de la institución y los demás afuera de él, siempre lejos. Sólo un recuerdo permanecía

nítido. Era un sueño, el único que recordaba haber tenido en su vida. Estaba en el patio y una pelota inmensa como un edificio rebotaba contra el piso tomando gran altura, rebotaba con estruendo de terremoto y él tenía la sensación de que lo aplastaría de un momento a otro. Sólo lo soñó una vez, no lo olvidó nunca.

A partir de los doce años lo llevaron los fines de semana a una granja que era parte de la institución, en la que los chicos aprendían trabajos propios del campo. Se quedaba a dormir en la chacra, en un dormitorio precario donde se amontonaban las camas. No le molestaba el hacinamiento, era más o menos igual al orfanato, pero se le hacían duras las horas de la noche por más cansado que estuviera. Antes de caer en el sueño pasaban unos instantes en que no podía engañar a la soledad. Eran minutos que le parecían infinitos. A las cuatro y media de la mañana, apenas el primer haz de luz lograba sortear la curva de la Tierra, el gallo se encaramaba en el techo del gallinero, e inflando el pecho con soberbia lanzaba su canto prolongándolo interminablemente hacia el final. Desde una lejanía inconmensurable contestaban otros gallos, cientos tal vez. Ya sé que sale el sol hijos de puta –pensaba Augusto– ya sé que hay que pasar otro día. Todos los chicos tenían algún apodo, excepto él. Era propio del campo y los pocos que se salvaban era gente respetada o temida. Augusto no entraba todavía en ninguna de esas categorías y sin embargo todos lo llamaban por su nombre, hasta El Choclo, muchacho alto y con la cara llena de granos, que tenía la obsesión de que cada cual tuviera el suyo. El apodo siempre constituía una forma explícita de burla, se era expuesto al ridículo con la primera impresión y El Choclo no estaba dispuesto a que nadie eludiera lo que él tenía que soportar, así que Augusto esperaba que en algún momento intentara reemplazarle el nombre. No contestaría nunca al apodo, desde el primer instante como si fuera sordo a esa palabra. De esta manera tarde o temprano se verían obligados a pronunciar con todas las letras "Augusto". Así haría hasta ganarles por cansancio. No fue necesario, nunca lo inten-

taron, ni siquiera El Choclo. Él no entendía la razón de tanto respeto, pero para los demás era algo natural y no quería perder eso por nada del mundo. Tal vez influyera que incluso cuando no estaban presentes se refería a ellos por sus nombres, y aunque se llevaba bien con todos, de ahí también se fue sin dejar atrás a un amigo. Siguió creciendo y consiguió un trabajo en una estancia unas pocas semanas. Una vida dura, en la que aprendió mucho y ratificó su temprana impresión de que si no hacía su propio negocio nunca iba a ser otra cosa que un esclavo. El establecimiento era inmenso, con un dueño ausente, no porque viviera la mayor parte del tiempo en Europa, como solía ser en otros tiempos, sino porque era propiedad de una sociedad anónima. Los empleados solo trataban con capataces. Uno de sus compañeros era un gaucho del que apenas sabía el nombre. Empezaba a ser viejo, no tenía nada más que su trabajo y vivía día a día sin preocuparse de otra cosa. Para este tipo de hombres el futuro no existía. En una oportunidad el capataz lo reprendió severamente por un trabajo que según él no se había hecho correctamente. El peón, humillado en público, tuvo que bajar la cabeza y soportar callado. No tenía alternativa, si lo echaban de allí ya no podría conseguir trabajo, en las estancias de la zona le hacían la cruz a los retobados. Augusto observó de lejos la docilidad forzada del peón y la soberbia del capataz. Era la ley de gallinero, el de arriba caga al de abajo. Pasaba lo mismo en los cuarteles, en las oficinas, en todos lados. No quería ser como ninguno de esos dos hombres y decidió lo que ya venía madurando, tenía que irse lo antes posible. Si se quedaba un tiempo más, se acostumbraría como los otros y quedaría atrapado.

Al peón no se le había escapado que todos habían visto el espectáculo. Estaba humillado y con ansias de venganza, pero rara vez esta se vuelca hacia quien corresponde. Lo más frecuente era que se soltara la bronca con alguien más débil, sin arriesgar demasiado y recuperando algo del honor perdido. La temprana cena iba a ser el escenario obligado, con el acicate de unos vasos de vino. Quizás hasta hubiera

pelea y como el más débil parecía ser el más nuevo la cosa estaba cantada. Si Augusto no aceptaba pelear, tendría que pasar por una humillación pública aún peor. Comieron en silencio, había tensión en el ambiente. Nada era premeditado, la sucesión de los hechos la manejaba el instinto y el inconsciente. Apurando el vaso hasta el fondo el peón miró fijo a Augusto y preguntó:

–¿Le dijeron que es muy mirón usted?

Augusto permaneció en silencio, no sabía qué contestar pero tampoco tenía miedo. El peón insistió.

–¿Le pareció divertido?

–No –contestó lacónico y desinteresado.

–¿Entonces, se puede saber por qué carajo no siguió con sus cosas?

Augusto se dio cuenta de que con palabras no se iba a lograr nada, que si se mostraba razonable o intentaba aplacar al gaucho, iba a ser tomado por débil. El gaucho tenía su facón en la faja y cuando lo sacara él no iba a tener oportunidad. Le iban a alcanzar uno similar pero con arma blanca no era rival para este hombre. Suspiró mientras buscaba una salida, sabía que su principal arma era su frialdad, su indiferencia.

–¡Parece que voy a tener que apurarlo al mocito! –dijo el gaucho, festejado por un coro de risotadas.

Augusto vio la mordaza, ese palo de algarrobo, madera pesada como fierro y con un lazo de cuero en un extremo, con el que a modo de torniquete se apretaba el labio a los caballos para paralizarlos de dolor mientras se hacía alguna maniobra molesta, como limpiar una herida o sacar un clavo de la suela. “Un dolor fuerte, tapa otro más chico”, le habían explicado alguna vez. Era algo similar a la ley del gallinero, era siempre lo mismo, la vida era siempre la misma donde fuera.

La peonada se había apartado un poco y miraba divertida. Augusto ya sabía qué hacer, si rechazaba el facón y agarraba la mordaza

tendría una oportunidad. Sólo debía hacer algo más antes de pelear para asegurarse las mejores chances, descontrolarlo. Entre eso y el alcohol que el hombre ya tenía en la sangre, le iba a alcanzar. Augusto parecía el más débil entre esa manada embrutecida, pero él tampoco sabía mucho de piedad y era un hombre frío, de los que saben esperar. No había tomado, no le gustaba mucho pero esa noche se había cuidado especialmente de probar una sola gota de vino. El pobre peón paladeaba por anticipado su victoria y como para alargar el disfrute volvió a preguntar con sorna, más para su auditorio que para su rival:

–¿Le comieron la lengua los ratones?

Otra risotada general festejó exageradamente la remanida frase. Augusto le devolvió la mirada y fingiendo inocencia contestó:

–Es me quedé pensando en su pregunta anterior.

–¿Cual?, porque no sé si se dio cuenta que le hice varias.

–Ésa, de qué era lo que miraba esta tarde.

–Dígalo entonces, que se me acaba la paciencia y a usted no le queda tiempo –dijo con arrogancia entre los murmullos de los presentes.

–Miraba su cobardía, es la primera vez que veo un hombre tan cobarde –terminó Augusto haciéndose el tonto.

El silencio fue absoluto, participaron hasta los pájaros y los insectos. El gaucho, pálido primero y después rojo de furia, desenvainó su facón. De un costado le ofrecieron otro a Augusto, pero él caminó unos pocos pasos hasta la mordaza y la empuñó al tiempo que decía:

–Con esto me alcanza para apalear a un perro.

El peón se le fue encima y tiró tres sablazos, Augusto apenas ladeó un poco el cuerpo para que pasaran de largo. El gaucho perdió el equilibrio por su propio impulso y tuvo que hacer una cabriola ridícula para no irse al piso. Se recompuso al encontrarse con la mirada segura de Augusto, arremetió con desesperación. Al pasar de largo se llevó un golpe en la cara y terminó de un planchazo en el suelo. Se puso en cuatro patas, chorreaba sangre y largaba un quejido sordo y

suave con cada jadeo. El facón había volado a varios metros, Augusto se acercó y lo miró unos segundos, luego levantó la mordaza y le metió un garrotazo en la nuca. El cuerpo quedó inmóvil con la cabeza desparramada. Augusto miró a los que lo rodeaban, nadie se movió ni dijo nada. Tiró la mordaza a un costado y fue a buscar sus cosas, recién ahí se arrimaron un par de peones.

Media hora después Augusto iba en un camión que lo había levantado en la ruta. No sabía si lo había matado pero estaba seguro de una cosa, él no terminaría así. No volvería a tener patrón aunque se tuviera que cagar de hambre. Se acarició las cicatrices de la cara y sonrió satisfecho. Al principio tuvo que seguir como peón, luego al ir aprendiendo llegó a ser cuidador y más adelante comenzó a comprar y vender caballos por su cuenta. Sabía elegir entre los que aparentemente no servían más, ya fuera por lesiones o mañas adquiridas. Seleccionaba a los que podía curar o reeducar y los revendía. También compraba potrillos para amansarlos y domarlos. A algunos, los entrenaba y no era raro que vendiera a buen precio un caballo para un trabajo específico. Otros irían a las cuadreras, otros para paseo, otros a establecimientos rurales para los reseros. Al tiempo ya tenía un empleado, que no se convirtió en su amigo sólo porque él no creía en la amistad. Prudencio se llamaba, nombre de campo para hombre de campo. Estaba casado y con un par de hijos. Trabajaban a la par, y al detenerse cada tanto a descansar tomaban unos mates. Augusto no era un gran conversador, pero Prudencio era tan lengua larga queterminó conociéndole hasta los pensamientos. La especialidad de Prudencio era la doma, trabajo duro y peligroso. Llegaron a tenerse confianza mutua, aunque Prudencio no podía entender que su jefe no formara familia, y Augusto no podía entender que las familias existieran. De todas formas, ¿cómo explicarle a otro hombre que no toleraba que lo tocaran? Apenas muy de vez en cuando una profesional y rapidito. Se tenía que andar con cuidado porque si alguien inadvertidamente le rozaba el hombro o lo quería palmear, él se retiraba como si lo fueran

a manchar con la peor de las inmundicias. No soportaba el contacto con la piel de otra persona, ¿cómo explicarle eso a Prudencio, que dormía abrazado a su mujer? No le sirvió de nada el nombre al domador, murió pronto, lo mató un caballo pero no por imprudencia ni por impericia sino por la obstinación de Augusto que ahora se sentía culpable, no por la muerte, que para él seguía siendo una íntima, la única, sino por no haberle dado su amistad antes de que fuera tarde. Le vendieron barato un tobiano a pesar de que era de un porte como para desfile, a pesar de que era joven y que estaba domado, a pesar de que respondía con exactitud al jinete. Descubrió pronto por qué. Sin previo aviso ni razón aparente el animal se levantaba en sus patas traseras con tal violencia que caía sobre su lomo.

–Se bolea –dijo Prudencio.

Lo ataron corto al palenque para evitar que se rompiera. Augusto lo quería retener, ¡era tan lindo! Pensó que podrían sacarle el vicio y de todas formas no podía venderlo así, era un peligro. Le pidió a Prudencio que lo trabajara un poco. El domador no estaba convencido pero no era de discutir con los patrones. Se le boleó nomás una tarde y le cayó encima con sus quinientos kilos. Prudencio agonizó unos minutos borboteando sangre con espuma. No se quejó, sólo le sonrió a Augusto como disculpándose cuando le tomó la mano. Hubieran podido ser amigos si él hubiera querido, si hubiera sabido. Le pegó un tiro al caballo, pero sin ira, no era una venganza, fue la primera y última vez que intentó arreglar lo que no se puede. Hay veces que el destino no quiere y él se había empecinado en retener a ese caballo. Le pasaría a la viuda una mensualidad hasta que los chicos empezaran a trabajar con él. No iba a ser como un padre. El único hombre que hubiera podido ser su amigo estaba muerto, no era tanto eso lo que le dolía, como que la amistad hubiera quedado en amague por su culpa. En fin, ya no importaba, no iba a permitir que nadie se le volviera a acercar tanto como Prudencio, ni siquiera sus huérfanos.

Augusto iba y venía por la provincia pero vivía en la ciudad. Con los años se había hecho una buena posición económica invirtiendo cada peso ganado con inteligencia. Vivía con la libertad que otorga en la madurez el no tener familia, ganar buena plata y elegir cómo y con quién trabajar. Tenía un pequeño campo en las afueras, donde atendía los animales que debían mejorar antes de ser vendidos o domados con ayuda de algunos empleados. Su habilidad era tanta que incluso había recuperado más de un matungo con destino de matadero, no tanto por sus conocimientos sino porque se daba cuenta de inmediato qué podía ser un buen negocio y qué no. Estos eran casos en los que se ponía de manifiesto su excepcional habilidad pero él no tenía patrones que lo felicitaran por eso, y los compradores no imaginarían nunca el origen extremo de algunas de sus adquisiciones. Para él, se traducía en un mayor margen de ganancia, no le producía una satisfacción que pasara por sus sentimientos. Augusto no amaba los caballos como no los aman los que están en las carreras o el polo, solo los usaba y nadie usa lo que ama. A veces se quedaba viendo largo rato a un animal irrecuperable, claudicando dolorosamente, consumido por la debilidad y esperando sin saber que la muerte existe. Los observaba sin compromiso, sin compasión, como quien ve la manifestación inexorable del destino, tal como le había pasado a él con lo que le había tocado, tal como le pasaba a todo el mundo. Así fue viviendo su vida, como un invitado que vino de afuera y puede irse cuando quiera. "Ni siquiera te sirvió ser el mejor", pensó la vez en que visitando el museo del Hipódromo de Palermo vio a Botafogo embalsamado. Los restos del caballo que en el año 1917 había ganado todo, estaban impúdicamente expuestos a las miradas de los visitantes, como si se pudiera ver en ese cuero relleno de estopa algo de la fuerza y la guapeza del pingo. A Augusto le pareció grotesco. "Más hubiera valido que tu imagen se disolviera con tu leyenda", pensó con desdén. Le parecía cada vez más evidente que estaba desubicado en esta época, quizás en este mundo.

Las recomendaciones lo llevaron bastante más lejos de lo acos-

tumbrado, y pasó la mañana en uno de los aras más importantes. Era difícil que pudiera hacer negocios con esa gente pero había estado en ese establecimiento años atrás y quería ver cómo estaban las cosas. La principal actividad económica del aras giraba en torno a un padrillo que se había hecho famoso por las carreras ganadas. Su cuidador se dedicaba exclusivamente a él y vivía en un cuartucho sobre el box del animal, al que daba la única abertura del ambiente, un ventanuco inclinado cuarenta y cinco grados hacia abajo para que la única vista posible fuera el garañón. Tan estrecha era esa relación que cuando el caballo cambiaba de propietario el cuidador iba con él, era parte del trato. A Augusto le había impresionado que el hombre pareciera ser menos importante que el caballo, en realidad era menos importante que el dinero y eso es siempre así con los pobres. Sin embargo cuando lo tuvo cerca algo lo impresionó mucho más dejándolo sin habla. El hombre, mucho mayor que él, rengueaba de una pierna y con cada paso describía un semicírculo de guadaña. Con la cara hundida desde el cráneo parecía ser el gaucho al que tantos años antes le rompiera la cabeza. El cuidador le tendió la mano y Augusto correspondió. Le dijo algo el hombre y también dijeron algo los demás. Augusto, enmudecido, miraba fijo al cuidador que se disculpó y fue a seguir con su trabajo. Cuando se alejaba Augusto ya estaba seguro de que no, de que ese no era el gaucho de la pelea. Se fue tranquilizando pero se sentía estúpido. Deberían pensar que lo había impresionado su aspecto, luego le entró un desasosiego, hubiera preferido sacarse esa muerte de encima. Retomó la charla para tranquilizar a sus anfitriones, que lo miraban preocupados. Era época de servicio y lo invitaron a presenciarlo. Vio al semental, un zaino oscuro de manto lustroso y musculatura imponente, piafando y levantando el labio al percibir el olor de la hembra alzada. Los cascos también brillaban porque los enceraban diariamente. Fueron al amplio y fresco galpón donde esperaba la yegua con los trabones en las patas. El cortejo de los caballos suele ser violento, con mordidas, patadas y correteos. El padrillo recibe los

golpes indiferente por la obsesión de su único objetivo. No podían darse el lujo de que recibiera una patada en la verga erecta y descomunal, eso podía terminar con el negocio. Además, significaba mucho desgaste físico. Así era mejor porque al encontrar a la yegua atada, la husmeaba rápidamente, la montaba sin más preámbulos y terminaba en un minuto. Todo se hizo con el cuidador al lado que lo sostuvo y dirigió de la rienda, y hasta agarró la verga del zaino con la mano con tanta naturalidad como si fuera la suya, para guiarla hasta su entrada, no fuera que tuviera que empujar un par de veces de más. Luego se llevaron a ese extraño personaje que como verdadero rey del lugar era también un prisionero, para refrescarlo con una manguereada. Para Augusto nada de esto era novedad pero no dejaba de impresionarlo la relación entre el cuidador y el caballo, del hombre convertido en instrumento. Al tiempo se enteró de que el padrillo había muerto de un cólico en Estados Unidos. Como toda propiedad valiosa, estaba asegurado en una buena suma, pero no podía dejar de preguntarse qué habría sentido aquel hombre, si desolación por la muerte de un pariente o liberación. Preguntas como ésta, quedaban siempre sin respuesta en la mente de Augusto. Era un mundo extraño para él, en el que había aprendido a desenvolverse aunque no se sentía parte. Había sido interesante esa antigua visita, y como él era respetado en la zona, le dijeron que querían conocerlo y relacionarse para negociar algunos de los animales que quedaban fuera del mercado que ellos manejaban, y porque uno de los socios tenía el proyecto de producir mulas en un sector del campo. Si bien era para el futuro, ya estaban haciendo los trámites para importar un par de burros de Europa, pero había que armar un plantel de yeguas de las razas de tiro. Conversaron con él cómo planificarlo. El proyecto estaba enfocado hacia la exportación ya que según decían, no daban abasto para cubrir los pedidos de Sudáfrica. Intercambiaron algunas impresiones que lo dejaron con la certeza de que allí no había negocio para él, y al irse yendo, le pidieron que pasara por unos campos cercanos donde varios pequeños propietarios

vendían caballos. Había venido más de paseo que por otra cosa lo que ya era muy raro para él, y no solía dejarse llevar por giros inesperados del destino. Sin embargo, esta vez se sentía manso con el devenir de la vida y como le quedaba de paso, fue parando en los campitos de pequeños propietarios e hizo algunas compras que se justificaban por las modestas pretensiones. En una de las últimas paradas lo invitaron a tomar unos mates y eso le cambió la vida.

Ella era la mayor entre muchos hermanos. Estela, tan bonita y tan gacela, con su pelo negro y lacio hasta la cintura. Compartía con su madre el gobierno de la casa con la autoridad que le proporcionaba ayudar a criar a los más pequeños. Vivían pobremente con dignidad. Ese campo no daba para más y no se podía dividir sin perder rentabilidad. Eran las mujeres las que se iban. Estela sería una adolescente en la ciudad, pero aquí era una mujer con edad de tener marido y no había soltero en la zona que no le hubiera echado el ojo. Ahora su padre, que había estado afuera con un comprador que tercerizaba caballos, había vuelto a la casa a concretar sus pequeños negocios mientras se tomaba unos mates con el invitado. Estaba contento su padre, parecía haberse entendido con ese hombre seco y seguro que la había atravesado con la mirada al entrar. Su edad cercana a la de su padre mostraba que no arrastraba una vida de desgaste y esfuerzo por el trabajo. Y las cicatrices no lo afeaban, al contrario, lo revestían de una apariencia aún más fuerte. No solo fuerza, poder había en su mirada. Estela dejó la pava en la cocina y fue yendo y viniendo con el mate. Hubiera sido mejor cebar en la mesa pero su ir y venir le permitía observar y ser observada. Su trayecto se convirtió a pesar de su humilde vestido, en un desfile. Cuando cerraron sus tratos, el padre de Estela preguntó:

–¿Le gusta?

–No soy muy matero pero este está bien cebado –contestó Augusto, buscando la sonrisa de la joven.

–Mi hija, ¿le gusta?

Augusto dudó, buscaba una respuesta diplomática pero la pregunta le parecía fuera de lugar. El silencio se prolongaba mientras padre e hija lo miraban. Tuvo que contestar.

–Sí, es muy linda.

–¿La quiere?

–No le entiendo –contestó Augusto sin disimular su desorientación.

–Podría llevársela si la quiere –dijo el padre de Estela, pero Augusto no atinaba a contestar y tuvo que aclararle–: No se la estoy vendiendo, es que me la tiene pedida un capataz de estancia y se me ocurrió pudiera estar mejor con usted, como vi que no lleva alianza.

–Espere espere –dijo Augusto tomándose tiempo para pensar– ¿se la va a llevar un capataz?

–Sí.

–Pero, ¿están enamorados?

–No diga pavadas.

–¿Y ella quiere ir?

El padre hizo una seña a la chica con la cabeza para que contestara y ella dijo:

–Yo voy donde mi padre mande.

Augusto estuvo en silencio un rato, bloqueado.

–¿Lo conocen bien a ese hombre?

–De vista –contestó el padre.

–A ver si entiendo, o se viene conmigo o se va con el capataz.

–Ahá.

–¿Y me la llevo así nomás?

–Primero se casan.

Augusto miró hacia el techo unos momentos y le preguntó a la chica:

–¿Y vos Estela, qué decís?

–Yo voy donde mi padre...

–Quiero una respuesta para mí.

El padre hizo un gesto afirmativo, ella se quedó en silencio y Augusto preguntó:

–¿Preferís venir conmigo o con el capataz?

–Con usted –contestó ella de inmediato.

–Sea –dijo Augusto tendiéndole la mano al padre para sellar el acuerdo. Estela sonrió bajando la vista.

Augusto se fue un par de días a hacer algunos arreglos y traerse ropa más decente. El padre de Estela hizo el trámite ante el juez para autorizar a su hija a que se casara. El mismo día que firmaron en el civil, hicieron la ceremonia a la capilla. A Augusto no le importaba la religión, pero para esta gente era muy importante. Cuando el cura le preguntó si estaba bautizado y había tomado la comunión, dijo que sí. El casamiento fue sin misa. Augusto dejó guardado el traje en la camioneta para no quedar fuera de lugar, ya que todos fueron con ropas muy humildes y gastadas aunque inmaculadamente limpias. Estela se puso uno de sus dos únicos vestidos, el que casualmente estaba lavado y planchado. Todos actuaban como si aquello fuera lo más normal del mundo. Él no había pensado nunca en casarse, no sentía la necesidad de formar una familia, nunca se había visto a sí mismo como padre y no creía que una mujer pudiera ser feliz junto a un hombre como él. Vivía con la distancia de un observador y no entendía por qué había aceptado casarse con esa chica desconocida. Le molestó que un capanga se llevara a esta joven tan bella, tan fina. Era tirarle margaritas a los chanchos. Volvieron a la casa, Estela fue y vino juntando sus poquitas cosas en un bolso. Parecía contenta, todos parecían contentos menos él que estaba asombrado de los demás y de sí mismo. La miraba ir y venir y la tranquilidad le volvía. Cuando ella desaparecía de su vista, le trabajaba la cabeza. Ahora era responsable por esa chica, él, que nunca se había hecho cargo de nadie, y lo más increíble, ella era responsable por él. Estela volvía con alguna cosa más para meter en el bolso y su cercanía lo tranqui-

lizaba nuevamente. "Qué locura –pensaba– ni siquiera la toqué y ya la necesito." Lo último que hubiera imaginado que le podía pasar, le estaba pasando.

Salieron para la ciudad. Los padres tenían la dirección pero no iban a ir nunca. Igual podría traerla cada tanto a ver a su familia, aunque estas cosas parecían no preocuparles. En la ruta Augusto puso las balizas y se arrimó a la banquina y se quedó mirándola.

–Estela...

–Mande.

–Dejá de contestar "mande" que me pone nervioso y empezá a tratarme de "vos".

Ella asintió con la cabeza.

–Quiero otra cosa más –empezó a decir Augusto, pero como no encontraba las palabras se quedó pensando. Ella pareció entender y comenzó a desabrocharse el vestido.

–Esperá, no me entendiste, esperá –la interrumpió Augusto que parecía estar haciendo un gran esfuerzo. Pasaron minutos interminables. Algunos coches y camiones circulaban muy de tanto en tanto. Estela se abotonó el vestido y esperó a que Augusto hablara.

–Sé que te va a sonar raro, sos muy linda pero también muy chica y tengo la impresión de que nunca pudiste elegir en la vida, ¿entendés?

Estela movió apenas la cabeza para decir que no. Estaba muy seria, Augusto se mordía los labios, a veces se pasaba las manos por la cara o el pelo. Se tomó unos momentos y siguió:

–A ver, a ver, si ahora no entendés no importa, vas a hacer caso, ¿comprendido? –terminó, arrepintiéndose de inmediato porque se estaba poniendo agresivo y no quería asustarla. Le tomó la mano y dijo–: Esto va a ser así, hasta que no me lo pidas yo no te voy a tocar.

Estela se quedó en silencio. Augusto la animó.

–Decime lo que estás pensando, decí por favor.

–Pero me está tocando –dijo Estela, levantando levemente la mano que Augusto retenía.

Él pareció fastidiarse.

–No me refiero a eso –y se quedó pensando otra vez.

–No le gusto –dijo Estela en un susurro.

–¡Qué no me vas a gustar!, lo que quiero decir es que no vamos a tener sexo si vos no querés y para estar seguro no te voy a tocar hasta que me lo pidas pero no quiero que me lo pidas si vos no querés al menos por ahora –terminó Augusto con la sensación de que había dicho un trabalenguas. Luego preguntó sin esperanza–: ¿Entendiste algo?

–Creo que sí.

–¿A ver, qué dije?

–Que no me va a montar.

–¡Ay Dios mío!, está bien, por ahora te voy a educar. Estela bajó la vista, él volvió a manejar, mirándola de vez

en cuando. Ella observaba cómo se iba urbanizando el paisaje. Augusto no sabía cómo llevar esta relación, era posible incluso que ella se sintiera defraudada. Por momentos se sentía un idiota, como cuando uno está determinado a hacer lo correcto pero no está seguro de qué es.

Augusto vivía en una casa amplia, con varias habitaciones y un pequeño parque. Como estaba mucho tiempo afuera tenía contratada a Teresa, que hacía las compras, cocinaba, se encargaba de la ropa y de la limpieza. Era una mujer mayor, petisa y muy gorda, la cara redonda y enorme, la nariz pequeña, sus ojos dos puntitos brillantes y sus piernas dos macetones. A pesar de esto se movía rápida y silenciosa, nunca necesitaba que la ayudaran en sus quehaceres y si la dejaban hubiera sido capaz hasta de pintar los techos. Era provinciana de pueblo chico, no de campo. Cuando Augusto entró con Estela las presentó.

–Buenas tardes Teresa, le presento a Estela, mi esposa. –¿Su esposa?

–Sí –contestó Augusto incómodo.

–¿Cómo que su esposa?

–Mi esposa –dijo Augusto resignado a dar explicaciones.

–¿Pero usted no era soltero?

–Hasta que me casé.

–¡Se lo tenía calladito!

–Ni yo lo sabía.

Ellas se saludaron con una sonrisa, Augusto le mostró a Estela la habitación que ocuparía y la dejó acomodándose. Fue a la cocina donde Teresa preparaba una merienda y disponía algunas cosas para la cena. La gorda lo miró con picardía y conteniendo la risa le dijo:

–¡Se la tenía escondida!

–Fue muy rápido e inesperado.

–¿De apuro?

–Nada que ver –quiso terminar Augusto.

–Qué jovencita, ¿eh?

–Sí, Estela es muy joven –aceptó Augusto con fastidio. –¡Y bueno!, tanto tiempo solo y ahora es marido y padre al mismo tiempo –dijo Teresa riendo.

–No me joda, mujer.

–Parece que va a dormir solito, digo, como la puso en una habitación aparte.

–Sí... no, no es asunto suyo, dedíquese a sus tareas usted. –A lo mejor ya no me necesita más, como ahora el señor tiene mujer –agregó Teresa, haciéndose la compungida. –¿Será posible que sea tan hincha pelotas?, usted se va a quedar siempre y cuando no me haga la vida imposible. Teresa sonreía con malicia y cocinaba con eficiencia mecánica. Estela recorrió la casa y ofreció ayudar en la cocina. Teresa solo aceptó la charla. Cenaron y la recién casada se fue a dormir. Acostumbrada a levantarse con el sol, estaba agotada. Augusto se quedó frente al televisor. Cuando Teresa terminó de levantar la mesa y lavar se sentó con él. A veces comentaban algo de lo que veían en la pantalla, excusas para intercambiar algunas palabras. Pero esta vez Teresa lo miraba de reojo conteniendo sus risitas que mal disimulaba tapándose la boca.

–¿Qué le pasa Teresa? –preguntó Augusto algo molesto. –¿Así que no la va a tocar hasta que se lo pida? Augusto hizo un gesto de contrariedad y preguntó: –¿Ya le contó?

Teresa asintió con la cabeza mientras se sacudía y se tapaba la boca con las dos manos tratando de meter la risa para adentro. Augusto se sentía como desnudo ante una multitud y a Teresa pronto comenzaron a correrle las lágrimas. Cuando parecía que la risa iba a amainar y se disponía a seguir conversando, le agarraba de nuevo un ataque que ella intentaba reprimir hasta ponerse colorada. Al final Augusto tuvo que rendirse y le dijo:

–Ríase bien Teresa, que así va a reventar.

Al rato ella pudo balbucear.

–Me lo contó cuando vino a ayudarme con la cena. –¿Qué más le contó?

–Por ahora nada más pero ya voy a averiguar.

–Mejor no averigüe nada –ordenó inútilmente Augusto mientras se levantaba para irse a dormir.

Pasó largo rato antes de que le viniera el sueño, pensando que Estela hubiera podido estar a su lado. Se levantó temprano para ir a su campo. Estela ya estaba en pie y le preparó el desayuno. Se fue rápido, dándole un beso en la mejilla al tiempo que le ponía una mano en el hombro. Se dio cuenta de que quería que ella se acostumbrara a su contacto aunque fuera fugaz, y así decidió seguir haciéndolo en adelante. No pudo volver hasta tarde y se sintió culpable porque pensó que Estela se habría estado aburriendo todo el día, sin nada que hacer, con la sola compañía de Teresa. Además la gorda no iba a dejar de tirarle la lengua, aunque Estela ya no tuviera nada que contar. Ya se le había pasado el berrinche y que Teresa estuviera al tanto de sus cosas no le molestaba mucho. Después de todo hacía años que esa vieja metida le lavaba los calzoncillos. La vida le había cambiado con la rapidez con la que un pájaro lo caga a uno en la cabeza, cuando nos damos cuenta ya está. Así le había cambiado la

vida a él y, en realidad, no creía que hubiera empeorado, pero sabía que gran parte de su fortaleza residía en que no le importaba nadie, ni siquiera él mismo. Ahora eso había cambiado. Volvió a la casa pensando que tendría que buscar algo para que Estela hiciera, y al ir llegando se le ocurrió que ella podría acompañarlo en sus salidas, por lo menos cuando fuera al pequeño establecimiento que tenía en las afueras. Después de todo no eran mucho más que cincuenta kilómetros y por la autopista parecían cinco. Esta idea lo animó un poco pero Estela no estaba en la casa, solo Teresa lo esperaba con la mesa puesta.

–¿Cómo que salió? –preguntó sorprendido.

–Salió, ¿acaso está presa acá?

–No, pero no conoce la ciudad, es muy peligroso.

–No salió sola, estuvimos charlando toda la mañana y me enteré de algunas cosas más.

–¿Como ser?

–No son de su incumbencia –contestó Teresa con tono militar. Augusto se contenía para no agarrarla del pescuezo, Teresa se dio cuenta de que se le estaba yendo la mano y le explicó–: Esta chica, su esposa, no sabe arreglarse como las chicas de acá, ni siquiera sabe lo que es una depilación.

–¿Y?

–Al mediodía vino mi hija Rosa, ¿se acuerda de Rosa? –Sí, cómo no me voy a acordar, si después del colegio venía siempre, ¿cuántos años tiene?

–Veinticuatro.

–¿Qué?

–Veinticuatro años y dos hijos.

Augusto se sentó y luego dijo sin pensar:

–¿Cómo no me enteré de nada?

–Usted se entera solo de sus negocios, mi hija es mucho mayor que su esposa.

–Teresa, por favor, no me dé máquina que bastante complicado estoy.

–Bueno, usted sabrá que Rosa es cosmetóloga.

–¿Sí?

–No sabe nada –concluyó Teresa, y siguió–: La cuestión es que mandé a Rosa con Estela para que se arreglara un poco y le enseñara algunas de esas cosas, de paso hice que la llevara a comprarse alguna ropita que va a necesitar, me imagino que no hay problema –terminó segura.

–No, está bien, me sorprendí al no encontrarla, pero está muy bien.

–Claro que está bien, la chica no podía estar con dos vestidos viejos y un par de bombachas –dijo Teresa fingiendo indignación– por supuesto, que el que va a pagar todo eso es usted.

–Por supuesto –dijo Augusto, dándose cuenta de que era la primera vez desde que saliera del orfanato que estaba a la defensiva.

–Bueno, no se preocupe que ya les di de la plata de la casa, incluyendo lo que le va a cobrar mi hija, ¿está bien no?

–Usted no da puntada sin hilo, Teresa.

–Y bueno, hay que cuidar el rancho.

En eso entraron Rosa y Estela. Augusto fue a su encuentro y saludó con un beso a Estela, luego miró a Rosa y le preguntó:

–¿Te acordás de mí?

Rosa hizo una mueca rara, después se le escapó un gruñido como si estuviera conteniendo a duras penas algo dentro de ella, se empezó a poner cada vez más colorada y finalmente estalló en carcajadas. Augusto miró al cielo y hablando para sí mismo dijo:

–¡Ay Dios, ya le contó!

La rutina se fue encausando sola y comenzó a pasar el tiempo de manera más o menos inadvertida. Estela siguió frecuentando a la hija de Teresa por un tiempo, conoció la ciudad y aprendió a moverse con soltura por sus calles. A instancias de Augusto se anotó en una

escuela nocturna. No era analfabeta pero apenas leía. Aprendió rápido y maduró. En unos pocos años se convirtió en una mujer espléndida y cultivada. Teresa se jubiló y Estela no necesitaba ayuda para manejar la casa. Augusto siguió con sus negocios, recuperó su tranquilidad y lo predecible de su vida. Estela seguía estudiando y tenía sus amigos. Él sabía que era posible que anduviera con otro, que era inevitable que un día se enamorara de alguien y se fuera. Su presencia, verla alguna vez en la semana e intercambiar algunas palabras, le era suficiente. Ella nunca se lo había pedido y él nunca la había tocado más que en el hombro al saludarla. Por fortuna Estela había dejado de contar ese episodio que se había convertido por acuerdo tácito en un secreto. Él también fue cambiando pero no tenía hacia dónde crecer ni madurar, así que empezó a envejecer. Estela se ocupaba de todo lo que pudiera necesitar aún con más eficiencia que Teresa, y además había ido trayendo de a uno a sus hermanos a la ciudad para hacerlos estudiar o trabajar y que esquivaran la vida tan dura que por el destino les hubiera correspondido. Esto no inquietaba a Augusto ya que Estela manejaba todo de tal manera que le pasaba desapercibido. Luego esos chicos se alejaban no habiendo nunca dejado de ser extraños, cada uno a hacer su vida por su lado. Por esa época Estela quiso instalar una galería de arte con unas amigas. Se había convertido en una conocedora, y Augusto tuvo que insistir mucho para que aceptara que él la financiara, ya que ella no consideraba que los bienes de él fueran también suyos. No fue un error, el negocio marchó bien y ganó prestigio en ese ambiente. A él no le gustaban los pintores contemporáneos, pero se quedaba extasiado ante las reproducciones de los artistas del Renacimiento. No tenía conocimientos para juzgar con fundamento, aún así le parecía por simple intuición que lo que hoy ofrecían los artistas era a veces frívolo y carente de dominio técnico. Y esto no lo pensaba solo de los pintores, otro tanto opinaba de los músicos y de los escritores. Estela le explicó desde su creciente erudición, que hoy en día la presencia en el mercado dependía de la propaganda y esta a su vez de la financia-

ción, que a su vez podía darse a través del bolsillo del mismo artista, o de un mecenas desinteresado o aún de un mecenas interesado, incluso del lavado de dinero.

–Creí que mi impermeabilidad a la mayoría de las obras artísticas se debía a mis limitaciones –le comentó con cierto alivio Augusto.

–No solo a eso –aceptó Estela divertida– pero el arte no podría ser tal si solo fuera reconocido por expertos, en algún momento tiene que llegar a la mayoría y ser apreciado en forma instintiva.

"Puede ser que tenga razón –pensaba Augusto– puede también que no, lo innegable es que la paisanita que me traje del campo ya no está." Se enorgullecía pero también se daba cuenta de que Estela se le hacía día a día más inalcanzable. Ella iba a la casa más espaciadamente, así que contrataron una persona que se hiciera cargo de las tareas domésticas. Augusto comenzó a esperar el momento en que Estela se fuera, era evidente que tenía un novio por ahí. Cuando eso sucediera volvería a estar solo como cuando estar solo era parte de su forma de ser. Empezaba a comprender a esos chicos que llegaban al orfanato luego de perder a sus padres. Una noche durante la cena Estela le dijo que tenía que decirle algo pero luego se quedó callada jugueteando con el vaso.

–¿Te vas? –le facilitó Augusto sonriendo con tristeza.

Ella asintió con la cabeza, entonces él volvió a preguntar:

–¿Te enamoraste?

–Sí –contestó Estela como disculpándose. –Está bien, supongo que era inevitable. –¿Estás defraudado?

–No, lo que tenía que pasar es esto, me alcanza con que puedas elegir –le dijo aludiendo a una vieja conversación, la primera.

Terminaron de cenar en silencio, era la última noche, a la mañana Estela se iría a seguir su vida. Augusto no podía dormir, daba vueltas y vueltas en la cama. La puerta de su habitación se abrió despacio y alguien entró. Prendió el velador y la vio parada junto a su cama, desnuda.

–¿Qué hacés, Estela?

–Vine a pasar la noche con vos –dijo ella mientras se le metía en la cama corriéndolo para que le hiciera lugar con golpecitos del dorso de su mano. Augusto sonrió y le preguntó:

–¿Me vas a pedir algo?

–No, nunca te voy a pedir eso.

–¿Entonces?

–Entonces nada –dijo ella susurrando al tiempo que le acariciaba el pelo inclinándose sobre él.

–No es necesario, Estela –dijo Augusto, pero ella lo siguió acariciando, lo besó si no con amor con cariño, como nadie lo había hecho con Augusto jamás. Se le sentó encima y se penetró a sí misma con la erección de ese hombre que por fin era su esposo. Luego se tendió sobre él a lo largo de su cuerpo y permanecieron tratando de no moverse para hacerlo durar. Esa llama no podía volver a encenderse.

Augusto despertó, Estela ya se había ido. La casa nunca había sido bulliciosa pero esa mañana mientras se preparaba el café, el silencio era tal que podría figurarse que el aire había perdido la facultad de transmitir vibraciones. Ya no volvería a la vida de antes de conocerla, esa vida de la que Estela sin darse cuenta lo había arrancado unos pocos años atrás. Se preguntaba cómo se llamaría eso que se había quedado sintiendo. Estela lo llamaba de vez en cuando, los tranquilizaba a los dos escucharse. Augusto añoraba la indiferencia que había perdido. Seguía con sus negocios, yendo y viniendo, manejaba cada vez más rápido, temerariamente. Volviendo una noche por el camino interno de una estancia, no vio el caballo hasta que entró por el parabrisas. El estruendo fue lo único que sintió y se encontró de pronto acostado boca abajo en la tierra. Recordaba el sonido del impacto, de la chapa y los vidrios triturando la carne y los huesos, sangre de hombre y animal mezcladas. Se sintió agradecido por haber caído en la tierra y no en el asfalto, giró sobre sí para quedar de cara al cielo. Palpó el chorrear de su cara, encontró un cráter y multitud de estrellas en el cielo. Se me

fue la vida, pensó. Recordó que esta muerte no le resultaba extraña, que se la había envidiado a los soldados que en batalla se quedan mirando el cielo por primera vez. Se puso casi negro y las constelaciones que nunca se había molestado en conocer pasaron ante él rindiéndole homenaje. Se sintió girando junto con la Tierra y por primera vez formó parte. Despertó desilusionado en una cama de hospital, la cara de Estela se le acercó hasta rozar las mejillas y le explicó que había tenido un accidente, que había perdido el ojo izquierdo y el brazo del mismo lado, que estaba en terapia intensiva. Estaba avergonzado, no había sido inevitable, había conseguido a un alto costo llamar la atención. Ahí estaba junto a él Estela, preocupándose y tratando de ayudarlo. Se sintió el más estúpido de los hombres, porque él hubiera despreciado semejante actitud aunque inconsciente en cualquier otra persona, pero en él mismo que durante la mayor parte de su vida había sabido que no era nadie, que no era nada, resultaba patético. No podía hablar y aunque hubiera podido, ¿cómo explicarle a Estela?, ni siquiera con ella podía hablar de esto.

Se recuperó tratando de que Estela no estuviera pendiente de él. Cuando volvió a su casa, estuvo largamente frente al espejo del baño observándose la cara. Debió maniobrar con los espejos laterales del botiquín para poder verse bien el lado izquierdo con el ojo que le quedaba. Se quedó un rato largo tratando de reconocerse en el reflejo. Las viejas cicatrices que en otro tiempo luciera como condecoraciones, se perdían entre las brutales del accidente. Ya no mandaban en su destino, ya no eran lo que más llamaba la atención en su cara, ya no le hacían de faro para indicarle dónde estaba ante la vida, no estaban con él. Una lágrima le salió del ojo y surcó esa cara de extraño hasta caer. Recién ahora había nacido, ahora que le había dolido se sentía por fin parido, de una vez por todas para bien o para mal, era uno más entre los hombres.

Estela se fue a vivir a otra ciudad. Se mantenía en contacto telefónico e intercambiaban papeles por correo porque legalmente seguían

casados y debían firmarse documentos. Meses después de su partida, Estela había tenido una hija y le iba bastante bien con el merchandising del arte. Augusto había retomado sus actividades. Sus pérdidas físicas no lo afectaban en otro aspecto que no fuera el meramente práctico para su movilidad. De vez en cuando le daba por mirar las estrellas. No debía ser lo mismo verlas con un ojo que con dos, pero él las había descubierto al inaugurar su visión monocular. No tenía nada de qué lamentarse, se había conseguido un parche negro muy a su gusto, que se fijaba con una cinta que le rodeaba la cabeza en diagonal y había recuperado la sensación de fortaleza que otrora fuera su orgullo, inclusive la actitud implacable para consigo. Recordaba de memoria uno de los fragmentos del "Evangelio Apócrifo" de la Obra Poética de Borges, que Estela le leyera alguna vez entre risas recriminándole no haberle contado que el escritor lo conocía íntimamente "Desdichado el que llora, porque ya tiene el hábitomiserable del llanto". Eso le había leído, y la verdad que le venía al pelo. Sólo recordaba haber llorado una vez en la vida, una lágrima. Si hubiera llorado dos veces podría juzgase un llorón de mierda, aunque si Estela viniera hoy y le leyera aquello de "Felices los amados y los amantes y los que pueden prescindir del amor", entonces quién sabe. Calculó que con los años vendría la vejez pero lo cierto es que conservó su porte enérgico y cierto magnetismo que su personalidad había tenido siempre. No le servía, porque no permitía que nadie se le acercara demasiado, pero retardaba su declinación y lo hacía pensar que quizás su falta de autocompasión estaba vinculada con eso. Pensaba en Estela, por lo menos una vez al día la recordaba hasta poder verla, y seguía adelante con lo que el día le deparara sin permitir ningún sentimiento. Pero ese día era distinto, ella lo había llamado para avisarle que esa noche se pegaría una vueltita por su casa. No le había adelantado el porqué de una visita personal pero ella no necesitaba excusas, ni siquiera necesitaba razones y él no se las pidió. Pasó el día concentrado en su trabajo, sin ansiedades. El único cambio fue que regresó más temprano para tener

tiempo de bañarse, relajarse un rato y comprar comida. Cuando ella entró, no le dijo nada. Ni hola ni buenas noches ni tanto tiempo ni bienvenida ni nada. Solo le sonrió y se dieron un beso en la mejilla. También el tiempo había pasado para ella. Elegante señorona, estaba un poco gorda y se le notaba la tintura. Para él, Estela siempre iba a ser "la mujer". Intercambiaron algunas de las frases usuales de los reencuentros, Estela inspeccionó la casa y tiró al aire a modo de admonición cariñosa:

–Está todo un poco dejadito.

–Vengo nada más que a dormir.

–Te preguntarás a qué vine.

–No me pregunto nada.

Estela sonrió.

–No cambiaste.

–¿Es un elogio o una crítica?

–Una descripción. –Augusto sonreía y ella siguió hablando–: Mirá, tenía algunas cosas que decirte personalmente y me pareció que había llegado el momento.

–Entre nosotros siempre fue todo muy claro.

–Hasta que me fui o, mejor dicho, hasta el día anterior al que me fui. –Estela se tomó unos segundos antes de seguir–: Vos sabés que tengo una hija de 15 años.

–Sí, claro que sé, ¿se parece a vos?

–La tenés que conocer.

–No, no –susurró Augusto con dolor.

–¿Por qué no? –preguntó ella sorprendida.

–Mirá lo que soy, manco, tuerto, viejo y como si esto fuera poco, raro.

–Augusto, tenés que saber algunas cosas...

Pero Augusto la interrumpió:

–No hay nada que saber y no tengo nada que reprocharte, me parece bien que hayas hecho tu vida y que tengas una hija, sos lo más

cercano que haya tenido a una familia; nunca entendí por qué no hicimos el divorcio ya que tampoco quisiste dinero ni propiedades. –Estela amagó querer contestar pero Augusto la cortó con un gesto de la mano–: No me molestó pero ahora pienso que viene bien, ya que ni siquiera tengo que hacer testamento para que heredes todo vos.

–¿Heredar?

–Los años pasan para todos; si no te interesa por lo menos que quede para tu hija.

–Nuestra hija –dijo Estela y Augusto quedó petrificado.

Tardó en reaccionar.

–¿Y tu novio?

–No hubo nunca ningún novio.

–Bueno... el tipo con el que te fuiste.

–No era un tipo, era una tipa.

–¡Mierda! –dijo Augusto en voz baja y para sí mismo. –¿Te molesta?

–No Estela, es cosa tuya pero voy de asombro en asombro y no sé ni dónde estoy parado.

–Cuando te dije que te hice trampa me refería a nuestra última noche, la única que pasamos juntos; aunque no te amé como se supone que una mujer tiene que amar a un hombre, siempre te quise, así que me llevé una hija tuya. –Y siguió–: Hace un par de años que no vivo en pareja y creo que llegó el momento de que la conozcas, ya está al tanto de todo.

Se hizo un silencio profundo y Augusto se sentó ensimismado y cabizbajo. Estela intentó adivinar.

–Me debés estar odiando.

–No, no es eso, necesito algo de tiempo para hacerme a la idea, para pensar.

–Vine con mi coche, en seis u ocho horas estamos en Mendoza.

–¿Horas?, me refería a más tiempo. –¿Cuánto tardé yo en irme con vos?

Augusto sonrió, Estela siempre había sido la única capaz de derrotarlo. Cenaron y partieron de inmediato. Al rato de andar, cuando ya habían salido de la cuidad, Estela se arrimó a la banquina y poniendo las balizas detuvo el auto. Entonces miró fijo a Augusto y le dijo con preocupación:

–Tengo que aclararte algo, prestame mucha atención. Augusto asintió con un gesto y esperó en silencio a que

Estela siguiera. Ella le tomó una de sus manos y le dijo con voz grave y profunda:

–Hasta que no me lo pidas, no te voy a tocar.

Estallaron en carcajadas y reanudaron la marcha pero cada vez que sus miradas se encontraban no podían evitar reír. Y así tuvieron que soportar todo el viaje, riendo y riendo.

La habitación

Ubaldo era un viejo especial, se daba cuenta de cosas que nadie parecía percibir, aunque una vez señaladas por él se hicieran evidentes. Le escuché decir, sentado en la mesita saboreando su vasito de tinto, que la privatización de las empresas tendría el efecto de una segunda deuda externa, y había tenido razón. Le escuché decir que la convertibilidad un peso-un dólar terminaría destruyendo la industria, y había tenido razón. Le escuché decir que una crisis financiera terminaría en la confiscación de los depósitos bancarios, y había tenido razón. Lo había anticipado mucho antes de que sucediera y de que cualquiera de los presentes lo pudiera creer. Ubaldo no solo opinaba de política y finanzas. Apenas se popularizó la historia del criminal serial al que apodaban el loco de la ruta, que mataba prostitutas y mutilaba sus cuerpos, Ubaldo nos confió que se trataba de una or-

ganización criminal de policías y jueces. Pasaron más de tres años con la televisión saturando con los análisis de los crímenes del "loco de la ruta", para que se descubriera lo que Ubaldo había predicho mediante un simple razonamiento. Yo paraba la oreja cada vez que Ubaldo hablaba y hacía lo imposible por no perderme una palabra, porque Ubaldo no hablaba conmigo, éramos conocidos de vista y esos comentarios se los hacía al mozo del bar en voz alta para que escucharan todos. Le escuché decir que no se pelearía casa por casa en las ciudades de Irak y que la invasión sería bastante más sencilla de lo esperado, y que quedarían atrapados al ocupar el país. Esto era algo que ni los generales retirados que pululaban por los noticieros del mundo habían podido deducir y cuando un mes después vi que se cumplía, no pude evitar acercarme a preguntarle cómo lo había sabido.

–Cómo no saberlo –contestó él.

Me quedé en silencio, dudando sobre si la conversación había terminado, pero me sonrió abiertamente, con una seña me invitó a que me sentara y a partir de ese momento compartí la mesa de Ubaldo y me propuse conversar con él hasta aprender a utilizar la información como él lo hacía. Iba un par de veces por semana porque tenía que hacer tiempo al ir de un trabajo a otro y así coincidía con la infaltable presencia de Ubaldo a las siete de la tarde ante su vaso de vino. Y si bien no tenía nada de extraño, ese hombre gordo y añoso llegó a convertirse en un verdadero oráculo viviente para mí que vaya a saber por qué lo vinculaba con la Grecia antigua, lo cual me hacía sentir sabio al menos por algunos momentos. Además me sentía muy cómodo con él, que me recibía con esa sonrisa tan afable e incondicional. Dejé de manifestarle mi admiración porque en varias ocasiones me aclaró que lo que admiraba no era su inteligencia sino su falta de estupidez. Ese razonamiento me dejaba a mí como el estúpido, de lo cual me di cuenta de luego de analizarlo durante días, así que no solo dejé de manifestarle mi admiración por sus supuestas facultades, sino que fui más allá y dejé de admirarlo, lo cual hizo nuestra relación mucho

más llana. Un tiempo después también me di cuenta que nosotros no hablábamos en forma coloquial sino más bien con el cuidado que se toma quien escribe. Nuestra relación era epistolar pero sin cartas, y lo suficientemente importante para que no pudiera negarme a aceptar la invitación a cenar a su casa. No me agradaba la idea, no por Ubaldo ya que hubiera pasado la vida intercambiando cartas verbales con él, sino porque tenía una hermana y cenar con una persona extraña no me entusiasmaba. No sabía qué comentario o actitud podría molestarla y estar atento me quitaría la posibilidad de disfrutar la relación con Ubaldo, que con tanto esmero había cultivado. No pude negarme y me vi entrando en el viejo caserón del pasaje. No se veía nada desde afuera porque un gran muro separaba la calle del gigantesco y descuidado parque que rodeaba una casa viejísima, de esas que se construían con ladrillos de adobe allá por mil ochocientos. El clima subtropical que durante parte del año tenemos, propiciaba que enormes plantas, arbustos y árboles cubrieran el terreno a punto tal que si no hubiera seguido a Ubaldo por el sinuoso sendero, podría haberme perdido. Llegué justo a la hora de cenar, así que no tuve que esperar, lo que hubiera sido insoportable porque la hermana de Ubaldo era un ser absolutamente abominable. Me la presentó sin decirme su nombre y ella me ignoró. Era chiquita, encorvada y surcaban su cara miles de pequeñas arrugas. Su piel parecía un cuero sobado, se movía rápido trayendo cosas que dejaba golpeándolas contra la mesa como si quisiera romperla. El fastidio le salía por los ojos y por el rictus amargo de su boca de muerta, con solo dos dientes, uno arriba de un lado y el restante abajo del otro. Tanto los cubiertos como los platos y los vasos estaban impregnados de una pátina oscura. El mantel hubiera podido pasar por una colcha si no fuera por las manchas de vino, salsas y una más grande casi en el centro que parecía de un vómito. Ubaldo notó la angustia en mi cara y pensando que se debía a las actitudes de su hermana me dijo que me quedara tranquilo, que ella siempre era así. Ella apareció con una cacerola humeante.

–¡Guiso de lentejas! –exclamó eufórico Ubaldo, al tiempo que ella clavaba la cacerola de un golpe sobre un diario amarillento que hacía las veces de posa fuentes.

Logré identificar algunas lentejas en el mazacote de grasa que burbujeaba como lava en el ennegrecido recipiente. Insistí en que me sirvieran apenas, gracias a una úlcera que inventé ad hoc, y me dediqué lentamente al vino que era muy bueno y que yo mismo había llevado. Me había tocado un vaso de grueso vidrio irrompible, verde oscuro, labrado por fuera, por lo cual retenía más mugre que los demás pero se notaba un poco menos. Ubaldo comía tranquilamente, su hermana me miraba con odio desde el otro extremo de la mesa y yo bebía de a sorbitos tratando de que el tiempo pasara lo más rápido posible. Todo transcurría en silencio, a pesar de que la única razón de mi relación con Ubaldo era su charla. Cuando terminó de comer me preguntó si quería un café. Fue como si me tiraran un salvavidas, la cena había terminado. Apenas habían pasado quince minutos pero el café me daría la ocasión de despedirme. La hermana trajo un jarro de acero lleno hasta el borde de café caliente como para pelar chanchos. Yo había pensado beberlo rápidamente, pero además de ser un jarro enorme, estaba asquerosamente sucio y hubiera jurado que la espantosa mujer había puesto el metal al rojo antes de llenarlo solo para joderme. Mientras lo inspeccionaba noté que tenía un gran escudo argentino en un costado.

–Me lo afané de la colimba –me dijo Ubaldo orgulloso. Quería tomar un par de traguitos para irme lo más rápidamente posible, pero no lo podía ni tocar. Tanto Ubaldo como su hermana me miraban como si yo fuera un animal extraño en una jaula, así que después de algunos minutos decidí simular el primer trago y doblando varias veces el trapo engrasado que me habían dado como servilleta tomé el jarro por el asa. Cuando mis labios estaban por tocar el borde Ubaldo me comentó que el que más había usado ese jarro había sido su hermano Julito, que había muerto de lepra meses atrás. Instintivamente separé

el jarro de mi boca, pero Ubaldo y su hermana me miraron con asombro, entonces giré la muñeca y cerrado los ojos le di un sorbito por el borde opuesto al asa

–¡Mirá –le dijo Ubaldo a su hermana– toma igual que Julito!

No aguanté más y aunque sabía que podía costarme la amistad de Ubaldo, me paré y le dije que ya me iba.

–No podés.

–Sí, estuvo todo muy rico, la pasé bárbaro, les agradezco mucho, pero ya me voy.

–Esperá, tenés que hacerme un favor.

–Lo hablamos otro día.

–¡Esto es muy importante! –me dijo en tono de súplica indicándome con la mano que me sentara. Lo hice con lentitud, resignado pero listo para salir poco menos que corriendo. Ubaldo comenzó a explicarse–: Te habrás dado cuenda de que mi hermana y yo somos diferentes a los demás.

–No sé a qué te referís –contesté, haciéndome el irónico.

–¡Nuestra estirpe se acaba!

–¿Qué estirpe?

–Necesito que embaraces a mi hermana.

–¡Andá a la puta que te parió! –le grité mientras me paraba con tal violencia que la silla salía volando contra la pared.

Ubaldo me miró como si tuviera un gran dolor que no pudiera expresar y me dijo:

–Yo te la sostengo.

–¡Andate al carajo! –le grité desaforado al enfilar resueltamente mis pasos hacia la puerta.

–¡No te podés ir! –fue lo último que escuché.

Abrí la puerta y salí hacia la oscuridad del parque, pero apenas la hube traspasado me encontré en la misma habitación de la que venía. Quedé paralizado, miré hacia atrás y vi la puerta abierta por la que acababa de pasar y la oscuridad desde la que entraba el aire fresco de

la noche y el aroma de la vegetación. Volví a traspasar la puerta y otra vez me encontré en la habitación. Repetí tantas veces la maniobra que olvidé de que lado había partido. Probé sacar un pie pero no pasaba nada, la oscuridad permanecía, entonces iba saliendo de a poco, mas cuando el pie que había quedado atrás perdía contacto con el suelo me encontraba de nuevo en la misma habitación. Ni Ubaldo ni su hermana estaban por ningún lado. Fui hasta la puerta por donde suponía que debería estar la cocina porque desde allí la hermana de Ubaldo había traído la comida, pero al pasar por el umbral me encontré en la misma habitación de la que salía. Igual me pasó al volver e igual al tratar de salir al parque por las ventanas. De tanto en tanto llamaba a Ubaldo a los gritos o pedía ayuda con la esperanza de que alguien pudiera escuchar. Nadie contestaba, no había eco, ni siquiera retumbaba mi voz, era como si solo yo pudiera escucharme. Fui hasta la mesa y toqué el jarro, estaba helado. Levanté la silla y me senté frente a la mesa inclinándome para apoyar la frente en mi antebrazo, necesitaba serenarme.

Me despertaron los cantos y gorjeos de miles de pájaros. La luz apenas me permitía abrir los ojos. La puerta había quedado abierta y esta vez cuando pasé por ella estuve afuera. Recorrí con dificultad el sendero hasta la calle tratando de protegerme del brillo del sol con una mano y apartando las ramas con la otra. Vi a Ubaldo apoyado en el marco del portón, que abierto me mostraba la calle. Salí para irme pero antes de alejarme miré a Ubaldo que estaba tan serio como yo y le dije:

–No quiero verte más.

No dijo nada, sólo me miraba como si buscara algo perdido y pudiera estar justo donde yo me encontraba parado. Sin embargo, en vez de irme, le hablé otra vez:

–Fue horrible –le dije– fue como si llevara esa habitación conmigo, como si formara parte de mí.

–Bien dicho –dijo Ubaldo con orgullo.

–No te quiero ver más –le repetí en voz baja con tono neutro y monocorde, más como una máquina que como una persona, y me fui.

Yo era muy joven en esa época y venía de una infancia un poco difícil, con un padre violento que estaba ausente la mayor parte del tiempo. Su llegada a casa era motivo de zozobra y su partida un alivio. Era también muy enfermizo y cualquier enfriamiento terminaba en una pulmonía. Caía en cama y quedaba aislado del mundo sobrellevando mis malestares y mi aburrimiento. En un par de ocasiones estuve grave. Antes de la época de los antibióticos hubiera muerto muy joven. Eso me dejó la impresión, que hasta hoy en día me acompaña, de que estoy de más en este mundo, que mi destino era abandonarlo mucho antes y que no tengo nada que hacer aquí, y aunque me había llegado a sentir tan mal como para esperar la muerte como un alivio, no obtuve de ello más que la sensación de permanente incomodidad entre mis semejantes. Ni conocimiento, ni madurez, ni inteligencia que me permitiera no ser tan impresionable como para que una persona como Ubaldo me influenciara arrastrándome a una aventura estúpida y hueca como una pesadilla. Había estado pensando que quizás eso había sido después de todo y que entre la situación incómoda y el vino había dormido la mona. Y aunque así hubiera sido, la forma en que me había mirado Ubaldo no me dejaba dudas de que estaba al tanto de todo lo que yo había pasado, fuera pesadilla o realidad. Aquí estaba de vuelta yo en este mundo extraño que rechazaba y por el que me sentía rechazado y más solo que antes de conocer a Ubaldo. Perdidos mis amigos de la infancia y el colegio al dispersarse cada uno por su lado, había tenido que postergar los estudios porque la necesidad de trabajar me tenía corriendo para alcanzar la mera subsistencia. El viaje de ida al trabajo me tomaba una hora de colectivo a la mañana y un poco menos a la noche. El peor viaje era sin dudas el de la mañana porque iba parado y llegaba cansado de antemano. Si me sentaba duraba poco, muchos de los que viajaban eran viejos o embarazadas o gente enferma y tenía que ceder el asiento. No servía mirar para otro

lado o hacerse el dormido porque terminaba viajando más incómodo ya que la condena social del microcosmos del colectivo se hacía sentir implacable. Había que pararse, era la solidaridad de los pobres con los pobres, la única. A la noche era más llevadero porque había menos tránsito, el colectivo iba más rápido, viajaba menos gente y era posible sentarse, pero ante todo por la seguridad de que había terminado el día y llegaría a mi casa para saludar con un gruñido, tragar cualquier cosa y tirarme a dormir como quien muere hasta el otro día. Ese estado de inconsciencia era lo que más anhelaba, mi único descanso. Tenía que hacer grandes esfuerzos para no dormirme en el viaje de vuelta, no apoyar la cabeza contra el vidrio de la ventanilla. Era muy peligroso, podían robarme lo poco que llevaba, cortarme el cuello o, peor aún, seguir viajando. Esa lucha contra los párpados de plomo, se sumaba a mis sufrimientos. No quería sentirme víctima ni un paria aunque ya lo fuera desde que sobreviviera una y otra vez pese a mi debilidad, sin merecerlo, sin ser fuerte, para estar de más. La experiencia con Ubaldo me había dejado más afuera de este mundo. Lo primero había sido la temprana conciencia de mi mortalidad, eso me ponía por encima de las piedras, las plantas, los animales y de Dios. Luego me arrasó una soledad que me hizo desear ser tan ausente como los demás, masa de sensibleros insensibles, de curiosos inconscientes, de rutinarios mecanicistas que ya no me contenía. Y finalmente el episodio en la casa de Ubaldo, que me escupía en la cara que mi culpa era mi culpa y solo yo podía hacer algo, y solo podía valer la pena si lo hacía desde un lugar que estaba fuera de mi alcance.

Muchos años después me encontré con Ubaldo. Yo había bajado del tren y caminaba entre una muchedumbre por la avenida y de pronto Ubaldo caminaba a mi lado, sonriente. Parecía de mi edad, estaba impecable en su traje oscuro, todo un galán de telenovela. Yo no podía decir nada ni quitarle la vista de encima mientras caminábamos. Ni siquiera nos habíamos saludado, su sonrisa amistosa soslayaba toda cortesía. Nos paramos en la esquina y él se dispuso a cruzar. Yo tenía

que seguir y ni siquiera se me ocurrió ir con él, a pesar de que mi diligencia no era impostergable. Segundos antes de que el semáforo le diera paso, me dirigió la palabra.

–Lo expresaste bellamente aquella vez.

–No era una habitación, era una prisión –arriesgué dándome cuenta de que era la primera vez que se me ocurría semejante cosa, y proseguí–: Yo no estaba en la prisión, era la prisión.

Ubaldo inclinó levemente la cabeza en señal de despedida a la vez que respetuoso homenaje y cruzó. Lo vi confundirse entre los demás a medida que se hacía más y más pequeño. Empecé a mejorar sin que pudiera relacionarlo con la experiencia en la casa de Ubaldo. Mi pensamiento persistente sobre el suicidio me había abandonado, en algún momento había escapado por una válvula invisible sin que me diera cuenta. Noté su pérdida cuando me sorprendí rememorando esos pensamientos como hechos del pasado, cuando no encontraba sentido a seguir luchando, sufriendo, esperando por nada. Si no hubiera estado mi madre, si no hubiera tenido que imaginar lo que ella iba a sufrir con mi decisión, hoy yo no estaría aquí. Esa época de mi vida me parecía un recuerdo lejano sin importancia. Mi vida no era buena pero estaba encaminada de otra forma. Había descubierto que el agobio que me aplastaba la mayor parte del tiempo provenía de mis pensamientos. Cuando me descubría internándome por esos pasadizos, los asociaba con los senderos por los que había llegado a la casa de Ubaldo y con la habitación que me arrastrara a la desesperación. Entonces ya no trataba de escapar y si me encontraba muy confundido me detenía. Otras veces me daba cuenta antes, como si me hubiera metido en otra habitación y esta toma de conciencia me centraba y podía seguir. Era una herramienta más que las que tenían otras personas, una ventaja, un freno para la mente. Ahora me encontraba parado ante la casa de Ubaldo. A pesar de que vivía cerca, había evitado pasar por allí en todos estos años hasta ese día en que fui sin saber por qué. No me sorprendió que estuviera deshabitada y tampoco el cartel de

venta. La contemplé un rato largo, la vegetación era aún más tupida que antes, fuera de control, los muros perimetrales se inclinaban peligrosamente sobre la vereda amenazando con caerse ante la expansión creciente de la red inconmensurable de raíces. Llamé a la inmobiliaria para saber el precio de semejante terreno en plena ciudad. Me extrañó recordar el número de teléfono que había visto en el cartel. Me atendieron cortésmente, me comunicaron el precio del lote, miles de veces superior a lo que yo hubiera podido gastar, y sobre la casa me comentaron que eran restos para demolición. Le expliqué que quería visitar la propiedad antes de decidir si la compraba, ya que había conocido la casa mucho tiempo atrás y no descartaba recuperarla aunque fuera antieconómico. Esto entusiasmó a la vendedora, fijamos día y hora, me vestí lo mejor posible y fui caminando para que no viera mi coche. No tenía un objetivo y estaba mintiendo tontamente, pero cuando vi a la vendedora ya no me importó nada. Era el hembrón más espectacular que hubiera visto en mi vida y estaba conmigo, aunque no fuera por las razones que hubiera querido. La ayudé a abrir el portón. Me había dicho su nombre pero era tanto mi deslumbramiento que no escuché y después me pareció que iba a quedar mal preguntarle.

Avancé apartando las ramas alternativamente con cada brazo, nadando en la densidad de la selva. Ella me seguía con dificultad, pronto llegué hasta la entrada de la casa y vi la puerta podrida tendida en el piso. Escuché un jadeo tras de mí y vi a la vendedora agitada, arañada y sucia por la travesía. Entré a la casa y por un momento me sobrecogió la angustia. La luz del sol se filtraba por hendiduras en las ventanas y profundas rajaduras en las gruesas y frágiles paredes y era suficiente para ver. La cocina permanecía más oscura a pesar de que entraba luz por una claraboya. Un grito de la vendedora me hizo volver al comedor.

–¡Una rata! –exclamó al tiempo que se abrazaba a mí.

El piso estaba cubierto de hojas, tierra y ramas que había metido el viento con los años. Otro movimiento ruidoso entre las hojas la sobresaltó nuevamente y se me apretó más.

–Una lagartija –le dije, y le aclaré–: una lagartija amiga. Cuando ya le había pasado el brazo por la cintura, unos aleteos en las alturas del techo llamaron nuestra atención, entonces le dije, divertido ante su espanto:

–Lo más parecido a una rata acá, son esos murciélagos.

Le pasé la mano bajo la pollera.

–No, déjeme –gimió forcejeando levemente, y luego–: No, acá no –mientras le bajaba la bombacha.

Nos movimos con suavidad, ella de espaldas apoyándose contra la pared. Yo había pasado una de mis piernas por entre las suyas y la enlazaba con mi brazo de la cintura. Salimos confundidos cada uno por su lado. No nos volvimos a ver y a pesar de que la experiencia había sido insólita para una persona como yo, no estaba. Por la mañana caminé hasta la estación y tomé el tren. Se cerraron las puertas y nos pusimos en movimiento. Un adolescente que me sonreía mirándome como si me conociera me hizo una seña con el pulgar hacia arriba en señal de éxito, ¡era Ubaldo!

–Lo hiciste –me gritó– mi estirpe ya no está en peligro. Me levanté para ir con él, pero el tren tomaba velocidad y dejaba atrás a un Ubaldo exultante. Me hice muchas preguntas que quedaron en el vacío.

Pasaron unos años más y mi vida se sosegó. Me había casado y cuando los hijos no vinieron decidimos dejarlo así. No quería forzar al destino, si no venían, no venían. Sin embargo, cuando ya no lo esperábamos mi mujer quedó embarazada. No me entusiasmaba, me sentía viejo para ser padre. A pesar de que nos hicimos varios estudios para asegurarnos de que todo estuviera bien, no llegó a nacer. Quedamos destrozados, mi mujer no se levantaba de la cama y se aferraba a las cosas que habíamos comprado para nuestro hijo. Una noche, al llegar a casa la encontré con un bebé de pocos días en sus brazos.

–¿Y eso?

–Estaba en la puerta.

–¿En nuestra puerta?

–Sí, envuelto en su mantilla, limpito y bien alimentado. –Hay que avisar a la policía –dije yo, pero ella me miró aterrorizada. Le sonreí y sin darme cuenta debí hacerle un gesto afirmativo de comprensión. Con alivio me contó:

–Tenía un papel entre la ropita.

Lo tomé de entre sus manos temblorosas y leí: "Me llamo Ubaldo". Esa noche me asomé a la cuna y Ubaldo, que parecía haber estado durmiendo, de pronto abrió los ojos y me miró.

–Vas a tener que explicarme muchas cosas, hijo, cuando seas grande vas a tener que explicarme.

Ubaldo me sonrió como había hecho siempre desde que nos conociéramos.

Deshacerse de Juancho

Había que deshacerse de Juancho y yo tenía que hacer el trabajo sucio. Me lo habían encajado sin preguntarme y no podía negarme, era el único hombre en la casa. Juancho había estado varios años olvidado en el fondo de un ropero en la pieza de mi hermana Marta, una calavera que había comprado en el cementerio para estudiar. Aprobada la materia, Juancho fue olvidado. No ocupaba lugar y no molestaba, o por lo menos eso creíamos. La forma en que Juancho pasó a ser propiedad de Marta no fue ética ni respetuosa, hacía tiempo que los cementerios no entregaban huesos a los estudiantes de medicina y odontología, ya no alcanzaba con requerirlos exhibiendo la libreta universitaria. Había que conseguir un contacto para comprarlos a los empleados que trabajaban en los osarios. Más de un estudiante desaprensivo, luego de usarlos, había revoleado los

huesos en un baldío o los había tirado a la basura. En la Argentina, con la llaga perpetua de los desaparecidos, algunos de estos hallazgos habían causado revuelo. La operación fue concretada entre gente siniestra, con cuchicheos, medias frases, gestos y miradas furtivas similares a los que se ven en las malas películas sobre tráfico de drogas o espionaje. El sepulturero sacó a Juancho de una caja que compartía con otros huesos. Estaba con restos de tierra húmeda, lo miré a las cuencas y no pude evitar preguntarme cuánto tiempo llevaría muerto, quién habría sido, si había tenido familia, en qué circunstancias había dejado este mundo.

Volvimos en colectivo mi hermana, Juancho y yo. Pagamos solo dos pasajes porque Juancho iba en su bolsa de plástico y fue en ese viaje cuando recibió su nombre por primera vez en la muerte, al ser rebautizado por Marta sin más ceremonia que una risotada. En casa ella lo sacó para mostrárselo a nuestra horrorizada madre, varias cucarachas salieron por las órbitas, del agujero magno y de atrás del paladar duro como si el ajetreo del viaje hubiera despertado un maleficio. Eran gordas y lentas, quizás algún tipo de escarabajo de las tumbas. Juancho voló por el aire, las mujeres armaron un griterío y yo una vez más tuve que hacerme cargo del trabajo sucio y pisotear los repugnantes bichos. Juancho pasó un par de días sumergido en lavandina pura antes de reamigarse con Marta. Ese año fueron compañeros de estudios, después vino el olvido, la ingratitud y el abandono. Pasaron varios años, estábamos de mala racha y Marta decidió, con la complicidad de mi madre, traer una bruja para que limpiara la casa. No me opuse, me pareció lógico que en una familia que no es religiosa en tiempos de infelicidad se buscara algún consuelo. No quería que hicieran ceremonias en las que degüellan animales y esparcen la sangre. Me aseguraron que no y aunque me parecía una superchería de cuarta acepté pensando que si ellas se sentían mejor sería bueno para todos. No estábamos preparados para lo que pasó. Vinieron un par de mujeres y en cuanto la más vieja balbuceó unas oraciones entornando

los ojos, se sacudió como por un escalofrío y dijo que en nuestra casa había restos humanos. Nosotros nos habíamos olvidado de Juancho pero la mujer no solo insistió sino que caminó por la planta baja de la casa y señalando hacia el techo del comedor y exclamó con seguridad:

–¡Está ahí!

Suspiré aliviado, mi temor era que me hicieran levantar los pisos para verificar que no hubiera alguien enterrado. Si se les metía esa idea en la cabeza a mi vieja y a mi hermana, sólo quedaría la opción de empezar a cavar o mudarse y no estábamos en condiciones de hacer ninguna de las dos cosas. Subimos al primer piso y fuimos al lugar correspondiente al señalado desde abajo, era la pieza de Marta y yo me reía por dentro, ¿dónde van a haber enterrados aquí restos humanos? Entonces ella fue hasta el ropero, abrió la puerta y señaló:

–¡Ahí!

Se me borró la sonrisa cuando Marta gritó:

–¡Juancho! –y luego tuve que soportar la suficiencia de la bruja, el espanto de las mujeres de la casa y el encargo de deshacerme de Juancho.

No podía hacerse de cualquier manera, así que después de que le pagáramos la bruja me indicó que debía llevarlo a más de un kilómetro para dejarlo y alejarme rápido sin mirar atrás. Era muy importante no mirar atrás, para que el espíritu no pudiera seguirme. Esa misma noche me llevé a Juancho en la misma bolsa de plástico en la que lo habíamos traído muchos años antes. Marta no quiso despedirse, las mujeres son implacables cuando quieren sacarse a alguien de encima. Caminé por las calles de la ciudad evitando meterme en las penumbras no porque tuviera miedo, sólo por las dudas. No me parecía bien abandonarlo junto a las bolsas de basura y seguí caminando sin rumbo hasta que en una calle lateral vi un volquete. No contenía escombros ni basura, ¡estaba lleno de tierra! Habían hecho una excavación y el volquete desbordaba de tierra oscura y húmeda. Cavé con las manos un pocito y enterré a Juancho. Iría a una zona

de relleno, eso me hacía sentir mejor. Me cuidé mucho de mirar atrás cuando volví, sigo sin creer en esas cosas pero con ser prudente no se pierde nada.

Las cosas no mejoraron en casa por varios años, hasta que empeoraron tanto que no tuvieron más remedio. Sé que Juancho no tuvo nada que ver con nuestros dramas, que le chamos la culpa injustamente. Me quedó un sabor amargo por abandonarlo después de tantos años con nosotros. A veces al recordarlo, me sigo preguntando quién habrá sido, cómo habrá muerto y si fue feliz.

El contacto

Lo intrigaba que un psicólogo quisiera consultar a un astrónomo. Él visitante se presentó:

–Gracias por recibirme, soy Julián.

–Soy Matías, te estaba esperando, vos dirás.

–¿Creés en la vida extraterrestre?

Matías se tomó varios segundos.

–Me encantaría pero no.

–¿A pesar de que tanta gente lo cree?

–A pesar.

Julián argumentó:

–Hay un cálculo sobre los millones de estrellas y planetas...

–Sí, sí... lo conozco –interrumpió Matías– sin embargo no hay evidencia.

–¿Y si estuvieran lejos?

–No tendría importancia, las distancias son insalvables, el universo es euclidiano y está en expansión.

–Según nuestros parámetros –relativizó Julián.

Matías se fastidió.

–No podés resolver una ecuación de segundo grado y encima me venís a hablar de creencias.

Julián exclamó riendo:

–¡Qué simpático!

Matías no le daría mucho tiempo así que dejó de tantearlo y le explicó que tenía un paciente que afirmaba ponerse en contacto telepático con seres de una civilización extraterrestre.

Matías preguntó:

–¿Bajo hipnosis?

–En estado de concentración.

–¿Permanece consciente?

–En todo momento.

–¿Y qué tendría que ver yo en todo esto?

–Esta persona no puede contar lo que ve pero contesta preguntas por sí o por no, y necesito evaluar contradicciones –terminó Julián.

–¿Este paciente tuyo, está loco?

–Quiero saber si miente, si dice la verdad o si cree que dice la verdad –dijo Julián– la idea es hacer una sesión con la presencia de científicos; por supuesto les pago sus honorarios.

–Me parece una tontería.

–Mejor.

Se encontraron en el consultorio de Julián, Matías el astrónomo, Mabel y Alejandro, un gordo petiso y barbudo que resultó ser el paciente de Julián. Mabel era exobióloga becada en la NASA. Mujer alta y delgada, de fríos ojos celestes, pasando largamente los cuarenta. Miraron a Alejandro pensando "Vaya a saber cómo se le ocurrió a este hombre analizarse, vaya a saber cómo logró entusiasmar a Julián".

Julián les aclaró que Alejandro había terminado su terapia y que habían dejado esto para el final porque no formaba parte de sus padecimientos y porque no tenía inconvenientes en colaborar con una rápida investigación. Julián temía haber perdido objetividad. Quedó en claro que Alejandro solo respondería por sí o por no y que podían hablar en voz baja entre ellos. Julián le pidió a Alejandro que se contactara y éste cerró los ojos, hizo tres o cuatro respiraciones profundas y levantó una mano en señal de que comenzaran. Julián preguntó:

–¿Estás en contacto?

–Sí –contestó Alejandro, antes de que se terminara de formular la pregunta.

Julián les informó que cuando la pregunta era clara la respondía como si le leyera la mente. Luego invitó a los científicos a preguntar. Matías apenas contenía la risa y no sacaba los ojos de la aureola seca en los sobacos de la camisa de Alejandro. Mabel preguntó:

–¿Cómo son? –pero Alejandro en vez de contestar se movió incómodo en el sillón.

Julián la miró sorprendido y le cuchicheó:

–¡Por sí o por no!

Mabel asintió y recomenzó.

–¿Los ves?

–No –contestó de inmediato Alejandro.

–¿Están ahí?

–Sí.

–¿Te hablan?

–No.

–¿Te viene la respuesta?

–Sí.

–¿Son de la Tierra?

–No.

Todas las preguntas habían sido respondidas antes de terminarlas. Matías se sumó al interrogatorio.

–¿Son de este sistema solar?

–No.

–¿De nuestra galaxia?

–Sí.

–¿De un planeta?

–Sí.

–¿Órbita Sirio?

–No.

Matías miró su reloj e hizo un gesto de impaciencia pero siguió:

–¿En la constelación de Sagitario?

–No.

–¿Orión?

–No.

–¿Crux?

–No.

–¿Taurus?

–Sí.

–¿Pléyades?

Alejandro se quedó en silencio, Matías repitió:

–¿Pléyades?

Alejandro se removió incómodo, Julián le preguntó si hacían un descanso y el gordo barbudo asintió con la cabeza.

–¿Qué pasa? –preguntó Matías.

–Aparentemente hay preguntas que no están dispuestos a contestar –explicó Julián y siguió Alejandro.

–Así es, no me viene la respuesta y me aplasta un cansancio tremendo.

Matías y Mabel se miraron pensativos. Julián sirvió café y Mabel aprovechó para preguntarle a Alejandro, si en verdad no los veía cómo sabía que estaban ahí.

–Distingo movimientos y algún perfil semejante al humano por matices en la oscuridad.

–¿Tonos de gris, diferencias de luz? –pidió Mabel que le precisara.

–No, no hay luz allí, todo es rojo, es una oscuridad roja dentro de la cual a veces me parece ver movimientos; no estoy seguro, hasta que una respuesta me viene.

–¿Todo rojo? –preguntó Matías, interesado por primera vez.

–Todo.

Julián quiso saber qué consideraba interesante. Matías le explicó el rojo es el color de mayor longitud de onda y que si lo observado estaba a gran distancia espectro se desplazaba al rojo.

–Los otros colores se estiran y los vemos rojos –dijo pensando en voz alta Julián.

–Sí –concedió Matías–, digamos que se estiran. Entonces Alejandro exclamó, como si súbitamente acabara

de comprender algo:

–¡Por la enorme distancia!

–Fijáte una cosa –siguió Matías como si estuviera ante sus alumnos– las distancias son tan grandes que si ves desde la Tierra una estrella, digamos a cuarenta años luz de distancia, estás viendo la luz que emitió hace cuarenta años. –Y siguió–: La estrella podría haber explotado antes de que nacieras,la ves y ya no existe.

El gordo asentía embobado, como pensando que él había sido el disparador de reflexiones tan profundas. Mabel objetó que si lo que percibía era un mensaje telepático, no tenía nada que ver cómo se modifique una onda antes de ser captada por la mente. Julián preguntó si seguían, el gordo se acomodó en el sillón y cerró los ojos, inspiró inflando la panza y levantó apenas una de sus manos. Estaba listo. Matías le hizo una seña a Mabel cediéndole el lugar.

–¿Están en la Tierra?

–No.

–¿Vienen?

–No.

–¿Vinieron?

–Sí.
–¿Se contactan con la humanidad?
–Sí.
Mabel pensó un poco y preguntó:
–¿Se contactan físicamente?
–No.
–¿Estamos relacionados?
–Sí.
–¿Genéticamente?
–Sí.
–¿Antepasados comunes?
–No.
–¿Derivan de nosotros?
–No.
–¿Están vinculados al desarrollo de la vida en el planeta?
–No.
–¿Están vinculados al desarrollo de la vida inteligente?
–Sí.
–¿Compartimos genes?
–Sí.
–¿Hicieron manipulaciones genéticas?
–Sí.
–¿Con los humanos?
–Sí.
–¿Solo con nosotros?
–No.
–¿Con otras formas de vida inteligente en este planeta?
–Sí.
–¿Están entre nosotros?
–No.
–¿Se extinguieron?
–Sí.

Mabel entrecerró los ojos, Julián la observaba y Matías sonreía con la tranquilidad de quien sabe exactamente qué es lo que está sucediendo. Mabel les dijo:

–Voy a ser más precisa.

Ellos permanecieron en silencio. –¿Manipularon el genoma del Homo Sapiens?

–Sí.

–¿De otros?

–Sí.

–¿Eran menos aptos que nosotros?

–No.

Mabel hizo otra pausa y luego preguntó:

–¿Los extinguimos nosotros?

–Sí.

Ella les comentó que una teoría sostenía que el encuentro con el Homo Sapiens había sido fatal para las otras especies de homínidos inteligentes.

–¿Los hicimos mierda? –le preguntó Julián a Mabel, pero fue la voz de Alejandro a punto de llorar la que contestó:

–Sí.

El silencio se tensó y Alejandro comenzó a removerse en el sillón. Matías se dio cuenta de que la sesión se terminaba y apuró:

–¿Están en Las Pléyades? –pero no hubo respuesta. –¿No quieren que sepamos dónde estan? –Sí.

Hubo una pausa de segundos que pareció mucho más larga y Mabel preguntó:

–¿Nos tienen miedo?

–Sí.

Quedaron atónitos, Alejandro abrió los ojos y se estiró. Tomaron otro café, Julián despidió a su paciente y les comentó a Mabel y Matías que si redactaba una comunicación los citaría como fuente de consulta y control. Matías le explicó que nada había sido comprobado, Mabel coincidió.

–Me doy cuenta –les dijo Julián– sin embargo el detalle de las ondas de luz y la genética sonaron interesantes.

–No lo pescamos en ninguna contradicción –dijo Mabel– pero con un poco de información podría estarnos engañando.

–Si estuviéramos dispuestos a creerle –añadió Matías.

Todos sonrieron y Julián preguntó:

–¿No le dan margen, no?

–Nunca va a decir algo que se pueda comprobar, yo insistía con lo de las Pléyades porque viniendo de allí la luz no tiene por qué correrse al rojo.

–Aunque te hubiera dicho que sí –intervino Mabel– se podría argumentar que los mensajes atraviesan ese grupo de estrellas pero vienen desde más lejos.

Matías asentía.

–Siempre hay un argumento, de todas formas a un psicólogo quizás le sirva, ya sea porque esté convencido de que dice la verdad o esté mintiendo.

Salieron juntos a la calle y se quedaron charlando más de una hora. Luego se fueron cada uno por su lado sin saber que habían estado siendo observados. Julián vio a Alejandro que le hacía señas desde mitad de cuadra. Caminaron uno hacia el otro. Alejandro le comentó que se había quedado esperando que saliera.

–Podías haber subido al consultorio o llamado por teléfono.

–No sabía bien qué quería así que me quedé en el coche pensando, después me irrité y quería cagarte a trompadas, pero verlos hablando parados en la calle me causó gracia.

–No entiendo –dijo Julián.

–Que sos un boludo, vos y tus amiguitos; no sé si todavía creés que estoy mintiendo o soy un loco convencido de que tiene razón pero de algo estoy seguro, todos ustedes son unos estúpidos.

–¿Por? –preguntó Julián con calma profesional.

–No preguntaron nada importante, cada uno encerrado en su

ciencia tratando de confirmar lo poco que sabe y dejando de lado lo que más importa.

–Bueno... no sé...

–¡Son patéticos!, no tiene importancia lo que hacen. –Julián iba a hablar pero Alejandro lo cortó–: No me lo vayas a preguntar ahora –dijo, y se alejó, pero Julián le gritó:

–¡Esperá, no me dejés así!

El gordo se dio vuelta y lo miró con lástima unos segundos.

–Te conocen.

La última frase del gordo la pasaba por alto, no iba a caer en esa trampa. Pero tenía la impresión de que lo importante le había pasado por al lado. Julián llegó hasta su auto y cuando habría la puerta un tirón lo dio vuelta. Pudo ver detrás del puño que se estrellaba en su cara, la furia de Alejandro. Se recorrió la cara ensangrentada con los dedos. Sonrió, él también veía rojo. Tenía razón el poeta –pensó– existen otros mundos, pero están acá.

Tal para cual

I

No fue bueno ese verano. Se suponía que tenía que pasarla bien, que era como una aventura, pero a mí no se me escapaba que me estaban sacando del medio. El encargado de llevarme a la chacra fue el imbécil de mi tío Lucho. Él era una especie de inútil que cada integrante de la familia usaba a su turno como mandadero cuando lo podía enganchar. Nadie me lo decía pero se olía en el ambiente que pasaba algo muy grave. Estaba por cumplir los 12 años y los silencios que mi presencia producía entre quienes me querían, me hacían presentir lo peor. Hubiera sido preferible que me dijeran la verdad, que la compartieran conmigo. Yo era chico, no estúpido. Tenía una hermana pero me llevaba más de diez años, estaba en la universidad y nuestra

relación era distante. Yo sabía que mamá estaba enferma pero no que moriría tan pronto, o tal vez no quise darme cuenta. De alguna manera –ahora lo sé– les hice el juego a mis padres. La chacra era de unos amigos de tío Lucho, iba por primera vez, vivían unos cuidadores en una casita precaria y la mayor parte del campo lo arrendaba un vecino para sembrar. A los dueños les quedaba para pagar los impuestos y mantener la propiedad. En la casa había una mujer de unos 20 años con dos críos. Su marido no estaba desde hacía meses y lo que se suponía que él cuidaba y mantenía, se encontraba abandonado. La mujer, que se llamaba Felicia, nos recibió con alegría. Mi tío le traía dinero para cubrir los gastos de estadía y compensar algunas molestias, y ella lo necesitaba. Mi tío pareció no darse cuenta de que ese no era el lugar en que mis padres suponían que yo iba a quedarme o quizás se hizo el estúpido, cosa que no le costaba gran esfuerzo, porque solo tenía que acentuar un poco sus dotes naturales. Se suponía también que se quedaría conmigo esos días, habíamos hablado de recorrer la zona, ir a pescar y cazar nutrias en el arroyo cercano, pero debía tener algo más importante que hacer porque de pronto me anunció que volvía en uno o dos días y se fue. Me quedé en ese lugar inmundo, con una extraña y sus dos hijos. No sabía siquiera dónde estaba exactamente esa chacra. No quise almorzar, salí a caminar por las pocas hectáreas que quedaban libres de la siembra y que el abandono había convertido en un cardal de coronas violetas. Hacía un calor para abombar lagartos pero era peor estar en la casucha. Bajo la sombra raleada de los eucaliptos, un pájaro de colores brillantes se posó en una rama y saqué mi honda, pero al agacharme para agarrar una piedra se voló. Me quedé muy quieto esperando que algún otro se pusiera a tiro, no tuve que esperar mucho. La piedra le pasó cerca al tordo, tan negro y reluciente que parecía que se iba a prender fuego. Seguí inmóvil con la furia reconcentrada y una nueva piedra, no sé cuánto esperé esta vez, la torcaza recibió el hondazo cuando apenas terminaba de posarse. Al llegar hasta ella todavía respiraba en cortas seguidillas, sus ojos

buscaban desconcertados porque no veían, pronto se quedó quieta, la sangre manchaba el plumón del pecho que de tan suave y fino movía la brisa imperceptible. Los pájaros, que me parecían tan hermosos de lejos y tan espantosos de cerca, muertos eran la desesperanza. Nada más lúgubre que un pájaro muerto, salvo que sea un pollo al horno. Observé mi inútil obra, no había servido para mitigar mi resentimiento, me sentía la escoria de la humanidad y eso era en ese momento. Dejé abandonado mi trofeo y me fui a otro sector del campo caminando despacio, con una rama en la mano que hacía las veces de un sable con el que descabezaba los cardos. Quería poner distancia con un crimen que a nadie más que a mí importaba y estuve deambulando en soledad por el terreno que me parecía inmenso. No volví a la casa hasta el atardecer. Felicia estaba afuera hablando con un hombre, al acercarme vi que era un viejo alto y con una boina negra al costado de la cual asomaban algunos pocos pelos colorados. Llevaba una escopeta de dos caños abierta, doblándose sobre su brazo derecho con la culata bajo la axila. Me saludó con un movimiento de cabeza, luego miró a Felicia y le preguntó:

–¿Segura quiere que lo mate?

Fue tal mi sorpresa que se me cortó la respiración y se me secó la boca en un segundo.

–Sí, seguro –dijo ella sin mirarme– está cebado, ya me mató varias gallinas y ni siquiera se las comió.

Yo no lo podía creer y aunque se me cruzó por la mente empezar a correr, estaba clavado al piso. Ella agregó:

–Le metí ocho o diez tiros con el 22 corto pero no se termina de morir.

El viejo caminó hacia un bulto tirado a veinte metros y entonces me di cuenta de que había un perro acostado. Fui tras él sin prestar atención al llamado de Felicia. Cuando llegábamos el animal se levantó, trastabilló un par de metros y se echó nuevamente. El viejo cerró la escopeta y le apoyó los caños en la cabeza, luego me miró y yo le hice

un gesto como que sí, que me quedaba. Sonó seco el disparo y el perro pataleó como si nadara en el aire unos segundos. El viejo le hizo una seña a Felicia con la mano y se alejó hacia el camino, yo volví a la casa pensando que ahora sí comería cualquier cosa pero al llegar Felicia me tendió una pala de puntear. Qué extraña manera de comunicarse, pensé mientras hacía el pozo. Comimos un guiso que fue merienda y cena al mismo tiempo. Felicia lavó los platos y acostó a los chicos juntos en la cucheta de arriba de una cama marinera. La de abajo la usaría ella y a mí me acondicionó con unas mantas en un viejo sofá destartalado. En todo ese tiempo no hablamos pero justamente cuando preparaba mi cama, se me ocurrió preguntarle a Felicia por su marido.

–Ése no vuelve más –me dijo sin dejar de trabajar.

Luego me miró sonriendo como si pensara que lo había preguntado con segunda intención. Me sentí incómodo, nada más alejado de mi pensamiento, pero callé. No aclares que oscurece decían en mi casa, que en ese momento me parecía tan lejana. Sin embargo, lo que más me había inquietado era que en la sonrisa de Felicia se adivinaba una invitación. Yo era joven, demasiado tal vez. Solo recuerdo que apenas me acosté me dormí, había acumulado mucho cansancio. Ella se debió meter en mi cama durante la noche y me desperté a medias entre caricias, quedó fijada en mi memoria la suavidad de su piel y la descarga quemante.

Me despertaron los ruidos de los cacharros y los gritos de los chicos. Desayuné en silencio, estaba seguro de que mi tío no volvería. Tenía que irme, tenía que intentar ver a mi madre antes de que toda esta barrabasada fuera irreparable. Me habían engañado pero yo no había hecho las preguntas suficientes, no había insistido ni me había rebelado, había dejado que aprovecharan mi cómoda mansedumbre. Felicia me indicó cómo viajar a Buenos Aires y me vio alejarme con los brazos cruzados y en silencio. El marco de la puerta la convertía en un cuadro. No volví a saber de ella, alguna vez me pregunté si podría haber quedado embarazada de mí, hoy me doy cuenta de que

a pesar que había vivido mucho más que yo, sabía menos. Aunque no son evocaciones de Combray, vuelta a vuelta la recuerdo. Sé que si hoy la cruzara no la podría reconocer. En esas ocasiones, tampoco puedo dejar de preguntarme si no fue más lo que imaginé que lo que pasó.

Llegué caminando a la estación y tomé el tren en un viaje de vuelta para despedirme. Encontré la casa cerrada, no había nadie y yo me había ido sin la llave. Un vecino me dijo dónde habían internado a mamá, llegué hasta el hospital y en minutos estaba tomándole la mano. No me dijo nada, solo me miró con ternura como si lo hubiera comprendido todo solo al tenerme cerca. En la sala había doce camas, todas ocupadas por mujeres que agonizaban. Luego de un rato la mucama me hizo salir al pasillo porque iba a limpiar a las pacientes, allí esperaba mi padre apoyado contra una de las paredes. Debía estar al tanto de mi llegada porque no se sorprendió, se enderezó y caminó hacia mí pero antes de que pronunciara palabra le dije con toda la tranquilidad del mundo –Infeliz. Nunca había hablado con tanto sentimiento, tan desde el corazón. Desde entonces fue como un extraño para mí. Mamá aguantó hasta el otro día. La velamos y enterramos. La peste a claveles viejos me acompañó durante mucho tiempo como si se me hubiera metido adentro de la nariz. El tío Lucho no estuvo, a pesar de que era su hermano. Si hubiera sido por él, yo todavía estaría en el campo. No hubiera sido tan malo, seguramente era mejor que esto, tal vez sería el hombre de Felicia.

Tratamos de volver a la normalidad y retomar nuestras rutinas pero solo intercambiábamos monosílabos.

–¿Todo bien?

–Bien.

–Chau.

–Chau.

–Hola.

–Hola.

Hacía un par de meses que había muerto mamá, cuando mi padre me entregó un sobre diciéndome:

–Tu madre dejó esto para vos.

–¿Lo dejó abierto? –pregunté, pero no fue necesario que me respondiera porque recorrió la habitación con la mirada como buscando algo de qué agarrarse. Entonces tomé la carta de la puntita del sobre como si estuviera manchada con mierda, la llevé a la cocina, prendí la hornalla y la quemé sosteniéndola sobre la llama.

–¡Son las últimas palabras de mamá! –gritó mi padre con desesperación.

Lo miré de soslayo y le vomité todo mi rencor:

–La violaste.

No volvimos a hablar por mucho tiempo a pesar de que vivíamos en la misma casa.

II

Mi mujer entraba ya en la etapa terminal de su enfermedad. Habíamos tratado de mantener a Joaquín –el más chico de nuestros hijos– al margen de los sufrimientos de su madre y las preocupaciones de ambos. Aprovechando la finalización de las clases decidimos mandarlo a la chacra de unos amigos de Lucho. Su muerte no lo tomaría de improviso porque algo debía estar intuyendo, a los chicos no se les escapa nada. Pensé que sería peor hacerlo pasar por los últimos días de su madre. Ella estuvo de acuerdo, hubiera preferido tenerlo cerca, pero la perspectiva de que sufriera más de lo necesario la convenció. Arreglé con mi cuñado para que acompañara a Joaquín hasta la chacra y pasara con él esos días tratando de que disfrutara de la vida de campo. Volvería en diez días y para entonces mi esposa ya no estaría con nosotros. La ausencia de teléfono, incluso mi desconocimiento de la exacta localización de la chacra, justificaría no haberle avisado. Me

sentí aliviado cuando la internamos, ya que era incapaz de sobrellevar al mismo tiempo la muerte de la mujer que amaba y contener a mi hijo. El desenlace se precipitó y mi mujer en vez de soportar siete u ocho días más, falleció en tres. Justo el día antes, todavía no entiendo cómo y no me atrevo a preguntarle, Joaquín se apareció en el hospital. Infeliz, fue todo lo que me dijo. No me dolió el insulto pero el rencor con el que lo soltó me pareció irreversible. Su razón tiene, no lo culpo, pero cuando lo agarre a Lucho lo voy a cagar a trompadas. Para empeorar las cosas sigo metiendo la pata. Tardé en entregarle la carta de su mamá y aunque no era para mí, la leí. Pensé que quizás, sin querer y afectada por el dolor, el mensaje que hubiera podido dejar su madre le habría hecho más daño todavía. Ni se me ocurrió que la quemaría sin leerla, ahora no sirve de nada que yo sepa lo que decía, no hay forma de volver a acercarnos. Vivir así es muy difícil, sospecho que por eso exigió hacer el secundario en el Liceo, allí estudiará y podrá vivir lejos de mí. Yo también estoy muerto para él.

III

¡Justo a mí me tenían que encajar este pendejo! Mi hermana se estaba muriendo y no pude esquivar el bulto. Después de todo, era lo último que me pedía, no solo lo último, lo único que me pidió en su vida. Conseguí esa chacra de un conocido y me llevé al pibe. Hicimos planes para ir a pescar y cazar pero como no supiera él algo de esas cosas, ni me imaginaba cómo nos íbamos a arreglar. De todas formas, al llegar nos encontramos con que la chacra era un terreno baldío. Había una letrina veinte metros detrás de la casa y no estaba previsto que ninguno de sus habitantes se pudiera bañar. Era una tapera. El chico iba triste y eso es raro conmigo que soy un tipo ocurrente y gracioso. Me pareció que algo sospechaba del asunto. En ese calor sofocante, mientras hablaba con la casera a la que flanqueaban dos criaturas mu-

grientas con las trompas embadurnadas de mocos y tierra, me entró una sensación de vacío en el estómago que precede a mi entrada en la depre. No le puedo hacer eso al pibe, no me puedo quedar con él en estas condiciones, pensé. Igual se va a divertir, esto no deja de ser una aventura para cualquier chico, así que me fui. Le dije que volvería en uno o a lo sumo dos días para volver en cuatro o cinco, aunque pensándolo bien, vengo directamente para llevarlo de vuelta a su casa y no ando molestando, total, esta es gente de confianza. Es la primera vez que los veo pero es gente de confianza, si no, no estarían a cargo de la propiedad. Pensé que íbamos a tener una discusión pero no, se ve que el pibe me entiende. Me fui en lo más candente del mediodía, no aguantaba estar allí cinco minutos más, y al alejarme descubrí qué era lo que más de desagradaba de este lugar, millones de insectos zumbando al mismo tiempo, vibración monótona e interminable. Sí, vengo en ocho o nueve días a buscarlo y listo. De paso puedo ver a mi hermana y aunque más no sea estar en su entierro. ¡Morirse en verano, ni que lo hiciera a propósito! No sé si habrán hecho bien en mandar a Joaquín a estas falsas vacaciones, pero de todas formas no es de mi incumbencia, después de todo no es mi hijo.

IV

Tenía que empezar el secundario y conseguí que mi padre me mandara al Liceo. Me interesaba estar lejos, no se me ocurrió que podría haber otros colegios en que pudiera quedar pupilo. No la pasé tan mal, incluso lo extraño. La camaradería, el deporte y eso tan raro que tiene la vida regida por una disciplina externa, que es lo previsible y sobre todo un lugar –mi lugar– siempre reservado, esperándome. Todo lo contrario que en la vida normal, la de afuera, la de la libertad. Veía a mi viejo lo menos posible, en algunas fiestas en que era ineludible y que se convertían para mí en interminables esperas de la sepa-

ración. Finalmente él se resignó, formó otra familia y cuando salí del Liceo no volvimos a tener contacto. En todo ese tiempo solo una vez dudé. Fue el día de mi entrada, cuando se despidió en la puerta. Un movimiento mínimo en su expresión, algo similar a cuando nos molesta un reflejo que no llega a cegarnos. Me mantuve firme y me alejé caminando por la angosta cinta de asfalto oscuro y resquebrajado, bordeado por cipreses que parecían querer negar algo con su vaivén. Yo hice mi vida, él hizo la suya.

Por fortuna, cuando fui a parar al hospital ya era mayor de edad. Dije que no tenía ningún familiar, lo único que faltaba era que se apareciera él en ese momento. Sorprendí al ladrón mientras me abría el auto y me ligué un tiro. Eso no fue lo peor, al irse me pasó una de las ruedas sobre la pierna haciéndome estallar los huesos. El balazo se curó fácil pero la pierna me tuvo dos meses acostado en la cama de un hospital público. Allí el personal mal pago y con materiales siempre escasos trataba de hacer milagros, muchas veces lo conseguían pero en el mientras tanto no se podían esperar ni explicaciones ni delicadezas. Como no había insumos para operarme la pierna, me pusieron un yeso. El hueso no soldó y finalmente un médico joven que quería practicar consiguió los materiales y me operaron. Tenía que haber estado allí menos de una semana, pero al no hacerme el tratamiento adecuado permanecí dos meses. De esta forma mi recuperación terminaba costando al Estado tres o cuatro veces más que si se hubieran hecho las cosas bien de entrada, típico de los países pobres. Ni siquiera había sondas para enemas, así que el enfermero usaba una manguera a la que un alma caricativa le había alisado los bordes calentando una hoja de bisturí usada. Funcionaba, pero no era lo mismo que una sonda. Nada es gratis, a pesar de que se supone que el Estado es de todos no podía pretender que me salvaran la vida, luego la pierna y ni siquiera me hicieran sangrar el culo.

Allí lo conocí a Roberto, que estaba en la cama contigua. Llevaba más tiempo que yo pero su calvario ya terminaba y estaba de buen

humor, así que no dejó de romperme las pelotas con sus consejos, sus historias y sus bromas. Él tenía cerca de setenta años y varias décadas atrás había sido campeón metropolitano de lucha grecorromana. Nunca había dejado de entrenarse, hasta que un año atrás, practicando con un luchador cincuenta años menor, le rompieron una cervical. Quedó tetraplégico y parecía que su vida terminaba, pero fue mejorando milagrosamente y pronto estaría afuera. Yo sabía que las ganas de vivir de Roberto y la ausencia en él del concepto de derrota eran el verdadero milagro. Tenía una moto inmensa y pronto estaría sobre ella recorriendo las calles de la ciudad como si fuera un joven. Era un hombre admirable e interesante, pero yo no tenía ganas de que me estuviera todo el día con su cháchara. No tenía más remedio que soportarlo, porque no hacía caso de mis rechazos, desafiarlo era perder el tiempo y burlarse peligroso. La vez en que le dije que la lucha grecorromana se había inspirado en el Kama Sutra, se me abalanzó y me aplicó una llave de estrangulamiento hasta que me puse morado. La enfermera, que ya lo conocía como si fuera de su familia, no se alarmó al entrar a la sala, solo le dijo mientras yo pataleaba con los ojos para afuera:

–Acuérdese de aflojarle, Roberto.

Con los días nos hicimos amigos. Fueron determinantes las visitas de sus nietas para ello, ya que la más chica tenía un culo escultural. Terminamos siendo parientes y si bien Roberto nunca fue como un padre para mí, de alguna manera influyó para que sintiera la necesidad de reencontrarme con el mío. No sé cuál fue el mecanismo porque nunca le hablé de él a nadie, pero había dejado pasar demasiado tiempo, se me ocurrió que la brecha entre nosotros era insalvable y lo dejé así. Muchos años después, cuando yo tenía cincuenta y Roberto se había ido supongo yo que a joder al infierno –no porque fuera malo sino porque debía ser más divertido– que se me apareció un tipo por casa. Era mucho más joven que yo, y dijo que éramos hermanos. Nuestro padre estaba internado y pronto pasaría a mejor vida. Mi hermano,

muy a su pesar, había buscado nuestro apellido en el padrón y un número de documento que correspondiera a mi edad, así me vi de pronto sentado junto a la cama de mi viejo. Iba a decirme algo pero lo hice callar con un gesto de comprensión. Fui varias veces más. El episodio que nos separara tantos años atrás era como un accidente en el que cada uno había perdido un brazo o una pierna. Lo habíamos pasado juntos y no valía la pena hablar de ello, hay cosas que no se arreglan con nada, la muerte es solo la última. Una noche en que no podía dormir me vinieron a la mente algunos recuerdos de la chacra a la que el tío Lucho me llevara tantos años atrás. La imagen difusa de Felicia y sus críos, la indefensión y mansedumbre con que murió el perro, la sangre en el plumón de la torcaza, y su brillo al sol, sentí el calor saliendo de la tierra y el zumbido de los insectos. Me sobresaltó el teléfono entrada la noche y ya sabía que era por mi padre. Llegué al hospital, todavía no habían retirado el cuerpo y levanté la sábana para besarle la frente, es el único beso que recuerdo haberle dado. Le reconozco haberme enseñado cómo no se debe ser padre. Soy muy distinto del padre que tuve y espero que mis hijos también sean distintos del hijo que fui. No me siento culpable, tampoco le recrimino nada ni le guardo rencor. Después de todo, con mi padre, siempre fuimos tal para cual.

La solución

Vivo escondiéndome, soy uno de los responsables de la mayor hecatombe de la humanidad. Preferí quedarme en la ciudad porque creo que tengo mejor oportunidad de pasar desapercibido entre la multitud. Vivo encerrado en una piecita en la terraza de la casa de un amigo con el cual no pueden relacionarme. Me entero de lo que pasa por la radio. No fue mi intención hacer daño, pero eso ya no sirve de nada. Sólo me da cierto alivio quedarme en silencio, ahora que cesó el griterío en las calles. Sin embargo, al pasar las horas, me gana la ansiedad por enterarme de las últimas novedades y si lincharon a alguien conocido. Mi familia me repudió para esconderse por su cuenta. Mejor, eso les salvó la vida en los primeros momentos, los de la rabia incontenible. Aunque no tengan la culpa es suficiente con que sean de mi familia, que hayan estado cerca.

Todo empezó como empiezan los mayores males, como una obra de bien. Hicimos una fundación para ayudar a los carenciados y el éxito fue inmediato, muchas personas comían gracias a nosotros. Disponíamos de los fondos necesarios ya que las más importantes empresas hacían cuantiosas donaciones que luego deducían de sus impuestos. Inflábamos los gastos diez veces, así que las empresas hacían un gran negocio y quedaban bien. Eran empresas multinacionales, las que tenían la mayor responsabilidad por el empobrecimiento de la gente. En la mía, fui comisionado para que manejara la fundación.

Mitigábamos el hambre que producíamos por partida doble. El Gobierno nos asignaba subsidios, de los cuales desviaba la mayor parte a las ganancias de las empresas y sobornos para los políticos. Por primera vez en la historia de la humanidad la pobreza había perdido toda dignidad, ya que no era producto de la escasez sino de las decisiones, antojos y prioridades de los poderosos. Todo funcionó bien hasta que llegó la irresistible oferta del Imperio. El país más poderoso de la Tierra de pronto se preocupaba por el hambre del mundo. Habían elaborado una ración que envasada al vacío proveía de todos los nutrientes que pudiera necesitar por día un niño para crecer saludable, o un adulto para mantenerse y trabajar. Era deliciosa, los diversos gustos en que se ofrecía eran consumidos de buena gana por la gente. Les preocupaba a los hermanos del norte que las raciones se distribuyeran convenientemente, por lo que habían elaborado un mapa de la pobreza con los mayores asentamientos de población marginal, con una exactitud y conocimiento del que carecía nuestro propio gobierno. Comenzaron la distribución a nivel mundial sin olvidar a las poblaciones indígenas de las provincias más alejadas. Muchísima gente supo por primera vez en su vida lo que era no tener hambre. Fue un éxito total, absoluto, no solo en nuestro país, en toda la mal llamada América Latina, en toda África, en Asia y en la India y hasta en los bolsones de pobreza e inmigrantes de los países desarrollados. Parecía un cuento de hadas, hasta que se supo la verdad. La distribución de las

raciones se había sincronizado para que todos las recibieran al mismo tiempo, al cabo de unos meses ya nadie pudo negar los resultados. De pronto, entre los miserables del mundo las tasas de natalidad bajaron a cero, no se produjo un nacimiento más porque no se produjo ningún embarazo. Ya no se pudo negar lo evidente, en las raciones había un elemento que actuaba sobre las células reproductivas produciendo infertilidad inmediata e irreversible a quienes las ingerían. La vaticinada Tercera Guerra Mundial de los pobres contra los ricos, había sido ganada por éstos, ciencia mediante. Habían esterilizado a la mayor parte de la población mundial. El 90 % de los africanos, el 70 % de los asiáticos, el 80 % de los hindúes y latinoamericanos, sin contar las minorías étnicas, las reservaciones, los guetos camuflados, los limosneros menesterosos de las ciudades, los homeless, y toda aquella persona que si no existía para el mercado, simplemente no existía.

Se desató un escándalo mundial y los principales directivos de las empresas se guardaron y quedamos como responsables algunos empleados jerárquicos. La eficiencia de la distribución había sido calculada para que no se hicieran evidentes sus efectos hasta que fuera tarde, y así se desencadenó la violencia de los que sabían que nunca habría justicia. Solo agarraron a unos pocos dirigentes de segundo o tercer nivel que nada sabían del trasfondo de la operación y que pagaron con sus vidas. Quedaron indemnes las poblaciones blancas de Estados Unidos –los wasp– y de Europa. También las élites socioeco-nómicas de las naciones pobres. En China fue otro desastre pero personalmente creo que su gobierno estaba al tanto. De todas formas, la violencia estalló, toda persona de raza blanca se convirtió en objetivo de los demás y la mayoría de los que murieron nada habían tenido que ver con los hechos. Algunos análisis llegaron a hacerse acerca de las motivaciones y objetivos de la maniobra. Hasta mediados del siglo XIX el hombre blanco se había expandido, a veces sometiendo a los conquistados por las armas, a veces por la marginación comercial. Luego el proceso se había revertido por las altas tasas de natalidad de

los países pobres y las bajas de los ricos. Finalmente, se había producido una invasión relativamente pacífica desde la periferia hacia el poder, en que los miserables de la Tierra ingresaban por cualquier medio en los países ricos en busca de una vida mejor. La conclusión fue que con el transcurrir de unas pocas generaciones, sus descendientes se quedarían con todo. Ahora solo había que esperar que la violencia cediera un poco para reorganizar las sociedades. El impacto económico no era tan negativo porque la masa de esterilizados no eran consumidores importantes para los mercados. Solo puede comprar el que tiene plata. Se postulaba desde tiempo atrás que la única solución posible a la pobreza y la contaminación era controlar la superpoblación, este planeta no soportaba tantos miles de millones de personas.

Recordaba con indulgencia la frase de Gandhi, ésa de que "hay suficiente para las necesidades de todos, pero no para la mezquindad de todos". ¡No nos conocías indio flacucho, no te imaginabas de lo que éramos capaces! Éramos, ya no somos nada. Una solución tan expeditiva, tan drástica, inconsulta e irracional nos había sorprendido a casi todos, incluso a la mayoría de los que participamos, y había sido mucho peor que el problema original. La violencia no se atemperaba. No solo los países periféricos trataban de agredir a las potencias de cualquier forma, sino que en éstas se habían desatado guerras civiles. Los arsenales atómicos no tenían blancos y además los países más ricos no querían arruinar lo que quedaba del planeta. Las materias primas se encontraban fuera de sus naciones y los esterilizados las estaban destruyendo sistemáticamente. Todos los pozos petroleros de los países árabes y latinoamericanos ardían al mismo tiempo, todos los bosques y selvas estaban siendo quemados incluyendo el Amazonas, todas las fuentes de agua dulce estaban siendo contaminadas con tóxicos y elementos radiactivos. Pronto las nubes tóxicas oscurecerían la atmósfera, el sol no llegaría a la superficie y no se podría criar ganado ni cultivar, ni siquiera respirar. Las inundaciones destruían las ciudades costeras y a eso le seguiría una era glacial de muchos años.

Yo sabía que en algún momento intentarían usar el arsenal nuclear, solo porque lo tenían, por frustración. Los pocos que quedaran permanecerían encerrados en sus refugios ganando un escaso tiempo de soledad. Yo había sido un corrupto desde antes de estos eventos, mi riqueza y buen pasar estaban asentados en la pobreza, la desesperación y el hambre de muchos otros. Yo lo sabía, mis hijos lo sabían e igual lo disfrutamos. A pesar de que en esta ocasión me habían usado, merecía la muerte pero quería seguir vivo un tiempo más para tener al menos la satisfacción de ver destruidos a los dueños del poder. Aún en una situación terminal, mis motivos seguían siendo egoístas. Los diarios no salían hacía tiempo, la radio y la TV se fueron silenciando y el mundo se hizo oscuro. A veces sé que es de día adivinando la claridad. De noche las estrellas no se ven, sólo se oye el viento, siempre el viento para siempre. Pronto no quedará nadie que lo escuche, no quedará nadie que se pueda lamentar, no quedará nadie que pueda sentir una estúpida esperanza. No quedara nadie, ni yo ni nada. Habremos solucionado todos los problemas del mundo.

Pleno pino

Un mes rengueando. En algún momento del asalto lo patearon para tirarlo al piso pero no se dio cuenta hasta que todo había terminado. Esteban se resistió y se podría decir que la sacó barata. Aunque la pierna se le hinchó y se puso casi negra, no fue al hospital público. Allí las salas de espera estaban atestadas y hubiera significado postergar el turno de alguien más desamparado, un anciano o un niño. Ahora, que solo le quedaba su dignidad, la quería mantener a toda costa. Estas circunstancias habían dejado el terreno preparado para que enloqueciera cuando sentado en el bar vio por televisión el reportaje que le hacían a un hombre que había asesinado a escopetazos a su esposa, su suegra y sus dos hijas. Le contaba orgulloso al periodista que al llegar a la cárcel habían coreado su nombre como si fuera un actor o un cantante. Mostró la celda en que vivía,

bien ordenadita, con una foto de la modelo de turno en bolas contra la pared e incluso algunos libros porque siendo un asesino se daba el lujo de estudiar abogacía a costa del dinero del pueblo. Su "novia", una prostituta que pagaba con la asignación del Estado lo visitaba una vez por semana.

En ese momento fue que Esteban decidió vengarse, buscar a alguno de los corruptos que se habían robado el país para mandar la plata a sus cuentas del exterior, o mejor a alguno de sus hijos, total, los hijos de los corruptos también son corruptos. No pueden ignorar de dónde proviene su bienestar económico, el hambre y las privaciones con que miles de inocentes pagan sus lujos. Si lo mataban en el intento, no se perdería gran cosa, y si terminaba en la cárcel quizás pudiera vivir más tranquilo, con sus necesidades más urgentes satisfechas. Perdería su libertad, una libertad que solo le servía para cagarse de hambre y frustración. Se fue olvidando del asunto hasta que un vecino le comentó que en la parrilla de la esquina solía ir a cenar el juez que habían destituido por vender sus fallos. Era uno de los pocos que habían caído, le había costado el puesto pero no había corrido peligro de ir a la cárcel. Se rumoreaba que era el dueño de ese negocio y por eso trabajaban sin habilitación y nadie los inspeccionaba. Cuando se enteró de que al lado de ese negocio estaban por poner un prostíbulo regenteado por un testaferro del mismo juez, tomó su decisión. Consiguió un revólver y lo fue a buscar. Aparecieron un par de asaltantes y en vez de dispararle al juez, terminó bajándolos a ellos. No era la primera vez que cuando creía tener todo resuelto y planificado, los hechos tomaban caminos impensados. El corrupto creyó que le había salvado la vida, por lo que arreglaró los problemas legales y le dio un trabajo. Se encontró abriendo y cerrando un portón, ocho horas por día, por un sueldo mínimo y con una radio por la que debía comunicar cualquier movimiento sospechoso a la custodia. Transitó estas etapas en un estado de estupor que lo hacía pasar por más estúpido de lo que era. Para colmo este hombre poderoso lo saludaba con una deferencia

que hacía contraste con el trato que le daba al resto del personal. Un día lo mandó a llamar y le regaló una 9 mm niquelada, con grabados artísticos y cachas de marfil. El estupor de Esteban pasó nuevamente por la atribulación de alguien humilde ante un personaje importante de la sociedad. La caída del juez había sido por las fotos en una revista, en que ostentaba la riqueza de su casa, muebles y ropas. Era una persona famosa y mucha gente, a pesar de que sabía de su falta de ética, lo admiraba solo por eso. Días después, Esteban decidió que no trabajaría más y se lo mandó a decir. El juez lo hizo llevar hasta su presencia y llorando le dijo que era la única persona que había hecho algo por él sin esperar nada a cambio, le prometió aumentarle el sueldo y lo convenció para que se quedara. Sin embargo, algo cambió, porque el juez ya no lo saludaba como antes y al transcurrir los días se dio cuenta de que había caído en una trampa que no entendía y que no podía permanecer más allí. Fue mandado a llamar nuevamente ante la magna presencia pero esta vez el juez estaba tranquilo y lo recibió con un resignado:

–¡Así que se nos va!

Esteban asintió y el juez, haciendo girar lentamente el vaso de whisky en su mano, le soltó de golpe.

–¿No quiere ser mi socio?

Esteban se asombró tanto que no pudo contestar siquiera con uno de sus gestos silenciosos. ¿Sería posible que en aquel hombre quedara todavía algo bueno, que quisiera compensarlo en la forma debida por salvarle la vida? El juez siguió hablando.

–Conservaría su trabajo y le pagaría un 5 % más firmar unos papeles cada tanto.

–Mejor me voy –contestó Esteban y siguió–: Tengo que darle algo.

Sacó la pistola de lujo pero el juez negó displicente con la mano al tiempo que decía:

–No hombre, quédesela, es por los servicios prestados. Desde

menos de dos metros, Esteban le vació el cargador encima, después alguno de los custodios debió dispararle a él, porque cayó de frente y se quedó mirando las baldosas. Una línea roja le quedaba cerca de un ojo y era lo único que rompía la monotonía. Años y años mirando esa línea a centímetros de su nariz. No podía moverse ni oír, sólo pensar. Estaba seguro de que había matado al hijo de puta y en los primeros momentos eso lo consoló, por una vez en la vida no había fallado. Al tiempo dejó de pensar en el juez, en lo hecho y lo dejado de hacer, en lo sufrido y lo disfrutado. No se sentía mal aunque ignoraba si estaba muerto o en estado vegetativo o si el universo se había paralizado en ese instante, quizás para todos, quizás para él. No sentía dolor, nada lo molestaba, no tenía culpas ni preocupaciones. Sólo de una forma podría estar mejor, si fuera un árbol tranquilo, más precisamente un pino de la costa. Aunque en vez de ver la línea en la baldosa no pudiera ver, aunque en vez de repetir sus monótonos pensamientos no pudiera pensar. Podría sentir el aire del mar, el aroma de sí mismo, quizás pudiera sentir el universo. Hasta le parecía sentirlo como si estuviera allí y no aquí, hasta le parecía que ya no veía la línea y que mecía sus ramas con la brisa. Lo olía, lo sentía, se balanceaba.

El gordo estaba contrariado. Ya había despachado a las personas que había contratado para sacar el pino y ahora venía lo peor, él, que desde hacía muchos años vivía solo para sus negocios, iba a tener que explicarle a su esposa por qué a último momento había decidido dejar el pino. Compraron el chalet en invierno para tener un lugar fijo de veraneo y que la familia se quedara allí los tres meses mientras él iba y venía los fines de semana desde Buenos Aires. No pensó mucho dónde, le daba igual cualquier lugar de la costa, pero en cuanto entró a Miramar se enamoró. El mar limpio, la ciudad pequeña sobreelevada desde los acantilados y los cercanos bosques de pinos. Él tenía debilidad por los pinos, de muy chico se había impregnado con su aroma, había recolectado y comido sus semillas, había observado cada piña como si fuera una obra de arte. Era la memoria involuntaria. Com-

praron el chalet pero no tenía entrada de coche y en el parque, donde hubiera sido factible abrirla, reinaba un gran pino. No iba a dejar su camioneta importada en la calle así que con su mujer acordaron que en cuanto tomaran posesión, lo harían sacar. Cuando llegó el momento, se apoyó en el árbol mientras hablaba con los obreros y de pronto sintió que tenía algo en común con él. En la zona había otros miles similares, pero le pareció que ése era especial, que le transmitía algo. Se quedó en silencio, con las dos manos apoyadas en el tronco y tuvo la seguridad de que el pino estaba disfrutando. ¿Qué es lo que podría disfrutar un árbol? La existencia, nada más ni nada menos. Despidió a los obreros y soportó con estoicismo las burlas de su esposa. Ese verano fue al chalet mucho más seguido que lo planeado, iba contento, anticipando el encuentro con su pino. Con solo tocarlo se sentía mejor. En una de sus idas y venidas, se encontró con la entrada de coches y la ausencia del pino. Su esposa le había preparado una sorpresa haciendo gala de su practicidad. No podía culparla, no podía entender tampoco por qué no lo había hecho él. Aprovechó que todos estaban en la playa y se quedó un rato sintiendo la brisa en la cara, escuchando a lo lejos el mar.

Esteban abrió los ojos y vio la fatídica línea en la baldosa. Pasó el tiempo con lentitud, quizás años viendo otra vez esa línea pero esta vez era distinto, ahora podía pensar sin palabras y sentir lo que sentía cuando era un pino. De pronto todo se movió a su alrededor, unos médicos lo habían dado vuelta. Uno de ellos se acercó para hablarle al oído y dijo algo. Lo tuvo que repetir varias veces, al final entendió.

–Está muy mal.

"No importa –pensó– ahora sé lo que es ser un pino, ahora sé lo que es la plenitud, ahora sé que yo también soy parte. Los médicos miraban extrañados, no es frecuente ver que alguien muere sonriendo."

Valiente

Horacio y Ricardo se conocieron de chicos, cuando Horacio se mudó a la casa nueva del barrio y Ricardo, que le llevaba un año, comenzó a provocarlo día tras día en cada oportunidad que los cruces fortuitos le ofrecieron. Parecía que Horacio iba a convertirse en una de esas víctimas permanentes, viviendo con miedo, siempre a disposición de su agresor. Hubiera sido lógico, ya que un año de ventaja cuando apenas se pasan los diez hacen una gran diferencia. Además Ricardo era de contextura robusta, mientras que el escuálido y enfermizo Horacio nunca sería fuerte ni grande. Era la víctima ideal para el victimario justo. Sin embargo, cuando esta relación tan común llevaba pocos días de iniciada, Horacio tuvo una reacción inesperada. Sin el mínimo gesto o actitud que lo preanunciara se le fue encima a Ricardo y comenzó una pelea en la que éste a pesar de su enorme ven-

taja tuvo que poner todo de sí para ganar. Incluso cuando lo inmovilizó contra el piso, no pudo hacerle aceptar su derrota y tuvo que soltarlo cuando el padre se asomó a la puerta. Temió que interviniera pero no fue así. Temió después que se fueran a quejar con su vieja, pero no fue así, de forma que se salvó de los gritos y chancletazos que recibía cada vez que iba un vecino a quejase por sus travesuras. El único que recibió una paliza ese día fue Horacio, y Ricardo creyó que sería suficiente para ponerlo en su lugar por el resto de su vida. Sin embargo, al otro día, al molestarlo nuevamente con sus cargadas e insultos, Horacio cruzó otra vez y sin la menor vacilación se le fue encima obligándolo a olvidarse de su asombro para poner todo su empeño en la lucha. No había alternativa, ya que Horacio peleaba hasta con el alma y no respetaba ninguna regla, mordía, arañaba, escupía, pateaba, metía los dedos en los ojos y no había zonas prohibidas para sus golpes. Ricardo ganó ese día también, pero esta vez se llevó algunos moretones y lastimaduras. Una vecina que pasaba los separó y como temió que con el griterío saliera su vieja, se quedó una vez más con las ganas de obtener una rendición formal de parte de Horacio. Tampoco esta vez hubo quejas, lo que desorientaba a Ricardo que comenzaba a pensar que su rival estaba loco. Lo confirmó al otro día cuando con la cara deformada por las dos palizas consecutivas el cuerpo esmirriado de Horacio se le abalanzó sin esperar siquiera la provocación. Y una vez más, Horacio luchó como un animal acorralado, pero no fue suficiente, volvió a ganar Ricardo que también recibió lo suyo. Esta vez lo soltó sin que nadie lo obligara y se fue a su casa antes de que Horacio se recuperara. Las heridas y golpes se acumulaban y la lucha se repitió día tras día. Horacio estaba a la miseria y Ricardo iba por el mismo camino, pero a esta altura Ricardo tenía miedo mientras que Horacio se mostraba cada vez más audaz, como si con cada golpe perdiera algo de su sensibilidad al dolor. Ya había aprendido que los golpes cuando los da un extraño, son solo eso. Mientras más lastimado estaba, más dispuesto a la lucha, a tal punto que ya no se cuidaba con tal de hacerle algún daño a Ricardo, y

éste llegó a estar tan lastimado que fue su madre la que se cruzó de vereda a pedirle a la de Horacio que su hijo no le pegara más a Ricardito. Fue la única vez que hablaron. La mamá de Horacio, mujer de clase media alta con aspiraciones a más, cortó a la más humilde en la mitad de su explicación con un "Déjese de joder" y le cerró la puerta en la cara. El papá de Horacio –funcionario bien pago y servil– no estaba, y el de Ricardo no había estado nunca. De todas formas, estas cosas se tratan entre mujeres o no se tratan bien, así que Ricardo, que antes vivía prácticamente en la calle, ahora evitaba salir y cuando no tenía más remedio que ir a hacer algún mandado primero se asomaba a la puerta buscando a su enemigo. Si estaba a la vista, prefería dilatar su salida. Sabía que terminaba imponiéndose en la lucha pero ya no quería pelear más y no imaginaba cómo terminar con esta situación que se había convertido en el centro de su existencia. A pesar de todo, algunas veces tuvo que salir y cuando le tocó cruzarse con Horacio se vio obligado a pelear. Horacio no solo se había endurecido, había aprendido y conseguía lastimar a Ricardo, que aunque seguía ganando terminaba llorando mientras Horacio sonreía como si su dolor se convirtiera en placer. De todas formas no le iba a alcanzar la vida a Horacio para ganar una vez, aunque la creciente prudencia de Ricardo había logrado espaciar los enfrentamientos y se recuperaban físicamente para el siguiente, Horacio reconcentraba su decisión de atacarlo. Finalmente fue Ricardo el que terminó con esto. Un día, sin haberlo planeado y cuando Horacio llegaba hasta él desaforado como un perro rabioso, Ricardo gritó:

–¡Me rindo!

Horacio se paró en seco sin entender lo que pasaba. –Me rindo –repitió Ricardo en voz baja pero clara, sin levantar la vista del piso. Horacio no reaccionaba, entonces

Ricardo sonrió, le tendió la mano y le dijo:

–Me llamo Ricardo.

Tuvo que esperar unos segundos de duda pero al final, el otro la estrechó con fuerza y dijo:

–Horacio.

Así fue como se hicieron amigos, iban juntos a todos lados y si uno de ellos tenía que hacer un mandado pasaba primero por la casa del otro. Como en la casa de Ricardo no tenían gas, en invierno lo mandaban por lo menos una vez por semana a comprar kerosén. Hacían juntos las largas filas, que eran frecuentes porque había escasez y racionaban los combustibles. Cuando por fin los despachaban, uno de ellos distraía al empleado mientras el otro accionaba la palanca del surtidor que llevaba a cero las operaciones acumuladas. El desconcierto que le provocaban al pobre empleado era siempre el mismo y a pesar de que debía ser un gran trastorno para él, recibían con alborozo los insultos de su voz de lija. Llevaban el pesado bidón entre los dos hasta la casa de Ricardo y quedaban libres para sus correrías. Juntos se aficionaron a salir de cacería en las cercanas vías del tren. Armados de un palo con un clavo en la punta revisaban los pastos contra las paredes de los fondos de las casas que limitaban el terraplén hasta que una rata corría junto a la pared y comenzaban a silbar los palazos. En verano, las ventanas de las casas y los autos permanecían abiertas y ellos depositaban sus trofeos cinegéticos. Les gustaba también tirar piedras al paso de los trenes, pero la estación estaba cerca y era mejor desaparecer luego de una de sus incursiones. Los gritos enfurecidos de los pasajeros constituían la más grata recompensa para Horacio y Ricardo. Todas estas eran actividades colaterales que matizaban la principal ocupación de cualquier chico de barrio, el fútbol de potrero. Cuando la pelota de goma se rompía, la abrían por la mitad para meterle un adoquín y gritarle desde prudencial distancia al primero que pasara:

–¿Nos alcanza la pelota don?

Irresistible para cualquier mortal probar un tiro de larga distancia. A pesar de las frecuentes fracturas, nunca tuvieron que pagar las consecuencias de sus fechorías. Por supuesto que también torturaban sapos y llegaron a ejecutar algún gato, siempre y cuando no hubiera

fútbol. Así pasaron gran parte de su infancia. Entrando en la adolescencia se juntaron con otros chicos en una barra para contrarrestar a otra que se había formado a pocas cuadras y solía venirse a molestar al territorio de ellos. Cuando aparecieron las navajas los padres de Horacio decidieron que Ricardo era una mala influencia, cambiaron a su hijo de colegio y le impusieron una gran cantidad de actividades en un club lejano, lo que hizo que de un día para el otro desapareciera del barrio. Ellos, tristes, soportaron su separación como inevitable que era y se fueron distanciando como inevitable que era también. Se veían de vez en cuando desde lejos y se saludaban con una sonrisa de complicidad. Ninguno de ellos intentó un acercamiento que se iba haciendo más difícil a medida que crecían. Ricardo vio de lejos con un poco de envidia cómo Horacio comenzaba a sacar provecho de su posición social, Horacio vio de lejos a Ricardo sin preguntarse ni cuestionarse nada.

Un día Ricardo se mudó. La casa no era de su madre, solo alquilaban y cuando Horacio se enteró por casualidad, hacía meses que Ricardo se había ido. Tuvo una sensación rara, indefinida. Ahora sí, Ricardo estaba fuera de su vida, la única persona que creía que él era valiente hasta la locura, la única persona que lo había admirado. Ricardo no supo nunca que no era valor ni locura, no supo que antes de la primera pelea cuando tuvo la mala idea de empezar a molestarlo, el padre de Horacio le había exigido que peleara, le había dicho que si no lo enfrentaba sería toda su vida un pobre infeliz. Esto asustó a Horacio, no le infundió valor. La posibilidad de que su padre lo despreciara hizo que fuera adelante ciegamente, estúpidamente, como lo fueron otros jóvenes apenas mayores que él a todas las guerras. Y venció, en una pelea que no era de él, venció, en un sacrificio que su padre le exigía poniendo en riesgo un pellejo que no era el propio, venció, en una victoria inútil y estúpida sin saber por qué ni para qué peleaba, venció. Todo esto lo entendió una noche mientras trataba de dormirse, la última noche de su niñez.

El señor Gabriel

(2004)

I

Corina había pasado una infancia idílica. La familia la manejaba la madre, obsesiva y absorbente. El padre era sumiso, pero cumplía su función al menos con la imagen, y tenía un hermano menor, con el que se llevaba muy bien pero que más adelante se convertiría en su peor enemigo. Buenos colegios no alcanzaron para educar a Corina, su vocación por la estupidez era demasiado fuerte. Pasó la adolescencia en un club de lujo, una verdadera institución. Allí, junto a otras jóvenes como ella, trataba de enganchar futbolistas con prospecto de millonarios. Algunas tuvieron éxito, otras no, entre las últimas estuvo Corina. Ella no era agraciada pero sí bien dispuesta. No alcanzó y la edad avanzó hasta que su proyecto de vida quedó

desactualizado. No se resignó y durante mucho tiempo deambuló las consultas de las brujas solicitando trabajos y pócimas para que tal o cual mamerto con plata cayera rendido a sus pies. Dejó mucha plata en esos recorridos, pero todavía podía porque la crisis económica no había tocado a su familia. Cuando el negocio de su padre dejó de rendir, empezaron los problemas familiares. Todos estaban acostumbrados a derrochar y en una competencia de insensatez, cuando uno de ellos hacía una compra disparatada, los otros respondían con otro tanto. Aunque todo empeoraba, utilizando las tarjetas de crédito sus padres se fueron de viaje por Europa, su hermano se compró una lancha que tuvo que vender a mitad de precio a los dos meses, para alquilar una estación de servicio destruida que cuando terminaba de arreglar devolvió por falta de fondos para seguir adelante. Corina se vengó comprando un coche, ropas de lujo, y renovando sin ninguna necesidad todos los electrodomésticos de la casa. El clima familiar se convirtió en un infierno y pasando los cuarenta años Corina no tuvo mejor idea que tener un hijo. No tenía pareja, pero se las arregló para seducir a un vecino bastante mayor que ella, del que a pesar de no tener ningún atractivo logró arrancar un embarazo. No le hizo ningún reclamo, todo lo que quería de él, lo había obtenido. En su casa hubo gran disgusto. Para su madre las apariencias lo eran todo, ella había vivido más de medio siglo en el barrio "sin ninguna mancha". El desafío de su hija, concretado en una afrenta al honor de la familia, generó la ruptura cuando Corina se negó a abortar. Tuvo su hija en ese ambiente de oposición. Siguieron las agrias discusiones, que cada vez con más frecuencia terminaban con empujones y sopapos hasta que finalmente cuando la nena tenía cuatro años, Corina se fue de la casa. Había conseguido un trabajo, alquiló una pieza y comenzó a vivir acorde a sus medios y capacidades. No había tenido otra salida, o le ponía fin a esa situación o se moría. No se resignaba a ese destino y lo achacaba a su familia, a la situación del país, y hasta al supuesto abandono del padre de su hija. Tenía justificaciones para

todos los gustos, que descargaba con su hablar incontenible, así que en su mente siguió siendo una persona importante. Bastante entrada en carnes, con la mirada desorbitada, no había que ser muy buen observador para darse cuenta de que había estado muy cerca de la locura.

II

Corina no se había ido así nomás de la casa. Su hermano, a nombre de quien estaban las máquinas de la pequeña empresa, se había quedado con todo, y ella no había encontrado mejor solución que consultar con una gitana que le dijo que debían limpiar la casa. Esperaron a que no hubiera nadie y se hizo una breve ceremonia habitación por habitación. También debían limpiarse los objetos de valor, así que Corina entregó toda la plata y joyas que había. La bruja efectuaría esta parte del trabajo en otro lugar y restituiría rápidamente todos los elementos antes de que volviera la familia. Por supuesto que la gitana no volvió nunca, de forma tal que en realidad lo de Corina fue más huida que partida voluntaria. Se fue con Paqueta, su hija, a la que a modo de burla llamaban así porque Corina la trasladaba de un lado a otro como un paquete, ya que en la casa no querían cuidársela. Corina hizo caso omiso de la crítica –que no entendió– y aceptó el sobrenombre como sinónimo de elegante, lo cual era absurdo porque Paqueta era una nena tragona, gritona, obesa y mal educada, el vivo retrato de su madre. Su aspecto gracioso y simpático le era útil a Corina, que la llevaba de un lado a otro en brazos a pesar de que Paqueta pesaba más de treinta kilos y podía caminar. La usaba como tarjeta de presentación ya que en cualquier encuentro o visita la primera atención se concentraba en Paqueta, lo cual permitía a Corina posicionarse como un estratega del ajedrez en el centro de la escena y permanecer allí enclavada para ser la última en retirarse, recurso

frecuente entre quienes no tienen dónde ir. Había conservado algunas de las relaciones de sus buenos tiempos y se mantenía informada teléfono mediante, para hacerse invitar o invitarse a sí misma, a pesar de que ya no era bienvenida como antes.

III

¡Si Gabriel hubiera sabido que iban a pasar casi cincuenta años para que la magia volviera a su vida! Tenía que recoger algunos coquitos de eucalipto en cuanto pudiera. Había olor a naranja en la casa. Su madre colgaba las cáscaras en el enrejado de la estufa de kerosén. No era desagradable, era mejor que nada. Él prefería lejos el eucalipto. Se ponían dos o tres en una tacita que por su falta de asa o algún borde cascado estaba en desuso, y con un poquito de agua se apoyaba sobre la estufa. Esa estufa, cuadrada, de enlozado verde, era la misma que se había llevado por delante el invierno anterior, momento desde el cual llevaría por siempre la marca de la quemadura en la barriga. El invierno era más duro antes, tardaba media hora en poder mover los dedos cuando entraba de la calle. Ahora que no hacía tanta falta, había gas natural y las estufas se prendían muy pocos días por temporada, pero cada vez que veía las pequeñas pirámides aromáticas esparcidas en algún parque, exclamaba satisfecho "¡Coquitos!" al tiempo que recogía algunos para llevárselos a la nariz y volverlos a tierra luego de unos minutos, cuando recordaba que ya había pasado el tiempo de la candidez, esa misma que le permitía estremecerse de gozo porque la magia estaba por comenzar.

La luz se cortaba en la casa siempre de noche y día por medio. Entonces explotaba una andanada desmesurada de puteadas y carajeadas que su colérico padre soltaba con furia inigualable. Era ocasión, la oscuridad, para perderse de ver su cara enrojecida de expresión desencajada. Llevándose los muebles por delante como si

un toro de lidia se hubiera materializado entre ellos, su padre iba entonces en busca del gran farol cromado de nombre poético. Le decían "Sol de Noche", y él no solo creía que era el nombre de ese único farol, también estaba convencido de que era mágico. Su padre trataba de prenderlo y con la brusquedad de su enojo rompía la frágil mecha cristalizada. Tenía varias de repuesto, así que la cambiaba con la rapidez que da la práctica y la tardía comprensión periódica de que la furia no sirve cuando se trata de hacer algo útil. Había que esperar que la mecha se quemara, cerrar la válvula en el momento justo, y bombear con fuerza también en el momento justo. De pronto, la blanquísima luz se expandía con potencia arrinconando la penumbra temblorosa de la vela en algún vértice lejano. Su padre colocaba orgulloso el farol en su lugar de honor reservado solo para él, desde donde mejor iluminaba el comedor. Cuando esta última operación se había completado, con precisión infalible volvía la luz. Él creía que su padre hacía todo ese despliegue escénico justamente para que la luz eléctrica volviera, creía que el farol era su instrumento mágico. ¡Si hubiera sabido que iba a tener que esperar casi cincuenta años para que la magia volviera a su vida!

Pasaron, pero no en vano. Y luego de varias noches de insomnio, se sorprendió obnubilado recitando ante un espejo "No más otra vez el viento de mar y oscuridad, no más otra vez cuando el silencio es vibración, no más otra vez su volar y mi volar; es algo, es algo pero no hay que encontrarlo, el engaño de la visión ya no me llega, no es más de mí, no más otra vez".

Gabriel tardó en recuperarse de esta crisis, que realmente lo asustó porque creyó que lo llevaba a la locura. Al pasar los días, pudo repetirse el último de sus monólogos nocturnos "No puedo dormir, ahora entiendo por qué no puedo dormir, bajo a la cocina y me preparo un té de tilo, no sirve para nada. Cuando no hay tilo, uso cualquier otro, no importa, es el hecho de concentrarme en una acción simple y cotidiana, que me sirva para detener el pensamiento unos

segundos. Ahora entiendo por qué no puedo dormir, siento latir al Universo. El Universo late, el Universo, así con mayúsculas, empezó a existir cuando alguien lo dijo infinito y así fuera gracias a la noción de límite. Por la gran explosión primordial todo terminaría quemado, o por la expansión permanente y la materia oscura, que no se sabe cómo es ni dónde está pero que rige el movimiento del Universo todo terminaría diseminado, congelado en el silencio del espacio profundo. Cuando los científicos dicen cosas como estas, es que están clamando por un dios. Pero no se dan cuenta, no se dan cuenta de lo que yo cuando entendí por qué no puedo dormir. El Universo late. El corazón de un pajarito late más de 800 veces por minuto, casi una vibración. A mayor tamaño o densidad, metabolismo más lento, hasta que no se nota, como en las piedras. El Universo, más lento todavía. Cada sístole dura más allá de la concepción del tiempo y cada diástole más todavía. Unos advirtieron la contracción otros la expansión, unos la sístole otros la diástole. Dialéctica del divague, ciencia. Yo me di cuenta de los dos, sé que el Universo late. ¿Cómo voy a poder dormir así? Ya me había pasado esto de no poder dormir. No es que sea cosa de ahora, no, me pasó siempre, como aquella noche siendo muy pequeño en que me di cuenta de que la muerte no iba a hacer una excepción conmigo. Y otras muchas noches, en que me perdí en pensamientos sensuales. Antes la pasaba leyendo y amanecía hecho un zombi. Funcionaba malamente todo el día, para volver a leer toda la noche. Ahora leo también de día y llego a la noche con los ojos hechos mierda. En una ocasión fui a un médico, pero no para que me diera algo para dormir. Quería una operación o algo para no escuchar. Estaba cansado de escuchar estupideces y se me ocurrió que la vida sería más llevadera si fuera sordo. El médico me sacó cagando cuando se dio cuenta de que hablaba en serio. Eran otras épocas. Pero me empecé a quedar solo por culpa del chamán blanco, ese hijo de puta que me enseñó el arte de la escucha. De pronto, en una reunión familiar, un simple cumpleaños infantil, co-

mencé a escuchar en serio. Escuchaba lo mismo que los demás, pero entendía. Fue terrible, como esas escenas de película donde alguien escucha los pensamientos de miles de personas a la vez y vive atormentado, inutilizado por su habilidad. Escapé de esa fiesta, comencé a evitar las reuniones y ahora ni siquiera soporto hablar con persona alguna. Para oír voces humanas pongo la televisión unos minutos por día y busco un programa en otro idioma. Los oigo cual gruñidos de animales, luego apago, me quedo en silencio y a la noche no tengo más remedio que darme cuenta, por ejemplo, de que el Universo late. Se podría pensar que eso no es nuevo, que ya está dicho que todo vibra en el Universo. Me importa un carajo, yo sé que el Universo late. Lo primero que el chamán blanco me enseñó, fue que dios no es alguien, es algo, ¿y qué otra cosa va a ser si no es el Universo? Me enseñó muchas otras cosas el chamán blanco, y no le voy a perdonar la irresponsabilidad de haber iniciado en semejantes conocimientos a un infeliz como yo. 'Bueno, estas cosas no se enseñan a la gente de éxito, ellos no prestan atención' me había dicho sonriendo, el hijo de mil putas. Él no tiene la culpa de que yo no duerma, eso era de antes, ¿pero por qué tenía que demostrarme que yo no existo?, ¡es demasiado! 'Tenés que adueñarte de tu existencia', me decía. Sí, ya sé, ya sé. Lo hice y me costó todo. No me quejo, pero era más fácil ser una hormiga bajo la tierra, una abeja más del panal, una langosta de la plaga, un hombre en el mundo. No me quejo, y aunque pudiera volver atrás, no aceptaría, ya estoy jugado, y no me puedo dormir. Estoy atrapado en la libertad porque todavía no encuentro a qué atarme. Sí, eso lo entendí bien, la libertad no es estar libre de ataduras sino la capacidad de elegir a qué se ata cada uno. Cómo me metí en esto, cómo empezó todo, es algo que no puedo contar desde mí mismo porque yo era otro, o mejor dicho no existía, y para hablar de ello tengo que estar solo, tan íntimo es".

IV

Carlos siempre había sido un violento. Su lema era "primero yo", la única ley que respetaba. No se había convertido en un delincuente porque era demasiado cobarde para arriesgar el pellejo poniendo el pecho. Cuando el país se precipitó en la peor crisis social de su historia, él se convirtió en piquetero. En el anonimato de esos grupos que se enmascaraban y cortaban rutas y puentes exhibiendo sus garrotes a las cámaras de televisión, Carlos encontró su verdadera vocación. Nunca había tenido un trabajo formal, ahora trabajaba de piquetero. Los dirigentes lo habían incluido en un plan social y además le daban veinte pesos por día de piquete, que le quedaban limpios porque comía allí mismo. Había tenido varios hijos con La Gorda, pero Carlos les daba poca bola, apenas recordaba el nombre de un par de ellos. La mayoría estaba con la mujer en el comedor infantil que ella regenteaba, excepto dos que habían muerto de bebés y el mayor, al que habían bajado en un tiroteo con la policía. En el comedor de La Gorda, supuestamente le daban de comer a los necesitados, pero la verdad era que comía su familia y la de otros piqueteros. Los comerciantes al principio no se negaban a donar mercaderías para que funcionara el comedor, es más, lo hacían de buena gana para colaborar. Cuando se dieron cuenta de cómo venía la mano, no se animaron a retirar su apoyo que se había convertido en un derecho adquirido, para no convertirse en blanco del resentimiento de esa gente que era capaz de agredir a los vecinos y comerciantes proclamando que defendían al pueblo, a los humildes. La sociedad toda hablaba de ellos, los cortes salían por la televisión y si había algún choque violento con la policía, la promoción estaba asegurada. Carlos nunca se había sentido tan importante, ahora no veía pasar la historia, era uno de sus protagonistas. Si algún automovilista atemorizado o enfurecido trataba de traspasar la barrera, recibía una andanada de piedrazos y palazos, y su vida corría peligro si lo agarraban. Ahora la policía no intervenía, los dejaba hacer. El gobierno no

quería garantizar derechos de los demás ni hacer cumplir la ley a esta gente, porque si había resistencia y alguien salía herido o muerto, lo convertían en un mártir y la violencia se redoblaba. Los dirigentes de los piquetes se desesperaban cuando pasaban seis meses sin que les mataran a nadie. Carlos no era importante en esa estructura política, manejaba un pequeño grupo que salía a cortar una de las avenidas de la ciudad. Quemaban neumáticos liberando inmensas nubes densas y negras, amenazantes como la peste, recolectaban dinero y mercadería con histrionismo intimidatorio que incluía miradas torvas y capuchas siniestras, y se sumaban a las movilizaciones generales para las cuales llevaban a toda la familia, especialmente a los chicos para ponerlos por delante en caso de un enfrentamiento. El gobierno era demasiado débil para hacer algo y por otra parte la gente tampoco se sentía representada por él. Esta situación llevaba tres años y parecía que duraría mucho más. Carlos no influía en las decisiones, no era conocido, era como el capitán de una nave muy pequeña en una gran armada. Manejaba su minúscula cuota de poder y eso lo hacía sentir orgulloso. Siempre había sido un don nadie a quien explotaban en alguna changa esporádica. Morocho, de aspecto impresentable, ni siquiera sabía expresarse con propiedad. Pero ahora era distinto, ahora era un jefe de piquete.

El ministro del interior había tenido que renunciar y Carlos se sentía eufórico. A una semana de los desmanes que los piqueteros junto a organizaciones de extrema izquierda habían provocado en la legislatura, el presidente de la Nación había hecho saltar el fusible. Carlos, que hasta hace un par de años atrás no era nadie, había tenido un papel importante en los hechos. También había salido por televisión comandando a su gente, dando el ejemplo a la cabeza de los destrozos de las puertas y ventanas del histórico edificio. No pudieron ingresar porque los mismos empleados defendieron el lugar, primero con las mangueras contra incendio, luego a los golpes. La policía no intervino porque el gobierno seguía con miedo de que lo acusaran

de reprimir y esto envalentonaba más a los agresivos. Horas después la policía arrestó a algunas personas que pasaban por las cercanías y nada tenían que ver con los incidentes. Luego de unos días todos eran dejados en libertad sin cargos, pero ello le permitía al gobierno decir cosas tales como que "fueron arrestadas veinte personas y puestas a disposición del juez de turno". Esta vez la opinión pública les fue muy desfavorable a los piqueteros, y como Carlos había sido el más fácilmente identificable, para que las acusaciones de la justicia no pasaran a mayores, decidieron entregarlo y echarle la culpa diciendo que nada tenía que ver con sus organizaciones. Carlos colaboró porque le explicaron que así se hacía la política, que luego no solo recuperaría su lugar sino que vería aumentado su prestigio y se convertiría en un dirigente importante. Ahora era el momento de hacer sacrificios y le tocaba a él. Aceptó con la convicción de que se convertiría en el prócer de los piqueteros, y no se dio cuenta de que lo habían usado hasta dos años después, cuando salió de la cárcel y nadie le dio bolilla. Se encontró con que de la gente que conocía no quedaba nadie. Algunos se habían ido, otros habían sido desplazados, otros comprados militaban en la causa opositora, y él era de vuelta un don nadie. El rencor pasó a controlar su existencia. Lo habían traicionado, engañado como a un boludo, y él se había dejado. Había sido usado como un objeto descartable, un forro propiamente.

V

A la Gorda no la crió su madre, la crió su abuela. Ya eran seis hermanos en la casa, no se los podía mantener a todos, de forma tal que cuando nacieron las mellizas, una fue a parar a la casa de una tía y la otra a la casa de la abuela. A la Gorda le tocó la abuela y así creció, teniendo con su madre una relación de tía y con su abuela una relación de madre. Su hermana vivió muy poco, no llegó a conocerla. Su abuela

era una mujer vieja y cansada, pero entre los pobres era frecuente que se hicieran estos arreglos como una simple táctica de supervivencia. Su abuelo no fue un padre viejo, fue un abuelo indiferente y aburrido de la vida. La casa tenía un terreno con una huerta y gallinero. No pasaban hambre aunque vivían rigurosamente al día. La mandaban a la panadería a comprar pan de ayer, y la única ropa más o menos decente se reservaba para ir a misa los domingos. Ella nunca le encontró sentido a esas ceremonias reiterativas, con gusto no hubiera pisado más la iglesia, pero su abuela no lo hubiera tolerado. Esa vieja española era temible, tan ignorante como implacable, había venido del otro lado del mundo a cuidar a un pariente enfermo, y la pobreza no le había permitido volver. Acá fundó su familia y no volvió a ver ni a sus padres ni a sus hermanos. Se escribían, por supuesto, pero tampoco era fácil. Sólo el tiempo pudo vencerla. La Gorda dejó la casa en cuanto tuvo edad y fue un alivio para sus "viejos-viejos" y también para ella, ya que sin ninguna mala intención siempre se le hizo sentir que estaba viviendo allí de prestado. Se juntó con Carlos, otro paria con quien al menos compartir la pobreza. Con él tuvo un hijo tras otro durante varios años.

VI

Corina no era capaz de conservar un trabajo durante algunos meses. De inmediato echaba mano de cualquier beneficio, que reclamaba aunque no le correspondiera. Toda clase de excusas eran presentadas con tal de faltar, irse antes o entrar más tarde, y Paqueta, que cumplía un papel central en las argumentaciones de Corina, era cada vez menos eficaz porque se había convertido en una criatura antipática y maleducada. Desde la primera vez que la echaron, Corina hizo juicios laborales. Descubrió que la legislación, en su intento de proteger al trabajador, le garantizaba enjuiciar en forma gratuita a

cualquier empleador. También había cantidades industriales de abogados que repartiendo volantes o pegando cartelitos en las estaciones terminales, ofrecían sus servicios gratuitos. No costaba nada mandar una carta documento pidiendo una fortuna por un despido, e iniciar un juicio cuando sus pretensiones eran rechazadas. Si el empleador era un comerciante o una pequeña empresa, rápidamente se daba cuenta de que los gastos para defenderse incluían los honorarios de sus abogados, los sellados e impuestos ante la Justicia, los peritajes contables, todo lo cual debía pagar de su bolsillo durante el juicio y antes del fallo. Se redondeaba así una suma interesante, que era en realidad lo que buscaban este tipo de extorsionadores legales. Entonces el empleador pagaba una plata que de todas formas perdería, y se evitaba el juicio, la pérdida de tiempo y la posibilidad de perder, que aunque lo asistiera la verdad y la razón siempre existía en la justicia argentina. Corina se quedaba con la mitad de esa plata, y entre lo poco que trabajaba y tres o cuatro juicios por año, lograba mantenerse. Fogueada en este asunto de los juicios laborales, logró amedrentar a su hermano para que le devolviera algo de lo que le había estafado tiempo antes al quedarse con la empresa familiar, y así se hizo de un pequeño capital.

VII

Gabriel sabía decir lo justo en el momento exacto. No lo había aprendido así nomás. En el camino se había tenido que desprender de su padre, y sobre todo de su abuelo, que marcaban su vida con la adherencia del fuego. Ese abuelo –Don Enrique– era un gallego extremadamente culto, que hablaba varios idiomas y en su primera juventud había recorrido Europa comerciando la producción de una fábrica de conservas, propiedad de su familia. De pronto se había ido sin dar explicaciones, para aparecerse en una provincia del interior

de la Argentina trabajando para un banco que daba préstamos a los chacareros para endeudarlos y quitarles sus tierras. Cuando alguno pretendía resistirse, aparecía Don Enrique para convencer a los menos sumisos de que se dejaran de joder. Desde Estados Unidos se había hecho traer una Colt 45 –que se había comenzado a fabricar apenas un par de años antes– hasta el otro lado del mundo, donde todavía reinaba el cuchillo y la pólvora negra. Con esa herramienta y su coraje despreciativo alimentó durante años las leyendas de la zona y se convirtió junto con sus extravagancias de sibarita, en el punto de referencia permanente de su descendencia. Don Enrique sabía disfrutar de la vida, aunque no la valoraba en absoluto. Se había hecho cavar un pozo profundo a modo de aljibe, para mantener fresco el vino fino que le enviaban desde lugares distantes. Se bañaba todos los días, lujo insólito para esas épocas y lugares, y de vez en cuando convertía algún chimango en una explosión de plumas en pleno vuelo, enfundando su mítica 45 antes de que nadie pudiera observarla. Todo el que hablaba con Don Enrique bajaba la cabeza disculpándose por importunarlo. Pasando los cuarenta se casó, más para dejar hijos que para formar una familia. Su mujer provenía de una familia acomodada y tenía una pequeña fortuna que Don Enrique se encargó de dilapidar con sus negocios irracionales. Compró un barco hundido con la intención de reflotarlo, luego unos olivares a los que les faltaban años de maduración para empezar a producir, y terminó su actuación empresarial instalando la primera usina de la provincia, en un lugar donde ningún habitante tenía un solo artefacto eléctrico. Tuvo dos hijos que crió con rigor. Al mayor lo llamó Daniel y le hizo sentir que ante él sólo era una criatura débil y despreciable. Daniel se amoldó a su papel hasta con el físico ya que salió morocho y petiso, todo lo contrario de su padre, y pronto aprendió a justificarse por sus limitaciones físicas e intelectuales. Con la mirada perdida y la cabeza gacha, solo dejaba de tomarse las manos a la espalda para con un rápido movimiento llevar la mano derecha a los genitales y tocarlos dos

veces rozándolos apenas, acción que repetía a intervalos regulares automáticamente. El segundo hijo de Don Enrique, fue el padre de Gabriel y vaya a saber por qué, le pusieron también Enrique. Gabriel pensaba que era raro ponerle el nombre del padre al segundo hijo, pero éste fue un verdadero príncipe, alto, de rasgos hermosos y con una inteligencia superior, creció entre halagos y grandes expectativas. También se casó de grande y mientras Gabriel fue un niño, lo consideró como un super-hombre. Y así se sentía Enrique, que cuando derrochaba dinero decía "soy Onasis", cuando manejaba decía "soy Fangio", e inclinaba la cabeza cuando pasaba bajo un puente, como si veinte o treinta metros de altura no alcanzaran para que él lo atravesara erguido. Ese había sido el padre de Gabriel, ese había sido el hombre que de tanto en tanto sin saberlo hacía magia con el Sol de Noche.

VIII

Carlos se mamaba de vez en cuando, pero después de su liberación no encontró otra salida a su frustración que vivir permanentemente en pedo. Ya a la mañana iba tambaleándose a comprar cualquier cosa que tuviera alcohol. Se dejaba la bicicleta olvidada en la vereda del almacén y se la devolvían al otro día, así que Carlos alternativamente un día iba en bicicleta y volvía a pie, al otro iba a pie y volvía en bicicleta. La Gorda siempre le daba algo de comer y se encargaba de los chicos. Un día que volvía caminando, estaba tan mareado que se sentó en la vereda contra la pared de una casa, donde siguió tomando directamente del cartón, como hacía siempre. De la poca gente que pasaba a esa hora, un hombre de unos cincuenta años se quedó mirándolo. Carlos tuvo que dejar de tomar y prestarle atención, pero el hombre no decía nada. Esperaba alguna recriminación, ya fuera por el triste espectáculo que da un hombre convertido en despojo social,

o porque le molestaba que alguien se quedara a tomar en la vereda de su casa. Pero el hombre no hablaba, no hablaba hasta que habló, entonces dijo "¿Sos vos el que está tomando?", y se fue. Carlos se quedó quieto y silencioso. Apretaba el cartón pero no tomaba, y así estuvo varias horas hasta la noche. Dejó el cartón, que todavía tenía algo de vino, y fue a su casa a sentarse en silencio como si su mente estuviera bloqueada. Estuvo una semana así y luego dijo "¿Soy yo el que está tomando?", y estuvo otra semana así. Luego se bañó, se afeitó, y con una vieja guadaña oxidada por el desuso cortó el pasto de las veredas de tierra, que ya se habían convertido en matorrales. Cortó el de su casa y el de toda la cuadra. Carlos se volvió muy activo. Otra vez conseguía changas, pero ahora las llevaba adelante con eficiencia y energía, así que los vecinos comenzaron a recomendarlo y cada vez tuvo más. Siempre, antes de hacer algo, aunque fuera mover un objeto de un lugar a otro, tomar un vaso de agua, y hasta con cada bocado, se detenía unos segundos y se quedaba como absorto. A veces sus labios se movían casi imperceptiblemente como quien piensa algo para sí. Llamaba la atención su comportamiento, porque semejaba un retardo en cada una de sus acciones, por más pequeña que esta fuera. Pero como de todos los defectos que había tenido era el único que le quedaba, la gente se acostumbró rápido. Además Carlos se había vuelto una persona agradable, con buena disposición, que con su alegría serena era bien recibido en todos lados. La Gorda al principio estaba desconcertada, pero era mucho mejor este Carlos que el anterior. Ella no había influido en el cambio, nunca se le hubiera ocurrido decirle a nadie cómo tenía que ser. En su ingenuidad pensó que tal vez le habían hecho un exorcismo. No confiaba en que la mejoría fuera a durar, pero era mejor así sin duda. Luego de unos años, fue dejando de temer la recaída y comprendió que el Carlos de ahora era para siempre.

IX

A un año de su repentina conversión, Carlos había mejorado mucho. Siempre estaba limpio y bien afeitado, prolijo, con ropas humildes pero dignas. Había dejado las changas por un puesto de peón de taxi. Ganaba poco pero consideraba este trabajo un placer. Paseaba por toda la ciudad y los pasajeros no lograban alterar la calma que Carlos cultivaba con esmero anteponiendo su murmullo ininteligible para los otros, antes de cada acción o pensamiento. Trabajaba de noche, que era el turno que todos sus compañeros evitaban por la inseguridad. Él lo prefería ya que había menos tránsito y en ocasiones manejar se transformaba en una experiencia mística, con las calles desiertas, escuchando buena música, y más cuando había llovido y el aire se volvía tan transparente y se sentía el aroma a tierra húmeda, aunque todo fuera asfalto. El peligro lo conjuraba con su murmullo, luego del cual fijaba la vista en quien le hacía señas y paraba o no según el impulso del momento. Nunca le iba a tocar que lo asaltaran, era como si la suerte se pusiera siempre de su lado. También le pasaban viajes por radio, y con frecuencia le tocaba traer a Corina de alguna de sus reuniones. Mientras a Corina se le desbordaban las palabras, Paqueta se paraba en el asiento ensuciándolo, respondía con insultos y manotazos los esporádicos intentos de su madre para que se comportara, y comía incesantemente de una enorme bolsa de papas fritas llenando de migajas aceitosas el coche. Corina hablaba desaforadamente durante todo el viaje "Que había que dejar de pagar la deuda externa, que tendría que haber pena de muerte para los delitos graves, que había que mandar a los desocupados al campo a sembrar, que a los chicos sin familia había que hacerlos entrar al Ejército, que a los violadores había que castrarlos antes de matarlos", y muchas otras lindezas que salían como vómitos de su boca. Tenía soluciones para todos los gustos y para todo problema del país o de otras personas. Estaba eufórica, había mejorado su nivel económico sin ayuda de nadie. Una vez le propuso a Carlos un negocio:

–¿Usted trabaja en blanco?

–Sí, todo legal.

–¿No quiere hacerle un juicio a la mandataria?

–¿Qué?

–No le cuesta nada y yo le pongo un abogado experto, le salgo de testigo y consigo los que hagan falta. Le cobro una comisión por lo que saque, no arriesga nada, trabajos como este se consiguen enseguida.

–No gracias, prefiero seguir como estoy.

Corina se encogió de hombros y masculló algo así como "Hay gente que no quiere progresar". Carlos no se inmutó, le divertía pensar que también le cobraría comisión al abogado. No le molestaba llevar a esa mujer a su destino, pero ese era el único trato que quería tener con ella.

X

La Gorda dirigió el comedor comunitario durante más de tres años. Al principio hacía todo el trabajo, pero pronto se sumaron otras mujeres que encontraron allí un paliativo para darles de comer a sus hijos y tenerlos al menos una parte del tiempo contenidos en un lugar. Provenían todos de familias que se habían desintegrado por el impacto de la tremenda crisis económica. La autoridad de La Gorda fue indiscutida durante el primer año, luego comenzó una sórdida lucha de poder que La Gorda detectó y decidió ignorar. Cuando su posición se hizo insostenible, se alejó. No quería perder tiempo ni fuerzas en semejantes tironeos. Podía seguir mandando a sus hijos a comer allí, pero cada vez era menos necesario porque la economía mejoraba y porque Carlos había vuelto a trabajar retomando su lugar como sostén de la familia. Algunos se indignaron por su desplazamiento, pero La Gorda lo veía como algo natural. Como si el destino la recompen-

sara, pronto encontró un trabajo en una casa cercana, donde vivía un solitario tenido por gran profesor, aunque nadie podía precisar dónde enseñaba ni en qué materias era autoridad. La casa del señor Gabriel no era muy grande, apenas tres habitaciones atestadas de libros y papeles. Si bien el hombre era muy cuidadoso de su apariencia, la casa estaba cubierta de polvo, que era el único tipo de suciedad a la que el señor Gabriel no prestaba atención dejando que se acumulase durante años. Ella iría por la mañana temprano, para lo cual le fue entregada una llave de la casa porque el señor Gabriel se pasaba la noche leyendo y estudiando, y se levantaba al mediodía. Limpiaría, le prepararía el almuerzo y debía dejarle algo hecho para cenar. Así que se iba apenas limpiaba los trastos luego del almuerzo-desayuno del señor Gabriel. Le quedaba el resto del día libre, recibía un sueldo, y el hombre no parecía para nada problemático. Iba a ser fácil, mucho mejor que el comedor comunitario. En su primer día de trabajo La Gorda le sugirió al señor Gabriel que vendría bien tener una aspiradora. Él se sorprendió, nunca se le había ocurrido, ¡era una idea genial! Al otro día La Gorda encontró una enorme aspiradora nueva a su disposición. Se notaba que lo único que le interesaba al señor Gabriel era que no lo jodieran mientras estudiaba. Trabajó en la casa durante muchísimo tiempo en armonía total con el señor Gabriel, a pesar de que prácticamente no intercambiaban palabra. De su trabajo él nunca dijo nada, solo una vez le comentó "Soy como Fausto, hasta encontré mi Mefistófeles". La Gorda contestó amable "¿Voy poniendo la mesa?". Al señor Gabriel ni siquiera le molestaba que llevara a sus tres hijos más chiquitos. Ellos tocaban los libros, y en una ocasión rasgaron algunas hojas de uno de ellos. La Gorda no sabía como reaccionaría el señor Gabriel, que para su sorpresa no le dio importancia. Si no tenía importancia, ella no llegaba a comprender para qué guardaba esos libros en la casa. Él le explicó que una vez que los leía los consideraba tan suyos que no podía desprenderse de ellos, pero los más importantes, los que realmente gustaba de releer y hasta tenerlos entre las manos de vez en cuando,

hojearlos al azar, acariciar sus lomos y palmearlos con afecto, esos eran muy pocos y estaban a buen resguardo en su habitación. La Gorda no había leído un libro en su vida y no podía ver la diferencia entre unos y otros. "Éstos son iniciáticos", le había dicho el señor Gabriel como si eso hubiera podido aclarar algo. Muy amable como siempre, insistió en que siguiera llevando a los chicos, que a la mañana siguiente y de ahí en más, encontraron papel y lápices para dibujar y pintar.

XI

La primera vez que Carlos alcanzó a La Gorda hasta la casa del señor Gabriel, ella los presentó. El señor Gabriel no reconoció a Carlos, ni lo reconocería nunca porque Carlos no le dijo nada de su fugaz encuentro años atrás, en que éste le dijera –"¿Sos vos el que está tomado?". Sólo le estrechó la mano, no como si fuera un saludo formal, no, la estrechó con fuerza, mirando al señor Gabriel con gesto abierto, deteniéndose unos segundos más de lo acostumbrado para que supiera que ese no era un saludo como cualquier otro. El señor Gabriel se dio cuenta, pero pensó que este hombre estaba agradecido por el trabajo de su esposa, por el buen trato, por su tolerancia con los chicos. Era así y mucho más, pero Carlos no se animó a decírselo, aunque de ahí en más llevó a La Gorda casi todas las mañanas. Ya no hacía esos pequeños movimientos con los labios antes de hacer algo. Habían ido disminuyendo hasta transformarse en un tremor imperceptible. El retardo en la acción permanecía. No se dio cuenta de que debió haberle dicho hasta muchos años después, cuando el señor Gabriel se inmoló de manera ridícula en su búsqueda de trascendencia. Nadie lo entendió, ni siquiera el hermano entendió lo que había sucedido hasta mucho tiempo después. Pero en ese momento Carlos no sabía, pensó que tendría tiempo para animarse o que encontraría una oportunidad para decírselo. No sabía que el señor Gabriel iba a morir. Era ridículo,

sabía que todos vamos a morir, pero no sabía que el señor Gabriel iba a morir, y dejó pasar el tiempo víctima de su propia espera. Siempre hay que hablar, siempre hay que decir –se recordó desde el día de su muerte– sobre todo cuando es para agradecer. Así que la relación entre Carlos y el señor Gabriel fue de vista, a la distancia.

XII

Corina se ganaba la vida sin remordimiento alguno. No era inmoral, era amoral. Pero con lo que obtenía no le alcanzaba, tenía aspiraciones de lujo y no quería que Paqueta se viera privada de todo lo que ella había conocido y disfrutado en su infancia. Encontró otro trabajo que le resultó muy lucrativo.

Iba hasta una dirección a recoger un sobre que entregaba en otra dirección. Lo hacía con un desparpajo total, ¿quién iba a sospechar de una mujer de alta sociedad que iba con una nena tan adorable como su hija? La única prevención que tomó fue llamar a distintas remiserías. Sus ganancias aumentaron extraordinariamente y pronto se vio delegando entregas. Se había convertido en una importante distribuidora de coca. No le preocupaba ningún peligro, las preocupaciones no eran para una mujer de mundo como ella.

XIII

Carlos contemplaba la triste plazoleta. Apenas quedaban rastros de césped y la tierra gris, resquebrajada e impermeabilizada por su desnaturalización ciudadana, había dejado coagular el charco en su superficie. Era la sangre del Renguito, uno de los chicos que hacían entregas para esa mujer tan desagradable que siempre andaba de un lado a otro con su hija. Uno de sus hijos tenía la misma edad que el

Renguito, eran amigos, los dos habían entrado al mismo negocio. Este era de los primeros hijos, de los que más había desatendido en su época de caricatura política y de borracho perdido. La policía los había sorprendido, y el Renguito no pudo correr. Siempre arreglaban y cuando no, en menos de 48 horas estaban en la calle. ¿Quién iba a pensar que el Renguito iba a ser tan idiota como para sacar un arma? Buscaban ahora a su hijo como testigo. No lo iban a encontrar, quizás él mismo no lo volviera a ver. Pensó en vengarse de la mujer, lo pensó varios días. Delatarla, tenderle una trampa, algo. En un viaje que le tocó con ella y que no rehusó para poder estudiarla, se dio cuenta de que de eso se encargaría Paqueta. Ese ser repulsivo, hija del egoísmo, que comenzaba a entrar en la adolescencia despuntando una voluptuosidad nauseabunda, iba a ser el peor castigo de su madre. No fue consuelo de tonto para justificar quedarse sin hacer nada, fue una certeza que le entró a Carlos cuando al mirarla por el espejo retrovisor se cruzó con sus ojitos de animal. Carlos le sonrió y Paqueta le contestó sacándole la lengua, una babosa gigante y pastosa que solo servía para pedir cosas y articular insultos. Carlos se tranquilizó un poco y recobró su murmullo. Esa noche trabajó como siempre. Le venían a la memoria imágenes de su infancia, traídas seguramente por la contemplación de ese pedazo de tierra seca, estéril, que ni siquiera había sido capaz de absorber la sangre del Renguito. Sentía el humo de la leña que su madre quemaba para cocinar mendrugos y se le pegaba hasta en la ropa. La comunicación con monosílabos, centrada en las necesidades inmediatas, fragmentando aquí y allá los silencios interminables. ¿Quiénes habían sido sus padres y sus hermanos? No lo sabía, nunca los había conocido aunque se había criado con ellos. Quiso espantar los recuerdos como si fueran el humo que le abombaba la cabeza, quiso salirse como cuando se alejaba de ese fuego que lo envenenaba. Volvió cansado a su casa, mucho más cansado que de costumbre, con el alivio de saber que lo peor había pasado. Se había salvado otra vez.

XIV

En cambio La Gorda fue implacable. Ya sabía quién era Corina, y había tenido muchas discusiones respecto a ella con el hijo huido que ahora consideraba perdido. Ella no sabía que su marido ya la conocía, y Corina por su parte nada sabía de la vida de Carlos y La Gorda. Una noche Corina fue emboscada al llegar a su casa.

–¡Traficante de mierda! –gritó metiéndole en la cara una botella rota que empuñaba del pico. No fue una herida grave, apenas unos cortes que sangraron profusamente, pero Corina gritaba como si la estuvieran descuartizando y Paqueta se sumó con el desagradable ulular de su voz de pito. La Gorda se borró en un instante, y Carlos se enteró del ataque días después.

–Fui yo –lo asombró ella. Carlos no supo qué decir y La Gorda le aclaró–: Por el Renguito, pero más por nuestro hijo, –luego siguió con sus cosas como si no hubiera dicho nada.

Carlos no se inquietó, habían pasado varios días y si la policía no había venido era porque no tenían idea. Pensó decirle que se había arriesgado demasiado pero La Gorda lo atajó antes de empezar:

–¡Ni me hables de la Justicia!

Y Carlos le hizo caso, pero se sentía extraño, no había tenido que esperar a que Paqueta ajustara cuentas con su madre, La Gorda se había cobrado el alejamiento del hijo y probablemente si no hubiera estado Paqueta de por medio, Corina hubiera sido degollada. Sin embargo, Carlos no se sentía mal por no haber hecho nada aún mientras su mujer tomaba la venganza en sus manos. Se daba cuenta de que había perdido la ferocidad, no solo para hacer, hasta para pensar la había perdido. Era extraño, pero le parecía que cada cosa que perdía lo enriquecía. A Corina el incidente la aterró. Las heridas le habían dejado varias cicatrices y no podía olvidar lo que le habían dicho, así que le quedaban claras las razones de su ataque. Se desligó rápidamente del floreciente negocio cediendo la coordinación del

pequeño grupo juvenil que había armado al más avispado de los muchachos, que seguramente en poco tiempo igual la hubiera sacado del medio.

XV

El dueño de la agencia de remises era una leyenda en el barrio. Carlos no mencionó nada del asunto, rareza que de inmediato le cayó bien a su patrón. Lo que había resultado determinante era la disposición de Carlos para escuchar. Cuando era chico, Walter había presenciado un accidente entre un auto y un camión que transportaba sifones y había volcado desparramándolos por la calle. Eran de grueso vidrio verde y estallaban como bombas. El auto comenzó a humear y Walter, que no tendría más de ocho o diez años, con algunos de los sifones sofocó las incipientes llamas. Ello dio tiempo para que los vecinos ayudaran a salir a una familia completa que de otra forma hubiera muerto quemada. Walter recibió el reconocimiento público, fue tratado como un héroe, salió en el diario local, le entregaron una plaqueta los funcionarios municipales que se florearon con discursos plenos de oquedades, y cargó el resto de su vida con la fama de niño heroico. Hicieron falta muy pocos años para que todo esto lo comenzara a molestar, pero no podía despegarse de esa historia y tuvo que resignarse como si fuera un defecto físico intratable. No importaba que el auto en realidad nunca se hubiera prendido fuego, no importaba que él le había vaciado un sifón solo por joder ni tampoco importaba que en el coche no viajara una familia completa sino un corredor de fiambres apurado, pasado de cansancio y con alguna copa de más. Lo que todos sabían y como todos lo conocían era la verdad. De ahí el fastidio de Walter con esa historia que había quedado atrás en su pasado y de la que ya no se podía aclarar nada, solo soportar con estoicismo que siempre hubiera alguien para recordársela como ridículo homenaje. Descubrió tempra-

no que los héroes no existen ni existieron nunca, que la gente lo estaba usando para satisfacer sus necesidades y que tenía que joderse. Ahora había recibido muy bien a Carlos dándole trabajo sin hacer muchas preguntas. Carlos le cumplía, y en poco tiempo se ganó la confianza de Walter. Lo que más le gustaba a Walter era la parla, así que le venía muy bien una persona como Carlos, que al principio lo escuchó con atención. Walter le hablaba de cuestiones fantásticas, era un fanático de los extraterrestres y le contaba de una próxima invasión que se le había revelado en visiones y sueños. También le explicaba con lujo de detalles la inmensa conspiración de instituciones aeroespaciales y de seguridad de los países desarrollados para tapar todo. Walter tenía la capacidad de relacionar estos hechos con otros de la política actual e incluso de la historia antigua. Así, refiriendo la caída y recuperación de una nave extra planetaria coronaba su discurso preguntando: "¿Y si no, por qué fue la NASA y cercó el lugar para llevarse todas las pruebas?". Al principio Carlos lo escuchaba asombrado, lo que entusiasmaba a Walter incitándolo a contar más y más. Luego Carlos se cansó, pero encontró cierto alivio en concentrarse en la convicción de Walter, y sobre todo en su honestidad intelectual. Es que Walter no mentía, pero ignoraba que no podía transmitir con palabras lo que él sabía, fuera realidad o no. No podía hacer que los demás supieran, tan solo que alguno que otro le creyera, pero entre el que sabe y el que cree hay siempre un abismo. A pesar de que no era un hombre de educación Carlos se dio cuenta, pero seguía teniendo estima por Walter, así que se limitaba a aceptar el monólogo como un pequeño castigo a faltas que había cometido en el pasado. Cuando salía un viaje lo interrumpía y salía corriendo hacia el coche como si siempre se tratara de una emergencia. Levantaba la mano hacia Walter cuando ya se había alejado y le gritaba "¡Después seguimos!" a modo de disculpa por dejarlo con la palabra en la boca. Otra táctica fue dejar de esperar en la pequeña oficina el llamado de los clientes con la excusa de fumarse un pucho, porque a la secretaria no le costaba nada pegarle el grito. Un

día se dio cuenta de otra particularidad de Walter, que a pesar de que era evidente recién ahora notaba. Al finalizar cada frase Walter hacía una pausa, se inclinaba un poco hacia atrás y ponía cara de asombro. El asombro que buscaba en los demás, lo ponía él con un gesto tan automático como inconsciente. Un día Carlos pensó "El asombro lo tengo que poner yo", y aunque Walter le tenía las pelotas hinchadas, se quedó a escucharlo y ante su primera afirmación fantástica abrió los ojos y la boca al tiempo que inspiraba como absorbiendo un grito de terror y estiraba los brazos rígidos a los costados, cual si recibiera un choque eléctrico. Se arrepintió de inmediato, había sido demasiado exagerado, brusco, grotesco para ser creíble. Pensó que su jugada le costaría el trabajo porque Walter lo miraba gravemente, pensativo, ¡silencioso! Pensó que se había ofendido y lo iba a echar a patadas en el culo, pero no, le pasó el brazo por los hombros y le dijo en tono bajo, como cuando se quiere sosegar a un caballo:

–Oh, Oh, tranquilo, tranquilo –agregó algunas palmadas que por suerte no fueron en las ancas, y le dijo–: Voy a tener más cuidado con lo que te cuento, vos no estás preparado para escuchar ciertas cosas. No volvió a hablarle más de esos temas, era evidente que temía hacerle daño y su relación siguió siendo amistosa. Carlos sentía cierta culpa, pero disfrutó muchísimo esta nueva tranquilidad.

XVI

En el período en que Carlos eludió ir a buscar a Corina y su insoportable hija, otros compañeros de trabajo hicieron lo mismo por las mismas razones. Como Walter no quería perder a una clienta que era molesta pero pagaba, comenzó a hacer esos viajes. A él no le cayó tan mal Corina, porque luego de un tiempo dejó de cobrarle y a los pocos meses se estaban casando. Carlos no podía entender cómo Walter caía en las redes de un bicho tan inmundo. No dijo nada, por supuesto, no

es algo en lo que quepa opinión alguna. Le causó pena porque pensaba que Corina le iba a arruinar la vida al hombre. Pronto se notó que Walter ya no era el mismo, estaba desganado, triste, indiferente. Carlos consiguió trabajo en otra remisería. No quería ver la declinación de Walter ni oír hablar de Corina. Ahora lo veía de vez en cuando por el barrio y le parecía que Walter se consumía. "Le estará chupando la energía", pensó él. "Lo está envenenando", sentenció La Gorda. De una u otra forma Walter se enfermó al punto de dejar de trabajar y Corina se hizo cargo de la remisería. Paqueta crecía rápidamente, era mentirosa, interesada y egoísta como su madre. Carlos se mantenía informado y no podía evitar pensar que pronto tendría que ir al velorio de Walter. Deseaba que Paqueta empezara a hacer de las suyas para que Corina pagara de una vez por toda su maldad. Tenía conciencia de que él no había sido tampoco un buen padre, el destino de sus primeros hijos daba testimonio irrebatible. Pero a los más chicos La Gorda los había criado pegados a sus polleras, y la influencia del señor Gabriel había sido muy beneficiosa. A todos les iba muy bien en los estudios e incluso uno de ellos se había aficionado a la lectura. Cada vez tenía más para agradecerle al señor Gabriel y cada vez se le hacía más difícil, así que se mantuvo a distancia dejando que todo lo beneficioso siguiera su curso. A Carlos le alcanzaba con tener un trabajo como chofer, no necesitaba más y no era por falta de ambición ya que consideraba que esa paz que se había construido era un verdadero renacimiento, más allá de los dogmas y las religiones. Él tenía algo que ningún multimillonario, ni político, ni famoso podrían comprar jamás. Walter siguió viviendo encerrado y no volvió a tener contacto con nadie. ¿Habría muerto o estaría convertido en un vegetal, era posible que lo que le sucedía se lo mereciera, había elegido? No lo sabía pero no podía hacer nada por Walter, como nadie podía haber hecho nada cuando él se destruía, excepto el señor Gabriel que no había hecho gran cosa en realidad, le había dejado una frase en el momento justo y en el justo lugar y luego había seguido su camino desentendiéndose del resultado. Igualmente

era admirable, igualmente le estaba agradecido, pero él no sabía hacer eso, no podía. Había algo en que el señor Gabriel tenía maestría, y eso estaba fuera de su alcance. Así, Walter se convirtió para él en un recuerdo triste.

XVII

Carlos tuvo oportunidad de ver una vez más a Walter. Pasaba por la casa y lo sorprendió mirando por la ventana. Tenía la cortina un poquito corrida con la mano y espiaba dejando ver apenas la mitad de la cara. Carlos le sonrió y Walter le hizo una seña con la mano para que entrara. Le abrió la puerta Paqueta, que ya tenía doce o trece años. Corina no estaba, y se notaba que a Paqueta no le gustaba la idea de hacerlo pasar. La chica lo miró hostil mientras él avanzaba hacia Walter que parecía estar muy bien, al menos físicamente. Se sentaron en los sillones del living, Paqueta los vigilaba de lejos. Cuando Carlos la miró, ella se metió el dedo en la nariz desafiante y Carlos hizo como que no se había dado cuenta.

–Qué bien se lo ve, Walter –inició la conversación.

–Gracias, anduve un poco deprimido pero ya me siento mejor.

–No se lo veía por ningún lado.

–Me aislé, luego fui de a poco retomando mis lecturas –dijo Walter con desgano.

–¡Fueron años!

–Si me hubiera hecho atender lo habría superado antes –se lamentó Walter.

–Pensé que se había enfermado –insistió Carlos.

–La depresión es de las peores enfermedades. Ahora navego por INTERNET, chateo… –Walter se quedó en silencio, como perdido.

–Mucha gente se interesa por los temas que usted maneja –dijo Carlos tratando de entusiasmarlo.

Walter sonrió melancólico y le explicó que ese había sido el origen de la depresión, que ya no investigaba. Se quedaron en silencio mucho tiempo, y Carlos preguntó:

–¿Y ahora qué?, digo, si se puede saber.

–Es simple de explicar pero va a resultar difícil que alguien lo entienda.

Carlos se quedó en silencio pero no con la actitud de quien acepta lo que le han dicho, sino esperando que Walter siguiera hablando. Ninguno de los dos reiniciaba la charla. Carlos miró a Paqueta que los observaba de lejos y al notarlo ella se rascó una de las tetas nuevas buscando alguna reacción en su cara. Carlos sonrió despectivo y desvió la mirada, pero como Walter no arrancaba volvió a mirar a Paqueta que esta vez se rascó el culo mientras sonreía maliciosa. Carlos volvió su atención a Walter, que despatarrado en el sillón parecía un muñeco inflable pinchado. Ante su indiferencia volvió a mirar a Paqueta que esta vez se acarició la concha lentamente, con lujuria. Carlos le devolvió una mirada de desprecio y la voz de Walter lo sorprendió:

–¿Sabés de qué me di cuenta?, de que si tuviera una nave extraterrestre delante, no la iba a poder ver.

Carlos inclinó la cabeza interrogativo y Walter siguió. –Son las leyes de la mente, del pensamiento, más rígidas que las de la física, eso lo descubrí más tarde.

Hubo un silencio casi tan largo como el anterior. Carlos miró una sola vez a Paqueta, que estaba parada contra la pared y atenta esperando ese momento. Ella empezó a mover rítmicamente una de las piernas levemente flexionada hacia fuera y hacia dentro, mientras se pasaba la lengua por los labios. "Pendeja puta –pensó Carlos– es un calco de la madre".

–¿Lo conocés al señor Gabriel?, él me avivó –terminó Walter sin esperar respuesta.

–¿A sí?

–Ahá, ¿viste las películas de ciencia ficción? Los supuestos ex-

traterrestres son una combinación de humanos, insectos, reptiles, y estructuras de seres microscópicos. Como diría el señor Gabriel, deconstruyen la realidad de la tierra para construir otra que también es de la tierra. Es que –siguió Walter, juntando fuertemente las manos mientras se inclinaba hacia delante– no podemos pensar ni imaginar nada que ya no esté en nuestra mente, en nuestro pasado.

Carlos se dio cuenta de que Walter ya no hacía sus gestos de asombro y que ahora ni siquiera le interesaba su reacción a lo que decía. Se había quedado en silencio, con la mirada perdida. Intuyó que Paqueta lo esperaba con una nueva provocación, se contuvo de mirarla y dijo resignado:

–Eso sí que no lo entiendo.

Walter retomó la explicación, pero seguía con la mirada perdida como si enfrente ya no tuviera a nadie:

–Como les pasó a las tribus que se encontraban por primera vez con los exploradores y creían que eran dioses porque habían aparecido de la nada. Cuando algunos fueron llevados hasta los barcos se dieron cuenta. Les faltaban demasiados elementos, "registros" diría el señor Gabriel, y ni siquiera los veían. ¿Qué puedo esperar yo con una nave extraterrestre? Tantos años investigando, estudiando, discutiendo, y al final no importa. Si existen no importa, si no existen no importa –terminó Walter apenas murmurando su desasosiego.

Carlos esperó unos minutos y se levantó para irse. Walter estaba ido, se había perdido en sus pensamientos, así que sin saludar fue hacia la puerta y salió. Tuvo especial cuidado de no volver a mirar a Paqueta. Fue la última vez que habló con Walter, que quince días después se pegó un tiro. Él había pensado que lo estaba destruyendo Corina, pero no era culpa de nadie, ni siquiera del señor Gabriel, aunque ahora veía que sus intervenciones no eran siempre benéficas. Le dolió esa muerte. Walter había hecho mucho por él, y él nunca pudo ayudarlo en nada. Le dolió.

XVIII

La Gorda estaba preocupada, había llegado a tener gran estima por el señor Gabriel, que ahora con su creciente ensimismamiento se aislaba más y más. El único contacto que tenía con el mundo eran ella y los chicos. Se sentía agradecida porque no era casualidad que los tres últimos hijos, que llevaba todas las mañanas con ella, eran los que mejor andaban de todos los que había tenido. Seguían estudiando, y el mayor se estaba leyendo toda la biblioteca del señor Gabriel. Ya no hacían tanto lío, aprovechaban la tarde para hacer los deberes y estudiar porque iban al colegio a la mañana. Al principio el señor Gabriel los ayudaba, pero ya no era necesario y esto lo liberaba para perderse en sus ensueños. Estaba siempre agotado y cada dos o tres horas se dormía profundamente no más de cinco minutos. La Gorda sospechaba que pasaba así toda la noche, y si bien su relación era muy cordial, no tenía la suficiente confianza como para decirle nada y mucho menos darle consejos a un hombre tan ilustrado. El señor Gabriel también se daba cuenta de que pasaba algo tan sutil que no lo captaba intelectualmente. Era un vacío que le crecía en la mente poquito a poco en el lugar dónde debería tener el interés, las intenciones, las ganas. Los conocimientos quedaban indemnes pero así no valía la pena ser sensato. Lo había entristecido el suicidio de Walter, no se sentía culpable pero fue cuando comenzó a germinar la idea de que era tarde para él. Lo pensó mucho de mil maneras distintas y se lo repitió y repitió hasta que finalmente llegó a la convicción de que siempre es tarde. Sostenerse en ello implicaba el final de su vida y él no podía retractarse de sus dichos. Todavía faltaba un tiempo para dejar este mundo jugándose a todo o nada contra el pasado y el futuro, contra sí mismo.

XIX

Pasó algún tiempo más todavía para que Carlos, que nunca decía nada, se animara a encarar al señor Gabriel para agradecerle el favor que le había hecho. El favor no, los favores habían venido después y fueron muchos. La frase, eso era lo que tenía que agradecerle. En una de las ocasiones en que llevó a La Gorda y a los chicos, le hizo una seña para que saliera cuando abría la puerta. Quedaron solos en la calle, La Gorda había entrado previo saludo respetuoso con una leve inclinación de cabeza, y los chicos se mandaron como si fuera su casa, llevándose por delante al señor Gabriel. Él sonreía complacido, no le molestaba en absoluto, sabía que la confianza que se tomaban los chicos provenía de considerarlo de la familia. Al tiempo que le estrechaba la mano Carlos le preguntó:

–¿Se acuerda de mí?

El señor Gabriel se asombró. –¿Cómo no me voy a acordar?

–Yo digo de la primera vez que nos vimos.

–¿Cuando trajo a su señora?

–No, la primera no fue esa, fue mucho antes –terminó Carlos, que sentía que ya eran demasiadas explicaciones. El señor Gabriel trataba de recordar, Carlos ya no podía volver atrás y siguió–: Hace mucho tiempo yo estaba borracho tirado en la calle y usted pasó y me preguntó si era yo el que estaba tomando.

–No me acuerdo de usted, pero es algo que hago cada tanto.Si alguien se engancha vale la pena.

Carlos se quedó con la boca abierta. Se enteraba de que había entrado por azar en una rutina del señor Gabriel, no era una frase para él, no era algo único que le pasara a él. Suspiró y agregó:

–Es una buena pregunta.

–La pregunta es una tontería, de la respuesta depende. –¿De qué depende?

–De que se haya hecho a quien corresponde en el momento justo en que pueda escuchar. Usted hizo una proeza, lo felicito –terminó el señor Gabriel, dándole una palmada en el brazo y entrando en la casa.

–Gracias –dijo Carlos, pero el señor Gabriel ya no estaba.

Igual Carlos sabía que era importante decirlo.

XX

El señor Gabriel había preparado todo para su partida. Quería que los hijos de La Gorda se distanciaran unos meses antes para atenuarles el efecto de lo que iba a suceder. Le consiguió a la madre un trabajo similar tanto en lo económico como en comodidad y horario. Los chicos ya no necesitaban ir a su casa, que se había constituido en un refugio al principio. Pronto se olvidarían de él, excepto Antonio, con quien se había atado en un lazo eterno. Él sufriría, pero era parte de su vida. Cada uno sufre lo que le toca hasta que aprende. El señor Gabriel tenía un hermano –Alfredo– con quien compartía la propiedad del negocio heredado de sus padres, al cual había dejado de prestarle atención mucho tiempo atrás. Sólo aceptaba que su hermano le pasara un porcentaje ínfimo de las ganancias, que a él le sobraba para vivir a su manera. Pasaron unos meses en que vio esporádicamente a los hijos de La Gorda. Estaba cada vez más taciturno y reconcentrado. No prestaba atención a su aspecto personal, como si ya no tuviera importancia. Un día se enclaustró y desapareció del barrio.

Luego se supo que su hermano Alfredo lo había encontrado muerto. Hubo consternación en el barrio, aunque todos lo aceptaron como inevitable. El más afectado fue Antonio. Al entierro solo fueron Alfredo y la familia de La Gorda. Al momento de trasladar el cajón, solo había tres hombres, Alfredo, Carlos y Antonio, que a pesar de su edad se aferró a una de las manijas con determinación. Las demás las tuvieron que tomar empleados de la funeraria. Fue un entierro

silencioso, sin responso ni flores ni nada de todo aquello a lo que el señor Gabriel no asignaba sentido. Antonio quedó muy triste. Había terminado brillantemente el ciclo primario como el mejor alumno de la clase, el abanderado. A pesar de que no estaban en situación económica, La Gorda y Carlos insistieron en que fuera al viaje de egresados. Creían que podía ayudar a Antonio a superar el mal momento, y consiguieron un pequeño préstamo sin que su hijo se enterara. Era claro que Antonio era el más inteligente de sus hijos y también el más sensible. Carlos no se sentía celoso por el cariño que su hijo había tenido hacia el señor Gabriel, sabía que él no tenía mérito en los logros de Antonio, más allá de la biología. De algo bueno sí era responsable, y era que al darse cuenta de que se producían cambios positivos no había interferido. Eso contaba.

XXI

Antonio se acercó extrañado al grupo de chicos para ver qué era lo que tanto les llamaba la atención. Entre los pastos había un esqueleto. Osvaldo, un celador de poco más de 20 años, les hizo notar lo raros que eran esos restos. En efecto, tenían la parte delantera de un ave, la cabeza, la caja torácica y las alas. La parte de atrás se prolongaba en una larga columna vertebral que terminaba en una cadera de cuadrúpedo con sus correspondientes patas traseras. Quedaban pocos rastros de tejidos adheridos a los huesos pero se notaba que había habido plumas en esas alas despojadas y algo de cuero con unos pocos pelos marrones más hacia atrás. Entonces dijo Osvaldo con mucha seriedad:

–Esto es extraordinario, solo puede ser el esqueleto de un falinoave, mezcla de mamífero y pájaro. –Y explicó–: Se extinguieron hace muchísimos años pero este esqueleto está muy fresco.

Todos se miraron en silencio conteniendo la emoción, no sabían

qué decir, estaban allí, tan lejos de la Capital, en viaje de egresados de la escuela primaria, y en ese momento de ocio luego de almorzar en que no querían ni podían descansar, el grupo de estudiantes estaba de pronto participando de algo trascendente.

–¡No lo toquen! –dijo Osvaldo– no toquen nada hasta que lleguen los científicos del Museo de La Plata.

A Antonio el corazón le estallaba de alegría, esto era realmente importante y él estaba allí, era de los primeros en verlo y quizás en pocos días la noticia diera la vuelta al mundo. Nadie allí ignoraba su interés por las ciencias naturales y los animales. Uno de los chicos dijo:

–Antonio, ¿por qué no le sacás una foto?

Él fue corriendo a la velocidad de su entusiasmo y trajo su cámara. Para no correr riesgos de que las fotos salieran mal buscó un punto de apoyo en su rodilla. Le sacó una foto y luego por las dudas otra y tres o cuatro más. Finalmente se gastó casi todo el rollo en el felinoave a pesar de que sabía que no podría reponerlo hasta volver a casa, pero valía la pena. Habían quedado pruebas irrefutables del hallazgo y de la participación que ellos habían tenido. Pasaron media hora más alrededor de los huesos, tratando de imaginar entre todos cómo sería el animal en vida, haciendo comentarios sobre las repercusiones del descubrimiento en el colegio y en el barrio. Cuando Antonio le preguntó a Osvaldo cuándo iban a llegar del Museo, este no pudo evitar reírse y al reírse él, todos los demás estallaron en carcajadas. Todos menos Antonio, que no entendía nada. Fue Pedro, su amigo, el que le aclaró las cosas:

–¡No seas boludo, che!, ¿no ves que juntamos los huesos de una gallina con los de un gato?

–¿No querés sacarle más fotos? –preguntó otro de los chicos mientras lloraba de risa.

Antonio los miraba y no podía salir del asombro, era la primera vez que se reían de él en esa forma. Se sintió humillado, herido y traicionado. Los chicos le hacían todo tipo de bromas, a punto tal que ya

no identificaba de dónde venía cada una. "¡Hacéme algunas copias del descubrimiento!" "¡Guardá algunas para el Museo!" "¡No lo toques hasta que vengan los científicos!" Y así muchas más que se precipitaban sobre él en catarata ininteligible. Mientras tanto, Antonio estaba todavía asimilando lo que había pasado. Lo habían engañado, todos se habían juntado para hacerle hacer el ridículo. No había sido una broma simplemente, había algo especial en ella, un ensañamiento personal. Para llevarla a cabo había sido necesaria confianza previa, que conocieran sus intereses y su forma de ser, y que lo pusieran en el medio, solo, para recibir la humillación pública. Siguieron un rato más y Antonio solo atinó a contestar con una indiferencia altiva que había ido fabricando cada segundo infinito de su calvario, mediante una concentración absoluta y tenaz. Tenía ganas de llorar pero hubiera sido peor. Durante un par de días habló muy poco, manteniéndose distante de los que había considerado sus amigos y contestando con monosílabos cuando era imprescindible. Se sentía muy solo, estaba arrepentido de haber venido a un viaje de egresados que había empezado mal desde las primeras reuniones para concretarlo. Se había puesto de moda, primero entre los estudiantes secundarios y luego se había extendido a los primarios. Iban a ir a Bariloche con el Padre Eduardo y el preceptor chupamedias de turno, Osvaldo. Se suponía que iban a ir todos, pero fueron desertando al acercarse la fecha y solo fueron cuatro chicos de séptimo grado a los que luego se les sumaron cuatro más, dos de primer año y dos de segundo, que aunque no tenían razón para viajar, allí estaban con ellos. De sus verdaderos amigos no había ido ninguno. Antonio también había querido quedarse, pero sus padres seguramente pensaron que necesitaba distraerse luego de la muerte del señor Gabriel y lo convencieron de que fuera. Tampoco le gustaba la idea de ir con el Padre Eduardo, ya que era muy severo, no permitía el mínimo desorden o falta de educación. Luego se enteró de que en esas excursiones el Padre se transformaba y ya no era más el vicerrector del colegio. Se volvía alegre y amistoso, y como

le gustaba escalar llevaba un equipo profesional. También transportaba un pequeño telescopio, ya que era un astrónomo aficionado y quería aprovechar los cielos del sur. Antonio solía pensar que el Padre sólo sabía dar misa y romperles las pelotas a los alumnos. Tal vez no fuera tan malo. Al fin, se encontró yendo a Bariloche en tren en un viaje que duraba dos días, con chicos que no eran sus amigos, algunos de ellos apenas conocidos. El viaje fue largo y tedioso, durmiendo en los asientos de madera de la tercera clase, comiendo galletas con queso y aburriéndose al cruzar las planicies interminables y monótonas de la Patagonia. Allí Antonio pasó por una experiencia aterradora, que nunca olvidaría y de la que ninguno de sus compañeros de viaje se enteraría jamás. El tren había parado momentáneamente en medio del desierto. El Padre Eduardo le había pedido que le fuera a llenar la pava con agua caliente. Tenía que ir hasta el coche comedor y era una oportunidad para moverse un poco y cambiar de ambiente. Fue contento con el encargue, pero al pasar por el furgón las puertas abiertas dejaron pasar una violenta ráfaga que voló la tapa de la pava a unos diez metros del tren. Era del Padre, no podía perderla, así que se bajó y corrió a recogerla, pero cuando llegaba otra ráfaga la alejó un poco más y así tres o cuatro veces. Cuando por fin la agarró, se dio vuelta y vio con pavor que el tren se ponía lentamente en movimiento, ¡a casi doscientos metros! Se quedó unos segundos paralizado y luego comenzó a correr con desesperación mientras el tren ganaba velocidad. Era la primera vez que sentía que su vida corría peligro. Logró llegar al último vagón, saltó a la escalera de hierro y logró trepar. Estaba agitadísimo por el esfuerzo y el miedo, y se sintió muy tonto. Ese viaje había empezado mal desde su proyecto, seguido mal en el tren y ahora con la humillación pública del felinoave se ponía insoportable. De los quince días que duraba, faltaban la mitad. Iba a ser difícil. Se mantuvo a la defensiva un tiempo más, pero se alegró cuando les comunicaron que al otro día iban a ir al Cerro Catedral.Lo escalarían por un camino relativamente fácil que usaban los mochileros habitual-

mente, al otro lado del circuito turístico. Acamparían una noche en una meseta cercana a las cumbres, y a la mañana el Padre Eduardo trataría de llegar a la cima acompañado por los estudiantes que tuvieran fuerzas para intentar la hazaña. No era alpinismo, el cerro apenas llegaba a los dos mil metros, pero sería un tremendo desafío para ellos y una oportunidad de recuperar algo de su orgullo, porque las cosas se iban a poner feas y Antonio iba a demostrar que era mejor que todos los que se habían reído de él. No solo eso, iba a tener a Pedro a su merced, totalmente indefenso, aterrado y dependiendo de él para sobrevivir. Pero eso Antonio todavía no lo sabía. Subieron al cerro por senderos apenas visibles que de cuando en cuando mostraban alguna flecha de pintura roja sobre la piedra. Cruzaron pequeños arroyos de montaña por puentecitos improvisados con algún tronco, a veces alguna pendiente empinada y en todo un día de marcha llegaron hasta las cercanías de los picos más altos y armaron las carpas en el valle nevado. Allí hicieron noche cayendo inconscientes por el cansancio. Al otro día el Padre eligió a Pedro y Antonio para que lo acompañaran a hacer cumbre. Eran apenas trescientos metros más, empinados a sesenta grados y cubiertos por un manto de nieve blanda en la que se enterraban hasta las rodillas. Subieron zigzagueando de tal manera que la distancia se quintuplicaba, pero cuando faltaban escasos cincuenta metros, Pedro empezó a sentirse mal, tanto, que debieron detenerse a descansar. Le ardían los ojos y decía que no veía bien. Esperaron veinte minutos pero Pedro solo empeoraba. El Padre se quedó pensativo y Antonio se dio cuenta de que estaba haciendo cálculos. Finalmente tomó la única decisión que podía y comenzaron el dificultoso descenso de inmediato. El Padre sabía lo que estaba pasando. En su inexperiencia en la montaña los chicos no habían llevado anteojos para el sol y el reflejo en la nieve los había afectado. Aunque la ceguera de Pedro era pasajera, en la cima del cerro podía tener resultados catastróficos para el pequeño grupo aislado de toda ayuda. Los demás habían sido afectados en mucha menor intensidad pero si no bajaban

pronto, iban por el mismo camino. Llegaron agotados y frustrados al campamento y en las maniobras para sujetar a Pedro se rompió la correa de la cámara de Antonio, que rodó a los tumbos por la ladera para perderse en pedazos al fondo del valle. Parecía mostrarles lo que les podía pasar a ellos si se descuidaban. Antonio la había llevado para sacar una foto desde la cima pero no se apenó mucho por la pérdida. Todavía la cámara llevaba en su interior las pruebas del último felinoave y estaba asociada a su humillación igual que Pedro, ese traidor que pocas horas antes se reía de él y ahora bajaba de su brazo, tembloroso, pálido y con pasos inseguros. No podían iniciar la bajada final de la montaña y el Padre decidió que se quedaran una noche más allí con la esperanza de que Pedro mejorara un poco y fuera menos peligroso. El alargue no estaba previsto, no había comida, tendrían que aguantar la noche helada y hasta el atardecer del día siguiente sin comer. Los chicos se quejaron y lloraron, pero Antonio se sintió reconfortado. Lo habían elegido para llegar a la cumbre porque era el que en mejores condiciones estaba y habían fracasado, por culpa del que más se había burlado de él. También había ayudado a llevar a Pedro al campamento y ahora estaba rodeado por sus compañeros que gimoteaban de hambre como si no hubieran comido en una semana mientras él permanecía tranquilo, dueño de sí mismo, observando el sufrimiento de sus compañeros con indiferencia. Tuvo ganas de decirles "¿Por qué no se ríen un poco de mí?". Prefirió admirar las montañas lejanas mientras durara la luz de día, y las nubes que pasaban tan cerca, algunas un poco por arriba, otras un poco por abajo. Cuando la niebla lo envolvía, era que la nube pasaba por él. Antonio empezaba a disfrutar. Al otro día Pedro quedó totalmente ciego. Algunos de los chicos decían que no veían bien y a Antonio le pareció que era sugestión. No los consoló, no los tranquilizó, sólo les sonrió condescendiente. Le iba creciendo adentro una sensación de desprecio hacia todos ellos a medida que se sentía cada vez más fuerte. El Padre Eduardo estaba turbado, era evidente que se sentía culpable. Él tenía cierta experiencia en

la montaña y no había previsto que alguno de los chicos tuviera inconvenientes con la nieve. No había previsto muchas otras cosas que hubieran podido pasar, había delegado en el celador el cuidado del grupo mientras él se dedicaba a disfrutar de la excursión. Así fue que el Padre amaneció culposo, Osvaldo desconcertado y todos los chicos quejosos y llorones. Pedro estaba paralizado de terror y Antonio estaba casi eufórico pero lo disimulaba. Bajaron todos juntos y hubo que llevar a Pedro del brazo. Subir había tomado más de ocho horas, deberían haber bajado en dos o tres pero les tomó más trabajo bajando a su compañero ciego. Se turnaron de a ratos entre el Padre, el celador y Antonio para guiarlo. Los demás no podían ayudar, era suficiente con que no se convirtieran también en una carga. Antonio lo llevó a Pedro tomado del antebrazo izquierdo, fingiéndose solícito y preocupado y permitiendo que diera pequeños pasos en falso y más tropezones de los necesarios. En un par de ocasiones le advirtió de un obstáculo instantes después de que se lo llevara por delante. Llegaron por fin a la ruta y el Padre se adelantó con Pedro al hospital en un auto al que le habían hecho dedo. Los demás siguieron caminando, les faltaban diez kilómetros por la banquina. A mitad de camino un camión los levantó. Había llevado pescado y el piso estaba engrasado. Hicieron equilibrio parados en la caja, cambiaban más de una hora de sufrimiento caminando por cinco minutos así. No fue un retorno victorioso. Recién al otro día volvieron el Padre Eduardo y Pedro, que recuperaba la vista y en tres días estaría bien. El Padre había suspendido la subida al Cerro Otto. Harían alguna excursión de las fáciles antes de volver a casa.Era una lástima, a Antonio le hubiera gustado repetir la experiencia. Algo había ocurrido en el grupo, estaban apesadumbrados y nadie sabía con exactitud por qué.

–Porque se lo perdieron –les aclaró Antonio cuando subían al tren para volver, y prosiguió–: Allí arriba, en el último atardecer cerca de la cima, yo lo vi. Mientras ustedes se lamentaban y lloraban, entre las nubes que nos pasaban cerca, desde los picos de las montañas

cercanas lo vi pasar volando majestuoso, elegante, dueño de los cielos, al felinoave. –Hizo una pausa y agregó–: Todavía no se extinguieron, queda el último y cuando muera algo más terminará para siempre.

Nadie se rió, nadie se burló ni dijo nada. Antonio tampoco, entre ellos ya no había más nada que decir.

XXII

La Gorda estaba contenta. A Antonio perecía haberle caído bien el viaje, seguía algo triste pero se lo veía más aplomado y sereno, como si hubiera encontrado algo suyo en un viaje que era para divertirse. Ella no razonaba todo esto, lo intuía y con eso le sobraba. Antonio no le comentó nada más allá de lo común, en cambio a su padre sí le contó. A pesar de que eran prácticamente extraños el uno para el otro, a pesar de que su padre no tenía prácticamente educación formal, a Antonio le pareció que era el único que podría comprender lo sucedido. Ahora que no estaba el señor Gabriel, se daba cuenta de que su padre también comprendería. No se equivocó, Carlos no comentó nada pero Antonio supo que había apreciado los sucesos del viaje en todo su significado. A cambio, Carlos le contó su primer encuentro con el señor Gabriel. Antonio se asombró al principio, por primera vez conocía algo esencial para su padre. Ahora los unía una experiencia trascendente con el señor Gabriel, era la primera vez que compartían algo. No avanzaron en esto, sus vidas tenían caminos divergentes pero se convirtieron en cómplices de las miradas, un gran paso para ambos.

XXIII

Pasaron tres años más y Antonio seguía progresando en sus estudios. En cambio Paqueta, que tenía su misma edad, no había seguido.

Ya no era la gorda de antes, ahora era esbelta, bonita, pero seguía tan guasa como siempre. Pasaba el tiempo en la calle con una barra en una de las esquinas del barrio frente a un kiosco. Allí tomaban cerveza, vino, lo que pintara. Fumaban porros y boludeaban todo el día. Algunos de los chicos tenían motos e iban y venían de acá para allá sin propósito. Pronto Paqueta quedó embarazada, pero siguió con esa vida como si no pasara nada. Era común que estuviera vociferando insultos y palabrotas a voz en cuello, gargajeando como un guanaco sin importarle lo que nadie pudiera pensar. La Gorda la veía de lejos y siguió varios de esos embarazos que se producían a repetición. Recordó la época en que cuando ocasionalmente una joven "daba el mal paso", usaba amplios vestidos para disimular su situación embarazosa. Pero Paqueta andaba con su panza asomando exuberante bajo una corta remera. De pronto un día aparecía sin panza y recuperaba rápidamente su figura. Del bebé nunca se sabía nada.

Corina había cerrado la remisería que fuera de Walter. Vaya a saber ahora de dónde sacaba la plata. Como Carlos seguía en el rubro, de vez en cuando le tocaba algún viaje con ella. La Gorda le había comentado de Paqueta y en uno de sus viajes le preguntó tratando de no sonreír:

–¿Cómo andan los nietos?

–¿Qué nietos? –contestó Corina de mala manera.

Carlos guardó silencio pero no se turbó, no le preocupaba en absoluto si Corina se ofendía o si pensaba que se estaba metiendo en sus asuntos. Finalmente, ella largó un suspiro y comentó:

–Esa pendeja, no sé a quién sale.

Carlos tuvo que esforzarse para no largar la carcajada y

Corina agregó:

–Hace rato que no la domino, ¿sabe qué hace con los críos? –Ni idea –contestó él.

–Los vende, siempre hay gente que quiere adoptar pero los trámites son engorrosos y lentos –terminó Corina. Pasaron un par de

minutos de silencio y agregó como para sí–: Vaya a saber cómo se conectó esta guacha –parecía que no iba a decir más nada pero al rato agregó–: Por lo menos no los tengo que mantener.

Carlos asentía como si le estuvieran refiriendo grandes cosas y estuvo por preguntarle si le había pedido comisión a su hija.

XXIV

El trabajo se había puesto más riesgoso. En la agencia tomaban los datos personales de los clientes y les daban una clave. Ante la menor sospecha de falsedad o reticencia en dar el teléfono para devolver llamado, preferían rechazar el viaje aunque perdieran potenciales clientes. En una racha de asaltos varios choferes habían sido heridos y uno de ellos asesinado. A Carlos no le preocupaba, vivía con la tranquilidad de quien agotó su cupo de desgracias. Cuando le parecía que se ponía muy nervioso, que el entorno en que se movía empezaba a afectarlo demasiado, volvía a ese murmullo mudo con que precedía cada acción. Eran los extremos de su mínimo vaivén psíquico, así que cuando muchos de sus compañeros estaban al borde de la histeria porque uno de los coches no volvía o se ponían paranoicos por el aspecto o la forma de hablar o vestir de un pasajero, Carlos permanecía en calma haciendo su trabajo e incluso el de los demás. Había encontrado un lugar del que se sentía parte y no iba a renunciar a él por miedo. Pronto la presión de la opinión pública generaría la presión de la policía, y los delincuentes variarían de objetivo así como la tendencia de la moda cambia de una temporada a otra el estilo de un vestido. Encontrar un lugar, el miedo de los otros, "¿soy yo el que está pensando esto?" se preguntó Carlos. Luego sonrió, afirmó con la cabeza y a pesar de que no había nadie con él dijo en voz alta, "Sí que soy". Fueron momentos difíciles en la agencia, que sirvieron para que se ganara el respeto y la consideración de todos. A muchos de sus compañeros

los había ayudado directamente ya fuera reemplazándolos en viajes que no querían hacer, o convenciéndolos de que los hicieran ellos, y a otros contagiándoles algo de su tranquilidad por el solo hecho de estar ahí. Cuando las cosas retornaron a la normalidad, Carlos descubrió que el destino no había agotado su cupo de desgracias, no había tal cupo, siempre puede surgir una más. Su hijo estaba terminando el colegio secundario y trabajaba al mismo tiempo. Se compró una moto y se puso de novio con una chica de belleza espectacular, o belleza monstruosa –como diría el señor Gabriel– porque era tan anormal que la ponía en el centro de todos los comentarios y miradas. Además, era de una familia rica, iba a un colegio exclusivo. ¿Cómo había hecho su hijo para levantarse semejante minita? ¡Era un genio este muchacho! Tuvieron un accidente con la moto, Antonio se rompió una pierna pero Jazmín se golpeó la cabeza y quedó en estado vegetativo. No iban a gran velocidad ni realizaron ninguna maniobra peligrosa, pero iban sin casco. Antonio se sentía culpable y la familia de Jazmín se lo ratificó. Carlos se tranquilizó rápido porque su hijo pronto estuvo fuera de peligro. En esos momentos de zozobra en la agencia le dejaron usar un coche para ir y venir como si fuera suyo. Luego de casi un mes, la chica se había recuperado milagrosamente y mandó a llamar a Antonio para romper la relación. Quizás ella también lo culpara del accidente, pero Carlos sospechaba que había pasado otra cosa, algo que no podía entender, algo que no tenía que ver con el accidente. Antonio había quedado muy deprimido. Carlos y La Gorda no habían conocido a la familia de la chica porque querían postergar lo más posible el encuentro. La diferencia de clase social y de cultura, era demasiada. En cambio Antonio lograba equilibrar las diferencias con su presencia. Tuvieron razón, hubiera sido un esfuerzo desperdiciado y se ahorraron muchas tensiones. La madre de Jazmín no se había despegado de su hija en todo el período de internación, y ahora había pedido un coche en la agencia. Carlos quería aprovechar para verla sin que ella supiera quién era. Quizás obtuviera una pista para

saber qué había pasado en realidad entre Antonio y su novia. La fue a buscar con esa idea pero la mujer no subió sola, iba con otra, seguramente la empleada doméstica. No pronunciaron palabra en todo el viaje. Carlos observó a la mujer, que estaba destruida. Se comprendía el cansancio físico luego de la experiencia de la que acababa de salir, pero había algo más. Aunque su hija se había salvado y mejoraba día a día, había en ella una desesperanza y un desconcierto definitivos. "Cualquiera diría que esta mujer estaba al borde del suicidio", pensó Carlos. No tuvo oportunidad de iniciar conversación, sintió que toda palabra estaría de más. Al llegar a destino bajó la mujer sin saludar, llevándose con ella el agobio inabarcable que parecía rodearla como una burbuja. La doméstica le dio otra dirección y Carlos aprovechó su oportunidad.

–Qué mal se la ve a la señora.

–Si usted supiera todo lo que le pasó.

–¿Su hija fue la del accidente, no?

–¿Cómo sabe? –preguntó sorprendida la empleada.

–Por mi hijo, es amigo del que manejaba la moto –mintió.

–¡Antonio!, qué buen pibe ese.

Carlos asintió, pero parecía que la conversación había terminado. De pronto la mujer recomenzó:

–Si la hubiera visto antes.

–A la chica no la conozco –se equivocó astuto Carlos.

–A la madre digo, creíamos que se moría con la hija.

–Ahora tendría que estar contenta.

–Es que su hija ya no es la misma, parece otra, ¡si viera lo mal que la trata!

–Y al novio –agregó Carlos arrepintiéndose de inmediato, pero la mujer replicó tan rápido que ni tiempo de darse cuenta se dio.

–¡Al novio lo fletó!

–Se habrá conseguido otro –agregó rápido Carlos, para que la conversación siguiera fluyendo.

–No, no fue eso –dijo la empleada quedándose pensativa. Luego soltó una carcajada y le preguntó a Carlos–: ¿Sabe qué fue lo último que le dijo?

–¿Qué? –incitó Carlos, casi eufórico por el éxito de su improvisada táctica de investigación.

La mujer miró hacia los lados como si tuviera que verificar que nadie los escuchaba y entrecortada por la risa le soltó:

–Rajá de acá puto de mierda, ya no sos más mi novio, no te quiero ver más, ¿quién hubiera dicho?

A Carlos se le había ido la sonrisa, solo quería llegar rápido y que la empleada se bajara. Estuvo retraído unos días en que se volvió a hacer evidente el murmullo, pero logró retomar su rutina y pasar un año más o menos tranquilo. Mientras tanto, Antonio se recuperó totalmente y empezó la facultad. Un día, sin previo aviso, cayó a la casa con su nueva novia. La Gorda y Carlos se miraron con desesperación, esa morocha infartante era Paqueta.

XXV

La Gorda estaba por momentos desconsolada, por momentos furiosa. Había seguido de lejos la evolución de Paqueta, su comportamiento en la calle donde parecía pasar todo el tiempo, su promiscuidad y sobre todo sus embarazos recurrentes. Sabía que vendía los bebés, no era un chisme inventado, se lo había contado a Carlos la propia madre. Nunca una persona le había resultado tan repulsiva y ahora se le aparecía de la mano de Antonio. ¿Iría a durar mucho esto, estaba con ella solo por sexo, si quedaba embarazada sus nietos iban a ser vendidos? Era para sacar de quicio a cualquier madre, pero ella no era cualquier madre, hasta hace poco sus hijos se perdían por el mundo convirtiéndose en delincuentes. Incluso uno de ellos había muerto así. Para ella, estos problemas debieron haber sido de risa, pero estaba

defraudada, creía que Antonio era más inteligente, ahora esta chica lo iba a manejar y podía llegar a arruinarle la vida. No podía hacer nada, no podía decir nada, Antonio ya era un hombre y ella no podía oponerse a que eligiera a quien quisiera. Por suerte había sido una visita corta, apenas unos minutos. No quería comentar nada con Carlos, sabía que él pensaba más o menos lo mismo y no quería agregarle carga porque había retornado su murmullo y a veces llegaba a entenderse alguna palabra suelta.

XXVI

Corina había renunciado a controlar a Paqueta. Se limitaba a decir "¡Ay, dios mío!" elevando los ojos al cielo y dejaba que los acontecimientos siguieran su curso. No tenía autoridad sobre su hija, y veía solo el efecto, no reconocía ningún error de su parte, se imaginaba la madre perfecta que por esas cosas de la vida ha recibido un castigo inmerecido. Paqueta ya había pasado cuatro embarazos, todos de distintos muchachos. No era prostituta, no cobraba por sus servicios sexuales, en cuanto establecía una relación con alguien que le agradara incluía el sexo con toda naturalidad y de inmediato. No se cuidaba en lo más mínimo, ni de la preñez ni de las enfermedades. A pesar de que estaban a su alcance los más simples y efectivos métodos anticonceptivos, ella los ignoraba por pura desidia. Antonio seguía estudiando y no se juntaba con los amigos de Paqueta. De vez en cuando la llevaba a la casa y sus dos hermanos menores le cedían gustosos la pieza que todavía compartían. Les caía realmente bien Paqueta, era una fiesta para ellos cuando Antonio la traía a casa. La habitación era pequeña y tenía una cama marinera con un catre plegable abajo, más dormidero que habitación. Tenía una ventana sin cortinas ni persiana, con los vidrios pintados de negro. Los chicos habían hecho las raspaduras necesarias para poder espiar. Para ellos era un espectáculo ver coger a

los novios. Ella no tenía prejuicios con ninguna práctica sexual y tomaba la iniciativa aunque no conocía de refinamientos. Antonio parecía ignorar que los observaban, pero Paqueta se cuidaba de colocarse en posición de favorecer el vouyerismo de sus jóvenes admiradores, y como si pudiera verlos tras los vidrios opacos, de vez en cuando les dedicaba una sonrisa de actriz porno. Por esa época Carlos seguía trabajando de chofer y ponía especial atención en que nunca le tocara un viaje con Corina. No se creía capaz de resistir tanto. Recordaba que en la última visita a Walter, Paqueta no había dejado de provocarlo con sus asquerosidades, a pesar de que no tendría en ese momento mucho más de once o doce años. Era imposible que no recordara o que no supiera quién era él. Sin embargo, Paqueta lo saludaba con cortesía, como si aquel episodio no hubiera ocurrido. Por su parte La Gorda comenzaba a sentir cierto alivio. Ya hacía varios meses que su hijo estaba con Paqueta y no la había embarazado. Algo estaban haciendo bien. Se enteraron por los chicos del fin de la relación. Cuando pasaron varios días sin que la trajera a la pieza, sus hermanos le reclamaron y Antonio les comentó que ya no salían más. Los chicos no podían entender que Antonio, casi con indiferencia, se perdiera semejante caramelo, pero más lo lamentaron por ellos. Sus padres, en cambio, no lamentaron nada. Habían hecho bien en no meterse. Antonio se había alejado de Paqueta, al parecer indemne.

XXVII

Cada uno siguió con lo suyo, pero La Gorda volvió a perder la tranquilidad cuando a los cinco meses vio a Paqueta con sus amigos de la barra y una nueva panza. No era gordura, era lo de siempre, solo que esta vez cabía una duda que a ella le incumbía directamente. No le dijo nada a Carlos, pero esta vez lo encaró resuelta a Antonio, que cada vez se parecía más al señor Gabriel. Él la escuchó en silencio y con

ternura, la dejó que se desahogara e incluso hizo caso omiso cuando habló de más. Luego la tranquilizó asegurándole que era imposible que ese hijo fuera suyo, que se olvidara del asunto. La Gorda quedó sin saber qué decir y Antonio la besó en la frente como hacia desde que era más alto que ella, y se fue. ¿Cómo podía haber tomado con tanta serenidad lo que ella le decía?, y lo más importante, ¿podía tener un cien por ciento de seguridad de que ese hijo con destino de transacción no era de su sangre? Entonces sí le contó a Carlos, que también la escuchó en silencio hasta que ella se agotó de hablar, solo para recibir un "qué le vas a hacer" que tenía sabor a resignación. No iban a hacer nada, era evidente que ni Carlos ni Antonio iban a hacer nada de nada. La Gorda se partía la cabeza pensando qué podía hacer ella sin ayuda. Se le ocurrió ofrecerle a Paqueta comprar la criatura, pero ¿con qué plata? Además, ni siquiera sabía cuánto cobraba ella por sus productos, y encima se daría cuenta del porqué de su interés y trataría de aprovecharse, hasta sería capaz de negarse para joderla. "La tendría que haber matado –concluía furiosa en sus pensamientos– la noche en que había emboscado y cortado a Corina, las tendría que haber matado a las dos". Luego se daba cuenta de que sus lucubraciones no resolvían nada y seguía buscando una solución. No quería que el bebé fuera a parar a cualquier lado, no sabía de dónde le venía este impulso irresistible, pero no lograba apartarlo de su mente. Hacer una denuncia y obligar a efectuar las pruebas genéticas era muy complicado, imposible sin la participación de Antonio, que además se enojaría con ella. ¿Qué opción le quedaba, tenía que permanecer sin hacer nada hasta que un día esa perra de mierda apareciera sin la panza? "¡Maldita seas pendeja hija de mil putas!", se repetía una y otra vez La Gorda. Nunca había odiado tanto a alguien, ni siquiera a Corina la había odiado tanto. No iba a quedarse sin hacer nada, iba a vigilar a Paqueta y cuando estuviera terminando el embarazo le abriría el vientre para arrancarle la criatura. Si era necesario llegaría a eso. Paqueta seguía despreocupadamente su vida, que tras el impasse con Antonio nuevamente parecía pasar por

la barra de la esquina. Su panza no le impedía coger con unos y otros indiscriminadamente mientras La Gorda la vigilaba de lejos como una fiera al acecho. A Paqueta el embarazo la ponía más atractiva y le sobraban para elegir entre los moscardones que le revoloteaban alrededor. "¿Le pagarán algo?", se preguntaba La Gorda, que a esta altura había sepultado sus dudas bajo el enorme peso de su determinación. No quería hacer justicia ni quería venganza, quería al bebé.

La observó y la observó, pero en un momento dado se dio cuenta de lo que había sabido siempre, que no tendría oportunidad de sorprenderla sola, que ya no tenía la fuerza ni la rapidez necesarias, y a medida que transcurría el tiempo tomaba conciencia de la bestialidad de sus intenciones. Si por milagro conseguía lo que quería, al bebé le pasaría lo peor que le podía reservar el destino, estaría en manos de una asesina. De todo lo que se le había ocurrido, solo era practicable tener un encuentro cara a cara con Paqueta o con Corina. Sabía que esta última no la iba a reconocer como su agresora de tanto tiempo atrás, pero tenía la esperanza de que al escuchar su voz, le viniera cierta intranquilidad que si se convertía en miedo le daría ventaja en una negociación. Le tocó el timbre y abrió Corina, que la miró con extrañeza. La Gorda le aclaró:

Soy la madre de Antonio, el chico que salió unos meses con su hija.

–Antonio, qué buen muchacho.

–Quería hablar con usted –dijo La Gorda, haciendo caso omiso del halago.

–Estaba por salir, ¿por qué no la seguimos mañana? –Todavía no empezamos y es muy corto lo mío –dijo La Gorda, seca, monocorde y amenazante.

–En las cosas de mi hija no me meto, si lo que quiere usted es que interceda con Paqueta, le aclaro que es imposible.

En cuanto Corina hizo una pausa para respirar, La Gorda metió un bocadillo.

–No me interesa que interceda…

–¡Menos mal! –la interrumpió Corina– no sabe lo que es tratar con esta chica, no podemos ni hablar, no le cuento para no aburrirla pero la discusión que tuvimos el otro día fue terrible y tendría que estar acostumbrada porque no es la primera vez que nos agarramos así –y siguió hablando con una velocidad y seguridad que no le permitía a La Gorda mechar palabra.

Cuando pensaba seriamente en meterle un cazote, Paqueta pasó entre las dos sin saludar, sin mirarlas siquiera, y se alejó caminando con tan buena figura que nadie hubiera pensado que había pasado un embarazo en su vida. ¡Estaba sin panza! La Gorda se quedó con la boca abierta, mirándola alejarse. Esto sí hizo callar a Corina, que no soportaba comprobar que no le prestaban atención. Ella salió, cerró la puerta con llave y debió decir algo más antes de irse, alguna frase de despedida que La Gorda no escuchó porque de pronto se encontró sola, con el desconsuelo de un espantapájaros.

XXVIII

La Gorda no volvió a mencionar nada del asunto. Paqueta hizo cambios en su vida, empezó a salir con un tipo adinerado, y se ve que hizo buena letra porque lo enganchó con libreta y todo. Donde su madre había fracasado, ella obtuvo un éxito completo. Las dos habían tenido esa ambición, las dos lo habían intentado con entusiasmo y buena disposición sexual, pero Paqueta tenía la enorme ventaja de que era hermosa. Desapareció del barrio convertida en una señora de sociedad, aseguró los lazos con el dinero de su marido mediante un par de hijos, y obtenida la seguridad económica se dedicó a disfrutar de la vida como más le convenía. Carlos se enteraba de vez en cuando de algunos datos si le tocaba un viaje con Corina, y aunque no era confiable nada de lo que ella dijera, La Gorda se interesaba mucho. Antonio

no, él seguía su vida independientemente del entorno en que se había desarrollado y le iba bien. Había estudiado filosofía y ya terminaba la carrera. Ni Carlos ni La Gorda sabían para qué podría servirle eso, pero lo cierto es que Antonio tenía un buen trabajo, casa propia y los ayudaba económicamente. Estaban orgullosos, especialmente La Gorda que consideraba que Antonio era lo mejor que la vida le había dado. Él se había convertido en un hombre sabio, pero no había permitido que esto se constituyera en una barrera frente a su familia. A sus dos hermanos más chicos los había orientado con autoridad benévola, tal como el señor Gabriel había hecho con él. A La Gorda le parecía que a medida que pasaba el tiempo su hijo se parecía más y más al señor Gabriel. Tenía el mismo corte de pelo, la misma barba, ropa del mismo estilo y la misma forma de conducirse, hasta de mirar. Hacía años que el señor Gabriel había muerto y nunca había dejado de estar presente entre ellos. Luego de morir, el hermano les había entregado algunos libros que el señor Gabriel había indicado expresamente que debía conservar Antonio. Sólo él podía valorarlos, aunque para ese entonces ya había aprendido lo esencial y sabía que en los libros a lo sumo hay piezas sueltas imposibles de identificar y articular sin el conocimiento al que el señor Gabriel le había dado acceso. No los atesoró, sólo los conservó con cariño, sabía demasiado para aferrarse a las cosas.

XXIX

Un par de años después le perdieron la pista a Paqueta. Carlos ya no podía trabajar de chofer y no tenía oportunidad de hablar con Corina. Tantos años de excesos le pesaban en el cuerpo. Tenía el hígado fibroso y encogido, y ya no veía bien. Consiguió una pensión mínima y en una inmobiliaria de la zona la dieron una changa. Cuando publicaban una propiedad, él iba, la abría y la mostraba a los interesados. Si querían dejar una seña, Carlos los comunicaba con la oficina. En caso

de pactarse una venta, le tiraban unos pesos. Con eso redondeaba sus ingresos. La Gorda se había jubilado mejor, ya que el señor Gabriel se había ocupado de eso. A veces no caía nadie a ver las propiedades y Carlos pasaba largas horas en lugares desnudos de muebles, con las lámparas colgando de los cables, yendo y viniendo por las habitaciones acompañado siempre por el eco desolado de las casas vacías. Otros se deprimían en este trabajo, pensaban en las oportunidades perdidas, en lo que habían dejado de hacer y lo que habían dejado por el camino. A él solo lo molestaba un poco que viniera gente a distraerse recorriendo casas en venta. No lograban alterar a Carlos, que se limitaba a darles la tarjeta de la oficina absteniéndose de brindar información inútilmente. Ya no necesitaba su murmullo porque en años y años de perseverancia había logrado encarnar tan profundamente su frase que podía prescindir hasta de pensarla. Sabía que se acercaba al final de su vida, estaba conforme y orgulloso de sus últimos años. La Gorda quiso compensar la falta de datos sobre la vida de Paqueta tratando de provocar algún encuentro con Corina para preguntarle, pero era muy raro verla por la calle, y la única vez que lo logró Corina le contestó "bien gracias" sin detenerse. Luego le perdió la pista, se había mudado. Con Carlos tenían muchos nietos, pero La Gorda se había negado a que la usaran de niñera, sentía que era un abuso que se los encajaran y tuviera que volver a hacer el papel de madre que mal o bien ya había cumplido. Le parecía una falta de consideración que tuviera que pagar ese precio por estar con algunos de sus nietos. Carlos nunca la había ayudado con los hijos, ahora no tenía nada que decir. Él era muy apreciado por los vecinos, hablaba poco pero escuchaba mucho y cuando alguien le soltaba un discurso sobre lo que debería hacerse para mejorar la economía del país, la salud pública o la educación, Carlos escuchaba con atención y les hacía sentir que sus medulosas opiniones eran seriamente consideradas. Sabía de la inutilidad de las esperanzas de quienes quieren cambiar el mundo sin ser dueños de su propia existencia, sabía que

los que hablan sin comprometerse hablan por hablar. Pero él escuchaba otras cosas en esos decires, sólo por el placer de disfrutar de un arte propio.

XXX

Todo había sucedido tan rápido que Corina no terminaba de entender qué había pasado. Paqueta la había embarcado en un negocio para el cual había hipotecado su casa, que terminó perdiendo a los pocos meses. Paqueta, que no había arriesgado nada y que por otra parte no necesitaba hacer ningún negocio, se había desentendido y ella había quedado en la calle. Fue vendiendo sus pertenencias de a poco para subsistir y cuando tuvo que entregar la casa fue a parar a un lavadero de ropa donde la dejaban dormir en la parte de atrás y le tiraban unos pocos pesos a cambio de trabajar durante el día. Entrando en la vejez se había quedado sin nada. Paqueta no la ayudó con el argumento de que si el negocio hubiera salido bien, no se estaría quejando y no hubiera compartido sus ganancias. El único consuelo para Corina era que estaba muy lejos del barrio y no había nadie que la hubiera conocido en mejor situación. No sabía que uno de los clientes había tenido el suficiente tacto para hacerse el distraído. Ella no podía reconocer a Antonio, lo había visto alguna vez de pasada cuando era un adolescente. Una noche en que Antonio cenaba con sus padres, les comentó.

–¡Ya sabía! –exclamó Carlos celebrando que el tiempo el fin le diera la razón.

–Qué hija de puta –reflexionó La Gorda, y como todos se quedaban callados Antonio preguntó:

–¿Quién?

–Las dos, pero más Paqueta, a la madre nunca la tragué, incluso alguna vez pensé en hacerla mierda.

–A Paqueta también –agregó Antonio admonitorio, mientras su padre se contenía para no meter la pata. La Gorda se hizo la distraída. A veces la inquietaba este hijo que parecía saberlo todo, era como si le leyera la mente.

–¡Qué pendeja hija de mil putas! –exclamó Carlos. –Tenía sus virtudes –pensó Antonio, aunque por su sonrisa

La Gorda se dio cuenta por dónde andaba. Fue ella la que reinició la conversación.

–Al final voy a terminar teniéndole lástima a Corina. –La indiferencia con que recibieron su declaración, le hizo preguntar–: ¿Ustedes no?

–Yo me la gasté toda –contestó Carlos sin dejar de comer. –No me dedico a eso –fue la enigmática respuesta de su hijo.

La Gorda se había acostumbrado a no entender mucho de lo que Antonio decía, y como se había convencido de que no le estaba tomando el pelo cuando le respondía así, no dijo más nada y terminaron de comer en paz. Luego Antonio se fue para su casa, Carlos a dormir y ella se quedó pensando. Le venía a la mente ese hijo que Paqueta seguramente había vendido y que podría ser de Antonio. No entendía la indiferencia de su hijo y tampoco la de Calos, que se estaba viniendo abajo día a día. Era notorio su desmejoramiento físico, pero no quería volver al médico, incluso parecía contento. Todos sabían que la muerte rondaba la casa, nadie hablaba de eso y Carlos parecía cada vez más tranquilo. Era evidente que sabía algo que no le había dicho, algo que estaba vinculado con el cambio repentino que sufriera tantos años atrás. "Mejor para él –pensó– mejor para él". De lo que sí estaba segura era de que Antonio entendía. "Ese entiende todo", pensó yéndose a dormir.

XXXI

Carlos no tenía tanta edad pero su organismo no daba más, la sangre se le envenenaba. La Gorda lo acompañó a cada momento, confundiendo su tranquilidad con mansedumbre. Se puso tan mal que tuvieron que internarlo en el hospital. La última vez que se vieron padre e hijo, Carlos le dijo con orgullo:

–Soy yo el que se está muriendo.

Su hijo se quedó mirando la sonrisa de satisfacción de ese padre que durante su niñez había sido un extraño, y finalmente le dijo:

–Lo que hiciste de tu vida fue toda una proeza, ¿sabés? –Algo parecido me dijo el señor Gabriel hace muchos años, contestó Carlos, gastando las últimas energías en su alegría.

No fue un entierro muy triste. Carlos había sido querido, pero no se lo iba a extrañar demasiado. Luego de un tiempo La Gorda localizó el lugar donde trabajaba Corina y por curiosidad fue a verla. Se enteró de que tenía cáncer y que la habían operado para prolongarle un poco la vida. Estaba convertida en un espectro que miraba con la avidez del que quiere aferrarse a las cosas que le pasan por delante de los ojos. La Gorda la reconoció por su mirada desorbitada. No iba a decirle nada, solo dejar una ropa que llevaba como excusa, pero cedió a un impulso repentino y preguntó:

–¿Usted es Corina?

Corina se quedó paralizada. La Gorda volvió a hablar. –Yo soy la madre de Antonio, uno de los chicos con los que anduvo su hija.

–Antonito, que buen chico –dijo Corina aliviada, y siguió como hablando para sí misma–: Acá me tiene, lo perdí todo, ¿sabía?

La Gorda asintió y Corina retomó la conversación.

–Mi hija resultó una traidora pero lo va a pagar carísimo. Ante el gesto de perplejidad de La Gorda, Corina explicó: –Durante mi matrimonio con Walter desarrollé ciertas capacidades, usted sabe que mi marido se dedicaba a investigar cuestiones que no están al alcance de

todos. –La Gorda volvió a asentir y Corina siguió–: Yo puedo anticipar lo que va a suceder, cómo se van a desarrollar los hechos mucho antes de que ocurran, y lo que le espera a Paqueta es terrible.

La Gorda quería decir algo pero no se le ocurría, y la mirada extraviada de Corina la inquietaba.

–Paqueta tiene dos hijos, ¿sabe?, y Walter no era el padre de Paqueta, eso ella lo tiene muy claro. De lo que no tiene ni idea es de quién puede ser su verdadero padre, nunca le importó tampoco, pero en un futuro muy cercano ese dato va a ser vital, ¿sabe? –La Gorda levantó las cejas, Corina estaba embalada y siguió–: Va a necesitar algo para lo cual no le va a servir la plata de ese delincuente de guante blanco que la mantiene, ¿a quién cree que va a tener que recurrir entonces?

La Gorda sonrió, Corina interpretó que le era reconocida una victoria y se entusiasmó.

–Y mi precio va a ser muy alto, me va a tener que devolver todo lo que me robó y mucho más, me va a tener que dar las gracias de rodillas, ¿sabe?

La Gorda se quedó mirando esa cara desencajada en la que aún se notaban las cicatrices de su ataque tantos años atrás. Se encontró caminando hacia su casa sin saber muy bien cómo se había despedido de Corina. Llevaba la bolsa con la ropa que supuestamente era para lavar.

XXXII

Pasó un tiempo de tranquilidad para La Gorda. Se veía con algunos de sus hijos y nietos, con otros se había distanciado. A Antonio lo veía siempre. Él vivía como quería, nunca le faltaban recursos para ningún emprendimiento que se lo ocurriera llevar adelante, trabajando aquí y allá en cuestiones relacionadas con el conocimiento, según sus explicaciones enigmáticas que la dejaban en ayunas. No cumplía horarios ni tenía patrones ni era parte de la burocracia estatal o privada.

Como el señor Gabriel en su momento, su hijo era catalogado por los vecinos como un gran profesor, un maestro decían algunos, aunque a ella no le constaba que enseñara materia alguna ni tuviera vinculaciones con establecimientos educativos. Pero no se hacía problema, había llegado a la conclusión de que lo que Antonio no le contaba era para no perturbarla y a esta altura ella tenía una confianza ciega en su hijo. Además, la tranquilizaba saber que había cuestiones más allá de su entendimiento. Antonio se había convertido en otra persona, no en un extraño, era uno de sus hijos, pero entre ellos crecía una distancia que no tenía que ver con lo afectivo. Recordó su infancia, cuando tenía que tragarse las misas interminables, cuanto la obligaban a leer la Biblia, y aquella terrible frase de Jesús en que parecía negar a su madre y sus hermanos ante la multitud. Ahora, a tantos años de distancia, le parecía cada vez menos terrible. Antonio no solo se parecía al señor Gabriel, hacía las mismas cosas. Era tan extraño, tanto ella como su hijo tenían más presente al señor Gabriel que a Carlos. Ella ya se iba. Había ido a visitar a Antonio pero a la tarde venían dos o tres chicos del barrio a estudiar matemáticas con su hijo. Les iba mucho mejor en el colegio desde que él los ayudaba. Hasta habían empezado a pedirle prestados algunos libros, que invariablemente Antonio les regalaba si eran capaces de demostrarle que los habían comprendido. La Gorda quería estar lejos del bullicio de los chicos, pero mientras tomaba sus cosas para irse una nena que ya se acomodaba en la mesa le llamó la atención de inmediato. Tenía algo especial, no podía definirlo, un aire, una forma de moverse que le resultaba familiar. Miró a su hijo como para preguntarle algo, aunque todavía no sabía qué y se encontró con que la observaba.

–No digas nada –le advirtió con ternura.

–No, para qué –terminó ella, acercándose para recibir su beso en la frente antes de irse para su casa.

Antonio se quedó viéndola alejarse con la dificultad de los años y su inmenso culo bamboleándose de lado a lado con cada paso. “Qué

mujer –pensó– qué implacable intuición". Ella no había tenido acceso a los conocimientos que el Chamán Blanco le pasara al señor Gabriel, que el señor Gabriel le pasara a él, ni siquiera a los que Carlos había atisbado aferrándose a la última oportunidad que el entramado le había brindado. Sin embargo, a pesar de todas las dificultades de su vida y de haber comenzado con todo en contra, ella se había construido una manera digna de vivir. Llegaron un par de chicos más que entraron como si fuera su casa –tal como él hacía cuando iba a lo del señor Gabriel– y lo comenzaron a llamar desde adentro, pero se quedó un poco más en la puerta viendo alejarse a su madre hasta que ya no pudo distinguirla de los demás.

XXXIII

La Gorda sabía que Nelly, la hija de su comadre, trabajaba como doméstica en casa de gente rica. Había visto a su patrona una vez que anduvo por la parte residencial del barrio. Era una mujer distinguida a la que la belleza abandonaba a pesar de las cirugías, el esmerado maquillaje y el buen vestir. Pasaron varias horas hasta que le vino la respuesta, Paqueta. Fue de inmediato a la casa de su comadre y le contó del porqué de su interés en ella. Se enteró de que Nelly vivía con ella porque era muchacha con cama adentro, que la señora se había divorciado pero tenía un piso de lujo y una mensualidad importante, que los hijos no le daban bola y no era para menos porque los había criado Nelly. En cuanto a Corina, se enteró de que luego de otra cirugía por cáncer había ido a parar a un psiquiátrico del Estado donde había muerto en abandono. La Gorda se quedó pensativa. Esa mujer, a la que tanto había odiado y hasta querido matar, ahora le daba lástima.

–No creas que la hija anda muy bien –le aclaró su comadre– se despierta todas las noches gritando por las pesadillas, no puede descansar y eso que la tienen empastillada. Lo peor es que tampoco des-

cansa Nelly. Antes le pasaba de cuando en cuando, ahora todas las noches la despierta esa loca con sus gritos: "¡Traficante de mierda, te voy a matar!".

–¿Traficante de mierda? –repitió La Gorda asombrada. –Sí, ¿por?

–Se lo habrá dicho alguien alguna vez.

–No es para marcar así a una persona –descartó su comadre.

–Depende –terminó La Gorda, y para evitar más explicaciones le contó a su comadre por qué en el barrio le decían Paqueta a "la señora". Rieron un buen rato con eso. De lo otro, no contó nada.

Epílogo

Pasaron unos años y La Gorda se sentía cada vez más cansada. De golpe el tiempo se le hacía sentir en la carne. Había tenido un prolapso de útero por el cual le habían puesto un pesario y usaba una faja. Apenas podía caminar porque le dolían mucho las rodillas. El doctor ya la tenía cansada con eso de que adelgazara. Uno de los hijos se había venido con su familia a vivir con ella, así que sola no estaba. Antonio pasaba dos o tres veces por semana a verla. Ese hijo que le parecía tan distante aunque pensar en él la llenara de orgullo, ahora la había acompañado a la puerta llevándole una silla. El barrio era chato y de calles anchas y ella se había acostumbrado a ver el atardecer si el tiempo estaba lindo. Se sentó y se quedó mirando las nubes en el horizonte, que con la puesta del sol habían tomado un suave color violeta. "Qué lindo color", se emocionó, pero se contuvo al acordarse de que Antonio estaba con ella. Él le dio un beso en la frente y se fue. Se quedo viendo como su hijo se empequeñecía con la distancia. No le sacó la vista hasta que ya no pudo distinguirlo de los demás.

En estos días se le venían los recuerdos sin llamarlos. Su niñez solitaria y de privaciones, su marido que parecía haber muerto un siglo atrás, y el señor Gabriel que tanto había influenciado su vida y la de sus hijos. ¿Estarán en algún lugar o uno desaparece así como así? Pensó en su melliza, que tan poco había vivido pero había determinado que ella fuera a parar con los abuelos. Ya estaba poniéndose oscuro, era tiempo de irse.

Una vez muerta su madre, nada ató a Antonio al barrio. Antes de irse les comentó a sus hermanos que quería conocer el Machu Picchu, las pirámides de Egipto y vaya a saber qué otras cosas más. Cerró la casa y se fue. No quedaba nadie que pudiera extrañarlo y los pocos que lo conocieron sabían que de lo último que tenían que preocuparse, era de él.

La consentida

(2003)

Primera parte

I

De nada sirvieron las protestas de Jazmín ante su padre. Los argumentos que le daba para semejante decisión eran imperativos. Con el transcurrir de las explicaciones, que más que brindadas a una hija eran instrucciones para un subalterno, Jazmín fue comprendiendo que no tenía salida. Si quería seguir viviendo en el lujo, sin trabajar por el resto de su vida sin preocuparse por nada, si quería seguir satisfaciendo sus deseos y caprichos de inmediato, sin importar los costos, si quería seguir disfrutando una vida de privilegio, esa vida que era superior a la que le hubiera correspondido a una diosa griega, no tenía salida. No había leído un libro en su vida y jamás se había molestado por nada que no tuviera como objetivo directo su placer. Sin embargo, aun en la

existencia de los dioses griegos o romanos, tarde o temprano hay que pagar un precio. Se paga por una cierta libertad, se paga por un poco de dignidad y hasta se paga por el simple placer. Ella, que ni siquiera les había concedido a sus padres el gusto de terminar de estudiar, ahora descubría que tenía que empezar a pagar. ¿Cómo iba a estudiar, cómo iba a quedarse en ese colegio de lujo jugando al jockey y hablando en inglés con las pelotudas de sus compañeras, cuando podía estar esquiando en Suiza, o vegetando en una playa del Caribe, o donde se le diera la gana? Si con toda la plata que tenía su familia podía contratar a quien fuera para ponerlo a su servicio, ¿para qué quería conocimientos?, era una estupidez. Y ahora se enteraba de pronto que su mundo artificial se había desmoronado sobre sí mismo y que la única forma de sostener su estilo de vida era con un matrimonio de compromiso. Y además la culpa, ya que si no aceptaba sus padres y hermanitos conocerían la miseria en carne propia. Un matrimonio de conveniencia a principios del siglo XXI. Habían sido de lo más comunes durante toda la historia de la civilización, eran una estrategia para sumar fortunas familiares y asegurar su concentración en manos de los herederos, era garantizar el poder a la propia sangre. ¿Qué ganaría la familia del futuro marido? El acceso a propiedades y maquinarias que no podían ser vendidas pero sí explotadas si se invertían los capitales suficientes, los contactos de su padre con políticos y jueces, y la nobleza de familia de vieja alcurnia, que servía para los negocios y negociados como la cereza de la torta. Muchos nuevos ricos hubieran matado por tener ese lustre de vieja alcurnia, ese aire tan elusivo que tiene la inútil aristocracia criolla. Y a ella le sobraba. Jazmín hablaba con esa tonada de "barrio norte" que tanta gracia causa a los argentinos comunes, engolando la voz, pronunciando las erres patinadas y terminando las frases con un semitono de pregunta permanente, como si quisiera hablar el castellano con la cadencia del inglés de los patrones que desde mediados del siglo XIX hasta principios del XX, se adueñaron del país con sus empresas, sus latifundios y sus costumbres civilizadas. Ella sabía

muy bien que mientras se pasaba la gran vida, la mayoría de la gente se deslomaba trabajando todo el día, solo para sobrevivir. Sabía que las Villas Miserias estaban llenas de chicos y jóvenes de su edad que se iniciaban en la prostitución luego de ser violados por sus propios padres o hermanos, que a su misma edad muchas mujeres cargaban con tres o cuatro hijos y envejecían prematuramente, que la mayoría de ellos tenían el cerebro reventado de aspirar pegamento desde los tres o cuatro años y que en adelante solo les quedaba seguir dándose con todo lo que pudieran conseguir.

La discusión transcurrió por estos y otros tópicos similares, y la fue ganando la impresión de que no tenía alternativa, ni siquiera tenía derecho a quejarse, de que por su culpa terminarían vagando por las calles y comiendo de la basura como perros abandonados, como tanta gente en tantos lugares del mundo. Finalmente aceptó la imposición de su padre como si estuviera haciendo un trato, aunque así no fuera. Por el bien de la familia, por el bien de sí misma, finalmente aceptó.

II

No lo conocía. Fueron a almorzar a un restaurante para verse por primera vez acompañados cada uno por su respectivo padre. La madre de Marcos había fallecido y la de Jazmín, que aunque estaba separada hacía tiempo de su padre vivía en la misma casa, fue excluida. Ya que se trataba de un negocio, no tenía nada que hacer en esa primera reunión. Aunque Marcos sólo tenía treinta años, ella con sus diecisiete lo veía como a un viejo, y para colmo un viejo inútil, ya que se había pasado casi toda su vida en la joda. Un play-boy que un par de años atrás había sido forzado por su padre a ocupar la presidencia de una de las compañías familiares. Ahora se lo podía presentar como a un hombre de negocios aunque ni siquiera tuviera idea de qué significaba eso, y lo peor de todo era que ya no podría dedicarse con despreo-

cupación adinerada a jugar al polo. Él también se había opuesto a la proposición de su padre, y si bien todavía no habían podido sacarle su consentimiento ni siquiera con la amenaza de cortarle los fondos, había ido a la reunión más por curiosidad que por otra cosa. Cuando la vio se entusiasmó de inmediato, ¡la pendeja era una preciosura! Se saludaron dándose la mano, y la comida transcurrió con la animada charla de sus padres centrada en los futuros negocios mutuos y las implicancias de una alianza de sangre en sus ambiciosos proyectos. Ella no tenía ganas de hablar y Marcos sabía que si decía más de cinco palabras juntas notaría de inmediato su banalidad, así que fue lo suficientemente astuto para hablar poco. Quedaron en encontrarse en un par de días en una reunión familiar, en la casa del padre de Jazmín, y se despidieron, esta vez con un roce de mejillas que hizo las veces de un cortés y lejano beso.

El padre de Marcos estaba contento, su hijo había entrado como un caballo, ¡ya se la quería voltear! Como a todas esas modelitos estúpidas, como a todas esas secretarias diligentes. "Por lo menos esta vez va a servir para algo", pensó imaginando el producto, un nieto. Así alguien heredaría el fruto de tantos esfuerzos, así algo de él quedaría por siempre en este mundo, generación tras generación. ¡Los pobres se reproducen tan rápido!, y él hasta esto había tenido que manejar. En fin, ya estaba arreglado. "Si no le hace un hijo a esta piba es que no sirve absolutamente para nada –pensaba– y con un poco de suerte mi nieto será un poco menos imbécil que mi hijo".

III

Se arregló el matrimonio para dos meses después, quedando la organización a cargo de algunos empleados de confianza. Ella no se ocuparía de nada, quería tener que ver lo menos posible e inclusive ni enterarse de los programas para la ceremonia y las fiestas. Para su

familia era imprescindible cumplir con la parafernalia ridícula de estos eventos. Tenían que estar a tono con las exigencias de su entorno social, después de todo esa era una de las razones para este casamiento. En esos dos meses Jazmín y Marcos se encontraron varias veces para cenar o almorzar con sus padres, y apenas cruzaban algunas palabras ya que ella se mostraba impermeable a cualquier intento de acercamiento. Seguían siendo extraños, Jazmín hacía lo imposible por ignorarlo y Marcos a pesar de estar cada vez más resentido por esta actitud, también disfrutaba de alguna forma. Anticipaba con lascivia el momento en que tuviera a esa cogotudita entre sus brazos. La única satisfacción que tuvo Marcos en esos días, fue la admiración y envidia lujuriosas que le manifestaron con los más groseros comentarios sus amigos. Pero tuvo que hacer malabarismos para que Jazmín no lograra hacerle pasar vergüenza frente a ellos. Sabía que si intentaba presentárselas, Jazmín no dejaría pasar la oportunidad de asestarle una ofensa arrasadora, así que sugirió que se fueran presentando a sí mismos, fingiendo que tenía que atender algún asunto urgente y rezando porque ella se comportara en forma mínimamente conveniente. Se mantuvo lejos pero expectante y para su alivio Jazmín no solo intercambió algunas frases amables con cada uno de ellos sino que también estuvo simpática y por momentos encantadora, festejando con su risa algún comentario gracioso de sus nuevos admiradores. La risa de Jazmín, esa carcajada brutal que ella soltaba sin ningún decoro, lo encandilaba. Por qué no podía reír así con él, por qué ni siquiera una sonrisa aunque más no fuera por piedad. Era curioso, no conocía a ninguno de sus amigos y los trataba infinitamente mejor que a él, que tenía que permanecer alejado, escondido por la distancia. Así pasaron todas las etapas de la boda, entre la indiferencia de ella y el acecho anhelante y paciente de él. Casi de inmediato tomaron un avión hacia el Caribe. Pasarían dos semanas en las playas paradisíacas.

Marcos no había podido ni siquiera tocarla, no se habían besado ni en la iglesia ni en el registro civil ya que ella le había vuelto la cara

desairándolo en público, dejándolo avergonzado ante parientes y amigos. Actitudes como esa y peores le había dedicado Jazmín al pobre Marcos, que todavía no se acostumbraba a la degradación altanera que ella le provocaba en cada oportunidad que se le presentaba. No se iba a acostumbrar nunca, aunque cada vez se recuperaba más rápido del estado de mortificación en que quedaba. Tampoco había habido oportunidad de acercamiento luego de la fiesta. El avión salía en un par de horas y tuvieron que correr al aeropuerto. Ahora ella había reclinado el asiento para dormir un poco y Marcos aprovechaba ese momento de rara tranquilidad a su lado para observar complacido la belleza de su esposa, podía mirarla sin que lo censuraran los desplantes silenciosos de la chica, podía observar con impudicia su escote, sus piernas, incluso podía babearse si quería. Deseaba ya acostarse con ella, lo antes posible. Estos meses de espera y la actitud desafiante de Jazmín, que paradójicamente había aceptado el arreglo matrimonial con menos resistencia que él, habían fermentado sus pasiones al límite de lo que podía aguantar. Que fuera una extraña no sería problema, él se había acostado siempre con extrañas. ¿Jazmín iría a la cama con la misma mansedumbre con la que había sobrellevado este proceso, o tendría que forzarla un poco? ¿Sería virgen acaso? No era imposible dada su juventud, y no importaba, lo iba a disfrutar igual, lo iba a disfrutar muchísimo.

IV

Llegaron al lujoso hotel frente a la playa donde tenían reservada una de las mejores habitaciones. Marcos caminaba detrás de Jazmín con los ojos fijos en el precioso culo de su esposa. Al entrar en la habitación sonrió complacido ante la inmensa cama que los esperaba. Miró a Jazmín, que de inmediato desvió los ojos poniéndose colorada. “Hay tiempo, hay tiempo –pensó Marcos– ahora mando yo”. Fue al

baño arrepintiéndose de todo lo que había tomado en el avión, porque lo obligaba a retrasar unos segundos su obsesión, pero al salir se encontró con la sorpresa de que Jazmín no estaba. Solo su valija abierta arriba de la cama. Salió al corredor y estaba desierto, intrigado fue hasta la recepción del hotel. Había tardado tres o cuatro minutos en el baño, ¿cómo había desaparecido así? El conserje le dijo que sí, que acababa de ver a su señora ir hacia la playa, frente al hotel. Hacia allí fue Marcos para encontrar a Jazmín recostada en una reposera tomando sol en el balneario repleto de turistas de diversas nacionalidades. Estaba espléndida, con su cuerpo magnífico, con esa frescura que solo da la juventud, perfecta. Tanta belleza lo encandilaba y el pensar que era suya se le disipó el enojo. ¿Cómo había hecho tan rápido? Debería haber llevado la malla puesta bajo la ropa, era la única explicación. Prácticamente se había escapado. ¿Le tendría miedo a él, a la relación sexual que se insinuaba irremediable?

–¿Cómo te fuiste así? –preguntó Marcos con toda la amabilidad posible.

Ella, lánguidamente abrió los ojos por un segundo, lo miró con desprecio de refilón y los volvió a cerrar. Marcos sonrió resentido. Si había algo claro, era que en ella no había temor. "Está bien putita, me cagaste otra vez", pensó. Se quedó sentado un rato junto a la reposera, admirando el cuerpo de su mujer cubierto solo por una tanguita minúscula, mientras ella cada tanto se ponía boca abajo o boca arriba para tostarse parejo. Y mientras Jazmín se empeñaba en ignorarlo él siguió pensando "Disfrutá tus desplantes, en cuanto vuelvas al hotel te voy a dar tanto, pero tanto, que vas a haber preferido que te violara un regimiento", y se fue a esperar a la habitación, donde se quedó el resto de la tarde dando vueltas como un león enjaulado. Se bañó con lentitud y se vistió sólo con un slip y la salida de baño. Así esperó, tomando un whisky tras otro. Las horas pasaron y Marcos empezaba a pensar que Jazmín le había hecho otra jugada. Ya eran las ocho de la noche, debería hacer frío en la playa, ¿no se habría ido esta guacha?

Cuando Jazmín entró a la habitación, suspiró aliviado. Mientras se desanudaba el pareo de la cintura, pasó junto a él camino hacia el baño y sin mirarlo dijo al aire, como si hablara sola.

–Voy a darme una ducha.

Marcos la tomó del brazo y hablándole con firmeza por primera vez le dijo:

–Después nos bañamos juntos.

Jazmín se soltó bruscamente y con toda la furia en la cara le preguntó a los gritos:

–¿Qué carajo te pasa?

–A mí nada, a vos te va a pasar de todo –contestó Marcos sonriendo mientras intentaba abrazarla.

–¡No te pasés de la raya, boludo!, lo nuestro es solo un contrato comercial, entre nosotros no va a haber nunca nada, ¿o pensaste que yo iba a darle bola a un infeliz como vos?

Marcos tiró la salida de baño a un costado y mientras se sacaba el slip dejando la erección de su imponente verga a la vista le dijo:

–Desnudate y tirate en la cama.

Ella se dio cuenta de pronto que ya no dominaba la situación e intentó salir corriendo de la habitación, pero Marcos la alcanzó antes de llegar a la puerta y la llevó de los pelos hasta la cama. La acostó boca abajo y se sentó sobre sus nalgas, le desabrochó el corpiño para tirarlo lejos y luego tomó las cintas transparentes que sostenían la tanguita cruzando a los costados de sus caderas y en un solo movimiento se retiró para atrás quedándose con la última prenda en sus manos. Jazmín, todavía dueña de sí misma, no perdió tiempo siquiera en mirarlo e intentó gatear rápidamente hacia el otro borde de la cama para correr a encerrarse en el baño. Marcos fue otra vez más rápido y la agarró de un pie, la arrastró hacia él haciendo caso omiso de los gritos, los insultos y los manotazos de la joven, y la puso boca arriba. Sujetándola de los tobillos le levantó las piernas y se le acostó encima. Solo soltó brevemente uno de los tobillos para guiar

su pija endurecida al máximo hasta la entrada, entonces, recibiendo los manotazos de Jazmín, empujó hasta el fondo con todo su peso de una vez, entrándole hasta los huevos. Ella detuvo su lucha en forma súbita y se quedó quieta unos instantes, asombrada y vencida. Él hizo algunos movimientos lentos y muy medidos, mirando alternativamente la cara de Jazmín y su concha, por donde su pija entraba y salía en un movimiento suave, pausado, de apenas unos centímetros. Sonrío francamente cuando sus ojos se encontraron con los de ella y le preguntó:

–¿No me estaré pasando de la raya, no?

Aprovechando que Jazmín todavía parecía no reaccionar, Marcos le soltó los tobillos dejando que las delicadas piernas bajaran a los costados de su cuerpo. Ya acostado sobre ella, pegado un cuerpo contra el otro, le pasó el brazo derecho bajo la espalda en diagonal, tomándole con la mano el hombro y su antebrazo soportando su propio peso. Luego pasó el brazo izquierdo bajo el cuerpo de Jazmín donde su mano trató de abarcar las nalgas suaves y firmes de la joven. Entonces ella retomó su resistencia más por orgullo que por la esperanza de zafarse y mientras le clavaba las uñas en los hombros y espalda, ponía la cara de un costado al otro para que Marcos no la besara en la boca, repitiendo una y otra vez con los dientes apretados:

–¡Hijo de puta, hijo de puta!

–Tranquila chiquita –le decía él susurrando–, tranquila que esto va a durar, si de algo sé es de esto, así que andate suavizando.Marcos se movía apenas, con una lentitud que hacía evidente que estaba saboreando ese placer. Se había estado conteniendo mucho tiempo, y aguantándole la falta de consideración, las humillaciones públicas y los desplantes.

Se le soltó alguna lágrima a Jazmín, más de enojo que de otra cosa. El mismo enojo con el que trataba de disimular el placer que había sentido desde el primer momento de la penetración y que se hacía creciente en cada leve movimiento de Marcos. Cuando se le escapaba

sin darse cuenta un gemido, de inmediato lo seguía con la repetición como una letanía de la única frase que venía a su mente, la única que podía articular.

–¡Hijo de puta, hijo de puta!

Pero no podía disimular el endurecimiento de sus pezones, ni que entre sus piernas se chorreaba. Y no era una descarga de él, que evidentemente tenía un control formidable y la estaba haciendo larga. Era ella y lo peor era que él se iba a dar cuenta, eso la ponía más furiosa todavía. Mientras lo tuviera arriba no tenía otra alternativa que soportarlo, soportar el dolor y soportar el placer. En los papeles eran marido y mujer pero la estaba violando. Le vino un orgasmo intenso que intentó disimular encubriéndolo con la furia que le salía de los ojos, del gesto fiero, de la tensión de todo su cuerpo.

–¡Hijo de puta! –repetía cada vez que se acordaba.

Para no retorcerse de placer se ponía rígida, con los músculos como abarrotados en un tremor de varios minutos, lo que podía haber pasado por un suave ataque de epilepsia o a su pesar, por una infrecuente manera de manifestar el gozo extremo. No solo la estaba violando, la estaba haciendo disfrutar a la fuerza, y así tuvo un orgasmo y después otro, haciendo increíbles esfuerzos de voluntad para que pasaran desapercibidos. Marcos seguía en lo suyo, manteniéndola aprisionada bajo su cuerpo pero sin aplastarla, como si al mismo tiempo quisiera cuidarla. Parecía como si pretendiera quedarse así por el resto de su vida, estaba muy concentrado en disfrutar sin descontrolarse, sin terminar. Sólo alguna que otra vez le habló a ella al oído, para susurrarle:

–¿Está rico mamita, te va gustando?, ¡eso mi chiquita, eso!

Jazmín ya había pasado del cuarto orgasmo sin querer concederle a Marcos la posibilidad de que algo de lo que le hacía lo estuviera disfrutado. Ya se había quedado quieta, no trababa de pegarle, no porque no quisiera, ya que lo hubiera matado ahí mismo si fuera posible, sino porque se había dado cuenta de que era infructuoso y se encontraba

físicamente agotada. Además, el cuerpo de Marcos, atlético y fuerte en su madurez, parecía absorber los golpes y arañazos sin molestarse. No había intentado morderlo, sabía que no podía pasar ese límite, sabía que si Marcos le soltaba instintivamente un puñetazo, podría resultar devastador. Pero todavía le faltaba una pequeña humillación a la altiva joven. Marcos, que había mantenido su mano izquierda bajo las nalgas de Jazmín, le recorrió la raya de culo con el dedo mayor y aplicó una presión sostenida para entrarlo. Jazmín se sacudió por primera vez en varios minutos.

–¡Salí, eso no!

–¿Qué pasa, muñeca? –preguntó Marcos mientras el esfínter cedía de golpe para tragarse su dedo hasta la mitad.

–¡Sacame el dedo del culo, hijo de puta!

Pero él terminó de entrárselo hasta el nudillo y lo dejó allí mientras reactivaba sus movimientos pélvicos. Era evidente que el enojo de Jazmín después de su quietud, lo había sobreexcitado y ya no podría mantenerse, iba a terminar por fin. Pegó su mejilla a la de ella, para decirle:

–¿No se habrá ofendido la señora?

–¡Hijo de puta!

–Es para romper el hielo mi amor, así nos vamos conociendo mejor.

–¡Me las vas a pagar hijo de mil putas! –prometió Jazmín al borde de otro orgasmo y terminando de excitar a Marcos.

Él apuró más sus movimientos y empezó a empujar con fuerza al tiempo que le explicaba:

–Te estoy preparando para cuando te haga la colita.

Jazmín debió repetirle sus puteadas algunas veces más mientras apretaba los dientes y transformaba su cara en una mueca feroz para no demostrar el placer que la recorría. Él ya no escuchaba, estaba descargando tanto deseo contenido. Luego, aunque sus movimientos se hicieron mucho más lentos y pausados, siguió todavía bombeando

un poco más. Entonces le sacó el dedo y apoyó sus antebrazos a los costados del cuerpo de la chica. Quería quedarse allí, descansando sobre ella mientras se recuperaba de la agitación y del placer. Estaban empapados de sudor y él le dijo al oído:

–Te puse toda la lechita.

Ella solo contestó, ya inexpresiva:

–Hijo de puta.

V

En verdad que Marcos había aguantado mucho desde que su padre hiciera los arreglos y él conociera a Jazmín. No era violento pero esa noche se había soltado su frustración. Ella había llegado a hacerle una de las peores cosas que se le puede hacer a otra persona, no sólo lo había insultado públicamente, no sólo le había faltado el respeto reiteradamente, no sólo lo había hecho sentir un idiota en cada ocasión que se le presentaba, también lo había ignorado. Él hubiera querido ser capaz de construir otro tipo de relación pero la capacidad no era su punto fuerte. Uno de los gerentes de carrera de las empresas de su padre se lo dijo bien clarito el día en que lo despidieron "Si no fuera por la guita de tu viejo, estarías limpiando baños". Él sabía que era así, él sabía que todos sus allegados pensaban algo parecido de su persona, pero no había esperado nunca que la que tenía que ser su esposa por obligación, hubiera llegado aún más lejos en su afán por despreciarlo. Había aguardado con paciencia este momento y lo había consumado como una venganza. No se arrepentía, lo había disfrutado mucho. Aunque no la pudiera volver a tocar en su vida, habría valido la pena. Ella nunca lo hubiera amado, ni siquiera le habría dado la oportunidad de acercarse afectivamente. Después de esa relación forzada que él no hubiera calificado nunca como una violación, sabía que inclusive la amistad iba a ser imposible entre ellos.

Todavía estaba sobre ella, que no se movía en absoluto. Hubiera querido recuperar la erección y volver a cogérsela pero no podía, a pesar de que era tan joven no podía. Ya había puesto todo por esa noche, estaba muy cansado así que finalmente giró a un costado liberando el cuerpo de Jazmín y se durmió. Despertó cerca del mediodía, estaba solo en la cama, Jazmín se había ido.

"¿Me habrá dejado, habrá vuelto con su familia?", se preguntó Marcos mientras se bañaba. Luego se dio cuenta al secarse de que algunas de las toallas estaban húmedas, Jazmín se había bañado antes que él. También estaba su valija y su ropa. No era un dato determinante, tranquilamente podría abandonar sus cosas, le sobraba para comprarse todo lo que le hiciera falta. Fue al restaurante del hotel con la idea de tomar un desayuno tardío y al pasar por la recepción volvió a preguntar, aunque ya le resultaba incómodo, si habían visto a su esposa.

–Sí, salió temprano para la playa –le contestaron.

Le resultaba muy extraño, no era congruente que con la furia y el odio que le había manifestado Jazmín por la noche, ahora estuviera en la playa. Fue de inmediato hacia allá y se encontró con el pareo de ella colgado en la carpa, y como no la veía, se acercó al guardavidas y le pidió los binoculares. Había muy poca gente en el agua, así que se los prestaron unos minutos. Recorrió la orilla y la encontró saltando entre las olas, disfrutando del mar como solo pueden hacerlo quienes no tienen preocupaciones. Su cuerpo magnífico, su risa cuando una ola lograba revolcarla, su juventud irradiándole por la piel bronceada. Era cautivante y se comportaba como si no hubiera pasado nada. ¿Lo habría perdonado, tendrían tiempo todavía para reconstruir la relación? Cuando Jazmín volvió a la carpa, Marcos estaba absorto y confundido, sin saber qué decir ni qué esperar. Ella lo ignoró, ni siquiera un reproche, ni una mirada. Sólo se le había borrado la sonrisa apenas verlo, se le había endurecido el gesto y su frialdad absoluta le llegó haciéndolo tiritar por un momento. Se secó, acomodó la reposera y se

acostó a tomar sol. Marcos se quedó solamente unos instantes, estaba incómodo, se sentía desubicado y no podía iniciar una conversación. Volvió al hotel, comió algo y se quedó dando vueltas por ahí. A la tarde fue otra vez a la playa cuando ya estaba bajando el sol. No se acercó a la carpa donde estaba Jazmín, la vio de lejos tendida al sol, yendo cada tanto hasta el mar. Caminó un poco, primero hacia un lado de la orilla luego hacia el otro, manteniéndose lejos de ella, fuera del alcance de esos ojos que lo censuraban y lo hundían en el desprecio. Mientras volvía al hotel, se fue dando cuenta de que ella estaba otra vez controlando la situación.

Jazmín volvió a la habitación y de lo que había pasado entre ellos y cómo había pasado no se dijeron nada, ni de eso ni de ninguna otra cosa. Cenaron cada uno por su lado y durmieron en la misma cama. Él no la tocó, tuvo extremo cuidado en no rozarla siquiera. Ella se quedaba, se quedaba allí, incluso dormía con él. Marcos estaba desconcertado, ¿tramaba algo Jazmín? Claro que sí, le hervía la cabeza buscando el mejor camino para hacerlo sufrir. Cortándolo con el frío de su indiferencia, machacando una y otra vez sobre su culpa cada vez más evidente, ella sabía que terminaría destruyéndolo si Marcos era tan tonto como para quedarse. Pero esa estrategia era como la gota que horada la piedra, iba a llevar mucho tiempo y Jazmín no estaba acostumbrada a esperar, no sabía lo que era la paciencia, nunca la había necesitado.

VI

Pensó en hacerlo cornudo en su misma luna de miel para acelerar un poco las cosas. A la mañana en vez de irse a la playa como él esperaba, se quedó. Se entretuvo en pequeños quehaceres, como limarse las uñas, revisarse el cutis, mejorar su depilación impecable. Marcos no soportó mucho y se fue a dar una vuelta, a tratar de des-

pejarse. La presencia de su mujer era paradójicamente una presencia ausente y aunque él adivinaba su intencionalidad, lo hería. Su movimiento sinuoso e incitante a su alrededor lo excitaba y se fue para no hacer otra estupidez y tratar de tranquilizarse. Apenas Marcos salió, ella pidió que le mandaran una botella del mejor champagne. La llevó el joven botones que habitualmente estaba de turno a esa hora. Ya lo había visto el día anterior y a pesar de que el muchacho no había dado la más mínima señal, Jazmín estaba segura de que su belleza lo había conmocionado. Tendría apenas un par de años menos que ella y era uno de esos chicos que aprovechaban la temporada turística para tomar un trabajo estacional. La venganza no por obvia dejaba de ser eficiente, además era solo el principio. Jazmín quería que al volver su marido, todo el personal del hotel supiera que el camarero se había acostado con ella. Sabía que la noticia se iba a correr en minutos y sabía que ningún hombre deja de percibir ese ambiente enrarecido que se crea a su alrededor cuando todos saben lo que él se empecina en ignorar. Se iban a reír de Marcos, los mismos empleados que vivían de gente como él, gente a la que trataban como si fueran superiores solo por su poder económico y por su posición social. Lo iban a seguir tratando igual pero ahora a todos les iba a brillar la mirada y si hay algo que un millonario no soporta, es ver que la gente que lo rodea esté feliz. Cabía la posibilidad de que Marcos regresara antes de tiempo pero eso a Jazmín no le preocupaba, si así se daba que así fuera. Cuando el empleado entró con el pedido, ella solo tenía puesto un corto y provocativo camisón rosado, casi transparente. Hizo pasar al jovencito, que la miraba lo menos posible para no turbarse, le hizo servir un poco en una copa y le pidió que se la alcanzara, pero en vez de agarrarla metió dos dedos en el champaña y se los chupó comentando "Un poco seco, vamos a ver si encuentro algo más húmedo". El empleado se quedó quieto, no sabía si tenía vía libre o simplemente lo estaban histeriqueando. No hubiera sido nada raro que después de semejantes señales le cor-

taran el rostro, y aun de que lo acusaran de querer propasarse. Ella dejó deslizarse el camisón al piso, a través del pantalón palpó la pija endurecida y le dijo "Mejor vamos a probar cómo está esta cosita que parece tan rica", y empezó a caminar hacia atrás trayéndolo hasta que se tropezaron con la cama y cayeron juntos. El chico estaba totalmente vestido y apenas tuvo tiempo de abrirse la bragueta para sacar un choto aceptable, pero a punto de descargar. Jazmín se dio cuenta de que no había tiempo y se lo agarró para ponérselo ella misma, pero apenas lo manoteó el joven soltó involuntariamente su semen copioso, haciendo un enchastre. Hizo algunos movimientos tardíos, y afuera. Jazmín lo esperó unos segundos y luego se lo sacó de encima a los empujones diciéndole:

–Tomátelas, y ni sueñes con otra oportunidad, inútil –y se fue a bañar.

Cuando Marcos volvió, algo le molestó al cruzarse con cada uno de los empleados. No sabía bien qué era pero lo incomodaba y se agregaba a todos los malestares de esa fatídica luna de miel. Jazmín se había puesto el pareo sobre la malla a modo de pollera y se cruzó con él en la puerta. Ni siquiera lo miró, era evidente que iba a pasar la tarde en la playa. Él entró y notó la cama revuelta, las sábanas con sus manchas húmedas y pegajosas, y ese olor ácido inconfundible. Se sentó y se quedó inmóvil, incapaz de alguna reacción. La situación lo había sobrepasado.

VII

Jazmín pasó la tarde retozando en la arena, como ya era su costumbre, como si fuera una adolescente consentida sin más ocupaciones que disfrutar. Ningún hombre podía dejar de verla, admirarla, desearla. Al anochecer el lugar quedó prácticamente despoblado de bañistas. Jazmín sacó de su bolso un antiguo prendedor del que se

había apropiado del alhajero de su madre. Era circular, de unos cuatro centímetros de diámetro. Un borde fino de metal amarillo enmarcaba una piedra lisa y roja, imitación barata de un rubí. Podría haber sido adecuada para el vestido negro de una señora mayor que tuviera mal gusto. En ella estaba fuera de lugar en cualquier circunstancia menos en esta. Fue hasta el baño y se metió en la ducha, se sentó en un banco y sacó una bola de algodón abriéndola por la mitad con los dedos sin terminar de separar las partes. Enderezó el largo y grueso alfiler de bronce del prendedor hasta que quedó en ángulo recto. Luego introdujo la parte adornada del prendedor entre las hojas de algodón atravesando una de las caras con el alfiler. Le quedó una bola de algodón de la cual salía el alfiler. Se bajó la malla y se introdujo la bola blanca en la vagina empujándola hacia dentro. Se vistió canturreando de contenta:

–Te voy a enseñar a pinchar, sorete a pilas.

Entró a la habitación más felina e insinuante que nunca y lo ignoró como siempre. Marcos había pasado toda la tarde encerrado, las sábanas sucias seguían ahí. Jazmín empezó a preparar la ropa para bañarse. Él estuvo a punto de hablarle, de gritarle, de pedirle explicaciones, de recriminarle y acusarla. Había estado esperando todas estas horas solo para eso pero ahora se daba cuenta de que así ella acentuaría su dominio. Entonces sin mediar palabra, cuando ella entraba al baño se le abalanzó y agarrándola del brazo la arrastró hasta la cama, mientras ella le gritaba "¡Soltame hijo de puta!". La acostó boca arriba y le agarró la cara con la mano para que dejara de gritar y para que no pudiera volverle el rostro de costado. Acercó su cara a la de ella y le dijo con suavidad:

–Está bien putita, me cagaste, me voy a ir a la mierda, te voy a dejar para siempre, voy a soportar el papelón social que me dejará marcado por el resto de mi vida y nuestros padres tendrán que meterse sus sucios negocios en el orto –decía– voy a pagar un alto precio por todo eso, pero ahora voy a gozar.

Jazmín logró zafarse de la mano que le apretaba la cara como la garra de un ave de rapiña, y comenzó a patalear y manotear tratando de pegarle. Él le arrancó la malla y sujetándola del pelo la puso boca abajo. Pasó la otra mano bajo ella haciéndole levantar el culo. Ya estaba en erección total, apenas acomodándose, empujó con una embestida brutal hasta el fondo. Ella emitió un gemido sordo, y él se quedó quieto de pronto, con un asombro inconmensurable, sin mover un músculo, sin siquiera respirar. Se puso pálido y miró hacia abajo. De la concha de Jazmín chorreaba sangre, la sangre de él que todavía no podía imaginar nada, solo sentir. Se retiró hacia atrás, la erección había desaparecido y en gran medida eso había contenido la tremenda hemorragia. Ella se acurrucó al otro extremo de la cama y lo miró por primera vez con toda la atención puesta en él. Estaba fascinada. Marcos solo atinó a apretarse los genitales con las dos manos y sin emitir sonido se desmayó. Jazmín fue hasta el baño, se metió los dedos hasta encontrar el alfiler y lo sacó. Lo puso sobre el borde superior del botiquín. Se lavó, se vistió y se fue a pasear con la idea de encontrar a su marido inexplicablemente herido, quizás hasta muerto cuando volviera. Ya vería entonces cómo manejaba la cosa. No tenía nada que temer, los abogados de su padre eran capaces de demostrar la inocencia hasta del señor de la Luz. Si es que Marcos se atrevía a hablar, porque si la historia corría no iba a poder mostrar la cara en ninguno de los lugares que solía frecuentar. Sería como un destierro, y un destierro suele ser peor que la muerte. No tenía nada que temer.

VIII

Se fue de shopping, miró vidrieras, se compró un montón de cosas que no necesitaba y volvió como si nada. Había un revuelo en el vestíbulo y el conserje le avisó que habían llevado a su marido al

hospital, que lo había encontrado una de las mucamas lastimado en la habitación. Jazmín fue hacia allí con desgano, sin siquiera molestarse en fingir preocupación, y encontró que estaban limpiando y la esperaba un guardia de seguridad. Éste le comentó que su esposo tenía una herida en los genitales y que habían llamado una ambulancia. Quería saber si ella podía tener alguna idea de lo que había pasado, porque si lograban dar una explicación coherente, evitarían que la policía se encargara de las averiguaciones y era mejor para todos. Le comentó también que Marcos había recuperado la conciencia, que parecía fuera de peligro, pero que no quería decir nada. Ella preguntó:

–¿Está seguro de que no quiere declarar?

–No quiere ni pronunciar palabra.

–¡El muy putañero!, habrá traído alguna de esas chicas de los barrios bajos o quizás algún travesti, habrá estado haciendo algunas de las porquerías y locuras que acostumbra.

–Aquí no dejamos entrar a esas personas, señora. –¿No se les puede haber pasado acaso?

El empleado se quedó pensando, la responsabilidad había pasado súbitamente al hotel y a él en particular. Entonces le dijo a Jazmín en tono conciliatorio:

–Eso podría explicar todo, voy a ver si averiguo algo más. Jazmín contestó con el esbozo de una sonrisa. Se daba cuenta de que Marcos finalmente no iba a hablar, y que el guardia solo estaba interesado en resguardarse a sí mismo.

Todos se fueron y estando sola se sintió por primera vez verdaderamente feliz desde que su padre le planteara este casamiento ridículo, entonces golpearon la puerta. Abrió molesta, dispuesta a echar a quien fuera y a exigir que la dejaran tranquila de una vez. Era el botones con el cual ella había intentado acostarse varias horas antes pero no pudo ni comenzar a gritarle ya que el chico sin decir palabra, le mostró la bola de algodón ensangrentada de la que surgía

el alfiler. Ella se sobresaltó y trató de agarrarla, pero él la quitó de su alcance como si fuera la sortija en la calesita.

–Esto tiene un precio –le aclaró.

Ella abrió la puerta y le hizo un ademán con la mano para que entrara. El botones le explicó:

–Lo encontró una de las mucamas.

–¿Cuánto querés? –preguntó Jazmín directa y seca.

–No es cuestión de plata.

–¿Entonces?

–¿Te acordás de esta mañana? –le dijo tuteándola por primera vez con sonrisa maliciosa.

Ella contestó apenas con la cabeza y él prosiguió:

–Me la hiciste pasar mal.

Jazmín no atinó a responder y fue él quien continuó hablando.

–Me dijiste que no iba a tener otra oportunidad pero aquí estoy y la voy a tener, no porque vos me la otorgues sino porque yo te lo impongo. Lo único que quiero a cambio de esta cosa diabólica que fabricaste, es cogerte –dijo–. ¿Algún problema?

–Bueno, no tengo muchas alternativas –dijo ella con frialdad mientras se empezaba a desvestir.

–Esperá, quiero recuperarme bien para poder darte como en la guerra, ésta es la dirección de un hotelcito en la ruta, te espero ahí mañana a las seis de la tarde, ¿está?

–Está.

–¡Y quiero puntualidad! –ordenó el muchacho cebado de autoridad.

Ella asintió con la cabeza mientras apretaba los dientes. Cuando se iba antes de cerrar la puerta tras de sí, el botones, se asomó de vuelta y con una sonrisa de oreja a oreja le dijo triunfal:

–Espero que hagas buenos petes –y se fue loco de contento.

IX

Jazmín no fue al hospital a ver a Marcos, ni siquiera llamó. A la mañana estuvo en la playa disfrutando. Volvió temprano, tenía que prepararse para su cita. Solo el conserje preguntó por su marido. Un "está mejor" al pasar, le alcanzó de sobra para corresponder al supuesto interés del curioso. No se vistió con la ropa fina e insinuante que acostumbraba, se puso un vaquero, zapatillas y una camisa amplia y cómoda. Sacó de su valija una pequeña pistola calibre 22 y la guardó en un bolsillo interno de la cartera. También guardó un juguetito que había traído de su casa, una prótesis peneana de goma rígida que emergía erecta de una base de la cual salían gruesas cintas. Sujetada a los muslos y cintura, ella misma pasaba a ser como un hombre muy bien dotado. El tamaño de esa pija artificial era imponente, la base, que iría apoyada en los genitales de Jazmín, tenía rugosidades para masajear el clítoris. Lo único que puede salir mal ahora –pensó– es que el pendejo se haya llevado a algunos amiguitos, pero en el peor de los casos los cago a tiros y la diversión quedará para otra oportunidad. Llegó al hotel piojoso al costado de la ruta, que consistía en una serie de pequeñas cabañas de un ambiente. No tuvo que preguntar en cuál la estaban esperando porque el muchacho había salido a la puerta apenas vio el coche. Jazmín había llegado cuarenta minutos tarde y no era casual, en esos cuarenta minutos al botones le había trabajado la cabeza a mil por hora, primero pensando en que se perdería la oportunidad de ponerle las manos encima a semejante mina, luego imaginando que quizás pudiera denunciarlo. Aunque él tuviera la prueba y aunque ella fuera la culpable de las terribles lesiones del marido, el botones sabía muy bien que la gente adinerada está siempre vinculada al poder y puede arreglar cualquier cosa. También era posible que le mandara un asesino profesional para sacarlo del medio, pero todas sus especulaciones terminaron cuando la vio al volante de un auto de alquiler ingresando al estacionamiento. Ella entró fingiendo turbación,

haciéndose la insegura. Se quedó parada en el medio de la habitación, de espaldas a él, que volvía a sentirse fuerte y avanzó resueltamente para abrazarla. Pero al llegar Jazmín se dio vuelta y le apoyó la 22 la en la frente, amartillándola. El muchacho se quedó congelado. Sabía que estaba a un segundo de morir, que un mínimo movimiento del dedo de ella le reventaría los sesos. Jazmín no tenía la misma mirada que al entrar. Tanto le había cambiado, que parecía tener otros ojos, ojos de leona en cacería, determinación e impiedad. Condujo al botones hasta la cama y lo hizo acostarse boca abajo. Le dio un precinto plástico y lo obligó a atarse la mano izquierda al elástico de hierro de la cama. Luego, apoyándole la pistola en la sien mientras le mantenía la cara hacia el otro lado, ella misma le ató la otra mano al lado opuesto con un movimiento rápido y preciso. Ya más relajada se puso la pistola a la cintura y reforzó las ataduras de las manos. Le sacó el pantalón y le recriminó:

–No te pusiste calzoncillo, mugriento.

Luego le ató las piernas a cada lado. El muchacho parecía una de esas presas que todavía vivas empiezan a ser comidas por una manada de fieras. Jazmín guardó la pistola en el bolso, se aseguró de que la puerta estuviera bien cerrada, y soltó una carcajada divertida mientras se desperezaba como si recién se hubiera levantado.

–Ahora te voy a coger yo a vos.

El joven todavía no atinaba a articular palabra, ella comenzó a desvestirse. Cada prenda que se sacaba, la doblaba meticulosamente para apoyarla en una silla. Él la miraba todavía en silencio. Le surgió la esperanza de que aún pudieran tener sexo, aunque fuera bajo su dominio. A medida que ella se iba desvistiendo y a pesar de su situación, el botones se iba excitando, aunque atado boca abajo su erección quedaba disimulada. No podía sacarle los ojos de encima. Desnuda, ella le sonrió con ternura y le preguntó:

–¿Estoy bastante bien, no?

Mientras se ponía alternativamente de espaldas, de frente y de

perfil, se levantaba el pelo y se sopesaba las tetas. Y estaba realmente muy buena, no como esas anoréxicas ridículas tan de moda entre las infradotadas de hoy en día. Tampoco era un cuerpo con trabajo de gimnasio ya que Jazmín era incapaz de cualquier sacrificio, tenía simplemente la belleza rozagante de la juventud. Entonces se le acercó y palmeándole las nalgas suavemente le dijo:

–Esperame un poquito que ya vengo, no te impacientes. Se llegó de una carrerita al el baño llevándose la cartera. En cinco minutos salió y fue directamente hacia él, caminando despacio, fijándole la vista con la cabeza amenazante hacia abajo y enarbolando la prótesis que surgía de entre sus piernas. Su delicado y armonioso cuerpo y los pechos medianos con pezones de grandes areolas suaves, contrastaban con la terrible verga erecta y grotesca. Sus rasgos angelicales, nada tenían que ver con la crueldad de su expresión. El joven intentó decir algo pero el asombro no lo dejaba, ella puso cara de compungida y apoyándole la mano en el hombro le dijo:

–Perdoname que no traje vaselina.

Entonces prendió la radio y dejó puesta una música pop, no muy fuerte, no iba a necesitar tapar los gritos porque las cabañas estaban separadas unas de otras y las contiguas estaban desocupadas. Se acostó sobre él, le acomodó la punta de la prótesis y empujó. La música sonaba pegadiza, recién ahí el muchacho comenzó a reaccionar.

–¡No, no, por favor!

Ella siguió haciendo fuerza entre los gritos y súplicas de él, hasta que pasó la cabeza de la falsa verga, entonces se acomodó mejor sobre el cuerpo del joven para sentirle la piel, y se la fue enterrando. Él trataba de soltarse pero los precintos le cortaban. Gritaba de dolor mientras lloraba. La música seguía sonando.

–No te preocupes, putito –le susurraba Jazmín–, después que te la entierre hasta la manija, te empiezo a bombear en serio.

–¡Basta, basta por favor, me estás haciendo mierda! –Shhh, tranquilo, relajate y tratá de disfrutar un poquito que ya estás entubado.

Jazmín logró terminar de entrarle toda la prótesis. El chico ya parecía no tener fuerzas para gritar más, entonces empezaron a pasar una música por la radio, tan rítmica, que había que haber sido una estatua para no bailarla. Ella le dijo feliz a los grititos:

–¡Escuchá, esta es buenísima, vamos a bailar!

Y empezó a llevar el ritmo con todo su cuerpo, especialmente sus caderas que hacían salir un poco la prótesis para hacerla entrar de vuelta de un saque. Ella cantaba algunas partes de la estúpida letra y parecía estar en trance, sin escuchar los gritos entrecortados de dolor que el joven había retomado. Hubiera sido excitante para él ver a Jazmín moviéndose de esta manera, admirar los movimientos de ese culo suave y terso que en cada contracción muscular imprimía impulso a la prótesis. Ella tuvo varios orgasmos que le provocaba la estimulación directa del aparato y la situación que con tanto esmero había preparado. Se divirtió mucho esa tarde, más quizás que con la trampa que le había tendido a Marcos. Cuando ya no pudo más, descansó unos minutos sobre el muchacho, se sacó el terrible aparato y se dio una ducha. Mientras se vestía el muchacho le pidió:

–Desatame por favor.

Ella fingió no haberlo escuchado, él repitió la súplica:

–Desatame, no voy a decir nada.

Ella se sentó al borde de la cama, le acarició la espalda y le dijo:

–Ya averigüé dónde vivís y si se te ocurre decir algo te voy a hacer ahorcar con las tripas de tu vieja, ¿entendés, corazón?

El chico bajó la cabeza resignado, entonces Jazmín se reclinó sobre sus nalgas y separándolas con una de sus manos inspeccionó el orificio enrojecido y edematizado que sangraba. Lo hizo con seriedad y concentración, con mirada profesional, como si fuera una doctora examinando una lesión. Luego se paró para irse al tiempo que le decía fingiendo preocupación:

–Parece que te hubiera explotado un petardo en el culo –y se fue dejando la puerta abierta.

X

Ya no tenía sentido la luna de miel así que volvió a casa y le explicó a su padre:

–Aprovechó que yo pasaba el día en la playa, organizó una orgía con otros degenerados y vaya a saber qué le hicieron, porque a mí no me quiso contar nada.

–Qué increíble, Jazmín, quién hubiera dicho que las cosas iban a ser así.

–¿Esto va a afectar tus tratos con el padre de Marcos?

–Por ahora no, hay que tener en cuenta que es su único hijo y para colmo ni siquiera le habla.

–Eso lo aprendió de mí –se le escapó a Jazmín.

–¿Cómo?

–Nada, nada.

–Bueno –dijo su padre finalmente– ya veremos cómo la voy piloteando, el negocio le convenía a las dos familias así que no me extrañaría que quede en pie, después de todo no fue tu culpa. –Y siguió–: Lo único que te voy a pedir es que no hagas escándalo, es necesario que en los papeles tu matrimonio continúe.

–Está bien –consintió Jazmín, fingiendo sumisión.

–Ya sé que se portó muy mal, que te traicionó y que encima resultó un fiestero, pero es imprescindible que por ahora dejemos las cosas así.

–No te preocupes papá, contá conmigo.

El padre sonrió complacido y la abrazó dulcemente mientras le decía:

–En qué baile te metí, hijita.

"Ya te lo voy a cobrar viejo de mierda –pensaba ella– ya te lo voy a cobrar."

XI

De vez en cuando le llegaba alguna noticia de la lenta recuperación de Marcos, que había tenido serias complicaciones con su herida, como infecciones y retracciones cicatrizales que le costaron parte de lo único que tenía para enorgullecerse. Aún se negaba a hablar de lo sucedido. Ella había vuelto a su vida de soltera en la casa de sus padres. Hacia tiempo que sus diversiones incluían un amante que era lo peor que hubiera podido imaginar su padre, tan racista, tan apegado a la alta sociedad y su glamour. El tipo era un indio sucio, trabajador explotado sin educación ni modales, como para hacerle reventar el hígado a papá con solo sospecharlo. Un negro de mierda, como diría él, como pensaba ella. Era un peón de albañil que había hecho algunos trabajos en la casa. A pesar de que ella podía tener a su disposición al hombre que quisiera, se había agarrado a éste casi como quien recoge una mascota, y lo mantenía en un cuartucho de un barrio miserable para volteárselo cuando se le ocurría, especialmente cuando su padre la retaba o le provocaba algún disgusto. El tipo tenía más de cuarenta años y trataba de estar a disposición de Jazmín. Sabía que era inconcebible que él tuviera la oportunidad de acostarse con una mujer como esa, que lo estaba usando, aunque no pudiera imaginar por qué ni para qué. Fuera como fuera, le interesaba prolongar esa situación el mayor tiempo posible. Jazmín fue a verlo una noche, varios días después de su vuelta de la luna de miel. Estacionó su coche a la vuelta, no se dio cuenta de que la seguían. Golpeó la puerta de chapa con la llave, y al abrir se le iluminó la cara al Negro que exclamó con espontaneidad:

–¡Cuánto hace que no venías!, pensé que te habías olvidado de mí.

–¿Seguiste recibiendo la plata que te mando todos los meses?

–Sin falta.

–¿Entonces?, ya te dije que yo vengo cuando me da la gana y dispongo de vos como me parece, ¡y acordate de no volver a tutearme!

–¡Sí, mi diosa! –dijo el Negro.

Mientras siguiera el juego de Jazmín, exactamente con las reglas de ella, tendría una posibilidad de estarle cerca, de acostarse incluso con una mujer que en una situación normal le habría sido inalcanzable. Encima lo mantenía. Ella preguntó con el tono que usaría una madre severa:

–¿Te estás bañando todos los días como te mandé?

–Cada día, por si a usted se le ocurriera disponer de mí. –Bueno, ponete en bolas

El Negro se quitó rápidamente la ropa, hasta las medias se quitó, y se quedó sonriendo y esperando a ver qué decía ella.

–Estás cada día más gordo, pelotudo, bueno ya estoy acá, tirate panza arriba.

Jazmín también se desvistió rápido, sin importarle las reacciones del Negro, sin hacer ningún movimiento ni gesto sensual. Él la miraba con la sonrisa instalada en su cara al tiempo que su erección llegaba al máximo. No era gran cosa lo que el Negro tenía para ofrecerle, ya lo sabía de antes, pero ahora que no lo había visto durante tanto tiempo, lo refrescaba. No se podía comparar con la verga del botones, mucho menos con la de Marcos, y menos aún con su juguete. Sonrió al recordar la prótesis brutal. "Algún día la voy a traer y te voy a destrozar el culo a vos también, negro de mierda", pensó. Él asoció su sonrisa con la inminente relación y se excitó al límite, pero no se movió ni dijo nada, no quería cometer ningún error que hiciera cambiar de opinión a la tiranuela. La podría haber sometido con su fuerza, no le hubiera costado nada, podría incluso matarla con sus manos pero la quería conservar a toda costa. Si fuera una mujer de las de su clase, podría tratarla tan mal como había tratado a "la Juana" antes de que lo abandonara con los críos. Tan mal como el hijo de puta de su padre había tratado a su madre, y el borracho de su abuelo a su sufrida abuela, y así. Siempre al mando, con la hembra a su servicio y alguna paliza de vez en cuando aunque se portara bien, para que quedara en claro quién mandaba. Pero esta rubiecita parecía una de esas que salen en las propagandas de las revistas. Ella lo miró con desprecio y le ordenó:

–Cruzá las manos detrás de la nuca y ni te atrevas a tocarme, negro sucio.

Luego puso música pop, se le subió encima y con sus suaves manitos se metió sola la pija del indio, que observaba en éxtasis.

Bajó las caderas y manteniéndola lo más enterrada posible empezó a bambolearse de un costado a otro al ritmo de la canción. Al rato pareció cansarse y volvió a ordenar:

–Ponete vos arriba.

Cuando el Negro se acostó sobre Jazmín, fue ella la que buscó otra vez la pija con su mano y la guió hasta la entrada. Él sabía que no tenía que hacer nada que no se le indicara específicamente.

–Movete –ordenó, lacónica.

Luego de que él empujara por unos segundos le gritó:

–¡Con la música infeliz, con la música!

Como pudo el Negro trató de llevar el ritmo y estaba por terminar dijera lo que dijera Jazmín. No se dio cuenta de que alguien había entrado. Era Marcos, que estaba a un costado de la cama con el aspecto ridículo que abultaba el enorme vendaje donde deberían haber estado sus genitales, sosteniendo la boca del cañón de una escopeta a trombón hacia la cabeza del Negro. Jazmín gozaba con los ojos cerrados y Marcos se quedó unos instantes extasiado ante su belleza y sensualidad. Luego fijó su atención en los reflejos del sudor aceitoso del extraño que jadeaba sobre ella y dijo sin que nadie lo escuchara:

–Ahora sí disfrutás conchuda, con esta mierda sí. Disparó. El escopetazo destrozó la cabeza del Negro y Jazmín aulló enchastrada de sangre y sesos calientes. Marcos se quedó mirando en silencio. Dos vecinos entraron corriendo a la habitación, eran amigos del Negro y uno de ellos que había sido interrumpido mientras trabajaba, llevaba todavía un martillo en su mano. De pronto Jazmín tomó conciencia de lo que había pasado y les gritó:

–¡Lo mató, mató al Negro!

Los hombres se abalanzaron sobre Marcos que apenas tuvo tiempo de accionar la corredera y ponerle un escopetazo al del martillo. El otro hombre logró manotear el arma y forcejearon.

Jazmín se puso el vestido, mientras tanto Marcos había derribado al vecino de un culatazo y lo remachaba contra el piso a escopetazos. Luego se sintió otro disparo y Marcos cayó hacia adelante con los ojos abiertos. Jazmín había sacado su 22 de la cartera y desde atrás le había puesto un tiro en la cabeza. Recogió todas sus cosas, incluso la vaina servida y caminó hasta su coche. Sin encender las luces se alejó manejando tranquilamente. Las encendió cuando ya entraba a la avenida, también puso la radio, estaban pasando la canción que tanto le gustaba. Bailaba suavemente mientras manejaba, hubiera querido hacer bailar al coche de un lado a otro de la calle pero no podía arriesgarse a que un policía la parara ahora, tenía que portarse bien.

XII

Se levantó al mediodía. Su padre la esperaba en el comedor y estaba desencajado.

–No vas a creer lo que pasó –le dijo.

–¿Algo grave?

–No sé cómo lo vas a tomar.

–¡Decímelo de una vez!

–Mataron a Marcos.

–¿Como? –exclamó ella tratando de disfrazar de asombro su regocijo.

–Cerca de la Villa, le dieron un tiro en la cabeza, también había otros tres tipos muertos, uno de ellos desnudo.

–¡Este Marcos! –empezó ella como si pudiera retarlo, y siguió–: No aprendió nunca ese promiscuo, ¡mirá con quien me habías casado papá! –terminó Jazmín, dando saltitos y sin poder contener la risa.

Su padre estaba desconcertado por todo lo que había pasado y por la reacción de su hija, pero se compuso en pocos segundos y le dijo:

–Ahora sos viuda, Marcos no tenía madre ni hermanos y su padre está muy mal, cuando se enteró tuvo un derrame cerebral así que no va a durar mucho. Sos la única heredera de la fortuna familiar de ellos y al casarte quedaste emancipada.

–Te vas a tener que hacer cargo vos, papá.

–Por supuesto –dijo él complacido–, voy a reunir el dinero y poder de las dos familias y manejarlos para exclusivo beneficio nuestro, es casi perfecto.

–Perfecto del todo Papi, estoy embarazada.

–¿De Marcos?

–¡De quién va a ser! –gritó ella poniendo cara de indignada.

–Perdoná, es que todo lo que ha pasado me tiene medio mal.

–No te preocupes, papá, ya tenés el poder que buscabas y como si esto fuera poco, un heredero en camino, te vas a poder morir tranquilo –terminó ella con suavidad y haciendo un mohín encantador. El hombre parpadeó varias veces desconcertado. Lo que le decía su hija era estrictamente la verdad, pero que lo expresara tan clara y abiertamente le resultaba desagradable. Ella siguió hablando–: Lo que sí, me vas a tener que enseñar esto del mundo de los negocios, quiero aprender a manejar las empresas y las inversiones de las que siempre estás hablando.

–¿En serio? –preguntó él gratamente sorprendido. –Sí, ya me tengo que dejar de boludear un poco, ¿no? –Mañana mismo te venís a la oficina conmigo, si prestás atención y ponés voluntad en un par de años vas a ser una empresaria de la puta madre.

Ella lo abrazó con calidez mientras pensaba "Entonces vas a ver, cuando ya no te necesite vas a ver lo que te pasa, papito".

XIII

Jazmín solucionó la mentira del embarazo con un supuesto aborto espontáneo. No tardó dos años en aprender todo lo que necesitaba, en apenas seis meses ya nadie podía enseñarle nada. Ella parecía tener una capacidad especial para comprender los asuntos esenciales del manejo del poder. El padre de Marcos no se había podido recuperar, y al suyo le tocó el turno un año después. Fue una tragedia, de esas tan imprevisibles y comunes hoy en día en las grandes ciudades. Interceptaron su auto en un semáforo y lo asaltaron. A pesar de que no se resistió y entregó todo lo que tenía sin hacer siquiera un gesto de contrariedad, le metieron quince tiros. Ella no lo tomó a la tremenda, nadie la vio llorar. "Qué chica tan fuerte", pensaron. Nadie la vio siquiera compungida. Los hombres de negocios cercanos a su padre le ofrecieron de inmediato su asesoramiento, pero ella los rechazó con mal fingida cortesía. No los necesitaba, no necesitaba a nadie. Como empresaria resultó implacable, se deshizo rápidamente de los empleados de confianza de su padre y no dejaba escapar ningún negocio que pudiera dejar ganancias importantes, aunque tuviera que desmantelar alguna fábrica dejando a cientos de obreros en la calle, aunque tuviera que tejer alianzas impredecibles con los personajes más siniestros de la política y los negocios, para luego intentar incumplir con su parte. Así pasaron algunos años, sin embargo ella todavía extrañaba algunas de sus diversiones. Pero debía tener cuidado, ahora que era conocida y poderosa tenía mucho que perder. Pensó en poner un hogar para niños huérfanos, así podría hacerse ver por la opinión pública como una buena samaritana ayudando a los más necesitados y de paso recuperar el dinero de los altísimos impuestos que se veía obligada a pagar debido a las ganancias que obtenía. Y lo que finalmente le importaba en realidad, usar a los chicos para sus diversiones sexuales.

Llegó a avanzar mucho en el proyecto pero era muy complicado, tendría que confiar en algunas de las personas encargadas del hogar,

sus víctimas tendrían que permanecer calladas, y cuando fueran saliendo al hacerse mayores, no habría forma de controlarlos. Podría eliminar a dos o tres de ellos, pero en algún momento alguien sospecharía. Estuvo de mal humor un tiempo por tener que dejar de lado sus planes. Lo atribuyó ante sus conocidos, a las complicaciones legales y políticas del asunto. "En este país, no se puede hacer una obra de bien", decía indignada. Ella necesitaba sexo y no podía darse el lujo de ser promiscua, tampoco quería atar su vida a nadie que pudiera condicionarla de alguna forma, ya fuera legal o sentimental. Encontró otra solución. Se conseguiría un novio aparente, alguno de los tantos empleados mal pagos que tuviera escasa capacidad y sobre todo baja autoestima. A ese lo usaría como macho normal, y para sus diversiones extras se conseguiría algún retardado mental, uno de los mogólicos que permanecen abandonados en las instituciones del Estado. Tendría que fijarse que fuera jovencito para que le durara un tiempo, asegurarse que funcionara sexualmente. Podría acondicionar un lugar aislado en el campo y tenerlo allí –pensaba– no sería difícil disponer todo y conseguir alguna mujer analfabeta que lo cuidara. Comenzó a preparar este proyecto, pero desistió antes de concretarlo. Era paradójico, ahora que tenía tanto poder, se sentía más vulnerable que antes. Era conocida y todos prestaban atención a sus movimientos, tanto, que si iba a cenar a un restaurante o al teatro, su foto aparecía publicada en las revistas. Jazmín había tenido que contratar guardaespaldas, a los que reemplazó con frecuencia al detectar algún deseo en la mirada, o una amabilidad detrás de la cual podían suponerse otras intenciones, aunque no pasaran de una fantasía. Y es que a los 25 años, conservaba intacta su belleza física impactante y una actitud y carácter que avasallaban con su presencia cualquier ambiente en el que irrumpía. Con mucho trabajo y tiempo logró un equipo de guardias asépticos que parecían no interesarse nada más que en sus obligaciones. Eso se sumaba a una muchedumbre de secretarias, sirvientes, choferes, cocineros, gerentes, socios, inversionistas, periodistas y muchas personas

más que estaban pendientes de sus movimientos y la convertían en prisionera de su poder y su dinero, por los que ella había luchado sin reparar en riesgos ni moral alguna. Ahora que los tenía, encontraba que no podía utilizarlos a su antojo, no era siquiera dueña de su tiempo. A veces, al cruzar la ciudad raudamente con su coche, veía a algún linyera que vegetaba sentado en la calle y la enfurecía el pensar que ese miserable inmundo y otros como él, en algunos aspectos eran más libres. La abstinencia sexual que Jazmín no hubiera jamás imaginado para sí, aumentaba su agresividad que redirigía hacia el mundo de las inversiones y los grandes negocios. Mientras más tiempo pasaba, más poder acumulaba y más dependiente se hacía de su manejo discrecional e impune. Sus placeres actuales, poco a poco iban reemplazando a los anteriores.

XIV

En esta transformación, solo una vez volvió a las andadas con sus travesuras. En ocasión de visitar sus campos en los que se criaba ganado vacuno y funcionaban grandes tambos, vio a los terneros apartados de sus madres para que no mamaran, mugiendo su abandono lastimero y atados a sus respectivos postes. Los alimentaban con un suplemento en grandes mamaderas a las que los animalitos se prendían con chupadas poderosas que no pasaron desapercibidas a Jazmín. Al acariciar la cabeza de uno de ellos, maniobró su cara para alcanzarle la mano y se prendió. "Más de un paisano debe aprovechar semejante mamada", pensó Jazmín, pero ella no tenía nada que valiera la pena meter en esa boca. Cuando sacó su mano, la lengua del ternero la siguió y ella quedó fascinada. Esa masa muscular, tan larga como la buena pija que le estaba faltando hacía rato, bastante más gruesa, cubierta de grandes y ásperas papilas, envuelta en espesa baba filante, moviéndose con desesperación desde la boca desdentada, daba la

impresión de tener vida propia. Hizo que le trasladaran a uno de los terneros hasta una casa de fin de semana y también hizo los arreglos para que no quedara ninguno de sus empleados esa tarde. No le costó, hacía tiempo que ella no daba explicaciones a nadie. Luego preparó una pasta mezclando miel con leche en polvo, trajo al animalito hasta la galería del contrafrente donde sobre un banco de madera había acomodado varios almohadones para reclinarse. El ternero había olido la mezcla y tironeaba ansioso de la soga. Jazmín se tomó su tiempo. La tarde todavía estaba luminosa y muy calurosa. Se desnudó y se untó la pasta. Primero se metió con los dedos una buena cantidad adentro, luego se encremó la concha por afuera, rellenando entre los labios mayores y menores, tapando la entrada y el clítoris. Fue a soltar al ternero para llevarlo hasta el improvisado sofá con la intención de acostarse con las piernas abiertas y disfrutar de esa enorme y desprejuiciada lengua, pero el animal fue directamente hacia la concha y empezó a lamer con avidez. Jazmín separó un poco las rodillas y se sujetó de un poste de la galería. El ternero maniobraba hábilmente con la cabeza poniéndola de costado y sacando la pasta con su lengua, que no dejaba intersticio sin revisar y frotar. Cuando terminó de limpiar afuera, encontró la entrada percibiendo que estaba llena de esa crema que lo enloquecía y la metió, revolviendo con fuerza cada vez más adentro en busca de su fuente de placer. Su saliva espesa y viscosa diluía la mezcla que iba quedando. Jazmín, que ya había sido bien preparada por los primeros lengüetazos, tenía un orgasmo, pero el animal no se resignaba a terminar el festín, e insistía en meterle esa masa muscular recorriendo cada pliegue interno con desinhibición absoluta, frotando y sorbiendo con desesperación. Jazmín pasó por varios orgasmos con las rodillas flexionadas, tratando de no perder el equilibrio ante la presión que el ternero hacía con el hocico. Cuando por fin decidió dar por terminada la diversión, el ternero todavía insistió un poco más lameteándole las nalgas y tratando de meterle la lengua en el culo. Ella lo dejó hacer por un rato, luego se lo sacó de encima con un puñetazo

en los ollares, lo ató y se fue a bañar. Había sido un gozo meramente físico, no le alcanzaba, no justificaba tomarse tanto trabajo y molestias. Además, el animal no se había dignado siquiera a dejar de bostear mientras se sumaban miles de moscas para irritación de Jazmín. Estas eran las únicas inmundicias que la habían molestado, pero algo había cambiado en ella en estos pocos años. Se daba cuenta de que gran parte de su placer lo había trasladado a su trabajo, donde podía humillar y someter a los que la rodeaban, donde podía influir en sus vidas ejerciendo su poder. No volvió a repetir el jueguito. Lo había disfrutado, pero que el animal no tuviera la mínima conciencia de la vergüenza y la humillación, que no pudiera captar el significado del sometimiento y el dominio, le quitaba gran parte del atractivo. Dio instrucciones para que lo carnearan y prepararan un asado. Llevó invitados y comió en abundancia la tierna carne. "Es la primera vez que me como en serio a un amante", pensó divertida.

XV

En cuanto Jazmín tuvo claro que los placeres carnales habían pasado a un segundo plano, concentró su atención en los negocios que podía llevar a cabo en el ambiente de corrupción política y judicial de la República Argentina. Tomaba conciencia de que si bien el sexo no le resultaba indiferente, ahora solo tenía añoranzas de los placeres del pasado. Ya era una mujer madura, no la pendejita de antes. Tenía además que dar la puntada final a algunos asuntos familiares que le quedaban pendientes. Sus dos hermanos adolescentes habían quedado a su resguardo. Ella se ocupó de que no les faltara nada, de que tuvieran cualquier cosa que quisieran y de que hicieran con sus vidas lo que les pareciera. Así es que se convirtieron en pequeños libertinos, en vagos tan inútiles como adinerados, en alcohólicos tempraneros y por supuesto en drogadictos. Jazmín daba la imagen de que

se le iban de las manos y no lograba controlarlos, de que tenía tanta debilidad por ellos que no podía evitar consentirlos. Incentivó los vicios y excesos de los chicos, hasta que se destruyeron a sí mismos. El mayor murió de una sobredosis, y el más chico comenzó a entrar y salir de comisarías y juzgados acumulando un prontuario imponente. Poco después de cumplir los 18 años, estuvo implicado en un crimen y Jazmín se ocupó de que por primera vez sus abogados no fueran tan eficientes, de forma tal que se quedó recluido en una cárcel de máxima seguridad.

Ya no había quien compartiera su patrimonio, así que se dedicó a acrecentarlo y disfrutar del poder acumulado. Viajaba, compraba arte y hacía beneficencia, como a una rica dama de alta sociedad correspondía. A medida que pasaba el tiempo, crecía en ella la sensación de que algo le faltaba. Quizás fuera un hijo, no estaba segura. Ya había desechado la idea de casarse. Todos los hombres le parecían estúpidos, y aunque alguno de ellos pudiera complacerla sexualmente e incluso fertilizarla, por ahora no tenía ganas de soportar a ninguno cerca. Tampoco estaba dispuesta a pasar por un embarazo, cargar esa terrible panza y transcurrir por los malestares e incomodidades que tantas mujeres soportan con alegría, incluyendo al parto o quizás una cesárea. ¿Para qué? Inclusive había un peligro extra que ella tenía muy en cuenta: si tenía un hijo concebido, gestado y parido por ella, cabía la posibilidad de que se le pareciera y tuviera sus habilidades y ambiciones, sus apetitos y su audacia, su insensibilidad y su implacable crueldad. No tendría más alternativa que estar siempre alerta contra su propio hijo, y quizás tener algún día que librarse de él. Desperdiciar tanto esfuerzo y tiempo no le convenía, mejor adoptaría uno, lo criaría como propio haciendo recaer todo el trabajo en alguna empleada, y cuando fuera creciendo habría tiempo para evaluar si lo convertía en su heredero o lo desechaba. Se vería bien además socialmente que ella tuviera la grandeza de adoptar un huérfano. "Este crío se sacó la lotería", dirían los comentarios. Y si finalmente tenía que apartarlo de su

camino, al no haberlo engendrado, al no ser verdaderamente suyo, le resultaría todavía más fácil, tendría aún menos escrúpulos. Eso creyó Jazmín, y decidió que eso haría luego de cumplir los cuarenta y cinco.

XVI

Pasados unos años Jazmín retomó su proyecto de hacerse de un hombre que no la complicara. Revisó los legajos de sus empleados solteros, desechó a los más jóvenes y también a los más pintones que tendrían alguna razón para ser pretenciosos, y concentró su atención en un hombre que trabajaba en la contaduría de una de las empresas. Tenía cuarenta y tres años y se encargaba de efectuar pagos de caja chica, para lo cual los proveedores iban a buscarlo a un subsuelo donde los atendía detrás de un mostrador. Era un hombre bajo, de contextura endeble, cutis algo oscuro, narigón, con el pelo siempre peinado a la gomina hacia atrás. Jazmín averiguó que Juan no tenía estudios aparte de los secundarios, que no se le conocían inquietudes artísticas ni había viajado y que vivía solo, sin más vida social que el llamado telefónico ocasional de una hermana que vivía lejos. Aunque se llamaba Juan, todos le decían Juancito con un aparente afecto que Jazmín supo de inmediato que era condescendencia. Así lo hacían también los compañeros de trabajo mucho más jóvenes, y los de menor jerarquía, que si permanecían en la empresa terminaban pasando por sobre él e incluso siendo sus jefes. A Juancito parecía no preocuparle, incluso los extraños que solo lo conocían de verlo de cuando en cuando en el mostrador, lo trataban como si fueran superiores y le decían a los gritos "¿Qué hacés Juancito?, ¡vos sí que no tenés problemas Juancito!, ¡pobre Juancito!". Juancito fue el elegido, iba a tener una oportunidad que encerraba muchos peligros. Una mañana Juan percibió un ambiente raro en el oscuro y mal iluminado subsuelo. "Te están esperando en la oficina del jefe", le comunicaron

con seriedad, como si no se animaran a precisarle la inminencia de una tragedia. Hacia allá fue mientras sus compañeros lo miraban en silencio. "Pobre Juancito", dijo uno de ellos por lo bajo, los demás asintieron. La oficina era pequeña y al entrar encontró a una hermosísima mujer que fumaba impaciente. No supo qué decir, entonces Jazmín le preguntó:

–¿Sabés quién soy yo?

Juan negó con la cabeza.

–Soy la dueña, la dueña de esta empresa y de muchas más, soy la jefa de tu jefe y de todos los jefes que hayas conocido, como explicarte, soy... como una diosa.

Juan sonrió. En una situación en la que cualquiera de sus compañeros de trabajo se hubiera quedado congelado, sonrió francamente y mirándola a los ojos le dijo:

–Le creo.

–¿Sabés por qué estoy aquí?

–No me lo imagino –contestó Juan impasible.

–¿No tenés miedo de que te raje?, los otros empleados están aterrados desde que me vieron entrar, puedo cerrar la empresa y arreglar las cosas para que ni siquiera tengan indemnización.

–No sería la primera vez –dijo Juan con toda naturalidad.

–¿No tenés miedo?

–No.

–¿Se puede saber por qué?, se supone que sos el más pelotudo, y son los demás los que se están cagando encima –preguntó Jazmín, observándolo con el interés de un entomólogo ante una nueva especie.

–Tener miedo no sirve, si me quedo sin trabajo ya veré, por lo pronto sin importar lo pelotudo que pueda ser o parecer, una persona como usted no vendría acá solo para despedirme.

Jazmín sonrió e inclinó la cabeza en señal de aprobación.

Se levantó y mientras se iba le dijo:

–No me trates más de usted y andá esta tarde a mi oficina, tengo

una propuesta que hacerte.

Ella se fue, Juancito les comentó a sus compañeros y a pesar de que no había recibido indicación al respecto, no se quedó a trabajar ese día. Iría a la tarde a ver a Jazmín y enterarse de una vez por todas qué decisiones habían tomado con respecto a él, y también qué decidía él, porque nadie parecía haberse dado cuenta pero él decidía. Estaba mucho más tranquilo que sus compañeros de trabajo. Ellos creían que Juancito era un pobre tipo, en realidad no sabían nada de él.

Cuando llegó a la suntuosa oficina que Jazmín tenía en el último piso de una torre, no lo hicieron esperar. Ella estaba sentada ante un inmenso y lujoso escritorio, con un ventanal a sus espaldas y el Río de la Plata al fondo, con decenas de pequeños y coloridos veleros yendo de aquí para allá.

–Espero no interrumpir –dijo él.

Jazmín lo miró fijo y contestó:

–No lo hubiera permitido, te estaba esperando, ¿todavía no te imaginás para qué te hice venir?

–No tengo el más mínimo dato que me permita analizar la situación.

–Sin embargo, muy sorprendido no parecés.

–No parezco angustiado, porque no lo estoy.

–Tenía otra imagen de vos, ahora que te tengo delante no puedo entender cómo estuviste tantos años sepultado en ese subsuelo –dijo ella.

–Yo no estuve sepultado en ningún lado.

–¿Cómo fue que te quedaste estancado en ese puesto? –Los primeros ascensos los rechacé, después dejaron de tenerme en cuenta.

–¿No querías mejorar?

–Ganar el doble o el triple no me hacía ni más rico ni más pobre, y me hubiera quitado tiempo para lo que más me gusta.

Jazmín esperaba ansiosa que siguiera explicándose, pero Juan parecía haber terminado. Ella le hizo un gesto elocuente de interroga-

ción con la cara, luego con las dos manos abiertas y las palmas hacia arriba, subiendo los hombros. Juan sonrió divertido y se hizo el desentendido, así que Jazmín tuvo que preguntar

–¿Y se puede saber qué es eso?

–Leer.

–¿Leer? –repitió Jazmín desilusionada.

–Ahá.

–¿Nada más que leer?

–Nada más ni nada menos.

–Pero... pero... ¿por qué?

–Ya te dije, es lo que más me gusta.

Jazmín se quedó en silencio un par de minutos, ensimismada en sus pensamientos. Como parecía haberse olvidado de que Juan estaba allí, él se dedicó a admirar el paisaje magnífico más allá del ventanal. Entonces Jazmín volvió a la realidad, y le preguntó:

–¿Y yo?

–¿Y vos qué?

–¿No te gusto?

–Me gustan todas las mujeres y vos me gustás muchísimo, pero esto me resulta cada vez más incomprensible.

Ella pareció pensar unos segundos, luego le dijo:

–Mirá, te voy a explicar, no digas nada hasta que haya terminado: a pesar de mi poder y mi dinero, estoy muy sola, no me casé ni me interesa, no quiero novios ni otro tipo de parásitos, así que elegí a uno de mis empleados que no tuviera compromisos, necesito... como decirlo, un compañero sexual.

Ahora se notaba el asombro de Juan que al recomponerse un poco explicó:

–Yo no soy ningún acomplejado pero tengo claro que no soy lindo ni interesante; más allá de lo placentero y disparatado de tu propuesta, no me explico cómo te fijaste en mí –terminó.

–Bueno, lindo no sos pero eso me importa poco, lo de interesante,

hubiera estado de acuerdo hace unos minutos, ahora no estoy segura; comprenderás que lo que te acabo de proponer no da para pensarlo.

–No hay nada que pensar –dijo él– pero tengo dos condiciones.

–¿Condiciones? –preguntó Jazmín alzando de pronto la voz.

–Primero, renuncio al trabajo; segundo, no quiero plata, ni regalos, ni ningún objeto material.

Jazmín, que iba de sorpresa y sorpresa, le preguntó:

–¿De qué vas a vivir?

–Eso es cosa mía –contestó Juan, cortante.

Jazmín sonrió abiertamente por primera vez y le dijo casi relamiéndose:

–Entonces, vamos a probar.

XVII

Quedaron en encontrarse en el increíble departamento de Jazmín, que a tal efecto arregló las cosas para que no hubiera servidumbre. Él llegó puntual y con las manos vacías.

–¿No te dignaste a traer una caja de bombones, un vino, aunque fuera unas flores de mierda?

–Soy un desocupado –se excusó Juan, y se quedó admirando a Jazmín que aún era una mujer espléndida, espectacular dentro de ese vestido ajustado que le marcaba cada curva.

–¿No lo podés creer, no? –le dijo ella sobradora.

–Sí que lo creo, es increíble pero lo creo.

–Está bien, ya que no trajiste nada, yo no tenía intenciones de cenar y mucho menos de invitarte, lo mejor sería que obviáramos el tema de los besos y el manoseo y vayamos directamente a coger, ¿no te parece?

Juan sonreía y asentía, pero no era la sonrisa estúpida de alguien que va a dejarse usar, como la del Negro algunos años atrás. Había

otra inteligencia en ella. Juan tenía, en esa situación forzada, un dominio de sí mismo que Jazmín no llegaba a descifrar. Le hizo una señal con la mano para que la siguiera, como podría haber hecho un deportista con sus compañeros, así que fue detrás de ella hasta la habitación. Jazmín llegó hasta el borde de la cama, se desabrochó el vestido y se lo sacó como si fuera una segunda piel. No llevaba ropa interior, así que se quedó solo con zapatos de taco alto. Entonces lo miró a Juan y le dijo:

–¿Y?

Mientras ella sacaba de un tirón la colcha y la sábana de arriba para arrojar todo a un costado, Juan se desvistió rápidamente. Cuando ella se dio vuelta y lo miró, no pudo contener la risa, no porque Juan fuera un flaco huesudo sino porque se había dejado puestos los calzoncillos, que eran blancos y enormes, con elástico grueso que se los sujetaba arriba del ombligo y el pantalón llegando casi hasta las rodillas. Jazmín reía a carcajadas, y como pudo le dijo entrecortadamente:

–¡Eso no se usa hace ochenta años!

Juan no estaba ni mínimamente atribulado y sonreía sinceramente, como si lo pusiera contento la posibilidad de divertir a esa mujer que todavía riéndose le dijo:

–Bueno, yo ya estoy desnuda, sacate esa mierda y vení, a ver qué me podés dar.

–¡No, yo los calzoncillos no me los saco! –dijo Juan con determinación.

A Jazmín le agarró un feroz ataque de risa y tuvo que esforzarse para no caer al piso retorciéndose, mientras exclamaba:

–¿Qué... qué decís?, ¡no lo puedo creer!

Estuvo largo rato para recomponerse y poder volver a decirle algo a Juan, que esperaba de pie, con su sonrisa sincera y segura, sin molestarse en lo más mínimo. Cuando por fin pudo articular algunas palabras, mientras se secaba las lágrimas de la risa incontenible, Jazmín le preguntó:

–¿Una condición que te olvidaste de decirme?

–Más bien un requisito para mi correcto funcionamiento. Luego de reír un rato más, Jazmín se sentó en la cama y volvió a preguntarle a Juan, que seguía parado inmóvil en el mismo lugar:

–¿Vas a venir a garchar o no?

–Por supuesto –le contestó él, y agregó luego de una pausa–:

Apagá la luz por favor.

Jazmín tuvo otro estallido de carcajadas y recostándose en la cama hacia atrás, giraba el cuerpo de un lado al otro mientras se le caían las lágrimas. Juan no esperó la respuesta, fue a apagar la luz y en la más completa oscuridad caminó hacia la risa de catarata. Palpó hasta tocar la suave piel de ella, la recorrió con sus caricias, se demoró un par de minutos en las zonas más sensibles. Luego se acostó sobre ella, que al sentir el contacto con la tela del calzoncillo comenzó a reír suavemente. Él sacó la pija por la bragueta, la guió con la mano y la empezó a meter con lentitud. Apenas Juan profundizó ella se dio cuenta de que esa verga tenía algo distinto de las que conocía. No era más grande pero se ensanchaba rápidamente hacia su base. Juan se la puso lo más hondo que pudo y comenzó a alternar movimientos cortos hacia adentro y a los costados. En un tiempo prudencial, Juan terminó y Jazmín tuvo un orgasmo, uno solo. No había sido la gran cosa pero estaba conforme. Juan se tendió a su lado, no jadeaba ni parecía haberse cansado, entonces se quedaron charlando en la oscuridad.

–¿Todavía tenés ese calzoncillo puesto? –preguntó Jazmín manoteando groseramente los genitales de Juan, que le contestó con tranquilidad:

–Sí, y no me los pienso sacar. –¿Tenés vergüenza de que te vea? –No, es que desnudo no funciono. Jazmín rió quedamente y preguntó:

–¿No será para tapar esa poronga de cucurucho que tenés?

–No, es solo que...

–Sí, ya sé, no funcionás. ¿No tendrás uno de esos implantes que se inflan con un manguito, y escondés el aparataje en esa carpa estrafalaria, no?

–Lo que tengo nació conmigo, además, no seas tan criticona, un poco te gustó.

–Fue bastante pasable, cuando te recuperes repetimos.

–No, hoy no va a poder ser.

–¿Otra condición? –preguntó Jazmín más divertida que fastidiada.

–Necesito un par de días para recuperarme, antes no voy a volver a tener erección.

–¿Y si te la chupo? –preguntó Jazmín dándose cuenta de que era la primera vez que le hacía semejante ofrecimiento a un hombre en esta vida.

–No –dijo él con tono indubitable– esta pija de mierda es inmune a las chupadas.

Jazmín se rió unos segundos y luego, más para molestarlo que para otra cosa, le dijo a modo de comentario:

–No es muy grande tampoco.

–Eso no importa.

–Sí que importa, yo me comí muchas y no creo que puedas decir lo mismo.

–Es verdad, pero he desarrollado una "teoría general sobre pijas y porongas" que es muy aclaratoria de este tema.

Jazmín volvió a soltar sus carcajadas, no solo por lo que Juan le decía, sino porque la situación tan rara para ella de estar hablando en la oscuridad con un hombre, después de haber cogido y como si fueran amigos, la tenía fascinada. Todavía riéndose, preguntó:

–¿Cómo es esa teoría?

–Es así: "la dureza de una pija, es inversamente proporcional a su tamaño", ¿lo fundamento?

Jazmín contestó entrecortadamente por la risa:

–Sí doctor, fundamente por favor.

–Pues bien, lo que provoca la erección es un flujo de sangre arterial al que no se permite volver por las venas cuando por la ex-

citación funcionan unas válvulas que solo tienen por función dicha retención, ¿cierto?

–No sé.

–Cierto, es decir que es parecido a una fuerza hidráulica, inflando la pija hasta la rigidez y manteniéndola; como no hay gran diferencia entre las arterias, venas y válvulas de los distintos hombres, cuando una verga es muy grande, no puede mantenerse la misma presión y dureza que en una más chica.

–¿Y se puede saber cómo si no te andás haciendo culear, es que hiciste las observaciones prácticas que te llevaron a semejante teoría?

–Bueno, la diferencia de tamaño, más que de hombre a hombre es entre razas; en las películas porno se pueden ver las grandes porongas de los negros que cuando alcanzan tamaños desproporcionados es evidente que tienen la consistencia similar a la espuma de goma. Luego me enteré –siguió– que los preservativos que se fabrican en Asia son de menor tamaño que los nuestros, entonces me di cuenta de que los asiáticos tienen porongas chicas, y por lo tanto muy duras.

–Me imagino que las viste en una película –dijo ella. –Efectivamente, de esta forma, lo único que tenés que decidir es qué preferís, si una gran pija medio blandengue, o una chiquita más dura que llega a ser más un espolón que una pija, o un término medio que armonice el tamaño con la dureza, como la mía.

Jazmín reía acostada de espaldas junto a él y le decía:

–¡Casi me convencés, mentiroso de mierda!

De las muchas conversaciones que tuvieron solo una llegó a profundizar en los sentimientos. Fue cuando Jazmín le preguntó –siempre era ella la que preguntaba– si alguna vez se había enamorado.

–Una vez, hace más de quince años.

–¿Y qué pasó?

–Era muy difícil, no lo pudimos resolver.

–¿Pero la amabas en serio?

–Sí, con toda el alma.

–¡Cómo será eso! –exclamó ella sin darse cuenta.

–Yo también me lo preguntaba, llegué a creer que nunca me pasaría, llegué a creer incluso que eso del amor era un invento.

–¿Cómo la perdiste?

–Nos perdimos, ella era una prostituta.

–¿Te enamoraste de una puta, boludo?

–No, esas son cosas de adolescentes, y yo ya tenía mis años; fue algo instantáneo, químico, nos vimos y... no sé, fue muy raro. –Y siguió–: Primero le pagué y tuvimos una cogida fantástica, ninguno de los dos lo podía creer, no era algo meramente físico. Lo charlamos un poco, así como estamos charlando ahora, pero no podía ser. Yo no tenía nada para ofrecerle y ella le mandaba la plata a su familia. Además, las circunstancias en que nos habíamos conocido eran insalvables.

–¿Y qué pasó? –preguntó Jazmín intrigada.

–Nos fuimos cada uno por su lado, hasta me devolvió la guita; yo no sabía qué hacer y al otro día volví a buscarla, no sé bien para qué porque ya no podía verla como cliente. Al encargado del lugar debí caerle bien porque pudimos hablar un poco. Me dijo que ella se había ido ese mismo día, que le comentó que se había enamorado de un cliente y que no había dejado ningún dato para ubicarla. No la volví a ver.

No hablaron más por esa noche. Jazmín se dio cuenta de que la oscuridad tenía sus ventajas, le pareció que Juan lloraba en silencio. Se reunieron así durante dos años, una vez por semana. A Jazmín le resultaba placentero el sexo con Juan y mucho más las conversaciones que tenían acostados lado a lado como si fueran ciegos. En el transcurso del tiempo el sexo fue perdiendo terreno frente a estas charlas, pero como Juan era bastante culto y a Jazmín eso no le interesaba, se fueron quedando sin cosas que compartir y la relación se desgastó. Juan se dio cuenta y una noche le dijo en la oscuridad:

–Me parece que lo nuestro no da para más.

Jazmín suspiró aliviada. Le tenía estima a este tipo que le ahorraba tomar la iniciativa de terminar. Entonces ella preguntó:

–¿No me vas a decir de qué estás viviendo?

–No es cosa tuya.

–¿No querés que te ayude?

–Nunca.

–Te puedo dar un puesto jerárquico...

–Nunca.

–Te puedo dar plata como para que te quedés tranquilo el resto de tu vida.

–Nunca.

Se quedaron en silencio más de media hora acostados uno junto al otro, y Jazmín volvió a preguntar:

–¿Vas a seguir usando esos calzoncillos ridículos? –Siempre.

Jazmín reía por lo bajo, pero de pronto oculta por la oscuridad se puso muy seria, e hizo la última pregunta:

–¿Me amás?

–No, nunca –contestó Juan sabiendo que era lo que ella necesitaba. Jazmín se sintió más aliviada todavía y le dijo en un susurro apenas perceptible lo que no hubiera sospechado jamás decirle a un hombre:

–Gracias.

XVIII

Después de esta relación –que fue la más profunda que había tenido– Jazmín se dedicó exclusivamente a los negocios y se olvidó del sexo. Al llegar a los cuarenta y cinco años llevó a la práctica la decisión que había tomado mucho tiempo atrás, adoptar a un chico. Con su dinero y poder los trámites le resultaron más fáciles que a la mayoría de la gente y finalmente se hizo de un chiquito lo más rubio posible, de menos de un año. Puso una niñera a criarlo, con la idea de verlo poco y vigilar de cerca su evolución. Contra lo que se proponía al principio, Jazmín se quedó cuidándolo una de las primeras noches. No sabía

por qué, pero supuso que quizás necesitaba acercarse a lo que siente una madre que cuida al hijo, aunque fuera por un rato. Eduardito se despertó a la madrugada. A Jazmín ya le habían dejado la mamadera preparada y esperando en un termo con la temperatura justa para que ella no tuviera que molestarse en lo más mínimo, así que se dispuso a darle de comer y a pesar de que ya era una mujer madura lo hizo con la alegría y disposición de una nena que juega a la mamá. Iba a dársela directamente en la cuna pero le dieron ganas de levantarlo. Cuando lo tuvo en sus brazos el bebé se calmó y le apoyó su manita el pecho. Jazmín sacó una de las tetas, que estaban apenas un poco caídas, aún hermosas y suaves pero secas. Eduardito se prendió del pezón y empezó a chupar al tiempo que presionaba con la manito. Se impacientó cuando no obtuvo nada, y Jazmín le dio por fin la mamadera antes de que empezara a berrear. Ella había sentido un ligero placer con el chupar del bebé pero no había lujuria en eso, había sentido por unos segundos otra cosa. No sabía de qué se trataba, a lo mejor era solo ternura. Durmió a Eduardito en sus brazos y cuando lo dejó en la cuna no pudo volver a descansar, estuvo el resto de la noche dando vueltas. Sentía que iba a quedar irremediablemente atrapada en las estupideces imprescindibles de lo cotidiano, pero no había vuelta atrás, entre ella y su hijo adoptivo acababa de cerrarse un pacto. No lo podía verbalizar, era una intuición de esas que no dejan margen. En cada ocasión que el nene veía a Jazmín, se le iluminaba la cara de felicidad y le dedicaba una sonrisa. A ella le resultaba cada vez más difícil permanecer indiferente. Era una aceptación absoluta, una alegría genuina la que le dedicaba el bebé, no había cálculo en sus reacciones, no había conveniencias ni intenciones ocultas. Sin darse cuenta, Jazmín estuvo cada vez más presente en la vida de Eduardito, recibió infinidad de besos y abrazos tan espontáneos como efusivos. Una de las cosas que más la admiraban era que el niño no prestaba atención a los regalos y golosinas que le llevaba. La amaba, por lo menos por ahora, ¿y ella, era capaz de amar a alguien todavía?, ¿qué era el amor? Ella pensaba

que todos los intentos de explicar y definir el amor eran puras estupideces, y a pesar de que nunca había amado a nadie, de eso estaba segura. Eduardito creció, fue a los mejores colegios, dio mucho menos trabajo que cualquier chico normal y siempre superó las expectativas máximas que se tuvieran sobre él. Era prolijo, atento y considerado. El chico hubiera sido el orgullo de cualquier padre o madre, y también era el orgullo de Jazmín que sin saber todavía qué era el amor, amaba a su hijo incondicionalmente. Ella había adaptado sus horarios para llevarlo al colegio y traerlo personalmente, sin importar la trascendencia de ninguna reunión, ni de ninguna persona que quisiera verla. No se perdió ninguno de los actos del colegio, ninguno de los momentos en que su hijo iba descubriendo todos los días alguna cosa nueva. Ella estaba siempre ahí, para ver su reacción y compartir su crecimiento. Sólo en una ocasión Eduardito se mostró preocupado. Estaba todavía en el jardín de infantes y se había muerto el abuelo de uno de sus compañeritos. Muy serio miró a su madre, y le preguntó:

–¿Vos también te vas a morir?

Jazmín se dio cuenta de que la situación era trascendente y puso todo de sí para responder sin mentirle y tratar de calmar la angustia de Eduardito.

–Cuando vos seas grande y tengas varios hijos, yo voy a ser muy viejita y entonces un día, cuando esté muy cansada, me voy a ir al cielo a estar un poco tranquila y a esperarte a vos, que vas a tardar mucho tiempo porque vas a estar muy ocupado; igual, falta tanto, pero tantísimo para eso, que ahora no importa.

Le pareció que lo había aliviado un poco pero no supo cuánto, no supo si había dicho lo correcto, si había hecho más mal que bien y ahora, la acongojada era ella.

Cuando estuvo más grandecito y comenzó con los deportes, Eduardito tuvo en su madre a su hincha infaltable. Siempre iba a verlo a todos los partidos, siempre estaba presente en todo evento importante que surgiera, aunque tuviera que contentarse con mirarlo a

la distancia. Lejos de protestar como otros chicos, que prefieren a cierta edad comenzar a manejarse solos, él no se molestaba nunca con Jazmín, incluso se lo veía orgulloso cuando ella aparecía. Miraba sonriente a sus compañeros como diciéndoles "Miren, miren la madre que tengo". Cursando el último año de la escuela secundaria, cuando Jazmín ya planeaba cómo seguiría adelante la educación de Eduardito y cómo le iría delegando responsabilidades para finalmente dejar en sus manos su legado, el chico empezó a tener algunos problemas de salud. Al principio olvidos sin importancia, a los cuales ni siquiera él les prestó atención. Luego, alguna contracción involuntaria de los músculos, como un escalofrío de milésimas de segundos, que prefirió no mencionar a nadie. Cuando comenzó la visión borrosa llegó la incertidumbre, ya que el oftalmólogo al que lo llevó su madre determinó que no era un problema de visión, y pidió urgente una interconsulta con un neurólogo. Este a su vez no quiso adelantar nada y solicitó que hicieran los más complejos estudios de inmediato. La resonancia magnética reveló una pequeña masa en el cerebro, cerca de la glándula pineal, en un lugar inaccesible. Ni siquiera podía pensarse en hacer una biopsia. Los síntomas fueron empeorando y un control apenas tres días después, mostró la velocidad asombrosa a la que crecía. No importaba si era benigno o maligno, creciendo a ese ritmo en ese lugar, lo mataba. Jazmín se desesperó por primera vez en su vida, también lloró de amargura desconsoladamente por primera vez, y sintió la desesperación y la impotencia, y por primera vez comprendió lo que era el amor. Ni siquiera estaban sus deseos y necesidades de por medio. Si hubiera podido, no habría dudado un segundo en cambiar su vida por la de él. Pero no podía, ni siquiera ella podía. De nada sirvieron las consultas con los mejores especialistas del mundo, en las más prestigiosas clínicas, con los más modernos aparatos y tratamientos. Finalmente Jazmín comprendió que Eduardito moriría, que el único ser en el universo al que ella había amado, simplemente no estaría más.

XIX

Cuando quedó en estado de inconsciencia permanente, lo llevó a su casa, a su habitación, para que muriera entre sus cosas junto a su madre, y se quedó los días y las noches junto a su hijo. Al principio pensaba "Si pudiera morir por él, si pudiera encontrar la forma de que me pasara esa enfermedad, de que yo me hiciera cargo de ella". Pero era imposible. Permaneció así varios días con sus noches, la mayor parte del tiempo sentada junto a él. Lo observaba, solo lo observaba y ya no pensaba más en si pudiera esto o aquello, ya no pensaba más que lo perdería, ni pensaba más en los recuerdos ni en la felicidad ni en nada. Sentada junto a él llegó a perder la noción del tiempo y no solo no le importó, no se dio cuenta. En la que parecía la última noche, sentada junto a su hijo en la penumbra, le pareció ver una cierta e inexplicable luminosidad en la cabeza de Eduardito. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Por un instante se le ocurrió que era el alma de su hijo que se iba, pero se dio cuenta de que no, no sabía, de que no podía saber nunca qué era eso que veía. Apretó los párpados varias veces para escurrir las lágrimas, y puso toda su intención en ese tenue resplandor. Se aferró a eso, no para recordarlo ni para poseerlo. Ella no lo sabía pero sus pupilas comenzaron a contraerse y dilatarse muy lenta y rítmicamente, como si estuvieran tirando de algo, como si estuvieran succionando. De pronto se sintió muy mal, tuvo algunas pequeñas contracciones involuntarias de grupos musculares dispersos, y se dio cuenta de que estaba en ella. Pero también supo que no habría continuidad, que no era un proceso, que estaba en ella de instante en instante. Se alejó de su hijo tambaleándose, con el propósito de poner distancia para que no pudiera volverle a Eduardito eso que había pasado a ella, pero supo de inmediato que la distancia no tenía nada que ver, que no servía para esto. Se fue como pudo manteniéndose alerta segundo a segundo hasta su habitación. Cuando pensaba o intentaba razonar, sentía que se le escapaba algo, que se diluía a otra parte. Abrió

el cajón de la cómoda y levantó una franela que tapaba dos armas, una era la 22 que tenía desde joven, la otra un revólver de grueso calibre. Al ver la pequeña pistola sonrió y por un momento recordó a Marcos. "Pobrecito –pensó– cómo lo hice mierda", pero entonces sintió que perdía eso que no sabía lo que era y tuvo que poner todo de sí para encontrar el camino de los instantes. Tomó el revólver y se dejó caer de rodillas, amartillándolo. Se metió el cañón en la boca hasta que tocó el paladar, un gesto casi imperceptible de alivio le distendió la cara y cerró los ojos con suavidad.

Segunda parte

XX

Esa mañana habían traído a Dalia de vuelta al geriátrico. Había estado dos días en terapia intensiva y tres días más internada. Esta era la segunda vez, todos sabían que a la tercera no volvería o quizás a la cuarta, no importaba. Era un geriátrico privado, que prestaba el servicio para varias obras sociales y también para la Ciudad. Los viejos estaban allí desantendidos, mal alimentados y hacinados. Los inspectores hacían la vista gorda a cambio de unos pesos. Dalia no pudo evitar la angustia cuando la entraron a la pieza que compartía con otras seis ancianas, esa habitación miserable donde había pasado encerrada los últimos años de su vida. Hubiera preferido no volver, morir y terminar de una vez con eso. Ya llevaba casi diez años en esa institución,

era muy vieja, no había escape. Su cuerpo se había convertido en su prisión, una prisión dentro de otra. Ni siquiera tenía los elementos y la tranquilidad para poder suicidarse sin que la interrumpieran. Los recuerdos de su juventud eran lo único que la ayudaba a sobrellevar el tedio de la espera. Quizás este fuera su castigo por todo lo que se había divertido, quizás le tocara compensar en esta misma vida con el sufrimiento actual. Había sido una mujer hermosa, deseable. Pronto se había dado cuenta de que podía sacar provecho de ello. Empezó obteniendo algún que otro regalo a cambio de favores sexuales que ella también disfrutaba. Luego lo hacía directamente por plata. Pero no era de esas putas que llegan por desesperación, por no saber cómo escapar a su destino de miseria, ni de las que reniegan de esa forma de vivir y se prometen a sí mismas dejar todo en cuanto junten suficiente dinero, o cuando encuentren a su príncipe azul. Ella tenía bien claro que era puta por vocación. No podía creer en su suerte, ¡que le pagaran por hacer lo que más le gustaba! Lo tomó como una profesión y se perfeccionó para ser la mejor. Leyó todo material que tuviera que ver con la sexualidad, ya fuera físico, psicológico, filosófico o religioso. Trató de obtener toda la información que fuera posible, todo dato o consejo que sus colegas pudieran darle. Averiguó los domicilios de las más viejas putas retiradas y a algunas de ellas las convenció de que compartieran sus experiencias y conclusiones. ¡Hasta les llegó a pagar para eso! Su interés, su capacidad para investigar, su inteligencia aplicada exclusivamente en esa dirección, la convirtieron en la más maravillosa puta de las décadas del 30 y del 40, lo que no era poco. Hoy podría decirse que había sido un gato de lujo, pero ella era mucho más que belleza, se había convertido en una verdadera hetaira o quizás si fuera posible en Occidente, en una geisha. Había aprendido incluso a manejar a voluntad los músculos de la vagina, en una época en que en este lado del mundo nadie imaginaba que fuera posible. Había enloquecido así a muchos hombres, tragándose sus fortunas. Había también rechazado hasta el cansancio propuestas para ser la amante

de los más poderosos personajes de la sociedad, algunos hasta habían llegado a proponerle matrimonio. ¡Egoístas!, cada uno la quería solo para él y a ella no le alcanzaban todos los hombres del mundo. La plata que había ganado, se la había gastado disfrutándola. Ropa, viajes, joyas, y cada lujo que existiera, se los había regalado a sí misma a cambio de vender placer. ¡Se había divertido tanto! Imposible que alguien hubiera podido ser más feliz que ella. La declinación la envolvió de a poco y llegó el día en que no pudo competir con las más jóvenes. Se mantuvo vinculada al ambiente como Madama, seleccionó a las chicas, manejó los clientes y recaudó el dinero. Una vez más logró brillar, convirtiendo al establecimiento en el preferido de los más adinerados. También allí ganó mucha plata, también allí se divirtió, y por supuesto no ahorró absolutamente nada y disfrutó de cada peso ganado apenas le puso la mano encima. Cuando llegó la vejez la hicieron a un lado. No se quejaba, ella tampoco se había hecho cargo de nadie en su vida. Vivió unos años malamente, vivió unos meses en la calle y una noche en que casi muere congelada la llevaron al hospital municipal. Como era una indigente en situación de riesgo la internaron sin preguntarle nada en ese depósito al que la Ciudad le pagaba una suma miserable por cada persona como ella que almacenaban. Solo le quedaban recuerdos. Pero esa misma tarde se iba a llevar la sorpresa de su vida, esa misma tarde iba a surgir como por arte de magia una nueva oportunidad.

XXI

–Tiene visita Dalia –le dijo la mucama mientras le estiraba una colcha presentable sobre la cama y le ponía un poco de colonia barata para tapar el olor a orín seco.

–Está esperando para entrar –le avisó mientras trabajaba rápidamente, y completó–: Como usted no puede ni moverse.

A Dalia no le preocupaba que la vieran en ese estado, ni la mugre ni los olores. Le intrigaba que alguien la hubiera ido a ver, ¿quién podría ser? Los que la habían conocido, o habían muerto tiempo atrás o la habían olvidado. Seguramente era un error. La mucama hizo entrar a un señor de unos cuarenta años y se retiró. Dalia miró unos segundos al hombre de arriba a abajo, como hacía en los viejos tiempos con un cliente nuevo. Era de notar el fino traje oscuro, las botas de vestir, el pelo bien cortado, ninguna joya a la vista. Un hombre de gestos neutros y mirada feroz, fino, educado y adinerado. Medio siglo atrás no se le hubiera escapado, aunque se daba cuenta de que no hubiera podido aprovecharse de él como con tantos babosos. De este hombre no se aprovechaba nadie.

–No lo conozco, ¿a quién quería ver usted? –preguntó Dalia.

El hombre arrimó una silla de plástico y mientras se sentaba le dijo con seguridad:

–A usted, Dalia, precisamente a usted.

Ella sonrió, ese hombre venía efectivamente a verla, era como si alguien le dijera "Todavía existís".

–Estoy segura de que no lo conozco, ¿qué puede querer conmigo un hombre como usted?

–¡Ay Dalia!, te voy a tutear no solo porque aunque no lo parezca soy infinitamente mayor que vos, sino porque conozco cada detalle de tu vida, cada instante y cada sensación, aún mejor de lo que vos misma recordás. –Ella lo miró divertida, el hombre siguió explicando–: Quiero tus conocimientos, tu experiencia y saber, quiero que te pongas a mi servicio.

Dalia estalló en una carcajada, y luego preguntó:

–¿Sabés a qué me dedicaba yo? –el hombre asintió sonriendo apenas–. ¿Y querés mis servicios?, ¿estás ciego o sos estúpido, qué clase de broma es esta?

–No quiero tus servicios, quiero que te pongas a mi servicio; en adelante escuchá con cuidado todo lo que diga, voy a explicarte algu-

nos hechos porque es necesario que comprendas mis motivaciones y objetivos para que cumplas mejor las órdenes que voy a impartirte.

Dalia lo miraba divertida. No tenía razón para pedirle que se fuera, no tenía nada que perder, ni siquiera el tiempo, y este hombre estaba cortando fugazmente su aburrimiento así que lo siguió escuchando.

–En primer lugar no quiero que me tutees, te vas a dirigir a mí como "Maestro".

–¿Y se puede saber qué quiere de mí, Maestro? –preguntó Dalia con ironía.

–Yo soy... como decirte... un ladrón de energía, estoy en este mundo hace muchísimo tiempo y para mantenerme robo energía de otros hombres; puede presentarse una lucha porque aunque inconscientemente, suelen defenderse con ahínco; no es para menos, les va la vida.

–No entiendo nada.

–Podría robarle la energía a cualquier persona pero tendría que vivir luchando; hace mucho descubrí que hay un momento en que los hombres entregan energía al tiempo que pierden el control de sí mismos y diluyen su ego, es en el momento de la eyaculación; por supuesto que la cantidad de energía que entregan no es peligrosa para sus vidas a menos que yo ponga a alguien preparado debidamente que pueda aprovechar ese momento para digamos... vaciarlos.

–Ya voy entendiendo –dijo Dalia– usted está loco.

El Maestro siguió hablando como si no hubiera escuchado:

–Las mujeres, en cambio, en este aspecto funcionan como receptoras, ahí entrarías vos.

–Suponiendo por un segundo que todos esos disparates fueran posibles, ¿quién querría acostarse con esta cosa en que me he convertido?

–De eso me encargo yo, y sería tu ganancia por los servicios prestados; te voy a dar otro cuerpo.

–¿Otro cuerpo?

–Pensá por un instante, no lo niegues ni lo discutas, solo pensá qué podría hacer una mujer como vos, con todo lo que sabés, en un cuerpo joven y hermoso. –Dalia se lo imaginó y no pudo evitar sonreír. El Maestro siguió–: ¿Qué dirías si yo te propusiera transmigrar tu alma, tu mente, tu yo, a otro cuerpo, uno que recién haya dejado la pubertad, en el comienzo de su ciclo biológico, con todos tus recuerdos y experiencias intactas?

–¡Qué estupidez!

–No lo niegues, ¿qué podrías perder?, no lo niegues, solo imaginalo por unos instantes.

Una sonrisa de placer iluminó la cara de Dalia mientras entornaba los ojos.

–¡Sería fantástico! –se le escapó.

–Sí, fantástico. Quiero mostrarte algo, no te asustes, cerrá los ojos –le indicó poniéndole una mano sobre la frente.

Dalia sintió un mareo, miró hacia abajo y vio su cuerpo y al Maestro con la mano aún sobre su frente. Se aterrorizó y quiso volver, pero algo no la dejaba y sabía que era el hombre ése. Él miró hacia arriba, directamente hacia sus ojos y sonriendo ampliamente por primera vez, le preguntó:

–¿Qué se siente estar afuera?

Luego sacó su mano, ella se sintió en caída libre y después un sacudón. Abrió los ojos y estaba allí, acostada donde siempre. El Maestro la miraba todavía sonriendo, entonces su gesto se volvió despiadado y le dijo:

–Ahora vamos a ver quién es el estúpido. –Dalia todavía no reaccionaba, él siguió hablando–: No hay tiempo, es ahora o nunca; puedo pasarte a otro cuerpo pero tenés que estar de acuerdo y tenés que decidir ya.

–Pero, y ese otro cuerpo...

–Es de una chica en estado vegetativo, su familia no se resigna a desconectar los aparatos; vas a tener que trabajar para recuperar ese

físico y enterarte cómo se llamaban sus parientes y sus amigos, cómo era su vida antes. Cuando estés lista, te daré mis órdenes.

–¿Y cuáles serían?

El Maestro suspiró con fastidio, revoleó los ojos y agregó:

–Te voy a indicar algunos hombres con los que te tenés que acostar; voy a estar en contacto para absorber gran parte de su energía en el momento apropiado; por lo demás, para vos van a ser relaciones comunes y corrientes, si es que no tenemos en cuenta los impedimentos de sus debilidades; de lo que yo haga ni te vas a enterar. –Y concluyó–: Después de haber sido durante toda tu vida semejante puta, no creo que tengas escrúpulos con eso.

–Fui una reverendísima puta, pero no una asesina.

–No van a morir ahí nomás.

–¿No?

–Se van a sentir satisfechos, saciados, y muy cansados; les va a parecer que se recuperan, aunque nunca lo suficiente siquiera para volver a tener otra relación sexual.

–¿Nunca?

–No olvides lo que te dije.

–¿Qué?

–Lo de "Maestro".

–¡Ah!, ¿nunca, Maestro?

El hombre sonrió.

–Nunca; luego según la edad y el residuo energético que les haya quedado algunos vivirán unos meses, otros uno o dos; van a estar inermes ante cualquier agente externo que los infecte o contamine o bien serán desbordados por sus predisposiciones mórbidas individuales.

–No me parece justo –dijo Dalia pensativa.

–En la naturaleza no hay justicia, solo supervivencia, y en la sociedad... vos lo sabrás mejor que yo.

–Pero pensar que van a morir por mi culpa...

–Van a morir porque están vivos.

–Lo que hace usted es matar para vivir.

–La vida vive matando, ¿o cómo te creés que viviste hasta ahora?

Se hizo un largo silencio que rompió el Maestro. –¿Alguien se preocupa por vos?

Dalia se quedó pensando unos momentos más y luego preguntó:

–¿Cuántos serían?

El Maestro sonrió triunfal, estaban negociando.

–Cinco o seis tal vez; luego me voy, no me ves nunca más y te quedás a vivir otra vida con tu nuevo cuerpo.

"¿Qué puedo perder –pensó ella– a quién le debo nada?", se preguntó, luego miró al Maestro a los ojos y le dijo:

–Acepto.

–¿Acepto qué?

–Acepto, Maestro.

XXII

El Maestro puso la mano en la frente de Dalia, pero esta vez no fue tan rápida ni tan fácil la salida. Sintió un hormigueo que le subía desde los pies a la cabeza, tuvo sensaciones de vértigo que iban y venían y sintió que su cuerpo se volvía cada vez más pesado, hasta que empezó a hundirse con rapidez, tanto que le pareció que caía por un precipicio infinito. No veía y el vértigo se instaló predominante. Así estuvo por un espacio de tiempo indefinible, hasta que sintió como si la hubieran tirado contra una pared. Abrió los ojos. Se encontraba en una habitación desconocida, un cachet de suero goteaba lentamente hacia su sangre y un aparato junto a la cama emitía un zumbido intermitente. Una enfermera entró llevando algunas cosas pero al ir hacia ella y encontrarse sus miradas, revoleó todo por el aire y se fue gritando. Pronto la habitación se llenó de gente que caminaba febril-

mente de un lado a otro. Le sacaron un grueso tubo que se le metía profundamente por la boca y le hicieron varias preguntas pero no podía contestar porque tenía la garganta como si se la hubieran lijado. La enfermera mojó un algodón y miró al doctor esperando que asintiera. Así le dio de beber varias veces y el dolor de la sequedad se fue diluyendo. Entonces el doctor se inclinó hacia ella y le preguntó:

–¿Cómo te sentís?

–Mareada.

–¡Increíble! –exclamó el doctor, mientras todos asentían sonrientes.

Con las horas fueron llegando desconocidos que la abrazaban llorando. Ella se mostraba confundida pero su mente funcionaba a la perfección. Siguiendo las instrucciones del Maestro, se dedicó a tratar de ubicar la relación que había tenido la anterior ocupante de ese cuerpo con las personas que iban apareciendo. Identificó a sus padres, sus hermanos, algunos familiares y amigos. Se enteró del accidente de moto que había sufrido con su novio, del terrible golpe en la cabeza por no llevar casco, de que no la habían desconectado simplemente por el empecinamiento de su madre y que había permanecido en estado vegetativo veinte días. Cuando les dijo que no recordaba muchas cosas, la tranquilizaron aclarándole que eso era normal. Ya iría recuperando la memoria. De lo primero que se había enterado esa tarde, fue de su nombre, que muchos repetirían incontables veces antes de que terminara el día. Jazmín, ella se llamaba Jazmín. "Qué coincidencia notable, cambié una flor por otra", pensó ella oscuramente sorprendida.

Al principio no querían que se viera en el espejo pero ella no se alarmó ante su reflejo, se dio cuenta de inmediato que esos rasgos demacrados camuflaban una belleza deslumbrante, se dio cuenta de que su cuerpo, si recuperaba la fuerza y algunos kilos, era maravilloso, y cuando por fin la dejaron sola para que descansara estuvo riendo un buen rato. Tenía que sobrellevar la recuperación física, que compara-

do con lo que venía sufriendo en la cama del geriátrico pestilente, no era gran cosa, sobre todo si se tenía en cuenta que ahora había una meta, un futuro. No iba a ser difícil cumplir con la misión del Maestro y luego quedaría libre, con una vida por delante para divertirse y pasarla bien. Ya había notado que el lugar era de lujo, que sus familiares vestían las mejores ropas, que con lo que valía el reloj de "su papá" podría comer una familia pobre por un año. No volvería a su vida anterior vendiendo placeres carnales, no porque renegara de cómo había vivido siendo Dalia, sino para probar una vida distinta, quizás el poder mismo. Su experiencia y conocimiento le resultarían invalorables en ese cuerpecito precioso, pero ya no sería más Dalia, ni siquiera para sí misma. Ahora era Jazmín.

Pasó unos días más en la clínica reponiéndose y juntando información sobre su nueva familia. Le resultó particularmente pesado aguantar a su madre, esa mujer que se suponía que la había salvado y que con sus cuarenta y cinco años, a Jazmín –que todavía no se desprendía de Dalia– le parecía que podría haber sido su nieta. Aunque fuera lógico, le resultaba chocante que la tratara como a su hija. Como si esto fuera poco, era tan pegota, tan llorona, tan... le parecía tan estúpida; consumida como si la enferma hubiera sido ella, como si ella hubiera sido la que enfrentara a la muerte durante tanto tiempo. Llevaba las marcas del sufrimiento en las prematuras arrugas de su cara. Jazmín se dio cuenta de que su nueva madre –esa pendeja imbécil– había pasado los días y las noches pendiente de su hija, que había dejado de comer, que había llorado hasta ahogarse en sus propias lágrimas. No la podía entender. Sería porque ella nunca había amado a nadie, sería porque no sabía qué era el amor. Pero sabía que era frecuentemente confundido con la posesión, y era posible que esa mujer necesitara a su hija para seguir viviendo. Podía llegar a entender eso, pero entonces ¿por qué no se había matado y listo? El sufrimiento por el que pasaba no lo entendía, no lo admitía y le provocaba una sensación de desprecio que le costaba cada vez más disimular. Ella era una persona educada, que

había tenido tiempo y recursos para estudiar, pensar, reflexionar, incluso entender algunas cosas. ¿Para qué se imponía ese castigo, cómo no se daba cuenta de que el autosacrificio es siempre una ilusión? ¿O acaso eso que llamaban amor era tan fuerte que la obnubilaba, que no la dejaba ver las cosas como eran? En fin, tendría que aguantarla un poco, no demasiado. Ya sabía también que pronto cumpliría 17 años, una buena edad para ir dejando de lado a unos padres que en realidad no tenían nada que ver con ella, que eran solo los padres del envoltorio, los gestores de la carne fresca, pensó.

XXIII

Cuando la llevaron a la casa ya conocía a toda la familia. No se había equivocado, era la casa de un millonario. La satisfacción de Jazmín al comprobar sus observaciones, pasó como si fuera la felicidad por la vuelta al hogar. No sería la primera vez que una exteriorización de ella era interpretada erróneamente. En el vestíbulo, un busto de mármol de alguien que debía haber sido algún emperador de la antigüedad, daba la bienvenida desde el lujo de lo superfluo. El comedor era tan grande que se podían haber guardado una avioneta, tenía una inmensa y elegante mesa donde se podrían sentar cómodamente treinta personas para un banquete, y la cocina parecía la de un hotel cinco estrellas. Algunas habitaciones estaban abajo, la mayoría arriba, cada una con su baño privado. A pesar de que la mansión tenía solo un primer piso, había un pequeño ascensor por el que subieron acompañándola a su cuarto. Una gran escalera de caoba con balaústres tallados, esperaría su paso cuando se sintiera mejor. Pasaron por un salón en el que había una mesa de billar, un gran ajedrez con sus piezas de metales preciosos, y otros lujos. Cuando quería información ponía cara de contrariedad y se tocaba la frente como si estuviera haciendo un doloroso esfuerzo por recordar. De

inmediato, quien estuviera con ella le recordaba lo necesario. Estaba muy contenta y se le notaba. El Maestro, ese personaje siniestro, se había portado. Era un verdadero don del cielo o del infierno quizás, no importaba, se había ganado lo que le pidiera y para colmo a ella no le costaba nada, incluso lo disfrutaría.

Cumplió todos los tratamientos, se alimentó bien e hizo algunos ejercicios que le indicaba una fisioterapeuta que la iba a atender a domicilio. Verificaba su evolución admirándose desnuda ante el espejo de cuerpo entero de su pieza, e incluso había empezado a broncearse con una lámpara ultravioleta. Ya en los primeros días se había inspeccionado la concha, metiéndose los dedos en profundidad. Lo único que me faltaba –había pensado– soy más virgen que María. Se agenció en la cocina de un pepino del tamaño de una pija moderada. Ya se conseguiría en el futuro juguetes más interesantes, ahora necesitaba irse dilatando, no iba a permitir que un hombre le hiciera doler, iba a desvirgar ese cuerpito delicado y quería ir de a poco con algo de un tamaño razonable, sobre todo con el culo, en el que apenas podía meterse el dedo. Todas las noches, al irse a dormir la nena dedicaba un ratito a estos menesteres, primero como si fuera un ejercicio, luego por gusto. No le costó mucho metérselo en la concha, pero con el culo tuvo que tener paciencia y ser perseverante, porque tal como dice el refrán, lo tenía cerrado como muñeco. Se acostaba desnuda y se lo metía con delicadeza. Le gustaba tenerlo adentro y moverlo lento y despacio. Algunas veces se durmió así, aunque tenía que tener mucho cuidado, no quería que al otro día la encontrara la pelotuda de su madre con eso. Con el transcurrir de las noches logró ir entrándoselo cada vez más. El anal no la había entusiasmado nunca pero quería tener la capacidad de hacerlo sin que fuera una tortura. También ponía mucho esfuerzo en controlar los músculos vaginales. Era un entrenamiento largo y tedioso, que incluía interrumpir el chorro de orina para retomarlo de inmediato y asociar ese control del esfínter a la musculatura involuntaria en un proceso muy difícil, pero que ella conocía de antes. Tenía muy presente que esa habilidad que

tan ventajosa había sido cuando era Dalia, en una ocasión le había provocado graves problemas. Hoy entendía que también esa experiencia, aunque a muy largo plazo, le había servido.

Había sido mucho tiempo atrás, cuando su fama de refinada hetaira se había extendido de boca en boca por la ciudad, tanto que llegó hasta ella un hombre fuera de lo común. Ella pensó que era uno más, pero en realidad fue su primer contacto con lo sobrenatural, con un poder que parecía no ser de este mundo. Él no le dijo nunca su nombre, solo le comentó que había oído de sus sensuales habilidades, pagó el precio por disfrutarlas y se fueron a la cama. Pronto se dio cuenta de que ocurría algo extraño. Ella siempre tenía el control de la relación sexual con un cliente, pero esta vez no. Cuando ese hombre quería algo, simplemente se lo indicaba como si no tuviera duda de que sería complacido de inmediato, y lo verdaderamente raro era que ella estaba dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de obedecer, o eso creyó al principio porque luego notó que era algo más sutil. Más que a obedecer estaba dispuesta a dejar hacer, al punto tal que si el hombre le hubiera dicho que estirara el cuello para cortarle la yugular, ella no hubiera dudado un segundo. Se imaginó mirando el cuchillo ir directamente hacia su cuello y supo que lo hubiera dejado matarla sin un gesto de contrariedad siquiera. Por fortuna el hombre no la sometió a ningún acto de sadismo ni le hizo daño. Como le había dicho mientras le pagaba, sólo quería tener una relación sexual como si fueran un matrimonio recatado, con el agrega do de que ella debía poner en acción sus capacidades. Por lo demás, la relación no tuvo ninguna rareza, salvo que el hombre con toda naturalidad la besó en la boca metiéndole la lengua y frotándola con la de ella, recorriéndole el espacio entre los labios y las mejillas, con un desparpajo y desinhibición propias de quien que no tiene noción del rechazo. Dalia, como todas las prostitutas de su época, jamás permitía que la besaran en la boca, ni siquiera un piquito. Tenía la impresión de que había estado a su merced y aprovechando el

buen humor del extraño cliente le preguntó, e insistió hasta que le explicó lo que había ocurrido.

–Es muy difícil de creer e imposible de entender –le dijo, como si quisiera hacerse el interesante.

–Estoy fascinada con tu habilidad, contame, contame que me muero por saber.

El hombre apenas podía contenerse ante la curiosidad de la mujer con la que más había disfrutado en su vida, que lo miraba con inconmensurable asombro y admiración y lo estimulaba a que le contara algo que jamás había compartido con nadie. Finalmente su orgullo lo traicionó, y le dijo:

–Tengo una facultad metafísica, que me permite suprimir la voluntad de cualquier persona que esté lo suficientemente cerca para hacer contacto visual conmigo e intercambiar unas pocas palabras.

–¿Cómo lo aprendiste?

–No lo aprendí; puedo contarte algunas cosas, por ejemplo cómo me facilita la vida.

–¿En qué forma te facilita la vida?

–Me dedico a dos tipos de actividades, una es pedir dinero a personas muy pudientes y la otra es divertirme.

–¡Qué interesante!, ¿y te lo dan así nomás?

–Por supuesto; nunca les saco una suma muy importante pero el ceder ante una simple orden de mi parte les resulta muy humillante, se deben sentir muy estúpidos después y al no haber perdido mucho, la vergüenza puede más, dan lo perdido por perdido y no se lo comentan a nadie.

–No te gusta aprovecharte demasiado de la gente.

–Sólo algunas veces, cuando alguien me ha ofendido o incluso si me ha mirado con arrogancia, puedo agregar una tocada de culo; una vez a uno que se creía muy superior, le hice comer un moco que me acababa de sacar de la nariz frente a él.

–¡Qué hijo de puta! –exclamó Dalia riendo.

–Fue la única vez, es muy peligroso dejar a un hombre humillado y yo no tengo necesidad de correr ningún peligro, con todo lo que puedo necesitar al alcance de la mano con solo exigirlo.

Dalia seguía fingiendo admiración y hasta ponía cara de nena boba enamorada, pero en realidad sentía desprecio por este cobarde aprovechador.

–¿Y cómo te divertís?, porque a mí me pagaste como todos y te la podías haber llevado gratis.

–Me divierto cogiéndome a toda mujer que me dé la gana, pero el sexo en sí mismo ya no me resulta suficiente, por eso no lo apliqué con vos desde un primer momento; ya no entrás en el rango de mis diversiones corrientes.

–No entiendo.

–Al principio, simplemente me acostaba con cualquier mujer que me gustara, pero llegó un momento en que todo era meramente físico y el saber que ellas no sentían nada por mí, empezó a arruinarme la diversión.

–Eso se entiende, pero no sé qué podrías agregarle. –Para mantener desconectada la voluntad de otra persona hace falta que yo permanezca con cierto grado de concentración en la intención de lo que hago; estoy entrenado en esto y además no es una concentración absoluta, solo mantener en mente lo que estoy haciendo. Sin embargo...

–¿Qué?

–Cuando llega el momento de la eyaculación es imposible mantener ese control y la mujer libera su voluntad pero en una situación muy extraña, porque se encuentra que se la está cogiendo un tipo que no conoce, sin sentir nada por él e incluso sin tener ganas, y aparentemente por propia voluntad.

–Entiendo, pero...

–Lo que hago para aumentar mi diversión, es liberar la voluntad de mi víctima mucho antes, incluso cuando recién empiezo, así disfru-

to no solo del sexo, sino también de la contrariedad, la vergüenza y la mortificación que le provoca a una mujer decente encontrarse en esa situación y ni siquiera tener derecho a recriminar nada.

–A una mujer decente...

–Bueno, sin ofender –dijo él dándose cuenta que la simpatía entre ellos no era recíproca.

Entonces Dalia pareció comprender algo y le dijo de mala manera:

–¡Pero eso es una violación!

–¡No, si se dejan!

–No pueden decir que no, no pueden resistirse, así que no se dejan; te dedicás simplemente a violar mujeres sin violencia física; sería lo mismo que si las ataras y después tuvieras la facultad de hacerlas olvidar lo que les hiciste.

–Puede ser, pero me divierto mucho –concedió el hombre como si no tuviera importancia.

Dalia le dedicó su mejor sonrisa de aprobación. Se daba cuenta de que no debía ir demasiado lejos, de que podía ser muy peligroso. Por ahora estaba segura, él había disfrutado mucho con ella y cuando hay placer, siempre se quiere más. Por fortuna, el hombre parecía tener un código moral individual y no lastimaba a nadie. Fue la primera y última vez que huyó de alguien. Apenas él se fue, juntó sus cosas y se tomó un tren a otra ciudad sin decir a nadie adónde iría, cortando todos sus lazos con sus relaciones de entonces. No quería que la volviera a encontrar, no resistía la idea de estar indefensa, así que decidió ir cambiando cada tanto de lugar e incluso de nombre. Ahora que era Jazmín y tenía la oportunidad de una nueva vida, se le ocurrió que quizás no hubiera sido infructuosa esa experiencia, que la había ayudado a sobrellevar su encuentro con el Maestro, que la había preparado para no entrar en pánico o volverse loca, como le hubiera pasado a cualquier otra persona consciente de su propia trasmigración, que la había ayudado a aceptar ese asunto del robo de energía. Ese violador

no tenía ninguna relación con el Maestro, pero igual le había servido tanto como le había servido vivir una vida mundana y larguísima, tanto como le había servido que el Maestro llegara cuando ella no tenía nada que perder y el miedo no tenía sentido.

Era extraño, pero uno de los recuerdos más vívidos de la vida de Dalia era la huída, cuando sentada junto a la ventanilla abierta el viento frío le pegaba en la cara. Le parecía que la purificaba. Fueron unos minutos en que se sintió más libre que nunca. Muchos años después, cuando estaba postrada en el geriátrico le parecía que podía sentir ese viento que le anunciaba que la vida era suya. Ahora que lo evocaba también lo sentía.

XXIV

Le comentaron que su noviecito había estado hospitalizado. Lo de él había sido menos grave pero todavía no se recuperaba del todo. Le habían puesto un clavo adentro del hueso de la pierna, y una serie de clavos más chicos que la atravesaban hasta una barra externa de acero a la que se unían. Configuraba todo un gran aparato que le permitía moverse con muletas. El muchacho había querido ir a verla, pero el padre de Jazmín estaba enfurecido porque lo culpaba del accidente. Cuando Jazmín estuvo lo suficientemente bien, decidió conocerlo. El Maestro todavía no aparecía y ella necesitaba divertirse un poco. Si el pibe estaba más o menos bien, iba a cogérselo. Antonio fue apenas lo llamó. El padre no estaba en la casa, y la mamá ya no lo culpaba así que después de los saludos, Jazmín se lo llevó a su habitación. No sabía bien qué tipo de relación tenía con él, no podía entender que siendo su novia no hubieran cogido nunca porque se suponía que eran novios desde hacía más de un año. No lo podía comprender, pero iba a averiguarlo rápido. Una vez en su pieza, Jazmín cerró la puerta y le preguntó:

–¿Cómo era nuestra relación?

–¿Era?, ¡somos novios!

–Sí, ya sé, pero no recuerdo muy bien y no me parece que hayamos tenido mucho sexo.

Antonio estaba verdaderamente estupefacto y le dijo:

–Estuvimos de acuerdo en esperar un poco, vos no te sentías muy segura y yo no tuve problemas.

–Si un pendejo de tu edad no tiene problemas con esperar es porque seguramente anda putañeado.

–¡Jazmín!, ¿cómo decís eso?

–No te hagas drama, no me importa; lo único que quiero por el momento es que nos echemos un buen polvito.

–¿Estás loca?

–Por el aparato que tenés en la pierna no te preocupes, garchamos de parado, ni siquiera te vas a tener que mover. –Jazmín le bajó el pantalón, se dio vuelta apoyando los antebrazos en el escritorio con las piernas algo abiertas y le preguntó–: ¿No me vas a levantar la pollera?

Antonio la levantó y exclamó:

–¡No tenés bombacha!

–Y vos no tenés cerebro –dijo ella furiosa y buscó con la mano bajo el calzoncillo–. ¡Ni siquiera se te paró!

Antonio no lograba articular palabra y Jazmín lo sacó a empujones de su cuarto mientras le gritaba:

–¡Rajá de acá puto de mierda, ya no sos más mi novio, no te quiero ver más!

Unas horas después recibió un llamado telefónico.

–¡Si es Antonio que se vaya a la mierda! –le gritó Jazmín a su madre, que había quedado con su salud quebrantada y desarrollaba un miedo creciente hacia su hija plena de exabruptos.

–No es Antonio –le aclaró disculpándose– dice que es maestro tuyo... no sé, no me animé a negarte

Jazmín atendió de inmediato y reconoció la voz del Maestro.

–¿Jugando por tu cuenta?

–Solo quería probar, Maestro, no se olvide lo puta que fui.

–Parece que estás lista.

–Estoy lista.

El Maestro le pasó la dirección de un bar y allí quedaron en encontrarse.

XXV

Cuando Jazmín entró, una conmoción silenciosa se extendió entre los hombres. Nadie pudo dejar de admirarla. Ella vio al Maestro sentado en un rincón y fue hacia él, que la recibió con una franca sonrisa de satisfacción. Había elegido bien, Jazmín era una soberbia hembra.

–Vamos a empezar, así ganamos tiempo.

–Sí, me interesa terminar con nuestro trato lo más rápido posible.

–En este momento los únicos intereses que importan son los míos –le aclaró el Maestro con seriedad. Jazmín asintió y el Maestro siguió–: Ya tengo dos tipos, uno es un viejo adinerado y poderoso.

–¿Irá a funcionar?

–Hace mucho que no, pero no se resigna y suele pagar a las prostitutas del más alto nivel solo para manosearlas y chuparlas, ¿te da asco?

–Nada me da asco –contestó segura.

El Maestro le tendió un anillo de cobre y le siguió explicando:

–Yo voy a estar conectado con este anillo, si conseguís que eyacule hago mi retiro de su cuenta energética –terminó sonriendo.

Jazmín, que escuchaba concentrada, afirmó:

–Si hay una mínima posibilidad de hacerlo reaccionar yo lo consigo, pero no creo que tenga mucha energía.

–Cómo explicarte... más que un ladrón de energía soy un predador, las presas débiles me garantizan el éxito.

Jazmín lo miró esperando que siguiera.

–Hace veinte años, aun inconscientemente este hombre se hubiera defendido, yo habría sufrido un gran desgaste y puesto en peligro mi integridad –y siguió– lo convencí garantizándole satisfacción.

–¿Y cuándo es esto?

–Te espera en un departamento, afuera está el remís –dijo el Maestro alargándole una tarjeta.

Jazmín la tomó, saludó con su sonrisa y se fue en busca del viejo verde. Cuando entró al departamento el viejo se presentó:

–Bienvenida, soy Franco.

–Jazmín –dijo ella estrechándole la mano como si fueran dos empresarios en una reunión de negocios. Franco la miraba baboso. A primera vista no se le notaban tanto los años porque tenía el pelo teñido, en contraste con las arrugas y manchas cobrizas en la piel. Las uñas abombadas y cuidadosamente esculpidas por una manicura brillaban artificialmente, las cadenas de oro en su cuello y muñeca no ayudaban a mejorar la impresión, tampoco la dentadura de implantes de titanio con coronas de porcelana de perfección industrial. Se había hecho un lifting en la cara, y le habían puesto colágeno dándole la inexpresión de un muñeco. Esmero cobarde para escapar del tiempo.

–Podrías ser mi bisnieta –comentó él buscando su reacción.

–Pero soy la más hermosa putita de la Tierra –contestó Jazmín riendo.

Franco le aclaró:

–El que te recomendó dijo que me garantizaba una relación completa pero quiero que sepas que no pretendo tanto, me alcanza con acariciarte y besarte sin que me demuestres rechazo.

–Me dijeron que tenías un problemita.

–Hace años que no la pongo.

–¿Y querrías? –preguntó ella divertida.

–Sería un milagro, pero es lo que más quiero en la vida –contestó Franco resignado.

–Eso es un signo de inmadurez espiritual, ¿sabías? –Franco se sorprendió y Jazmín siguió–: Se supone que pasando los 45, los 50 a lo sumo, ya no tendrías que estar pendiente del sexo y dedicarte a otras cosas, pero bueno, si no todos los hombres son iguales, la mayoría sí.

–Eh... este... –balbuceó él.

–No digas nada, bobito, si querés coger, vas a coger –y se lo llevó de la mano al dormitorio.

–Sacate la ropa y acostate boca arriba –ordenó.

Franco dudó y luego dijo:

–No acostumbro recibir instrucciones.

–Así estás sin ponerla –contestó Jazmín.

Franco obedeció, Jazmín también se desnudó y él contempló con la resignación de un gordo a dieta estricta, el cuerpo firme, bronceado y depilado. Suspiró con la nostalgia en los ojos mientras pensaba "¡Ah, si te hubiera agarrado hace unos años!, no recuerdo haber visto nunca tanta hermosura". Ella lo sacó de sus cavilaciones.

–Te voy a meter el dedo en el culo como cuando el doctor te palpa la próstata y voy a pasar un impulso eléctrico para que empiece una erección.

–Bueno, qué más da –dijo Franco.

Mientras hacía esto, Jazmín explicó:

–Le voy a hablar a tu pija para que se despierte, es un encantamiento.

Entonces tomó la fláccida verga con dos dedos y empezó a susurrarle. Sus labios apenas la rozaban. Franco trataba de asomarse para oír el extraño rezo de Jazmín. No lograba entender, pero en la voz de la bella muchacha se producían inflexiones y cambios de tono que hacían pensar que decía algo importante. De pronto tuvo una sensación extraña y su pija se endureció un poco. Jazmín seguía hablando, siempre al límite del contacto. La vieja y arrugada verga se endureció un poquito más y luego otro poquito. Jazmín se sentó sobre él. "No va a resultar –pensó Franco– no es suficiente", pero enseguida sintió

que la concha de Jazmín succionaba hacia adentro, hubo una pausa y sintió una apretada. Sintió también el calor y la humedad resbalosa de la joven. La erección se completó, ella se movió lento fingiendo susto de nena.

–¡Cómo se puso, vas a hacerme mierda!

El viejo la tenía como en su juventud y gozaba a más no poder. Jazmín gimoteaba:

–¡Qué dura, despacio!

Franco terminó en una explosión de semen, ella se movió un rato más fingiendo placer con cortos gemidos. Luego se desmontó y se vistió. Franco se dio cuenta cuando ella enfilaba hacia la puerta y trató de pararla entre sollozos de felicidad.

–¡Nos tenemos que seguir viendo!

–Yo te llamo, lo mejor está por venir –le aseguró desde lejos con una sonrisa mientras pensaba "Lo mejor para vos es la muerte, viejo de mierda".

XXVI

Pocos días después, Jazmín fue citada por el Maestro en el mismo lugar. Lo encontró en la misma mesa que la primera vez y al sentarse frente a él le preguntó:

–¿Le sirvió lo del tipo ese?

–Salió todo muy bien.

–Dígame...

–No, eso no lo preguntes, no es cosa tuya; hablemos del próximo.

Jazmín asintió y a esperó que le diera sus instrucciones mirándolo de reojo.

–Es muy joven e igualmente frágil, tiene veinte años pero una enfermedad hormonal lo hace aparentar once o doce. Es inteligente y sensible, el mundo se limita a su casa y su familia, vive aislado. No fue nunca al colegio, no tuvo amigos ni se relacionó con nadie de su edad,

no tiene hermanos tampoco. Su enfermedad es irremediable. Como parte del tratamiento va a ir una psicóloga, vos –y terminó– arreglé las cosas para que estén solos, calculo que vas a tener un par de horas.

–Me sobra.

–No te confíes.

Ella hizo otro gesto afirmativo y se dispuso a escuchar. –Conseguite ropa formal, maquillate y peinate para parecer mayor, quizás una lencería provocativa podría ayudar.

–Eso lo manejo yo –interrumpió Jazmín.

–Bueno –dijo el Maestro sonriendo. Le dio una tarjeta y terminó–: Tenés varios días para prepararte.

Ella no se puso lencería erótica, sería demasiado. Además no la necesitaba, conocía a los hombres, en una situación como la planteada con ese muchacho, solo tenía que lograr que se sintiera seguro, que incluso creyera que podía protegerla. Contrató un actor desconocido para que interpretara una pequeña farsa y se presentó en la casa de Ariel.

–Soy la psicóloga.

–¡Ah, sí!, yo soy Ariel, no sé si vamos a poder hacer la sesión, mi mamá salió, no sé cuándo va a volver.

–No importa –dijo Jazmín haciéndolo a un lado– charlamos unos minutos y me voy.

Ariel puso cara de resignación y cerró la puerta. Era cierto, no representaba más de once o doce años, aunque tuviera veinte. Mediría un metro treinta, era rubio y su piel muy blanca. Los ojitos azules, la nariz chiquita en medio de una cara de torta y el cuerpo casi redondo, más hinchado que gordo. Jazmín ya se había sentado en el sofá del living, y Ariel caminó hacia allí bamboleándose de un costado a otro con cada paso. Jazmín sintió un poco de ternura, pobrecito. Antes que Ariel llegara a sentarse el timbre sonó otra vez tocado con furia. Ariel fue a abrir extrañado y Jazmín fue tras él. Un hombre corpulento y amenazador le preguntó de mala manera:

–¿Mi novia está acá?

–¿Su novia? –repitió Ariel.

–¡Esa! –gritó el hombre desaforado, señalando a Jazmín que le dijo al oído:

–Es mi ex, hace tiempo que rompí con él pero me sigue molestando.

–¡Vení para acá hija de puta! –aulló el tipo.

Ariel no decía nada, pero estaba todo previsto y fue Jazmín la que habló:

–Él es Ariel, el dueño de casa, andate o le digo que te eche. El hombre dio un paso atrás con la expresión de alguien que es encañonado con una escopeta, y preguntó:

–¿Usted es el dueño de casa?

Ariel dudó unos segundos y miró a Jazmín, que le hizo varias veces un gesto afirmativo.

–Sí –contestó apenas audible.

–Está bien, me voy, no quiero problemas con usted –dijo el hombre.

Ariel seguía inmovilizado y Jazmín le hizo un gesto para que cerrara la puerta. Luego se le acercó y le apoyó la mano en el hombro.

–Gracias, me salvaste, sosteneme que estoy mareada. Jazmín hizo que la agarrara de la cintura y fueron pasito a pasito hacia el sillón del living. A mitad de camino, le dijo que tenía miedo de caerse e hizo que se le pusiera detrás y la abrazara con las dos manos mientras caminaban con pasos de pocos centímetros. Ella le apoyaba el culo y lo frotaba despacito buscando una dureza bajo el pantalón. Al sentarse lo arrastró con ella y tuvo que retenerlo pasándole el brazo por los hombros para que no se escapara.

–Estoy tan avergonzada.

Ariel no contestó y Jazmín perdía la paciencia. "Dale pendejo de mierda, te estoy dando la oportunidad de consolarme", pensaba.

–Estoy tan avergonzada –repitió.

–Bueno, no se preocupe, no pasó nada.

–Gracias, qué bueno que sos, menos mal que lo echaste a ese imbécil. –Ariel se encogió de hombros y siguió hablando Jazmín.– Cuando te vio se quedó helado, ¡cómo lo echaste!

–¿Fui muy grosero?

–¡Estuviste bárbaro! –le dijo Jazmín apoyándole la mano en el pecho.

Ariel se fue al sillón de enfrente y se quedó mirando el piso en silencio.

–Empecemos el tratamiento –dijo Jazmín yendo hacia él. –Vamos a hacer una regresión, ¿sabés qué es eso?

Ariel negó con la cabeza.

–Te vas a imaginar que sos un bebé, decí "soy un bebé".

Ariel dudó y Jazmín gritó:

–¡Vamos carajo!

–Soy un bebé –dijo Ariel.

Jazmín se subió la pollera y se le sentó a horcajadas. Se desabrochó el saco y la blusa. No usaba corpiño. Tomó la cabeza de Ariel y le puso el pezón en la boca:

–Tomá la teta.

Ariel se prendió, se le llenaba la boca de saliva que tragaba como si fuera leche, succionaba con avidez y Jazmín lo dejó ensimismarse. Cuando le pareció que el muchacho chupaba con pasión, le buscó la pija. Encontró una pequeña dureza y sacó una salchichita de copetín. Se la puso y como solo ella sabía hacerlo, la apretó adentro. Ariel soltó el pezón, arqueó la espalda y se desvaneció. "¿Ya está?", se preguntó Jazmín. Se metió un dedo y olfateó la humedad, había terminado. Se arregló la ropa, Ariel la miraba como borracho y no decía nada, Jazmín tampoco dijo nada. Al irse recordó la ternura que le había provocado. "Qué raro, ahora lo mataría con mis propias manos", pensó.

XXVII

Unos días después, recibió nuevamente el llamado del Maestro. Lo encontró exultante.

–Sos increíble, no sabía si con el viejo solo habías tenido suerte pero lo del chiquilín ese...

–Ariel.

–Sí, lograste lo imposible.

–Parece que salió bien.

–Perfecto; lo que viene ahora es más fácil, un tipo sin impedimentos de unos treinta años, te va a recontracoger sin que tengas que hacer ningún esfuerzo.

–¿No elegía hombres que no se pudieran defender? –Este es tan pasional y tan poco reflexivo, que mis acciones van a pasar tan desapercibidas como con los otros.

–Más todavía –afirmó Jazmín y se sacó el anillo tirándolo con desdén frente al Maestro.

Él la miró tratando de intimidarla y preguntó en voz baja:

–¿Ya te olvidaste quién soy?

–No lo supe nunca, pero no me vas a usar más, nadie me va a volver a usar; de ahora en más voy a vivir solo para mí, vos, fuiste.

–¿Te volviste loca?, sabés mejor que nadie de lo que soy capaz de hacer –amenazó el Maestro al borde de la cólera.

–Lo que hiciste fue increíble, no sé cómo lo conseguiste ni quién sos, pero no creo que puedas hacerme nada; dejaste muchas cosas en el misterio para que yo pensara que eras el diablo, o un brujo. –Hizo una pausa y siguió–: Maestro... sos patético.

–¿Vas a incumplir nuestro trato? –preguntó el hombre ahora con tono y ademanes displicentes.

–Exacto, no cumplo nada y te mando a la mierda, hago la mía.

–Te voy a volver al cuerpo del que saliste.

–¡Debe estar recontrapodrido! –exclamó Jazmín riéndose.

–...a otro parecido.

–No te gastes, boludo, para hacer la trasmigración pediste mi acuerdo, seguí instrucciones, hice gran parte del trabajo y no creo que vos solo me puedas hacer gran cosa, es más –agregó– no creo ni que seas capaz de cogerme.

Jazmín se puso de pie y esperó unos momentos por si había respuesta a su desafío. El hombre estaba callado, inmóvil.

Parecía un perro abandonado al costado de la ruta. Ella salió triunfante del bar y más feliz que nunca. Esa misma noche mientras dormía sintió que intentaban estrangularla. Trató de despertarse pero la retenían en el sueño y se entabló una lucha desesperada entre ella y lo que no la dejaba salir a la conciencia. Finalmente logró despertar con la sensación de que se sacaba algo de encima y repudiándolo con el pensamiento lo alejaba. Recuperó el aire como si hubiera estado sumergida al límite de lo soportable. Otra persona se hubiera aterrado pero Jazmín estaba eufórica, sabía que el Maestro la había atacado y que lo había vencido. Sabía que esto le había costado mucha de la energía que él tanto apreciaba y también sabía que no le habían quedado ganas de meterse con ella. No tenía miedo y no lo iba a tener nunca más, era libre otra vez.

XXVIII

Pasó unos días descansando y comportándose como nena buena. A pesar de que hacía rato que se había recuperado, no volvió al colegio. No porque no tuviera nada que aprender. En su vida anterior tampoco había recibido instrucción formal y no le hubiera venido mal aprovechar. Sin embargo, su mente no era la de una chica, no podía estar entre compañeritas día tras día, recibiendo lecciones de profesores que conocían sus materias, pero que en otros aspectos de la vida le iban a la zaga. Fue un disgusto grande para sus padres. Su mamá esta-

ba cada vez más distante, algo había cambiado y no lo podía precisar. Jazmín, a esta altura, la aterrorizaba, y la culpa la desbordaba. Cayó en una depresión, se la pasaba acostada en su habitación. Esto a Jazmín la liberaba de la única relación que hubiera pretendido controlarla. El padre llevaba su vida por otro lado. Quienes habitaban esa casa eran solo la parte formal de su vida, la que menos le interesaba. Los dos hermanitos, pasaban todo el día en la escuela y volvían para cenar y dormir. El personal de servicio se limitaba a hacer su trabajo.

Mientras acumulaba más información y trataba de decidir el camino a seguir, pasaban los días y se aburría. Necesitaba divertirse. Se había agenciado a un negro ordinario y servicial, al que mantenía en uno de los barrios pobres de las afueras, pero no le alcanzaba. Una noche sorprendió a la sirvienta golpeándole la puerta de su cuarto. En estas residencias siempre había habitaciones de servicio para las muchachas con cama adentro. Una pieza minúscula, casi un placard con un pequeño baño donde se apiñaban los artefactos, en el lugar más apartado de la casa. Con un ventilete que por un caño llegaba al techo, era la típica habitación de la sierva. Ella era una boliviana aindiada un poco gorda, de unos veinticinco años que sorprendida abrió la puerta en camisón.

–¿Niña? –preguntó dócil la mujer.

–Sacate todo y metéte en la cama antes de que se enfríe –ordenó Jazmín a pesar de que la estaba desvistiendo ella misma.

–¡Pero niña! –apenas protestó en voz baja la empleada mientras era metida en la cama a empujoncitos. Jazmín se sacó la bata, se sentó al borde de la cama y le mostró a la mujer una cosa que traía en la mano. Era uno de los juguetitos que últimamente compraba por Internet, un consolador doble que imitaba una pija para cada lado de material flexible y rojo fosforescente. Jazmín lo sostuvo ante los ojos de la mucama y le dijo sonriendo:

–Un pedazo para vos y otro para mí.

La mujer no contestó y Jazmín se metió en la cama. Le puso la mano entre las piernas pero la mucama las cerró. Jazmín puso cara de

enojada y le aplicó una suave cachetada en la boca, que más que un castigo era un aviso:

–Cuando yo meto la mano ahí, vos te abrís de gambas. Repitió la operación y la boliviana abrió las piernas. Su mano se encontró con una mata de pelos abundantes y ásperos y Jazmín soltó una carcajada.

–¿Qué tenés acá, guardás el plumero? –preguntó riendo. La mucama solo permaneció en silencio, "la niña" la frotaba y le metía los dedos presionando puntos de placer. Al rato, sin dejar su trabajo, Jazmín le dijo:

–Tenés un aliento de mierda y sos más fea que pisar un sorete descalza, así que te voy a montar.

Hizo que la mujer se pusiera en cuatro, se metió el consolador, y la otra mitad se la introdujo a la mucama. Jazmín se movía como si fuera un hombre, hasta ponía cara de macho. A veces empujaba con fuerza, otras se quedaba casi inmóvil. La mucama suspiraba de cuando en cuando, suspiraba de placer pero quería que pasara desapercibido. Al terminar, Jazmín le regaló el consolador con la condición de que lo tuviera a mano para cuando viniera ella a divertirse. Tenía pensado que lo usaran por bastante tiempo.

–No va a haber mucho tiempo niña.

–¿Cómo que no?

–Usted no sabe, pero yo me entero de todo.

–¿De qué estás hablando?

–De su señor padre, de los planes que tiene para usted. –¡Empezá a contarme ya!

–No sé... escuché algunas cosas.

–Hablá, no te hagas la boluda.

–Le está yendo mal, parece que la quieren casar con el hijo de un hombre más importante que su mismísimo padre, parece niña.

Jazmín se fue a su habitación, quería pensar tranquila. ¿Sería cierto, sería posible?, ¿para qué le iba a mentir la mucama? Ahora que podía disfrutar de una fortuna, ésta tal vez ya no existiera, ahora que

se había ganado su libertad se la querían sacar. "¡Viejo de mierda, qué hijo de mil putas! –pensaba– ¿querés usar a tu propia hija para hacer negocios?, está bien, voy a jugar tu juego y vamos a ver quién gana". Se sentía muy cansada, quería dormir. Sabía defenderse y eso la tranquilizaba. Un gesto casi imperceptible de alivio le distendió la cara, y cerró los ojos con suavidad.

Epílogo

Jazmín soñó con Eduardito, y lo extraño era que sabía que estaba soñando. Su hijo se alejaba, pero antes la miró y le sonrió, y Jazmín supo que él sabía. Era como si le dijera "Entiendo todo, de dónde venís, quién sos, qué hiciste durante tu existencia, todo, incluso el amor que sentiste por mí", luego se alejaba, y cuando lo perdió de vista se despertó. Se encontró acostada en el piso con el revólver junto a ella. Se dio cuenta de que cuando estaba por disparar le había dado una convulsión y había quedado inconsciente. Sabía que mientras esto sucedía Eduardito había muerto. Fue a ver su cuerpo tendido en la cama y estuvo un rato peinándolo con los dedos. ¿Había sido solo un sueño, o lo había visto irse realmente?, ¿y el tumor que creyó por unos momentos en ella, había sido una ilusión?

La ilusión. Se acordó de cuando se preguntaba si siempre el auto

sacrificio era una ilusión, luego miró el cuerpo de su hijo y las lágrimas le comenzaron a caer. Le vino a la mente el recuerdo de su última madre, la verdadera madre de Jazmín, que ni siquiera se enteró de que su hija había muerto pero igual la perdió. Recordó el rechazo que le producía la forma en que dejó que se le desmoronara la vida ante la pérdida de un ser querido. Un par de días después dispersó las cenizas de su hijo en uno de sus campos, el que más le gustaba a él. Una parte cayó cerca, otra la dispersó el viento más lejos. "Chau Eduardito –pensó– ya no te voy a ver más, ya no hay mañana, ya no quiero nada". Se sintió muerta en vida, seca, como cuando le quiso dar la teta a su hijo en esa noche mágica.

Se fue a seguir viviendo y en lo posible disfrutando, aunque más sosegadamente. Solo de una cosa estaba segura en ese momento, si volviera a tener la oportunidad cuando vieja de recomenzar otra vida aunque fuera con un cuerpo muy joven, no la aceptaría. Comprendía que la renovación era necesaria y tenía la esperanza, por primera vez, de que no todo lo que pareciera una ilusión lo fuera. Y quizás finalmente, en algún momento, aunque más no fuera por un segundo, pudiera volver a ver a su hijo una vez más.

Los taquígrafos

y otros relatos

(1999-2002)

Los taquígrafos

Más valen dos horas de espera, que cinco minutos de taquigrafía –le dijo el taquígrafo veterano a Manuel, su joven colega, como hacía cada vez que la sesión se interrumpía y ellos debían esperar a que los políticos terminaran sus conciliábulos para que se levantara el cuarto intermedio y la sesión pudiera continuar. Llevaba más de una década en ese trabajo y todavía no se acostumbraba, nunca sería un verdadero profesional del lápiz, se cansaba demasiado en las sesiones, se impacientaba con las largas esperas, le molestaba que citaran a una hora para comenzar cuatro o seis horas más tarde, todavía le costaba mantenerse imperturbable y seguir tomando taquigrafía como si nada cuando escuchaba al orador de turno decir una barbaridad, y también le costaba cuando lo dicho era lógico pero contrario a su pensamiento. Tenía que esforzarse para mantener

la concentración y no comenzar una réplica imaginaria que no le correspondía a él, que solo era un empleado. Tenía que contenerse a veces para no murmurar una puteada por lo bajo. No había conseguido llegar a ser un buen taquígrafo como lo había sido su padre, como lo era el compañero que esperaba junto a él.

–Más valen dos horas de espera que cinco minutos de taquigrafía –le repitió el viejo.

–Sí, que discutan afuera.

–A lo mejor vuelven al recinto con el asunto cocinado. –Puede ser, pero no se haga ilusiones, igual nos van a llenar el culo de taquigrafía.

–Para eso estamos.

–Sí, para eso estamos nomás, pero me parece que antes era mejor.

–¿Antes cuando?, porque vos sabrás que durante las dictaduras no necesitaban taquígrafos¸ eran declarados cesantes y los que tenían más de tres hijos por ahí los mandaban al Poder Judicial a tomarle la declaración a los reos pagándoles un tercio del sueldo original, ¡y que a nadie se le ocurriera quejarse!

–Yo hablaba de antes, durante el período en que hubo continuidad institucional previo a los golpes de Estado, en que las Cámaras Nacionales estaban pobladas de esos políticos que hoy son nombres de calles.

–Igual se hablaba mucho al pedo, si no, no nos necesitarían.

–Pronto nos va a reemplazar la computadora.

–Lo mismo se dijo hace muchos años, cuando llegaron los primeros grabadores a cinta, los Gelosso.

–La computadora es otra cosa.

–Puede que sí, puede ser que esta vez vayamos pasando a la historia, yo no lo voy a ver porque pronto me jubilo, pero vos...

–Terminaré siendo un corrector, echar no creo que me echen.

–Te lo merecerías por puteador crónico, tendrías que dar las gracias por todo lo que habla esta gente.

–Tal vez, pero resiento mucho que nos hayamos transformado en empleados comunes, que hayamos perdido esa aureola de gente especial que tenía nuestra profesión.

–Oficio, ya te dije varias veces que esto es un oficio. –Igual, los taquígrafos de antes tenían prestigio, ganaban casi lo mismo que un legislador, los trataban con respeto y hasta les consultaban los temas de forma.

–Eso no lo llegué a vivir ni yo que te levo veinte años y trabajé con tu viejo; él entró al Cuerpo por el año cincuenta con 170 palabras por minuto junto a otro que... no me acuerdo ahora como se llamaba; yo entré mucho después con 150, ¿y vos, cuánto diste en el concurso?

–130.

–¿Ves que sos quejoso?, no tenemos el lustre de antes porque somos peores.

–No es por eso, le ha pasado a todas las profesiones.

–Oficio.

–A los oficios también, hoy en día un médico, un abogado, un ingeniero o un contador, si no nació con plata, termina siendo un empleaducho cualquiera.

–¿Como vos?

–Como nosotros.

–Pero vos entraste con 130.

–¿No fue a usted al que mi viejo cagó tanto a pedos porque en un discurso en vez de traducir "procelosa vida", tradujo "brucelosa vida"?

–¡No, no! –contestó sin poder contener la risa el taquígrafo veterano–. Me mandé mis cagadas, pero esa fue de otro. De todas formas, taquigráficamente hablando el error no es tan grave ya que son signos homógrafos, es decir que...

–Sí, ya sé, que se escriben igual.

–Y eso pasó, lo recuerdo bien, en una ocasión en que le hacían un homenaje a Jauretche, ¿sabés quién fue?

–Sí, leí el Manual de Zonceras Argentinas, mi viejo tenía varios de sus libros, pero volviendo al otro tema en realidad no hubiera creído que fuera usted, hay que ser muy bruto.

–Un poco desleído nomás, con eso alcanza.

Algunos legisladores comenzaron a ingresar al recinto, se retiraron otros, y el reinicio de la sesión quedó en un amague.

–Más valen...

–Sí, sí, no me quejo, que discutan afuera, que se caguen a trompadas si quieren y con respecto a lo otro no vale la pena.

–¿No vale la pena qué?

–Ya no vale la pena hacerse taquígrafo –dijo Manuel– si se cobra poco, se trabaja mucho y ni siquiera se adquiere prestigio, ¿qué chico se va a poner a practicar taquigrafía?

–Con lo difícil que es conseguir trabajo hoy en día, alguno habrá.

–No sé, es mucho esfuerzo, primero aprender la teoría hasta dominarla completamente, por lo menos un año; después mil horas de práctica de dictados, tomar-traducir-tomar-traducir-tomar-traducir; después presentarse a algún concurso y si no se pone muy nervioso, y si no aparece uno mejor y si alcanzan las vacantes, quizás entrar a un cuerpo de taquígrafos; después empezar el entrenamiento dentro del equipo tomando más dictados, ayudando en las comisiones, desgrabando; un par de años después empezar a entrar al recinto acompañando a un taquígrafo más experimentado que tendrá la mayor parte de la responsabilidad sobre sí y que tratará de que el más nuevo haga todo el trabajo, y después, con unos cinco años de baqueteo, posiblemente haya adquirido cierta solvencia para la taquigrafía parlamentaria.

–Me cansé solo de oírlo –dijo el viejo colega cerrando los ojos al tiempo que apoyaba la espalda en el respaldo para echarse una siesta.

Los legisladores no venían, ya duraba tres horas el cuarto intermedio, entonces Manuel no pudo evitar quejarse:

–¡Qué mala leche, quedar "en puerta" en un cuarto intermedio tan largo!, los demás deben estar en la oficina tomando café, char-

lando y leyendo el diario, como debe hacer un empleado público que se precie; y nosotros acá esperando y esperando. –Y siguió–: Quizás usted se acuerde, ¿cómo era eso que decía este hombre, cómo era?, eso de la velocidad.

–En un tiempo te preocupó mucho.

–Al principio es la obsesión de todo taquígrafo, pero este atorrante... ¿cómo se llamaba?, decía algo ingenioso acerca de la velocidad al tomar taquigrafía, de por qué no debíamos preocuparnos si nos tocaba un orador muy rápido, algo así como "el 30 % no se entiende, entonces no se puede tomar; el otro 30 % son cosas sin importancia, nadie se va a dar cuenta si lo obviamos; un 10 % de repeticiones, un 10 % más de muletillas y medias frases; queda solo el 20 % de lo que se dice, de lo cual la mitad es chicaneo político y la otra mitad se la podrían meter en el culo. Ya ven, en realidad no es necesario tomar nada".

El veterano sonreía al tiempo que asentía.

–Sí, ya recuerdo, era más o menos así pero dicho con más gracia, ¡qué atorrante era ese tipo!, así de buen taquígrafo era también, no se le escapaba nada –dijo, mientras pelaba la corteza esmaltada del lápiz para que no se le resbalara lo más mínimo entre sus dedos. Era de primerísima marca, carito, blando, demasiado blando quizás para esto, un 4B que el veterano podía usar porque casi no presionaba contra el papel al dibujar los rasgos, que eran muy pequeños, casi no necesitaba mover la mano al escribir, sin importar lo rápido que estuvieran hablando. Si alguien que no estuviera en tema lo veía durante una sesión, no podría pensar jamás que estaba tomando por escrito cada palabra que se pronunciaba en el recinto. Otros taquígrafos hacían rasgos algo más grandes trazándolos con la elegancia de un dibujante, otros usaban biromes y hacían enormes rasgos, tanto que cada 15 ó 20 palabras tenían que cambiar la hoja. Todos eran muy eficientes, cada uno con su estilo, y a pesar de que la mayoría en la Argentina usaba el Sistema Larralde, era difícil que se pudieran leer los rasgos entre ellos. Con el

correr de los años cada uno agregaba a su escritura deformaciones y vicios de conocimiento íntimo.

Sin levantar la vista de su trabajito de tallador maniático el veterano le dijo a Manuel:

–Tu viejo fue el taquígrafo más rápido que yo haya visto. Unos segundos de silencio después llegó la respuesta. –Lo mismo me decía él de usted –y se quedaron esperando, a ver si empezaba o no la sesión.

Luego de un rato fue otra vez Manuel el que inició la conversación. Le gustaba hablar con sus colegas y con este en particular todavía más, ya que era un hombre que había pasado toda la vida estudiando sobre los temas más diversos e inimaginables. Cuando escuchaba o leía algo que le suscitara alguna duda enseguida se ponía a investigar, a profundizar hasta conocer la cuestión en detalle aunque no fuera necesario, aunque costara un importante esfuerzo. Tenía la necesidad de que ninguna duda que le surgiera quedara sin ser resuelta a la brevedad, así que mirándolo de reojo le dijo:

–Difícil la vida del amanuense, cuando no está esperando está desesperando.

–Igual que el soldado. ¿De dónde sacaste eso del amanuense?

–El Secretario me lo dijo varias veces "¿Cómo andan los amanuenses?".

–Amanuense es todo aquel que toma notas a mano de forma tal que sí, efectivamente los taquígrafos somos amanuenses, pero un amanuense no es necesariamente un taquígrafo –y agregó–: Cicerón tenía un taquígrafo.

–¿En serio?

–¿Cómo te crees que llegaron hasta nosotros sus discursos?

–No sé, nunca me lo había planteado, no ando por la vida pensando en Cicerón.

–No te hagas el Borges y escuchá, Cicerón tenía un esclavo que conocía alguna clase de escritura abreviada y tomaba todos sus discursos, creo que era determinante para su calidad oratoria el hecho de

que el que tomaba la versión de lo que ocurría era un esclavo suyo y supongo que también corregiría personalmente los borradores.

–Tanto los de él como los de sus adversarios.

–Sí –contestó casi riendo el veterano– especialmente los de sus adversarios.

–Bueno, no tendremos Cicerones en la Cámara pero nos estamos convirtiendo en esclavos.

–¡Quejas, quejidos y gemidos, comenzáis a tenerme podrido!

Manuel contestó con una sonrisa silenciosa, ya no se podía defender más de esa acusación. De pronto entraron la cantidad mínima de integrantes de la Cámara para que hubiera quórum legal y votaron prolongar el cuarto intermedio hasta el otro día. Habían esperado tres horas para posponer la sesión en treinta segundos. Mejor, al menos había terminado el trabajo por hoy, era muy tarde y todos estaban cansados. Mientras Manuel preparaba sus cosas, le avisaron que el director quería verlo. Al entrar a su oficina lo encontró muy serio y le dijo:

–Hay un problema en una sesión de hace dos meses, dicen que falta algo en la versión taquigráfica y que es muy importante, revisamos el control de turnos y es uno de los tuyos.

–¿Qué falta?

–Me lo dio por escrito porque lo había leído, son sólo unos renglones de una exposición cortita del jefe de la bancada de la oposición, pero se refiere a algunas objeciones a una licitación y ahora que se destapó ese chanchullo de las autopistas por la televisión le viene justo para demostrar que él se había opuesto desde antes.

–Sí, lo vi.

–Están enfurecidos, si no lo solucionamos vamos a tener un quilombo de aquéllos.

Manuel fue a revisar las notas taquigráficas que había tomado en esa sesión ya que quedaban archivadas en la oficina. Leyó con cuidado entre la imponente maraña de signos que ya había traducido hacía muchos días, pero no podía encontrar que faltara nada. Entonces el

legislador en cuestión entró a los gritos a la oficina de taquígrafos, seguido por el secretario del Cuerpo que trataba de calmarlo.

–¡Lo hicieron a propósito, me sacaron las objeciones y ahora quedo como que me callé!

–Eso es imposible –dijo el director.

–¡Imposible un carajo!, no está, me cagaron bien cagado y me lo van a pagar.

–Revisamos nuestros papeles y eso no figura.

–¡Ya pedí que revisaran las grabaciones –contestó rojo de furia– van a tardar un poco pero si aparece ahí váyanse buscando otro laburo! –les dijo con la arrogancia que solo tienen quienes nunca han tenido que trabajar para vivir, y se fue tratando de dar un portazo que no pudo ser porque la pesada puerta se le resbaló de las manos sudorosas.

Había en ese momento ocho taquígrafos presentes y estaban todos consternados pero no por la posibilidad de que los pudieran echar, algo realmente muy difícil de llevar a la práctica con un empleado del Estado, sino porque se tomaban tan en serio lo que hacían que los abrumaba la posibilidad de haber cometido un error tan importante. Y también por el trato. Eran hombres muy cultos y mejor preparados que muchos de los legisladores a los que servían y resentían con facilidad el trato de mierda por parte de cualquier imbécil, aunque tuviera fueros. Era como si ese hombre creyera que ellos eran sus empleados, los empleados de un capanga irreflexivo que había olvidado hacía mucho tiempo que era en realidad un servidor del pueblo. El director, entonces, con su calma habitual, se dirigió a los presentes:

–Tenemos el texto que falta, nos dio una copia el maleducado este dos meses después de leerla en el recinto y de negarnos que lo había leído para no darnos los papeles. Ahora bien, es seguro que esto lo dijo.

–¡Pero no está! –protestó Manuel.

–No está en la sesión en que lo estamos buscando, según mi experiencia cuando pasa esto, lo que se cree dicho en una sesión en

realidad se dijo en otra –y siguió– así que divídanse y vamos a buscar entre todos para atrás en las sesiones de este año hasta encontrar lo que falta.

Manuel se sentía abrumado por la situación. Ya no lo acusaban de negligencia, sino de haber tomado parte en una maniobra política que incluía la adulteración de un documento público. Lo acusaban de un delito. Así no podía concentrarse para la lectura rápida que requiere este tipo de rastreo, pero no fue necesario porque a escasos veinte minutos de comenzar uno de sus compañeros lo encontró.

–Acá está, está todo en esta sesión, no lo dijo hace dos meses, lo dijo hace ocho –todos suspiraron aliviados, se relajaron y lo fueron confirmando uno por uno, pasándose de mano en mano el diario de sesiones en cuestión, esperando pacientemente que el anterior terminara de leer para poder revisar esos párrafos personalmente. Aunque no fuera necesario necesitaban leerlo y tocar el papel, así que se tomaron su tiempo. Luego el director les dijo.

–Vayan yendo, mañana se lo acerco a la secretaria de este buen hombre.

–¿Se irá a disculpar? –preguntó Manuel con inocencia. –Ni lo sueñes, va a verificar lo que le interesa utilizar políticamente y se va a olvidar del asunto.

Se dispersaron en la madrugada. Manuel todavía sentía una mezcla de indignación, miedo y humillación. "¡Qué hijo de puta, qué tipo de mierda!", pensaba.

–No te des máquina –le dijo el director, que había apurado sus pasos para alcanzarlo en la vereda.

–Es que me siento un forro.

–Todos somos un poco forros, hacete cargo de tu parte de una vez.

Siguieron caminando hacia la Avenida Rivadavia en silencio por un rato. Luego el más joven le preguntó a su jefe:

–¿Éste turro es al que no le podemos poner los "de que" ni siquiera cuando corresponden?

–No, ése es otro –le contestó sonriendo y siguió– ahora me viene a la mente otro legislador muy conocido en su tiempo que cuando le mandábamos los borradores para que los revisara, siempre se agregaba "Aplausos" al final de sus discursos.

–¿Y quedaba así la versión?

–No quedaba un carajo así.

–Eso no es nada en comparación con lo de hoy, lo de hoy fue... qué sé yo, una mierda, una verdadera y absoluta mierda.

Siguieron caminando hasta llegar al cruce de calles en que se separaban, entonces el director le dijo:

–Olvidate de esto, no tiene importancia, ya está solucionado y en el pasado y el pasado está muerto aunque haya ocurrido recién; si querés recordar, que sea algo que valga la pena.

–No se me ocurre nada en este momento.

–La forma en que resolvimos el asunto trabajando en equipo con rapidez y eficiencia, eso es algo que valió la pena hacer y merece ser recordado por nosotros –y siguió– yo siempre me acuerdo de hace muchos años, cuando apenas había ingresado al cuerpo de taquígrafos y le íbamos a comprar los lápices a un viejo que se había hecho un puestito en la vereda frente al Café Tortoni. Aunque fuera más cómodo entrar a cualquier librería de paso, íbamos especialmente a comprárselos a él, yo sabía su nombre.

–¿Lo conocía?

–Yo sabía quién era, se llamaba Elpidio González, había formado parte del Gabinete de Yrigoyen y había sido vicepresidente de la República durante el período de Alvear; creo que jugó un papel muy importante porque Yirigoyen no le había dado su apoyo explícito a Alvear y los radicales estaban muy divididos; su presencia en la fórmula fue interpretada por el pueblo como el apoyo que Yrigoyen no expresaba en palabras –y siguió– ese hombre había estado en las entrañas mismas del poder y era tan pobre en la vejez que tenía que vender lápices en la calle para vivir; en realidad, yo no iba a comprar

lápices, iba para verle los ojos, era como si le saliera dignidad por los ojos, como si ésta fuera una luz y pudiéramos verla y llegara hasta nosotros para tocarnos; ¡qué dignidad tenía ese hombre!

Permanecieron unos segundos más en esa esquina de madrugada, compartiendo el silencio antes de despedirse hasta el día siguiente.

El tirador

Un instante de silencio total, eso había sido. El impacto era un "centro mosca", un centro dentro del centro. Había soltado por un segundo mi pretensión de controlarlo todo y la ejecución técnica había rozado la perfección, aunque yo mismo me la hubiera perdido. No lo decía solamente ese centro perfecto, yo había sentido que ese disparo era distinto a los miles que lo antecedieron en un entrenamiento largo y monótono, sin sentido práctico porque a mi edad ya no podía tener pretensiones deportivas. Había llegado tarde al tiro, todo parecía llegarme tarde en la vida, sin embargo estaba contento. Ya no podría repetir un disparo como ese por varios días, justamente porque lo deseaba. Aunque hiciera otros centros, no serían siquiera parecidos a éste, pero no podía dejar de estar contento. Había tomado contacto con algo que estaba buscando sin estar seguro de

qué buscaba, solo intuir, que es muy poco en el mundo del tiempo, que no garantiza siquiera una dirección correcta. Lo que no había logrado leyendo a los místicos y maestros del pasado, ni en los textos sagrados de las religiones de los hombres, ni en las distintas técnicas para controlar la mente, lo había encontrado aquí, entre estos sucios puestos de tiro, con el olor de la pólvora envolviéndome. Entre el estruendo de los disparos, había escuchado el silencio por una brevísima fracción de tiempo. Ahora sabía por qué estaba aquí, por qué le dedicaba parte de mi tiempo, de mi vida, por qué dejaba que me comiera los pocos pesos que me sobraban.

Era un camino, el único que había encontrado hacia el silencio. Sí, estaba contento y deseaba repetirlo lo antes posible aunque supiera que era un retroceso porque para desear, la mente tiene que estar al mando otra vez.

La cosa había empezado un año largo atrás. Siempre me habían gustado las armas y era un sueño postergado el tener alguna y aprender a usarla, pero no había tenido ni el tiempo ni los recursos para darme el gusto. Tampoco los tenía cuando un día, sin que ocurriera ningún hecho desencadenante, llegué hasta el Tiro Federal de Buenos Aires y me hice socio. Empecé a ir con una vieja pistola 22 prestada y no lo podía creer cuando a solo 15 metros no le pegué siquiera al cartón. Si alguno de los tiradores hubiera prestado atención al recién llegado, hubiera dicho en voz no tan baja "No le pega a una vaca en un baño". Era cierto, la frase era típica de los polígonos del país y cuando se decía era irrefutable porque no solo lo decía un tirador, lo decía el cartón. Con algo de práctica logré mejorar, pero al mismo tiempor tomaba conciencia de lo mucho que ignoraba. Una instructora de tiro que había sido poco tiempo atrás representante olímpica de la Argentina en varias disciplinas, estaba dando un curso para principiantes, pero había empezado un mes atrás y no me dejaron incorporarme, así que tuve que esperar a que empezara el siguiente. "Eso me pasa por llegar tarde aunque sea muy puntual", pensé. Esperé, que era algo que

sabía hacer muy bien, y de vez en cuando observaba de lejos a los que hacían el curso para imitar los movimientos tratando de mejorar. Los polígonos del club abrían de nueve de la mañana a doce del mediodía y de dos a seis de la tarde, así que tenía todo calculado para almorzar rápidamente, estar saliendo una y media, llegar justo a las dos para tirar hasta las tres y así tener tiempo de estar en casa tres y media para dejar el arma y retomar el trabajo a las cuatro. A la mañana no tenía forma de escaparme. Cualquiera hubiera pensado que estaba loco pero yo sabía que era ahora o nunca y lo hice ahora, en un ahora tardío en un ahora al fin. Fui mejorando y empecé de a poquito a pegarle al blanco pero no era suficiente, no alcanzaba ni para empezar.

–Solo los aparatos, solo los aparatos –me repetía la instructora, refiriéndose a que solo debía mirar los aparatos de puntería de la pistola de precisión.

Iba en contra de los instintos pero era así, no debía mirar el blanco. Me costó asimilar el concepto de que era mucho más preciso alinear las miras en una zona indefinida por debajo del blanco, pero no tardé mucho en comprobar que era así y aunque llegué a comprenderlo intelectualmente, entablé conmigo una lucha encarnizada porque a cada momento, aun cuando tuviera las miras perfectamente alineadas, se me escapaba la mirada hacia el blanco y el disparo no salía. Porque ese era todo un tema también, el disparo debía salir solo, sin apretar el gatillo, ya que se producían movimientos en el arma que pretendía mantenerse "clavada" y el impacto terminaba a diez o veinte centímetros del centro, lo que constituía un error garrafal en una disciplina de precisión. O bien me sucedía que el disparo no salía por más que creyera que solo veía las miras, comenzaba a presionar hasta que el movimiento involuntario de alguno de los músculos del antebrazo provocaba un desplazamiento imperceptible de la muñeca hacia arriba y a la derecha o hacia abajo a la izquierda, ¡otro desastre! Tenía que aprender a coordinar el enfoque de las miras sin ver el blanco, con la presión en el disparador justo un poquito antes del desenganche del

fiador y a esperar, esperar que se produzca el disparo... ¡solo! Tenía que coordinar esto, pero debía comenzar parándome correctamente frente al blanco, en una posición de perfil oblicuo en la que la pierna de atrás hacía de timón, de tal manera que al elevar el arma con los ojos cerrados quedara perfectamente alineada con el blanco, para lo cual ya había descubierto cuál era mi ojo maestro, el que gobierna el centrado de la imagen en la retina. Y de nada servía si no empuñaba el arma siempre de la misma manera, por lo que necesitaba que la cacha fuera la ideal para mi mano y el guión no saliera arriba ni abajo ni a un costado al elevar el arma, así que debí convertirme en un escultor improvisado del negativo de mi propia mano, haciendo pruebas y más pruebas con la sufrida madera hasta lograr exactitud en el empuñe. Luego de meses de trabajo me hicieron notar que de nada servía si no respiraba bien. Había que comenzar a respirar al elevar el arma y llegar a la zona de centrado con menos de la mitad del aire, para esperar no más de diez segundos espirando lentamente hasta que saliera el disparo, para que no influyera tampoco el movimiento respiratorio en la precisión. ¡También iba a tener que aprender a respirar!, y si el disparo no sale, bajar, aunque haya costado mucho esfuerzo coordinar con exactitud la compleja cantidad de pequeñas acciones impecables necesarias para hacer un buen disparo. Si no sale, algo se hizo mal y hay que bajar, dejarlo atrás, descansar unos segundos y comenzar desde el principio. No fue fácil aprender a bajar, no es fácil aprender a renunciar cuando sabemos que la perfección se perdió, pero hay que hacerlo porque si se fuerza el disparo una falla de pocos centímetros en el impacto produce pérdidas de puntaje que se acumulan con cada pequeño error. Pero lo peor no es eso, lo peor es que se ha aceptado la mediocridad, lo cual es cómodo y puede ser bueno en la vida pero en el tiro es la diferencia entre hinchar las pelotas o tirar, tirar en serio, cuando ya no importa tirar.

¿Cómo me había embarcado en esto, qué sentido tenía tanto esfuerzo? Había venido simplemente para sacarme el gusto de apren-

der a tirar y estaba atrapado en una red infinita de complejidades. Cada vez que aprendía a hacer algo descubría que ignoraba dos cosas más y cuando aprendía esas dos, había más allá otras cuatro. Mi ignorancia en un campo tan circunscrito como el tiro de competición con pistola crecía en proporción geométrica mientras más aprendía. Finalmente, pude coordinar todas las acciones para que finalizaran en un disparo más o menos decoroso –la mayoría de las veces– y casi obligado por la instructora me presenté a un torneo. Salí entre los últimos pero hice un buen papel para un debutante. Sin embargo no pude disfrutarlo ya que cometí una inmensa cantidad de errores durante toda la competición. Tuve que regular el disparador a último momento porque no dio el peso en el control previo y por supuesto no quedó bien. Pisé la línea roja que marca el límite, por lo que recibí varias advertencias del juez de la prueba. No bajé en varias ocasiones haciendo malos disparos innecesarios. Estaba pendiente de lo que hacían los otros tiradores en los puestos contiguos, ¡quería participar del torneo y mirarlo al mismo tiempo! Creí que no iba a ponerme nervioso por la competencia, era un profesional y había pasado mesas examinadoras, exigencias de mi trabajo que ponían a prueba mi temple diariamente y situaciones de la vida en la que no faltaban desgracias irreparables como en toda familia. ¿Cómo iba a ponerme nervioso por una competencia a la que iba porque quería a hacer algo que me gustaba? Sin embargo, los primeros disparos costaron mucho. Por momentos me palpitaba el corazón con tal fuerza que parecía que se me iba a salir por la boca, otras veces temblaba tanto que debía apoyar el arma sobre la mesa y esperar aunque se me fueran los cinco minutos de la serie al galope para terminar tirando de apuro. ¡Tanto que me había costado aprender los rudimentos del tiro!, ahora tendría que aprender a competir, entrenar más y buscar un instructor de alto nivel que me cobraría sus buenos pesos para tenerme cagando mientras intentaba enseñarme. Me había metido en un pantano y estaba atrapado. Si dejaba, tanto esfuerzo se habría

desperdiciado, y si seguía, también. Entre un disparo y otro del entrenamiento muchas veces solía preguntarme, ¿qué estoy haciendo aquí? Pero no podía irme así nomás, yo sabía que detrás de todo esto había otra cosa, algo que había atisbado y no podía describir con palabras y tenía que llegar a ello de algún modo. Si no lo hacía tirando me iba a quedar otra vez sin nada. Había venido solo a tirar y el tiro me arrastraba hacia un objetivo que se ocultaba a mi intelecto. Esta vez no estaba dispuesto a dejar que se me escapara, no al menos sin hacer mi máximo esfuerzo, sin entregarlo todo en este intento porque quizás no tuviera otra oportunidad.

–El disparador, ese tiro fue una cagada, más de dos años tirando y todavía apretás el disparador –me dijo a los gritos el entrenador.

–Es que no salía.

–¡Hubieras bajado!

–¡Ya bajé como diez veces!

–Porque estás mirando el blanco.

–No, tenía nítido el guión e igual no salía.

–Creéme, estabas mirando el blanco aunque no lo supieras. Era cierto, me costaba aceptarlo pero en momentos en que otros con mi experiencia participaban en torneos con excelentes resultados yo volvía a los errores del pasado, a los que cometía cuando era un principiante.

–Es falta de concentración, hay que dejar todo afuera cuando se viene a tirar –me dijo el entrenador interrumpiendo una vez más mis cavilaciones y prosiguió– y aunque estuvieras concentrado no alcanza, hay que lograr la atención total, lo que es distinto.

–Todo este tiempo tirando y ahora me decís que no me tengo que concentrar.

–No es tan simple, cuando te concentrás hay una lucha interna, de forma que sin darte cuenta te encontrás haciendo dos cosas al mismo tiempo, lo que resulta incompatible en esta actividad.

–¿No me tengo que concentrar?

–Hay que prestar una atención tan absoluta que nada exista en el universo más que el guión, solo ver el guión enmarcado en el alza, que no exista nada más y no hacer nada más hasta volverse nada.

–Ahora sí que estoy jodido, para seguir adelante tengo que convertirme en un monje Zen.

Han pasado algunos años, sigo yendo a tirar. Avancé mucho, suelo percibir a menudo ese silencio de la mente y aprendí a aplicarlo a otras actividades e incluso a acciones cotidianas. A veces me miran los tiradores más jóvenes. A mí me ha pasado cuando sabía muy poco, cuando ignoraba qué buscaba, cuando ni siquiera sabía que no había nada que buscar, que siempre había estado ahí, que siempre iba a estar. Solía ver a menudo a ese viejo en el polígono, ¿a qué iba? Ya no podía tomar parte en los torneos, era un desconocido, nunca se había destacado. Pero siempre iba y a veces ocupaba mi lugar preferido. Yo le sonreía y mientras me iba a otro puesto pensaba "¿No tiene nada que hacer este viejo de mierda, a qué viene, por qué sigue tirando?". A veces me daba la impresión de que apenas podía sostener el arma. Ahora entiendo qué quería, no sé si lo logró pero lo veo con claridad. Debe haber muerto, pasó mucho tiempo y ahora el viejo soy yo. Casi no recuerdo su cara, su expresión, y sin embargo veo la situación más claramente que cuando me lo cruzaba entre cientos de vainas servidas esparcidas por el piso. ¿Fue ayer, es hoy? ¿A qué vine yo, qué es lo que quería? ¿Y el tiempo, cómo pasé por él así, tan pronto? Ya no tengo escapatoria, voy a ser siempre un tirador.

Solo los aparatos, solo los aparatos, no existe nada más para mí que el guión. Si logro un disparo perfecto, solo esta vez y entrar en el silencio, solo una vez más para que no exista el tiempo, para que yo deje de ser por un momento y sea en todo lo que existe.

Un poco de paz conmigo

Había vuelto de unas cortas y malogradas vacaciones y la gente se seguía riendo de mí. Por primera vez había salido del país, me quedaban cinco días libres y había ido a Miami. Como yo era bastante conocido por haber actuado en papeles secundarios de un par de novelas de televisión, me mandaron a una cronista de uno de los tantos programas de chismes del ambiente de la farándula. Me daban prensa gratis, pero la chica ésta no paraba de cargarme. De los cinco días que pude estar allí, llovieron cuatro y al quinto que salió el sol, hacía un frío de cagarse y estaba prohibido meterse al mar porque se había roto un caño de las cloacas. Me metí igual ya que el mar me ha resultado siempre irresistible y, mientras trataba de apartar los soretes a manotazos, me filmaban para la televisión riéndose a carcajadas. Reían durante las notas cuando me cargaban por la lluvia y por la habi-

tación que me había tocado en el hotel y de cientos de contratiempos, y reían mientras me cargaban con buena onda, por supuesto. Yo solía dejar que esto pasara, no es que fuera un boludo, por lo menos no me sentía así, pero contaba mis torpezas estimulando a los demás a que me hicieran bromas que yo aceptaba con una media sonrisa y cara de resignación mientras alzaba las cejas. Un gran escritor me había dicho que él también gustaba de hacerse el boludo, pero su boludo además era medio sordo de forma que le pudiera sacar más ventajas. Esta conducta tenía contraprestaciones porque mi boludo era solo para los otros, o eso había creído hasta ahora. Era posible que se me hubiese incorporado demasiado. Hacía mucho que nadie me puteaba por ejemplo, muchísimo tiempo y tenía la impresión de que eso era malo, podía estar volviéndome realmente un boludo y no haberme dado cuenta de boludo nomás. ¿Qué me está pasando justo ahora que el éxito parece venir a mí? Perdido en estos pensamientos estaba cuando me interrumpió Alberto, mi amigo y representante artístico.

–¡Qué cansado se te ve!

–Volví más casando de lo que me fui.

–Te vi en la televisión, ¿es verdad que tuviste tantos quilombos?

–Y más, estoy tan cansado que no sé cómo voy a hacer este año.

–Bueno, los proyectos se atrasaron un poco, vas a tener por lo menos quince días más así que aprovechá para descansar; plata no te estará faltando, me imagino.

–Cualquier vacación que tome va a salir mal, me siguen los periodistas de chimentos a todos lados, las notas son un programa cómico por sí mismas y encima yo no cobro.

–Empezá a mandarlos un poco a la mierda, no les dés más bola.

–Les debo demasiado, muchos son amigos, sería de ingrato rechazarlos cuando me va bien.

–Tenés que aprender a ser un poco hijo de puta –me dijo Alberto admonitorio. La frase me pegó, justo había estado pensando en eso, ¿aprender a ser un poco hijo de puta o un poco menos boludo?

Alberto siguió hablando–: Mañana salen unos amigos míos a cazar chanchos a La Pampa.

–No me gusta matar animales.

–Vas de acompañante, te vas a despejar en serio.

–Ir con extraños tan lejos...

–¡Venís de Miami!

–Está a más kilómetros pero más cerca, se va y se vuelve más fácil, es el primer mundo.

–Sí, te vi cacheteando soretes –me recordó riendo mientras yo ponía mi cara de boludo, e insistió–: Andá, la experiencia te puede servir para un papel que anda en danza.

–¿De un cazador?

–Justamente –reafirmó Alberto y agregó– son un par de hijos de puta pero yendo de mi parte no vas a tener problemas.

Eso me interesó.

–¿Son muy hijos de puta?

–Los peores.

–¿Los dos?

Alberto sonrió con gesto maligno y acercándose me dijo en voz baja:

–Cada uno de ellos está entre los peores hijos de mil putas que hayan pisado esta tierra.

–Quizás me convenga ir –reflexioné– quizás haya algo para mí.

Alberto hizo por teléfono los arreglos para que me encontrara con Hueso y el Pollo a las cuatro de la mañana en una de las salidas de Buenos Aires hacia el sur. Conozco esos lugares de pasada y aún así me sobrecoge la idea de internarme en esas planicies que se tragan pasivas e insaciables al viento como si éste se escapara del planeta. Una vieja camioneta se acerca al cordón, es de un celeste áspero y opaco cansado de andar a la intemperie, le falta el vidrio de la luneta y tiene doble cabina con una pequeña caja atrás. Se detiene a mi lado. Esperaba una cuatro por cuatro moderna y aunque sé que soy sólo

un invitado, esto me desconcierta. El hombre que se asoma me gusta menos, es muy raro, muy flaco. Le sobresalen los huesos de los pómulos y tiene los ojos verdosos, turbios como ojos de muerto. Deja de apretar la mandíbula y sin mirarme dice:

–Vos debés ser Fabián.

–Sí, y vos...

–Yo soy Hueso y este tarado que está al lado mío es el Pollo –me dice aludiendo a un tipo que duerme en el asiento del acompañante–. Subí atrás.

–¿Vamos a viajar muchas horas? –pregunto con tono casual.

Hueso no me contesta y el Pollo duerme.

–¿Hacemos alguna parada?

Hueso no me contesta, ni siquiera me mira.

–¿Se rompió el vidrio de atrás?, se me hace que nos vamos a cagar de frío –insisto.

Nadie me contesta, alzo las cejas y pongo mi cara de boludo. Si quieren viajar en silencio está bien, viajamos en silencio pero por lo menos que me lo digan. Ya pasó más de media hora y nadie me dirige la palabra. Estamos saliendo de las zonas urbanizadas y el Pollo sigue durmiendo, es petiso, morocho y gordo. Su apodo podría ser el gordo pero no tiene cuello, lleva la cabeza pegada al cuerpo y aunque fuera flaco sería el Pollo, le queda justo. Es feo, tiene los labios gruesos y ya descubrí qué es ese permanente olor a mierda, cada vez que damos un salto por algún pozo al Pollo se le escapa un pedo. Hueso parece no percibirlo. No son grandes pedos ni muy olorosos tampoco, pero están ahí y yo aquí. Se suponía que venía a despejarme y estoy envuelto en una nube de pedos de un desconocido en una camioneta desvencijada a la que le falta el vidrio de atrás por lo que si por milagro tiene calefacción, no servirá de nada. Nos alejamos cada vez más de la ciudad y nadie se digna dirigirme la palabra. Está bien, sé que pregunto obviedades y que siempre estoy hablando de más, pero estos tipos no tienen un mínimo de cortesía. No son de esos cazado-

res finos que vienen de Europa con sus fusiles de aceros imposibles y maderas nobles talladas por ebanistas para matar un ciervo colorado a 250 ó 300 metros con una mira telescópica digna de un astrónomo. Tampoco son de esos americanos locos, que no saben qué hacer con la plata y llegan con revólveres de calibres brutales para tirarle a cualquier cosa que se mueva. Estos son distintos, tan distintos que empiezo a sospechar que ni siquiera son cazadores. No vi armas, ni equipo, ni las actitudes estereotipadas a las que son tan afectos. Hueso maneja en silencio, el Pollo duerme mientras se le escapan los pedos y yo voy sentado atrás dejándome llevar quién sabe a dónde por estos desconocidos, personajes ridículos, casi de historieta. ¿Por qué no me revelo, cuánto me les pareceré? Los ojos se me cierran de cansancio, si pudiera descansar un rato.

No pude evitar gritar, me subió un alarido de espanto desde las tripas y Hueso y el Pollo estallaron en carcajadas. No soy gritón, trato de reaccionar en silencio pero la sorpresa fue tan grande, fue todo tan rápido e inesperado cuando sentí la respiración caliente, húmeda y obscena en mi oreja izquierda y de inmediato el lamido áspero y desvergonzado que me abarcó la mitad de la cara. Me tiré en el asiento en un intento de alejarme de la ventana de atrás, para ver la blanca cabeza maciza de un dogo argentino En segundos se sumaron dos cabezas más, tres enormes perros, dos machos y una hembra. La camioneta no tenía luneta para que se asomaran a su antojo pero nadie me había avisado y el susto iba tornándose en indignación. No me tenían en cuenta, mi cabeza había estado a disposición de unos perros que han sido cubiertos por una fama siniestra y si bien solo había recibido una muestra de cariño –inmerecida por cierto– también podía haber perdido un pedazo de cara. En el intento por secarme extendí la baba pegajosa que el más grande de los perros me había untado. Pronto se aburrieron de mirarme y volvieron a recostarse en la caja. Para entonces mis sentimientos se habían disipado y me animé a preguntarle a Hueso:

–¿Así que vamos a cazar con perros?

–A cuchillo.

–¿A cuchillo?

Por supuesto, me contestó el silencio.

Ya me había dado cuenta de que era muy difícil hacer hablar a este hombre y el Pollo a esta altura no importaba, los únicos ruidos que hacía venían de su culo y yo no tenía ningún interés en hablarle. Seguimos recorriendo kilómetros y kilómetros. A mí me parecía que no parábamos ni siquiera a cargar nafta, pero era imposible, seguramente las paradas habrían coincidido con los momentos en que me dormía, así que cuando quería echarme una meada teníamos que parar especialmente al costado de la ruta y como no parecía molestarlos en lo más mínimo, no me hacía problema. Tanto me había acostumbrado a estar siempre viajando que me desperté al detenernos, pero no estábamos en una estación de servicio y me sorprendió que fuera de noche. En el cielo había millones de estrellas, cada una de un brillo único, como no recordaba haber visto jamás. La luna se presentaba casi llena y me asombró poder distinguir cada rasgo geográfico en su blancura. Parecía inmensa y sin embargo la oscuridad de la noche se imponía. Estábamos muy lejos de cualquier ciudad, donde los cielos son devastados por la luz artificial. No recordaba desde mi infancia un cielo así. Tenía la mitad del Universo ante mí con solo levantar los ojos y quedé inmovilizado un instante. ¿Había estado siempre ahí ese cielo? Cuando salí de mi trance y vi por qué habíamos parado, me fue subiendo un frío por la espalda y el cuello hasta la cara. Había un camión no muy grande con caja metálica, con las luces intermitentes prendidas y un hombre parado ante las puertas abiertas, inmóvil, con un gesto de espanto que me ponía al borde del pánico sin imaginar siquiera qué había sucedido. Hueso y el Pollo se miraron con seriedad resignada y se bajaron para recorrer como si no quisieran llegar los cinco o seis metros que nos separaban del camionero. Fui detrás de ellos, no me quise quedar atrás con los perros que se habían parado y

miraban en silencio con cada músculo tenso. Hueso miró al Pollo que le hizo un gesto casi imperceptible con los ojos y preguntó:

–¿Está bien, jefe?

–No puede ser... no puede ser.

–¿Qué paso?

–No lo puedo creer, no entiendo... no entiendo nada...

–Dígame que pasó.

–Iba manejando y empezaron unos ruidos raros en la parte de atrás del camión, pensé que estaría mal cerrada una de las puertas y paré a revisarlas.

No pude evitar intervenir y dije lo primero que me vino a la mente.

–En el medio de la nada, con esta oscuridad, ¡hay que tener huevos!

–Qué huevos, no sé como no me desmayé del miedo, solo paré a cerrar bien las puertas, ¿cómo iba a imaginar una cosa así?

Hueso volvió a tomar el control de la conversación. –¿Y cuando paró, qué pasó?

–Las puertas estaban cerradas, volví a escuchar ruidos, las abrí y ellos estaban ahí... eran como personas chiquititas pero de luz... de luz azul, ocho o diez quizás y al abrir la caja me miraron un instante, saltaron del camión y corrieron para allá –dijo señalando el campo de altas malezas cortantes y espinosas a un costado de la ruta.

Hueso le clavó los ojos hasta que el pobre hombre no tuvo más remedio que sostenerle la mirada y con tono de mando, remachando cada palabra con un gesto de la mano le dijo:

–Présteme atención, esto es muy importante, ¿hicieron ruido al saltar del camión?

–Sí, se escuchó al llegar al suelo, en la tierra deben estar las huellas.

–¿Se fueron derecho por ahí?

–Sí, por ahí –dijo señalando otra vez hacia la oscuridad. Yo estaba aterrorizado, sabía que en estas zonas se hacen muchos avistamientos de OVNIS.

–¡Vamos Pollo! –gritó Hueso y los dos corrieron a la parte de atrás de la camioneta, abrieron una caja larga que llevaban con los perros y sacaron cada uno un tremendo fusil.

–¿Qué carajo están haciendo?

–¡Dale Fabián –dijo Hueso ofreciéndome una pistola que llevaba bajo la camisa– vamos a cazarlos!

No la agarré y me quedé paralizado mientras ellos se internaban entre los pastos como si fueran adolescentes jugando al rugby.

–¡Paren, paren hijos de puta, vengan acá boludos, vengan che! –terminé con impotencia mientras veía cómo se alejaban por el movimiento de las puntas de los pastos más altos.

El camión arrancó y se fue, el camionero tenía tanto miedo como yo y se había rajado como querría hacerlo yo si tuviera las llaves de la camioneta, si los dogos no me gruñeran cada vez que miro hacia ellos. La partida de sus dueños los cambió y yo me mantengo a duras penas parado ante el viento, temblando por el frío y por el miedo, sin siquiera poder sentarme en la camioneta y esperando a un par de locos, ¡que se fueron a cazar seres de otro planeta! y que no sé si volverán. ¿Cómo terminé aquí, cómo hago para salir de esto? No veo movimientos en la vegetación, tengo la impresión de que no volverán. Puede haber más armas en la caja de atrás pero está junto a los perros y no puedo ni pensar en acercarme, ese gruñido bajo que tienen estas bestias de mierda es como una vibración que me dice más que mil palabras de amenaza. Lo único que puedo hacer en esta situación incierta es esperar y me parece que cada segundo es interminable. Estoy más atento de lo que nunca estuve en mi vida. Cada vez que miro hacia la oscuridad, me entra una sensación de vacuidad que llega a marearme, entonces tengo que mirar la camioneta y a los perros alertas, tensos, listos para el combate pero sin ansiedad. Parecen gladiadores veteranos que saben que han vivido de más. Ruidos cercanos me apuran el corazón que me golpea como si se quisiera abrir camino para liberarse. Si no veo pronto qué es lo que viene por la oscuridad, me va a dar un ataque de pánico irracional.

Hueso y el Pollo se acercan caminando entre las matas con las armas al hombro, indiferentes como quien se alejó para estirar las piernas.

–¿Qué pasó? –le pregunto a Hueso sin poder disimular la ansiedad.

–No los alcanzamos.

–¿Eran extraterrestres?

–¿Vos qué viste?

–El camionero dijo que eran como con forma de personas chiquitas de luz azul.

–Qué lástima, se nos fueron.

–¿Pero qué eran?

–Y, serían como con forma de personas chiquitas de luz azul, ¿no Pollo?

–¿Pero eran o no eran extraterrestres?

–¿Qué carajo tenés con los extraterrestres?

–No podían ser humanos, ¡y ustedes salieron a cazarlos! –Bueno, ahora no vamos a saber nunca qué es lo que eran.

El Pollo sonríe como un idiota y yo no entiendo nada. Estoy cada vez más convencido de que el Pollo no es normal, no ha pronunciado una palabra en todo el viaje y casi siempre da la impresión de ser un débil mental y Hueso... yo no sé para qué me molesto en discutir con un tipo que se niega a razonar.

–A razonar no –interrumpe Hueso mis pensamientos dejándome perdido en el asombro y prosigue–: Nunca me niego a razonar, pero sé lo que vi y lo que no vi.

Mientras me recupero, el Pollo suelta a los perros que se internaron en el campo por el mismo lugar por el que habían salido ellos. Corren en silencio, sin ladrar, apenas los jadeos y algún que otro gruñido. Se pierden en la oscuridad en segundos y subimos a la camioneta a esperar. Hace el mismo frío adentro que afuera, pero estamos al resguardo del viento, ese viento omnipresente del sur que parece ensañarse conmigo empujándome con desprecio, como si supiera que aquí

yo soy más extraño que nadie. Vuelvo a esperar esta vez con Hueso y el Pollo y, cosa extraña, me doy cuenta de que me siento más solo con ellos que cuando esperaba que volvieran. Es una locura incompresible cómo he permitido que me pongan en esta situación. No los conozco, me doy cuenta de que pueden ser peligrosos y por lo que he visto hasta ahora, están más cerca de ser enfermos psiquiátricos que los cazadores de confianza que me había referido mi amigo y, como si esto fuera poco, tengo que tener cuidado hasta de lo que pienso. Quiero irme de aquí más que cualquier otra cosa que hubiera querido jamás, salir de esa situación en la que no controlo nada. Pero han soltado los perros y en vez de ir tras de ellos como hacen los cazadores a cuchillo, esperan. Ya pasó media hora y sé que no se van a ir sin ellos. En todo este tiempo no ha pasado ningún coche, parece no haber el mínimo atisbo de civilización en muchos kilómetros y yo aquí, en manos de un par de imbéciles a los que no les importa nada que tenga la mínima lógica. Cualquier cosa que yo diga no les va a importar así que solo espero, a ver si a esos perros de mierda se les canta volver o si son los extraterrestres los que regresan o si a alguno de mis acompañantes se termina de rechiflar y me emboca un tiro. Ya no soy dueño de mi destino, quizás nunca lo fui, pero verlo con tanta claridad ahora y tener la certeza de que podría haber sido distinto sólo si yo hubiera querido, me provoca una sensación extraña. No es angustia ni miedo, es un vacío, una sensación de no ser nada ni nadie que yo no había conocido antes y no sé por qué en vez de distraerme con cualquier pensamiento, con cualquier melodía o charla, permanezco en silencio sintiéndolo. Me hace sentir mal pero es mío, es más mío que cualquier otra cosa que hubiera tenido antes. De golpe, desde la oscuridad, sale uno de los perros cubierto de sangre y camina trabajosamente hasta nosotros. Hueso se baja, pasándole los antebrazos por entre las patas lo levanta como si no tuviera peso y lo deposita atrás con delicadeza fugaz pero infinita. Luego se pone al volante y arranca al mismo tiempo que para mi desesperación dice:

–Mejor rajemos.

Toda su atención está puesta en manejar en la oscuridad lo más rápido que esta carcacha permite. No comprendo nada de lo que ocurre, me inclino hacia adelante y tocándole levemente el hombro a Hueso le pregunto:

–¿Qué pasó?

–¿No viste?

–Solo lo que vimos todos.

–Eso pasó.

–¿Pero qué fue lo que atacó a los perros? –insisto.

–Ellos fueron los que atacaron pero esta vez les dieron para que tengan.

–¿Y los otros?

–Muertos seguro, solo este cagón volvió –dice refiriéndose al dogo inmóvil en la caja.

–¿Y los otros, los vas a dejar allí?

–No te preocupes, ahora volvemos y les hacemos un funeral vikingo –me dice con ironía, mientras el Pollo se sacude hacia arriba y abajo riéndose en silencio.

–¿Habrán llegado hasta los extraterrestres?

–Yo no sé de ningún extraterrestre ni pelotudez parecida –dice Hueso con fastidio– con lo que se hayan encontrado, perdieron. –Y sigue–: Espero que no hayan atacado a alguien en un puesto de estancia porque esta gente se pone muy jodida y ya deben estar organizándose para perseguirnos –termina Hueso, sonriendo con la mitad de la boca.

Yo no sé si me está cargando pero la más remota posibilidad de que suceda eso me pone otra vez al borde del descontrol. Entonces para mi desgracia, agrega:

–Vamos a tener que cambiar de planes, estamos perdiendo mucho tiempo y ya no podemos cazar con perros.

–¿Se suspende la cacería? –pregunto con alegría infantil de un

chico que no irá al colegio mientras Hueso y Pollo ríen. Hueso mira al Pollo de reojo y me dice:

–No, boludín, quería conseguir una cabeza de jabalí porque en algunos valles aislados del sur de la cordillera hay unos gatos inmensos que la gente cree extinguidos y les resulta irresistible esa carnada –y sigue– me quería tirar el lance de ver a uno, pero va a quedar para otro momento, se nos va el tiempo y el Pollo tiene que pasar una prueba.

–¡De qué mierda estás hablando, tengo las pelotas por el piso con ustedes, quiero volver a Buenos Aires ya, carajo!

Hueso para la camioneta bruscamente y se baja, agarra el cuerpo inerte del perro del cuero de la nuca y de la grupa y lo revolea a un costado de la ruta. Luego me clava la mirada y mientras hace un ademán digno de un bailarín de ballet en voz muy baja me dice:

–Andate, el norte está para allá.

–Pero, aquí no hay nada.

Hueso me mira en silencio por medio minuto eterno y me dice:

–¿Entonces nos vas a honrar con tu presencia?

No contesto, sube y nos ponemos en marcha.

–Cambio de planes –dice Hueso– nos vamos hacia la costa.

No quiero hablar más, me bajo a la primera oportunidad y volver a casa no me será difícil. Me tranquiliza el pensamiento de no volverlos a ver nunca más. Viajamos varias horas, debe ser mucho tiempo porque me duermo, cada vez que nos detenemos a cargar nafta yo estoy durmiendo y aunque me doy cuenta, no puedo salir del sopor ni moverme, así que para mí es lo mismo que no parar. Viajamos mucho tiempo y mucha distancia. Ya no quiero saber adónde vamos ni a qué, pero me aburro tanto que finalmente pregunto:

–¿Y qué prueba es esa que tiene que pasar el Pollo?

Para mi asombro me contesta el mismísimo Pollo, que a esta altura yo habría jurado que además de idiota era mudo.

–Tengo que arriesgar la vida por nada, tengo que pasar por el terror más absoluto y la única forma en que yo puedo llegar a eso

es tomando contacto con los miedos instintivos de nuestra especie, aquellos que acumulamos miles y miles de generaciones de seres humanos prehistóricos y miles y miles de generaciones de las especies de las que evolucionaron ellos –y sigue– dicen que esa memoria aún está en cada una de las células de los hombres y mujeres de hoy y calculo que a esta altura de mi vida es lo único que me puede asustar.

Yo no salgo de mi asombro, no ya porque el Pollo hable ni por lo que dice en sí mismo. ¡Este negro pedorrero es culto!, me está hablando de la memoria ancestral con tono de catedrático universitario. Tratando de disimular mis sentimientos le pregunto:

–¿Y se puede saber qué es lo que vas a hacer?

–No vale la pena que te lo cuente porque lo vas a ver y no te vayas a perder nada porque no vas a tener otra oportunidad; eso sí, aceptame un consejo, miralo con los ojos, nada más que con los ojos.

Dicho esto reclina la cabeza contra la ventanilla y se duerme de inmediato como si lo hubieran desenchufado.

–¿Qué quiso decir? –le pregunto a Hueso, en vano.

Me despierto sobresaltado, estoy solo, dormí en mala posición y me duele girar la cabeza. Veo que la camioneta está estacionada a unos diez metros del borde de un barranco, seis metros para abajo la playa y cien metros al frente el mar. Un grupo de treinta o cuarenta lobos marinos al límite de la última estirada de las olas, mira mar adentro como hipnotizados. Con una de las olas llega una bestia enorme, una orca, que queda fuera del agua prendiendo un cachorro entre sus mandíbulas. Sin soltarlo comienza a arrastrarse con movimientos bruscos tratando de volver al agua. Lo consigue tres o cuatro olas después, se interna en el mar y tira al lobito hacia arriba varias veces como si jugara con una pelota. Otras orcas dan vueltas alrededor, van a compartir la comida. No puedo ver la sangre, ni siquiera sé si grito porque la pared de viento que viene del mar provoca un ruido ensordecedor, como si estuviera ante la hélice de un gran avión.

Hueso está parado a un metro del borde del barranco y me hace

una seña con la cabeza para que fije mi atención en algo. Apenas puedo tener los ojos abiertos por la arena que me pega en la cara, pero igual veo al Pollo en la playa acercándose al grupo de lobos marinos. Se detiene unos pasos antes de llegar a ellos y se quita la ropa. Desnudo se une al grupo de animales y ocupa un lugar un poco por delante. Los lobos no le prestan atención pero yo quiero gritar, quiero gritar algo que lo convenza de salir de ahí rápido, algo que el viento no permitirá que llegue jamás. No puedo hacer otra cosa que observar y no grito ni pienso más. Entiendo lo que me ha dicho el Pollo antes de llegar aquí, no lo puedo explicar pero lo entiendo. Llegan varias olas a la playa y contra lo que se hubiera esperado de mí, el miedo y la desesperación desaparecen. Le clavo la vista a una masa oscura que se acerca con una ola y veo una orca inmensa arremetiendo contra el Pollo. No llega a morderlo porque él se tira rápidamente a un costado y al pasar de largo la orca lo roza con su cuerpo y genera una onda en el agua que aleja a su presa voluntaria un poco más. La orca se revuelve para girar hacia el mar, pero se empecina en dar la vuelta hacia el lado en que está el Pollo que, con el agua hasta la cintura, permanece expectante a cada movimiento del inmenso animal que finalmente logra darse vuelta y nada hacia aguas profundas. Recién ahí el Pollo camina hacia la playa y mirando hacia nosotros nos saluda con las dos manos. En este frío, en este viento, nos está saludando desde la orilla totalmente en pelotas. Y yo me doy cuenta sin pensarlo, sin analizar nada, que el Pollo pasó su prueba, que usó a la orca para cazar sus miedos.

Ya no siento ni alegría ni tristeza, no siento asombro ni miedo y no me importa si la situación es grotesca. Sólo observo y tengo una paz que no sentía desde la niñez olvidada. Hueso se acerca al borde del barranco hasta que las puntas de sus pies quedan en el aire, entonces se inclina hacia adelante como si se fuera a dejar caer al vacío con los brazos extendidos a los costados imitando a un Jesús crucificado y se va de frente con el cuerpo tieso. Una ráfaga de viento lo endereza, él espera unos segundos y repite el movimiento, otra ráfaga lo empuja

hacia atrás. Me doy cuenta de que le ha tomado el tiempo al viento, que algunas ráfagas más fuertes llegan a la costa a intervalos regulares y este loco de mierda hace eso, no sé para qué, porque no parece divertirle siquiera. Lo observo hasta dejar mis razonamientos atrás, hasta dejar de juzgarlo y en una reacción que no me explico, me paro junto a él y tomándole la mano comienzo a inclinarme yo también hacia el vacío, sin calcular nada, sin decir nada. No tengo miedo y caigo hasta que el viento me endereza a la fuerza. No sé cuántas veces lo hacemos, pero son muchas. Perdí de vista al Pollo hace rato, pero no necesito verlo para saber que está desnudo en la playa, riéndose.

Viajamos, yo ya no duermo y el Pollo tampoco. No pronunciamos una palabra más pero me siento cómodo. Estamos volviendo, aunque ya no siento que necesite volver a ningún lado. Sé que me van a dejar en la misma esquina de Buenos Aires en que nos encontramos, que no nos vamos a despedir y que al alejarse no van siquiera a mirarme, sé también que no los volveré a ver pero no tengo lugar en mí para la nostalgia, el día está claro y me parece ver todo de un modo diferente, es una cualidad casi imperceptible que hace a cada objeto más definido. Aprecio la profundidad de mi campo de visión como si tuviera belleza por sí misma y tengo paz, por primera vez en mi vida llevo un poco de paz conmigo.

El amigo

Época de agitación aquella de los 70 en la Argentina. Se mataban salvajemente entre dos bandos mientras la mayoría de la gente trataba de vivir al margen de la violencia. Pero las urgencias de Luis eran de otra índole, más humanas, más mundanas, más de la vida misma, compartidas con todos sus compañeros de primer año de la secundaria del colegio de curas. No era fácil en una época de televisión en blanco y negro, sin libros ni revistas ni películas sin censura al alcance de los más jóvenes y donde las costumbres hacían del sexo algo secreto, clandestino, que nada tenía que ver con la familia. A cierta edad se podía admitir que tenía que ver con la reproducción pero no con el amor y mucho menos con el placer. Era un tema tabú sobre el cual en la mayoría de las familias no se podía hacer referencia, así que la información era compartida y extendida por la tradición oral

de pandillas de barrio y compañeros de colegio. En la calle, entre los diez y los doce años, se avivaba al gil de turno que incrédulo escuchaba cómo era eso de coger, garchar, fifar, entubar, follar, o como se lo quisiera llamar en cada época y lugar. ¡Y del coito, no hay que olvidarse del putísimo coito! Se enteraba uno de paso de dónde vienen los chicos y no faltaba el entrometido que solo para divertirse le aclaraba que eso era lo que le había hecho su papá a su mamá en caso de que su papá fuera realmente su papá, claro. Luis había pasado por ese trance y aunque tenía las mismas inquietudes sexuales de los otros, estaba muy lejos de ser como Pablo, su amigo, que parecía vivir pendiente de cualquier imagen o pensamiento que pudiera excitarlo. La fijación de Pablo muchas veces lo fatigaba, parecía no poder hablar de otra cosa que de gambas, culos, conchas y tetas. Siempre charlaban en el recreo largo de la mitad de la mañana, que duraba casi media hora y cortaba el estado de abombamiento en que les quedaban las mentes luego de las clases enciclopédicas. Los mandaban al colegio de curas porque se suponía que impartían una enseñanza superior a los del Estado, y se evitaban las malas compañías ya que allí no entraba cualquiera, o al menos era lo que se esperaba del lugar. Luis descubriría en la universidad que ni siquiera le habían enseñado a estudiar. Mientras Pablo le hablaba de alguna compañera de curso, por el patio del colegio pasaba el rector, cura petiso y nervioso, arrastrando por el piso el borde de su sotana. Los alumnos le temían por sus arranques de furia. Si entraba al aula un silencio demoledor llenaba el ámbito de inmediato, si cruzaba por el patio, ese mismo silencio lo antecedía y quedaba por unos momentos tras de él, como la estela de un barco en el mar. Nadie se atrevía a sostener su mirada desorbitada, ni los profesores. El cambio de color de su cara al rojo violáceo anticipaba uno de sus berrinches que solía ser acompañado por una sonora cachetada. Eso era lo único que Luis quería evitar a toda costa, esa cachetada pública que el rector y algunos otros curas profesores soltaban con tanta facilidad. El dolor no le preocupaba pero sí la humillación con que debía soportar en

silencio y con mirada de perro apaleado. No sabía si podría cumplir con la sumisión que de él se esperaba y aunque tenía la seguridad de que no permitir que lo sometieran era el único acto de rebeldía que su severo padre le permitiría, las consecuencias de una mala reacción igualmente podían ser nefastas para él.

Luis era el único que no le tenía miedo. Lo miraba indiferente, no lo desafiaba en absoluto pero no lo conmovían esas furias descontroladas que dominaban al cura, ni sus miradas ni esa aureola de poder ilimitado que parecía rodearlo en el mundo microscópico del colegio. Pero no podía dejar de prestarle su máxima atención cada vez que aparecía, no para ponerse a la defensiva como los otros sino porque solían ocurrir cosas interesantes cuando el cura se hacía presente. En una época había sentido respeto por ese hombre, cuando se enteró de que había edificado esa enorme parroquia y el colegio primario y secundario de la nada. Era un logro notable. Siempre había dos o tres chicos del interior, generalmente de Santiago del Estero, que venían a vivir en la parroquia y supuestamente a estudiar. Eran sacados de la clase si el cura necesitaba que fueran a hacer algún mandado o para mandarlos a limpiar y así ahorrarse personal de servicio. Le quedó grabado una vez en que el rector estaba de un inusual buen humor en la cocina del colegio, sentado en una silla con los pies arriba de una mesa, comiendo queso de rallar que cortaba de una inmensa horma con una cuchilla. Tiraba los pedazos de cáscara al piso y esos chicos corrían para tragárselo.

La última clase había perturbado a Pablo. La profesora de matemáticas era realmente fea, pero tenía piernas de jugador de fútbol y usaba minifaldas por la mitad de los poderosos muslos por los cuales cualquiera de nosotros se hubiera dejado abrazar gustoso. Luis no entendía por qué los curas se hacían los distraídos. Sus compañeros se volvían locos, especialmente cuando se daba vuelta y se estiraba para escribir alto en el pizarrón. Era una pésima profesora, incapaz de enseñar matemáticas a nadie, pero lo último que hubiera hecho alguno

de sus alumnos era quejarse. Luego de esos 45 minutos de clase Pablo había quedado medio loco de excitación. No tanto como el pibe nuevo que se sentaba en la última fila para masturbarse entre las risitas del resto. La única que parecía no darse cuenta era la profesora.

Un día en el recreo largo Luis se enteró de que Pablo había concretado su mayor ilusión en la vida, había cogido. Ahorrando el almuerzo de una semana había juntado lo suficiente para ir con una prostituta del barrio que le habían recomendado.

–¡Qué bárbaro che, qué bárbaro! –le decía con una sonrisa de oreja a oreja mientras se frotaba las manos.

–¿Terminaste enseguida?

–¿Cómo supiste?, tenés que ir, ¡qué mina!, tenés que ir.

–Ya voy a ir.

Luis no compartía la desesperación de Pablo, todavía se arreglaba bien solo. No fue sino hasta un par de años después. Disponía de buena guita porque su padre, un hombre muy ocupado, le soltaba la plata sin hacer muchas preguntas. Averiguó de una "casa de masajes" de primera. Era sitio de empresarios, generales, jueces y en tiempo de democracia, de diputados y senadores. Se puso el traje para parecer más serio, más grande. No iba a engañar a nadie, tenía solo dieciséis años y a esa gente de la calle no se le pasaba nada, pero Luis conocía algunos trucos de esta sociedad y cuando se acercó a los tipos que cuidaban la entrada y ya lo venían mirando con cara de perro, sacó la billetera repleta de plata grande y con aire distraído les preguntó:

–¿Cuánto cuesta la entrada?

–Pase por aquí señor; sígame por favor; deje su ropa por allí nomás; a sus órdenes; cualquier cosita que necesite me avisa –y por fin– las chicas están por allí.

Esto último se lo anunciaron señalando con la mano abierta hacia arriba, como quien dice "sírvase nomás" al tiempo que lo hacían entrar a una enorme habitación alfombrada de pared a pared, en penumbras. Una barra en uno de los lados, hombres de diversas edades con

una toalla blanca a modo de taparrabos y las chicas en malla, como si estuvieran en la playa. Y esa morocha imponente, con una malla enteriza amarilla, acostada boca abajo en una reposera. "¡Esta es la mía!", pensó tratando de refrenar el entusiasmo. Algunos de los hombres estaban en la barra, otros sentados en unas mesitas con chicas que los hacían consumir bebidas. Él se pidió un whisky y se sentó a contemplar a la morocha. No quería arrebatarse como un desesperado, pero de pronto se le cruzó por la mente la posibilidad de que otro la llamara. Le hizo una seña a uno de los empleados y le dijo que quería ir con ella, la de la malla amarilla. Lo llevaron a una habitación donde había una camilla a un costado. Al minuto entró ella, cerró la puerta trabándola con un pequeño pestillo, y se le acercó hasta apoyar su suavísimo y bronceado cuerpo contra el de él, mientras le acariciaba los brazos. Luis le rodeó la cintura y luego bajó sus manos hasta tomar los cachetes del más hermoso culo que hubiera podido imaginar. La chica sonrió y la toalla con que Luis se cubría no pudo disimular la erección de adolescente.

–¿Cómo te llamás? –le preguntó, más por decir algo que por saberlo.

–Verónica –le contestó al oído, mientras frotaba su mejilla contra la de él.

¡Era increíble!, y tan fácil, iba a ser todo tan fácil. Le soltó el pequeño broche que sostenía la malla por detrás del cuello y se la bajó hasta la cintura, contemplando los pechos. Luego le terminó de bajar la malla hasta los tobillos y ella la dejó a un costado con el pie. Luis se quitó la toalla mientras ella se acostaba en la camilla boca arriba. Se le acostó encima y cuando iba a meterla sin saber por qué ni cómo, se le ocurrió que Verónica no era su verdadero nombre. Y aunque era lo lógico el pensamiento se llevó la erección de Luis que se quedó de pronto sin algo que meter. La chica fue amable y voluntariosa, trató de darle ánimos, le masajeó la pija con sus manos, se la chupó con habilidad técnica y entusiasmo, se puso en cuatro patas y lo invitó a

montarla pero nada dio resultado. Luis no podía reponerse del shock inicial que le había provocado su primera falla. Pagó y se fue. Una hora después, al recordar lo que había sucedido tenía ganas de golpearse la cabeza contra la pared. Solo pensar en esa mujer lo excitaba y se masturbó tres o cuatro veces por día durante una semana. No le faltaban ni potencia ni ganas, ¡y pensar que la había tenido ahí! Perdió mucha plata ese día e hizo un terrible papelón, pero lo que más le dolía era la oportunidad desperdiciada. Se sentía el más estúpido de los hombres, si es que era un hombre. "¡Qué idiota, qué idiota!", se repetía. "¿Por qué este impulso permanente e incontrolable de estar pendiente del sexo, será la edad?" Luis a veces tenía la impresión de que tanto Pablo como él y todos sus compañeros y amigos, se habían convertido en esclavos del sexo. Había escuchado decir que era una necesidad natural tan fisiológica como el comer, tan inevitable. Pero ellos no estaban siempre pensando en comida. Y si trataba de no prestar atención a los pensamientos sexuales, terminaba siendo peor, no solo no lograba controlar sus impulsos sino que quedaba a merced de ellos. ¿Cómo había llegado esto a ocupar un lugar central en su vida y en la de tanta gente? Nadie a su alrededor parecía poder manejar el problema, ¿y cuándo se había vuelto un problema, y por qué? El perro de Luis se le acercó buscando que le acariciara la cabeza. "Él no tiene problemas sexuales –pensó– ni para encontrar hembra ni para llevar a cabo el acto; sigue a una perra en celo y en cuanto puede la pone." Lo superaba su perro, no constituía un problema para los animales, las plantas ni las bacterias. Al sexo lo complicaba el pensamiento pero esto no le ayudaba a sentirse mejor ni a manejar sus ansiedades y, sobre todo, no lo ayudaba a liberarse de la dependencia de sus deseos.

Luis y su amigo Pablo habían hecho juntos la primaria y habían ido de viaje de egresados a Bariloche. Conocieron los lagos inmaculados, subieron algunos cerros, tocaron los fríos arrayanes. Al pasar algunos años siguieron saliendo de campamento siempre junto a algunos amigos más, aunque la amistad entre ellos era más fuerte, más

íntima. Compartían sus sueños, sus miedos y sus lujurias de adolescentes, también los silencios. Pasaron juntos muchas horas mirando el fuego, las estrellas, escuchando las noches de los montes. Compartieron la comida y el hambre, las incomodidades, el frío y el hastío. Eran buenos amigos. Aunque Pablo le había contado su debut hacía tiempo, Luis no había contado su fracaso y tampoco el lastimoso éxito que había tenido. Luego de su primera experiencia había analizado pormenorizadamente los porqués y llegado a la conclusión de que un error fundamental en su estrategia era la causa. Ese lugar tan fino, donde él no estaba en su ambiente, la chica tan estupenda, increíble, ¡claro!, si era increíble entonces no podía creerse y así ¿quién puede triunfar? La próxima sería mejor, pero tardó en decidirse un año más. Lo ocurrido todavía le hacía sangrar el orgullo. Cuando se decidió, averiguó la dirección de un piringundín en las afueras de Buenos Aires, un prostíbulo de los de antes, donde lo que menos importaba eran las finezas y el encanto. Al llegar ante la puerta lo observaron desde una pequeña ventanita de vidrio espejado –luego se daría cuenta de que era blindado– y a través de un micrófono le preguntaron:

–¿Va a entrar?

–Sí, por favor.

–Son cinco pesos el derecho de admisión, Coitobucovaginalveintepesosquinceminutos –le dijo la voz a una velocidad ininteligible.

–¿Qué?

–Coitobucovaginalveintepesosquinceminutos.

–Bueno –dijo no muy convencido.

Depositó los cinco pesos en una bandejita que habían deslizado por una abertura en la pared y vio la plancha metálica con un agujero para pasar el caño de un arma. "¿Dónde me estoy metiendo?", se preguntó mientras entreabrían la puerta para dejarlo pasar. Sus ojos se acostumbraron a la penumbra y vio cinco morochas acodadas en fila en la barra. Lo miraban sonrientes esperando que eligiera. La habitación había sido un patio techado con chapas que dejaban filtrar

la claridad de la tarde por algunos agujeros. "Se ahorraron los juegos de luces", pensó. Las chicas eran feas, cinco gordas petisas y bigotudas vestidas con ropa de cuero ajustada que contenían sus enormes culos de matronas. Pero ya estaba ahí y ya había fracasado una vez, si se iba sería otro fracaso. Aquí le cobraban muy poco y ya se estaba arrepintiendo. Quería mirarlas lo menos posible y le hizo una seña a la más cercana. Ella lo tomó de la mano y lo llevó a un baño viejo, con baldosas con guardas y dibujos que muchos años atrás habían sido amarillos y negros. En algunos lugares las baldosas estaban partidas y hundidas varios centímetros. El antiquísimo inodoro "Las Pescadas" a pesar de estar rajado se mantenía en una pieza. La rajadura había sido invadida por un tinte marrón, el tanque de hierro cubierto de una capa de óxido de décadas con la fina cadena colgando a un costado y un pequeño lavatorio al frente.

–Sacá el bicho –le dijo la chica.

–¿Qué?

–Que lo saqués.

–¿Acá? –preguntó.

–Te voy a lavar –le aclaró riéndose la mujer.

Era agosto, que en Buenos Aires es el más crudo y húmedo invierno y no había calefacción. Lo que sacó no debía ser muy impresionante porque la mujer soltó una carcajada, pero de inmediato se recompuso y condujo a Luis hasta el lavatorio donde le lavó el miembro con un jaboncito. Luis seguía pensando demasiado. Cuando la chica se rió pensó en que era muy mala comerciante y mientras se dejaba lavar se le ocurrió que la clientela del lugar no debería ser muy cuidadosa con la higiene. Ella lo condujo a una habitación iluminada por una débil luz roja. "Menos mal –pensó– así no la voy a poder ver bien". Había un catre de caños con una colchoneta, la habitación era octogonal y tenía una puerta por cada pared. Se le desbocaron una vez más los pensamientos. "¿Cómo voy a poder hacer nada aquí, me estarán espiando, estarán bien cerradas todas esas puertas, o entrará

alguien?" La chica se estaba sacando la ropa de cuero y al quitarse la faja la barriga le quedó colgando. Al sacarse lo demás se cayeron las tetas y se cayó el culo como si se estuvieran derritiendo. Luis iba de asombro en asombro y quizás la chica pensó que estaba embelesado. Sin dejar de sonreírle dijo:

–Coitobucovaginalveintepesosquinceminutos.

Le dio un billete de 50 diciéndole que se lo quedara, se desvistió y tuvo que insistir para que desistiera de chupársela. No podía comprender cómo se había instalado en la sociedad la manía animal de lamerse los genitales. Una influencia más de la civilización francesa, le habían dicho una vez. Tuvo una modesta erección que desapareció apenas se acostó sobre la chica. Entonces giró hacia un lado y pensó "Fallé por segunda vez consecutiva, nunca voy a poder". La rudimentaria profesional intuyó lo que ocurría y cerró los ojos haciéndose la dormida. Luis le acarició los muslos y ella siguió dormida, subió con sus manos por entre las piernas y no se despertó. Poco a poco fue recuperando una rigidez que le permitió entrar y terminar con unos pocos movimientos. Se vistió con apuro le dio un beso en la mejilla a modo de agradecimiento y se fue de allí para siempre. Ya lo había hecho, no había sido gran cosa pero había cumplido. ¿Con quién?, con el mandato social, que pocos años después descubriría que era una de las tantas estupideces con que nos dejamos presionar por ese nadie que es la sociedad, la gente, las costumbres. Caminando hasta la parada del colectivo se dio cuenta de que no había tenido una relación sexual sino que se había masturbado usando a la mujer como una cosa. Eso no era sexo, de todas formas había entendido que no le alcanzaba con lo que hacían los animales. Le quedó un sabor amargo por la experiencia y pasó mucho tiempo antes de volver a intentarlo.

Luis no le contó las peripecias de su debut a Pablo, a pesar de que éste sí lo había compartido con él. Por un lado porque Pablo había disminuido su fijación sexual. De todas formas Pablo no le había con-

tado, más bien le había comunicado la novedad. Otra diferencia notable era que Pablo había sufrido antes, no durante y después como él. Sus experiencias eran muy distintas. Siguieron siendo amigos mientras sus obligaciones fueron coincidentes, pero al terminar la secundaria se alejaron arrastrados por otros problemas y otras urgencias. Luis recordaba de cuando en cuando los buenos y malos momentos compartidos con su amigo y se preguntaba si a Pablo le pasaría lo mismo. Cuatro años después se volvieron a encontrar. Luis iba caminando por la avenida y se quedó paralizado de la sorpresa al encontrárselo cara a cara. Pablo llevaba del brazo a una chica que parecía ser su novia o quizás su esposa.

–¿Qué hacés, tanto tiempo? –le dijo Pablo sonriendo. –Aquí ando nomás –contestó Luis, que no sabía si tenderle la mano, abrazarlo o quedarse así, parado a más de un metro y medio de distancia con las manos en los bolsillos.

–¿Seguiste estudiando? –preguntó Pablo otra vez.

–Derecho, estoy en la mitad.

–Yo no, los libros nunca fueron para mí –dijo Pablo. Luis contestó con una sonrisa y se quedó sin saber qué decir.

–Bueno, chau –dijo Pablo, retomando su camino.

Pablo caminaba como si no hubiera pasado nada y Luis se quedó vacilante. El encuentro había sido tensionante para Luis, pero no comprendía por qué, la sorpresa no lo justificaba y no había pasado tanto tiempo como para que se convirtieran en extraños. Se preguntaba si Pablo tendría las mismas inquietudes. Su cara no era la misma, no tenía la frescura de la juventud, sus ojos no tenían el mismo brillo. Sería cosa del tiempo, los años que nos afectan a todos. Sin embargo, no sentía que a él le hubiera pasado lo mismo. Tal vez ninguno de los dos había querido que el otro se enterara de que todavía no habían cumplido ninguno de sus sueños, que ni siquiera lo estaban intentando, que la vida lo llevaba a cada uno a su antojo por caminos que no habían elegido, que a pesar de seguir siendo jóvenes ya estaban

fracasando. De pronto a Luis se le ocurrió que no volvería a ver a Pablo nunca más y que hubiera querido despedirse de otra manera. Siempre puede ser la última vez. Cómo saberlo, cómo darle a ese último encuentro la trascendencia que merece. No hay forma. Pablo se había llevado consigo recuerdos sobre él que nadie más conocía, que nadie más podía apreciar. Se había llevado consigo buena parte de su adolescencia. No lo volvió a ver por mucho tiempo, pero la despedida no fue para siempre.

Pasaron veinte años y Luis no solo no tuvo ninguna noticia de Pablo, hasta llegó a olvidarlo. Esa mañana hacía frío, él se había levantado temprano a pesar de que no tenía nada que hacer. Había perdido pocos días atrás el trabajo y si bien su situación todavía no era preocupante, no se habituaba al cambio, a las horas vacías que no sabía en qué utilizar, a la incertidumbre del futuro. Se levantaba temprano y trataba de mantenerse activo dando vueltas como un león enjaulado con tal de llegar cansado a la noche y no entrar en la trampa del insomnio. Si fuera por él hubiera vivido acostado el resto de su vida, pero sabía muy bien que eran los primeros síntomas de una profunda depresión y ésta puede llegar a convertirse en una enfermedad grave. Se preparaba el café que tomaba lento, sin azúcar para sentirle el gusto. Leía el diario haciéndolo durar para que esos sucios papeles le ayudaran a pasar el tiempo. Era libre.

Antes las veredas eran anchas para andar en bicicleta o jugar a la pelota, la calle adoquinada, grandes árboles bordeaban los cordones de granito, pero eso era antes de que achicaran las veredas, de que levantaran los árboles de raíz, de que asfaltaran la calle y la convirtieran en una avenida de seis manos. Su mundo se había deshumanizado, todos parecían estar de paso. Se asomó a la puerta para ver si necesitaba la campera para salir y se dio cuenta de que en ese mismo umbral estaba parado cuando la vio siendo muy chico.

–¡Ahí viene el malón, ahí viene el malón! –gritaba la vieja con horror.

Ella tendría algo más de cien años y Luis cerca de diez. Era la década del 60, así que era improbable que ella tuviera recuerdos de la guerra con el indio. Habría crecido con los relatos y las huellas de un pasado que formaba parte de su infancia. Mucho más tarde Luis comprendió que esa guerra tan lejana, recién había terminado con la muerte de esa mujer o de algún otro anciano con recuerdos similares, solo con la desaparición definitiva del último sobreviviente involucrado aunque fuera indirectamente. O quizás habría que esperar a que muriera él, que había escuchado a la vieja, que había comprendido a una edad en la que no se sabe casi nada, la marca que el terror puede dejar. Tal vez una guerra no tuviera fin, que estuvieran en nosotros cada una de las guerras desde fin del siglo XIX y las del XX y las que vinieran hasta su muerte. Y un poco de las guerras de la historia también, incluso las mitológicas. No, las mitológicas tenían solo heroísmo, no se podía sentir la tragedia en carne propia. Que Héctor mata a Patroclo, que Aquiles mata a Héctor y Paris a Aquiles y todo por una mina. Años de guerra y la trampa de Ulises y la matanza de los 676.000 troyanos. Pero si no se podía ver el dolor en una cara, la desesperación en ojos contemporáneos, ésas no contaban. Si solo se tomara un siglo en quedar atrás, todavía no terminaba la Primera Guerra Mundial, de la cual el mismo había llegado a conocer a varios participantes. Ni que hablar de la Segunda y las que vinieron durante todo el siglo de guerras con carne de cañón al por mayor, con la técnica, la industria y la ciencia a su servicio, cada vez más eficiencia en el matar y menos hombres con alma de guerreros.

¿Por qué se había puesto a pensar en guerras? Vio a dos soldados. Tal vez los había visto antes sin darse cuenta, lo suficiente para disparar sus pensamientos que parecían moverse a su antojo dentro de su cabeza. Uno venía hacia él y otro timbreaba en la vereda de enfrente. Le eran familiares, se presentaban como veteranos de Malvinas, venían a pedir plata.

–Una ayuda para los veteranos –le diría en un instante ese hombre.

Ya no podía meterse adentro para dejar sonar el timbre como si no hubiera nadie y ahorrarse la discusión. Hubiera sido fácil alargarle un billete de dos pesos y seguir tranquilo, pero no quería.

–¿Una ayuda para los ex combatientes de Malvinas? –Andá a la puta que te parió. –¿Qué?

–No te doy un carajo y andate a la concha de su putísima madre –le soltó Luis con toda la bronca que tenía hacia estos tipos y la acumulada por otras cuestiones de la vida.

–Disculpe, jefe, usted está totalmente pirado, solo le pedí una colaboración para los ex combatientes de Malvinas.

–Vos no sos ex combatiente y la mayoría de los ex combatientes no combatieron nunca –y siguió incontrolable– no fueron a Malvinas, los llevaron, y me alcanza con verte la jeta para saber que a vos ni siquiera eso.

–¡Yo peleé con el Batallón 601, fuimos los que más ingleses matamos! –le dijo el morocho disfrazado con ropa de rezago.

–¡Tomátelas antes de que te llene el culo de patadas, payaso hijo de puta!

–¡Peleamos por ustedes, por vos miserable, que la tenés toda! –gritó el disfrazado mientras se alejaba.

–Por eso estoy acá, hablando con una basura.

–Basura serás vos –bramó el ofendido volviendo sobre sus pasos– ¿quién te creés que sos?, yo peleé por la Patria, peleé por vos, para que estés muy cómodo aca hablando boludeces.

–¡Andate a la puta que te parió, hijo de mil putas!

Se cruzó el soldado que estaba enfrente y los separó diciéndole a su compañero:

–¡Vámonos, vámonos boludo!

–¡Pablo! –se le escapó en un grito a Luis.

–Luis, ¿otra vez vos?

–¿Cómo otra vez?

–Es la segunda vez que nos encontramos –le dijo a Luis, mientras

su compañero se alejaba.

–Lo decís como si fuera la segunda vez esta tarde y encima vos también disfrazado –y siguió– fuiste exceptuado de la colimba antes de la guerra, igual que yo.

–Un currito, después hablamos, tengo que pedirte un favor.

–¿Qué favor? –preguntó ya al aire porque Pablo se alejaba. Pasaron muchos años más, no volvieron a encontrarse nunca. A veces Luis pensaba "¿Estará vivo, estará muerto?, es lo mismo, él es totalmente diferente a como era y yo también." El Pablo que había conocido no existía desde mucho tiempo atrás y tampoco el Luis que Pablo conocía. "Si me lo encontrara sería un extraño más, aun si esta vez nos diéramos tiempo para recordar nuestra juventud, aunque intercambiáramos direcciones y nos siguiéramos viendo seríamos extraños." Uno cambia momento a momento. Luis nunca más tuvo alguien con quien compartir sus deseos, pensamientos u ocurrencias de la manera tan abierta, incondicional y espontánea como con su viejo amigo. ¿Alguna vez fueron amigos o se distrajeron mutuamente por un tiempo, existía la amistad? Habían quedado por el camino todas las quimeras de la adolescencia. No existía la amistad, no existía la justicia, no existía ni siquiera el amor, no existía Dios tampoco. Sabía que todo lo veía y analizaba con referencia a él mismo, centro del universo, lo que es normal en cualquier persona. Luis tenía una familia, esposa, hijos, hermanos. Pero antes su alma no estaba a la intemperie. Eso extrañaba, no a Pablo que ya no existía para él, extrañaba creer que otro era igual, que le pasaba lo mismo. Aunque un hombre cínico y descreído como él, nunca más pudiera acceder a ella, extrañaba la ilusión de la amistad.

Siempre es tarde

Aunque El Lobo Estepario fue publicado veinte años antes de que naciera, siempre le había molestado la sospecha de que el autor estaba aludiéndolo, por eso nunca lo leyó ni nunca lo perdonó. Caminar solo y de noche por las calles de una gran ciudad puede convertirse en un vicio para cierta clase de hombres. En esas horas que quedan suspendidas en el tiempo, cuando el día próximo está aún muy lejos y el anterior se perdió en el pasado, en esa soledad de tinieblas arriesgando la vida en cualquier callejuela perdida, andando sin rumbo hasta que las piernas se acalambren, inspirando desconfianza y hasta temor a algún otro noctámbulo errante, cruzándose a largos intervalos con todo tipo de gente, los borrachos a quienes a propósito se les hizo muy tarde para llegar, alguna puta que quedó en banda o un estafador de insignificancias que trata de explicarle

justamente a él que no le alcanzan las monedas para volver a su casa en colectivo, como hizo con el que pasó antes, como hará con el que venga. Ya se lo cruzó otras veces, lo observa como quien estudia a un insecto y aunque no gasta las palabras, no puede evitar decirle como a tantos otros en otras tantas noches.

–Nos habíamos llevado tan bien mientras no nos conocimos.

Lo deja atrás una vez más, debe creer que es un loco perdido en esta noche de ciudad inabarcablemente solitaria. ¿Cómo puede mentir así, cómo puede pedir así? Él caminaría por toda la eternidad antes de mendigar a un extraño. Tan flaco, con el pelo negro y muy lacio hasta los hombros, pidiendo estupideces con ojos de desesperado, le provoca un rechazo visceral. Pensó cagarlo a golpes para descargar furia, pero no lo va a hacer nunca. Quién será él para juzgarlo, quién podría entender su forma de vivir. No es un lobo de las estepas, es más bien como un tiburón de la ciudad. Dicen que los tiburones no pueden detenerse, que tienen que vivir nadando sin cesar para pasar el agua por las branquias y respirar. Él es así, si se detiene se ahoga, no sabe dónde va pero no se puede quedar quieto. Una noche caminaba por una calle adoquinada, iluminada por cansados faroles colgantes que creaban sombras al azar del viento con las hojas de los árboles añosos, movimientos irreales contra los brillos del granito húmedo, entre las baldosas levantadas por las raíces, contra las paredes descascaradas de casas en abandono. Ese barrio parecía estar deshaciéndose como un cadáver. Vio algo al pasar, contra su costumbre miró hacia atrás. Apenas asomaba por la ventana la mitad de la cara de la vieja, clavándole el rencor de su mirada. Una duda explotó dentro suyo y desandó la mitad de los diez pasos que los separaban.

–¿La conozco?

–No, pero yo a vos sí que te conozco –le contestó ella sabiendo que lo había enganchado.

–¿Perdón?

–No te hagas el estúpido, ya es tarde.

–¿Tarde para qué?

–No importa, porque es tarde para mí y si es tarde para mí es tarde para vos.

–¿Tarde para qué? –repitió con la intuición de que estaba por recordar algo que ya sabía.

–Tarde para que yo cumpla y te enseñe, pero tardaste demasiado y ya no puede ser, no podés elegir, solo tenías que encontrarme y no me encontraste nunca –terminó la vieja.

–¿No puedo elegir? –dijo él con ironía. Ella negó con la cabeza y él se alejó dos o tres pasos.

–¿Quién es usted?

–La vieja Lina.

–¿La conozco?

–Ya te dije que no.

–¿Y me conoce?

–Ya te dije que sí.

–¿De dónde me conoce?

–De ningún lado –suspiró– te conozco porque sé lo que estás buscando.

–Yo no estoy buscando nada.

–Sí que estás, por eso dejaste hace tiempo de tratar de ser esto o aquello, por eso no te comprometiste nunca con nadie, por eso no tuviste hijos y no te pesa, para buscar.

–¡Pero no le digo que yo no busco nada!

–¿Por eso caminás por las noches sin rumbo? –preguntó la vieja, y concluyó–: No se busca al azar, por eso llegaste tarde.

–¿Tarde para qué?

–Cuando el discípulo está listo...

–...aparece el Maestro –completó él.

–Sí, pero el discípulo no apareció hasta ahora, que es tarde.

–¿Estuve toda la vida buscando?

–La mayor parte.

–¿Por eso no tengo religión?

–Por eso.

–¿Por eso no tengo ideologías?

–Por eso.

–¿Por eso no tengo familia, ni amigos, ni nadie que me espere?

–Te desprendiste de todas las cargas y ya no hay destino.

–¿Por eso este vacío en el que vivo?

–Sí.

–¿Por eso esta soledad demoledora?

–También –le confirmó la vieja Lina mirándolo con la ternura que se permite pocas veces en la vida alguien implacable. Una certeza sin palabras lo fue invadiendo.

–¿No hay ninguna forma?

–Es irremediable, en pocas horas debo trascender, hubiera sido mejor que no nos cruzáramos en esta noche de desolación.

–Desolada la noche y desolado yo para siempre.

–No es así.

–¡Pero me quedo sin nada!

–Tenés tu búsqueda.

–Ahora no hay dónde llegar.

–Es más de lo que tiene la mayoría.

–Qué pérdida, peor que perder la vida, que perder un hijo, peor.

–Tenés tu búsqueda –le volvió a repetir la vieja evitándole los ojos.

–¿No habrá alguna otra forma?

–No la hay.

–¿Cómo voy a seguir viviendo?

–Atento, que es mucho.

–¡Ni siquiera puedo distraerme!

–Mejor.

–Va a ser una agonía el resto de mi vida.

–Solo hasta que te acostumbres.

–Hubiera sido mejor no saber nada –dijo para sí mismo.

–Eso nunca es mejor.

–Hubiera sido mejor no encontrarnos.

La vieja asintió.

Despertó de la siesta acongojado. No le gustaba acostarse al mediodía, pero cuando el Sol estaba en el cenit le chupaba la energía. Se dormía de debilidad, tenía la necesidad imperiosa de recostarse aunque se levantara sofocado, con los ojos irritados y ahora con toda la angustia que pueda soportar un mortal. Había soñado con su padre, que tenía muerto mucho tiempo ya. Estaban manteniendo una de las violentas discusiones que fueron tan frecuentes en los últimos años. Llegaba a enfurecerse con él por su obstinación por no dejarse cuidar, por hacer cosas que lo destruían. En lo más violento del griterío, cuando ya no importaban los argumentos, le había dicho:

–¡Pero si estás muerto, es hora de que te dejes de joder!

Su padre le había contestado:

–Vos estás peor, ya me contó la vieja Lina.

En ese momento había despertado. Tenía que ser una creación del mundo de los sueños. La vieja Lina estaba muerta, ella le había dicho que iba a trascender esa misma noche en que se encontraron. ¿Y si no hubiera sido así, si fuera una prueba? La había pasado muy mal en los meses posteriores al encuentro, ahora se había sosegado y vivía más tranquilo, como quien no tiene nada que perder, como si lo hubieran declarado incurable por un diagnóstico incontrovertible, por una condena inapelable y aceptándolo se dedicara a vivir tranquilo lo que le pudiera quedar. Era un alivio, una liberación de las pequeñeces de la vida, y de la vida misma. Había dado por sentado que la vieja había muerto, ¿y si no? Le costó encontrar la casa y vaciló largo rato. Reconocía la ventana por la que se había asomado la vieja pero la puerta era como si no la hubiera visto nunca, de tablones pintados de rojo. Su aspecto estaba fuera de lugar en esa casa, le inspiraba malos presentimientos. Intuyendo que no debía traspasarla, tomó aire como

si estuviera por comenzar una carrera en las Olimpíadas y golpeó con fuerza. Esperó antes de volver a golpear y así lo hizo diez, veinte, treinta veces más. Se quedó largo rato mirando la puerta impenetrable y silenciosa que no se abriría para él. La miraba como si pudiera haber algún indicio en ella, alguna clave en su textura, sus rendijas e imperfecciones, que le permitieran saber cómo actuar. No obtuvo nada, pero se fue tranquilizando más y más mientras observaba ese objeto inerte.

–El negocio quedátelo vos, solo quiero irme –le dijo a su hermano, que lo miraba perplejo.

–Siempre supe que eras medio loco, pero irte así como...

–...como si hubiera muerto.

–De todas formas no puedo manejar el negocio solo.

–Podés y te va a ir mejor.

–¿Y vos qué vas a hacer?

–Sé qué es lo que no voy a hacer, no voy a seguir perdiendo el tiempo.

–¡Trabajar no es perder el tiempo!, ¿te vas a ir al Tíbet o a Machu Picchu a entornar los ojos y poner cara de idiota hasta que te creas que has llegado a eso que estás buscando desde hace tanto tiempo?

–Lo haría, si pudiera irme sin llevarme a mí mismo, lo haría pero sé que huir sólo es una postergación.

Así dejó todo y como no sabía qué hacer se sentó en una silla durante horas, durante días y pensó, pero no pensó en problemas concretos ni pensó gobernado por las necesidades de la mente. Se quedó quieto y por primera vez en su vida pudo adentrarse en su ser hasta agotar sus inquietudes y dejarlas atrás. Se dio cuenta de que por fin había detenido su afán de llegar a ser quien debería y se dijo que no importaba no dejar obra alguna si todo lo va a deshacer el tiempo. Sonrió al recordar los nombres de próceres en las plazas y calles, conjuntos de letras que nada tenían que ver con las personas que habían usado sus combinaciones como propias, y dejó eso atrás. Y recordó

una época, cuando era un adolescente que sentía que no necesitaba nada para vivir, que le alcanzaba con su fuerza inagotable, con su optimismo candoroso, con sus ganas intactas. No le preocupaba el pasado ni el futuro, la muerte parecía estar inmensamente lejos, se llevaba la vida por delante. Evocó esas sensaciones y sentimientos inocentes y los dejó atrás. Y se dijo que no le importaba no dejar hijos. Si un hijo compartía con él la mitad de su genética y un nieto la mitad de la mitad y un bisnieto la mitad de la mitad de la mitad y así reduciéndose a la mitad en cada generación, ¿qué quedaría de su mensaje de ADN en veinte, treinta, o mil generaciones? Y si una persona que viviera dentro de miles de años tuviera los ojos castaños como los de él, qué importaría quién se los hubiera pasado. Pasado, como se pasan los ladrillos de mano en mano. Qué le importa a una pared quién fue ése que ya no existe y que pasó el ladrillo, así que lo dejó atrás. Y se dijo que sería más fácil vivir para él si hubiera un cataclismo universal y tuviera que juntarse con otros sobrevivientes para intentar salvarse viviendo día a día entre desconocidos. Podría dejar por muerta su historia personal y su autoimagen para interactuar con los otros como un hombre nuevo, adulto pero recién nacido. Y se dio cuenta de que no serviría porque enseguida construiría otra imagen de sí mismo y la tendría que interpretar y hacerse imágenes de los otros y defenderlas. Así que lo dejó atrás. Y se dijo que por qué no vivía sin preocuparse, sin esperar nada, sin deseos, solo vivir. Como ese viejo que cruzó en una calle de Buenos Aires hace mucho, uno de los europeos de la guerra, del hambre y de la miseria, sentado en la puerta de su casa disfrutando del tibio sol de la tardecita y al verlo pensó "Si pudiera tener esa tranquilidad, ese desapego y no pasar por toda una vida para darme cuenta qué es importante y qué no". Y dejó eso atrás. Y vio cómo cada uno de sus deseos habían sido intrascendentes, cada una de sus preocupaciones irrelevantes y fútiles, cadauno de sus enojos inútiles y absurdos. Vio sus justificaciones, su autocompasión, su arrogancia y tantas otras cosas. Se vio finalmente a sí mismo por un instante y se dejó atrás.

Estuvo sentado en una silla durante días sin levantarse ni moverse, sin cerrar los ojos. Prestó especial atención a no cerrar los ojos. Recordaba la leyenda de Buda, que se había cortado los párpados para no dormirse cuando meditaba y que éstos se habían convertido en los pétalos de la amapola. Él no era tan valiente ni tan loco, mejor estar despierto. Al final apenas podía tener los ojos abiertos, los labios secos y resquebrajados. Se incorporó y el mareo casi lo lleva al piso. Luego de unos instantes caminó como un borracho hasta el baño y tomó agua de la canilla de a tragos desprolijos, bestiales, chorreándose como un animal desesperado. Era de día. Una araña muy pequeña, casi invisible, bajaba y subía desde el techo como si dominara la fuerza de gravedad. La observó durante un tiempo sabiendo que era imposible, pero la siguió observando sin buscar el hilo transparente, preservando el momento mágico que ese bichito magnífico le dedicara a un ser tan insignificante como él. La observó hasta dejar de saber que era imposible, luego se fue a acostar, se había perdido pero había logrado volver al mundo. Se sentía relajado y creyó que iba a dormir bien. Si alguien pudiera conocer los últimos sucesos de su vida como un observador imparcial, pensaría que se estaba suicidando de una forma lenta. Era posible, la idea del suicidio no le resultaba ajena ni repudiable, podía hacerlo si las circunstancias de la vida lo acorralaban de tal forma que no hubiera mejor salida. Podía morir en ese trance que se le antojaba definitivo, pero moriría luchando, sin rivales y en el más feroz de los combates.

Se despertó más cansado que antes. No pudo levantarse al primer intento y se quedó acostado boca arriba, mirando el techo y esperando sin saber qué. Seguía decidido, no se rendiría hasta encontrar algún sentido a su vida, aunque se le fuera en el intento, aunque enloqueciera en el camino. Muchos otros lo habían intentado antes que él, la mayoría habían fracasado pero no quería volver atrás, a la vida tal como la van llevando los demás. Para él no tenía significado. Estaba empecinado y siguió adelante, infinitamente débil, con todo el cansancio de

la humanidad encima. No se estaba suicidando, ni siquiera se estaba muriendo, sólo se estaba apagando. Como un fuego que consume su propio origen y se va haciendo cada vez más débil hasta disiparse en el aire dejando unas pocas huellas en el suelo que pronto serán limpiadas por los elementos. Muchos pensamientos pasajeros se le cruzaron y los dejó ir luego de observarlos con indiferencia, pero uno no era común y le prestó atención. Revivió el día en que hizo la prueba a la que le había estado dando vueltas tanto tiempo. Él sabía de místicos hindúes que se provocaban dolor para verificar que podía ser reconocido como algo separado de uno mismo. Aunque en su sociedad pareciera un acto irracional, podía tener un profundo significado para él. Tenía que hacer ese descubrimiento. Los animales que son cazados, a pesar de tener terribles heridas, huyen y luchan con todo su ser de una forma en que difícilmente podría hacerlo un ser humano. Sienten el dolor y el miedo pero no se ponen a pensar si van a morir o cuánto van a sufrir o si están acabados, solo actúan. Quería aproximarse a esta percepción y lo iba a hacer con su cuchillo, el cuchillo británico de guerra número 5, el que usaban los comandos apodados los butchers. Se lo había copiado un artesano por lo que era igual en cualidades a los originales, pero único. Un cuchillo que no tenía filo porque solo servía para matar y cuando lo desarrollaron durante la Segunda Guerra Mundial consultando a comandos, forenses y lanzadores de circo, sacaron en conclusión esa hoja de simpleza diabólica, vaciada a dos lados, suficientemente larga para llegar a los órganos vitales de cualquier hombre desde todo ángulo. Más daga que cuchillo, la hoja pavonada de negro y de un peso insospechado. Cuando lo tuvo en sus manos lo desafiaron a sostenerlo apoyando la punta en uno de sus dedos. No pudo, entonces colocó la cruz sobre el canto del índice para evaluar su equilibrio. El artesano lo interrumpió con un grito.

–¡Nunca haga eso con un cuchillo!

Luego le explicó que para poder lanzarse, debía tener un desequilibrio perfectamente conocido y que lo debía tirar sin efecto, como si

fuera una piedra. De esta forma sabría con exactitud cómo llegaría a destino. Este cuchillo daba media vuelta en 4 metros, entonces había que tomarlo de la hoja. Si el blanco estaba a 8 metros, había que tomarlo del mango porque completaba una vuelta y si estaba a doce metros otra vez de la hoja para dar una vuelta y media. La forma de su acero y su peso desmesurado aseguraban que entrara como en manteca tibia. Le contó que lo habían probado con un puma que habían cazado y eso que el cuero de esas bestias no es como nuestra piel. Muchas veces lo había recordado, pero esta vez le parecía oír la voz ronca de ese hombre, ver sus ojos acuosos y sentir la mano temblorosa con que le tendió un manual casero que él mismo había hecho, con fotos que mostraban cómo se debía apuñalar a un hombre, dónde se debía enterrar la hoja, qué movimientos había que hacer luego, en qué puntos del cuerpo su entrada resultaba mortal, cada una de las posiciones graficadas con una secuencia de fotos. Le recomendó salpicándolo varias veces con su cuchicheo baboso, que no se lo mostrara a nadie. Esto había ocurrido hacía muchos años pero él lo recordaba bien y todavía conservaba ese cuchillo. No lo necesitaba –no lo había necesitado nunca– pero lo veía como un objeto de poder. No había corrido sangre por su hoja, ahora iba a correr la suya. Lo recordó tan vívidamente que sintió el dolor agudo cuando sentado en el piso se levantó la piel del muslo izquierdo y la atravesó de un golpe. Volvió a ver la sangre chorrear y puso toda su atención en el dolor hasta que ya no fue de él, solo un dolor. Se sintió fuerte, un potentado de su entereza. No pudo evitar sonreír levemente al evocar esas imágenes del pasado y las dejó por fin atrás. Recordó también las miles y miles de horas de lectura y estudio, de investigación minuciosa de todas las religiones, filosofías y pensadores de la humanidad en la búsqueda de un significado para estar aquí. Y las toneladas de tratados, novelas, poesías, cuentos, tesis y todo lo que pudiera leerse atravesando por sus ojos hasta su mente, barriendo su alma los conocimientos ajenos como barre el viento las nubes inmaculadas en la cima de las montañas. Y finalmente dejó todo eso también atrás.

Perdió el sentido unos instantes eternos y al reanimarse se quedó mirando la oscuridad que sin razón aparente de pronto se le antojó imperfecta. No era como esa otra que había sabido conocer antes de adquirir su memoria, cuando apretado al límite de la sofocación, atrapado entre membranas y viscosidades aceitosas, inerme ante las sensaciones ajenas, los roces quemantes, apretujones aplastantes, el ruido de los corazones y las tripas, fue expulsado con violencia de la oscuridad absoluta, de la tortura. Fue el rechazo primordial. No sabía que no podía ser peor lo que venía, no tenía cómo comparar, no podía pensar, solo sentir lo que era ese ahora sin memoria, sin palabras, sin la mente. Después de todo, no había estado tan mal la vida. Aun siendo una mierda nada era peor que aquella pesadilla. Quizás lo que pudiera venir también fuera mejor o por lo menos una mierda mejor. Y por primera vez en muchísimo tiempo tuvo una certeza, nunca llegaría. Si hubiera tenido fuerzas hubiera sonreído, ya no le importaba nada, se rendía, se entregaba por fin. Ya no le quedaban fuerzas para respirar así que dejó eso también tras de sí y no le importó y paradójicamente, al haberse rendido, al no querer ya nada de este mundo ni de ningún otro, tuvo un atisbo durante un instante infinitesimal. Si hubiera podido sonreír hubiera sonreído, si hubiera podido reír hubiera reído como nunca. Pero eso había quedado atrás.

Fue Alfredo, su hermano, el que lo encontró tendido, rígido y frío de algunas horas. Se quedó mirando su última expresión. Era la primera vez que veía paz en esa cara demacrada, tan familiar y tan querida. Se tomó unos minutos antes de llamar a la ambulancia. La autopsia iba a ser tan inevitable como inútil. Se sentó junto a ese cadáver que ya no era nadie y suspiró con impotencia. Acababa de enterarse de su muerte y ya tenía nostalgia. No lloró. Ya habría tiempo después y cuando llorara no lo haría por el hermano perdido, lo haría por él. Él era un hombre común, estaba conforme con lo que iba logrando, las comodidades y la tranquilidad de lo predecible. Nunca tendría el valor de entregar su vida por algo intangible que nadie sabía qué era

en verdad. Lo miró de nuevo y por primera vez lo envidió. Había sido consecuente con su forma de vivir, con sus deseos, con sus intereses. Había muerto en su ley. Lloraría después, pero no por su hermano.

Ya habían pasado más de quince años desde la muerte extravagante del hermano de Alfredo. Él, por su parte, había seguido viviendo inmerso en sus ocupaciones. Sin embargo, esa tarde, no comprendía por qué, le venía a la mente su imagen y se perdía en los pensamientos y recuerdos que aún los unían. Era muy extraño porque estando con vida, le pasaba prácticamente inadvertido. Era una cualidad que su hermano había desarrollado apenas ambos dejaron la niñez o tal vez fuera una cualidad de él mismo para ignorarlo sin proponérselo. Pero esa tarde su hermano volvía a él, no recordando el día de su muerte, tampoco esos últimos meses tan raros en que le daba por desaparecer, sino los hechos más cotidianos de la vida común, alguna media sonrisa, su mirar espiado, algún que otro gesto mínimo. No se sentía bien con estas remembranzas, no porque su hermano hubiera vivido siempre en soledad ni tampoco porque hubiera muerto así. Igual, no hubiera sido posible otro final. Aunque él era el mayor, no había tenido nunca ascendencia ni influencia sobre sus decisiones. A medida que pasaban los años, creció en Alfredo la incertidumbre por todo lo que desconocía sobre cómo había terminado su hermano, cuáles habían sido sus propósitos, si había llegado a alguno de sus objetivos antes de morir, y mientras más tiempo pasaba peor era la sensación. Se sentía como aquellos que apelan a un supuesto dios en un momento de desesperación y luego lo olvidan para descubrirse tan ingratos cuando su vida se va agotando. Y éste era un mal momento para Alfredo. Su negocio se había ido a pique luego de años a la deriva, inerme ante el huracán de la crisis económica. Él había luchado con ahínco, con fervor, y podría haber seguido así por el resto de su vida, siempre luchando, sin mirar alrededor, sin detenerse un momento ante nada. Pero las cosas se habían precipitado y se encontraba prácticamente sin nada y con la familia disgregándose, en retirada cada uno por su lado.

Siempre había sabido que no existía lo permanente, pero le costaba aceptar que su familia, de la cual él se veía como un cimiento viviente, se iba disipando como la niebla. Él siempre había cargado con todos, excepto con su hermano que nunca se lo permitió. ¿Qué hubiera tenido que hacer para contenerlo, internarlo contra su voluntad, no era mucho mejor lo que había pasado o por lo menos más digno? Aunque era consciente de que siempre había hecho todo lo posible, tenía una inquietud interna que no sabía por dónde soltar. Ahora creía aproximarse a lo que había sentido su hermano en sus últimos días. Se había quedado solo desde afuera y por fuerzas exteriores y su hermano, que había durado en este mundo mucho menos, se había quedado solo desde adentro y por su propio poder.

Alfredo siguió viendo a los suyos, casi siempre al principio de vez en cuando después. Ya no tenía su negocio, trabajaba de remisero con un coche que le había quedado. Necesitaba cada vez menos. Yendo y viniendo, llevando gente de aquí para allá por lugares que no le importaban. Aguantaba interminables plantones esperando a un cliente que tardaba en bajar de su departamento, esperando a que alguien saliera de alguna reunión, esperando y esperando y esperando como los cocheros de antaño, que pasaban la mayor parte de sus vidas esperando que el noble a quien servían saliera de la fiesta. Él esperaba sentado en el auto, ni siquiera tenía un caballo a quién acariciar y hablarle, esperaba escuchando las intrascendencias de la radio y más últimamente en silencio. Y pasaron muchos años y los hijos que ya eran grandes se hicieron más grandes y extraños y los afectos de otros tiempos, recuerdos, es decir nada. Había trabajado todo el tiempo, ¡tantos años! Ahora le venía con frecuencia a la mente lo que le dijo a su hermano aquella vez: "¡Trabajar no es perder el tiempo!". Y sin embargo tenía hoy la amarga certeza de que no había sabido hacer otra cosa que perder el tiempo. ¿Cómo decían esos párrafos de Enrique V?, que los que murieran en sus camas querrían cambiar toda su vida por volver a tener la oportunidad de combatir hoy y morir en una batalla imposible

de ganar. No, no era así, pero ése es el sentido romántico con el que se había quedado, la decisión épica de pelear una batalla perdida. Tan épica como aquella decisión de Hernán Cortés de quemar las naves para no tener otra salida que la de avanzar, que la de vencer. A él las naves se le habían perdido solas y de a poco. ¿Cuándo había dejado pasar la batalla, cuál había sido el punto de inflexión en su vida en que había tomado el camino del hastío y perdido el de la gloria? No lo podía precisar, pero su hermano le parecía cada vez menos loco.

Pasaron muchos años más, quince o veinte, más quizás, hasta que ya no sirvió ni siquiera para burro de carga. Hacía mucho que nadie dependía de él, que no tenía ningún propósito, que su presencia era una molestia cuando por cualquier nimiedad, por un instante, dejaba de ser omitida. Quien lo viera podría creer que en esa situación él estaba sufriendo, pero en realidad estaba más tranquilo que nunca. Ya no corría de un lado a otro tratando de llenar ese vacío, ya no sentía frustración por nada que hubiera hecho o dejado de hacer. También había dejado de contar el tiempo y había comprendido que su hermano había seguido su propio camino. Él había estado siguiendo el suyo a su manera y si bien había sido muy largo y tedioso, ya estaba terminando. No haría lo que su hermano, no sabía ni podía. No se mataría tampoco, tenía una última cosa que descubrir. Lo suyo evidentemente era esperar. Era un especialista de la espera, pero ahora esperaba con toda su atención, sin impaciencia, sin querer nada de nadie. Esperaba sin esperanza. Llovía fuerte afuera y el agua que resbalaba por los vidrios le impedía mirar a lo lejos. Permaneció de pie frente a la ventana. Ya no sentía dolor porque él también había aprendido a ser el dolor mismo. Le quedaba muy poco tiempo, nada lo presagiaba como inminente pero él lo sabía. Las fuerzas lo abandonaban y se acostó sabiendo que no volvería a estar de pie. No se despidió de nadie y esperó, por última vez. La oscuridad comenzó a rodearlo, ignoraba si venía desde afuera hacia él o si sus ojos ya no tomaban la luz. Trató de ver, trató de meterse en esa oscuridad gastando sus últimos anhelos. Luego se

quedó quieto, quieto el cuerpo, quieta la mente, quieto, quieto, quieto. Ya no era él. Si hubiera podido sonreír hubiera sonreído, si hubiera podido reír hubiera reído como nunca, como su hermano.

El experto

–¡Ya sé lo que voy a hacer! –le dijo Gastón a su madre con entusiasmo.

–Iba siendo hora –fue el único comentario de ella.

Lo dijo como hablando para sí misma y su tono daba a entender que no le creía ni le importaba. Era lógico, su hijo tenía ya 33 años, había terminado a duras penas el secundario tardando el doble que los demás, había comenzado tres carreras universitarias distintas y abandonado cada una de ellas a los dos o tres meses de comenzadas. Había tenido también muchos trabajos pero ahora, precisamente ahora, se ganaba unos manguitos repartiendo pizzas y empanadas en su moto los fines de semana. Entre lo que le pagaban y las propinas juntaba el equivalente a un sueldo mínimo. Había desempeñado muchos otros trabajos en forma fugaz, que lo convertían a su entender en un experto

en prácticamente cualquier cosa. Haber trabajado en un taller por un mes lo habilitaba para decir a cualquiera que quisiera escuchar, que era mecánico. En la semana que trabajó como ayudante de un pintor se transformó en un especialista en la materia. Lo mismo con diversos rubros del comercio y fábricas de los más variados productos que pudieran imaginarse. Había sido empleado bancario, puesto que consiguió merced a la recomendación de un pariente y aunque a los tres días lo echaron, él estaba convencido de haber adquirido los conocimientos de un financista internacional. Las cuarenta o cincuenta palabras de inglés que sabía, lo convertían en un traductor si no oficial, por lo menos empírico. Hasta se daba el lujo de manifestar su gusto por el inglés que se habla en Inglaterra más que por el norteamericano.

La única vez que no había vivido con su madre –un par de días– fue cuando probó suerte como enfermero en una pequeña clínica del interior. Había conseguido un título en una de esas academias que por unos pocos pesos y cuatro o cinco clases teóricas, avalaban la formación de numerosos incautos. Pero Gastón no era uno de esos incautos. Con el certificado de cartulina en sus manos, había explotado de orgullo como si le hubieran dado el premio Nobel de medicina y si bien no había conseguido trabajo en la ciudad, al alejarse a lugares más humildes del país con la recomendación de un conocido logró insertarse por un día en uno de esos pequeños hospitalitos donde falta de todo menos enfermos, altruismo y vocación de servicio. Gastón no tenía nada que hacer allí, nada que ofrecer ni allí ni en ningún lado. Si hubiera podido prever los graves problemas que esta vez le ocasionaría su forma de ser, quizás se hubiera evitado ese pasaje de su vida. Pero para eso hubiera hecho falta una pequeña capacidad de autocrítica o vislumbrar por un instante como era él en realidad. Eso no pasó, y Gastón perdió la oportunidad de seguir siendo sólo un farsante inocuo.

Ya estaba enterado de la falta de personal calificado en ese pequeño hospital que atendía a personas sin recursos y su madre le dio

dinero –con la esperanza de que encontrara el rumbo o quizás para sacárselo de encima– y se fue a ese lugar como quien va a salvar al mundo. Tenía una gran facilidad para comunicarse con la gente, alto y flaco, el pelo negro cortado casi al ras y anteojos redonditos tipo John Lennon. Apenas se encontraba con alguien, se instalaba en su cara una sonrisa, una mueca que él hacía con la boca como parte de su estrategia para sacar la relación adelante con su conversación fluida y su conocimiento aparente de cualquier materia que pudiera surgir en la charla. Así, ganaba el suficiente tiempo como para que le dieran el beneficio de la duda y por consiguiente una oportunidad.

–¡No se va a arrepentir! –exclamaba Gastón con entusiasmo.

Lo creía y peor aún, nadie había dejado nunca de arrepentirse, ni siquiera su madre. De forma que cuando encaró a la mujer, que más que jefa de personal era quien coordinaba los esfuerzos del grupito de gente que sacaba adelante el servicio, luego de agotarla con la referencia de sus aptitudes como enfermero profesional, le exhibió su título que llevaba cuidadosamente guardado en un tubo plástico. La señora lo examinó unos instantes y extrañada le dijo:

–No conozco ese instituto.

–Es de Buenos Aires –contestó Gastón con suficiencia. –¿Es oficial?

–Está oficializado –contestó él, con tanta seguridad que la buena mujer prefirió no ahondar en una respuesta tan elusiva. Quedaron en que ayudaría un poco para ver cómo trabajaba y le dieron un ambo que se puso de inmediato. Estaba tan contento, tanto, que hasta su sonrisa era sincera.

–Sacale sangre a la paciente de la cama ocho –le dijo una de las enfermeras.

Gastón se quedó perplejo, y pensó "Sangre, no soporto la sangre".

La enfermera notó que dudaba y le preguntó:

–Ya lo hiciste antes, ¿no?

No era una pregunta que Gastón pudiera dejar pasar sin hacer alarde de su imaginada idoneidad.

–Es mi especialidad.

Se hizo de los materiales necesarios, fue hasta la habitación de la paciente, entró sin llamar y le dijo sonriendo:

–Le voy a sacar sangre para unos análisis.

Se puso los guantes descartables, le ató el lazo de goma al antebrazo, montó la aguja en la jeringa y cuando la vena se hizo notar le aplicó una feroz estocada. La paciente aulló mientras el bisel afilado de la aguja le rasgaba la vena a lo largo y daba comienzo una hemorragia conmovedora.

–Ay, disculpe –dijo Gastón– esto ya me pasó antes con el paño de una mesa de billar.

Como no había aflojado el lazo que mantenía la presión, la hemorragia corría profusa y si bien no era peligrosa todavía, la paciente se asustó mucho, se puso pálida y se desmayó.

–¡Ayuda, ayuda! –gritó Gastón desesperado.

Al llegar las enfermeras, recomponiendo su sonrisa Gastón les dijo:

–Ataque cardíaco, hora de defunción 15 y 25.

–¡Salí de acá, pelotudo! –fue la respuesta de la enfermera al tiempo que soltaba el lazo y presionaba con una gasa la fuente de sangre.

La paciente comenzó a recuperar la conciencia y un médico tuvo que suturar la herida. Mientras recomponían el desastre una mucama que había llegado para limpiar, le señaló con la mirada el sachet de suero que se conectaba por una guía de plástico a la vena, ¡del otro brazo! Gastón se dio cuenta de que podía haber sacado la sangre por allí en vez de pinchar a la mujer pero no dijo nada. Se sentía indignado. "Nadie me avisó que le estaban pasando suero, me hicieron trabajar al pedo", pensó. La enfermera le dijo:

–Andá a ayudar en la cama 12, después hablamos. Gastón salió corriendo y llegó al mismo tiempo que un enfermero.

–Me mandaron a ayudarte –le dijo Gastón.

–Vení, teneme esto –le dijo dándole un tacho de plástico chatito.

En la cama había un viejo semiconsciente. El enfermero lo puso de costado y le bajó los pantalones del pijama y el pañal descartable.

–¿Qué vas a hacerle? –preguntó Gastón intrigado.

–No te preocupes, no me lo voy a culear –le aclaró el enfermero riendo– hay que hacerle un enema.

Se puso un guante de goma y con el dedo comenzó a maniobrar para sacar pedazos de mierda que ponía en el recipiente sostenido por Gastón.

–Para colmo –siguió hablando el enfermero mientras trabajaba– se deshidrata y queda hecho una piedra.

–¡Qué olor! –dijo Gastón.

–Es mierda.

–Pero esto es peor.

–Sí, la mierda de los viejos es podrida –dijo el enfermero riendo.

Gastón se quedó mirando la montañita que sostenía frente a su cara y no pudo evitar pensar "Es verdad, no tiene olor a mierda solamente". El recipiente cayó desparramando su contenido en el piso, Gastón vomitó sobre el enfermero y el paciente. No supo cómo se resolvió la situación porque cuando volvió en sí estaba acostado en la camilla de un pequeño consultorio. La jefa de las enfermeras, la jefa de personal y un policía lo miraban fijo mientras se sentaba en la camilla.

–Debe haberme bajado la presión –dijo Gastón, parándose.

Entonces habló la jefa de personal:

–En cuanto pueda caminar bien, se me va de acá y no vuelve nunca más, no pase siquiera por la vereda.

El policía agregó:

–Va a pasar unos días en el calabozo, ¿no se pensará volver a Buenos Aires sin conocer bien el pueblo, no?

–Cualquiera puede tener un accidente.

–Deje la ropa en la recepción y ahórreme el disgusto de volver a escuchar su voz –le dijo la jefa de personal.

Gastón inclinó la cabeza y asintió levemente, con un gesto de derrota pero digno, como podría haber hecho Napoleón en su última batalla y levantó la mano para decir algo.

–¿Sí? –inquirió la jefa de personal.

–¿Cuánto me van a pagar?

Pasó el resto de la tarde en la comisaría. Lo obligaron a baldear el patio y una galería contigua dos veces ya que a juicio del oficial a cargo había tardado mucho. Luego limpió los baños y algunos calabozos. A la noche lo encerraron junto con un par de borrachos y cuando intentó quejarse citando la Constitución Nacional, le prometieron una paliza si no cerraba el pico. De todas formas tendría que aguantar poco tiempo ya que a la mañana lo iban a poner a disposición del juez por los daños que le había causado a la paciente en su frustrada extracción de sangre. Fue la peor noche de Gastón. Entre los llantos de uno de los borrachos, el farfulleo continuo del otro, la amenaza de la paliza y tener que enfrentar a un juez que tendría su destino en sus manos en pocas horas, no pudo descansar ni planear un discurso salvador. Se arrepintió de su audacia, se sintió indefenso por primera vez en su vida, lamentó haberse ido tan lejos de su casa, entre extraños que solo le manifestaban una hostilidad incomprensible. Por la mañana lo sacaron a la calle y lo mandaron caminando a la terminal de ómnibus. Si al mediodía todavía estaba en el pueblo la iba a pasar realmente mal. Caminando por la calle lo ganó la indignación:

–Sacarme a empujones a mí, que tengo un título oficializado, este pueblucho de mierda no es para mí. –Y cuando por fin arrancó el micro Gastón canturreaba–: Vuelvo vencido a la casita de mis viejos –sonriendo con la mitad de la boca, como habría hecho Gardel.

Entró agitado a su casa, tiró el bolso al piso y comenzó a buscar a su madre que estaba preparándose algo para tomar mirando un programa de chismes en un pequeño televisor que había llevado hasta la

cocina. Había estado tranquila durante la ausencia de su hijo. Al enviudar había quedado con una buena jubilación y estaba bastante bien de salud, así que no tenía grandes preocupaciones, excepto su hijo. Ya había dejado de llamarle la atención o amenazar con echarlo, él no le creía y ella no lo haría nunca. Por lo menos no era un drogadicto ni un borracho, tampoco uno de esos violentos que llegan hasta a pegarle a su madre. Ella tenía una conocida a la que le pasaba precisamente eso, así que no estaba tan mal después de todo. Creyó que iba a tener más tiempo de tranquilidad con la partida de Gastón apenas dos días antes, pero al escuchar la puerta de calle y su voz gritando "¡Maaa... dónde estás!", suspiró y levantó los ojos al cielo. Tenía la esperanza de que tardara aunque fuera una semana en volver de su expedición. Al menos Gastón nunca volvía de mal humor. Entró en la cocina como si fuera una estrella de Hollywood, abriendo los brazos y diciendo por todo saludo:

–¡Acá estoy!

–Ya veo.

–Volví.

–Ya veo.

–No me dejaron aplicar nada de lo que yo sabía, claro, llega un porteño a mil por hora... se sintieron avasallados; cuando vieron mi título se quedaron impactados esos provincianos, pero enseguida vino la envidia, los celos y al final me tuve que ir.

–Ya veo –le contestó por tercera vez su madre y agregó–: ¿Terminó tu paso por la salud pública o vas a probar en otro lado?

–No, tuve una idea genial mientras viajaba en el micro, descubrí cómo utilizar el cúmulo de conocimientos y en experiencia de vida que tengo para llenarme de plata, de fama, de prestigio, de gloria.

–No cuentes conmigo para ninguna inversión, ya te banqué más que suficiente.

–¡Viejita!, no te preocupes, ahora voy a salvarte yo a vos.

–No necesito que nadie me salve.

–Es un decir vieja, ¿no querés saber qué voy a hacer?

–Y, si no hay alternativa.

–¡Voy a ser escritor!

–¿Cómo?

–Voy a volcar en el papel mis aventuras, mi audacia y mi ingenio, mi conocimiento de la calle, infinidad de anécdotas interesantísimas.

–Ay, Gastón, si vos en tu vida leíste un libro.

–¡Leí uno!

–¿Cuál?

–No me acuerdo el título pero era gordo así –le dijo haciendo un gesto con los dedos índice y pulgar y prosiguió–: Igual no importa, inclusive es mejor que así sea. –Gastón siguió explicando su curiosa teoría–: Es mejor porque así no recibo la influencia de otros escritores y puedo manifestar lo mío sin impurezas intelectuales que me quitarían autenticidad.

–Hacé lo que quieras –contestó su madre tratando de terminar la conversación.

–¿Sabés qué es lo mejor de esto?

–¿Qué?

–Solo necesito un poco de papel, alguna lapicera y mi intelecto, nada más ni nada menos que mi intelecto privilegiado.

Fue al escritorio que había sido de su padre y ante una hoja de papel en blanco se dijo "Esta primera hoja va a ser histórica, el primer paso de mi legado a la humanidad". Luego de quince minutos de garabatear pavadas, se dio cuenta de que no era tan fácil la cosa. Anduvo dando vueltas por la habitación pensando y pensando cómo llevar adelante su proyecto. No podía ser que no lograra escribir nada interesante. No solo eso, se daba cuenta de que a pesar de que hablando se las arreglaba muy bien, en el papel no lograba articular una frase coherente. Lo de la gramática y la ortografía no le importaba, ya habría alguien que corrigiera los originales. Lo malo era que no había nada que corregir, nada surgía de su mente. Fue entonces cuando sin-

tiéndose acorralado se quedó mirando la biblioteca de su padre y se le aceleró el corazón de la emoción. ¿Para qué escribir si ya todo estaba escrito? Sólo tenía que buscar en los distintos libros que se ofrecían ante él, cosas que le gustaran, quizás cambiarlas un poco y mezclarlas. ¡Sí!, hacer una verdadera ensalada de frases y párrafos de tal manera que nadie pudiera identificar de quién era cada expresión. ¡Eso iba a hacer! Pensó que no sería muy difícil y acarició la vieja biblioteca que su padre había dejado, con sus 150 o quizás 200 libros que nadie había tocado desde su muerte. Eran su legado, su tesoro. Iba a usarlos para su obra, sí, su obra, porque la combinación inteligente de genialidades que pudiera sacar a los más famosos autores de todos los tiempos, no podía dar otro resultado que una genialidad aún mayor y en el arte de combinar los fragmentos que seleccionara radicaría un acto creativo que le pertenecería solo a él. ¡Y las traducciones! Entre esos libros había traducciones de autores ingleses, norteamericanos, franceses, rusos y hasta de algún alemán hijo de puta. Si al traducir un texto a pesar de la mejor intención y conocimiento del traductor cambia algo de la obra original, cuando lo volvieran a retraducir del español al idioma del autor, volvería a cambiar, con lo cual él no tendría ni siquiera que esforzarse en estar variando algunas palabras porque se habría realizado una espontánea metamorfosis literaria.

Ya sabía qué hacer, iba a agarrar algunos de los libros y entresacando párrafos armaría una obra propia, original. Eso iba a hacer pero no hoy, no había hecho nada pero estaba cansado, quizás había pensado demasiado. Una idea como ésta, tan grande, tan tremenda e innovadora, debía haberlo agotado. Al otro día a primera hora iba a empezar. Se fue a dormir con la certeza de tener el destino en sus manos y a pesar de que nunca había dejado de postergar una decisión en su vida, esta vez estaba entusiasmado y decidido, así que se levantó a las 11 de la mañana, que para él era primera hora, y comenzó a revisar la empolvada y hasta ahora inútil biblioteca.

–A ver, que hay acá, ¿qué es esto?, Rilke, ¿y a ése quién lo conoce?

Abrió al azar el pequeño libro y leyó:

"No te asombres del ímpetu
de la tormenta: la has visto crecer:
los árboles escapan. Y su fuga
forma avenidas que caminan."

"Un poco oscuro –opinó– como en clave pero para empezar mi novela está bien; lo voy a poner en prosa porque los poetas me hinchan las pelotas." Siguió revisando. "A ver si encuentro algo que valga la pena." Sacó otro libro y leyó el nombre del autor con dificultad:

–Rabindranath Tagore, este es de... ¡Calcuta!, ¿cómo vino a parar el libro de un indio a la biblioteca de mi viejo?

Abrió y leyó:

"Cuando esté duro mi corazón y reseco,
baja a mí como un chubasco de misericordia.
Cuando la gracia de la vida se me haya perdido,
ven a mí con un estallido de canciones.

–Está bien porque el primero hablaba de tormentas y este de chubascos pero le voy a cambiar "canciones" por "notas sinfónicas", que es más culto. Acá hay otro, Pablo Neruda, éste por lo menos me suena, será porque es de la zona.

Abrió y leyó:

"Mientras tanto crece a la sombra
del largo transcurso en olvido
la flor de la soledad húmeda, extensa,
como la tierra en un largo invierno."

–Otro poeta, ¿qué tenía mi viejo con los poetas? –Y siguió–: Esto también lo voy a poner en prosa pero le voy a hacer varios cambios

porque por ahí lo leyó alguien. A ver –dijo concentrándose mientras se mordía el labio– le voy a sacar "largo" y le pongo "extenso", que es más poético; le saco "húmeda" y le pongo "mojada", que es más coloquial; pero qué cagada, acá dice otra vez "extenso" al final; a ese le pongo "largo" para que no me acusen de culturoso.

Tiró a un lado el libro y revisando los estantes siguió hablando consigo mismo:

–A ver que más encuentro, está Borges, Cortázar, Castillo, Sábato. ¿Y esto? Lao Tse, un chino, ¡qué loco estaba mi viejo!

Abrió y leyó:

"El árbol inmenso nació de una semilla. Una torre de nueve pisos se levantó de un montón de arena. Un viaje de mil millas, comenzó con un paso. Quien actúa fracasa. Quien retiene pierde. El sabio no actúa y no fracasa; nada retiene y nada pierde."

–¡Ay, estos divagues de los comunistas! Está bien –dijo resignado como si le hiciera una concesión al autor– lo voy a usar pero solo la mitad porque encaja justo después de la tormenta, ahí fue que creció el árbol, por la lluvia de la tormenta y los chubascos de antes, pero le voy a cambiar "nueve pisos" por "treinta pisos" para hacerlo más imponente y donde dice "semilla" le pongo "semillita" para acentuar el contraste. A ver qué más hay acá, Marcel Proust, ¡otro francés!, ¿cuántos libros escribió este guacho? –Agarró otro.– Arthur Rimbaud, otro francés, ¿es que no tienen nada que hacer en Francia? Bueno, voy a ver qué encuentro pero ya me estoy dando cuenta de que por más cambios que haga mis obras no se van a poder traducir al francés.

Abrió y leyó:

"...vislumbré que en todos los otros pesa una fatalidad de dicha: la acción no es la vida, sino un modo de malgastar cualquier fuerza, un enervamiento. La moral es la debilidad del cerebro."

"Esto está lindo, va a quedar bien –pensó– no le voy a cambiar nada, total no publico mis obras en Francia y chau". Siguió revisando.

–José Espronceda –leyó extrañado– a éste no lo conoce ni el loro. –Y al ver que estaba escrito también en verso no pudo evitar exclamar–: ¡Otro poeta!

Y leyó:

"Mío es el mundo: como el aire libre,
otros trabajan porque coma yo.
Todos se ablandan si doliente pido
Una limosna por amor de Dios."

"Este me está insultando y lo peor es que parece que me conoce –pensó– este tipo es español, un poco de descanso de los franceses, pongo los dos primeros renglones". Khalil Gibran. Abrió y leyó:

"Y un atardecer una borrascosa tormenta visitó el lugar, y sus nueve discípulos entraron a sentarse junto al fuego y permanecieron quietos y silenciosos."

"Va justo porque ya veníamos hablando de tormentas, lo voy a poner al principio, le voy a borrar el 'Y' inicial y le cambio 'sus nueve discípulos' porque si no parece La Biblia –pensó– le pongo 'los tipos' así queda más moderno y bien argentino, como yo." Siguió revolviendo entre los libros. Sacó un libraco y leyó el título:

–El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha , ¡ah, El Quijote!, lo obligan a leer en el colegio y por ahí me pescan.

Sacó un libro de T. S. Elliot.

–¡Qué cagada, está en inglés! –gritó olvidando que sabía mucho de idiomas, luego miró bien–. Una página en inglés y la de al lado tiene el mismo texto en español, me viene fenómeno. –"¿Será inglés o yanqui el tipo este?, ojalá sea yanqui –pensó– qué vueltas tiene la vida, yo robándole a un yanqui."

Leyó:

"...y bajo la presión de la niebla silente
la campana que suena
midiendo un tiempo que no es nuestro tiempo,
marcado por la calma marejada del fondo,
un tiempo más antiguo que el que cuenta el cronómetro
más antiguo que el tiempo que cuentan las mujeres..."

"¡Eso, un poco de mujeres carajo! –pensó– como ya venía escribiendo de tormentas, la marejada y el tiempo me vienen bien, le quito el renglón del cronómetro y no necesito hacerle más cambios, total es una traducción. Voy bien, ¡y todavía no trabajé más de una hora! Voy a elegir unos libros más para seguir después –se dijo– a ver este: Garcilaso de la Vega, ¿quién lo juna? Gabriel García Márquez, José Martí, Rubén Darío, Rudyard Kipling, Aldous Huxley – ¡cómo leía mi viejo!– James Joyce, Guy de Maupassant –este es francés– Edgar Allan Poe, Anatole France –¡otro!– Pushkin, Faulkner, Chejov; qué lástima mi viejo, tanta lectura y nada de ingenio, tuve que llegar yo para aprovechar todo esto, y bueno, él no tuvo la culpa. –Y siguió– Voy a dejar estos aparte y a armar lo que ya tengo, voy a cambiar los signos de puntuación, a agregar varios 'y después', 'de forma tal que', 'por consiguiente' y todo ese tipo de boludeces como para que ligue mejor la mezcla y luego, a buscar una opinión autorizada; autocrítica no me falta pero una opinión nunca está de más."

–¡Maaa! –tronó el grito de Gastón por toda la casa. Hacía mucho tiempo que su madre no contestaba a ese grito porque al mismo tiempo que la llamaba él recorría la casa.

–Ma, necesito una opinión literaria.

–De eso sé muy poco –contestó ella con desinterés.

–A lo mejor conocés a alguien.

–¿La profesora Marta?

–¿Quién?

–La maestra particular a la que ibas para no repetir el grado en la primaria.

–¿Todavía está viva la vieja?

–No seas bestia, muchas veces me la cruzo haciendo las compras.

–¿Vive en la misma casa?

–Sí.

–¿Se acordará de mí?

–A veces me pregunta por vos.

–Le voy a llevar mi manuscrito, algo debe saber la vieja de esto, se va a caer de culo cuando me vea convertido en un escritor.

–Cuando te vea nomás, con eso le va a alcanzar.

Gastón parecía no disponer de la capacidad para captar ironías, era como si no se hubiese dicho nada. Fue a la casa de Marta, la mujer entreabrió la puerta y preguntó:

–¿Sí?

–Soy Gastón.

–¿Qué quiere?

–Soy el hijo de Julia, la que vive en el caserón de la esquina.

Ella pensó unos segundos:

–¡Gastón, qué sorpresa!

Él le extendió una carpeta diciendo:

–Le traigo un manuscrito que es la primera parte de una gran novela que estoy escribiendo, tenía la esperanza de que le diera un vistazo y me diera su opinión.

Ella se encogió de hombros:

–Llevalo a una editorial.

–Lo voy a llevar a varias y lo publicará la que haga la mejor oferta, pero como recién empecé esta mañana quería escuchar una opinión y mi vieja me sugirió que se los trajera a usted.

La maestra sonrió reconociendo su derrota e hizo pasar a Gastón al comedor que tantas veces había sido un aula para los chicos del barrio. Dejó los papeles sobre la mesa y preguntó:

–¿Querés un té?

–Mejor un wiscacho para festejar, digo.

Decidió dejar el té para otra ocasión y se sentó a hojear los papeles. Luego de unos minutos las dejó sobre la mesa y mirándolo por sobre los anteojos le dijo:

–¡Escribiste bastante!

–Es solo el comienzo.

–Dejámelo y pasás mañana.

–¿Le parece?

–Así lo estudio más tranquila.

–Está bien –aceptó Gastón sin convicción, pensando en que no había registrado los derechos de autor. No escribió más por ese día, quería acostarse, la excitación de la jornada lo había agotado y era viernes. Ya había arreglado con la pizzería para reincorporarse al reparto y no quería faltar. Necesitaba la plata y no quería fallar, era una cuestión de responsabilidad y él, mientras menos importante era algo, con más responsabilidad lo asumía.

Mientras, la maestra comenzaba a leer el trabajo que Gastón le había traído:

"Un atardecer una borrascosa tormenta visitó el lugar y los nueve tipos entraron a sentarse junto al fuego y permanecieron quietos y silenciosos. No te asombres del ímpetu de la tormenta la has visto crecer. Los árboles escapan y su fuga forma avenidas que caminan, de manera que cuando esté duro mi corazón y reseco baja a mí como un chubasco de misericordia, cuando la gracia de la vida se me haya perdido ven a mí con un estallido de notas sinfónicas. Mientras tanto crece la sombra del extenso transcurso en olvido, la flor de la soledad mojada, largo como la tierra en un largo invierno. El árbol inmenso nació de una semillita. Una torre de treinta pisos se levantó de un montón de arena y un viaje de mil millas comenzó con un paso. Vislumbré que en todos los otros pesa una fatalidad de dicha, la acción no es la vida sino un modo de malgastar cualquier fuerza, un enervamiento, no obstante la

moral es la debilidad del cerebro. Mío es el mundo como el aire libre otros trabajan porque coma yo, y bajo la opresión de la niebla silente la campana suena midiendo un tiempo que no es nuestro tiempo marcado por la calma marejada del fondo más antiguo que el tiempo que cuentan las mujeres."

Cuando Gastón volvió a la casa de la maestra, ella salió cara de piedra y sin contestar el saludo ni decir palabra le extendió la carpeta y una carta. Le cerró la puerta en la cara. Él se alejó unos pasos y de pronto, como si se recompusiera de un pequeño desmayo se dijo a sí mismo:

–La maté a la vieja, no puede con la emoción.

Entonces comenzó ahí mismo a leer la carta de la maestra:

"Leí con atención y asombro la primera parte de tu gran novela. No hay acto de creación. Entreví entre las frases a autores que conozco y aún otros a los que la ignorancia pone fuera de mi alcance, pero veo la mezquindad de tu intención, tu falta de respeto, la trivialidad con que vivís y con que evitás ver el mundo que te rodea. Tu obra no es tu obra, es solo una muestra de cuán inmoral puede llegar a ser una persona superficial.

Con la esperanza de no volver a saber de vos ni de verte nunca más, te deseo lo mejor: Marta, tu maestra fracasada."

Gastón pensó unos segundos, luego se dijo "Parece que no le gustó". Caminó unas cuadras más y al llegar a la esquina tiró su carpeta y la carta por la boca de hierro fundido de una vieja alcantarilla. Todo se fue por la oscuridad inmensa de ese desagüe, deshaciéndose en su viaje de ida hacia el río más podrido del mundo. Volvió caminando despacio. Cuando entró su madre le preguntó:

–¿Cómo te fue con la maestra? –No le gustó el estilo de mi prosa. –¿Lo vas a reescribir?

–No, ¡otro sueño que se esfuma en el aire!

–¿Y por qué no dejás de soñar? –preguntó su madre, pero esto último Gastón no lo escuchó.

Aunque no se lo dijo a nadie, algo de la crítica implacable de la maestra había penetrado en él. Si bien seguía haciendo trabajos de adolescente, como llevar pizzas o helado, algo había cambiado en su actitud. Todo lo hacía igual que antes, pero sin ese optimismo casi infantil con que había vivido hasta sus 34 años. El tiempo se le había ido, comenzó a vivir en derrota y razonó que así era más fácil. Luego de unos años su madre enfermó, no duró. En los pocos meses en que ella fue y vino por consultorios y laboratorios, Gastón no la acompañó ni le ayudó con sus trámites ni la confortó. No había hecho nunca esas cosas antes y nadie esperaba que comenzara ahora, mucho menos su madre que no se lo pidió ni se lo reprochó. Hacía mucho tiempo que ella había perdido toda esperanza con respecto a su hijo, pero era la vida de él y ella sabía que cada uno la vive como puede. Gastón no tuvo más remedio que ir unas cuantas veces al hospital cuando la internaron, fueron unos pocos días. Cuando su madre murió, pensó "Ahora sí que estoy solo, me abandonó". Fue el último gesto hacia ella, un pensamiento digno de la criatura inocente que había sido mucho tiempo atrás, no podía ofrecerle otra cosa. Tuvo que encargarse de los trámites en la funeraria y lo hicieron pasar al depósito para elegir un cajón. Mientras el vendedor hablaba de las cualidades de tal o cual madera, se quedó absorto mirando un cajoncito blanco. "Tengo suerte después de todo –pensó– nunca voy a enterrar un hijo." En otra época se hubiera puesto a charlar con el vendedor, hubiera intentado hacerse el conocedor hablando de la madera, de sus vetas, la broncería y las terminaciones. Ese día sólo eligió el más barato. Los sucesos posteriores los pasó en trance. Gastón heredó la casa y un local que alquilaba. Poco a poco la casa se fue deteriorando. Gastón había pensado venderla y comprar algo más chico, más fácil de mantener y de paso quedarse con una diferencia en efectivo. Casi lo decidió en los días inmediatos a la muerte de su madre, en que estuvo varias veces por gritar su "¡Maaa!". Luego se fue acostumbrando y la idea quedó solo en eso. Había tenido noviazgos cortos que terminaban

apenas se insinuaba un compromiso. El ímpetu avasallador que había creído tener reapareció en una ocasión, cuando un antiguo compañero de colegio lo invitó a una reunión política. Pensó que si ponía en juego su encanto, su locuacidad y capacidad para convencer a la gente, podría terminar en una banca de diputado. Fue a la charla,se relacionó y cuando preguntó si podía ayudar en algo, le pidieron que se afiliara para apoyarlos en las internas del partido. Le pidieron también apoyo financiero y él puso lo poco que podía y luego le pidieron que llenara cientos de sobres. Le pidieron que repartiera cartas, luego que fuera fiscal en las mesas, luego que pegara carteles. Pasadas las elecciones la actividad se paralizó. Un puntero repartía recomendaciones que no servían porque con la fecha al pie no era tenida en cuenta. Daban falsas esperanzas, se sacaban de encima a los que pedían y quedaban bien por un tiempo. También desviaban beneficios de los jubilados para los militantes del partido. A Gastón no le preocupaban estos chanchullos, hubiera sido capaz de llevar adelante peores. Pero se dio cuenta de que no se haría un lugar, que esta gente era peor que él. Se alejó desencantado por no poder meterse.

Vivió muchos años en la misma casa. Una vez, en su casual ir y venirse, quedó mirando a unos viejos que jugaban a las bochas. La municipalidad había hecho canchas en las plazas para los días ociosos de los viejos. La televisión, la radio y los diarios se ocupaban de los jubilados. Los periodistas se indignaban por las jubilaciones congeladas, los problemas con la obra social o los medicamentos. Cuando las cámaras lograban entrar en los depósitos de viejos que suelen llamar geriátricos, se hacían un picnic de miserias al servicio del espectáculo. Nuestros mayores, los abuelitos, la tercera edad, eran algunos de los eufemismos que usaban. La mayoría de los políticos y empresarios poderosos eran viejos, pero los únicos que se atrevían a llamarlos abuelito o abuelita, eran sus nietos. Era una cuestión de poder.

Le daban lástima esos hombres que en el pasado habían sido jóvenes y fuertes, que habían tenido responsabilidades, que quizás ha-

bían hecho gemir de placer a una mujer y que habían sido semidioses para sus pequeños hijos. Jugaban a ver quién arrima el bochín, los naipes, el dominó o las damas distrayendo los últimos años. Uno de los viejos le chistó:

–¿Quiere jugar?

Se repuso, corrió y corrió y corrió. Unas cuadras antes de llegar tuvo que aflojar el paso, le faltaba el aire y comenzó una puntada en el pecho. Caminaba cada vez más despacio, pero no recuperaba el aliento y el dolor se hacía más intenso. Llegó trastabillando y fue a la habitación que había sido de su madre. Ahora era un depósito donde iba a parar todo objeto que estorbara o que, ya inútil, hacía una escala de varios años hasta que se decidía a tirarlo. Se abalanzó sobre una pila de cajas de cartón y bolsas de plástico y comenzó a deshacerla. No recuperaba el aire y el dolor se hacía cada vez más fuerte, pero tenía que bajar la pila hacia los lados y descubrir el espejo de cuerpo entero. Se alejó unos pasos para verse y el dolor de lo que vio tapó al otro. La asfixia quedó también bajo el dolor de lo que vio. Un viejo sudoroso y jadeante se babeaba en el cristal. En esos ojos vio una tristeza como nunca había imaginado. De dónde había salido, cómo se le había metido. Observó la habitación que había sido de su madre convertida en basural. "Pobre vieja –pensó– la mierda que debe haber sido tenerme como hijo". Y se sentó en el piso a recuperar el aliento, era lo único que podía recuperar.

Conocer a ese hombre

Miguel vio al pescador en el muelle y se alegró, algo en él le había llamado la atención. Era un pescador que vivía en el pueblito marítimo que en verano era centro turístico y en invierno pueblo fantasma. Tiró un medio mundo tres veces y siempre sacó algo digno de guardarse, lo demás lo devolvió al mar alborotado entre los pilotes del muelle. No tenía claro qué quería saber, así que se guardó de comenzar una conversación insustancial. Lo había visto de mañana llegar a la playa en una canoa repleta de peces aún moviéndose. Se acercaban los bañistas aburridos a observar, algunas mujeres aprovechaban para comprar pescado fresco. Daba la impresión de ser un aventurero que venía de mar adentro, pero venía del muelle a escasos doscientos metros, con sus peces y los de los otros pescadores. Cuando las compradoras elegían, comenzaba la exhibición fascinante

de su destreza. Decapitaba el pez con un cuchillo mediano, muy viejo y gastado de tanto afilarlo, y lo fileteaba con tal seguridad y precisión que la maniobra del oficio se tornaba artística por un instante sublime. Su mano danzaba desde la maestría de la muñeca, el cuchillo algunas veces invisible y otras estático en el universo hasta tomar una decisión por sí mismo y retomar su danza. Cuando no quedaba nada, el pescador se internaba en el mar con su canoa mientras la gente se dispersaba hacia sus lugarcitos en la playa. A veces venía, a veces no venía. Ese día lo vio por primera vez fuera del escenario de la playa y su hacer era tan preciso, tan ausente de toda duda como su manejo del cuchillo. Lo vio un par de días después haciendo lo que venía a hacer él mismo, mirando el mar, inmóvil, entregándose al viento y con el sol poniéndose a sus espaldas. Él también se dejaba llevar la mente por el mar. Estaban lejos, no se miraron ni se hablaron. Aunque hubiera sabido que no lo volvería a ver, ya había descubierto lo que tanto le intrigaba. Eran muy parecidos, querían lo mismo, solo que el pescador había empezado mucho antes. Él necesitaba ir hasta allí para sentirlo, el pescador no necesitaba nada.

Miguel era de los que pensaban que un hombre tiene que saber matar a otro. También estaba seguro de que había que evitar hacerlo. Era preferible morir sin haber matado a otra persona, no por un castigo divino ni por el karma ni por ninguna otra razón espiritual. Era mejor por uno mismo aquí, posiblemente porque mantenía intacta cierta dignidad humana. Solo pudiendo y sabiendo, elegir no matar constituía una decisión ética. Estas ideas las había ido desarrollando después de sentirlas intuitivamente durante su niñez y su adolescencia. Practicó artes marciales y se aficionó a las armas. Nunca siquiera se había peleado con nadie en toda su vida, ni de chico en el colegio ni en el barrio. Cierta presencia le daba un aire intimidatorio y si a pesar de eso le buscaban pelea, la evitaba sin importarle que otros pudieran pensar que era un cobarde. Pasando los veinte años le surgió a la mente una frase que lo acompañaría de ahí en más: si no vale la pena

matar, no vale la pena pelear. Ahora tenía más de cuarenta y cinco, y cualquiera que lo conociera podría atestiguar que era uno de los hombres más pacíficos del mundo. Pero ese día sentía que por primera vez realmente valía la pena matar. Debía estar seguro para no tirar por la borda una actitud de vida en la que había sido consecuente, pero si valía la pena matar, había que matar. Si pudiera ir hasta el mar, con el ir y venir de las olas le vendría la respuesta. Hubiera querido vivir cerca del mar o por lo menos ir con frecuencia. La última vez había sido varios años atrás. Recordó que se internó unos pocos metros y se detuvo flotando brevemente a la deriva para despedirse. Tenía la sospecha de que no podría volver por un tiempo quizá muy largo. Tendría que aceptar de una vez la decisión que ya se había producido en su interior. Iba a matar, iba a matarlo.

Aunque nadie lo sospechara, era un hombre de temer y sabía que el miedo había tenido su papel en esto. No tenía miedo de matar y mucho menos de que lo mataran a él, pero lo aterraba la posibilidad de que fuera gratis, de que el que se atreviera con él se la llevara de arriba. Podía suceder que le ganaran, nadie es invencible y a todos nos llega el momento, pero quería estar seguro de que por lo menos enfrentarlo involucrara riesgo, aunque nadie se enterara, aunque finalmente sí se la llevaran de arriba. Estaba preparado para defenderse si era necesario, pero ahora había decidido atacar. Sabía muy bien que lo que iba a hacer lo ponía fuera de la ley. Siempre algo puede salir mal. Podía imaginarse muerto pero no en la cárcel, ése era el único pensamiento que lo incomodaba.

El hombre estaba de nuevo en el barrio. Hacía menos de cinco años que lo habían condenado por el secuestro y la violación de una menor, se sospechaba que lo había hecho muchas veces, lo agarraron solo esa y estaba de nuevo por el barrio. Se lo había cruzado por la calle la otra noche. Medía casi 1,90 metros, flaco y algo encorvado. Debía tener cerca de cincuenta, pero su cara mostraba más. Usaba el pelo largo y canoso hasta los hombros y una campera de cuero,

como si no se diera cuenta de que ya no estaba del lado de los jóvenes. Se mezclaba con las barritas de adolescentes resentidos, que sin lugar para trabajar ni razones para estudiar, andaban en la búsqueda de pequeños negocios y de todos los problemas. Lo había visto con varios de ellos tomando cerveza en la calle, alguno meando contra un árbol. Miguel se sabía prejuicioso, pero la presencia del rockero había colmado su paciencia. Él, que nunca había dejado de cumplir la ley, que siempre pagaba sus impuestos, que no tenía ni una multa por mal estacionamiento, debía soportar que este tipo estuviera suelto, merodeando cerca de su casa, donde vivía con su familia. Tenía que verlo tomando cerveza en la calle por donde pasaban sus hijas y las de tantos otros. Al anochecer, en un salón de fiestas sobre la avenida, los fines de semana se celebraban casamientos y cumpleaños de quince. El rockero, con una franela anaranjada, daba indicaciones a los automovilistas para que estacionaran. Se suponía que les cuidaría los coches y a cambio de eso recibiría alguna propina. Actuaba con autoridad, como si la calle fuera de él. Se había inventado un negocio con la calle de todos y lo peor era que en esas actitudes siempre había implícita una amenaza, un razonamiento del tipo: si no le doy nada por ahí me raya el coche o me pincha una goma. Era más fácil ceder a la extorsión minúscula y seguir cada uno con lo suyo. Ni siquiera se había molestado en irse a un lugar donde no lo conocieran.Estaba de vuelta en el barrio y aunque era la imagen incontrastable del fracaso, se daba el lujo de hacer alarde de impunidad. No tenía miedo, más le hubiera valido tenerlo.

Lo que más le molestaba era un rasgo común de los marginales, siempre atentos a los movimientos de los otros, al acecho de una oportunidad. ¿Oportunidad para qué? Para lo que fuera. Midiendo la ganancia y el riesgo en el acto, con todo el tiempo del mundo para observar y esperar, observar y esperar. La vez que se lo cruzó una noche, se miraron y Miguel le demostró su hostilidad con un gesto casi imperceptible. Lo vio otra vez cuando entraba a su casa y varios días

después cuando paró en el semáforo con su coche. Lo ponía al borde de la furia pensar en ese hombre observando y observando, juntando datos de aquí y de allá. Sin hacer ningún esfuerzo, ya había averiguado dónde vivía y cuál era su coche. Sabría también de sus hijas y su mujer. Total, no trabajaba, no hacía nada, tenía todo el tiempo del mundo ¿Lo estaría vigilando especialmente a él? No, solo observaba y juntaba datos en forma casi inconsciente. Quizás algún día se le presentara la oportunidad de aprovecharlos. ¿Oportunidad para qué?, ¡para un carajo!, no le iba a dar ninguna oportunidad. Se iba a encargar personalmente de esa escoria inmunda. Nunca había hecho nada de qué arrepentirse pero lo atormentaba más la idea de arrepentirse, de no hacer. ¿Pero cómo? No tenía la menor idea de dónde vivía y no sabía tampoco como hacerle un trabajo de inteligencia, así que no podía agarrarlo en ningún otro lugar que que no fuera en la calle. Tenía que pasar de noche y encontrarlo en un momento en que no hubiera nadie cerca y no podía hacer ruido, así que tendría que dejar de lado sus armas de fuego. Fue hasta la cómoda y abrió el último de los cajones. Allí estaba el viejísimo puñal de trinchera. Lo había conseguido mucho tiempo atrás, cuando quedó fascinado por todo lo que le decía de los hombres esa cosa. Fabricado durante la Primera Guerra Mundial, cuando los enemigos se mezclaban en los mugrientos zanjones donde una pala o un cuchillo podían ser más efectivos que un fusil. Allí había nacido el puñal de trinchera. Estaba hecho con un pedazo de bayoneta rusa, de cuatro facetas cóncavas, con empuñadura de manopla de bronce que en uno de sus costados tenía impreso de fundición un año: 1918. Remataba la empuñadura con un tornillo de cabeza cónica que quedaba sobre el canto de la mano. Se podía golpear con él desde tres diferentes ángulos. Cuando lo empuñó por primera vez, pensó en lo bestial que puede llegar a ser un hombre. También pensó en el ingenio, era un alarde de habilidad e imaginación. Pensó también en el valor, había que tener decisión y valor para empuñar eso. Y pensó por último en la desesperación, era un arma de último recurso, era el últi-

mo intento por sobrevivir de un desesperado en medio de la barbarie, de un bárbaro en medio de la desesperación. Le decía demasiadas cosas ese objeto, así que lo compró y lo guardó. Podría necesitarlo un día, no para matar, sino para hacer mierda a alguien, hacerlo mierda de verdad, sintiéndolo en las manos. No era lo mismo que cagar a un negro a tiros, esto era distinto y aunque no tenía a nadie en mente para probarlo, se lo llevó. Pensó que quizás no lo usaría nunca, pero debía estar preparado. Ahora había llegado el momento.

Salió quince noches seguidas cargando el puñal. Algunas veces no lo encontró, otras estaba con algún otro inútil y otras había gente pasando cerca. Una noche lo vio alejado treinta metros de la avenida, en la calle lateral débilmente iluminada. Empuñó al arma y la mantuvo pegada a la pierna con el brazo extendido junto a su cuerpo. Sacó con la otra mano un cigarrillo para pedirle fuego. El hombre sacó su encendedor pero no llegó a prenderlo. Recibió el bayonetazo en el medio del pecho. Se hundió hasta el fondo de un golpe seco, absoluto. No cayó porque el puñal lo sostenía y tuvo unos segundos para mirar a Miguel con perplejidad. Luego se desmoronó como si fuera un muñeco de arena y una ola le hubiera deshecho los pies. Miguel limpió el puñal con una servilleta de papel, volvió a la avenida y se detuvo para ver si alguien miraba. El mundo seguía como si no hubiera pasado nada. Caminó hasta su casa, puso la ropa que había usado a lavar, dejó el puñal sumergido en el agua del lavatorio, hizo lo mismo con las zapatillas y luego se bañó él. No debía quedar rastro de sangre.

No durmió bien, no estaba contento ni triste, arrepentido tampoco. Había hecho lo que tenía que hacer. No le llegaron comentarios de esa muerte, como si no hubiera pasado. Tan fácil como pisar una cucaracha. ¿Era un asesino, era un delincuente más? No se sentía así, sentía que no había terminado el asunto, sentía que algo estaba empezando pero no sabía qué, hasta que unos meses después lo vio a Benito. Este otro hombre le era familiar, recorría las calles tirando de las manijas de un carrito como si fuera el caballo. Juntaba cartones,

papeles y botellas que vendía por unos pocos pesos. Estaba viejo y borracho todas las noches. Se acordó de que cuando era joven, vivía con una gorda que paría un hijo todos los años. La mitad de esos chicos ya habían muerto, otros eran chorros y putas la mayoría de las chicas. Benito estaba viejo, pelado y gordo. Se compraba un par de cervezas al terminar el día y se las tomaba sentado en el cordón de la vereda. Si alguien invitaba un vino, también le daba. Sus ojos chiquititos, siempre enrojecidos, siempre entrecerrados como si la luz los ardiera. Vivía sumergido en el embotamiento, sin interés en nada que estuviera fuera del alcance de su mano. No podía imaginar a ese hombre mirando las estrellas, no podía imaginarlo conmoviéndose con unos versos ni amando. Que hubiera tenido tantos hijos no tenía nada que ver con el amor. Había sido siempre como un animal al servicio de sus instintos, cogiendo con una hembra como bestias. "Sos el próximo Benito –pensó–, no te salva ni Dios, las vas a pagar." ¿Qué tenía que pagarle a él ese pobre miserable, qué le había hecho? ¿Le constaba siquiera que hubiera dañado a alguien en su vida, aunque fuera a un desconocido? Ni siquiera tenía una razonable sospecha, pero lo iba a matar igual. Había sido toda su vida un promiscuo, había traído hijos al mundo solo para que sufrieran, había vivido sin preocuparse jamás por el mañana y ahí estaba ahora, apoyado contra un farol, chupando de la botella y disfrutando como un hijo de mil putas. "Quizás no tengas la culpa, Benito, pero te voy a hacer mierda igual", pensó. Esta vez sabía que no tenía razones ni siquiera inventadas para hacer lo que iba a hacer. Se dio cuenta de que le había tomado el gusto al poder, a matar, a la impunidad con que lo había conseguido. Lo iba a matar sólo por eso. Benito no le había gustado nunca, nadie iba a extrañarlo y al fin y al cabo él también necesitaba disfrutar algo en la vida. ¿Estaba loco? Probablemente, pero cuando se está loco es más un problema de los otros que de uno mismo. Benito se mamaba apenas comenzaba a atardecer en la vereda de una casa de ocupas. Le costó encontrar el momento y el lugar. A las dos de la tarde de un domingo agobiante de

verano, lo vio revolviendo una montaña de basura que se había juntado en la esquina de la plaza. Se agachó a recoger alguna cosa y Miguel se le fue encima con el puñal oculto detrás. Pero cuando llegaba hasta él, Benito lo miró sin incorporarse del todo, lo miró con sus ojitos de cansancio eterno, lo miró indefenso pero sin temor de lo que ignoraba y en vez de matarlo sin dudar, en vez de concretar lo que ya se le había vuelto una obsesión, se quedó inmóvil. Pasó lo que no podía pasar jamás, lo que no se le hubiera ocurrido tener en cuenta, no pudo.

–Estaba viendo si encontraba algo que vender –le dijo Benito.

–Está bien –contestó Miguel.

"¿Por qué no lo maté?", se preguntó desde entonces, una y otra vez. Había visto algo, se había dado cuenta de algo. Este pensamiento lo atormentó varios días, no podía responderse, así que una tarde en que tomaba café con un amigo decidió comentarle algunas de estas cosas, no para que le diera una respuesta sino porque tenía la esperanza de que en la charla pudiera surgir alguna clave para analizar mejor lo sucedido. Sentado frente a Ernesto en el bar le dijo:

–Maté a un hombre.

–¿Cuándo? –preguntó impasible su amigo.

–Hace más de un año, no me había hecho nada pero sentí que lo tenía que matar y lo maté.

–¿Así nomás, solo por algo que sentiste?

–Era uno de esos criminales que salen de la cárcel para seguir con sus fechorías.

–Entiendo –pasaron unos minutos y Ernesto agregó–:

Supongo que si lo mataste vos, estará bien muerto.

–Lo que me preocupa es otra cosa, varios días atrás quise repetir la experiencia con otro tipo.

–¡Esto se está poniendo jodido!

–Me doy cuenta, pero no es eso lo importante, fijate vos que cuando lo tuve servido no pude matarlo, y eso que lo tenía recontradecidido.

–¿Y por qué?

–No sé, me miró y no pude.

–¿No te dijo nada?

–Dijo algo como para disculparse por revolver la basura, creyó que me iba a quejar, pero eso tampoco me importa.

–¿Qué es exactamente lo que querés saber?

–Algo me detuvo, algo que vi en los ojos de ese pobre desgraciado, algo que él no me quería decir, que ni siquiera sabe y que yo tengo en la punta de la lengua desde entonces. –Miguel hizo una pausa y siguió–: Sé que no es lástima, no tengo lástima de nadie, pero no logro darme cuenta.

–¿Por qué me contás esto, por qué no hablamos de armas, o de perros, o de culos como siempre?

–Pensé que charlando con vos se me podría ocurrir algo que me permitiera comprender, que se me iluminara la mente.

–Que te iluminara.

Miguel se quedó callado unos instantes y luego comentó:

–No sé por qué dije eso.

–Bueno, no te preocupes tanto, yo tengo una idea más o menos clara de lo que pasó –dijo Ernesto–. El hijo de puta sos vos, ese tipo era solo una mierda, después te enviciaste y quisiste seguir limpiando la mierda del mundo y al final te encontrás con que sos menos hijo de puta de lo que creías. –Y terminó–: Ahora que está todo claro, mirá el culo que pasa por enfrente.

Miguel se puso serio.

–Es mi hija, pelotudo.

No se peleó con su amigo, era el único que tenía. Además la rubiecita no era su hija. Le vino la respuesta mientras estaba concentrado en un trabajo delicado. Estaba relacionada con la indefensión que le había parecido ver en los ojos de Benito. Que era un hombre entregado, lo hubiera sabido con verlo de lejos, pero cuando se miraron a los ojos por un momento, Miguel tuvo una sensación indefini-

ble que lo obligó a detenerse. El haberse detenido era lo que más lo perturbaba porque aunque Miguel no había hecho grandes cosas en su vida, cuando emprendía algo ponía en ello una tenacidad a toda prueba, que era una de sus fortalezas y su mayor debilidad al mismo tiempo, porque no le permitía retirarse cuando ya no valía la pena. Era la primera vez en su vida que volvía atrás en una decisión tomada. Se dio cuenta de que por un instante los ojos de Benito le parecieron los de un chico, Benito podía ser ahora un personaje repulsivo, al menos para él, pero alguna vez había nacido con la más absoluta inocencia, sin noción del bien ni del mal, sin idea de la belleza o la fealdad. Si lo hubiera matado en ese momento, también habría matado al niño que fue y a su ausencia de maldad. Al primero, ese hombre que se le antojaba con aspecto de hippie o rockero en decadencia, lo había matado sin dudar. Ni siquiera sabía su nombre, el nombre que habría dicho su madre miles de veces mientras lo amamantaba, lo acunaba, lo consolaba. Pensó que había tenido momentos de locura y consumado hechos irreparables. Tenía razón su amigo, le había tomado el gusto al poder de la brutalidad. No podía dejar de pensar que podía volverse un peligro para su familia, tenía que volver a lo único que le daría algo de paz, tenía que volver al mar.

Hizo algunos arreglos y se fue solo. Llegó luego de manejar cuatro horas y se dio cuenta de que no tenía justificativo tanta ausencia. Dejó el coche y caminó hasta la orilla. Se le llenaron los ojos con la inmensidad del Atlántico y también los oídos con su cantar rítmico. Era el mismo mar que había conocido de pequeño, un amigo frío e implacable. Pensó en los que se habían internado indefinidamente para dejar sus vidas en él como hizo Alfonsina, como hicieron tantos. Suspiró aliviado, ya sabía cómo iba a morir. Lo había decidido, apenas sintiera deseo de matar a alguien vendría al mar a dejar su vida. Era un mecanismo de seguridad, lo dejaba más tranquilo. Siguió volviendo al mar por lo menos dos o tres veces al año. Se quedaba mucho tiempo mirándolo, como siempre le había gustado hacer. No había vuelto a

sentir impulsos violentos y tampoco pensaba ya en lo que había hecho, no podía hacer nada al respecto. Sonrió al recordar su respuesta invariable cuando alguien decía que solo Dios tiene derecho a quitar la vida: "Si Dios no está de acuerdo, que lo resucite". No le gustaban las excusas ni descargar responsabilidades en otros. Se hacía cargo frente a sí mismo de lo que había hecho, pero una cosa le resultaba cada vez más clara, vivía esperando. Esperaba que le volviera la furia, el deseo de matar, para entregarle su vida al mar. No se iba a otorgar la más mínima oportunidad. Vivía en libertad, pero con una condena pendiente, de ejecución sumarísima.

En el estar atento a lo que pensaba y sentía, fue pasando la vida. No se dio cuenta hasta el final que su decisión de matarse lo había salvado. Al considerarse condenado de antemano había podido vivir mejor que antes y al estarse vigilando había evitado entrar en pensamientos y razonamientos paralógicos y ser su instrumento. Volvió muchas veces más al mar, y en una mañana de invierno en la playa desierta, siendo ya muy viejo, se dio cuenta de que no tenía más ganas de vigilarse.

Sintió que su camino se había terminado y que si seguía en él era solo para permanecer, para durar. Dio unos pasos hacia el agua y sintió el frío del Atlántico del Sur en las rodillas. Por fin volvía, siempre le había pertenecido al mar. Sólo un hombre lo vio internarse hasta perderse entre las olas, un viejo pescador que ya no pescaba. Lo vio ir hacia el final de su vida y le pareció reconocerlo de cuando fileteaba junto a su canoa. Le había llamado la atención la forma en que ese hombre miraba el mar, el mismo mar del que ahora formaba parte. No iban a encontrar ese cuerpo, no solo por las olas furiosas del invierno ni por las corrientes mar adentro. Ese hombre le había pertenecido siempre al mar, nunca lo iba a devolver. Un joven se acercó al pescador y le preguntó:

–¿Sigue ahí? –el pescador miró a su hijo sonriendo con un gesto de interrogación y éste completó–: El mar, viejo, ¿sigue ahí?

–Más o menos donde siempre –y siguió– un tipo se acaba de suicidar.

–¿Y no hiciste nada?

–Era de los que saben lo que hacen.

–Aparecerá un cadáver hinchado y comido por los peces flotando en alguna playa lejana; alguien se espantará, alguien se divertirá, alguien opinará y alguien se callará; este último vas a ser vos.

El pescador le dedicó una de sus leves sonrisas y su hijo siguió hablando.

–¿Sabés los problemas que me traés en el pueblo?

–¿Yo?

–Tenés fama de raro.

–Eso es así desde antes que nacieras, no andarás peleando por mí.

–Ya no, pero decíme, ¿ese tipo que se ahogó, era de acá o vino de otro lado?

–Vino de lejos, la tenía muy clara desde hace mucho tiempo.

–Eso de suicidarse debe ser una forma de escaparse.

–A veces, pero cuando lo hace una persona que sabés que es inteligente, que no actúa por impulsos, lo mejor es aceptarlo sin juzgar. Cuando tu abuelo se enfermó, pensó mucho en matarse. Vivió años de sufrimiento y humillaciones –siguió– yo no hubiera permitido que lo hiciera pero cuando lo vi muerto luego de tanta lucha innecesaria, comprendí que hubiera sido mejor.

–¿El desconocido ese, también habrá hecho lo mejor? –Nadie es un desconocido, yo lo había visto absorto mirando el mar.

–Como vos –se rió el muchacho– si algún día desaparecés, voy a saber qué es lo que te pasó.

–No nene, eso no es para mí –dijo– hay tipos que saben cuándo tienen que morir, hay tipos que viven como si hubieran muerto, hay tipos que como muertos viven por costumbre y hay otros que no saben ni quieren saber nada, no están ni vivos ni muertos.

–Ya sé de cuáles sos vos –le dijo él– y también sé de cuáles soy yo,

pero al abuelo no lo conocí y por lo poco que me contaste no puedo siquiera imaginarlo.

–Mejor, no hay que andar imaginando gente; si vas a hacer idioteces que por lo menos sean divertidas.

–¿A qué clase de tipo pertenecía el abuelo?

–Era un gallego, ellos tienen categorías propias que no alcanzan a otros seres humanos.

–¿Cómo es eso?

–Tu abuelo decía que había siete clases de gallegos: los finos, los entrefinos, los puercos, los marranos, los cochinos, los que no los aguanta nadie y los que no los aguanta ni la puta madre que los parió. –Y siguió–: Él insistía en que era de los primeros, yo le decía que de de los últimos.

Su hijo se reía.

–¡Menos mal que no somos gallegos!

–Sí somos, no importa dónde nazcas, un descendiente de gallegos es gallego –lo dijo con orgullo y el hijo lo aceptó así.

Luego de un rato se volvió para la casa dejándolo donde lo había encontrado. Siguió frente al mar, con la vista en las últimas huellas que dejara ese hombre. Pronto las borraría la marea. En sus últimos momentos no llevaba ni resentimiento, ni desesperación, estaba calmo como si hubiera llegado a una conclusión final. Se le ocurrió que ese hombre no había ido hacia el final de su vida sino hacia el comienzo de su muerte. Era posible que hubiera descubierto algo que él mismo buscaba desde mucho tiempo atrás.

Estaba seguro de haber tenido muchas cosas en común con ese hombre, y no le cabía duda de que sin importar su final en la vida, se le había adelantado con algunas certezas de esas que él rastreaba en cada detalle del mundo. Ese que hasta hoy había sido otro hombre, ya no existía. En esos instantes de calma que le adivinó viéndolo de espaldas, supo que ya no necesitaba nada, ni siquiera al mar. Él, en cambio, todavía necesitaba un poco de silencio, todavía necesitaba darse

cuenta de cosas que suceden sin que nadie las vea. Quizás él también, cuando le llegara la hora de morir, pudiera llegar a una cierta claridad y quién sabe, quizás existiera algo después de la muerte y pudiera conocer por fin a ese hombre.

Privilegio de muerte

Pepe juntaba sus cosas, era el último día que estaba allí y nadie podía comprender lo que sentía. No iba a ir más y cada objeto que agarraba para llevarse ahondaba su incertidumbre. Metió todo en una caja, lo saludaron como si no supieran que no volvería y se fue. Los que quedaban todavía podrían verse unos a otros, moverse en un espacio cotidiano y en un par de días hacer como si no hubiera pasado nada. A él lo esperaba el agobio de un tiempo vacío y su casa, que en los horarios en que no había estado durante años, parecía de otro. Vivió su duelo con impotencia atónita. Siguió levantándose temprano aunque alargara el aburrimiento, se siguió afeitando y bañando todos los días por un tiempo. Necesitaba desgaste físico y empezó a caminar de noche con las más gastadas de sus ropas. No quería que lo vieran, no quería hablar con nadie. Intentó poner la radio y la televi-

sión pero le parecía tan superficial, sin sentido. Sin embargo no estaba arrepentido, sabía que la única salida que le quedaba era irse. Había retrasado la decisión y por eso le había dolido tanto, pero el camino que había estado transitando aunque era cómodo había perdido sentido, no lo llevaba a ningún lado, era vano, infructuoso, sin corazón. No le echaba la culpa a nadie ni se quejaba, se hacía responsable de sí mismo. Tampoco pensaba en lo que podía haber sido ni en el tiempo perdido. Había oído muchas veces hablar al pedo. El que trabajaba desde chico decía "Si hubiera estudiado". El que había estudiado decía "Si hubiera disfrutado". El que había disfrutado decía "Si hubiera trabajado". Era solo gente que se daba cuenta a medias de que el tiempo pasaba, de que la vida les doblaba el recodo. Él ya no pensaba estas cosas, había roto la inercia y ya estaba jugado. Aunque todavía no sabía adónde, así se fue.

Caminando, Pepe se encontró con un conocido de la infancia.

–¡Qué hacés, boludo, tanto tiempo!

–Ahí ando.

–¡Eh, Pepe!, lo decís como si te fuera mal.

–Y sí, me quedé sin laburo.

–¡Un desocupado más en la Argentina!

–No es solo eso, es que no hay dónde insertarse, no hay en quién confiar, es que... me quedé sin un proyecto de vida.

–¿Vivís en la calle?

–Me queda el departamento y algo de plata.

–¿Tenés cáncer?

–¿Qué?

–Si tenés cáncer.

–No.

–¿Tenés SIDA?

–No, tampoco.

–¿Tus ojos ven?

–Sí.

–¿Podés caminar?

–Puedo.

–¿Cómo te va?

–¡No me hinchés las pelotas!, me va mal.

Caminaron un par de cuadras. Frente al supermercado un camión de caudales recogía la recaudación. Dos guardias esperaban afuera, otros dos recogían las bolsas adentro. Entonces el conocido de Pepe le comentó:

–No se ven muy peligrosos.

–¿Los guardias?

–Ahá.

–Son unos inútiles.

–¿Podrán con nosotros?

–No pueden consigo mismos.

–¡Sería tan fácil!

–¿Estás hablando de lo que me parece? –preguntó Pepe extrañado.

–Sí –fue la respuesta enfatizada con una mirada indubitable.

–Sería fácil en teoría, hay mil cosas que pueden salir mal y entre las menos importantes están esos guardias.

–¿Y entre las más importantes?

–Encontrar gente de confianza, que no te deje atrás si la cosa se pone fea, que en el momento de hacer el reparto no te pegaran un tiro por la espalda, que no den tu nombre si los agarran –y terminó– encontrar delincuentes de confianza.

–¿Y conmigo?

–Ni loco –contestó Pepe riendo.

Hablaron un rato más antes de seguir cada uno por su lado. Tres días después, Pepe se enteró de la noticia: habían intentado asaltar un blindado cuando terminaba de cargar la recaudación del supermercado. Los guardias no estaban tan pintados como parecía, se habían resistido y mientras tanto llegó la policía. Todos los asaltantes habían

muerto. Pensó en su conocido, al que parecía irle mejor que a él. Había hecho bien en rehusar el convite. Aunque, para qué estar vivo, si no disfrutaba de la vida y los que sabían disfrutar morían tan fácil. Había estado demasiado tiempo encerrado, esperando, hablando consigo mismo. Necesitaba alejarse y la conmoción de esa muerte le dio el impulso que no podía tomar solo. Le habían ofrecido varias veces ir a cazar patos. Estaban fuera de temporada y no habría nadie en el campo. Quería aislarse en un lugar menos histérico que esta enorme ciudad, que no lo enajenara desde afuera. Así llegó a un campo del norte, cerca de un río caudaloso y prepotente que hacía oír de lejos sus aguas oscuras por el limo. Así fue que se encontró con Anacleto, el encargado del campo. Caminó un par de kilómetros por un sendero hasta la choza de madera. Había arreglado bien las cosas el dueño del campo, allí estaba la choza y el puestero, que ya debería estar avisado de su llegada y con algunas provisiones de más. Había dejado el celular en su departamento, estaban aislados. El puestero salió a su encuentro y lo saludó con una lejana inclinación de cabeza. No parecía sorprendido ni incómodo. Anacleto era un viejo gaucho, casi un indio, bastante gordo, mal alineado y peor afeitado, que lo miraba como miran las vacas cuando están tranquilas.

–¿Dónde me voy a quedar? –preguntó Pepe.

–Ahí nomás –dijo Anacleto señalando la choza de tablas con techo de paja.

–¿Los dos ahí?

–Ahá.

–Espero no incomodarlo.

–Nada puede incomodar a Anacleto –le contestó el gaucho como si estuviera hablando de otra persona–. Ni siquiera un porteño –agregó, y se fue caminando hacia la choza miserable.

Se hacía de noche y Pepe quería descansar. Por suerte había llevado una bolsa de dormir, en la choza no había nada. El piso de tierra apisonada, un brasero de hierro en un rincón y unas mantas

rotosas donde dormía Anacleto usando un viejo recado de almohada. Pepe recordó que no había visto ningún caballo en las cercanías, pero se notaba que Anacleto era hombre de a caballo. Le rechazó al viejo el mendrugo humeante con que lo convidó a cenar y se acostó. Había sido solo un día de viaje, un día vacío para él, ya era hora de que terminara. Se levantaron al amanecer y apenas cruzaron un saludo. Anacleto se tomó unos mates y Pepe se preparó un café. Luego se fue hacia los campos a conocer un poco los alrededores. El río estaba hacia el oeste pero no se llegaba fácil a la orilla, ya que se interponía en los últimos cien metros un espejo de agua de diez a cincuenta centímetros de profundidad. Donde no había agua, la tierra era un barro eterno en el que los pies se hundían hasta las pantorrillas. Para el otro lado se podía caminar hasta donde llegara la vista, pero esa inmensa masa de agua parecía influir aún en las partes altas del campo, metiéndose por debajo de la tierra y manteniéndola blanda. Ideal para descansar si no fuera por los mosquitos. Eran enormes y a cada paso que daba se levantaban de a miles de entre los pastos. Recién era de mañana, al atardecer iba a ser terrible. ¿Por qué no lo había notado ayer? ¿Y a la noche? Lo tendrían que haber destrozado pero ni uno solo lo había picado. Tuvo que volver rápido a la choza, cada vez más rápido, corriendo con una nube de mosquitos rodeándolo. No había nadie adentro, así que se acercó al bracero para ponerse al amparo de sus vapores venenosos. Resultó a medias, todavía algunos mosquitos insistían en abalanzarse sobre él. "Deben estar muertos de hambre", pensó, y se quedó quieto, tratando de defenderse sin perder el control. Decepcionado, se decía a sí mismo "Aquí no voy a poder desenchufarme del mundo, aquí no voy a poder ni siquiera estar". En eso entró Anacleto.

–¿Qué le pareció el campo?

–La mitad es agua y la otra mitad mosquitos, me van a volver loco.

–Hasta que lo conozcan, luego van perdiendo interés. –¿Como la gente?

–Como alguna –dijo Anacleto sin mirarlo, y agregó–: No sé en qué puedo ayudarlo.

–En nada, solo quería perder un poco el tiempo, salir de esa ciudad infernal que lo termina aplastando a uno. –Anacleto lo miró con cara de no entender, entonces Pepe agregó–: No vi ningún caballo.

–No aguantan esta tierra, con sus mosquitos, tábanos, garrapatas e infinidad de plagas –siguió– tendría que tener un establo y ponerles insecticida todos los días.

–Vi algunas vacas.

–Son búfalos.

–¿Búfalos?

–Sí, los trajeron de la India hace años, aguantan el clima y los bichos pero tenga cuidado, no son como el ganado que conocemos, pueden ponerse peligrosos.

–Ya veo.

–Esto no es La Pampa, si se va a chapotear cerca del río sepa que hay yacarés, algunos bastante grandes, muerden cualquier cosa que se mueva.

–¿Algo más?

–En el agua hay mucha palometa, más al norte les dicen pirañas –dijo Anacleto– acá no hay suficientes para matarlo pero le pueden dar una probada.

–¿Algo más? –preguntó Pepe, como si le quisiera aclarar que no era fácil de espantar.

–Yo que usted me pondría las botas altas esas que trajo, la yarará y la coral son peligrosas.

Pepe asintió fijando su mirada en las alpargatas de Anacleto. Él movió los dedos gordos que asomaban por sendos agujeros de la tela, y le dijo:

–Yo soy yo.

Pasaron varios días en que Pepe se dedicó al ocio en largas caminatas sin rumbo o mirando el fuego o tratando de llegar a la orilla del

río. Anacleto recorría los alambrados, controlaba los búfalos y se daba tiempo para asar un poco de carne.

Anacleto no entendía qué hacía allí ese porteño, y Pepe no podía creer que ese puestero viviera así. Algo había notado en Anacleto que le llamaba la atención. Los mosquitos no lo picaban, ni siquiera se le acercaban y cuando él estaba cerca de Anacleto, también lo dejaban tranquilo. Había hecho una verdadera investigación al respecto, que consistía en unas pruebas subrepticias acercándose y alejándose alternativamente del gaucho, tratando de que éste no se diera cuenta. Había llegado a establecer un círculo de unos doce metros de diámetro como "área de protección" en el cual no ingresaba ningún mosquito y él quedaba bajo el amparo de esa extraña facultad que parecía tener el puestero. Nada de esto había pasado desapercibido a Anacleto, que se había hecho el tonto mientras espiaba de reojo y trataba de contener sus risitas. Pepe se preguntaba si eso sería efectivo solo para los mosquitos porque el consejo que le diera acerca de las botas ya le había sido muy útil. Había llevado unos borceguíes de caña alta que ahora sólo se sacaba para dormir. En un par de ocasiones las víboras habían rebotado su cabeza contra ellos. ¿La cercanía de Anacleto también lo protegería de las víboras? En todo caso, lo más importante, ¿cómo podía suceder algo así, por qué mecanismos?, ¿podría explicarse, manejarse, o transmitirse?

A pesar de que casi no hablaban, poco a poco los dos hombres fueron ganando confianza. Luego de la primera semana ya no estaban a la defensiva y a la noche hacían un fuego cerca de la choza, observando las llamas, escuchando el río cercano y omnipresente, admirando las estrellas o la oscuridad que en el campo es bien distinta a la de la ciudad. Al principio se mantenían en silencio como si tuvieran un pacto para no hablar. Luego una que otra frase suelta matizada con algún gesto cortés, hasta que una noche Pepe preguntó:

–¿Cómo es eso?

Anacleto sonrió y Pepe volvió a hablar:

–Va contra toda lógica, no me explico cómo lo logra. –Tengo un pacto –susurró Anacleto con la resignación de quien tiene que aclarar lo obvio.

–¿Con los mosquitos?

–Con toda la tierra, dejo a la tierra en paz y ella a mí.

–No me aclara nada.

–Y tampoco puedo, se trata de una vida.

Pepe asintió mirando el fuego, por lo menos entendía que no lo iba a entender nunca. Entonces fue Anacleto el que preguntó:

–¿A qué se dedica?

–Trabajé en una empresa muy importante durante casi veinte años; con la recesión y la globalización... en fin, me dejaron ir como dicen ellos.

–¿Y se encuentra perdido?

–Me encuentro en libertad y no sé qué hacer, creí que con el tiempo libre podría cumplir un viejo sueño, pero me estoy dando cuenta de que ya no me interesa.

–¿Y se puede saber cuál era?

–Nada del otro mundo, quería escribir, en algún momento sentí que tenía algo que decir, que aunque pudiera no ser importante para los demás era vital para mí.

–¿Cuando era más joven?

–Cuando era joven, pero ya no creo que tenga ningún sentido y tampoco me queda la motivación de adquirir reconocimiento o fama –hizo una larga pausa y siguió– es como si hubiera perdido la capacidad de ser superficial y eso me dejara fuera del mundo.

–Fuera del mundo de lo superficial.

–Pero lo superficial, es el mundo.

Hubo otra larga pausa que solo ocupó el crepitar del fuego y Anacleto preguntó:

–¿No llegó a escribir nada?

–Toda una novela.

–¿Y qué pasó, no la publicó?

–La quemé, fue toda una ceremonia pero no valía más que alguna de estas ramas que estamos quemando aquí.

–¿De qué se trataba?

Pepe sonrió con melancolía, pero no dijo nada.

–¿No se acuerda?

–Me acuerdo como si fuera hoy, incluso podría recitarla palabra por palabra, con cada punto, con cada coma, con cada espacio, si me volviera lo suficientemente loco, ¿sabe cuál era el título?

Anacleto hizo un gesto de interrogación con toda la cara, esperando que él mismo se respondiera.

–El hombre que veía por el ojete.

Anacleto se quedó serio mirando el fuego. Entonces Pepe le dijo:

–No es una broma.

–Ni me pareció.

–Creí que estaba conteniendo la risa.

–Debo confesarle que me parece un poco raro, supongo que sería mucho pedir que me contara algo de eso.

–No, no sería –dijo Pepe– no se rió cuando se suponía y se ganó el derecho, pero no espere gran cosa.

–Anacleto nunca espera nada; cuente, cuente o le tiro los mosquitos encima.

Pepe sonrió con tristeza, como venía haciendo desde que había perdido el trabajo, y le propuso:

–Yo le cuento mi novela pero después me cuenta algo de usted.

–Hecho.

Pepe respiró profundo y cerró los ojos unos segundos como buscando fuerzas para llevar a cabo una gran tarea, y comenzó:

–Ya había desechado la intención de escribir cuando mirando la televisión, en un noticiero de esos amarillistas, de esos en que le ponen música de fondo a la información, en que el o la cronista se convierten en provocadores profesionales con tal de desencadenar un escándalo

en vivo y en directo, de esos en que el conductor o conductora se rasgan las vestiduras ante cualquier injusticia y se encargarán luego de decir cómo deberían ser las cosas, a veces a los gritos, a veces golpeando sobre la mesa con autoridad profesional y ética surgida solo de su imaginación; en fin, un noticiero como son comunes hoy en día en la Argentina.

–Parece que no le gustan –dijo Anacleto divertido.

–Si me va a interrumpir...

–No, siga, siga nomás –contestó Anacleto disculpándose. –En uno de esos noticieros –siguió Pepe– de pronto aparece un ciego al que se ve que ya venían haciéndole notas, corriendo como en una prueba de atletismo junto a un ayudante; trataba de cubrir una distancia importante, de Buenos Aires a Luján.

–Una maratón –dijo Anacleto, que ante la mirada severa de Pepe se tapó la boca como si lo hubieran retado.

–Bueno –siguió contando Pepe– el tipo corría y corría, las cámaras cubrían todo el trayecto y cómo le alcanzaban agua y cómo jadeaba ante tanto esfuerzo; cada tanto paraba a descansar y el periodista aprovechaba para hacer un mini reportaje, hasta que llegó a Luján, hasta la mismísima Basílica. Una muchedumbre lo esperaba, se ve que venían haciendo propaganda de varios días atrás, un montón de gente había pero tenían bien organizado todo –siguió–, se habían alineado para mantener abierta una senda entre el gentío, así que el tipo sube trotando las escalinatas y entra en la enorme iglesia colmada donde lo esperaba un Cardenal con sus galas de príncipe y las cámaras de televisión, por supuesto.

–¡Por supuesto! –no pudo evitar exclamar Anacleto entusiasmado y divertido.

–Bueno... el tipo llega jadeando, tambaleándose y llorando hasta el Cardenal que lo esperaba frente al púlpito; lo abraza, todos lloran y el periodista dice no sé qué pelotudeces de la voluntad, del sacrificio y...

–Sí, hombre, pelotudeces.

–Eso, de pronto entre tanto grito y exclamación el Cardenal hace una seña con la mano, va a decir algo, todos van callando hasta que el silencio se impone, quieren oír esas palabras llenas de autoridad política y de la otra –Pepe suspiró y siguió– entonces el Cardenal dice la frase mágica que me movería a escribir mi novela, dice la peor estupidez que podría decir el más estúpido de los hombres.

Pepe se quedó mirando a Anacleto, al que casi se le salían los ojos de curiosidad. Pero el silencio de Pepe se prolongaba, se había quedado callado como si estuviera viendo la escena que describía y ya no fuera necesario hablar. Anacleto no pudo aguantar más y le preguntó casi a los gritos:

–¿Y, qué dijo el cura?

–El Cardenal.

–Sí, el Cardenal de mierda ese... ¡Qué dijo! –Ah, le interesó, no era tan mala mi novela.

–Yo no dije nunca que fuera mala ni buena –se defendió Anacleto y siguió– no me va a dejar con el entripado.

–Bueno, el Cardenal también hace una pausa como para acentuar el dramatismo del momento y dice "fulanito (no me acuerdo cómo se llamaba el ciego) no ve con los ojos del cuerpo pero ve con los ojos del alma mejor que nosotros".

–Le voy a decir mi amigo que yo mismo he escuchado estupideces peores –le aclaró Anacleto decepcionado.

–¿Por televisión?

–Sí.

–¿En vivo y en directo?

–Sí.

–¿Dichas por alguien que se supone que tiene que ser poseedor de aunque sea una pizca de sabiduría?

–Sí.

–¿Quiere que le termine de contar la novela?

–Sí.

–Entonces cállese –lo cortó Pepe para seguir relatando– cuando el Cardenal dice eso el ciego llora más fuerte, se escuchan vítores, alguien pide un aplauso y la transmisión vuelve al estudio principal, donde los conductores hacen algunas reflexiones para los imbéciles de los televidentes.

–Hasta ahí, todo normal.

–Todo normal, entonces yo pienso "Y ya que estás en la Basílica, donde se han producido tantos milagros para tanta gente, ¿por qué no un milagro para vos?".

–¡Entonces Dios le devuelve la vista!

–Exacto.

–En vivo y en directo, ¡lo que sería!

–No, porque el ciego, al que le vamos a decir Carlitos porque sinceramente no me acuerdo como mierda se llamaba, no se da cuenta.

–¿No se da cuenta?

–Es que no puede darse cuenta.

–¿Por?

–Porque el milagro no le devuelve la vista por los ojos del cuerpo sino por el ojete del culo.

–¿Le aparece un ojo en el culo?

–Ve por el agujero nomás, por obra y gracia del Espíritu Santo –explicó Pepe con convicción– ahora usted analice, entre las nalgas cerradas, el calzoncillo y el pantalón, Carlitos no puede saber nunca que tiene el don de la vista.

–¿Y cómo se da cuenta?

–Ahí la novela sigue su desarrollo, está todo muy bien relatado y detallado.

–¿Pero no me dijo que la quemó?

–Es que la tengo acá –contestó Pepe señalándose la cabeza y agregó–: ¿Quiere que siga?

Anacleto asintió con la cabeza mirándolo de reojo. Entonces Pepe siguió contando:

–Pero un día se da cuenta, necesariamente mientras estaba cagando; sentado en el inodoro, por un instante ve algo que no sabe lo que es porque como era ciego de nacimiento, ni siquiera tenía una vaga idea de lo que significaba ver, ¿y qué es lo primero que ve?

–Su propia mierda –contestó Anacleto con la mirada perdida.

–Exactamente, eso es lo que más me gustó de la imagen, ¿entiende el simbolismo que conlleva semejante imagen?

–No estoy seguro.

–Bueno, pienseseló, mientras tanto imagine el terrible susto que se lleva Carlitos que ni siquiera sabe que está viendo. –Y siguió–: De ahí en más viene la parte más patética de mi novela, porque este muchacho empieza a experimentar su visión, primero reconociendo su propia casa, sus objetos personales y asumiendo una grotesca posición corporal, hasta su propia cara; luego se dedica a mirar por la ventana lo que no le trae mayores consecuencias porque vive unos pisos arriba en una casa de departamentos; más tarde sí, tiene un grave problema cuando pretende mirar a un conocido de cerca –Pepe prendió un cigarrillo y le dio tiempo a Anacleto– figúrese que el hombre tenía que agacharse con el culo al aire y separarse los cachetes con las manos.

–Me imagino –dijo Anacleto entre dientes y mirando a Pepe cada vez con mayor desconfianza.

–Eso le cuesta caro porque termina siendo violado pero luego se repone y quiere salir a la calle y tratar de vivir como los demás, entonces se inventa un aparato con unos caños y lentes que a la manera de periscopio de un submarino desde su culo le sube pegado a la espalda y se acoda sobre su hombro y por primera vez en su vida puede caminar por la calle viendo.

Anacleto no sacaba los ojos del fuego y Pepe siguió:

–Pero el sistema es poco práctico, se le desacomoda, lo lastima y un día en que se le sale completamente, lo agarra la policía; imagínese,

ven a un tipo en la calle con los pantalones bajos y tratándose de meter un caño en el culo.

Anacleto asentía lento y sin mirarlo.

–Para hacerla corta –siguió Pepe– lo llevan a un psiquiátrico, nadie le cree y finalmente cuando puede volver a su casa se da cuenta de que para cumplir con su mayor anhelo ha perdido la dignidad, incluso la cordura; entonces decide olvidarse de que puede ver por el ojete y sigue viviendo como antes –terminó Pepe preguntando–: ¿Qué le pareció mi novela?

–Y... no sé –contestó Anacleto totalmente desorientado. –Se la conté muy resumida, tiene un desarrollo en el cual me sumerjo en la personalidad y las intimidades del personaje.

Anacleto lo miraba con la boca abierta sin poder creer lo que acababa de escuchar. Ese hombre que parecía tan serio, tan culto y todas esas boberías. Miró al cielo y se dio cuenta de que las tres marías ya estaban del otro lado.

–Se hizo tardísimo –le dijo a Pepe mientras se levantaba para irse a acostar.

–No se olvide de que me tiene que contar algo de usted. –Mañana, mañana la seguimos, quédese tranquilo –le dijo mientras se alejaba.

–Hasta mañana, Anacleto, y no se preocupe, que no voy a reescribir nunca mi novela.

Hasta ese momento Anacleto y Pepe solo se habían juntado a la noche frente al fuego unas pocas veces para charlar, pero esa mañana por primera vez en casi diez días, salieron a recorrer el campo juntos. Al principio caminaron en silencio, luego de unos minutos Anacleto preguntó algo que parecía venir rumiando hace rato:

–¿Usted leyó muchos libros?

–Muchísimos, no solo en castellano, también en otros idiomas.

–No me puedo imaginar algo así.

–No crea que es la gran cosa, no me sirvió de mucho.

Entonces Anacleto le dijo:

–Yo manejo dos idiomas, el que estamos hablando y el del cuchillo, y creamé, me ha servido de mucho este último.

No había sido una amenaza, así que no se interpuso entre ellos ninguna sombra. Pepe retomó la conversación:

–Usted no habla como un gaucho.

–Sí –dijo Anacleto riéndose– hablo como un gaucho, usted debe estar pensando en los de las películas.

–¿Pudo estudiar?

–Completé el primario en una escuela rural, fue una hazaña; después dediqué toda mi vida al trabajo en el campo. –Caminaron un poco más y Anacleto agregó–: Leí algún que otro libro que manoteé por ahí, pero no puedo ni imaginar que una persona pueda leer cientos.

–Miles Anacleto, miles y miles de libros. Dígame –dijo Pepe luego de un rato– eso del cuchillo, ¿cómo era?

–Todo hombre de campo maneja bien el cuchillo, ya casi no hay visteadores, esos que medían el tiempo y la distancia con tanta seguridad que eran capaces de encarar un duelo empuñando una alpargata.

–¿Una alpargata?

–A uno se le venían encima a cuchillo y se sacaba la alpargata para pelear y si el del cuchillo recibía una paliza a alpargatazos, era terrible.

–Humillante.

–Claro, pero yo nunca tuve uno de esos duelos, cuando le comenté lo del cuchillo me refería a otra cosa.

–Cuénteme... si se puede.

Esta vez fue Anacleto el que suspiró y estiró el cogote como si buscara ver más lejos.

–Fue en un lugar parecido a este, pero mucho más al norte –dijo– el patrón me pidió que saliera a buscar a un puma y me prestó un palanquero; estuve un par de días rastreando hasta que encontré unas huellas frescas en un campo de pastos altos; había algo raro en el ambiente pero no podía darme cuenta qué cosa era; uno de los pe-

rros de la estancia me había seguido todo el tiempo y poco antes de encontrar la huella desapareció; ese fue un signo que se me escapó, pero yo era muy joven entonces. –Y siguió–: Cuando vi la huella, me quedé desconcertado, ¡era enorme!; seguí unos metros más el rastro que doblaba casi en ángulo recto hacia un costado, internándose en un cañaveral pantanoso en el que no me animé; volví sobre mis pasos, escuché un gruñido grave, bajo y supe que me había emboscado. Sentí un golpe terrible, como si me hubiera atropellado un coche y caí al piso con él encima; ahí terminé de entender, no era un puma, ¡era un tigre!

–¿Un tigre?

–Así se le decía al jaguar por estas tierras, pero hacía como treinta años que no aparecía uno tan abajo y esto que le cuento pasó hace mucho. Imagínese mi sorpresa.

–No veo la diferencia, era un riesgo que había tomado, que lo ataque un puma o un jaguar...

–¡Es muy distinto!, usted habrá leído muchos libros pero de esto no tiene ni idea, un puma en un bicho de 30, a lo sumo 40 kilos, imposible que se atreva con un hombre, pero un tigre es otra cosa, más grande, más fiero, de quijadas cuadradas mucho más fuerte que otros gatos; si hubiera imaginado que podía tratarse de eso, nunca hubiera aceptado el encargue, aunque me hubiese costado el trabajo. Mire, para que tenga una idea –siguió– yo escuché las historias de mis mayores y cuando había tigres era terrible, se vivía con miedo.

–Y pensar que ahora están en extinción.

–¡Que se extingan de una vez!

–Los ecologistas no opinan lo mismo.

–Yo quisiera verlos corridos por un tigre o peor, encontrarse un hijo a medio comer –entonces Anacleto se quedó callado, miraba con el terror en la cara hacia abajo, como si estuviera viendo lo que acababa de describir. Pepe no se atrevía a romper el trance. Luego de unos minutos, Anacleto se fue aflojando, cuando se terminó de recobrar,

retomó el relato–: Estaba con el tigre encima, caí boca arriba y había puesto el palanquero como para tratar de pararlo, la culata apoyaba en el piso y con la mano izquierda yo sostenía de la punta del cañón gran parte del peso del animal para que no me inmovilizara; la carabina le había quedado en la boca como el freno de un caballo y él lo mordía con furia. –Anacleto hizo un gesto de asco y siguió–: Su aliento me quemaba la cara, las garras también le habían quedado por sobre el palanquero, todavía no me hería y de pronto, clavó sus ojos amarillos en los míos y se tranquilizó.

–¿Se tranquilizó?

–Sí, dejó de bufar y gruñir enfurecido, se había dado cuenta de que tenía todo el tiempo del mundo, se acomodó un poquito mejor, pasó la mano derecha por debajo del rifle y con la delicadeza de un pintor me la apoyó en el pecho y me bajó un zarpazo lento... lento.

–¿Lo lastimó mucho?

–Me hizo mierda –contestó Anacleto y se abrió un poco la camisa mostrando cuatro surcos paralelos que le bajaban desde la base del cuello.

–Estaba perdido –dijo Pepe sin pensar.

–Con el tigre, se está perdido desde el momento en que lo huelen a uno.

–¿Y qué pasó?

–Yo apenas podía respirar por el peso, el tigre había abierto las patas de atrás para fijarse al piso y que yo no pudiera girar; volvió a pasar la mano bajo el palanquero y la quiso poner sobre mi cuello, yo bajé la cabeza tratando de protegerme con la cara, entonces me apoyó la mano en la cara para hacerla girar hacia un costado, ¡sin sacar las garras!

–Claro, las iba a sacar solo cuando estuvieran en el cuello.

–Fijesé qué animal más fino, de un manotazo podía arrancarme la cabeza, pero quería ser prolijo parece.

–¿Y qué paso?

–El tigre empujaba con mucha fuerza y cuando lograba levantarme la cara, me soltaba para ponerme la garra en el cuello, en ese momento yo volvía a bajar la cara; lo hicimos así cuatro o cinco veces.

–Muchos en su situación se hubieran entregado, ¿por qué resistía tanto si no tenía oportunidad?

–Aún me quedaba una remota chance, tenía mi cuchillo y el tigre me estaba dando tiempo; como lo llevaba atrás, entre los pliegues de la faja, estaba apretado contra el piso, pero yo tenía la mano derecha libre ya que de ese lado estaba apoyada la culata y me había cuidado muy bien de no usarla para apartar la garra del tigre.

–¡Hay que tener sangre fría!

–Entremedio de ese jueguito logré desenvainar y se lo enterré entre las costillas.

–¡Y así se salvó!

–No fue tan fácil, no murió así nomás, se ve que no le había tocado el corazón.

–¿Y qué pasó?

–Me miró desconcertado, como preguntándose "Qué fue eso", después miró el entorno como buscando algo que no hubiese visto antes; el tigre no podía respirar, se le fue la expresión de asombro y creí saber que se había dado cuenta de que yo lo había matado; todavía podía tirar un manotazo final, y matarme.

–Obviamente no lo mató.

Anacleto hizo caso omiso del comentario superfluo y aclaró:

–Solo bajó la cabeza, fue dejando de jadear de a poquito y se murió; yo no me moví por un rato largo, quería estar seguro de que no le quedaba un resto.

–No creo que haya habido muchos hombres a los que les haya pasado algo así.

–Ninguno, creo yo –dijo Anacleto y se quedó callado como si hubiera revivido con la historia el espanto de aquel momento.

–¿En qué está pensando?

–Durante mucho tiempo me pregunté por qué no me había matado en los últimos momentos; al principio se confió, como si me quisiera sobrar, pero al final tuve la clara certeza de que no quiso.

–No entiendo.

–Después me di cuenta; para ese tigre yo solo era una presa que lo había sorprendido, si me lo encontrara hoy mismo no me daría ninguna oportunidad, me mataría o nos mataríamos uno al otro, pero en ese momento no me podía llevar con él, yo no era nadie.

Siguieron caminando un rato largo en silencio, hasta que Pepe dijo:

–Debe haber sido un héroe en la estancia.

–No; esperé unos días hasta que me fui curando un poco, dejé el palanquero todo mordido en manos del patrón, recogí las pocas cosas que tenía y me fui caminando; no volví nunca más, ni siquiera me llevé la paga.

–¿No le preguntaron nada?

–Me hicieron un montón de preguntas, me dijeron muchas cosas que no recuerdo porque eran como ruidos para mí; yo andaba como un muerto que camina, en verdad creo que algo de mí se había muerto. Esos momentos –siguió hablando Anacleto para sí mismo– en que el tigre sabiéndose acabado decidía qué hacer conmigo, duraron... no sé cómo decirle...

–Segundos que parecen siglos.

–¡Eso!

–Que parecen cientos de siglos.

–¡Eso!

–Que parecen miles de siglos.

–Bueno, no se vaya para el otro lado.

–¡Y pensar que lo podría haber matado un tigre! –Hubiera sido un honor morir luchando por la vida, sin ninguna ambición ni ideales ni objetivo más que sobrevivir, todo un privilegio, no cualquiera puede morir así.

–¿Usted cree que la muerte da privilegios?

–No a todos.

–Tuve un tío hace muchos años, al que le encantaba caminar y caminar, cada vez que tenía un rato libre, salía a caminar; cuando era viejo y parecía que iba a empezar con las enfermedades y los achaques, se cayó muerto en la calle mientras caminaba. –Y Pepe siguió–: Siempre pensé que había tenido suerte, que había muerto haciendo lo que más le gustaba y se había ahorrado los sinsabores de una muerte en la cama.

–¿Era un hombre recto?

–Sin duda.

–Entonces no fue suerte, la muerte le dio un privilegio.

–Hace poco un conocido murió en un tiroteo, era un ladrón.

–A la muerte eso no le importa.

–Anacleto... ¿ese episodio del tigre... lo cambió, no? –Sí, me cambió, no fui ya más el mismo –dijo Anacleto. Pepe miraba el horizonte, pero se dio cuenta de que Anacleto se alejaba en cuanto empezaron a picarlo los mosquitos. Le quedaban pocos días a esta especie de retiro espiritual que Pepe se había impuesto. Los pasaron casi en silencio, pero era distinto al silencio del principio. Antes se aislaban, ahora lo compartían. El último día Pepe se levantó bien temprano, como de costumbre Anacleto ya había salido. Tomó un café tranquilo y salió él también con la idea de recorrer el campo por última vez. A la tarde pasaría la camioneta a recogerlo por el camino de tierra, distante dos kilómetros de allí. Cuando salió, recorrió con la mirada los alrededores y lo vio. Anacleto estaba tirado de costado a escasos veinte pasos de la choza. Corrió hasta él, lo acomodó de espaldas y lo sacudió para reanimarlo durante un rato largo. Cuando por fin abrió los ojos, lo miró como disculpándose y le dijo:

–Estoy frito.

–Lo llevo hasta la choza y traigo ayuda.

–No, déjese de joder, me muero ya; tengo que pedirle un favor.

–Diga.

–Arrástreme hasta la sombra de la lomita –le dijo refiriéndose a una pequeña elevación del terreno a treinta metros.

Pepe contestó:

–Mejor lo llevo a la choza.

–Por favor, si no me va a ayudar no me joda.

–Está bien –aceptó Pepe sin entender muy bien lo que pasaba.

Le costó mucho trabajo, porque Anacleto no movía un músculo. Cuando llegaron, Pepe apenas podía respirar por el esfuerzo.

–Un último favor más –dijo Anacleto como una súplica.

Pepe asintió resignado y Anacleto le pidió:

–Entiérreme aquí, no le avise a nadie.

Pepe no sabía qué decir, pensó unos segundos y preguntó:

–¿Seguro que no quiere que vaya por ayuda?

–No, ya estoy hecho, viví demasiado y fue una vida muy dura.

Asintió con tristeza, el gaucho se había entregado. Se quedó viendo ese cuerpo ahora fláccido, desparramado entre el pasto. Le pareció más viejo que nunca y se preguntó en voz alta:

–¿Cuántos años tendrá este hombre? –Como cuarenta –contestó Anacleto.

–¿Cuarenta nada más?, ¡no puede ser, es más joven que yo!

–Nunca estuve seguro, así que siempre digo "como cuarenta", vaya a saber.

–Mire, Anacleto, me pone en un aprieto usted –le dijo bajito cerca del oído arrepintiéndose de inmediato por su mezquindad ante un moribundo.

–¿A qué cree que vino, a pasar el tiempo?, ¿por qué llegó hasta mí, para hacerme escuchar una novela inexistente o para escuchar el relato de un peón que a nadie le importa? –Y siguió–: No porteño, usted será muy leído pero ignora hasta lo que tiene delante: usted vino para enterrarme; lo supe desde la primera vez que lo vi, por eso no quería

ni hablarle. Escuche, de lo que dejo, llévese todo lo que no se pueda quemar –susurró con el último jadeo.

Pepe se quedó mirándolo mientras pensaba qué contestar. No tuvo tiempo, Anacleto había dejado de respirar y sus ojos abiertos se volvieron turbios mirando la nada. "Ahora sí que tengo un problema –pensó y siguió razonando–. Se murió estando solo conmigo, si aviso voy a tener que dar muchas explicaciones, le van a hacer una autopsia en la ciudad, quizás a alguien se le ocurra echarme la culpa y lo que es peor, no voy a haber cumplido con su pedido. –Y concluyó–: Si lo entierro acá nadie se va a dar cuenta; este hombre era de irse así nomás, sin avisar ni dar explicaciones."

Decidió enterrarlo. Fue un trabajo duro, mientras cavaba pensaba "¿Por qué no habrás sido un guerrero Celta, Anacleto?; ellos no querían que los enterraran, ni que quemaran sus cuerpos, eso era una afrenta; quedaban a disposición de los buitres que eran animales sagrados, para poder entrar a su paraíso. ¿Por qué no fuiste un guerrero Celta, Anacleto?", volvió a repetirse varias veces mientras cavaba. Todo quedó hecho y estaba agotado. A la tarde iría hasta el camino donde lo tenía que recoger la camioneta. Si le preguntaban por el puestero les diría que estaba recorriendo el campo. Estaba exhausto, bañado en sudor y lleno de tierra. Se fue zigzagueando hasta la orilla del río y se lavó, luego quemó las cosas del puestero. Se guardó el cuchillo, pensando que eso era lo que quería dejarle. A la tarde se fue, seguro de que jamás volvería. Se hizo una pasada por la tumba de Anacleto, que no tenía ninguna marca, ni siquiera un palo clavado que indicara que allí había algo fuera de lo común. Luego caminó bajo el sol de las cuatro de la tarde, por el sendero. Mientras caminaba, se dio cuenta de que no lo había molestado ni un mosquito. ¡Eso era lo que le había dejado Anacleto! Llegó hasta el camino, esperó y esperó hasta que se le hizo evidente que no pasaría nadie a recogerlo. Tuvo que volver al campo porque ya anochecía y hubiera sido muy largo llegar hasta la ruta a pie. Puteó todo el camino.

No durmió en la choza, prefirió pasar la noche sentado junto al fuego, un fuego como el que hacían con Anacleto para cocinar. Así pasó la noche como velando las armas. Entonces sacó el cuchillo de Anacleto del bolso y se lo puso en la cintura tal como hacía el gaucho. Recordó las únicas veces en que hablaron en serio, en que se comunicaron. La noche en que le contó su malograda novela y la mañana en que él le contara su encuentro con el tigre. ¡Pobre Anacleto! A lo mejor él tenía algo que ver con su muerte, quizás lo había matado con su novela. Apenas comenzó a clarear un poco decidió que iría caminando hasta la ruta, así tendría todo el día para moverse con luz. Pero antes de irse fue por última vez a la tumba de Anacleto. Estuvo unos minutos en silencio ante el montículo anónimo, cuando un ruido de ramas rotas lo sacó de sus cavilaciones. Prestó atención y escuchó unas pisadas en el pasto, luego el silencio. ¿Habrían venido a buscarlo, se habrían dado cuenta de que ahí estaba enterrado un hombre? Se metió entre los matorrales buscando el origen de esos movimientos. Se internó quince o tal vez veinte metros y luego se paró a escuchar. La sangre se le heló cuando un resoplido le llegó desde atrás, supo de inmediato lo que era. ¿Un tigre? Imposible que quedara alguno por aquí en estos tiempos. Pero sí, él sabía que era un tigre aunque no lo viera. Anacleto no solo le había heredado un cuchillo viejo y su poder sobre los mosquitos, le había dejado algo más importante. Supo que no tenía la más mínima oportunidad y supo por qué había venido en realidad. Se afirmó sobre sus pies y desenvainó el cuchillo de Anacleto. "Me va a hacer el honor, ¡qué privilegio!", pensó mientras recibía la embestida.

El fusil

De vez en cuando tomaba el viejo fusil entre sus manos, un Remington Rollin Block o, como lo llamaban por estas tierras, el Remington Patria o simplemente "el Patria". Le gustaba sostenerlo, acariciar su madera, sopesarlo, alinear las miras. Lo había disparado pocas veces, con recargas que conseguía en una asociación de tiradores. Este era de retrocarga, monotiro, de pólvora negra, calibre 11 milímetros. Había pasado de mano en mano por varias generaciones de su familia, de padre a hijo. Tenía toda una historia, el fusil. Se lo había quedado su tataratatara abuelo luego de la Campaña del Desierto, cuando al mando del General Roca el Ejército se les fue encima a los indios empujándolos al otro lado de la Cordillera o sometiéndolos en reservaciones o aniquilándolos con la ventaja inexorable de sus armas. Le contaron de chico, con orgullo y

satisfacción, que con ese fusil habían matado decenas de indios. Los soldados fueron recompensados con tierras y su tatarabuelo lo usó para defenderlas de las pequeñas bandas, los cuatreros y las alimañas. También allí había cumplido un papel decoroso mandando al otro mundo a más de un bandolero y a muchos de los pumas que en esas épocas aún infestaban la zona. Para cuando lo recibió su bisabuelo ya reinaba el fusil a cerrojo en el mundo, que disparaba cartuchos mucho más potentes, de pólvora sin humo, con precisión imposible de creer 20 ó 30 años atrás. De todas formas su bisabuelo ya estaba en Buenos Aires por esos tiempos. Había renunciado a intentar hacer producir a esos campos secos y lejanos.

"El Patria" había quedado obsoleto, pero los hombres de la familia lo habían seguido pasando de mano en mano por intermedio de cada primogénito varón como una reliquia. Cada uno a su turno le había hecho unos tiros, pero pasó todo el siglo XX sin matar a nadie. Era paradójico, en el siglo de las guerras una herramienta que había sido hecha para matar y no tenía otro sentido, no había sido usada para despachar a nadie, ni siquiera a un animal. Quizás era la forma de compensar tanta vida cegada durante el siglo anterior. Ahora estaba en sus manos y la espesa nube blanca que lo había envuelto se expandía lentamente por la habitación. A escasos 40 metros en la vereda de enfrente, un cadáver yacía con la cabeza en posición grotesca, como una gallina a la que le han retorcido el pescuezo. El declive de las baldosas hacía que la espesa mancha roja bajara a los lados del cuerpo como si quisiera enmarcarlo saliendo de la brutal y desprolija herida deshilachada de tejidos que el pesado proyectil de plomo desnudo había dejado humeando. En eso estaba la sangre cuando llegó el patrullero, en eso estaba todavía cuando la mujer dejó por fin de gritar. Era la única arma que tenía y no había dudado en usarla. Ya estaba cargado con una de las municiones que conservaba de años atrás, cuando vio desde la ventana del primer piso al ladronzuelo tironeándole la cartera a la mujer.

Apuntó sin convicción, pero cuando el arrebatador sacó una navaja e intentó darle un puntazo a la gritona desaforada que arriesgaba su vida por una cartera llena de pelotudeces, le centró las miras en la cabeza, tiró el martillo hacia atrás y tanteó el gatillo para que su dedo recordara la salida. No recordó nada su dedo o quizás ya no tenía la sensibilidad de antes. El disparo se escapó y en vez de pegarle en la cabeza le partió el cuello al pobre miserable. Un taxi estacionado a pocos metros se alejó de la escena, luego se enterarían los vecinos que era el apoyo del delincuente.

Ahora miraba "El Patria" como diciéndole "era cierto que sabías matar, viejito". Todavía salían algunas volutas de humo por la boca del cañón, como si se estuviera fumando un pucho después de un esfuerzo placentero, cuando le vinieron a la mente imágenes de su niñez y su padre se lo prestaba unos minutos. Le había dicho que cuando muriera, el fusil pasaría a ser de su propiedad. Lo quería, quería que fuera suyo más que nada en la vida, pero el precio era muy alto. Igual hubo que pagarlo, el tiempo se encargó y en uno de los días más tristes de su vida, se hizo propietario del arma. Aunque no fue tan fácil como debería haberlo sido. No fue ir y tomarlo en sus manos una vez más. A pocos días de la muerte del viejo, encontró que el fusil no estaba donde siempre, descansando parado sobre su culata contra una de las esquinas internas del ropero, detrás de los trajes que su padre no volvería a usar. Su madre fue la que le dio la terrible noticia.

–Lo regaló.

–¿Qué decís?

–Sí, se lo regaló a uno de esos primos segundos o terceros que apenas conocemos.

–¿Cómo que lo regaló?, ¡si no podía dárselo a nadie más que a mí!

–En los últimos meses le había dado por regalar sus cosas, ¿no te acordás del ajedrez?

Le corrió un frío por la espalda. Claro que se acordaba, el viejo salía de la casa cuando él entraba, llevaba en una bolsa de plástico

el ajedrez de piezas de madera enormes, talladas a mano, que había conseguido en un remate del Banco de la Ciudad cuando era joven. Le informó que lo iba a donar al centro de jubilados de la plaza. No lo pudo hacer cambiar de opinión. Hubiera querido conservarlo, con ese ajedrez su padre le había enseñado a jugar, pero no lo pudo convencer. "Si vos no lo usás", le había dicho el viejo al alejarse trastabillando y bamboleándose hacia la plaza. "Y bueno, se lo quedarán unos extraños", pensó en ese momento con dolor. Pero el fusil era distinto, no tenía derecho a regalarlo, lo había recibido de su padre y este de su padre y así hasta hoy.

–¡No puede ser! –gritó.

–Últimamente regalaba todo; la colección de discos de pasta se la dio a uno con el que charlaba en el bar; a otro le regaló un montón de libros.

–¿El autografiado también?

–También hijo.

–¿Por qué no me dijiste?

–Y, te ibas a enojar.

–¿No me dijiste porque me iba a enojar?

–Sí, yo te conozco.

–¡La remil puta que lo parió! –gritó desde el alma en carne viva al mismo tiempo que le daba a una puerta cercana una seguidilla de puñetazos furibundos.

–¿Viste que te ibas a enojar? –dijo la vieja, haciendo gala de su filosofía materna y sonriendo mientras lo miraba con cara de estar pensando "yo sabía".

No fue fácil recuperarlo ni hablar con ese familiar lejano, apenas un conocido, que tenía ahora ese fusil tan íntimamente suyo. Finalmente logró que se lo devolviera cuando lo acusó de aprovecharse de la vejez y la enfermedad de su padre. Tuvo su influencia el hecho de que esas armas eran muy comunes en la Argentina y no valían mucho, si no otra hubiera sido la cuestión. Para él no tenía precio. Si hubiera

sabido que no tendría a quién dejárselo, si hubiera presentido siquiera que con el transcurso de su vida ese objeto iría perdiendo importancia a medida que se quedaba solo. Hasta ese día, en que acorralado por la vejez y la enfermedad se volvía a sentir poderoso por unos momentos decretando el fin de su desamparo y su soledad. Hasta ahora, en que fugazmente volvía a ser el dueño de su destino y el viejo fusil era útil una vez más.

Había dejado una carta para que no le echaran la culpa a nadie. Del único bien del que había dispuesto era del "Patria", solicitando que fuera a parar al Museo de Armas de la Nación. Allí había muchos otros como él, allí lo cuidarían bien. ¡Qué paradoja!, después de tanto matar durante el siglo XIX, estar inactivo todo el siglo XX, comenzar el siglo XXI matando. Pero no a uno, como estaba planeado antes de que lo interrumpieran: a dos y en el mismo día. Qué bien hecho estaba, qué cumplidor era. Un policía tocaba el timbre. La mujer que él defendiera, le había indicado el lugar de donde habían disparado. Se iban a asustar al oír otro estampido, iban a tardar en comprender, pensó mientras acariciaba al "Patria" por última vez.

El no perseguido

Era indudable que me estaban siguiendo. Por tercera vez me quedé parado y por tercera vez el coche sin luces se detuvo. Correr era inútil y yo sabía que eso quería esta gentuza, milicos cobardes, cuya mayor satisfacción era meter miedo a gente indefensa. Tenía casi veinte años, era joven y en la Argentina de la dictadura eso equivalía a ser sospechoso de terrorismo. Para colmo era universitario, lo que para la mentalidad siniestra del milicaje no hacía más que confirmar sus sospechas. Sospechas de todo el mundo, nadie se puede sentir a salvo de la sospecha de ser un subversivo y ser un subversivo es estar en contra de todo, es ser un asesino y lo que es peor, un traidor. Un traidor a la Patria y la Patria no es el territorio, no es la gente, no son las costumbres ni es la infancia, aquí y ahora la Patria son ellos, los militares que se llenan la boca con palabras grandi-

locuentes sin significado ante los hechos y que durante todo este siglo de mierda fueron instrumento de los grupos económicos. Se habían adueñado una vez más del País. Ningún ejército extranjero hubiera soñado hacer tanto daño a la Argentina como sus propios militares.

Pero no importaba, ahora yo estaba perdido y no importaban las razones que pudiera tener, ni la verdad, ni nada. Había hablado de más en la Universidad. Siempre había sabido callarme como me lo recomendaban mis padres, pero no pude contenerme cuando en el pequeño grupo de estudiantes que charlaban mientras esperaban los resultados de un examen, alguien dijo que no estaba pasando nada, que las organizaciones de derechos humanos mentían, que los militares jamás permitirían una cosa así. Me indigné como solo puede hacerlo un inmortal –o un joven, que viene a ser lo mismo– y les dije lo que todos sabían aunque no quisieran: que secuestraban a la gente por todos lados, que muchos desaparecían para siempre y que no rendían cuentas a la Justicia ni a nadie. Que no estaban detenidos, que no se sabía qué les había pasado aunque paradójicamente todos supiéramos que los habían asesinado. Ahora estaba yo ante ellos. Un par de veces más comencé a caminar y me detuve, otro tanto hizo el coche. ¡Justo a mí, que nunca me metía en nada!

Metí la mano bajo la campera como si empuñara un arma escondida, ellos no hicieron nada pero supe de inmediato que había hecho una estupidez, se debían estar riendo de mi intento, de mí. Podían levantarme cuando quisieran, torturarme y hacerme lo que les diera la gana, asesinarme o hasta perdonarme la vida si alguno de estos infames tenía ganas de jugar a Dios, y yo los estaba divirtiendo por anticipado. ¡A quién pedir ayuda!, si a los jueces los nombran ellos, si la policía trabaja con ellos, si los periodistas callan para ellos. No era suficientemente terrible e inhumano el terrorismo que tanto padecimos, ahora tenía que elevarse a la milésima potencia para convertirse en Terrorismo de Estado. Y yo ahí, en el medio de esa barbarie. Me quise quedar afuera y estoy en el medio, voy a morir como una ove-

ja, me repugna pero tengo la sospecha de que lo merezco. De todas formas, ya dirá alguien el tan mentado "algo habrá hecho". Nadie puede ayudar, si me "chupan" nadie va a hacer nada, como cuando una mosca queda atrapada en lo pegajoso de la inmundicia y mientras lucha con todo su ser para liberarse las demás siguen en lo suyo como si nada. No tengo derecho a quejarme, es lo mismo que hice yo antes de que me llegara el turno. Y no solo nadie va a hacer nada, se van a cuidar mucho incluso de contárselo a nadie. De todas maneras de qué serviría, los que intentaron ayudar fueron asesinados o aterrorizados o también han desaparecido. No queda nadie que pueda hacer nada. Somos una población de moscas, inmensas moscas, indiferentes moscas que ni siquiera saben volar.

Recordé cuando los medios de comunicación prepararon a la gente para aceptar el golpe de estado como una necesidad. Así lo habían hecho con todos los golpes anteriores y recordé también que yo lo esperaba ansioso. Era un cambio y me causaba una profunda vergüenza que esa estúpida fuera presidente del país. Ahora, La Bestia se había adueñado de todo y yo comenzaba a comprender lo que sentían las personas de los países sojuzgados por los nazis en la Segunda Guerra. Pero estos eran nuestros, no eran extranjeros, ¡eran la Patria! De pronto el coche prendió las luces, arrancó y pasándome por delante se alejó. Esperé un tiempo conteniendo la respiración. Tal vez daría una vuelta a la manzana para caerme después, cuando creyera que era libre. No volvieron pero mi vida ya no volvió a ser la de antes, comencé a salir a la calle sólo cuando era imprescindible y me acostumbré a dormir vestido para que si irrumpían en mi casa llevándose todo por delante, por lo menos no me agarraran en calzoncillos. Hubiera necesitado un arma pero no sabía usarla ni podía conseguirla, así que dejé a mano un cuchillo de monte de tiempos de campamento por si a alguno de esos caníbales inmundos se le ocurría violar a mis hermanas, quizás pudiera enterrárselo hasta el mango aunque más no fuera a uno de ellos. Si no tuviera padres, si

no tuviera hermanos, si no tuviera casa ni nada, ¡que fuerte sería! No me importaría morir y podría salir a cazarlos, pero mientras tuviera algo que perder, tendría miedo.

No vinieron nunca a buscarme. ¿Cuántos años han pasado, veinte, treinta? Ellos no volvieron y al final nunca me hicieron nada y sin embargo algo cambió en mí para siempre. Cuánto más deben haber sufrido aquellos a los que sí les hicieron algo si a mí, que ni me tocaron, me dejaron tan mal, afectado vaya a saber en qué forma, herido vaya a saber dónde, para seguir viviendo así, con esta carga de lisiado.

En la mira

El jabalí llegó por fin hasta el borde de la aguada. Se había detenido tres veces en los escasos veinte metros que la oscuridad estiraba desde los matorrales espinosos. Ahora veía claramente la silueta inmensa que la distancia me había sabido ocultar. Yo acechaba en una plataforma incorporada al paisaje, apenas unas tablas sobre un árbol retorcido por el viento con el borde hacia la aguada tapado por ramas. Él era lo que yo estaba esperando, tantas veces durante tantas noches eternas de esperas y ausencias para volver sin cazar nada, como debe hacer un verdadero cazador, volver derrotado ante los débiles si no se presenta una presa que valga la pena, que pueda incluso matarme. Ya habían pasado un par de chanchas y después un zorro, pero este debía pesar más de doscientos kilos. Viejo guerrero de colmillos curvos como cimitarras, capaz de despanzurrarme con un cabezazo.

No voy a cazar con otra cosa que no sea un viejo fusil guerrero de principios de siglo, rezago del ejército. No le quise poner la liviana culata sintética, ni la mira telescópica que tanta impunidad otorga. Mejor las miras abiertas tal como la hicieron para la guerra, para matar hombres, que son los bichos más peligrosos. Pega bien y el viejo jabalí está a menos de cuarenta metros, una distancia a la que ya está perdido porque ha cometido en esta noche todos los errores que supo evitar a lo largo de su vida, hasta que nos encontramos por primera y última vez. Se queda petrificado, presiente. No pudo verme, apenas si respiro y tampoco me ha venteado porque las ráfagas implacables del sur me clavan mil alfileres de hielo en la cara. Me percibe con la mente. Ahora distingo su cuerpo macizo cubierto por cerdas raleadas y gruesas como espinas. Me llega el olor a verraco, ese hedor espantoso a macho hijo de puta. Él siente que estoy aquí y yo siento que me siente. Tengo el guión enmarcado en el alza sobre su corazón. No se decide a bajar la cabeza al agua, presiono el gatillo cada vez más, hasta que algo se suelta y un golpe metálico expande una pausa, una parálisis repentina y total congelando el cuchicheo sigiloso de la oscuridad del monte durante un parpadeo. Suficiente para que la bestia incontenible se pierda en la espesura abriendo brecha. No dudó un segundo, ni miró de dónde vino el ruido antes de huir llevándose de frente la muralla espinosa como lanzado por una catapulta a ras de piso. Al menos el zorro me había estudiado unos segundos antes de disolverse con lentitud desafiante en las penumbras.

Yo había cazado mi jabalí. No le pongo bala a mi fusil, no me gusta matar animales salvajes que conocen la libertad como yo nunca voy a conocerla. Aunque estas bestias son plaga en la desolada inmensidad del sur, prefiero no matarlos. Aunque no son conscientes de la muerte, prefiero no matarlos. De todas formas a éste ya lo había cazado. Vivirá un tiempo más y solo yo sabré qué es lo que sucedió esta noche. Y si tiene que morir a hierro que lo mate otro, yo prefiero no matarlo, prefiero no matar.

Por fin me muero

Cuánto tiempo enfermo. Años degradándome poco a poco hasta este momento en que me muero. Tengo la certeza, no es un presentimiento más, por fin me muero. Todo fue muy largo, años infinitos. Por suerte recuerdo poco. Sé que tengo un desequilibrio mental, pero la muerte me encuentra en un destello de lucidez. Tuve otros que me han servido para enterarme por etapas de mi declinación incontenible. Fui un hombre poderoso o por lo menos así solía sentirme, tuve un trabajo de responsabilidad, mucha gente a mis órdenes, tomé decisiones de importancia, hablé un par de idiomas, viajé bastante por el mundo y sentí la plenitud de la salud y de la juventud. Quién hubiera imaginado que me convertiría en este despojo maliciento, siempre triste, en silencio y aislado de un mundo del que ya no me importa nada. Si hubiera tenido más valor aquella tarde, me

hubiera hecho sufrir mucho menos que esto aquel tren indiferente. No puedo moverme, con los músculos abarrotados en posición fetal. Catatónico le dijo el doctor a no sé quién, a alguien junto a él. Debe creer que no escucho, debe creer que no entiendo, debe creer que no me importa. Ese que está con él puede ser mi hijo. Me mira con un dolor sin gesto, me besa suavemente en la mejilla y se va en silencio. No sabe que no me verá más con vida. Tiene lástima de mí, no sabe que su lástima me lastima y me asombra que todavía algo pueda lastimarme.

Estoy solo, inmensamente solo, indescriptible y absolutamente solo. Aunque vengan a visitarme todos los días, aunque esté muy bien atendido en este geriátrico de lujo, en casa estaría igual de solo. No creo que haya otra manera de morir, todos se han convertido en extraños. Por lo menos mi familia se liberará de los trajines de estar pendientes de este anciano postrado que hace mucho tiempo que ni siquiera se las arregla para ir al baño. Ya no tengo dignidad, me meo y me cago encima, uso pañales, me tiene que bañar una enfermera y trago apenas un poco de la comida que me ponen en la boca. Ahora entiendo lo que sufrió Gregorio cuando se transformó en un insecto. El mismo miedo, el mismo terror y la misma indefensión que yo sentí al comenzar mi transformación. Después del esfuerzo estoico, desmedido de mi familia por ayudarme, llegó el cansancio, el agobio, la resignación. Ellos también se aliviarán como la familia de Gregorio, cuando puedan dejar esta carga y volver a vivir normalmente, como antes de que yo enfermara, como antes de que este calvario se les convirtiera en costumbre.

Amanece, termina la noche, la última. Ha sido larga, como todas las que recuerdo, y yo sigo solo, contorsionado en esta cama ajena. Un rayito de claridad se filtra por las rendijas de la persiana, es el Sol que vino a despedirme, el mismo Sol que acompañó cada día de mis largos setenta y seis años, como hizo con mis ancestros, como hará con cualquiera que surja de este mundo. La fuente inagotable de toda

forma de vida que exista o haya existido en el planeta, llega hasta mí filtrando su claridad a través de las rendijas de la persiana, para mostrarme su luz una vez más.

No seré libre, ahora lo veo que la muerte me rodea, no seré libre porque no supe prepararme, porque no supe ver quién era. Y volveré a recorrer mi camino de siempre, no puedo elegir porque voy tras lo corriente, gloria, sexo, honor, prestigio, me arrastran otra vez al mismo inicio. No pude soportar ver el polvo en el polvo de mis huesos y debo volver ciego, empujado por la vida sin sentido a creer que soy la carne que no elijo, pero vuelvo con el ansia del perdido a zambullirme en la vida, a ser el hijo. No seré libre, envuelto por la muerte ahora lo veo y a pesar que me rodea, la esencia más preciosa de la vida se me muestra, pero yo retorno igual a los deseos y necesidades, embotado a comenzar, a ser quien no era. No seré libre, no en esta vida, ahora lo veo que estoy sin cuerpo con mi mente y se me muestra lo eterno en el presente, pero hoy es tarde, no empecé a tiempo a pesar que yo sabía y la vida es implacable con la muerte. El dolor fue insoportable y aunque no era verdaderamente mío no miré, y tengo que volver ahora a descubrir el modo, a perderme en la impureza transitoria, a seguir separándome de todo en el ciclo del que goza, sufre y odia. Si puedo sostenerle una vez la mirada a mis cenizas permaneciendo atento en mi última boqueada para que mi conciencia de hielo se derrita, esperaré sin inquietudes, sin pensar nada, la vuelta eterna a la oscuridad abandonada.

Hay esperanza

En más de diez años con mi negocio de ropa instalado ahí, no me habían asaltado jamás. Los comerciantes del barrio no podían decir lo mismo, ellos sufrían por lo menos un asalto a mano armada un par de veces al año. Algunos quedaban muy traumatizados, cerraban sus negocios para reabrirlos en otros lugares. Otros –como la ferretería de enfrente– se rodeaban de rejas creando una jaula en torno suyo para atender desde adentro, poniéndose presos para dejar a los delincuentes afuera. Al anochecer atendían al público con tanto miedo, que terminaban saboteándose comercialmente. Otros se proponían ser muy observadores, pero la gente se había acostumbrado a llevar teléfonos celulares y otros aparatejos a la cintura y solo conseguían ir de sobresalto en sobresalto de la mano de la imaginación temerosa.

Los delincuentes estaban fuera de control y poco hacía la policía para cambiar las cosas. El país había pasado por varias dictaduras militares, en que los cuerpos policiales de todos los distritos habían prestado los más variados e inmorales servicios. Años después, todos sabíamos lo que pensaba el policía que con sonrisita burlona tomaba de mala gana la denuncia. "¿Querían democracia, querían estado de derecho?, ahí tienen, aguántense la delincuencia." Ya nadie hacía denuncias de robos a menos que hubiera una muerte de por medio o un tiroteo de la gran puta.Por otra parte, los delincuentes ya no eran los de antes, no eran profesionales ni tenían códigos –ni siquiera entre ellos– y la mayoría de las veces mataban por matar. Yo no los justificaba pero los comprendía. Los habían dejado sin nada que perder desde su misma concepción, venían de infancias de abandono, abusos, desprotección, y habían mamado la certeza de que para ellos no había nada. El refrán profetizaba "leyes blandas hacen delincuentes duros" y si a esto se añadía la corrupción de los políticos, los jueces y la policía, llegábamos a esto, los pocos que no eran corruptos adolecían de tanta incapacidad, que no había salida. La población comenzó a armarse, la mayoría de las veces en forma ilegal porque los trámites eran costosos, engorrosos y las leyes las dictaban representantes legales, formales pero no reales, que no conocía ni la gente que los votaba. "No tiene solución", pensaba yo mientras cargaba mi revólver. Hice girar el tambor para asegurarme de que ninguna munición trabara el mecanismo y lo escondí en el baño, al final de un largo pasillo, sobre el botiquín. Era un 38 Special con munición sobrecargada. Prefería correr el riesgo de que me reventara en la cara, a que el ladrón tuviera tiempo de arrastrarme a la mierda con él. Venían pasados de rosca, si le daba a uno, le quería dar bien. Era munición de punta hueca, para que se expandiera en su trayecto y dejara un agujero infernal a su paso, por el que se le fuera la vida al más pintado. No había sido nunca una persona violenta pero estaba harto de esta situación, quedándome sin nada que perder. A veces me parecía que me estaba alienando. Cuan-

do limpiaba el arma solía mirar la boca del cañón de frente y pensaba "Este es el ojete de Dios".

Aquí estamos, matándonos entre nosotros mientras los grandes capitalistas, financistas y economistas del país, juran a los poderosos de la Tierra que la Argentina seguirá pagando por siempre la deuda externa. Trabajo sólo para sobrevivir y además espero que venga un lobo para llevarse la sorpresa de que esta oveja se transformó en un perro rabioso. Pasaron meses, hasta que una noche entró él. Me pidió que le mostrara un pulóver como el de la vidriera y cuando me di vuelta se me abalanzó. Había desenfundado poniéndome el caño en la cara, no pude reaccionar mientras el ladrón sacaba los pocos pesos de la caja. Pensé en las prevenciones que había tomado, en la observación desconfiada a cada extraño para quedar a merced de cualquier imbécil que me encare con un fierro y que con mover un dedo decide si vivo o muero, aquí y ahora. Se me escapó la risa y él me miró como si estuviera loco.

–¿De qué te reís?

–Es que me sorprendiste totalmente, no pensé que fueras un chorro.

–Tengo que llevar plata a mi casa de cualquier manera. Asentí como si lo comprendiera, pero solo esperaba la oportunidad para reventarlo.

–¡Vamos para atrás! –dijo señalando con el arma el pasillo y mientras caminábamos me preguntó–: ¿Hay alguien más?

–No, por suerte no.

Recorrimos el angosto y oscuro pasillo y por primera vez sentí miedo. Esto duraba demasiado, yo había tenido tiempo de verlo, hasta de cambiar unas palabras con él. Me llevó hasta el pequeño baño con la intención de encerrarme pero hacía tiempo que yo le había quitado la cerradura. Se quedó unos segundos perplejo, luego me hizo darle las llaves de la puerta de calle y me dijo:

–Voy a salir, te dejo las llaves tiradas junto a la puerta, ni te asomes por cinco minutos.

Cerró la puerta del baño pensando que me quedaría tranquilo. Con rapidez silenciosa y sin dudar empuñé el revólver, apagué la luz y abrí sosteniendo con las dos manos el arma hacia el pasillo. Asomando la mitad de la cara, cubriéndome con la pared y el marco de la puerta, apunté hacia la espalda que se alejaba y apreté el gatillo haciendo girar el tambor hasta que el cartucho se alineó con el cañón. Faltaba apenas un poquito de presión, casi un soplido para que tronara el furioso estampido que solo yo iba a escuchar. "Te tengo, ahora soy yo el que decide si vivís o si morís, pedazo de mierda", pensé implacable. La espalda se alejó y dobló el recodo. Sentí el ruido del manojo de llaves en el mosaico. Había cumplido, me las había dejado donde había dicho. Con tanta gente matándose por nada –o por plata que es lo mismo– yo no lo había matado. Él no lo iba a saber nunca, pero yo había cumplido conmigo mismo. Todavía no maté a nadie, todavía no soy como ellos, todavía hay esperanza.

El viejo homeópata

(1998)

I

Al viejo homeópata no le gustaba andar rememorando, pero últimamente le venían a la mente los tiempos de su niñez –a principios del siglo XX– y sus enfermedades recurrentes que lo postraban durante semanas, con dolores y ahogos que lo mortificaban, con la angustia de su madre que lo hacía sentir culpable, en una época en la que no existían los antibióticos, que apenas comenzaban a utilizarse los rayos X, y la anestesia segura todavía era una ilusión de médicos emprendedores. ¡Si apenas terminaba de imponerse la asepsia! En estas condiciones una neumonía era frecuentemente mortal, y una apendicitis siempre. Su doctor, a pesar de que era un gran médico, les cobraba muy poco a sus padres para que no tuvieran dudas en llamarlo cuando fuera necesario. Cuando él entraba, por el solo efecto de escuchar su jovial vozarrón retumbando en la casa, se sentía mejor. Daba la impresión de que todo lo sabía, todo lo dominaba con su conocimiento y sus padres lo trataban no solo con respecto, lo trataban con veneración. La imagen de aquel hombre había constituido una influencia decisiva en su vocación, y también la indefensión por la que había pasado durante los más penosos episodios de sus sucesivas enfermedades. Con el tiempo se fue volviendo cada vez más fuerte, pero nunca olvidó los sufrimientos de aquella época, y le fueron muy útiles a lo largo de su vida profesional porque le permitían no perder de vista que cada

paciente era un ser sufriente íntimamente ligado a él que necesitaba de su ayuda. Así había tratado de vivir, por estas razones y por muchas otras. ¡Si lo pudiera ver su médico de entonces, si hubiera podido saber que casi un siglo después su endeble pacientito todavía andaría por este mundo!

II

Ya no podía hacer nada por ella. La nena tenía apenas tres años, y se moría. Carla era la doctora que manejaba el caso, se había recibido hacía poco más de seis años, tenía bastante experiencia pero todavía no se acostumbraba a estas cosas. Ella era pediatra en una importante clínica de la Capital, y había visto morir a mucha gente, pero esta nena tan delicada, tan bonita, tan como debió haber sido ella a esa edad, despertaba en ella una ternura y un interés por su bienestar, que siempre había tratado de evitar con sus pacientes como una manera de protegerse del desgaste emocional. La nena venía cayendo sin pausa por un tobogán de decadencia prematura que nadie había sido capaz de detener. Hasta ayer pellizcaba rítmicamente la sábana con los deditos de una mano. Carla sabía que era un movimiento inconsciente, un síntoma neurológico más de los tantos que se acumulaban. Hacía una semana que estaba aquí, venía de un hospital público a la mejor clínica de Buenos Aires, donde sólo habían podido acompañar el agravamiento constante. Había tenido muchísimas convulsiones los días anteriores, los estudios no demostraban que hubiera alguna lesión en el sistema nervioso, había recibido prácticamente todo medicamento que existiera a disposición de la medicina, que no hacían ningún efecto. Los cultivos no habían identificado ningún microorganismo, aunque todos hablaban de un posible virus como responsable de la enfermedad. Carla había terminado su turno en la clínica y ya se iba a su casa. Aunque el jefe de piso –el doctor Álvarez– había sido el en-

cargado de desahuciar a la niña ante sus padres, ella no podía superar su malestar. "La ciencia ha hecho todo lo posible", les habían dicho. Ella sentía que también había puesto todo lo que sabía al servicio de la nenita, pero no había alcanzado.

Cada vez que las enfermeras y las mucamas se referían a este caso, podía notarse en la expresión y el tono de sus voces la impotencia. Tantos avances científicos, tantos aparatos, tanto esfuerzo y no pudimos hacer nada, decían. Una de las enfermeras reponía el suero y Carla se despidió.

–¿Ya te vas? –le dijo.

–¡Hace más de 12 horas que estoy acá! –contestó Carla entrando como siempre en la provocación burlona. Mientras más tiempo alguien trabajaba sin descanso, mientras más agotado, más ineludible era el "ya te vas". Y alejándose por el pasillo Carla agregó:

–Esta paciente me está destrozando anímicamente.

–¿No se salva?

–Ni por milagro.

–Lástima, puede estar mucho tiempo así, ¿la van a mandar abajo con los caños? –preguntó la enfermera en su jerga hospitalaria, refiriéndose a un pequeño pabellón cerca de la morgue, en el que acumulaban a los incurables que sólo esperaban cambiar de habitación.

–No, es muy chiquita, si aguanta la noche la van a pasar a terapia intensiva y allí va a parecer que están haciendo algo más que esperar.

–Como hacen los cirujanos, a ellos nunca se les muere nadie en el quirófano, ¡mandan cada fiambre a terapia intensiva!, total, lo conectan a la máquina un rato y listo. Son tan soberbios como eficaces –terminó la enfermera. Carla contestó con un suspiro y se fue.

Caminaba por las calles bien iluminadas del centro de la ciudad, mirando si venía un taxi y pensando "Con un poco de suerte morirá durante la noche y mañana podré retomar la rutina, no tendré que comunicarles la noticia a los padres, no tendré tampoco que ver los ojos de la madre siempre tan abiertos, tan asombrados a pesar que

esto empezó hace ya más de un mes, con un poco de suerte cuando vuelva a la tarde, se habrán llevado el cadáver, la nena no sufrirá más y yo tampoco".

III

Prefirió caminar un rato antes de tomar un taxi, se le había hecho costumbre, necesitaba caminar aunque en esas calles no hubiera árboles, aunque las veredas estrechas y mugrientas del centro de la ciudad la quisieran ahuyentar. Era tarde pero todavía había gente en la calle bien iluminada. Tenía que sacarse al hospital de encima antes de llegar a su casa. Gerardo estaría durmiendo, él también era médico, sabía muy bien cómo son estas guardias. Habían decidido esperar a que sus carreras estuvieran encarriladas para tener hijos. Él se había recibido un par de años antes que ella y se dedicaba exclusivamente a hacer reemplazos de cadera. Hablaba de su especialidad como lo haría un mecánico para cambiarle una pieza a un auto. Ella ya había terminado su especialización en terapia intensiva. Siempre había querido ser doctora como su papá. La imagen omnipresente de su padre, había configurado su destino. Fue un gran logro el día en que se recibió y que su padre la vio convertida en una colega. Había concretado su vocación pero, ¿era suya realmente? Si su padre no hubiera sido médico, si no se hubiera criado en ese ambiente, ¿hubiera surgido en ella la vocación como necesidad irrefrenable? Había escuchado a mucha gente decir que si no se dedicara al arte, a la medicina, a la enseñanza, no podrían vivir. También había escuchado explicar las malas condiciones de trabajo y las magras remuneraciones con un "y bueno, es su vocación", como si una cosa justificara la otra. Se había dado cuenta de que cuando otro habla de tu vocación, es para cagarte. Ella ya no creía que la vocación existiera, en todo caso era algo personal en lo que nadie debería meterse. Ahora que se había ganado un puesto im-

portante en el hospital, ahora que era respetada por sus colegas, ahora que estaba el camino abierto, se acrecentaba en ella una sensación de angustia que no sabía de dónde venía ni a qué se debía. Por lo menos había logrado dejar de pensar en el caso de la nena que agonizaba en el hospital. Esa esperanza que había sentido antes de salir de allí, de que posiblemente mañana la nena habría muerto, que otro tendría que dar las malas noticias y las explicaciones científicas imposibles de entender para quienes la habían amado, la culpa por querer preservarse a sí misma, impedir un acercamiento con los padres y mantener una actitud profesional fría, distante, que le permitiría estar en mejores condiciones de tomar decisiones médicas. ¡Pavadas!, trataba de protegerse a sí misma mientras una criatura moría. ¿Qué otra cosa podía hacer? No sabía, no importaba. Su marido, en el quinto sueño, ni siquiera se iba a enterar de que había llegado. Al día siguiente entraba en el turno de la tarde, y todo habría terminado, al final del día se habría olvidado de ese caso, como le había pasado con muchos otros, incluso con algunos que daban más para la culpa porque había metido la pata. En este no, aquí no tenía más culpa que la que ella se inventaba. Así fue a dormir, con la paz de los que han obrado bien, con la tranquilidad de los que no saben.

IV

–¡No se la puede llevar así! –le decía el doctor Álvarez al papá de la nena.

–Ya firmé los papeles para retirarnos sin el alta.

–¡Pero se va morir!

–¿Si la dejo va a vivir?

–Por lo menos va a estar bien atendida.

–Prefiero que muera en casa, usted me dijo que ya no había posibilidades.

–Es cierto –dijo el doctor Álvarez– pero si se produjera una pequeña mejoría podríamos aprovecharla para convertirla en una mejoría mayor y así ir viendo qué podemos hacer.

–Está decidido –dijo el padre– ya sé que usted hizo lo que pudo, pero nos vamos a casa.

Terminado el papeleo el padre envolvió a la nena en una frazada, y junto con la madre subieron al coche de un amigo pero no fueron a casa, fueron hacia las afueras de Buenos Aires, donde vivía otro médico, un viejo del que le habían hablado muchas veces. Era bastante cerca de su casa pero iba a ir a verlo por primera vez ahora, con su hija agonizando. Él sabía que era posible que el viejo ya estuviera retirado de la práctica de la medicina, pero no le iba a dar oportunidad de nada, le iba a caer en la casa de improviso y le iba a pedir que por lo menos intentara algo, algo más que lo que habían hecho hasta ahora, algo distinto, en lo que el viejo homeópata se había destacado toda su vida. ¿Estará en su casa, lo recibirá, aceptará atender a la nena en estas condiciones? El dinero no era un problema, pero seguramente para este hombre tampoco. Llevando el cuerpo devastado de su hija en brazos, tenía que intentarlo todo.

V

Llegaron hasta el chalet de tejas rojas y jardín. Siempre le había gustado ese barrio, tan residencial y tranquilo. El padre se bajó y tocó el timbre. Lo atendió una señora. Su esposa los miró desde el coche tratando de adivinar lo que decían. El hombre gesticulaba hablando en voz baja pero con ansiedad. Finalmente la mujer entró a la casa, volvió unos minutos después y lo hizo entrar. La siguió por un laberinto de antigüedades. Muebles de otros tiempos, de calidad y bien cuidados, mantelitos bordados a mano, pisos de madera lustrada, hasta llegar al amplio consultorio con las paredes cubiertas de libros,

una vieja camilla y algún material médico que debió haber sido un lujo medio siglo atrás, dejado distraídamente en una vitrina impecable, todo antiguo y en condiciones de uso, como si todas esas cosas fueran nuevas. Y ante un enorme escritorio de madera maciza, con más de 20 libros desparramados en su superficie, él le clavó los ojos por sobre los anteojos de leer. Debía tener más de 80 años, no era ni gordo ni flaco, de altura media, el pelo algo largo y la barba pegada a la cara. Todos sus cabellos eran blancos, inmaculadamente blancos, tanto que por un momento se distrajo extrañado de que el blanco pudiera ser tan blanco.

–Me dice mi sobrina que tiene una urgencia. –Es mi hija, doctor, se está muriendo. –¿Dónde está internada?

–Acá... la dejé en el coche... afuera.

–¿Pero no me dice que se está muriendo? –preguntó el doctor.

–La saqué de la clínica para que muera en casa, con nosotros.

–¿Y la trajo acá?

–Quiero que usted intente algo –dijo el padre– vivo a pocas cuadras y escuché muchas cosas...

–Espere un poco, mire que yo no hago milagros.

–No le pido eso, solo que la vea –terminó quebrándose. –Era mejor verla en la clínica –dijo el doctor resignado, y

agregó–: bájela.

La pusieron sobre la camilla y abrió la frazada en la que venía envuelta. Muchas décadas dedicadas a la medicina lo habían dejado más allá de las emociones inútiles, así que ni se inmutó. Su nueva paciente estaba tan delgada, que parecía un pequeño esqueleto envasado al vacío en piel de cera que marcaba la forma de cada hueso y dejaba translucir miles de pequeñas venas azules. La revisó durante más de veinte minutos sin decir palabra. Luego, mirando a los padres les dijo:

–Me van a tener que dar mucha información. Puedo intentar medicarla con homeopatía pero comprendan que es demasiado tarde, su fuerza vital está prácticamente agotada. Igual voy a intentarlo pero ne-

cesito mucha ayuda, van a tener que ser muy precisos al contestarme. Necesito saber cómo y cuándo empezó esta enfermedad, los primeros síntomas, su secuencia y sus cambios, cómo era la vida de ella antes, su carácter, sus reacciones y gustos. Necesito saber hasta cómo fue la concepción de la que surge, cómo llevó el embarazo la madre y cómo fue el nacimiento. Habitualmente estoy dos horas conversando de estas cosas con cada paciente, nosotros tenemos solo algunos minutos. No les puedo prometer nada, solo hacer un intento más –concluyó.

Los padres asintieron y estuvieron hablando varios minutos con el doctor, conteniendo su impaciencia ante preguntas aparentemente triviales e inconexas, ante precisiones tan minuciosas como incomprensibles. El doctor quería saber si los dolores empeoraban a la noche, y si le decían que sí, quería saber entre qué horas. Luego quería saber cómo eran, cómo los describía la nena con sus palabras exactas, si le dolía más de un lado que del otro, si se apretaba para sentirse mejor. Quería saber cómo reaccionaba si la retaban, cómo era la relación con su hermanito y que esto y que lo otro. El papá comenzaba a descorazonarse, se había equivocado, ¿qué podía hacer por su hija más muerta que viva este pobre anciano que desvariaba sobre pequeñeces con un interés como si estuviera haciendo el más grande descubrimiento de la civilización? Mientras tanto, el doctor escribía y escribía en una hoja blanca sin renglones, con trazo firme e ilegible. Y llenó una hoja y dos y tres. Cuando el doctor quiso precisiones sobre si le gustaban los dulces y la manteca, y que la sal o el pan, y que cuánto y que cómo, el papá lo interrumpió involuntariamente con un gemido de desesperación. Todos se miraron en silencio unos momentos, solo se oía la dificultosa respiración de la criatura, estertores secos, jadeo trabajoso, boqueadas de moribundo.

El doctor suspiró y se concentró brevemente en sus apuntes. Luego se levantó y sacó de un cajón del escritorio una cajita de madera laqueada con tapa corrediza que contenía decenas de tubos pequeños de vidrio oscuro que contempló pensativo. Sacó uno, y en medio vaso

de agua que le había traído su sobrina, disolvió algunas de las pequeñísimas pelotitas de azúcar blanca, revolviendo cuidadosamente con una cucharita dorada. Lo hacía no como quien revuelve el café mientras habla de otras cosas, estaba muy concentrado en la sencilla acción que llevaba a cabo como si tuviera un profundo significado por sí misma, como si fuera un ritual de los que hacen los japoneses, en que cada movimiento, cada respiración, cada mirada, tiene su simbolismo y su razón de ser. Cuando por fin terminó, se dirigió hacia la nena y al llegar a ella pareció dudar un instante.

–Hace días que no traga ni el agua –le confirmó el papá. Entonces el doctor le bajó el párpado inferior con el pulgar de la mano izquierda, mientras con la derecha le volcaba una cucharita de la dilución en la conjuntiva. Luego se sentó junto a su paciente y permaneció en silencio quince minutos. Repitió la operación dos veces más. Los padres no preguntaron ni dijeron nada. Ya venían rendidos por el cansancio y la tensión de muchos días, y no tardaron en dormirse sentados en los espaciosos sillones que estaban contra una de las paredes. La respiración de la nena cambió sutilmente, no era tan ruidosa, se había vuelto regular y apenas más profunda. El viejo doctor miró hacia los padres que dormían como desmayados y puso una cucharita más del agua que había preparado, esta vez en la boca de la criatura, que movió la lengua casi imperceptiblemente como si le tomara el gusto a ese líquido. El viejo sonrió apenas, le chispearon los ojos brevemente. Se quedó sentado poniendo el remedio de a cucharitas en la boca de su paciente, una vez cada quince minutos, toda la noche. Con la claridad despertó el papá, eran las seis. Se acercó hasta la camilla con desazón, pero debió gritar alguna cosa cuando sus ojos se encontraron con los de su hija, porque el doctor –que también se había dormido– se enderezó sobresaltado. Ella tenía los ojos abiertos y observaba con indiferencia. De vez en cuando se pasaba la lengua por los labios y respiraba mucho mejor. El papá se inclinó sobre su hija y dijo:

–Pepi, muñequita, ¿cómo estás?

La nena no contestó, ni siquiera pareció oírlo. El doctor miró hacia la madre que seguía durmiendo y pensó "Menos mal, lo último que necesito ahora es el lloriqueo de esta mujer". Luego se acercó a Pepi con el poquito de agua que quedaba en el vaso y levantándole la cabeza apoyó el borde en sus labios. Ella fue bebiendo de a pequeños sorbos hasta terminarlo. Entonces el viejo médico pareció excitarse por primera vez desde que le invadieran la casa y la tranquilidad, y le dijo al padre:

–Vamos a la clínica, ¡urgente!

–Creí que allí ya no se podía hacer nada.

–La homeopatía está actuando, ahora necesitamos desesperadamente a la alopatía, suero y otros medicamentos además de los que le voy a dar yo.

–Bueno, ¿me acompaña? –preguntó el papá de Pepi.

–Sí, pero después me trae, ya no estoy para estas trasnochadas.

Entonces el hombre recuperó algo de su aplomo, se acercó al doctor, le estrechó con fuerza la mano y mirándolo a los ojos le dijo:

–Gracias.

–Vamos, vamos, no perdamos tiempo.

Partieron rápido hacia la clínica, el doctor tuvo que aguantar finalmente el lloriqueo agradecido de la mamá de Pepi, que mientras tanto iba mirando todo como si hubiera abierto los ojos por primera vez, como si recién hubiera nacido y no comprendiera nada. Volvía a una clínica en la que no sabía que había estado, envuelta en la misma manta que casi le había servido de mortaja.

VI

De vuelta en su casa ya muy tarde, el doctor Erraris supo que no podría dormir. Se fue a la cocina a prepararse un café. Trató de no hacer ruido, no quería que su sobrina se despertara porque inevitable-

mente lo prepararía ella, y se quedaría dando vueltas hasta que él se acostara. Cuando tenía tiempo prefería hacerlo él, con una lentitud y una concentración que lo convertía en un rito y le permitía comenzar a disfrutarlo desde que decidía tomarlo. Era café de filtro, y no le ponía azúcar ni edulcorantes porque le gustaba sentir el aroma y el sabor verdaderos. Se quedó pensando en el caso que acababa de atender. Sonrió al imaginar la turbación de algún colega enceguecido por su soberbia. En realidad, no le había gustado que le cayeran de sopetón en su casa con esa criatura en tan mal estado. Otros médicos se habrían espantado solo ante la posibilidad de que los pudieran acusar de mala praxis, él no. En una época en que se había puesto de moda entre muchos de sus colegas la medicina defensiva, él, que nunca había sido un cobarde, no estaba dispuesto a comenzar con agachadas como esas cuando ya era viejo y tenía poco que perder. ¿Le duele la cabeza?, ¡una tomografía computada! ¿Prefiere esperar?, entonces nada de lo que pase es mi culpa. Y muchas ínter consultas, eso sí, que el paciente pase por tantas manos que ya no se sepa quién es quién. ¿Quién maneja el caso?, no lo maneja nadie. Bueno, ya estaba exagerando otra vez, no todos son así, también los hay buenos. ¿Podrá ser buen médico quien no es buena persona? No podía concebirlo. Un hijo de puta puede ser un excelente abogado, ingeniero o militar, puede ser un gran artista incluso, pero no un buen médico. ¡Como había cambiado el mundo durante su vida! Tanta maldad como siempre pero muchas cosas buenas habían quedado en el olvido. Esa veneración hacia el maestro por compartir sus conocimientos, la determinación de los discípulos por corresponderle, el hacerse responsables los unos de los otros. Terminaba la noche. Podría dormir unas horas por la mañana, no tenía consultas hasta las cuatro de la tarde, pero esa noche, a pesar de su éxito profesional se sentía más solo que nunca. No tenía a nadie con quien comentar lo que había sucedido, que pudiera entender y analizar con él cada detalle. Sus amigos se habían ido muriendo al igual que los colegas de su generación, sus dos únicos hijos se habían ido al primer

mundo y además ellos también eran viejos, y los nietos, extraños para los cuales él era una referencia vaga, lejana y extravagante. No importaba mucho, tampoco. Si hubiera tenido a la familia cerca, seguramente lo estarían molestando a cada rato como Mari, su sobrina. Era muy buena esa solterona y lo ayudaba bastante. Lo quería sin duda y él a ella, pero no podía comprenderlo. Ojalá que la nena que acababa de atender siguiera mejorando. Si pudiera ver en sus ojos el brillo de la vida, sería como un oasis en el que descansar de tan largo camino aunque ella tampoco entendiera nada. La vida se le había hecho tediosa, no encontraba nada nuevo, sentía que ya lo había visto todo y lo que no, no valía la pena. Le pasaba lo mismo hasta con los libros. Esperó a que el agotamiento lo quebrara para acostarse. Era mejor así para no quedarse pensando en la cama, era mejor así para dormir como quien se va del mundo.

VII

Cuando Carla volvió a la clínica esa tarde, todavía duraba el revuelo. Escuchó con incredulidad el relato de boca de una enfermera: que a la mañana muy temprano la habían traído de vuelta muy mejorada, y habían retomado el tratamiento interrumpido. La enfermera también le advirtió que el jefe de piso estaba de muy mal humor. Carla se puso su guardapolvo y fue inmediatamente a ver a la nena. Aun cuando la tenía delante, le costaba creer que fuera la misma. Respiraba bien, tenía mejor color y dormía relajada. El doctor Álvarez asomó medio cuerpo por la puerta entreabierta, la llamó haciendo una seña con la cabeza y le dijo:

–Te vas a volver a encargar de este caso.

–¡Está mucho mejor! –exclamó Carla.

–No entiendo por qué volvieron acá habiendo tantos otros lugares.

–¿Al final la trató el homeópata?

–Ni me lo menciones, estuvo a la mañana ese viejo choto diciendo no sé qué pelotudeces de unos globulitos, tanto hinchó con eso que al final le sugerí que se los dejara a los padres y que se los dieran ellos, total no creo que la puedan joder más de lo que está.

–Parecen haberle hecho bien.

El doctor Álvarez la miró con severidad y le dijo:

–¿Ahora te vas a hacer homeópata?

–No, nada que ver.

–Mejoró porque mejoró –explicó el doctor Álvarez– si la hubieran llevado a la Virgen de Luján sería un milagro y si la atendía una curandera sería por los yuyos de mierda. El mérito en estos casos es una lotería –siguió– nosotros la tratamos muy bien, no sé si finalmente hizo efecto nuestro tratamiento o si fue una cura espontánea, pero no puedo perder el tiempo especulando; vi este tipo de reacciones varias veces, sin explicación alguna un paciente se cura cuando ya no podemos hacer más nada.

–¿Y en ese caso, quién se lleva el mérito?

–No me rompas las pelotas y mandale a hacer todos los estudios de vuelta, quiero ver bien en qué estamos.

El doctor Álvarez se alejó caminando rápidamente por el pasillo, haciendo flamear el guardapolvo blanco que solía llevar abierto como si fuera una capa. Eso le había valido el apodo de "Batman", pero no se enteraría nunca, ni del apodo que sus subalternos irónicamente le habían puesto ni de muchas otras cosas. Cuando Carla entró nuevamente a la habitación, las enfermeras ya le habían hecho la vena de vuelta a Pepi, le habían sacado sangre para los primeros análisis y le habían puesto un suero que goteaba lentamente. Todas estas maniobras no parecían haberla molestado en demasía porque seguía durmiendo, pero no en esa inconsciencia tensa de los días anteriores, este era un sueño relajado, confiado, verdadero descanso. Carla miró a la madre que estaba parada junto a la cama y le comentó:

–¡Qué alegría verla tan mejorada!

–Sí, gracias al doctor Erraris, y a usted claro.

–Bueno, la verdad que no lo puedo creer, ¿qué pasó cuando se fueron anoche?

–Se la llevamos al doctor, que le estuvo dando un medicamento en el agua, fue mejorando y a la mañana nos acompañó a traerla. Ya habló con el doctor Álvarez. Él va a seguir con el tratamiento de la clínica y nosotros le vamos a dar al mismo tiempo unos globulitos.

–¿Y el doctor Álvarez estuvo de acuerdo?

–No le gustó una mier... no le gustó nada, pero al final aceptó; el doctor Erraris fue muy diplomático, elogió mucho su trabajo y le agradeció todo lo que hizo por mi hija, pero no le gustó nada. De todas maneras dejó muy en claro que ni él ni nadie de la clínica le iba a dar ese medicamento, así que al final convinimos en dárselo nosotros ¡ba-jo-nu-es-tra-res-pon-sa-bi-li-dad! –le dijo imitando el tono de mando del doctor Álvarez y su forma de silabear cuando quería intimidar a alguien.

Carla se quedó sorprendida, era la primera vez que escu-chaba a alguien que no fuera del personal burlarse del doctor Álvarez. Entonces la mamá se inclinó hacia ella y le susurró al oído, controlando con la mirada que no viniera nadie que pudiera escuchar la confidencia "Me lo dijo Batman". Las dos rieron tratando de que nadie se diera cuenta. Era extraño, había hablado con esa señora varias veces en momentos en que la angustia la sobrepasaba, sin acercarse demasiado, sin comprometerse con su paciente y sus familiares más allá de lo profesional, como una forma de protegerse de tanto sufrimiento que se ve, pero que no se puede soportar si no se mantiene cierta distancia. Ahora esa mujer le hablaba como si ella fuera una amiga y eso la hacía sentir incómoda. Rápidamente el revuelo pasó y la rutina volvió. Carla seguía muy de cerca la evolución de esta paciente. El doctor Álvarez se enteraba al leer la historia clínica o cuando ella le hacía algún comentario, siempre por iniciativa propia porque a su jefe parecía no

interesarle demasiado. Resultaba evidente que algo lo había ofendido. Mientras más mejoraba la nena, más desinteresado se mostraba. Las enfermeras, en cambio, estaban muy contentas e iban a la habitación de Pepi cada vez que podían, a veces con excusas pueriles solo para verla de cerca. El doctor Erraris fue a verla muchas veces también, la primera semana todas las noches, luego cada dos o tres. Hasta ahora no se había cruzado nunca con Carla. A los ocho días, Pepi se sentó en la cama y tomó algo de sopa con la ayuda de su madre. Ya reconocía, aunque solo contestaba con monosílabos algunas preguntas. Carla averiguó por intermedio de los padres qué noche iría el homeópata a ver a la paciente compartida, y fue especialmente para conocerlo, quizás hablar un poco con él y, por qué no, obtener alguna información sobre el tratamiento que le había hecho. Cuando llegó, la puerta de la habitación estaba abierta y la luz prendida. La nena se había sentado al borde de la cama junto a su mamá, y frente a ellas estaba el viejo médico. Supo de inmediato que era él, se miraron brevemente en silencio pero no para estudiarse, no para hacer esos cálculos instintivos que sin darnos cuenta efectuamos los seres humanos como predadores que somos. Se estaban reconociendo, y aunque habían ignorado la existencia el uno del otro durante todas sus vidas, ambos tuvieron una impresión inmediata de familiaridad. "Debí haberlo conocido en otra vida", pensó Carla medio en broma.

–Él es el doctor Erraris –los presentó la mamá.

–Y supongo que usted es la doctora...

–Carla, dígame Carla nomás, es un gusto conocerlo, ya era hora.

–Gracias, gracias, me han hablado muy bien de usted Carla.

–Y de usted me contaron milagros.

–Solo algún resultado del estudio y del trabajo.

–¿Es habitual en su práctica este tipo de evoluciones en casos tan graves?

–Así de graves, con mejorías tan espectaculares, muy pocos, realmente muy pocos casos en muchísimos años.

A Carla le agradó, el hombre al menos parecía humilde. Comentaron algunas cosas más y luego el doctor se despidió. Ya quería volver a su casa, se estaba haciendo muy tarde. Le dio un beso a la madre, le estrechó la mano a Carla, y ya desde la puerta miró hacia la cama y dijo "Chau Pepi". La nena, que parecía estar durmiéndose, abrió los ojos y le sonrió levemente. Era la primera vez que Carla la veía sonreír. Se encontraron varias veces más. Su sobrina Mari lo llevaba en el auto, él no manejaba hacía tiempo. Era innecesario pero igual se buscaban y charlaban de éste y otros casos.

VIII

Mari hacía años que vivía con él. Lo cuidaba y le hacía de secretaria durante los horarios de consulta. A decir verdad, también administraba lo que el doctor ganaba, que era bastante. El doctor nunca había sabido lo que valían las cosas ni le interesaba. Ella hacía las compras, le cocinaba y se encargaba de la limpieza. Hasta la ropa le compraba, ya que conocía muy bien los espartanos gustos de su tío, y éste, mientras en menos menesteres se viera involucrado, mejor. La noche en que le llevaron a Pepi, Mari supo que tendrían por delante una de esas consultas heroicas que su tío de tanto en tanto encaraba. Sabía que él no se negaría a atenderla y que ella tenía que desaparecer de la escena para no interferir siquiera como observadora. Estas cosas, su tío nunca había tenido que pedírselas, ella las adivinaba. Mari no se extrañó tampoco cuando se enteró de que todo había salido bien. No se lo dijo nunca, pero estaba orgullosa de él, no solo por lo que era capaz de hacer, sino por cómo vivía su vida sin importar los mandatos sociales ni las modas ni nada que no tuviera que ver con sus decisiones personales. Ella podría haberse ido a vivir sola, pero las pequeñas excentricidades de su tío no la molestaban. Pensaba que lo que él hacía era tan importante que valía la pena ser parte de ello,

aunque sólo abriera la puerta, tomara turnos o cobrara los honorarios. Se habían acostumbrado uno al otro y así estaban bien. Mari tenía más de cincuenta años, soltera y sin hijos, por lo que era vista como una de las solteronas del barrio, pero había vivido lo suyo. En su juventud había estado juntada y tenía un hijo. También había viajado buscando en la distancia el sosiego que finalmente encontró junto a su tío. Los demás pensaban que todo lo que sabía de la vida era lo que hoy hacía. Ahora, con la irrupción de esa doctorcita en la rutina de su tío, los veía compartir experiencias y conocimientos que estaban fuera de su alcance, sin embargo ese sentimiento era superado por la alegría que le causaba el renovado entusiasmo de su tío por los encuentros con su joven colega. Le había hecho bien y seguramente a ella también.

–¿Qué te parece Carla? –le había preguntado su tío durante la cena.

–¿Tu nueva discípula?

–Yo no tengo ni tuve nunca discípulos, soy como Lao Tsé, no enseño porque nadie quiere aprender.

–No sé, no la conozco pero me agrada.

–A mí también.

–No irás a casarte con esa pendeja, tío.

El doctor la miró como para hacerle un reproche, pero luego cambió de parecer y le dijo:

–Hahnemann se casó cuando era viejo con una chica que no solo acababa de salir de la adolescencia, sino que además había sido su paciente; Carla es una colega, así que yo no estaría haciendo ni siquiera la mitad de lo que el Gran Maestro.

–Casate, yo no tengo problema –dijo Mari con picardía.

– Ya está casada y yo estoy muy cómodo así, además no sé cómo derivó la conversación en todo esto.

–Cuando vos decís que no sabés… –su tío no contestó y ella completó–: ¿Tendrías una relación platónica con tu nueva esposa, no?

Su tío dio por concluida la conversación con un seco "Cambie-

mos de tema". Mari apenas podía contener la risa pero tampoco quería que su tío se enojara. Solo agregó en voz baja y mirándolo de reojo:

–Vos empezaste, no te quejés.

Su tío no contestó y siguieron comiendo en silencio sonriendo cada uno por su lado. Le era fácil quererlo y después de todo ellos también compartían muchas cosas.

IX

Pasaron varios días más hasta que Pepi pudo volver a su casa. Carla se enteró hablando con las enfermeras que este médico había sacado adelante a muchos otros enfermos, algunos de ellos graves. Tenía la tarjeta del doctor Erraris, y después de mucho meditarlo se decidió a llamarlo para pedirle que se reunieran. Le dijo que tenía algunas dudas, preguntas que quizás él pudiera responder si no fuera mucha molestia. El doctor aceptó de inmediato, y acordaron encontrarse en su casa, donde él tenía su consultorio. Fue un viernes lluvioso, poco antes de que anocheciera.

–Gracias por recibirme doctor.

–Siéntese y cuénteme qué le anda pasando.

–No, yo no vine a atenderme, vine a...

–Ya sé, ya sé, tiene algunas dudas, pregunte nomás.

–No consigo entender qué pasó en el caso de la nena; averigüé que este no fue un éxito aislado y me intriga bastante su terapéutica.

–No es mi terapéutica, es homeopatía, y no creo que eso sea precisamente lo que la tiene mal.

–Es verdad, lo que más me inquieta e incluso me molesta es que sé que si la criatura hubiera seguido internada en la clínica sin que usted interviniera hoy estaría muerta.

–Vamos mejor, pero acláreme algo, ¿tanto la inquieta la muerte?

–No tengo tiempo para pensar en esas cosas.

–Eso es jodido.

–¿Qué dice?

–Que todavía no me cuenta por qué está acá, ¿qué es lo que en realidad está buscando?, es importante que lo tenga claro.

–Bueno, yo estaba totalmente convencida de que había hecho todo lo que se podía por salvarla y no imaginaba que hubiera alguien que pudiera hacer algo que no fuera perder tiempo y esfuerzo; con todos los medios que tenemos, con todas las drogas y tanto personal capacitado, era inconcebible que iba a aparecer un… un doctor...

–¿Un viejo? –la interrumpió el doctor Erraris.

–Un doctor, un homeópata.

–Aunque no lo crea la mayoría de los homeópatas de hoy en día son jóvenes, pero sí, se apareció este viejo con unos globulitos de mierda y los cagó a todos.

Carla se sintió incómoda. Había encarado esta charla como una ínter consulta entre profesionales y se había manejado con todos los protocolos tácitos que ello requería, incluso manifestando respeto por el tipo de medicina que practicaba este hombre, a pesar que muchos de sus colegas se hubieran burlado de él. Ahora el doctor Erraris, con una corta frase plagada de guarangadas inesperadas, había descrito la situación con exactitud.

–¿Se siente humillada?

–No.

–¿En algún momento cuando atendían a Pepi, alguien dijo la famosa frase "la ciencia ha hecho todo lo posible"?

Carla suspiró mirando al piso y le contestó:

–Si no lo dije lo pensé, aun así todavía no estoy segura de que no haya sido nada más que una casualidad.

–Pero está aquí.

–Estoy aquí.

–Y quiere saber.

–Quiero entender.

–¿Quiere que le regale la verdad?

–Solo quiero saber qué le dio, cómo actuó, cómo es posible lo que vi.

–¿Quiere estudiar homeopatía?

–¡Ni loca!, no se ofenda pero no me interesa, solo pensé si podría darme alguna explicación racional, digo, desde el punto de vista médico.

–El punto de vista médico, el punto de vista médico –dijo el doctor Erraris, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo– mejor vamos a hacer una cosa, le presto un par de libros y usted ve qué puede sacar en limpio, si tiene alguna duda me pregunta cuando me los venga a devolver, digamos, el próximo viernes más o menos a esta misma hora, ¿le parece?

–Está bien, siempre y cuando no sea mucha molestia.

El viejo hizo caso omiso del último comentario, escudriñó en su biblioteca y seleccionó dos libros pequeños. Los estiró hacia Carla que ya se había parado para irse pero cuando ella los tomó, el doctor no los soltó. Se produjo un pequeño tironeo y ella se quedó perpleja, sin saber cómo reaccionar. Entonces él la miró fijo a los ojos y le dijo:

–Tiene que prometerme algo.

–No le entiendo.

–Tiene que jurarme que me los va a devolver.

–Ah sí, por supuesto que se los voy a devolver.

–Tiene que jurarlo, ¡júrelo por su alma!

Carla dudó un instante, luego lo miró también a los ojos y le dijo rápido:

–Juro por mi alma que le voy a devolver los libros el viernes que viene más o menos a la misma hora.

El viejo sonrió complacido. La doctorcita era capaz de seguirle la corriente a un loco, no alcanzaba para ser un buen médico pero era algo bueno.

X

Cuando una semana después Carla entró al consultorio del viejo, se la veía contrariada.

–Ya sé, no la termina de convencer –anticipó el doctor. –Ni siquiera empieza, esta medicina no tiene fundamentos. –Tantos fundamentos tiene, que es la única en Occidente que está fundada en leyes, leyes universales que siempre se cumplen.

–No encontré en ningún lado los mecanismos de acción.

–Es algo que está en discusión, supongo que con los avances de la física cuántica muy pronto tendremos explicaciones que antes ni habíamos soñado –y siguió– de todas formas no se preocupe tanto, si el conocimiento de los mecanismos de acción de un medicamento fuera condición ineludible para su utilización, la mayoría de los alopáticos no habrían sido utilizados nunca; muchos de ellos se usaron antes de descubrir sus mecanismos de acción, conocido el margen terapéutico, las acciones benéficas que hacen que una droga cualquiera se convierta en un remedio y sabiendo si un paciente es capaz de utilizarla y luego eliminarla, se usa.

–Pero... –quiso objetar Carla sin encontrar las palabras. –Si no fíjese en los más modernos tratados de farmacología, incluso en los prospectos, fíjese en qué tiempo están los verbos, hay una enorme cantidad de condicionales: actuaría a nivel de, bloquearía tal receptor, estimularía tal otro, produciría, compensaría, inhibiría, y muchos "ías" más.

–Al menos se intenta explicar algo, se elaboran hipótesis científicas.

–Una hipótesis es nada más que una suposición, por más científica que sea. Pero está bien, no estoy en contra de todo esto, lo que no me explico es que los colegas que aceptan las explicaciones oficiales como si fueran verdades sin analizarlas en lo más mínimo, se vuelvan tan inquisitivos al encontrarse con la homeopatía.

Carla miró hacia el piso concentrándose en encontrar una réplica que no le llegaba. Era indudable que el viejo tenía las cosas claras. Pero, ¿si el caso de la nena curada hubiese sido sólo una casualidad? Estaría perdiendo el tiempo lastimosamente. De pronto recordó algo que había leído en uno de los libros. Le había puesto un papelito a modo de señalador para encontrar rápidamente uno de los párrafos más herméticos. Abrió el libro con decisión y le dijo:

–¡Mire esto, el lenguaje parece de la Edad Media!, ¿qué es esta barbaridad de los miasmas? Escuche, escuche –dijo mientras se disponía a leerle al doctor Erraris, que la miraba con una sonrisita divertida.

Él ya sabía lo que se venía, era muy observador, gran parte de su trabajo consistía en detectar cada gesto, cada actitud, cada detalle en sus pacientes. Había visto el papelito entre las hojas del libro apenas Carla había entrado a la penumbra serena de su consultorio, sabía exactamente dónde estaba el papelito y qué le quería leer la doctorcita tan segura de sí misma. No se le cruzó por la mente sorprenderla con sus dotes adivinatorias. "Lástima no tener cincuenta años menos –pensaba– podría enseñarle cosas mucho más divertidas". Pero no dijo nada y simuló concentrarse seriamente en lo que iba a oír. No le interesaban las argumentaciones que conocía de memoria y que no resistían la confrontación con lo que él había experimentado en forma directa sin que nadie se lo contara, durante toda su vida, pero sí la pasión que ponía esa chica al exponerlas.

–¡Escuche esto! "...la enfermedad constituye una unidad con el enfermo. En las enfermedades crónicas hay que determinar cuál es el miasma a ser tratado". –Y siguió–: ¡Qué lenguaje!, ¿qué está diciendo?, mire, busqué miasma en el diccionario porque ni siquiera conocía la palabra.

El viejo ensayó un gesto de admiración y abriendo mucho los ojos como ya le había visto hacer a ella y fingiendo desesperación, le preguntó:

–¿Qué descubrió?

–¡No me tome el pelo!, todavía vamos a tener que estar hablando en el año 2000, de que las personas se enferman por los vapores de los pantanos.

–¿Usted sabe en qué año se escribió eso?

Carla dudó, la había pescado en un detalle, pero ¿qué importancia podía tener?

–No, no me fijé, ¿por qué?

–Hace casi 200 años.

–Más a mi favor.

–Entonces léame el mismo párrafo otra vez, solo que cambiando una palabra, en donde dice miasma lea predisposición.

Carla volvió a abrir el libro, y leyó "...la enfermedad constituye una unidad con el enfermo. En las enfermedades crónicas, hay que determinar cuál es la predisposición a ser tratada".

–¿Le encuentra algún sentido ahora?

–Y, ahora por lo menos se entiende.

–Hace casi 200 años un médico escribió eso mucho antes que Pasteur, que Koch, que Líster, mucho antes que tantos otros; en esa época este hombre habló de contagios, del estrés, de la terapia ocupacional, de la importancia de la higiene, la alimentación y por supuesto de las predisposiciones, ¿qué le parece este hombre? –decía el doctor Erraris con entusiasmo– en su tiempo la mayoría lo consideraba un loco, iba contra las costumbres y las creencias de la época, quería cambiar la medicina, ¿no merece que se considere con atención cualquier cosa que haya dicho?

–Un adelantado a su época –dijo Carla.

–Mucho más que eso, creo que era un genio aunque tenía el defecto de la intransigencia, pero ése es un tema menor, para historiadores si se quiere, hay algo más importante.

–¿Qué es?

–Usted no se imagina cuánto se ha perdido en ese párrafo al cambiarle una palabra para darle sentido actual, en realidad miasma no es

solamente predisposición, aunque le suene mejor ha quedado a un lado un abismo de conocimiento con el cambio.

Carla se quedó pensativa, en silencio. Empezaba a tomar conciencia de cuánto ignoraba. El viejo siguió hablando:

–Si en algún momento le interesa estudiar en serio estos temas puedo darle la dirección de una institución; ahora es fácil, antes la única posibilidad era hacerse discípulo de un maestro.

–¿Y sola, no puedo estudiar sola?

–Sí, pero va a tardar diez años en aprender lo que se puede en uno, si alguien la guía –y le ofreció– si quiere le puedo prestar otro libro, un poco menos árido y sobre todo más moderno.

–¡Le juro por mi alma que se lo voy a devolver!

XI

Varias veces Gerardo estuvo a punto de hacerle un chiste a su esposa refiriéndose al tiempo que pasaba con el viejo, pero la conocía lo suficiente como para saber que no le iba a causar ninguna gracia. Él no entendía nada de homeopatía, y mucho menos entendía el repentino interés que Carla demostraba. Encima que se veían tan poco, ahora con esto del doctor Erraris se veían menos todavía. La única ventaja era que este doctor era muy viejo, no representaba un peligro para él, aunque no lo conocía, no lo había visto nunca. Tal vez no fuera tan viejo. De todas formas él respetaba a los homeópatas porque se había dado cuenta mucho tiempo atrás de que estaba muy lejos de tener todas las respuestas. Tampoco se sentía bien con su actual conformismo. Había aprendido algunas técnicas quirúrgicas que practicaba con eficiencia y se había ganado un lugar cómodo dentro de una especialidad requerida. Ahora estaba cosechando pero sabía que dentro de unos años, si tenía suerte, se encontraría haciendo exactamente lo mismo, y desconfiaba que su experiencia le sirviera para conservar su

lugar de privilegio. Cada vez había más gente capacitada, y los nichos de conocimiento que todavía reportaban beneficios serían apetecidos por los jóvenes que venían tras él. Incluso él mismo había desplazado a antiguos colegas cobrando menos que ellos y siendo más maleable a las manipulaciones de las empresas de medicina prepaga y las obras sociales. En su momento le pagarían con la misma moneda, pero ése no era un problema en lo inmediato, le preocupaba si podría mantener su relación con Carla. Si en algún momento decidían tener hijos, eso afectaría la carrera de ella. Si no, su matrimonio tendría muy poco sentido. Para verse cada tanto y tener sexo ocasionalmente, no valía la pena haberse casado. Compartían cada vez menos, no vivían bien, de poco les había servido ser profesionales y ahora Carla estaba con eso de la homeopatía como si le sobrara el tiempo. Quizás al final resultara mejor, los homeópatas eran de los pocos médicos que habían logrado mantener sus consultorios particulares con honorarios bien pagos, como antes, ya que contaban con una clientela muy selecta. Eran una rareza porque ahora por los consultorios desfilaban rápidamente los pacientes de obra social, a cambio de un bono por nomenclador de tres o cinco pesos. ¡A ver si al final Carla terminaba manteniéndolo a él! Carla, que parecía tan frágil, había logrado pasar al igual que él los períodos más duros de la carrera, el impacto de diseccionar cadáveres en primer año, la avalancha de datos que se enmarañaban en un cuerpo monumental de conocimientos imposibles de retener, el paso tan despiadado como imprescindible por la residencia en los hospitales, explotados como mano de obra barata y obligados a aprender de sus errores para luego ser juzgados y humillados por los colegas experimentados que se supone deberían enseñarles, la frustración de ver que los compañeros de colegio que habían elegido otras carreras estudiaban menos, ganaban plata antes y tenían otra calidad de vida. Era un camino por el que quedaban rezagados los ideales, los sentimientos y las esperanzas. Y cuando se ganaba en astucia, se aprendía a eludir responsabilidades, a efectuar maniobras y pedir estudios que

no le servían al paciente pero aparentaban que se hacía algo importante, a cubrirse. Recordó con amargura sus aspiraciones de hacer algún aporte a la medicina, de investigar, innovar. Estaba trabajando en lo suyo, era nada menos que un cirujano pero se sentía un obrero atrapado en la rutina. Había estado deprimido meses atrás aunque no se lo comentó a nadie porque le resultaba vergonzoso. Era un indicio de debilidad de su parte, aunque la verdad, es que hasta había llegado a plantearse si valía la pena seguir siendo médico. Varios colegas de su edad ya habían pasado por depresiones, otros habían tenido infartos debido a la acumulación de estrés, y un cirujano general que había sido su compañero de facultad, se había contagiado una enfermedad de un paciente por un pinchazo accidental en el quirófano. Ahora, Gerardo se sentía un poco mejor y se recuperaba a pesar de que lo había afectado bastante enterarse de que uno de sus profesores, que había sido incluso su mentor y del cual había aprendido gran parte de lo que sabía de la práctica médica, había dejado el ejercicio y junto con otro colega se dedicaba a la venta mayorista de huevos. Lo desconcertaban este tipo de decisiones. ¿Serían definitivas, las vivirían como una liberación? Seguramente ganaba mucho más dinero, trabajaba en horarios decentes, y las emergencias habían dejado de zarandear su escasa vida social. ¿Tendría él que llegar a tal extremo en algún momento?, y en tal caso, ¿qué iba a hacer, de qué iba a vivir, cómo iba a seguir adelante? En fin, por ahora no podía hacer nada, y tampoco quería hablar de estos temas con Carla porque le parecía que le transmitía sus dudas y amarguras. Era mejor tratar de descansar.

XII

Carla seguía con su rutina en la clínica pero aún la intrigaba la resolución del caso que había rebotado hacia el doctor Erraris. Todos sus compañeros de trabajo ya lo habían olvidado, incluso los que más

se habían indignado, que ni siquiera tenían interés en volver a hablar del asunto. Cada vez que atendía a un paciente, si llegaba el momento en que no tenía más nada para hacer por él, no podía dejar de preguntarse si no valdría la pena intentar con los tratamientos del viejo, aunque fuera superponiéndolos con los que había aprendido en la facultad. Pensó mucho esa semana y decidió charlar más profundamente con ese extraño doctor, ahondar en estos temas, obtener más información. Después de todo, ésa era la segunda semana leyendo sus libros y todavía no se acercaba a una mínima comprensión. Necesitaba más, y se lo dijo al doctor Erraris cuando por tercera vez entró a ese consultorio con aires de museo y biblioteca, tan distinto a los que ella conocía. Pensaba que esto se debía a la edad y las costumbres del viejo más que a su especialidad, pero todavía no se acostumbraba. El viejo la recibió con una amplia sonrisa:

–Me vino a devolver el libro.

–Y a charlar un poco si es que tiene tiempo para mí. –No vaya a creer que me sobra, los viernes no va a ver a nadie en la sala de espera porque es el día que me reservo para estudiar.

–¿Lo estoy interrumpiendo? –No, ahora mismo estoy estudiando –contestó muy serio, y siguió–: Verá, no solo estudio medicina, estudio también a la gente, la observo y termino viendo cosas que a un médico le resultan muy útiles.

–¿Cómo qué?

–Sería muy largo de explicar y usted ya me dijo que no va a estudiar homeopatía, solo que a veces lamento que prácticas como la revisación minuciosa y algunas maniobras semiológicas sutiles se vayan perdiendo en el tiempo; pero ya me estoy dispersando, deben ser los años.

–¿Qué edad tiene? –preguntó Carla, arrepintiéndose de inmediato.

–¡Epa!, si se va a dedicar a la geriatría no empiece conmigo. –Disculpe, es la costumbre de preguntarle a los pacientes. –No importa,

sé que ante los ojos de todo el mundo soy un viejo pero me importan tres soberanos carajos, hace mucho tiempo que decidí que no iba a envejecer, ni a enfermar, al menos no voy a hacerlo como los demás lo esperan de mí; lo único que no voy a evitar es la muerte, pero falta mucho, mucho, muuuucho tiempo.

Carla sonrió francamente por primera vez y mirándolo de reojo no pudo evitar preguntar:

–¿No se enfermó nunca?, ¡ay, perdón, otra vez la doctora! –No importa, eso sí se lo voy a contestar: no me enfermé nunca; no es difícil de entender, nunca quise, nunca me hizo falta y sobre todo nunca me distraje lo suficiente como para dejarme arrastrar por la confusión general.

–¿La confusión general?

–¿No sabe lo que es El Mal?, es solamente la confusión, lo que pasa es que con los medios de comunicación de hoy en día, se ve tanta que yo le digo la confusión general, pero en realidad es la confusión de cada uno.

–Me parece que me perdí.

–Tampoco importa porque no vino a hablarme de eso, pero téngalo en cuenta para meditarlo en el futuro porque no es algo ingenioso que se me haya ocurrido a mí.

Dicho esto tomó el libro, llevó a Carla hasta la puerta y le dijo:

–La próxima vez que venga, venga porque viene, y no para devolver un libro.

Antes de que se diera cuenta, Carla estaba caminando en la calle. No había podido llegar a plantearle ninguna de sus inquietudes, pero por lo menos algo había quedado en claro, el viejo desvariaba. Tal vez había curado a esa nena, realmente era posible que lo hubiera hecho, quizás había curado a mucha gente a lo largo de su vida pero lo que fue, fue. No vendría más a verlo, no valía la pena.

XIII

Esa semana no le pasó lo que la otra, no pensó en el viejo ni en sus medicinas ni en la enfermita que los cruzó en la vida, y sin saber por qué ni para qué al llegar el viernes estaba entrando al consultorio del doctor Erraris que imitando los gestos de asombro que solía hacer Carla le preguntó:

–¿Y el libro?

–¿Qué libro? –se asustó Carla ante la posibilidad de que le estuviera reclamando el libro devuelto la semana anterior o aun algún otro imaginario. La sonrisa del doctor Erraris la calmó de inmediato.

–Ah, vino porque quiso.

–Vine porque vine.

–¿Y a qué vino? –preguntó él, achicando los ojos como si quisiera ver muy lejos a través de las pupilas de ella.

–Bueno, en realidad no estoy segura.

–¿Una sensación?

–¿Sensación de qué?

–De que algo se le está pasando por alto y puede ser importante.

–Sí, eso, eso exactamente.

–Pero no quiere estudiar homeopatía.

–No, estoy conforme con lo que hago, me costó muchísimo esfuerzo y estudio.

–¿Entonces qué es lo que la inquieta?

–No lo puedo precisar, me pareció un misterio la curación de la nena, esa que fue paciente de la clínica.

–Pepi.

–Sí.

El doctor Erraris se puso serio.

–Fue muy melodramático para mi gusto, cuando las cosas vienen planteadas así, suelen salir muy mal.

–Pero salieron bien.

–No es lo corriente, no son así los casos que más atiendo. –¡Eso es!, quiero saber cómo ejerce la profesión, cómo atiende a los pacientes aquí, sin medios, sin aparatos, sin poder hacer análisis. Estuve averiguando, y usted tiene mucho prestigio, curó a mucha gente sólo con esto, y eso no me cierra.

–Yo reviso a los pacientes como pocos médicos hacen hoy en día, y les pido todo tipo de estudios a menos que les sea imposible hacerlos o que ya los traigan; de todas formas, y no se lo tome a mal, me cansé de explicar qué es lo que hago, hasta tal punto me cansé que ya no le explico nada a nadie. Si una persona quiere que la atienda, viene a la consulta, paga mis honorarios, y recibe mis indicaciones. No me importa siquiera si cumple con el tratamiento. Son cosas que entran en la esfera de las decisiones personales, y no me competen. Así ejerzo ahora que siento que ya no tengo tiempo para perder luchando contra molinos de viento. Si usted tiene suficiente agudeza como para hacer la pregunta acertada por supuesto que trataré de contestársela, pero ya no quiero convencer a nadie de nada. –Hizo una pausa y siguió–: En lo que respecta a la homeopatía, no tengo ninguna duda de que es una verdad. El que observa un poco tiene que aceptar lo que ve. Incluso no me gusta que alguien diga que cree en la homeopatía, ¿usted cree en este escritorio?

–No le entiendo.

–No hay nada que entender, lo tiene delante, lo ve, lo puede tocar, ¿para qué iba a necesitar creer en él? Mire –siguió el doctor– yo he visto gente enferma que no quiere curarse, no quiere curarse porque no le interesa la vida, no quiere curarse porque maneja a la familia con su enfermedad, o porque siente que es un castigo que de alguna forma merece, o no quiere curarse por lo que fuera, no importa, pero no me refiero a un caso excepcional, me refiero a muchísima gente; así que yo hago lo mejor que puedo.

–Y que sea lo que Dios quiera –interrumpió Carla comprensiva.

–¡Me cago en Dios! –gritó el doctor, mientras Carla se iba para atrás sobresaltada y abría los ojos como platos. Venían manteniendo una conversación cordial e interesante y la había sorprendido el exabrupto. Luego de unos instantes en que ninguno de los dos pronunció palabra, al viejo se le escapó una risita y en voz baja le dijo:

–Para ser doctora se asombra de muy poco.

–Es que me sorprendió.

–Espero que si algún paciente le muestra una lesión espantosa o le cuenta alguna circunstancia terrible de su vida, usted no le ponga ni la mitad de esa cara.

–Tengo bastante cuidado con eso.

–¿No se habrá ofendido?

–Escucho cosas peores, algunas las digo.

–¿Es creyente?

–No, en realidad no.

–Yo soy muy religioso, soy Dios en acción. Carla no pudo evitar otro gesto de sorpresa, aunque un poco más delicado que el anterior.

–¿Seguro no le pone esas caras a los pacientes?, alguien se puede asustar mucho más de lo necesario si lo mira así –dijo el doctor fingiendo preocupación.

–Es que me sorprendió otra vez.

–Es fácil de sorprender para ser una doctora con experiencia, ¿no será que se deja?

–¿Qué dice?

–Que se deja sorprender.

–Me está enredando la conversación.

–Solo quería saber si se sorprendía fácil, no es bueno si uno atiende enfermos.

–Quédese tranquilo, no me sorprendo tan fácil.

–Mejor así, porque me estoy enamorando.

Carla no pudo evitar sorprenderse una vez más y aunque se dio cuenta de inmediato que había caído otra vez en la trampa del viejo,

éste no la dejó contestar. Le dijo con mucha seriedad:

–Será que hoy tiene bajo el umbral de la sorprequinasa –y la acompañó hasta la puerta de forma tal que Carla se encontró caminando por la vereda, y con ganas de haberse quedado para aclarar algunas cosas.

XIV

Esta vez no esperó hasta el viernes, lo llamó antes y el doctor la invitó en horario de consulta. Al principio se hizo la difícil pero él insistió en que no le molestaba, que la presentaría como una colega que lo iba a ayudar, y que sus pacientes no iban a tener ningún problema con eso. El martes a las seis de la tarde estaba allí. El doctor había comenzado a atender a las cuatro, así que esperó junto a tres pacientes más. Se sentó y empezó a hojear algunas revistas viejas. Pasaba rápidamente las fotos de modelos, actores y deportistas en playas lejanas y lugares exclusivos. Parecían vivir para disfrutar. Ella no podía imaginar nada más lejano a su vida, donde todo había que ganárselo con tanto esfuerzo, con tanto estudio. ¿Vivirían realmente así, serían tan felices como aparentaban? Cuando la consulta terminó, él la hizo pasar primero y le pidió que se sentara a un costado del escritorio. Luego hizo pasar a la paciente que seguía, pero no la llamó sino que fue a buscarla y le estrechó la mano entre las suyas con calidez, con una amplia sonrisa. "Es muy hábil el viejo –pensó Carla– les manifiesta su aceptación total de inmediato, su interés, los hace sentir protegidos con su sola presencia, muy hábil".

Cuando entraron en el consultorio, el doctor las presentó. Se saludaron con un movimiento de cabeza, luego le pidió a la paciente que saliera de nuevo a la sala de espera unos minutos, cosa que hizo de inmediato sin formular ninguna pregunta ni manifestar extrañeza. Cuando el doctor cerró la puerta se dirigió a Carla y le preguntó:

–¿Qué vio?

–¿Cómo qué vi?

–Me refiero a qué sabe de esta paciente.

–¡Nada!, si apenas la miré.

–Es la primera vez que viene, usted tuvo la oportunidad de verla en el consultorio los mismos segundos que yo y además estuvo cerca de veinte minutos en la sala de espera junto a ella y otros pacientes más, no me diga que no vio nada.

–No entiendo qué es lo que tenía que ver.

–¿No sabía que eran personas que esperaban atención médica?

–Sí, pero no los iba a revisar ahí.

–La primera sin tocar –dijo el doctor Erraris.

–¿Qué?

–Me lo decía un profesor en la Facultad para que me detuviera a mirar antes de meter mano, era como un refrán, aunque para esto que yo hago se queda un poco corto. ¿Se fijó cómo estaba sentada esa chica, cómo vino hacia mí con la cabeza baja, sin atreverse a mirarme, cómo me tendió la mano, sin fuerza, sin decisión? ¿Y el gesto casi imperceptible cuando la vio a usted? En muy pocos segundos me dio una gran cantidad de información acerca de cómo es ella y de cómo sufre su enfermedad cualquiera que ésta sea, cómo la sufre ella en particular, solo ella y nadie más que ella porque es única en el Universo. Se perdió la oportunidad de ver muchas cosas, Carla.

–No sé qué decir.

–Cuando no sepa qué decir, no diga nada –y siguió– hace muchísimo tiempo un viejo maestro que no llegué a conocer porque murió antes de que yo naciera, me dijo a través de uno de sus libros una frase que me quedó grabada "se cometen más errores por no mirar, que por no saber", y le puedo asegurar que es rigurosamente cierto.

El doctor Erraris la invitó a que fuera a su consultorio cuando quisiera, y al poco tiempo ella comenzó a hacer un curso de homeopatía. A pesar de que tenía miedo de que el viejo se riera, se lo tuvo

que decir. Contra lo esperado, no solo no le manifestó sorpresa ni le echó en cara las muchas veces que ella había declarado que no iba a estudiar eso, sino que no demostró el más mínimo interés en el asunto. Un "¿Ah sí?" le bastó para dar por terminado el tema. Como la relación entre ellos seguía siendo muy cordial, Carla decidió aprovechar la invitación y presenciaba a menudo las consultas homeopáticas, pero encontraba que no podía ayudar en nada, ni siquiera a tomar notas, ya que el viejo insistía en hacerlo personalmente llenando dos o tres, y hasta cuatro hojas con su escritura meticulosa. Se sentía una inútil.

–Ya me va a ayudar, a su debido tiempo me va a ayudar, ahora acompáñeme, tengo que matar a alguien.

–¿Qué dice?

–No se asuste –dijo el doctor Erraris sonriendo con tristeza– en realidad no voy a matar a nadie, ni siquiera es una eutanasia; voy a darle una mano a un paciente, más que un paciente un viejo amigo, para que pueda morir mejor.

–Me lo va a tener que explicar más claro.

–Es una persona que está sufriendo mucho en una agonía sin sentido.

–Usted no puede matar a nadie, aun en casos incurables sería un homicidio.

–Cuando una persona se queda estancada ante la muerte, le doy un medicamento homeopático en potencia muy alta, es decir muy diluido, millones de veces diluido, y si realmente su fuerza vital está agotada el remedio lo ayuda a morir.

–Entonces no es un medicamento, no es un remedio.

–Sí lo es –dijo el doctor, y se quedó en silencio.

–¿Y, qué le piensa dar? –insistió Carla.

–Tengo que individualizar muy bien a la persona, para cada caso es distinto; de todas formas nadie podría acusarme de homicidio –dijo riendo– porque en esas diluciones no queda ninguna posibilidad de que haya una sola partícula de sustancia.

Carla no le preguntó nada más y lo acompañó hasta la casa del paciente. Cuando lo tuvo delante tuvo que reconocerse a sí misma que no había ninguna posibilidad. Estaba inmóvil, su piel era de un amarillo anaranjado intenso, y hacía un año que no reconocía a nadie ni se comunicaba de ninguna forma. Tenía una vena canalizada y un sache de suero permanentemente conectado, que su familia se encargaba de cambiar cada tanto. Una sonda uretral lo conectaba con una bolsa transparente para la orina que colgaba a un costado de la cama de un gancho de plástico blanco, de ésos que se usan para las cortinas de la ducha. Otra sonda naso gástrica permitía que le inyectaran por ella una papilla directamente al estómago para alimentarlo. Si no se cagaba encima en tres días, le hacían un enema para que no se hinchara de mierda. Era evidente que lo habían mandado a casa a morir pero no lo conseguía. Se había estado por ahogar muchas veces por las flemas que se le juntaban en los bronquios pero nunca era suficiente para dar el saltito.

–¿Qué le parece? –le preguntó el viejo.

Ella no quiso decir nada desagradable delante de la familia, y cómo no tenía algo constructivo que aportar, siguió el consejo que el viejo le había dado hacía poco y calló. El doctor sacó sus globulitos una vez más, los disolvió en un vaso con agua y le puso una cucharadita en la lengua al moribundo. El procedimiento fue llevado a cabo con la misma actitud y exactitud, con la misma atención absoluta que ponía para hacer cualquier cosa, hasta la más sencilla y aparentemente trivial.

XV

Otro día en que como ya era costumbre Carla fue a la consulta del doctor Erraris, le preguntó por este último paciente.

–Anduvo bien, murió esa noche mientras dormía pero antes recuperó la conciencia por unos minutos y pudo hablar un poco con

algún pariente, lástima que no lo agarré antes, quizás hubiera podido ayudarlo a vivir.

–¿Murió con lo que usted le dio?

–Hay muchas discrepancias al respecto; yo pienso que si doy el medicamento justo, la pequeña agravación que produce una potencia alta, ayuda al paciente a morir y no me preocupa porque para que actúe de esa forma el enfermo debe estar sin la más mínima posibilidad de recuperación.

–Siempre hay esperanza de recuperación.

–No, no siempre, lo único que siempre se encuentra en algún momento es la muerte, y la esperanza es un concepto que me resulta repugnante.

Carla dio a entender con un gesto que no estaba de acuerdo, e inspiró profundamente para iniciar una réplica, pero el doctor cambió rápidamente de tema, sin darle oportunidad de contestarle.

–Olvídese de este caso y dígame, ¿no le ha pasado mirar a los ojos de un enfermo y saber sin lugar a dudas si se va a recuperar o se va a morir? –Hizo una pausa y terminó–: Antes los médicos sabíamos ver eso, actualmente las únicas que mantienen esa habilidad son las viejas enfermeras de hospital, ellas ven la muerte en la mirada del otro.

Carla no compartía muchas de las ideas y opiniones que el viejo le iba transmitiendo en sus charlas, pero había un momento en que ella prefería callar y escuchar, escuchar sin pensar en nada. Este hombre tenía una formación cultural y humanística impresionante. Incluso era muy espiritual aunque no practicara ninguna religión. Nunca había conocido a una persona así y sentía que aunque ella no estuviera de acuerdo, tampoco tenía los conocimientos ni la reflexión necesaria para traducir en palabras lo que en ese momento eran simples intuíciones. Ella no había dejado la alopatía, o como el viejo prefería llamarla "la medicina oficial". Recordaba una ocasión en que habían charlado de este tema y le había dicho al viejo:

–Al final, si tenemos la suerte de haber vivido lo suficiente, todos

vamos a ir a parar a la terapia intensiva de algún hospital o sanatorio de la medicina oficial.

–También vamos a ir a parar al cementerio –le había contestado él– con ese criterio preferiría saltearme al hospital, pero no reniego de los avances médicos de los últimos tiempos, aunque pienso que no son tan médicos como parecen.

–No me va a negar que la medicina ha avanzado por sí misma en forma impresionante durante los últimos años.

–Ha avanzado en forma impresionante pero no por sí misma, son aplicaciones a la medicina de avances en otros campos, siempre ha sido así, por eso en una época a la medicina la llamaban la cenicienta de las ciencias; son los avances de la computación los que han permitido las tomografías, las ecografías y las resonancias magnéticas; si a eso le agregamos la fibra óptica y el láser y la participación de técnicos, físicos, matemáticos y químicos para el desarrollo de las nuevas drogas, vemos que no hay tanto mérito de los médicos, en tanto y en cuanto los que vemos sufrir a una persona e intentamos curarla o aliviarla, somos más artistas que científicos.

Carla había comenzado a hacer uno de sus gestos de asombro cuando notó que eso era justamente los que el viejo estaba esperando. Logró detenerse a tiempo, aunque no lo suficiente como para engañarlo.Él se hizo el distraído en forma no muy convincente, mientras seguía explicando:

–Y no está mal que seamos artistas, yo creo que es tanto o más difícil que ser científicos. Además, son muy pocos los verdaderos científicos porque hay que saber mucha matemática, ser capaz de leer un conjunto de ecuaciones y ver más allá de los números y las operaciones, hacer una abstracción y ver el significado tal como lo hace quien lee un poema; más allá de las letras, de las palabras e incluso más allá de las frases, hay algo más y suele ser lo más importante: quien ha leído lo suficiente lo sabe.

Otra vez Carla se encontraba sin nada que decir. Como la inmen-

sa mayoría de los profesionales de su generación ella no había sido una gran lectora, ni siquiera podía considerarse que fuera una verdadera lectora. Eso sí, había pasado muchísimas horas de su niñez y su juventud frente al televisor. Ahora, cuando hablaba con este hombre, se le empezaba a ocurrir que quizás hubiera mucha diferencia entre tener información y tener formación cultural e intelectual. El doctor Erraris sabía latín, tenía conocimientos de griego, podía estudiar en francés y en inglés, y hasta se había tomado el trabajo de estudiar inglés antiguo para comprender los giros y expresiones en desuso de algunos homeópatas norteamericanos del siglo pasado que él gustaba de llamar sus maestros, como invariablemente hacía con ese tal Kent, Nash y algunos otros. Cuando los nombraba le brillaban los ojos un poco más. No solo les tenía admiración, les tenía cariño a médicos que habían vivido 150 ó 200 años atrás. Ella lo escuchaba con atención. No le preocupaba su carencia de argumentos porque en realidad ya no quería discutir con él. Había descubierto que algún concepto que hoy le pasaba inadvertido, surgía en su mente meses después con claridad, como si tuviera que añejarse un poco antes de ser entendido. El doctor le había recomendado no abandonar su práctica de la medicina oficial explicándole que no había ningún homeópata que antes no hubiera sido alópata, por lo menos en nuestro país, y que los mejores médicos homeópatas habían sido invariablemente excelentes alópatas. Es que en realidad no eran buenos homeópatas, simplemente eran buenos médicos.

–¿Podría creer que yo fui un gran referente de la medicina oficial, que formé parte de equipos de investigación, que gocé del reconocimiento general de los médicos de mi tiempo? Averigüe, averigüe –le dijo el viejo.

Ella no averiguó nada, le bastaba saber quién era hoy ese hombre.

Tuvieron una suave discusión la vez que lo fueron a consultar por un autista de más de cuarenta años. Ella pensaba que era perder el tiempo y alimentar falsas esperanzas tratar a ese paciente. La familia

no se resignaba a ponerlo en una institución especializada y durante años lo habían atendido en la casa. A pesar de la edad del enfermo, la vejez parecía habérselo llevado por delante y estaba tan desvalido como un bebé. El mayor problema era que no dormía más de dos horas seguidas, lo cual condicionaba la vida de su familia ya que no podía quedarse solo ni por un momento. No lo llevaron al consultorio, lo tuvieron que ir a ver a la casa. Cuando Carla veía la insistencia del viejo en tratar todo tipo de pacientes sin importar qué tuvieran, no podía evitar la sensación de que quizás estuviera perdiendo el tiempo, de que finalmente no hubiera algo que valiera la pena aprender. El doctor revisó a su paciente, hizo el interrogatorio de costumbre solo que esta vez a sus familiares, y prescribió un medicamento escribiendo en sus recetas grandes, blanquísimas, con su vieja lapicera a fuente, casi en letra gótica y con un cuidado infinito, como si fuera trascendente para hacer preparar el medicamento la calidad de su escritura. Carla pensaba que eran manías de viejo. Aunque a él no le tomara más de un minuto recetar, ella lo vivía como una eternidad. A veces agradecía que al viejo no se le hubiera ocurrido llevar pluma cuchara y tintero, no le hubiera extrañado que un día los sacara de su maletín. ¿Por qué no usaba una birome, por qué no escribía simple y rápidamente las indicaciones de su tratamiento, por qué tratar a ese paciente, por qué? Sería mejor sedarlo si era tan difícil de manejar. Tampoco podía entender el empecinamiento de los padres por tenerlo en su casa, ¿eran masoquistas, acaso? Los vio dos semanas después en el consultorio y se alegró de no haber dicho nada. El paciente seguía siendo autista pero ahora dormía ocho horas seguidas a la noche, y esa sola mejoría había significado un inmenso alivio para la familia aunque indiferente para él. Siguieron la evolución varios meses, la mejoría no pasó de eso que parecía tan poco y era tanto. Ella era consciente del gran logro obtenido con un medicamento que no tenía droga en su composición y estaba asombrada. El doctor en cambio estaba como si lo ocurrido no saliera de lo esperable.

–De los cincuenta años que tengo como homeópata me admiré los primeros diez, después me cansé –le había dicho con mirada pícara, buscando esos gestos con que Carla demostraba sus sentimientos y que tanto divertían al viejo. Ella esta vez hizo como si hubiera escuchado el pronóstico del tiempo.

–Bien, muy bien –aprobó el viejo sonriendo.

XVI

Algo le molestaba a Gerardo acerca del doctor Erraris. Habían pasado meses desde que Carla lo nombrara por primera vez, y no le dejaba de dar vueltas en la cabeza. ¿Sería éste el doctor que lo había atendido cuando era muy chico, podría ser él después de tantos años? Su madre se lo confirmó y le contó la historia completa de la cual él sólo tenía fragmentos. Gerardo había sido víctima de la última epidemia de polio, se había recuperado bastante bien, pero con algunas secuelas que los médicos concluyeron que no tenían solución. Él no tenía más de cinco años, así que no podía recordar prácticamente nada, pero uno de los doctores que lo habían atendido abordó a su madre sin que sus colegas lo supieran, y en forma reservada le recomendó que consultara con el doctor Erraris, que lo trató y contra todo pronóstico se había recuperado totalmente. La madre de Gerardo todavía tenía la receta que había sido surtida 35 años antes en una farmacia que ya no existía. Gerardo se lo comentó a Carla y ella no quiso decirle nada al doctor Erraris. Sabía que no le gustaba que le agradecieran ni que nadie se sintiera en deuda con él. Además, ya tenían una relación de mutua confianza y no quería que el viejo pensara que le había ocultado la historia. Sin embargo, Gerardo aprovechó que hacía rato que quería semblantear al doctor Erraris, y ahora que sabía que se habían cruzado mucho tiempo atrás y que encima el viejo había tenido una influencia importante en su vida, se guardó la receta y estuvo atento cada vez

que pasaba cerca de su casa. No se animaba a ir a tocarle el timbre. Luego de varios intentos, lo vio cuando estaba por entrar y lo llamó:

–¿Se acuerda de mí, doctor? –le preguntó pensando sorprenderlo con la historia.

–No señor, no lo ubico –contestó desconfiado el doctor Erraris.

–Mire –dijo Gerardo al tiempo que le mostraba la receta. El viejo apenas le echó un vistazo al amarillento papel, se lo tendió nuevamente y lo reconvino:

–Gerardito, ¿no tenés otra cosa que hacer que hincharme las pelotas? –luego entró en la casa dejando a Gerardo demudado, con la receta en la mano. Tardó unos segundos en reponerse y no pudo menos que reírse. Una señora que pasaba trató de parar la oreja para oír lo que decía ese hombre risueño que hablaba solo. "Gracias viejo loco, gracias igual", repetía Gerardo para nadie, para sí, para el aire. No se lo contó a Carla para que no se enojara con él por no haberle hecho caso. No quería interferir en la relación que ella tenía con el doctor y de todas formas Erraris no podía relacionarlo con ella, aunque con ese hombre nunca se sabía.

XVII

Al entrar en el consultorio, Carla se sorprendió por los gritos del doctor Erraris. Estaba retando a una paciente, y la estaba retando mal, no solo la estaba retando, ¡la estaba echando! Era evidente que discutían hacía rato y se detuvo a escuchar con atención:

–¡Se va de acá inmediatamente, búsquese otro médico, no la quiero ver más!

La mujer salió compungida, caminando rápido, sin saludar a nadie y sin mirar atrás, por un camino que sabía de memoria.

–¿Qué pasó doctor? –preguntó Carla con temor ante el ataque de furia del viejo.

–La atiendo desde hace años –dijo él con una tranquilidad que evidenciaba que había estado actuado su enojo– y espero haberla asustado lo suficiente.

–¿La echó?

–Es lo mejor para ella, no quiso entender razones. –Pero, ¿por qué?

–Hacía varios años que no venía, empezó con molestias en el abdomen y al poco tiempo unas pérdidas discretas pero injustificadas; fue a la Obra Social, el ginecólogo le encontró un pequeño tumor en útero, la biopsia dio que era maligno, ¿y qué hace esta buena mujer?

–¿Qué es lo que hizo? –preguntó Carla esperando que le relataran poco menos que un crimen.

–Viene a que le dé algo para evitar la cirugía; espero que me haga caso y se opere lo antes posible.

–Igual van a hablar mal, la mujer porque la echó y el cirujano que la salve, porque usted es homeópata.

–No se trata de quedar bien, ni siquiera se trata de hacer lo correcto, se trata de hacer lo que hay que hacer ineludiblemente –le dijo, y cerrando la conversación fue a la sala de espera a buscar al paciente que seguía.

Carla pasaba los treinta años y empezaba a sentir que se le hacía tarde para formar una familia. Vivía con Gerardo a las corridas cada uno por su lado. Se sosegaron un poco y analizaron cómo seguir adelante. Carla había terminado su formación de postgrado y sentía que podía bajar el ritmo. Estaba segura de que podía practicar la medicina solo una parte del tiempo sin que eso influyera en su capacidad ni en la calidad de la atención que brindara. Quizás fuera al revés, y el estar metida siempre dentro del hospital o estudiando los últimos avances, la hacía sentir cada vez más alienada y perdía de vista lo más importante al atender a un paciente. O peor aún, ni siquiera se preguntaba esas cuestiones. Ya había cometido un par de errores graves y empezaba a alarmarse. Estaba pensando también en dejar de asistir a la consulta del

doctor Erraris. Había aprendido mucho con él pero tenía que administrar su tiempo. ¿Cómo iba a decírselo? Sentía que tenía un compromiso con el viejo, se daba cuenta de que lo que aprendía no solo se aplicaba a la medicina sino a la vida, sin embargo a veces se sentía desbordada y la desalentaba verificar que nunca iba a aprender todo lo necesario. ¿Necesario para qué, de dónde había sacado esa certidumbre de que todo debía pasar por el saber? Ya tenía decidido limitar su práctica médica y asumir el dominio de sus actividades. Había decidido también que no seguiría con la homeopatía, pero eso lo sabía el doctor Erraris desde antes que ella. Tal vez después de un tiempo pudiera retomar sus encuentros con el doctor, tal vez no sintiera la necesidad, no estaba segura. Necesitaba que se le aclarasen algunas cosas y decidió que el tiempo podría ayudar. Tendría que haber sabido que el tiempo no ayuda nunca, que solo sabe pasar. Pudo ver junto al doctor Erraris varios enfermos a lo largo de muchos meses y la evolución de cada uno con el tratamiento homeopático. Como el chico aquel que por fin mejoraba de sus ataques de asma, o la mujer que iba dejando los analgésicos para ese dolor de cabeza que la había acompañado la mayor parte de su vida, o ese hombre tan nervioso que se curó rápidamente de la úlcera de estómago. Muchos casos más vieron juntos a lo largo de casi dos años. Luego se fueron distanciando sin darse cuenta y absorbidos cada uno en sus ocupaciones llegaron a no verse más por mucho tiempo.

Carla nunca se hizo homeópata, prefirió seguir con su puesto en la clínica y tuvo dos hijos. Nunca se arrepintió de su decisión. No estaban mejor económicamente pero sí más tranquilos. Cuando Gerardo le preguntó si el doctor Erraris seguiría ejerciendo, se sorprendió. ¿Cómo no iba a seguir ejerciendo si era su vida? Pensaba pasar uno de estos días o llamar por teléfono, pero lo había ido postergando. La casa del doctor no estaba lejos ni le quedaba a trasmano pero a veces porque se le hacía tarde, otras veces porque era muy temprano, siempre tenía una excusa. Le daba vergüenza ir. Ni siquiera lo había llamado por años, así que le daba vergüenza y lo postergaba, y más

tiempo pasaba y más vergüenza le daba. El tiempo no había ayudado, sólo ayudó lo que hizo por decisión propia y lo postergado así quedó, esperando el olvido entre ella y el doctor Erraris. Por eso se sorprendió cuando la fueron a buscar una noche a su casa. Primero se enojó. "No son horas para tocar el timbre", –pensó. Vio desde la ventana a una mujer extraña en la puerta, y luego sí, se sorprendió como solo ella sabía hacerlo, con cara de sorprendida y todo, al reconocer a la sobrina del doctor Erraris. Prácticamente no había tenido trato con ella y hacía mucho tiempo que no la veía. Deberían haberse cruzado menos de cien palabras en los dos años que estuvo viéndose con el viejo y ahora estaba ahí, en la puerta de su casa.

–¡Hola!, ¿qué dice tanto tiempo?

–Mi tío la necesita.

–¿Qué pasó?

–Está mal, la necesita, me mandó a buscarla.

–¿Dónde está?

–En su casa, creo que se está muriendo.

XVIII

Llegaron en menos de quince minutos a la casa del doctor. Cuando Carla estuvo ante él, tuvo que hacer un gran esfuerzo para no manifestar su asombro. Era lo menos que le debía, no para no asustarlo ya que aparentemente estaba inconsciente, sino para tener la delicadeza de manejarse como él lo hubiera querido, como él le había enseñado hacía varios años ya. El viejo había perdido peso y respiraba con dificultad, como si cada bocanada le demandara un trabajo formidable. Estaba en las últimas.

–¿Cuánto hace que está así? –preguntó Carla.

Para su sorpresa fue el viejo el que le contestó en un susurro.

–Dos días.

Carla se sobresaltó con una pequeña sacudida de todo su cuerpo, y se le quedó mirando. No esperaba que todavía pudiera hablar y mucho menos que la reconociera. Se miraron a los ojos unos segundos. Parecía no haber palabras que justificaran romper el silencio. Finalmente el viejo fue otra vez el que habló:

–No se alarme, llevo solo dos días así, empecé a declinar hace quince, me llegó el momento de estirar las patas –terminó con una levísima sonrisa.

A Carla se le llenaron los ojos de lágrimas. ¿Cómo había dejado de verlo por tanto tiempo? Había compartido con él tantas horas de estudio y formación, y ni siquiera sabía si estaba casado, si tenía hijos. No lo había conocido, ¿o lo había conocido mejor que muchos? Se sentía mal, sentía que lo había abandonado. ¿Cómo, después de todo lo que le había enseñado, de las horas incontables que le había dedicado, pudo dejar a este hombre entrañable en el olvido?

–No lloriquee, sabe que no lo soporto y no está nada bien que una profesional se quiebre ante un enfermo, no la llamé para eso.

–¿Qué puedo hacer?

–Usted sabe, yo mismo se lo enseñé, mi energía vital está agotada pero anda dando vueltas sin tomar el rumbo. –Se tomó un respiro y siguió–: ¿Ya le expliqué una vez que la energía vital es una cualidad intangible que se constituye en la base de toda vida que exista en el Universo?, sí, creo que se lo expliqué, lo que me olvidé de contarle es que no solo es indispensable para la vida, también es estúpida; no, estúpida es muy inexacto... no tiene inteligencia, es una maravilla por sí misma, pero la inteligencia es sólo nuestra; y ahí anda dando vueltas y haciéndome agonizar.

Hablar un par de minutos lo había agotado, pero había permitido que Carla se recuperara y esperara en silencio lo que sabía que le iba a pedir. Podía haberle ahorrado el tremendo esfuerzo de volver a hablar, pero era indispensable que se lo dijera en forma directa, sin que quedara ninguna duda. Y entonces se lo dijo:

–Necesito que me seleccione una potencia alta, ya traté de hacerlo solo y no pude.

Carla lo miró con curiosidad, con la misma mirada interrogante de sus primeros encuentros, pero no dijo palabra.

–Ahí está mi botiquín, elija –continuó el viejo– usted sabe que es muy difícil, casi imposible que un homeópata se prescriba bien a sí mismo, si no fuera así no la haría pasar por esto, fíjese cuál es, estoy seguro de que lo va a sacar, usted me conoce bastante.

Había muchos medicamentos posibles y esto solo funcionaba si se hacía bien, con precisión absoluta, seleccionando uno solo, el medicamento y la potencia justa para él en ese momento. Mientras observaba el botiquín del doctor, le preguntó sin mirarlo, sabiendo cuál sería la respuesta, le preguntó más para ella que para él:

–¿No quiere ir a un hospital?

El viejo negó con la cabeza mientra sonreía con indulgencia.

Luego le dijo en cortos resuellos apenas audibles:

–Aunque sé que es una exageración en estos días, iba a cumplir 98 y sin ningún remordimiento; hasta hace quince días atendí a mis pacientes, no me puedo quejar, no estuve casi nunca enfermo, alguna ñaña muy de vez en cuando, y viví haciendo lo que más amaba; si creyera en Dios pensaría que el hijo de puta se olvidó de llevarme.

Carla sacó un frasco con una dilución en alcohol, y llenó el gotero por la mitad. Su mano tembló todo el trayecto hasta los labios del viejo, donde vació el contenido gota a gota. Luego él movió sutilmente la cabeza en un gesto casi imperceptible de interrogación. Carla le acercó el frasquito para que viera la etiqueta, y el viejo no pudo evitar sonreír. "Ése era, el muy guachito", dijo susurrando para sí. Cerró los ojos y su cara se fue relajando mientras entraba en un sueño suave del que Carla sabía que no iba a volver. Se quedó unos minutos más junto a la sobrina del doctor, como en una despedida, como cuando se va uno de esos grandes barcos y uno se queda mirando cómo se pierde en el horizonte llevándose a quien más quiere. En silencio la sobrina

del doctor acompañó a Carla hasta la puerta, donde se dijeron algunas palabras intrascendentes de consuelo mutuo e inútil. Solo una frase sacó a Carla de su sopor:

–Quizás, si no se hubiera preocupado tanto por sus pacientes hubiera podido vivir diez años más, pero para él no hubiera valido la pena.

Carla se encontró caminando aturdida hacia su casa por esas mismas veredas por las que caminaba cuando salía de verlo a él. Eran muchas cuadras pero las necesitaba, necesitaba esas veredas anchas, bordeadas de gigantes árboles frondosos que juntando sus copas transformaban la calle en un túnel de verdor y frescura. Un puño de hielo le apretaba el corazón. Se iba secando las lágrimas cuando su vista se cruzó con unas adolescentes que charlaban y reían en la puerta de uno de los chalets ingleses de tejas rojas. Quiso disimular que venía llorando y giró la cara hacia un costado cuando pasó junto a ellas, pero había visto algo que la hizo mirar a una de las chicas nuevamente, unos ojos que conocía, o que había conocido en otro tiempo. Se detuvo un breve instante y luego retomó su caminar otra vez, ya más calmada. Caminaba más rápido, y más, y más a su casa, con sus hijos, y sonreía. Los ojos de la chica esa –estaba segura– eran los de la nena que hacía varios años ella no había podido salvar. Es ella –pensó– mientras caminaba dejando atrás su agobio. Su maestro no estaría más, pero todavía tenía algunas cosas más que aprender y mucho por hacer.

XIX

Apenas Carla se fue, Mari se sentó junto a su tío y allí se quedó hasta que estuvo segura de que había muerto. No se percató del momento justo porque su respiración se fue haciendo cada vez más y más sutil. No lloró, sabía que a su tío no le gustaban las lágrimas. Lo miró

un rato, luego le tapó la cara con la sábana. La impresionó el silencio que había en la casa. No era nuevo, esa era una casa de silencios y su tío se movía casi en puntas de pie para preservarlos. Pero no era ausencia de sonidos ni el silencio era de ausencia, era silencio de no presencia. Le agarró una profunda angustia, recordó que ya la había sentido alguna vez y que cuando se lo había comentado a su tío con la esperanza de que se lo solucionara con uno de sus medicamentos, éste le había entregado un libro diciéndole "Tomá, leé a Heidegger". Ella lo había hojeado y al notar que estaba en alemán, su tío se había anticipado a sus quejas proponiéndole "Es una buena ocasión para aprender". Mari volvió de pronto a la realidad sorprendida de su risa. Luego fue hasta el consultorio para respirar ese aire tan especial, tan distinto que allí había, hasta la luz parecía distinta a la de cualquier otro lugar en el mundo cuando se ingresaba a ese lugar de la casa que parecía tener algo de sagrado. Vio el antiguo instrumental médico que su tío cuidaba primorosamente, tocó los libros, esos viejos libracos desde donde le hablaban los misteriosos maestros que el viejo reivindicaba como propios, tan gastados que parecían a punto de desintegrarse a pesar de que él los manipulaba como si fueran bebés recién nacidos. Uno de ellos había quedado abierto sobre el escritorio, era el más grande y estaba en inglés, era el Repertorio de Kent. Estaba lleno de anotaciones en los márgenes y en cada espacio sin imprimir. Acarició la prolija escritura de su tío que se sucedía hoja tras hoja agregando a esa inmensidad de conocimientos los propios, su vida misma. ¿Qué iba a hacer con ellos, acaso alguien en el mundo podría entender el significado de sus aclaraciones y agregados, existía alguien que pudiera valorarlo? Tenues rastros de una vida extraordinaria destinados a desvanecerse en el tiempo. Al recordar, le pareció escuchar la voz de su tío cuando le decía "No puedo separar lo que soy de lo que hago, le pasa a todo aquel que tiene la aspiración de curar". Entonces sí, se sentó en la silla que usaban los pacientes y se permitió llorar, pero solo un ratito.

Historias de animales y veterinarios

(1998)

El hombre del dogo

La mano pequeña se dibujaba nítida en la radiografía. Estaba dentro del estómago del enorme Dogo. Su dueño era un hombre de pocas palabras. Al veterinario nunca le había preocupado, era cómodo no dar explicaciones y él tampoco hablaba mucho. Esto era una desventaja en su práctica, lo perjudicaba con las viejas parlanchinas tan importantes en la clientela de cualquier veterinario de ciudad. Sin embargo, ahora había que hablar. Podía ser la mano masticada de un pequeño mono. Aunque las leyes sanitarias lo prohíben, nunca falta el imbécil que los compra. Tal vez el Dogo hubiera matado un monito de esos. No le disgustaba la idea, los monos siempre le habían parecido animales repugnantes. Comen cualquier cosa, se masturban y joden todo lo que pueden, se parecen

demasiado al hombre. Pero el dueño del Dogo desbarató sus especulaciones: no había tenido nunca un mono y estaba seguro de que los vecinos tampoco.

El hombre del Dogo se acercó al negatoscopio y examinó la placa, estaba orgulloso de su perro. Le comentó que varias veces había encontrado sangre en alguna ventana, trozos de ropa y alguna vez un dedo. Vuelta a vuelta algún raterito de la villa se metía en su casa y el Dogo no es un perro de guardia, no cumple los deberes del centinela, es capaz de permanecer en silencio, inmóvil, esperando para atacar. El veterinario tenía muchas cuestiones que considerar. Si el Dogo había herido a una persona, era posible que lo volviera a hacer. Operarlo para recuperar la mano tampoco era práctico. Conocía los rápidos y devastadores efectos de lo jugos gástricos.

Vomitó un par de veces, normal en cualquier perro, ¿entonces por qué carajo había tenido que sacar esa radiografía? Aun en ausencia de un indicio, sospechó. ¡Esa intuición de mierda que tantas veces lo había hecho quedar bien! Tanto pensar frente a la placa, el hombre del Dogo le preguntó:

–¿Pasa algo malo?

El veterinario estaba absorto en la imagen de la mano, se veía hasta el detalle de la estructura interna de cada hueso. Una mano para apretar, golpear, curar, dibujar, acariciar.

–¿Cuánto es? –preguntó el dueño del Dogo.

Ya se quería ir. Sonreía más con los ojos que con la cara. El veterinario solía sonreír así pero no por orgullo. El Dogo, seleccionado por generaciones para pelear sin importar el dolor ni el resultado, con su cerebro no más grande que una albóndiga, lo miró indiferente porque no le temía ni lo odiaba. El veterinario asintió acordándose de esa frase que no sabía si la había escuchado, leído o inventado, y que no podía olvidar: "El perro es como un hombre para el hombre y el hombre como un perro".

El gato de la bruja

Era una gata gris atigrada, como los gatos salvajes. Un tumor de mama sangraba entre las patas de atrás y la radiografía confirmaba la metástasis. En los campos pulmonares, decenas de esferas blancas se llevaban la vida por delante. Destino alocado el de las células cancerosas que al matar se suicidan. El veterinario quería sacrificarla, pero la dueña de la gata se opuso. Le explicó que esa no era una gata común, que ella trabajaba con la gata, hacía brujerías y que la gata tenía ciertos poderes. El veterinario ya había oído todo tipo de historias y se había acostumbrado a no tomarse nada en broma, a no demostrar asombro ante lo que viera o le contaran en su consultorio. Al ver que no la censuraba ni se reía, la mujer le señaló que a la gata le agradaba su persona. No era raro, la mayoría de los gatos se portaban bien en su consultorio y permitían la revisación

siempre que se hiciera con lentitud y delicadeza. Los profesionales recién recibidos les tenían recelo, pero con la experiencia llegaban a preferirlos como pacientes.

Tenía que haber dolor, ahogo. Sin embargo no veía en la gata el gesto del que está sufriendo en vano, la entrega. La bruja le explicó que todavía tenían un trabajo que hacer juntas, así que decidieron esperar con un analgésico para pasarla un poco mejor. Sin el acuerdo de la dueña él no podía tomar una decisión como esa. Se fueron y el veterinario tuvo la sensación de que algo quedaba sin resolver y no era la muerte, que es lo único que está resuelto de antemano. Pasaron algunos días y aunque él pensaba que el tiempo no existía, que era un invento para graficar cómo pasábamos nosotros, los días pasaron igual. Estaba inquieto con esta eutanasia. El caso era claro, no había posibilidad de error, era ridículo estar nervioso con su experiencia en estas situaciones, pero había tenido malos sueños por esos días. Que la gata se reanimaba luego de sacrificarla y embolsarla o que al hacer las maniobras el animal se resistía ferozmente convirtiendo su ayuda en una lucha. O que mientras realizaba la eutanasia a la gata, su dueña caía muerta.

Pasaron muchos más días y pasaron algunos años. El veterinario fue dejando de pensar en esa gata tan especial y no volvió a soñar con ella. Un día vino la bruja pero en lugar de la gata, traía un enorme gato macho, "entero" y bien jetón como son los conquistadores de techos, terrazas y hembras. Este sí era negro, como corresponde al gato de una bruja. Ella le contó que la gata había muerto esa misma noche en su casa. Que nunca había terminado el trabajo que hacían juntas en esa época y que había tenido que interrumpir varios años sus brujerías, ya que para eso le era indispensable un gato especial, no cualquier gato sino uno que se pudiera conectar con ella. Había tardado mucho en volver a encontrarlo.

Y mientras contaba esto y otras cosas, el veterinario observaba al gato, que era capaz de sostenerle la mirada a él, sin pensar, sin juzgar,

sin pasado y sin futuro. Sólo observar, como todos los gatos. La mujer seguía hablando pero el veterinario se había perdido en sus reflexiones "Si yo pudiera ver con esa inocencia, desde ese silencio… y dejar de pensar boludeces".

El incurable

El veterinario le explicó que ya era tarde, que el tumor se había extendido demasiado. No le podía sacar todo el hígado al perrito que con mirada triste temblaba sobre la camilla de acero. Lo mejor que podía hacer era esperar un tiempo mientras no sufriera, hasta que llegara el momento de sacrificarlo. Había aprendido duramente a ser cuidadoso en estos casos, desde la vez que había diagnosticado a la perrita mestiza de una mujer, un tumor maligno en las glándulas mamarias con metástasis en órganos vitales. Al principio había interpretado la negativa a sacrificarla como excesivo apego, egoísmo. Con el tiempo, mientras seguía la evolución del caso, supo que la mujer padecía la misma enfermedad que su mascota.

Recordaba el gesto de la mujer cuando con frialdad había dado su diagnóstico-condena a las dos. Tuvo mucho cuidado desde entonces.

Sabía que es frecuente que alguien en la familia padezca la misma enfermedad que la mascota. Cuando no son enfermedades contagiosas no tiene explicación, solo teorías inquietantes. Acordaron hacer un tratamiento de mantenimiento. Cada cuatro o cinco días veía el veterinario a su paciente, al principio ni mejor ni peor, y dos meses después bastante mejor –lo que era notable– y mejor a los tres meses –lo que era rarísimo– y mucho mejor a los seis meses –lo que era imposible. Repitieron los estudios y las enzimas hepáticas estaban normales, la imagen radiográfica del tumor desaparecida y en la ecografía salía todo bien.

Había ocurrido lo imposible, el perro se había curado de un tumor, ¡de cáncer! El veterinario no estaba tan contento como el dueño, se daba cuenta de que había equivocado el diagnóstico. Nunca le había faltado autocrítica. El análisis no alcanzaba, ni la radiografía, ni la ecografía. Un diagnóstico inapelable exigía una biopsia, pero no quiso mortificar al perrito, le pareció innecesario. Su experiencia lo había traicionado y lo iba a pagar porque en los días sucesivos se extendería la historia de la "cura del cáncer" entre familiares y amigos del dueño del perrito y si tenía la mala suerte de que alguno de ellos padeciera una enfermedad parecida, tendría que explicar a un desesperado lo inexplicable. La experiencia, su experiencia y cientos de casos parecidos. Pero no, no lo había traicionado, había usado la experiencia para lo que no era, había sido cómodo asimilar la situación a muchas otras del pasado, pero el presente es la realidad y el pasado no existe. No había visto a su paciente como si fuera el único caso.

Temblaba el perrito mirando de reojo al veterinario, temblaría hasta que lo bajaran de la camilla. Cuando se diera cuenta de que se iban del consultorio comenzaría a agitar la cola y volvería a su vida monótona y perezosa, igual de viejo que de joven. El veterinario estaría intranquilo unos días, esperando que no viniera alguien a que le matara una esperanza incipiente. Era mejor quedarse chupando la bombilla solo, en silencio.

La vieja astuta

La vieja se sacó el gorro de lana y dejó al descubierto sus largas heridas suturadas, 120 puntos y 2 hilitos cortos arriba de cada nudo, rígidos por la sangre seca, como si esa cabeza rapada estuviera protegida por espinas. La vieja le explicó al veterinario que se había desmayado y su perro le había masticado la cabeza, que despertó en el hospital y al salir se enteró de que un vecino había entregado al perro al Instituto Antirrábico. Allí, después de observarlo diez días, lo iban a sacrificar. El plazo se cumplía, ella lo había querido sacar pero era necesario que un veterinario lo pidiera por escrito. El perro le había arrancado el cuero cabelludo, podía haberla matado y la vieja igual quería llevarlo de vuelta a su casa.

Era una actitud que el veterinario tenía vista, como aquel pequinés que obligaba a sus dueños a dormir encerrados porque se subía a

la cama mientras dormían para morderlos en la cara. Los cuatro integrantes de la familia llevaban la marca de la diminuta bestia y cuando les sugirió que lo sacrificaran, se fueron a buscar a otro veterinario que no les quisiera matar al perro, uno al que le gustaran los animales. O aquel matrimonio que tenía un mestizo de ovejero belga, al que un día se le ocurría que no entraba nadie a la cocina, otro día nadie en el comedor y así. A ese cliente lo perdió cuando le aconsejó que le diera a ese perro de mierda un fierrazo en la cabeza. Es que lo habían llamado a las dos de la mañana para pedirle que fuera a la casa porque el perro no los dejaba entrar al dormitorio.

Pero ahora estaba ante esta vieja, que lo miraba como los chicos cuando quieren algo con desesperación. Le trató de explicar que era muy peligroso, que si se volvía a descomponer la podía lesionar más gravemente. Era posible que en esa situación el perro la hubiera desconocido, un perro no puede tener la culpa pero el riesgo era inaceptable. La vieja se fue con su tristeza y su gorrito puestos. El veterinario sabía que el perro era el único que le prestaba atención, que hay gente que ni un perro tiene, que pregunta la hora por la calle sólo para que alguien les hable.

Días después se enteró de que otro veterinario le había sacado al perrito del Instituto. Era posible que la vieja hubiera sido más astuta y no le hubiera mostrado las heridas a su colega. Era peligroso, pero de todas formas vivimos destruyéndonos día a día, cuando comemos mal, fumamos, manejamos como locos, cruzamos las calles sin mirar, pensamos mecánicamente, siempre las mismas reacciones, dando vueltas en el mismo lugar la mayor parte de nuestras vidas. Quizás el silencio la hiriera más que los dientes del perro. Podría ser cierto para ella porque era una vieja estúpida, no por vieja sino porque había sido estúpida de joven. Lo único que traen los años es declinación, lo bueno no viene con los años, hay que estar atento el mayor tiempo posible y alejarse de la confusión, que está en la base de todo lo malo, que quizás sea el mal.

Él sospechaba que la vejez era más una actitud que una cuestión de edad, por eso no le tenía lástima a la vieja. El que es sabio, lo es de joven, como tantos miles en la historia de la humanidad. No instruidos, sino sabios, ya que sabio puede ser un analfabeto. No inteligentes, sino sabios. Algunos de los más inteligentes científicos trabajan en la creación de sofisticadas armas para ponerlas a disposición de los políticos y militares. Se puede ser inteligente y hacer nada más que estupideces.

La vieja se había llevado su soledad y su estupidez, pero se había salido con la suya, había sido astuta. No podía ayudarla aunque ella lo hubiera ayudado recordándole que debía estar atento para que no se le fuera la vida tan distraído. Quizás fuera muy pretencioso querer zafar de un destino tan generalizado, pero era lo único que le parecía importante.

El gran hombre

Era un hombre de casi dos metros de altura y el gesto duro, siempre con una impecable campera de cuero marrón, un pañuelo de seda anudado al cuello, con ese aire artificial que les queda a quienes han tenido poder sobre otros hombres en el pasado. Hacía tiempo que le llevaba el perrito al veterinario, que todavía se extrañaba cuando este hombre seco y formal lo llamaba por su nombre de pila. Debía vacunar al mestizo de pequinés y había observado que el gran hombre llevaba siempre algo en la mano, que al principio le pareció una fusta. Cualquier desentendido pensaría que la usaba para castigar al animal, pero al igual que mucha gente que pasea a sus perros llevando un palo, es para defender a su mascota de otros perros que sueltos por la calle pudieran ponerse agresivos. Sin embargo, esta fusta no terminaba en el corto pedazo de cuero que desde la punta de

la vara rígida descarga el brutal latigazo. Y aunque él siempre evitaba hacer preguntas innecesarias a los dueños de los animales ya que podía encontrarse con que le contaran la historia de sus vidas, tremendos desengaños, enfermedades incurables y anécdotas intrascendentes que ya había oído miles de veces intentando fingir interés, tuvo un momento de distracción y preguntó.

El gran hombre le dijo que era un estoque y lo desenvainó exhibiendo su hoja cuadrangular de treinta centímetros. Le contó que se lo habían hecho en Entre Ríos con la hoja de un florete roto. Lo llevaba porque una vez los había atacado un Doberman y había lastimado mucho al animalito. El veterinario recordaba el incidente, hacía mucho lo había atendido por esas heridas y las lesiones ni siquiera habían dejado secuelas. Pero sí al gran hombre, que ahora envainaba el estoque con gesto seguro. Vacunó al perro y ambos se fueron no sin que antes lo saludara por su nombre, como si de un amigo se tratara. Él había conocido a mucha gente, pasado por muchas situaciones y sabía que eso no era determinación, que eso no era seguridad, era miedo. El gran hombre pesaba más de 100 kilos, medía casi dos metros y no solo tenía miedo de un perro, ¡tenía miedo de un perro en el futuro! Había estado pensando mucho cómo armarse, había costado tiempo y dinero que le fabricaran esa artesanía, había evaluado posibilidades de ataque, acciones defensivas, contraataques y ahora caminaba con el estoque en la mano izquierda para desenfundarlo con la derecha.

¿Cuando aplicara el puntazo se sentiría más seguro, saldría al otro día con el estoque o ya no le alcanzaría? El ataque había quedado dando vueltas en su mente, creciendo, cambiando, convirtiéndose en lo que no era. Ahora era una idea peor que la realidad y el gran hombre estaba preso en ella. El veterinario tenía buen trato con la gente y era eficiente. El gran hombre volvería hasta que su perro fuera viejo y muriera, llevaría cada vez su estoque como si cargara la pesada bola de hierro que arrastraban del tobillo los presos de tiempos pasados. El estoque no pesaba tanto para el cuerpo pero debía pesar mucho en

otro lado. No le volvió a mencionar el asunto. No podía decirle nada a una persona que vive a merced de su de su propia mente. Estaba claro que era grandote nomás. Moriría un día al igual que su perro, su recuerdo se disolvería en el tiempo y él no habría visto nada, ni siquiera a sí mismo.

La mujer de los gatos

Lo peor era el olor que tenía la mujer de los gatos. Era una "protectora" y junto a otras como ella trataba de hacerse cargo de los gatos que se reproducían incontenibilemente en uno de los grandes parques de la ciudad. La gente había tomado la costumbre de tirarlos allí y era cada vez peor. Ella aparecía por la veterinaria a última hora, con alguno de estos animales en estado de deshidratación luego de días de diarrea. Manipularlos era problemático porque se habían habituado al estado semisalvaje y resultaban pacientes ariscos. Además, a ninguno de ellos le faltaba en la piel una superposición de sarna, hongos e infecciones. Usaba guantes para tocarlos.

La mujer pasaba los cincuenta, había sido hermosa pero ya no importaba. Su forma de vestir, sus manos siempre sucias y un hedor espantoso mezcla de orina seca y secreciones, levantaban una barre-

ra entre ella y los demás. A pesar de que la población de gatos era incontable, la mujer parecía conocerlos a todos y se mostraba muy preocupada cuando debía llevarle a atender a alguno de ellos luego de que fallaran sus intentos empíricos. Le traía un gato agonizante con un collar de corchos quemados unidos por un piolín, otro con el cuerpo untado con inexplicables mejunjes y aplicaba enemas de las más estrambóticas mezclas. A pesar de que la mayoría de los animales morían, ella reaparecía un par de veces por semana con un caso desesperado, enfrascada en su batalla interminable.

Había hablado con la mujer mientras le pasaba suero o hacía algún tratamiento a uno de estos gatos parias de Buenos Aires y no lograba comprender cómo había quedado atrapada en esa lucha desgastante que ya parecía un suicidio. Ella tenía cerca de veinte gatos en su casa y se había alejado de su familia y sus amigos. El veterinario sabía la inmundicia en que se transforma cualquier lugar con semejante carga de animales. No quería tampoco conocerla demasiado, temía quedar comprometido en sus esfuerzos inútiles o, lo que era peor, confirmar la soledad de la mujer de los gatos.

Era una típica proteccionista, ya le había escuchado frases tales como "Al que tiró este gato habría que matarlo". "Lo atropelló y siguió, ese hijo de puta no merece vivir." Muchas de las personas que ponen énfasis en la protección de animales, desarrollan rechazo y desprecio por sus semejantes, de ahí la estúpida y repetida frase "Cuanto más conozco a la gente, más quiero a mi perro".

La mujer de los gatos un día se enojó también con el veterinario y no volvió más. Le había llevado un gato en tan mal estado que él le propuso sacrificarlo. "Cómo me dice eso; para qué es veterinario; usted es un asesino", y otras frases que no llegó a escuchar fueron la despedida. Ya no tendría que quedarse hasta tarde ni escuchar la permanente condena a los demás y sobre todo no tendría que soportar el olor de esos animales y de ella, que quedaba impregnado en el ambiente aún horas después de que se habían marchado. Tampoco

le preocupaba como clienta ya que hacía mucho que sólo le cobraba los costos de los medicamentos alguna que otra vez, ni lo que dirían de él. Era un alivio, aunque lo perturbaba que se le escaparan las motivaciones de la mujer de los gatos. ¿Sería una forma de aislarse de la gente, de agrandar el mundo, de juzgar a los demás, necesitaba esa dependencia o había desarrollado alguna enfermedad psiquiátrica? No lo iba a saber nunca.

Después de todo era lógico, ¿cómo podía pretender comprender a la mujer de los gatos, si estaba perdiendo su lucha por conocerse a sí mismo? Le preocupaba descubrir si él también estaba inmerso en una larga y estéril lucha. Algo en todo esto se le escapaba y tenía que encontrarlo, ya no podría hacerse el tonto, para eso había conocido a la mujer de los gatos.

¡Otro milagro de la ciencia!

Recién recibido, trabajaba en un hospital para animales donde le pagaban una miseria pero podía hacer la más variada e intensa práctica. El cachorro de raza que le lamía las manos luego de haber agonizado una semana, lo llenaba de satisfacción. Él lo había querido sacrificar cuando convertido en un pedazo de cuero seco el animal largaba chorros de diarrea con sangre oscura con olor a podrido. ¿De dónde salía tanta sangre, por qué era tan tenaz ese corazón?

Pero el director del hospital no lo había dejado. Le había exigido que lo intentara todo, lo había desafiado y el joven profesional todavía era lo suficientemente maleable para caer en esas trampas. "¡Otro milagro de la ciencia!", había exclamado burlón el director cuando se enteró de que el cachorro estaba fuera de peligro. No sabía que su joven colega había pasado la noche junto al perrito, dormitando de a

ratos sentado en una silla. Los dueños lo habían dejado internado y cuando estuvo bien lo retiraron pagando la cuenta sin chistar. El joven veterinario estaba más emocionado que ellos, en realidad era el único emocionado, pensaba que el triunfo era más suyo que de nadie.

Días después, el cachorro volvió con un tic en una de las patas y se dio cuenta de que había superado un moquillo canino y aparecían las secuelas. Cuando se sumó una convulsión temió lo peor. ¡Tanto esfuerzo, tanto tiempo! Sin embargo, las convulsiones no pasaron de dos por semana, eran cortas y la enfermedad del animalito se estabilizó. Podría crecer y vivir con sus dueños.

No lo vio por un tiempo y se olvidó de su Lázaro personal mientras seguía ganando experiencia con los cientos de casos del gran hospital, hasta que un día se enteró por la secretaria que esa gente había vuelto con otra mascota. Lo habían llevado a sacrificar a otra clínica y tenían un nuevo cachorro. Se sintió un forro. Se había quedado una noche de guardia gratis, le pagaban una basura, no le habían dado ni las gracias y para colmo esa gente de mierda se había deshecho del perrito porque no lo toleraban con sus defectos. ¡Lo habían matado!

No era un crimen, un animal es una propiedad y la apreciación de la crueldad es subjetiva. Pasan cosas peores con los animales de consumo, con la misma gente. ¿Por qué se sentía tan mal? ¿Era responsable del éxito inicial, lo fueron las drogas, los dueños que pagaban o las trampas del viejo veterinario? ¿Con quién estaba enojado? Consigo mismo, que se había comprometido con el caso, que se había vuelto vulnerable por la vida de un perro que ni siquiera valoraban sus dueños.

Pensó en decirle a su jefe que esa gente era una mierda, que él también era una mierda, que por qué no le avisó y se que fuera al carajo. Por fortuna no actuaba en caliente, meditó el asunto unos días y se dio cuenta de que no había salvado al perrito ni por bondad, ni por profesionalismo, lo había hecho por orgullo. La actitud de los dueños corría por cuenta de ellos, él no podía manejar esas cosas. Tal vez tu-

viera algo que aprender también de esto. Siguió trabajando un tiempo más con el viejo veterinario, aprendiendo a hacer lo que podía con lo que tenía. Su ego recibiría muchos golpes más desde afuera y si aprendía a golpearlo desde adentro, tal vez un día no estaría a merced de sus emociones. Y cada vez que lograra un éxito notable en el tratamiento de un animal podría pensar a los gritos ¡otro milagro de la ciencia!, para burlarse de sí mismo

Perro muerto

"¡Es como un hijo para nosotros, por favor, no lo deje morir!", lloraba la señora. Pocas personas saben llorar bien, con el cuerpo y el alma, pero pedían lo imposible, el corazón del viejo Basset ya no aguantaba. Se le llenaba la panza de líquido y el veterinario había tenido que punzarlo. Las drogas ya no eran eficaces para despejar el edema pulmonar. Le decían que el perro tenía veintiséis años pero no podía ser verdad. Algunos de sus pacientes habían llegado a los dieciséis, a los dieciocho años y en muy malas condiciones. Sin embargo, la gente insistía, el perro tenía los papeles de pedigrí y habían conservado todos los certificados de vacunación. El primero de ellos databa de veintiséis años atrás firmado por un colega fallecido. El veterinario sabía que cuando no queda nada escrito es fácil confundirse. Así, un perro "tiene como seis años" que en la

ficha médica son diez. Y el gato que "tendrá como quince" resulta que solo tiene ocho. Con todo documentado, la única posibilidad era que los papeles hubieran sido de un perro anterior, de la misma raza y sexo, con el mismo nombre. Para eso tendrían que estarle mintiendo. ¿Para qué, si nadie ganaba nada?

El animal estiró el cuello hacia atrás y dejó de respirar, su corazón se había detenido. Él lo hubiera dejado así, pero la señora y su marido comenzaron a llorar a los gritos. Al veterinario estas escenas le parecían fuera de proporción. ¿Cómo podría esta gente sobrevivir a la muerte de una madre, de un hijo, de un amigo, si los desbordaba la muerte de su perro? Un perro que había vivido mucho más allá de sus expectativas razonables, mejor que muchas personas, ¡que muchos chicos! sin que le faltara atención, comida, casa, cariño. Y allí los tenía, llorando a los gritos.

Tomó una jeringa e inyectó en el corazón un poco de adrenalina para que pareciera que estaba haciendo algo, mientras le comprimía el tórax a modo de respiración artificial. No se sorprendió cuando recomenzaron los latidos y el viejo animal boqueó algunas veces como un pescado. Sabía que solo duraría unos pocos segundos, que apenas había servido para alargar esa escena en la que él era un actor obligado, compartiendo el papel protagónico con un perro muerto. Había pasado muchas veces por situaciones similares ¿Lloraban por el perro, por la ruptura de 26 años de continuidad, porque tomaban conciencia de la mortalidad, por lo que perdían con su ausencia? Muchas veces, cuando algún cliente angustiado al que le atendía a su mascota por un problema menor preguntaba "¿Se va a morir?", él contestaba "¡Hasta yo me voy a morir!". Pero este no era momento para bromas tan serias. La gente no había querido salir a la sala de espera y el veterinario temía que la mujer se desmayara. El corazón del perro se detuvo una vez más y él hizo otro intento, esta vez sin ningún resultado. Los sollozos que se habían vuelto susurrantes, estallaron como la más feroz de las tormentas. Otro familiar que

esperaba en la sala contigua se sumó a lo lejos y uno más entró para acoplarse al duelo.

El viejo perro había vivido veintiséis años, lo habían atendido varios veterinarios a lo largo de su vida pero había llegado a morir aquí, con él. Tendría que esperar un rato a que volviera un poco la calma e intentar algunas palabras de consuelo, lo más amables posibles. ¿Enfrentarían así, sin ninguna entereza su propia muerte?

"¡Que los muertos entierren a los muertos!", le había dicho Jesús a Pedro cuando quiso enterrar a su padre. Pocos intentaron entender, ¿pero qué importa? Si casi nadie escucha, si casi nadie piensa, si casi nadie medita. Tantas distracciones, viviendo como inmortales para desmoronarse ante tan poca cosa. Como si lo feo fuera lo opuesto a lo bello, que no lo es. Como si la oscuridad fuera lo opuesto a la luz, que no lo es. Como si la muerte fuera lo opuesto a la vida.

El enveneador

El portero del edificio frente a la veterinaria, estaba indignado. En el terreno baldío contiguo, proliferaban los gatos vagabundos y él había decidido tomar cartas en el asunto. Seguramente nadie se lo había pedido y aunque así fuera, ese no era su trabajo, pero el portero padecía del "Síndrome de la sirvienta". El veterinario llamaba así a un desequilibrio mental por el cual la sirvienta de una casa bienuda trataba con desdén al almacenero, al panadero, e incluso al propio veterinario. Era como si se le pegara cierta categoría social, cierto poder, sólo por convivir con gente de mucha plata. No lo padecían solamente las sirvientas de ese acomodado barrio de Buenos Aires, también se contagiaban los choferes, los guardaespaldas e incluso los porteros como el aludido. "Necesito un veneno, esto no puede seguir así, ¡tengo que terminar con esos gatos!", le había dicho

el portero. Estuvo tentado de echarlo a la mierda. En una época había vendido raticidas pero tuvo que dejar de hacerlo porque no creía que una rata tuviera menos derecho a vivir que una ballena, ni un gato que un portero. Sabía que no era una cuestión de derechos. Los gatos deberían estar provocando muchas molestias y este hombre podía conseguir el veneno en cualquier lado. Fue al depósito, le sacó la etiqueta a un frasco de vitaminas y pegó en su lugar una cinta adhesiva en la que escribió con marcador rojo: VENENO. Se lo dio al portero indicándole que lo mezclara con carne picada.

Hacía años que había leído El Bhagavad-gita, y una de las frases que recordaba decía "Aquel que no es motivado por el ego falso, cuya inteligencia no está enredada, aunque mate hombres en este mundo, no es él el que mata. Ni tampoco está atado por sus acciones". Efectivamente, no era lo que más le molestaba que este hombre fuera a matar a esos gatos sino lo que agregaba, sus emociones, sus sentimientos desbocados a los que ahora daría rienda suelta al suministrarles el saludable veneno. Cualquiera pensaría que el veterinario era un hombre compasivo, pero él desconfiaba de la compasión. ¡Qué hubiera sido de la Madre Teresa sin los pobres! También él había hecho cosas no muy racionales, como aquella vez que entró llorando una nena con un hámster inerte entre sus manos y que cuando él le dijo que había muerto, le suplicó a los gritos "¡Resucítelo, resucítelo!". Se lo hizo dejar internado un par de días, mientras conseguía otro parecido. Los padres lograron justificar ciertas diferencias en el hámster por la enfermedad recientemente superada. O como aquella otra vez en que se perdió un perro de pedigrí al que estaba muy apegado un chico, y los padres consiguieron un cachorro de la misma raza y le dijeron que el veterinario le había dado una inyección para que se achicara. Eran niños a los él seguía viendo hasta que eran adultos. ¿Le reprocharía algún chico del pasado estas mentiras? El portero no era un chico, ¿había entrado como un caballo en un engaño tan infantil, no era cierto que para que a uno lo engañen se tiene que dejar?

El portero volvió preocupado. Le contó que los gatos seguían tan activos como siempre e incluso con el pelo más lustroso. Y que los de una camada recién nacida estaban tan gordos y fuertes que parecían ositos. El veterinario le dijo que el veneno actuaba por efecto acumulativo. "No querrá una matanza con los animales agonizado toda la noche", le dijo con severidad. Claro que no, y se llevó otro frasco quejándosepor el precio. Los venenos cuestan centavos, el portero podía no saberlo pero era imposible que no se diera cuenta de lo que sucedía. Por genuflexo mental había quedado atrapado en una acción deleznable. Quizás hubiera oído la queja de alguno de los importantes propietarios de los pisos y creyó que se esperaba que él hiciera algo y claro, estaba tan identificado con ellos, con el edificio, con la importancia ajena. No les podía fallar. En algún momento se dio cuenta, no fue más a verlo y tampoco lo volvió a saludar. Se veían de lejos y el portero desviaba la mirada como si el veterinario ya no existiera. Él ya venía curtido en las idioteces de la vida. ¿Se sentía mejor porque había podido engañarlo? Estas cosas le preocupaban más que si lo saludaban o no, más que el enojo del portero, más que los gatos mismos que siempre fueron lo menos importante en esta historia. Siempre le quedaba algo más por entender, siempre le faltaba un paso para llegar a ver lo que es. Tal vez pensaba demasiado, pero aunque supiera que los problemas que se originan en la mente de los hombres no se pueden resolver con el pensamiento, todavía no encontraba otro camino.

La inter consulta

El Dr. Miligramo estaba indignado. ¡Que un colega suyo hiciera eso! No era un desconocido, siempre habían tenido una relación profesional de respeto mutuo. No era la primera vez que se cruzaba entre ellos una ínter consulta y cuando los dueños del viejo ovejero alemán le comentaron que un amigo de ellos les había recomendado al Dr. Dinamizado, él no se opuso. Ya no podía hacer nada más por ese paciente, así que hizo un escueto informe y les deseó suerte. Él recibía todas las publicaciones locales e internacionales referentes a las ciencias veterinarias, estaba al tanto de los últimos adelantos en los tratamientos y era profesor de la Facultad. Si hubiera sabido de alguien que pudiera atender ese caso mejor, hubiera sido el primero en recomendarlo. Se olvidó por dos meses, hasta que se cruzó en la calle con el viejo ovejero paseando alegremente con el pelo lustroso al

sol, y atento porque a lo lejos veía a otro perro y no iba a dejar pasar la oportunidad de ladrarle con toda la intención de pelearse, como era su costumbre desde cachorro.

Al Dr. Miligramo le costaba creer lo que veía, pero el baldazo de agua fría fue enterarse de que su colega había reemplazado su tratamiento por un medicamento homeopático. No podía creer que Dinamizado hubiera entrado en esas charlatanerías. Quizás las drogas que él mismo le había dado antes habían hecho efecto tardíamente, y la mejoría coincidía con el nuevo tratamiento. Y a pesar de que nunca lo había llamado antes, lo llamó y se lo dijo. El Dr. Dinamizado le contestó:

–Ah sí, una casualidad, las veo todos los días.

–¡Pero viejo, me extraña de vos que hasta hacés algunas cirugías!

–Los valores de laboratorio se normalizaron –dijo El Dr.

Dinamizado.

–No es posible –contestó Miligramo con irritación– los medicamentos que estás usando no tienen drogas, no pueden funcionar.

–¿Los probaste?

–No probé eso, ni la magia ni las Flores de las Pelotas; si no hay droga no puede funcionar.

El Dr. Dinamizado explicó conciliador:

–No todo es química en la vida Miligramo, en última instancia todos son iones pasando para un lado y para el otro de una membrana, ¿no te acordás de Fisiología?

–¡No me vengas con patrañas!, en esos medicamentos no hay física ni química ni un carajo, son un engaño.

–¿Un engaño a quién, vos crees que el perro se sugestionó?

–Yo no dije eso –se defendió el Dr. Miligramo–, pero no puedo aceptar que estés diciendo esa antigüedad que no tiene ninguna base científica.

–¿Cuánto tiempo estudiaste homeopatía antes de llegar a esa conclusión, un año, tal vez dos?

–Yo estudié en la Facultad, no estudié homeopatía ni me interesa.

–Entonces hablás de lo que no sabés, Miligramo, así que ni menciones la ciencia. Y no te ofendas, yo no soy un científico y vos tampoco; la mayoría de los profesionales de la salud no son científicos porque hay que saber mucha matemática, si no, no se puede saber química y mucho menos física. –Y siguió–: Memorizamos algunas cosas que suenan difíciles; además los científicos no atienden a los pacientes uno por uno, no ven el sufrimiento, no saben que curar tiene mucho de arte, que en muchos aspectos es más difícil. –Y siguió–: Nos enseñan en la escuela que el átomo es una pelotita alrededor de la que giran otras pelotitas, pero no es nada más que un recurso didáctico para explicar algunas cosas y terminamos creyendo que es la realidad; un día van a descubrir que las partículas son filamentos y la importancia de las vibraciones y su frecuencia; todo lo que existe en el Universo vibra, desde el ser humano más inteligente hasta la última piedra.

–Parecés un teólogo, no podés creer que eso tenga algo que ver con curar a un animal.

–Yo no creo en nada, estudié homeopatía y la aplico, no necesito creer –cerró la discusión el Dr. Dinamizado.

No se hablaron más. No importaba porque sin conflicto entre ellos, tampoco se hablaban. El Dr. Miligramo no era ningún tontito, reconocía que el perro estaba bien y que podía haber muchas cosas que él no supiera. El Dr. Dinamizado tampoco era ningún tontito y no había renunciado a ninguna de las drogas alopáticas, ni a su quirófano que tanto le había costado armar, ni a nada de lo aprendido en la Facultad. Su nuevo paciente podría necesitarlo un día. Al Dr. Miligramo no le preocupaba perder un paciente, tenía muchos, era un buen veterinario y los pacientes hoy en día van y vienen en una sociedad en la que hay cada vez menos comunicación, menos compromiso con los demás, cada vez más información y menos formación. Pero él no podía cambiarlo, así que no se preocupaba. Lo indiscutible era que el perro estaba bien, lo demás podía analizase y encontrar argumentos y

contra argumentos para todos los gustos. En cambio su enojo inicial, ¿hubiera existido si el perro se hubiera muerto o siguiera sufriendo? Seguro que no lo hubiera tocado tan hondo. ¿Y esa otra cosa que le dijo este soñador de Dinamizado, que no era lo mismo creer que saber? Quizás, tal vez, ojalá.

La leyenda

Era la tercera vez que le preguntaban por el extraño animal que había tenido que sacrificar. Las primeras veces el veterinario escuchó con atención y curiosidad, luego les contestaba a sus clientes que no sabía nada, que habría sido un colega. Tampoco tenía idea de qué animal podría ser el de la historia que referían con cara de espanto algunos, con inocultable morbo otros. Recibió también llamadas para obtener información e hizo algunas, pero nadie sabía. El rumor había comenzado a circular la tarde anterior y a media mañana una radio había tratado el tema alternándolo con bromas. Las declaraciones de los vecinos salían al aire en vivo contando lo ocurrido: que una familia había ido de vacaciones al norte del Brasil y habían comprado un animal, que les había matado al perro, que lo habían encerrado en una habitación y al llegar el veterinario había exclamado horrorizado:

–¡Cómo metieron esto en la casa! –para luego aplicar una inyección letal a la bestia.

Llamaba la atención que las versiones eran idénticas, pero qué le iba a hacer, no sabía quién había protagonizado los hechos y mucho menos de qué animal se trataba. Cuando se retiró más tarde de la clínica no le comentó lo sucedido a su socio, que al quedar a cargo y encontrarse sorprendido con que varias personas le referían este truculento relato les dijo algo así como "Qué raro que no me comentó nada, mañana le pregunto qué pasó", con lo cual se instaló en el barrio la noticia de que él había sido el veterinario que tuvo que matar al extraño animal y lo había negado para no hacer comentarios sobre tan desagradable hecho. Y al otro día se encontró con que todos estaban convencidos de que había protagonizado esta historia y no lo quería contar. Lo llamaron de la radio y no atendió, le preguntaron sus clientes y les dijo que no, pero no le creían. Su socio le preguntó varias veces "¿Seguro que no fuiste vos?". Y en Salud Pública le abrieron un sumario por no hacer la denuncia, y el Instituto Antirrábico le reclamó el cadáver del animal para descartar la presencia de rabia, y lo llamaron de Fauna Silvestre porque seguramente habían introducido al extraño animal ilegalmente, y lo citaron ante un Tribunal de Honor para dictaminar si había incurrido en falta de ética.

Su familia lo miraba con recelo porque los dejaba afuera cuando pasaba algo interesante y el "nunca me contás nada" salió como un certero misil de una boca de mujer para atragantarlo mientras comía. Dejaría pasar unos días, los trámites en su contra quedarían cajoneados, los ánimos se irían calmando y comenzaría su venganza cuando la cuestión estuviera bien fría, aceptando ante algunas personas que había sido él pero no quería hablar de eso porque la historia era mucho peor de lo que se contaba. Esto les reventaría el cerebro a los transmisores de leyendas barriales. Esperó como un cazador espera en una emboscada, pero de pronto se extendió por el barrio la historia de que un vecino había filmado a un coreano quemando vivo un perro

colgado de las patas. Él sabía que en algunos lugares de Oriente creen que el sufrimiento confiere propiedades especiales a la carne. Lo que no sabía era si esta segunda historia tenía algo de cierto, ni siquiera si el involucrado era un coreano. Pronto comenzaron a desfilar vecinos nuevamente, porque se suponía que todo había transcurrido en una casa frente a su consultorio y que era el depositario de la filmación.

Las leyendas del barrio ya tenían su protagonista y eran verdad aunque nunca hubieran ocurrido. Tendrían que ser verdad también para él, tendría que aprender a creer en ellas o se quedaría afuera de la corriente de sentimientos y creencias de la sociedad en que vivía. ¿Podría mimetizarse y aceptar algo porque los demás lo creían? Aunque hubiera sido más cómodo, no podía. Tendría que quedarse afuera otra vez, a merced de leyendas imposibles que terminaban siendo verdad. Pero no tenía de qué quejarse, él trataba de entender el mundo en profundidad y sabía que la verdad no podría existir sin la mentira. Si no existiera la mentira, no sería necesaria la verdad, sería lo que es y por ahora era solamente la verdad.

Domicilios

El viejo veterinario se sentía muy cansado, su hija se había recibido y trabajaba con él. Ese día comenzaría a hacer los domicilios que tanto lo fatigaban. El consultorio era pequeño y había trabajado en soledad la mayor parte de su vida, rompiendo el aislamiento con algún curso o jornada de tanto en tanto. Cuando unos años atrás su hija le dijo que iba a estudiar veterinaria, él tuvo el impulso de disuadirla. La profesión ya no era rentable, costaba mucho ganarse la vida en esto. Los horarios no existían y las emergencias parecían esperar los peores momentos para presentarse, los cumpleaños de los hijos, las fiestas, las altas horas de la noche. Pero después de decirle que estudiara lo que le gustara, que si le dedicaba la vida a una profesión debía ser una que pudiera amarse, no pudo desanimar a su hija.

Ella no podía entender la reticencia del viejo para atender los pacientes en su casa. Él trató de explicárselo:

–Se pierde mucho tiempo aunque vayas cerca, siempre y cuando encontrés a alguien, porque a veces te dejan tocando el timbre como un idiota.

–Puede pasar de vez en cuando.

–O han llamado a varios veterinarios al mismo tiempo y te encontrás que otro ya está atendiendo al paciente.

–No lo hará todo el mundo.

–No es solo eso, los perros en su casa se portan peor que en el consultorio.

–Bueno, se supone que el dueño lo debe manejar.

–Eso es lo malo, se supone; otras veces el paciente es un gato.

–Papá, vos me dijiste que eran los mejores pacientes.

–Pero apenas entrás, el gato ya está en los techos.

–Lo tendrá que bajar el dueño.

–No sería raro que pretendan que lo haga el veterinario, para eso es "el hombre orquesta".

–En todo caso habría que volver otro día, tomando la precaución de encerrarlo.

–Claro, y no se puede cobrar la consulta y se perdió un montón de tiempo.

–Es verdad, pero todas las profesiones tienen sus percances.

El veterano ya venía medio enojado y siguió:

–Y no te olvides, no te pongas a luchar con ningún perro para poder atenderlo.

–Ya sé, el veterinario no es un domador.

–Me han llamado para atender a un perro muerto –dijo el viejo como para sí mismo.

–¿Muerto? –repitió como un eco asombrado la joven.

–Y en estado de avanzada putrefacción, ¿y sabés que fue lo peor? –y sin esperar que su hija le preguntara se contestó a sí mismo–: Que me quisieron echar la culpa, ¡mala praxis!

La chica se quedó perpleja, pero su padre estaba muy embalado y siguió hablando:

–Por eso, un buen veterinario siempre debe estar dispuesto a agarrarse a piñas, bueno –se moderó– eso era antes, que no había mujeres en la profesión.

–¡Empezamos!

–Está bien, son otros tiempos y esa costumbre se perdió, aunque a mí no me parecía tan mala.

–Me voy yendo –le anunció la hija.

–Llevá todo lo que puedas meter en el maletín, es posible que sea un caso complicado, hay colegas que llevan un tubo de oxígeno en el auto.

–En ese caso lo tendrían que traer a la clínica.

–La gente es cómoda; llevá cambio, si te quedan debiendo no les cobrás más.

–Me estás asustando.

–No es para tanto, te irás curtiendo, acumulando experiencias y cantidad de anécdotas insufribles. –Y siguió–: Que no te sorprenda nada, más de una vez el pajarito que fui a ver era un halcón peregrino y el gato era un puma.

–Con un puma me arreglaría al menos para hablar, pero de halcones no sé nada.

–Solo acordate de taparle la cabeza con un trapo oscuro antes de tocarlo y en cuanto a lo de saber, ya te dije varias veces que cuando hablás conmigo no sabés nada y cuando tratás con un cliente lo sabés todo –y agregó– no te olvides de llevar drogas para una eutanasia.

–¡Solo es un caso de piel!

–A veces la más cruel de las enfermedades que te describen por teléfono no es más que una pulga escurridiza y otras veces la pavadita requiere una eutanasia.

Entonces, se quedó colgado recordando uno de los consejos que le diera a él un colega muchos años antes, cuando justamente esta-

ba por salir a hacer su primer domicilio: que llevara preservativos. Y cómo le explicó que algunos veterinarios eran muy solicitados por las dueñas de mascotas y le aclaró también que la plata de la consulta la tenía que traer sí o sí, aunque la tuviera que poner él. La voz de su hija lo volvió a la realidad.

–De qué te estarás acordando.

–Nada, nada.

–Bueno doctor –dijo la joven– ahora sí me voy.

–Andá tranquila, mientras hacés el domicilio yo atiendo cuatro o cinco consultas acá.

Se fue la hija con el entusiasmo de quien anda buscando aventuras, pero a pesar de que eran solo seis o siete cuadras tardó un par de horas en volver. Con cara de asombro le anticipó a su colega-padre:

–¡No vas a creer lo que pasó!

–No me cuentes nada, solo decime que te pagaron –la cortó él con brusquedad.

Había terminado el día, él se venía sintiendo muy cansado. A pesar de que no era viejo, varios de sus compañeros de promoción habían muerto. Ya fuera por enfermedades a las que estaban más expuestos que el resto de la población, ya fuera por patadas, cornadas, un apretón en la manga o el estrés. Algunos de los muertos eran menores que él, otros habían sido sus alumnos. Su hija ya se había ido a casa. Pensó mientras se preparaba para irse, que finalmente la dejaría que le contara su anécdota del día. Se reiría con ella más que por lo que hubiera podido pasar, por compartir su alegría por la vida, por poder trabajar en algo que se eligió y que se ama. Tendría que gozar y sufrir, tendría que llevar la vida que había elegido y no era poco haber tenido la oportunidad de elegir. Tal vez las cosas no eran tan negras como él las veía últimamente, tal vez era el cansancio. Después de todo, a pesar de los problemas, las ingratitudes y las privaciones, esta era una profesión que podía ser amada.